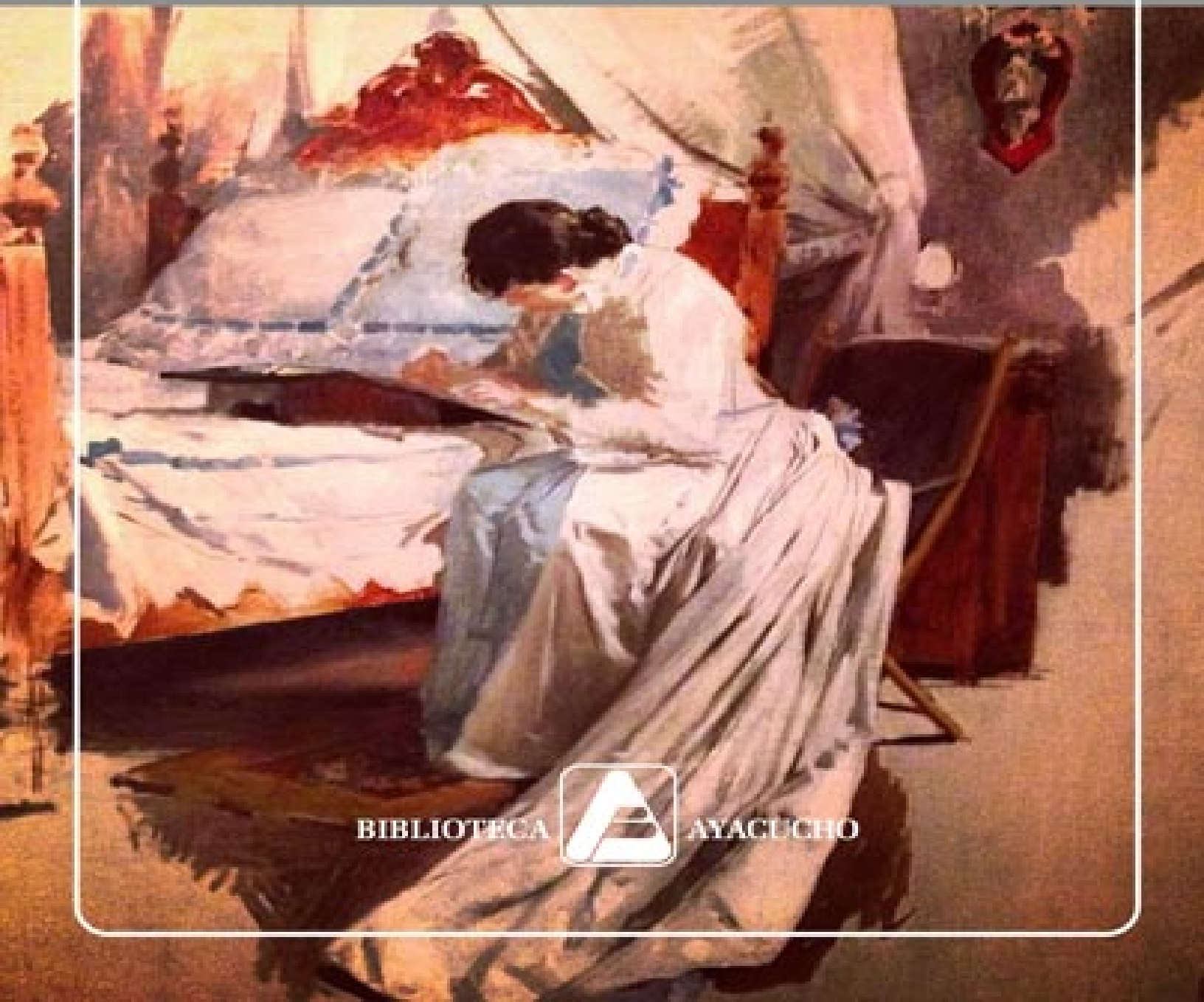
Zulima

NOVELAS



BIBLIOTECA AYACUCHO

El medallón, *Un crimen misterioso* y *Blanca o Consecuencias de la vanidad* darán cuenta de diferentes procesos de subjetivación femenina iniciados en un período en el que el imaginario venezolano se movilizaba permanentemente, en el que la novela nacional debía consolidarse y en el que, al mismo tiempo, los grandes intelectuales necesitaban limitar y organizar el lugar de cada grupo social dentro del proyecto de modernización. Se trata pues de tres obras con las que, si bien se apela al *fatum* romántico, también se movilizan las marcas de origen hasta conseguir que el varón letrado resulte menos racional y respetable y, por extensión, la mujer deseante deje de ser el origen del mal y pase a ser una víctima más del poder.

ZULIMA

NOVELAS

PRÓLOGO
Mariana Libertad Suárez

Colección Paralelos

Nicolás Maduro Moros

Presidente Constitucional de la República Bolivariana de Venezuela

Delcy Rodríguez Gómez

Vicepresidenta Ejecutiva

Freddy Ñáñez

Vicepresidente de Comunicaciones, Turismo y Cultura

Ernesto Villegas Poljak

Ministro del Poder Popular para la Cultura

©Fundación Biblioteca Ayacucho, 2020
Colección Paralelos
Hecho Depósito de ley
Apartado Postal 14413
Caracas 1010 – Venezuela
www.bibliotecayacucho.ml
Edición y Producción: Equipo editorial de Biblioteca Ayacucho

Portada: Detalle de *La alcoba* (1890) de Arturo Michelena (Venezuela, 1863-1898) Óleo sobre tela, 133 x 95 cm. Fundación Museos Nacionales, Museo Arturo Michelena, Caracas, República Bolivariana de Venezuela.

PRÓLOGO

ZULIMA: LA DULCE ESTRATEGIA DE NO RESISTIR

> Sí, parece que ahora muchos años, un anciano muy bueno, llamado Anselmo, se apareció un día con ella amarrada en un burro casi moribunda. Él y su mujer le tributaron los más caritativos cuidados; cuando curó resultó que era muda y demente, y eso fue la causa de que todos los de aquel lugar se sorprendieran de oírla repetir Blanca, y la llamaron así.
>
> —¿Y los ancianos la quieren?
>
> —Ya lo creo, si ella les es muy útil, los ayuda en todo, al principio me dicen que se resistía y se ponía furiosa; pero ellos la reducían con los azotes, creyéndolos por sumo ser necesario. Hoy cuanto le mandan lo hace humildemente; quizás la infeliz ha comprendido que no resistiendo, se evita tan brutal trato. Si vieras la humildad y sumisión con que hace todo.
>
> *Blanca, o consecuencias de la vanidad*

EL EPÍGRAFE ANTERIOR corresponde a la escena en la que Lina López de Aramburu, quien se inscribió en la historia de la literatura venezolana con el pseudónimo Zulima[1], caracterizaba a Blanca Villamizar, protagonista de la última de sus tres novelas. Editada por primera vez en 1896, *Blanca o Consecuencias de la vanidad* resumía y sistematizaba parte importante de los planteamientos en torno a la posición de la mujer en la Venezuela moderna expresados por la autora caraqueña a lo largo de su vida. De hecho, su decisión de usar como metáfora a una señora de bien que habiendo sido acusada de una falta que no cometió, había enloquecido y

estaba pagando –con azotes y un sometimiento absoluto– las arbitrariedades de un hombre racional que decía amarla, bien pudiera constituir el reclamo más abierto de todos los que formuló Zulima frente a la concepción esencialista de la feminidad que dominaba el imaginario social venezolano de fines de siglo XIX.

No hay que hacer una revisión exhaustiva de la literatura nacional para notar que, tal y como asegura Flor María Rodríguez Arenas, el mapa literario de esos años estaba dominado por voces masculinas frente a las cuales, las intelectuales debieron posicionarse. A Zulima, por ser la primera novelista, le correspondió abrir el camino para que un "reducidísimo grupo de escritoras" se pronunciara públicamente y comenzaran a circular esas obras que "al leerse en conjunto, muestran las fases del proceso de formación y la ideología que transmitía la narrativa de las mujeres venezolanas"[2]. Nathalie Bouzaglo comenta también que López de Aramburu construyó perfiles femeninos poco convencionales en la escritura de mujeres de su época, pues las creadoras "solían dedicarse a la poesía o a relatos muy cortos [mientras que]; pocas, como Zulima, se dedicaron a temas que se concebían como transgresores"[3]. En este contexto, ser precursora implicaba entrar solapadamente a la pelea por los signos, para negociar las identidades sociales y de género que se habían instituido desde el canon.

Carmen América Affigne grafica esta disputa con exactitud en su investigación titulada "Flores venezolanas y fiestas patrias en el centenario de Simón Bolívar (1883). Riesgos y ganancias de la participación femenina". En este texto, se cuenta cómo una pieza teatral escrita por Zulima, *María o el despotismo*[4], fue incorporada en la sección literaria de la exposición conmemorativa por el natalicio de El Libertador (1883), pero, aunque fuera aceptada por el mismo presidente de la República, el título de la obra fue omitido en los registros posteriores de la conmemoración que hicieron Adolfo Ernst (1986) y Rafael Ramón Castellanos (1983)[5]. Esta supresión no es un acto azaroso, por el contrario, obedece a que, en la década de los ochenta, el lugar de las mujeres escritoras todavía estaba por hacerse o, lo que es lo mismo, era un territorio incompleto y poco poblado[6], de ahí que, si bien se podía incluir una voz femenina en medio de todas las que constituían el homenaje a Bolívar, había que dejar claro su carácter excepcional. Así pues, tuvieron que pasar dos años para que este drama

"escrito por una mujer que incorporó el espacio doméstico como lugar sagrado de los inicios de la nación"[7] fuera publicado y cinco más para que *La carta y el remordimiento*, la segunda pieza teatral de López de Aramburu, saliera de imprenta.

En medio de un juego de tensiones y ambigüedades, Zulima inicia "la búsqueda de una verdadera integración de las voces femeninas en el ámbito sociocultural", trayectoria que, como señala Javier Meneses Linares "en sus comienzos estuvo enmarcada por un estilo de almas soñadoras, revolucionarias y edificadoras del cambio"[8]; pero, posteriormente, comenzó a ser desplazado por "un discurso que da los primeros pasos a una mujer-escritora más comprometida y más consciente de su rol dentro del proceso histórico-social latinoamericano"[9]. Las contradicciones generadas en esta transición provocan que, al igual que lo hace su personaje, la escritora acate, en ocasiones, con "humildad y sumisión", el perfil de la mujer romántica. Muchas de las reflexiones de las voces narrativas de *El medallón* (1885), *Un crimen misterioso* (1889) y *Blanca o Consecuencias de la vanidad* (1896) parecen ceder a las demandas sociales impuestas a las mujeres en ese fin de siglo; no obstante, en medio del discurso, la escritora siempre se cuida de aclarar que las fantasías masculinas a partir de las cuales la intelectualidad venezolana diseñaba el perfil de la mujer moderna solo podían generar sufrimiento en seres humanos con voz, emociones y racionalidad comprobable.

No se puede dejar de lado que, dos años antes de que Zulima publicara su primera novela, estas representaciones fantasmáticas se hicieron muy visibles dentro del espacio público caraqueño por la celebración del centenario del nacimiento de Bolívar. Como afirma Beatriz González Stephan, entre los actos conmemorativos, estuvieron los cuadros vivos, esas "alegorías de la nación, particularmente oportunas para la actuación pública de las mujeres sobre las tablas: era una manera *inteligente* de exponerlas fuera de la casa, pero convertidas en piezas simbólicas, petrificadas en atuendos grecolatinos, o fetiches satélites del Padre de la Patria. Era el guion ideal para evitar su movimiento y expresión"[10], con lo cual, al darles voz, identidad y capacidad de decisión a los personajes femeninos de sus novelas, Zulima ya estaba tomando posición frente a esta política oficial.

Podría decirse, incluso, que *El medallón*, *Un crimen misterioso* y *Blanca* darán cuenta de diferentes procesos de subjetivación femenina iniciados en un período en el que el imaginario venezolano se movilizaba permanentemente, en el que la novela nacional debía consolidarse y en el que, al mismo tiempo, los grandes intelectuales necesitaban limitar y organizar el lugar de cada grupo social dentro del proyecto de modernización. Se trata pues de tres obras con las que, si bien se apela al *fatum* romántico, también se movilizan las marcas de origen hasta conseguir que el varón letrado resulte menos racional y respetable y, por extensión, la mujer deseante deje de ser el origen del mal y pase a ser una víctima más del poder.

Aunque en cada una de las obras se presente la escena del matrimonio, en todas, se plantee una preocupación por el mercado matrimonial y siempre tematice la maternidad o, lo que es lo mismo, aunque desde la anécdota simple, en estas novelas, el sistema sexo/género y el orden social basado en el biologicismo se mantengan intactos, si se revisa con detenimiento el mapa afectivo trazado por López de Aramburu, se verá que, con su escritura, ella consigue replantear los juicios morales en torno a la conducta de la mujer[11], la relación de la masculinidad con el espacio público e, incluso, cierta mirada maniquea sobre el deseo femenino. Ciertamente, esta postura contestataria no ha sido referida con frecuencia dentro de las aproximaciones críticas a la narrativa de Zulima; no obstante, en 1998, Oswaldo Larrazábal y Antonio Isea dieron algunas señales que permitían deducir su presencia.

En su artículo "Un recorrido por el romanticismo sentimental en la novelística venezolana del siglo XIX", Larrazábal propone que la trama central de *El Medallón, Un crimen misterioso* y *Blanca* era "simple y decididamente romántica", porque estaba llena de "amores incomprendidos, personajes femeninos indefensos y víctimas de una educación frustrante, manejos misteriosos que favorecen a los malos y redención final cuando todo el ovillo argumental se resuelve"[12]. Cabría preguntarse entonces cómo es posible que el mismo crítico afirme poco después que "Zulima es la primera novelista que aboga a favor de la liberación de la mujer [y] por [su] educación"[13], es decir, ¿cómo, si reproducía a cabalidad el modelo sentimental en el que las mujeres virtuosas debían ser ángeles del hogar,

flores o vírgenes, la escritora pudo hablar de la liberación femenina?, ¿cuáles eran los argumentos sobre los cuales se sustentaba su demanda de educación para las jóvenes venezolanas? A propósito de ello, Antonio Isea indica que López de Aramburu había expuesto, en sus tres novelas, una sociedad venezolana impregnada de engaños y ambiciones despiadadas y que, al enfrentar tales realidades, utilizó un discurso postromántico que le permitió crear un personaje femenino activo, disidente, muy alejado de una mujer típicamente sumisa protegida por una figura paterna[14], para Isea, el Romanticismo de Zulima existirá en tanto elemento residual que se cuela en la emergencia de un nuevo perfil femenino.

Así pues, si bien algunos críticos, como Ana Pereda[15], José Rojas o Yurimia Albarrán Montilla han incluido a Zulima dentro del Romanticismo porque en sus obras "frágiles", "se detiene a dar [las] perfecciones físicas y morales [de la protagonista], tal como se acostumbraba en ese tipo de obras [y, además,] dedica un largo párrafo a informar acerca de los estudios que había realizado y de todos los conocimientos que había adquirido por su intermedio"[16], varios investigadores de la narrativa y la dramaturgia de esta escritora, incluso algunos que la han considerado romántica tardía, acaban por admitir que ella propuso nuevas lógicas desde donde entender el pasado y el presente de las mujeres venezolanas. José Rojas, por ejemplo, en su artículo "Una historia desconocida", tras indicar que los románticos fueron los dramaturgos más importantes del siglo XIX, señala que *La carta y el remordimiento*, de Zulima, representada en 1900, es la obra que cierra con este movimiento o, lo que es lo mismo, reitera que la autora se inscribe en el Romanticismo venezolano, pero no durante su auge, sino cuando esta corriente se está renovando y/o desvaneciendo[17].

Cabe recordar que, tal y como señala Luz Marina Rivas, en el caso de las narradoras del siglo XIX, "la llegada de la escritura comienza por un diálogo con el canon"[18], entre otras razones porque la intelectualidad encargada de procurar orden y progreso quería hacer participar a las mujeres "en los proyectos liberales de la modernidad exaltando su condición femenina, sin sublevarse frente a la autoridad masculina, que todavía las representaba como gráciles doncellas o ángeles del hogar"[19], para ello, adicionalmente, fue necesario convertir a las venezolanas en lectoras de novelas sentimentales, porque el "azúcar" de estos textos permitiría modelar

cualquier subjetividad femenina e insertarla dentro del orden moral. Con lo cual, se esperaba que una mujer virtuosa escribiera bien desde la retórica o bien sobre las temáticas entronizadas dentro del Romanticismo, pues solo estaba autorizada a conocer los productos concebidos bajo esa estética.

Empleando otros términos, se podría decir que, si bien dentro del imaginario venezolano era difícil concebir la figura de una mujer reflexiva, había un temor extendido de que la lectura estimulara reacciones o conductas poco adecuadas en los espíritus débiles, en tal sentido, era importante motivar el consumo de novelas por parte de las mujeres latinoamericanas, pero siempre bajo supervisión de un varón letrado, dado que "el fantasma de la mujer adicta a la lectura de novelas atrav[esaba] innumerables novelas de la época; y, por lo general, si no [eran] afeadas física y moralmente como lo menos, termina[ban] enfermas, enloquecidas o perdidas. La relación lectura/liberación sexual o adulterio [era] casi una constante"[20]. Adicionalmente, es importante considerar que la imagen de la mujer condensaba "los peligros que podrían traer los cambios producidos por la democratización de la lectura", así que los personajes femeninos que leían no solo encarnaban a las consumidoras y productoras de escritos, sino que también eran un símbolo de "los peligros de la producción de la industria cultural que pon[ía] en mano de sectores cada vez más amplios, y no sólo de mujeres, folletines, novelas, revistas, periódicos o tarjetas postales"[21], en ese sentido, las narradoras debían ser cautelosas, pues si en sus textos se colaba alguna señal que evidenciara su conocimiento respecto a otras voces u otras estéticas literarias, críticos y expertos hubieran podido dudar de su integridad moral.

Todo ello, además, ocurría en Venezuela después de que la misoginia romántica se hubiera instalado en el pensamiento europeo varias décadas atrás, cuando las "elites masculinas tanto en el mundo de la política como en el de las ciencias, en las humanidades así como en el arte y la literatura [habían desarrollado] […] pensamientos que ora idealiza[ban] la figura de la *mujer*, ora la desacredita[ban], dando así como resultado una visión binaria de la feminidad: por un lado, la mujer mística, ángel del hogar; por otro, la mujer poseedora del mal" lo que, indefectiblemente situaba a cualquier persona de sexo femenino "en lugares incompatibles con el ejercicio ciudadano"[22]. En este marco, López de Aramburu decide dialogar,

pues si se presentaba solo como una mujer lectora, podía ser asociada con "la ansiosa imagen del receptor *salvaje* […] hipnotizado y cándido que casi se convierte él mismo en una página en blanco, dispuesto a las *impresiones* de la producción en masa"[23]; mientras que, si asumía el semblante de la escritora, hubiera podido leerse como una aceptación plena del lugar que el liberalismo les había dado "a las mujeres venezolanas de sectores sociales pudientes"[24], quienes desde la década de los ochenta "no sólo se dedicarán a las labores del hogar, sino que comenzarán a ejercer un papel preponderante en el ámbito cultural"[25]. Así pues, la única vía de acceso al debate que quedaba era la negociación.

Esta treta le permitirá a Zulima construir una voz capaz de apropiarse de las concepciones dominantes de la feminidad, de desviarlas y de proponer una nueva identidad pues, como diría Francine Masiello, "las mujeres, en cuanto sujetos no nombrados del debate filosófico o político, solo [podrán] entrar en la arena pública en su capacidad de agentes dobles, hablando siempre en dos lenguas, llevando siempre una máscara determinada por las exigencias del Estado y otra marcada por una sintaxis de deseos privados". Entonces, solo desde su conocimiento cabal del lugar de la mujer en el romanticismo modelador, Zulima conseguirá crear un territorio de pertenencia con suficiente fuerza como para romper la dicotomía espacio público/espacio privado y, así, permitir que las mujeres ingresen al debate en torno al pasado reciente y los roles de género en la institución familiar.

Siguiendo esta lógica, más allá de los detalles estilísticos, no sería del todo pertinente pensar a López de Aramburu como una reproductora acrítica de modelos conductuales y discursos dominantes de fin de siglo, pues, pese a que eventualmente cada una de sus protagonistas deba "convertirse en el refugio sagrado para su esposo de la sangre y el sudor que inevitablemente acompañan *una vida de acción significativa*", ninguna llega a ser un "*memento* viviente de la otredad de lo divino"[26]. Al contrario, el manejo de las pasiones femeninas propuesto en las obras va a convertir a estos personajes en seres con cuerpo, discurso y capacidad reflexiva. Tal y como propone Graciela Batticuore que ocurre en las décadas de los sesenta y ochenta en Argentina, cuando "el auge del romanticismo y las problemáticas que le son inherentes ceden terreno o bien compiten […] con *nuevas figuraciones de la mujer letrada* que se cristalizan en la narrativa

finisecular" o, lo que es lo mismo, cuando "va quedando atrás la silueta emblemática de la lectora romántica y también la mujer republicana, dejando paso a la presencia amenazante de otra clase de mujeres que *traicionan* el hogar y ponen en riesgo una de las instituciones clave de la república: el matrimonio"[27], Zulima va a superar una cantidad importante de modelos de feminidad, pero al interior del hogar o, lo que es lo mismo, va a esbozar una ruta de liberación que no traicione de manera evidente el mandato masculino.

Cuando López de Aramburu replantea el funcionamiento del amor de pareja, de los celos, de la rabia y de la repugnancia, está generando nuevos marcos desde donde leer las subjetividades que poblaban la Venezuela de las últimas décadas del siglo XIX. Lo que equivale a decir que esta caraqueña, en distintos momentos de sus tres novelas, va a trastocar la figura de la mujer-ángel que el Romanticismo venezolano se había apropiado de la ética victoriana y, desde su reconfiguración afectiva, va a perfilar lo que bien pudiera comprenderse como el germen de la mujer letrada, de ahí que *El medallón*, *Un crimen misterioso* y *Blanca o Consecuencias de la vanidad* puedan ser leídos como los pasos que conducirán al nacimiento de una mujer intelectual en Venezuela.

EL MEDALLÓN

El punto de partida ineludible para aproximarse a la primera novela venezolana escrita por una mujer es su dedicatoria: "a la muy estimable señora Jacinta P. de Crespo, digna esposa del Benemérito general Joaquín Crespo, Presidente de la República de Venezuela", pues si bien pareciera un signo de respeto y/o de humildad el hecho de no hablar directamente con quien ejercía el poder sino con su esposa, al encontrarse en un libro de Zulima –la dramaturga que había presentado un texto de su autoría para la Exposición conmemorativa del centenario de Bolívar– debería tener otra connotación. Por ejemplo, mencionar a Jacinta Parejo de Crespo era mostrar a un personaje de la vida pública que estaba ejecutando acciones infrecuentes entre las venezolanas del siglo XIX frente a un público lector que también era poco convencional. Con la mención a la primera dama,

López de Aramburu le presenta a la naciente lectora venezolana el nombre de "una mujer que ayudaba e influía en las decisiones de su esposo"[28], pero, no por ello, era censurada, pues ejercía su poder a partir de su identidad relacional.

Habrá pues, desde el comienzo, una pequeña transgresión disfrazada de diálogo entre mujeres, que luego será dulcificada con la presentación de los personajes principales, lo que anticipará el vaivén entre la obediencia y la contravención que va a estar presente en toda la novela. Con la finalidad de proteger el honor y, por tanto, la virtud de Zulima quien, como solía ocurrir en el siglo XIX, podía resultar "perjudicada por el deseo de introducirse en la escena pública a través de los escritos"[29], una vez que se ha hablado de doña Jacinta Parejo, la voz narrativa se centrará en los Deusdedit, un grupo de cuatro personajes que, estratégicamente, van a ser perfilados como los protagonistas, pero que acabarán desempeñando un papel episódico dentro de la trama principal.

Insertar una historia dentro de la historia le permitirá a la escritora simular que habla de una familia que, según la lógica burguesa, podía ser ejemplar, mientras se dedica a construir identidades que no eran visibles dentro de las obras nacionales canonizadas. En términos más sencillos, Zulima hace ver en las páginas iniciales de sus textos que reproducirá las tipologías románticas y perfilará a los personajes femeninos a partir de las exigencias del canon; no obstante, a medida que avance el relato, va a ubicarlas en el centro de su discurso y les cederá la voz a subjetividades normalmente silenciadas dentro de la literatura canónica del intersiglo.

Por ejemplo, Elena, la madre de los Deusdedit[30], es inscrita, sin eufemismos, dentro de la categoría del ángel del hogar, la voz narrativa señala que ella era "hermosísima y unía a su belleza un carácter suave y dulce, de rectas ideas y sólida moral", es decir, en el texto se apela directamente a la tipología de la mujer que, a mediados del siglo XIX, "empieza a ser conceptuada como un ser moralmente superior [gracias a] su capacidad de amar, perdonar y consolar"[31]; asimismo, se dice que Oliva, su hija, era "blanca como la azucena, un ligero sonrosado tenía sus mejillas, y la finura de su cutis dejaba ver, transparentes, sus venas azules: sus labios eran rojos, y sus dientes, blancos como el nardo […] se podía decir que era una mujer perfecta". Si a esto se le suma que la palabra Deusdedit significa

“dado por Dios”, se tendrá que estas dos mujeres calcan, en todos los sentidos, el perfil de los personajes fundamentales del Romanticismo latinoamericano[32].

A pesar de ello, se van a producir dos movilizaciones importantes dentro del proceso de escritura: por una parte, si bien se refuerza en la obra la tríada blanqueamiento-belleza-virtud ni Oliva ni Elena se enfrentarán a una rival que “encarna a la cortesana o mujer fatal […] por lo general morena y de ojos negros”. La escritora tampoco presentará “desenlaces en los que la primera es premiada con el matrimonio y la segunda castigada con la muerte o el ostracismo social”[33], sino que se mostrará un vínculo solidario y, eventualmente, amoroso entre la mayor parte de los personajes femeninos. Solo en un caso excepcional habrá una pugna entre dos mujeres que, además, no serán definidas por la diferencia de sus fenotipos ni de sus orígenes sociales.

Por otra parte, si se considera que, en las últimas décadas del siglo XIX venezolano “casi todas las novelas [estaban hablando], con mayor o menor optimismo, de la situación del nuevo intelectual surgido del proceso de modernización y de las distintas opciones o respuestas a este proceso” y, por ello, se generaron una confusión y una serie de debates durante y después de ese período, en torno a la identificación, por parte de la crítica, del “protagonista con el autor de la novela”[34], la sumisión con la que se construyen estos personajes femeninos bien podría entenderse como una de las máscaras de la autora. En términos más sencillos, si bien Zulima invade el espacio de la novela que solo había sido ocupado por hombres hasta ese momento, se cuida de iniciar su relato con personajes femeninos derivados de las fantasías masculinas dominantes que bien pudieran leerse como el producto de una autorepresentación.

Asimismo, la inclusión de Rosina, la amiga más cercana de Oliva, dentro de la trama sirve para reelaborar la polaridad en la que el pensamiento liberal solía inscribir a las identidades femeninas. Por contraste con la mujer rubia y alta, en *El medallón* aparece una joven “de color trigueño y sonrosado, ojos negros y brillantes, arrebatadores labios de coral, dientes de marfil; todo esto, unido a la gracia peculiar de las caraqueñas” pero, a diferencia de lo que proponía el discurso romántico, no va a ser la rival sino la aliada del ángel del hogar. Rosina no se enfrentará a Oliva, sino que va a

compartir sus alegrías; no buscará destruir a la familia, sino ampliarla. Se podría decir entonces que uno de los primeros gestos liberadores que aparece en la novela es la ruptura de al menos dos de las dicotomías que, a manera de dispositivos, dominaban los procesos de subjetivación de la mujer en las últimas décadas del siglo XIX.

Aún más, la forma como la voz narrativa relata las emociones experimentadas por Rosina, la convierten en un modelo de virtud que, si bien es más cercano a la ética cristiana que encarnaba Oliva, resulta igualmente imitable. Se dice, por ejemplo, que la joven, además de dedicarse al cuidado de su padre, "por mucho tiempo había disimulado la tristeza que la dominaba [que] la alegría había desaparecido [de su vida] para ser reemplazada por mal disimulada melancolía y sus labios que antes sonreían alegremente siempre, solo dejaban ahora asomar de vez en cuando desfallecida sonrisa". Rosina será una mujer que se calla, padece y protege a los suyos, así que nada la opondrá ni la hará inferior a Oliva.

Luego, mujeres que se acoplan tan bien a la diferencia sexual estipulada desde el liberalismo decimonónico le darán a Zulima el marco necesario para redefinir a dos personajes masculinos con una carga simbólica indiscutible: el héroe de la Independencia y el hijo de la burguesía naciente. Se hablará entonces del padre de Rosina, un prócer que "pundonoroso y valiente, [que] después de regar cien veces con su sangre los campos de batalla, dejó el servicio de las armas, cubierto de heridas y cargado de desengaño"; asimismo, se presentará a Julio Brebante, el novio de Oliva, quien sí se mantendrá a lo largo de la historia como uno de los personajes principales, pero no por su relación amorosa sino por su origen familiar.

Perfilar al hombre de guerra como un ser decadente y enfermo implica, nuevamente, una intervención en el debate público, pues esta novela se publica en el momento en que se está reescribiendo la Independencia nacional que pretendía, desde múltiples plataformas, sobrevirilizar al sujeto nacional y cancelar casi cualquier otra masculinidad dentro del mapa de identidades posibles en la memoria venezolana. Beatriz González Stephan recuerda cómo en el emblemático libro de Eduardo Blanco (1875), *Venezuela heroica*, "la masa de mujeres, niños y ancianos […] huyen despavoridos de ambos ejércitos" y que "este *tumulto* siempre aparece en términos *enajenados*, *escuálidos*"[35]. Asimismo, indica que, para 1883, "los

venezolanos llevaban casi una década leyendo a *Venezuela heroica* y probablemente tenían más bien estampas fragmentarias en su memoria [pero] ahora la Exposición [conmemorativa del natalicio del Libertador] lograba conjugar en un gesto magistral no solo el texto en forma de libro, sino ilustrar a través de sus galerías las escenas del pasado con extensos óleos y murales de la guerra"[36]. Vale decir que, mientras los aparatos del Estado se preocupaban por recalcar el instante glorioso en el que los hombres libraban una o varias batallas, Zulima desplazaba su discurso hacia los destrozos materiales y subjetivos que habían quedado al finalizar los enfrentamientos.

Claramente, el hecho de elegir otro fragmento del pasado desestabiliza las identidades que se pretendían solidificar desde el discurso oficial, se trata de un ademán que se verá complementado con el papel que la autora le va a asignar al coronel en la trama de *El medallón*. En esta novela, quien estuviera encargado de la fundación de la nación acabará por ser el individuo que se queja de dolor, que debe interceder para que una mujer perdone al hombre que la ofendió y que se preocupa por las relaciones amorosas de los más jóvenes. El héroe del pasado nacional será, en el presente, un elemento casi extinto que terminará por satisfacer las demandas de cuidado y atención que el proyecto liberal dirigía a las mujeres. Podría hablarse incluso de un proceso de feminización de este héroe que termina limitado a sobrevivir al interior del hogar gracias al espíritu caritativo de sus amigos.

Adicionalmente, la figura masculina llamada a suplir este perfil heroico también se verá trastocada dentro de esta historia. Julio va a ser un hombre joven sin ningún oficio conocido y decidido a amar a Oliva sin realizar ninguna otra actividad social o laboral; dicho de otra manera, se trata de un personaje bastante cercano a la figura del ángel del hogar desde la cual se pretendía construir a las mujeres de los sectores medios y altos en el imaginario venezolano de las últimas décadas del siglo XIX. Este muchacho tenía como única forma de sustento la fortuna que le entregara su padre Claudio, "uno de los hombres más ricos de Venezuela […] con todos miserable, menos con su hijo Julio a quien amaba con un afecto delirante, loco". Lo que equivale a decir que la identidad con la que Julio ingresaba y circulaba por el espacio público se basaba en sus emociones: el amor que

recibía de su padre y el que entregaba a su esposa, lo que le negaba cualquier capacidad productiva.

No parece ser casual que un personaje con este perfil sea diseñado por una mujer escritora en los años ochenta, cuando Venezuela se recuperaba progresivamente de la Guerra Federal y, desde hacía tan solo una década, estaba adquiriendo "una fisionomía más acorde con las expectativas de las élites y más próxima a los modelos capitalistas"[37]. En ese período, el proyecto nacional del liberalismo amarillo, a la par de la glorificación de los héroes de la Independencia en un pasado mítico, intentaba inscribir en el imaginario un nuevo sujeto que respondiera al "acentuado proceso de articulación con el sistema capitalista mundial a través de la exportación de productos agrícolas […] y la creciente formación de un mercado consumidor de bienes manufacturados provenientes de los centros industriales"[38], lo que bien podría leerse como la necesidad de diseñar un individuo modélico con la fortuna familiar, la formación y los hábitos de consumo que la escritora le asignará a Julio, pero con un manejo de las emociones que no limite su potencial productor.

A esta dislocación se suma que Brebante padre, quien representa otra arista de la burguesía, va a ser el encargado de reproducir las identidades fantasmáticas que marcaban a las mujeres en el Romanticismo. En boca de este personaje aparece, por primera vez en la obra, una referencia a la maldad femenina que, posteriormente, funcionará como un espejo para sus propias fallas. Cuando Claudio se entera del amor de Julio hacia Oliva le advierte que la joven podría estar interesada en su dinero y no en él, a lo que el hijo le responde, en un tono profundamente melodramático, que no podrá vivir sin su amada e, inmediatamente, se marcha aterrado ante la idea de que su padre prohibiera, pues estaba facultado a hacerlo, su boda. Indudablemente, la percepción de las mujeres como seres materialistas e interesados estaba extendida en esos años en América latina; sin embargo, López de Aramburu reacomoda esos patrones conductuales que "parecían domesticar tanto al hombre como a la mujer, de acuerdo a una también nueva economía política de la producción reproductiva"[39], pues, en principio, Claudio cuestiona que la hija de los Deusdedit quiera vivir de la fortuna de su esposo, como le hubiera correspondido a una señorita de bien y,

posteriormente, Julio experimenta miedo y angustia, como debía ocurrirle a una mujer.

Esto pudiera indicar que Zulima se alinea con "las narrativas sentimentales [que] encorsetaba a hombres y mujeres, convirtiendo no en vano el *domus*, la sagrada familia, en el puntal del orden económico y social nacional, donde la mujer resultaría el centro privilegiado de las tecnologías de la domesticación represiva"[40]; no obstante, más que reafirmar el orden que inscribía a los hombres en el espacio público y a las mujeres en el privado, en el intercambio entre los Brebante se dejará ver un sujeto burgués que le niega a otro personaje masculino su condición de "hombre viril (fuerte y contenido, sano y disciplinado, productivo y centrado) conveniente también a la nueva ética puritana del trabajo"[41], para reducirlo a la pura obediencia.

A esto hay que añadir, además, que la familia de los Brebante es un territorio homosocial ocupado por tres personajes masculinos: el padre, el hijo y Lorenzo, "uno de esos hombres nacidos para ser parásito de otro" que se ofreció a acompañar a Claudio en su viaje por Venezuela y, desde entonces, fue "su compañero, su amigo y aun su sirviente, cuando no lo había, porque sin ser de la condición de aquellos, hacía todo lo que ellos podían hacerle, en caso de necesidad" y que "Jamás se acostó Lorenzo sin dejar antes a Claudio metido en su cama y echar con él un párrafo. Amaba a Julio como si fuera su hijo y tenía especial cuidado en arreglarle todo lo que le pertenecía, haciendo las veces de madre más que de amigo. Este lo quería en extremo y todo se lo consultaba; de modo que Lorenzo era el todo de ambos" . Una mirada superficial al texto basta para descubrir que, con este grupo de personajes, una vez más, Zulima emplea como estrategia el aparente calco de los valores burgueses, pero los resitúa con nuevas marcas de género. Hay quien produce, como el padre; quien cuida del hogar, como la madre; y quien se forma para reproducir la fortuna, pero dedica su vida a amar, como la hija; solo que las tres funciones son desempeñadas por personajes masculinos.

Asimismo, se debe considerar que, en el imaginario venezolano de fines del siglo XIX, el cuerpo masculino fue otro de los territorios de lucha de sentidos. Como bien explica Beatriz González Stephan, al analizar *Venezuela heroica*, de Eduardo Blanco, "Eros y afectividad, en este necesario maridaje

homosocial, son tan rentables para los asuntos de la *alta* política de la nación como la economía reproductiva burguesa. En un caso, se capitalizan ideas, leyes, letras, artes; y, en otro, se produce dinero, mercancías e hijos"[42], así, con la constitución de la familia Brebante, Zulima se posiciona frente a tres de los debates que se llevaban a cabo en el mundo de las letras pues, por un lado, construye a Claudio, un millonario que no produjo el dinero que tiene sino que lo heredó de su esposa Catalina; luego, a Lorenzo, un hombre que si bien se dedica a servir en el hogar, no produce mercancías ni hijos; finalmente, a Julio, un varón sobreafectado, representante del "carácter febril de las virilidades modernas" que contraría el modelo de masculinidad burguesa y, al mismo tiempo, se desapega de la identidad modélica de los héroes fundadores cuyo perfil se quería institucionalizar en la conmemoración de 1883.

No se trata propiamente del fraternalismo emotivo que "prosperó en ambientes y espacios culturales y artísticos, en instituciones educativas, militares y eclesiásticas, al igual que en baños, cafés y cantinas, entonces cotos exclusivamente masculinos" y que se vio reflejado en novelas mexicanas como *El Periquillo Sarmiento*, de José Joaquín Fernández de Lizardi (1816) o *El hombre de la situación,* de Manuel Payno (1861)[43], sino de una relación que se daba a puertas cerrada, que la propia voz narrativa se encargó de inscribir dentro de la habitación y que no tiene punto de conexión alguno con el ejercicio de la ciudadanía o "el sentimiento de comunión con la colectividad imaginada"[44] que justificó la emocionalidad que se le imprimía a las relaciones entre hombres. Al contrario, en esta obra, se da una reafirmación de la familia como núcleo de la sociedad, pero también una revisión de los significados subyacentes a la práctica de la maternidad y su marca de género.

De igual forma, las relaciones de los Brebante continuarán movilizando las masculinidades. A diferencia de Elena, Oliva, Rosina y los otros personajes femeninos de la novela, Julio y Claudio se dedican a viajar y a consumir los objetos propios de la modernidad, es decir, ellos no van a contribuir con crecimiento económico del país, no van a ejercer ningún oficio o profesión y, adicionalmente, se dedicarán a comprar objetos costosos e inútiles para adecuar su casa a las demandas sociales, en un momento en el que el linaje había sido desplazado por la capacidad

adquisitiva como marca de identidad. Cabe recordar que, en varios textos del intersiglo, las mujeres intelectuales fueron las encargadas de alertar acerca de las pasiones que despertaba el consumo desmedido por parte de las mujeres[45]; Zulima se suma a estas voces, pero desnaturaliza las marcas de género de este tipo social, pues presenta a Claudio como el emblema de la persona que cae en la tentación del lujo.

La suspicacia con que la voz narrativa construye al personaje masculino es por demás elocuente, se trata de un sujeto moderno que ama el dinero y que cree que puede comprar hasta su honorabilidad. Cuando Claudio menciona que "Un hombre rico no tiene historia, aunque malvado sea o haya sido. No es más que un hombre rico a quien es preciso adular, servir de rodillas para arrancarle el dinero: poco importa que sea sabio o ignorante", o bien cuando decide irse de viaje con su hijo porque teme que se descubra su secreto y, precisamente en ese momento, Lorenzo afirma que en Caracas hay "muebles dignos de un rey", la escritora está poniendo en tela de juicio la clase social emergente en la Venezuela de fin de siglo y, al mismo tiempo, está insinuando que los valores que defendía este modelo económico y que, en cierto sentido, justificaban la división sexual del trabajo, no eran más que una fachada para cometer actos moralmente reprobables. Claudio consume y eso borra su pasado, al tiempo que le permite fabricar un futuro deseable para su hijo.

Justamente, la relación del personaje con el comercio, la acumulación de capital y el uso del dinero van a detonar la trama principal de la novela que terminará de descolocar los modelos de masculinidad y feminidad que circulaban en la literatura canonizada de la época. La protagonista de este relato paralelo es Melania, una amiga de infancia de Elena Deusdedit, descrita como "una mujer bellísima, pero lánguida y triste" cuyos "hermosos ojos azules, adornados por largas pestañas, revelaban la melancolía más profunda; y sus rubios y abundosos cabellos, que caían extendidos hasta las rodillas, la envolvían en un manto de oro, haciéndola aparecer como la Diosa del dolor". Esta vez, la autora apela al estereotipo de la mujer sufriente ampliamente explotado en la literatura sentimental del siglo XIX, cercano al cristianismo y, por tanto, contrario al discurso liberal; no obstante, desde el mismo momento en que se introduce este personaje en la

trama, la voz narrativa se encargará de cuestionar las polaridades subyacentes a esta figura modélica.

La primera vez que Elena habla de Melania lo hace porque su hijo Alberto, otro supuesto representante de la burguesía, muestra curiosidad ante la foto de la mujer y pide leer una carta que la desconocida le había dejado a su madre. Elena se niega, entonces el joven comenta: "la historia de tu amiga será como la de otras, que en premio de su amor alcanzan ingratitud, y en su romántico dolor dejan esos manuscritos, con la esperanza de que algún día los vean sus infieles pretendientes". El rechazo de la madre es inmediato y reafirma la virtud de su amiga para, posteriormente, recordar cuánto ha sufrido y cuánto le falta por sufrir en la vida.

Quizás el primer elemento que se deba destacar de esta escena es la capacidad de fabular que muestra Alberto. Se trata de un hombre que no conoce ni a esta mujer en particular ni a las mujeres venezolanas como colectivo; sin embargo, tal y como lo haría el autor de cualquier novela sentimental, se atreve a pensar una historia y asignársela al personaje. Construye, además de, un relato en el que se muestra la debilidad de carácter y la fragilidad del personaje femenino. Entonces, la respuesta de Elena, en la que dice que ella jamás hubiera podido sobrevivir a lo que ha vivido su amiga, toma una nueva connotación, ya que no solo desmiente el fantasma que nace del discurso masculino, sino que, conjuntamente, presenta a su amiga como una individualidad más sólida y más fuerte que el hombre que pretende dar cuenta de ella.

La autora no deja lugar a dudas que el discurso romántico no fue realmente protagonizado por Melania sino imaginado por Alberto o, lo que es lo mismo, el hecho de que una mujer sufra solo por no haber sido amada, escriba con la única finalidad de victimizarse y pretenda ser admirada por hombres infieles es una ilusión producto de las "ligerezas de carácter" del hombre modelo y no un registro de la experiencia femenina. Esto, aunado a que en la realidad va a ser Agricio Coenta, el hombre millonario con quien Melania se involucró en su juventud el que la va a amar el resto de su vida, mientras ella se va a encargar de honrar la memoria de los hermanos, cuidar a su padre moribundo y buscar a su hijo, da cuenta de que si bien el amor romántico se pudiera seguir considerando propio de la sociedad decimonónica, no era la única forma de relacionarse ni era una emoción exclusiva de las mujeres.

De igual manera, por medio del personaje de Melania, se reescribe el mito de la virginidad femenina. Si se considera que, como dice Gabriel Cocimano "Durante el siglo XIX latinoamericano, cuando se iniciaba la secularización del Estado, la Iglesia mantuvo su poder sobre la familia y la educación: fue una institución clave en la redefinición del patriarcado americano, apropiándose de los derechos reproductivos de las mujeres, a partir de *mitos* fundamentados en la virgen María"[46] no es extraño que dentro de la Novela sentimental que se desarrolla en el continente, la virtud de las mujeres esté vinculada a la negación de su sexualidad. Esta premisa haría imposible considerar a Melania un ser respetable, dado que, si bien lo hace bajo engaño, sostiene relaciones sexuales con un hombre con quien no está casada y ni para la voz narrativa ni las personas que la rodean parecen reprochárselo.

Melania no va a encarnar ni a la mujer conservadora que obedece el mandato familiar y niega sus impulsos sexuales ni a la mujer liberal que se reproduce y permanece al interior del hogar mientras el esposo se dedica a las actividades productivas, al contrario, la voz narrativa afirma que cuando el padre de su hijo pierde su trabajo, este personaje femenino se dedica a cortar y coser, hasta que Agricio asegura que la va a salvar porque no es justo que ella trabaje para satisfacer las necesidades de los tres, entonces se marcha y le deja algún dinero que le bastaba para vivir, lo que la conduce a insertarse, nuevamente, en el mercado laboral.

Aunque no es la primera vez que la imagen de una mujer con este perfil aparece en la literatura latinoamericana, sí es uno de los primeros registros en los que un autor le da la voz. A diferencia de lo que ocurre con todo el relato marco, Melania va a ser la encargada de contar su propia historia, con lo cual, las acciones se van a inscribir en su experiencia individual y van a servir para que –esta mujer que produce sus alimentos y los de su hijo, no se ha casado bajo ninguna ley, pero es una buena madre y no cree en el amor romántico, pero sí en la familia– dé cuenta de sus emociones. Zulima utiliza el antiguo recurso de la carta para que Melania relate su experiencia pero, a diferencia de lo que ocurría en las Novelas sentimentales, aquí el amor idílico va a desplazarse hasta casi desaparecer y, en su lugar, surgirán la vergüenza, esa experiencia que "involucra la intensificación no solo de la superficie corporal, sino también de la relación del sujeto consigo mismo, o

de su sentido de sí mismo como un yo"[47] y el miedo, el mecanismo que asegura la formación de lo colectivo[48]. En este marco, Melania, más allá de que sepa a ciencia cierta por qué tomó determinadas decisiones en su juventud, se va a plegar ante la mirada social que la condena, va a cambiar su nombre por el de Rosa Didiez, evitará hablar sobre su pasado y se va a ocultar de quienes la conocen y la han juzgado.

Una vez más, Zulima interviene los relatos moralizantes decimonónicos en los que una mala mujer debe arrepentirse y pagar por sus pecados, pues si bien reproduce buena parte de la estructura de estos discursos, se cuida de aclarar que Rosa no es la responsable de su desgracia[49]. Al contrario, la protagonista resultará excluida de la sociedad cuando, como correspondía a una dama virtuosa, apueste por el amor idílico y se va a salvar cuando se deje guiar por sus instintos, que era algo tenido por peligroso en la Venezuela de finales del siglo XIX.

Si se piensa entonces que Zulima les hablaba a las lectoras, habría que preguntarse ¿qué podría hacer una venezolana de la época para evitar una situación similar?, ¿desconfiar de un burgués que quería multiplicar su fortuna porque podría ser un timador?, ¿perder la fe en los representantes de la Iglesia porque cualquiera podría hacerse pasar por un sacerdote?, ¿permanecer junto a su padre, en la casa familiar, aunque su nueva esposa estuviera atentando contra la memoria? El hecho de que en la novela Melania no tenga más alternativa que "dejarse engañar" es un síntoma iluminador del proceso de repolitización de la vergüenza que lleva a cabo la autora.

En *El medallón*, la vergüenza sigue teniendo una finalidad modeladora, pero esta no va dirigida a quien experimenta esta emoción, sino a las personas que juzgan a la mujer abochornada. Dicho de otra manera, aunque en este texto, la vergüenza también ponga en juego algo que va más allá de los actos y aunque lo desagradable de la acción se traslade a alguien más[50], el padre de Melania y su esposa Cándida, Agricio Coenta y las personas que permiten la muerte social de esta mujer sin preocuparse por su paradero serán "descubiertos como malos"[51], mientras que ella, la individualidad a quien el entorno le ha "suscitado una respuesta de vergüenza" seguirá siendo vista como una persona virtuosa.

Todo ello, además, se descubre únicamente cuando la mujer que ha sido marginada decide pronunciarse. Solo porque Elena Deusdedit lee la carta donde su amiga confiesa la historia y deja registro de sus emociones, se hace público que Melania no tiene nada de qué arrepentirse. A pesar de estar avergonzada, ella es una víctima y no una individualidad que se alejó del ideal social. Se resalta entonces dentro de la trama la capacidad reintegradora de la escritura y el poder de la narración para conjurar el miedo.

A diferencia de lo que solía ocurrir en las Novelas sentimentales, en *El medallón*, los temores de la protagonista van a tener un fundamento racional y los hechos que desencadenen las acciones tanto de Cándida, la madrastra de Melania, como de Agricio Coenta, el hombre con quien la protagonista creía estar casada, justificarán el surgimiento de esta emoción. Ciertamente, en esta obra, "el miedo [también] va a contener algunos cuerpos de modo que ocupen menos espacios", de manera tal que se alineen "el espacio corporal con el espacio social"[52]; sin embargo, a medida que avance la trama, los temores se trasladarán a los personajes masculinos y, a diferencia de lo que ocurría con los miedos experimentados por Melania o, en menor medida, por Oliva –que se desprendían de sus condiciones materiales de existencia– Agricio vivirá amenazado por un temor metafísico, determinado por el remordimiento y la culpa.

El miedo que expone Melania en su carta a las "pinturas lisonjeras" de Coenta es contrarrestado por su padre, un hombre conservador que la felicita por haberle dejado a él la decisión de su matrimonio. Cuando el padre acepta al pretendiente, señala confiado que "ese joven […] honrado y trabajador, aunque sea pobre, puede hacerte feliz si te ama" (p.177), reafirma así el paradigma del amor romántico que, como se verá en las tres novelas de Zulima, quizás constituirá un elemento de alta peligrosidad para las mujeres. Así pues, el otorgamiento de la voz a una subjetividad femenina que se encontraba bajo sospecha servirá para establecer que la racionalidad y la escritura eran territorios de existencia más seguros que la familia y el amor idílico.

Indudablemente, el cierre de la obra, que vuelve sobre la vida amorosa de Oliva, Rosina, Alberto y Julio, va a dejar el relato de la vida de esta madre trabajadora y soltera como una isla dentro de la trama; no obstante,

las reflexiones finales que intenta acercar a la protagonista al modelo de virtud impuesto por la caridad cristiana, reiterarán lo que parece ser el problema central abordado por Zulima: en Venezuela, existían subjetividades diferentes al ángel del hogar o a la mujer delincuente, pero las decisiones del entorno, el accionar de la burguesía y las emociones que circundaban la moral conservadora obstruían su visibilidad, por ello resultaba indispensable hablar de/por estas mujeres para dejar constancia de su existencia.

UN CRIMEN MISTERIOSO

Si en *El medallón*, Zulima se dedica a desplazar el signo mujer dentro del imaginario finisecular venezolano, en *Un crimen misterioso,* construirá una plataforma desde la cual, en tanto subjetividad intelectual, pueda evaluar el problema de la educación femenina. Una vez iniciada esta reflexión, se dedicará a juzgar a los bandos enfrentados en la Guerra federal para, posteriormente, asumir una postura frente a los actores políticos de su tiempo. Ángel Gustavo Infante, cuando contextualiza la edición de este libro, recuerda que, en 1889, ya eran visibles en Venezuela "el avance de la ciencia positivista y la aparición de la novela nacional"[53], con lo cual, esta escritura debía adaptarse al "cambio radical exigido por una modernización que tuvo al *Orden* como principio y al *Progreso* como fin", lo que le exigía a la autora "eliminar los vicios románticos del discurso literario y adaptar el método experimental"[54]. Por otra parte, recuerdan Ana Teresa Torres y Yolanda Pantin que Oswaldo Larrazábal destacaba la continuidad expresiva de este texto y señalaba que "a pesar del romanticismo sentimental y tratamiento folletinesco, [entre] los planteamientos que hace Zulima, en sus novelas, hay uno que destaca por la importancia y lo novedoso que hace la autora para que la mujer, por medio de la educación, ocupe el puesto que le debe estar asignado en la sociedad"[55]. Ante ello, podría resultar desconcertante que la trama de *Un crimen misterioso* gire en torno a la posibilidad de que una pareja joven contraiga o no matrimonio; sin embargo, al igual que lo hizo en su primera publicación, la narradora desarrolla una historia dentro de la historia que servirá para dar cuenta de la existencia de

una feminidad disidente. En el relato enmarcado, Zulima dialogará con el naturalismo y con la modernidad como proyecto.

En la segunda novela, nuevamente, la dedicatoria se va a presentar como un elemento interesante. Esta vez, Zulima dice haberles escrito su "pobre obrita, abrigando la esperanza de que será aceptada por ellos con benévola condescendencia" al presidente de la República "señor Dr. Juan P. Rojas Paúl y a su respetada y estimable esposa señora Josefa B. de Rojas Paúl", es decir, va a interpelar directamente a la autoridad, aunque se cuide de usar diminutivos, de hablar también de la primera dama y de mencionar algunas emociones, como la condescendencia, que impliquen jerarquías. En otros términos, se podría decir que la voz pierde la horizontalidad de la dedicatoria de *El medallón*, pero deja clara su simpatía por Rojas Paúl que bien podría entenderse como una aprobación del proyecto nacional del liberalismo amarillo.

Este posicionamiento político adquiere una relevancia particular cuando se considera que, después del decreto del 27 de junio de 1870, según el cual "la educación pública, obligatoria, gratuita, laica y organizada por el Estado" convertía a Venezuela en el segundo país de América latina en constituirse como un Estado docente[56], "se abren algunos resquicios en educación y trabajo para las mujeres venezolanas"[57], en otros términos, cuando se piensa que durante los gobiernos de Antonio Guzmán Blanco, Joaquín Crespo y Juan Pablo Rojas Paúl, los límites de la educación femenina estaba siendo replanteados. En este contexto, el hecho de que la autora dedique su publicación al presidente e, inmediatamente después, construya personajes desapegados por completo a la figura del ángel del hogar, traslucen su posición frente a estos cambios.

Es particularmente sugestivo, además, que la historia se desarrolle en los últimos años de la Guerra Federal cuando, como indica Emma Martínez, la educación venezolana estaba al servicio del ideal de hombre republicano y obviaba la necesidad de formar a las niñas como ciudadanas. Hasta 1863, la educación formal de las venezolanas, "cuando la hubo, estuvo signada por las características biologicistas y funcionalistas del sexo y por la posibilidad de la maternidad: en cada niña parecía advertirse una futura madre"[58]. Precisamente en esa época, vive la protagonista de la historia marco de *Un crimen misterioso* y, si bien esta mujer es caracterizada como

una madre modélica, en el capítulo en el que se relata su infancia va a destacar por sus dotes intelectuales y por su capacidad para aprender.

Cuenta la voz narrativa que "a la edad de diez años, Berta contemplaba con verdadero éxtasis el azul del cielo y los brillantes astros, oía entusiasmada las explicaciones que su padre le hacía de los signos, los astros y planetas que cubren el firmamento y los retenía en su memoria de un modo sorprendente". Añade que "estas contemplaciones desarrollaron su inspiración, fortificaron sus facultades intelectuales [y] aumentaron su sensibilidad, haciéndole concebir sueños indescriptibles". En otras palabras, se trata de un personaje con un perfil atípico para su tiempo, diseñado por la primera mujer que escribe una novela en el país, en una acción que se torna más osada si se piensa que este texto había sido ofrecido como lectura al presidente de la República.

Tal vez por eso mismo, Zulima incluye una serie de elementos tranquilizadores en este capítulo. Por una parte, le da al personaje, Berta Santelmo, el apellido de su esposo aunque todavía fuera una niña y no conociera al hombre con quien se iba a casar; en segundo lugar, justo después de alabar la "esmerada educación" de la mujer, se describen los rizos rubios, las pestañas negras, los hoyuelos en las mejillas y otra serie de atributos que acercan al personaje al modelo de belleza y virtud victoriano; finalmente, se aclara que "Berta era una excepción" y no la norma "porque para ella la coquetería era un misterio". Con esta secuencia, se deja constancia de que la identidad del personaje estaba alejada de la norma, pero no lo suficiente como para ser considerada físicamente fea o contraria a la moral, tal como ocurría con las representantes del feminismo en esos años.

Curiosamente, la cautela también se va a perder cuando la escritora presente, de un modo peculiar, la llegada de un hombre a la vida de Berta. Esteban, un burgués, varios años mayor que la protagonista a quien la joven consigue adormecer con su "amor espiritual" va a interrumpir el desarrollo intelectual de la protagonista, al tiempo que se va a mostrar incapaz de hacerla feliz. Lo más innovador al respecto es que después de hablar de la boda y del embeleso de Berta frente a la vida esposa y madre, la autora introducirá un excurso moral, muy frecuente en los folletines hispanoamericanos y en la novela Realista, para desestabilizar la tipología femenina de la perfecta casada. Afirma entonces "Niñas, rechazad con miedo

a esos jóvenes imberbes que creen amar y se entregan al matrimonio, porque pasada la primera ilusión dan rienda a sus pasiones y la pobre esposa, la madre sus hijos, el ser que más los ama en el mundo, viene a recibir en recompensa de tanto amor y abnegación el tristísimo título de *La mártir del hogar*". Indudablemente, se trata no solo de un desapego tajante a la novela sentimental, sino también un nuevo giro sobre el problema de la educación femenina.

La utilización de este recurso retórico por parte de Zulima implica la transgresión de un límite, pues –más allá de que a lo largo de la novela, la relación de Berta y Esteban varíe en tono e intensidad– ya para la década de los ochenta, el excurso se entendía como una "forma de presencia, desdoblada en la voz del inevitable narrador omnisciente o en la del propio autor" que le permitía manifestar directamente sus intenciones[59], lo que implica que, a diferencia de otras afirmaciones incluidas en el texto, el comentario va a ser leído bajo un pacto de verdad, va a ser comprendido como la visión de esta mujer intelectual que llama a no idealizar el matrimonio ni la maternidad porque ambas experiencias pueden provocar sufrimiento.

Tras la intervención autoral, además, se volverá a invertir desmarcar genéricamente la polaridad razón/pasión. Esteban Santelmo va a ser descrito como un ser voluble e inmaduro, por contraste con Berta quien tomará todas las decisiones de su vida desde la racionalidad más pura. Desde el segundo capítulo, titulado "La cartera", se deja clara esta inversión. La protagonista estaba enferma, así que, por recomendación del médico, realizaba una serie de paseos matinales. No le interesaba ser protegida por su marido, con lo cual, solía salir de casa y volver sin avisarle. Una tarde, al regresar, encontró en su habitación una cartera con unas cartas y una fotografía de una mujer desconocida, así que buscó a su esposo para entregarle todos los objetos hallados. Él la miró y le preguntó si había leído la correspondencia, a lo que ella contestó: "Caballero, cuando una mujer lee por curiosidad lo que le viene a las manos, la califico de necia", asimismo, añadió que el contenido de las cartas no interesaba a su corazón. Estas palabras sirven de detonante para que Santelmo sufra un estallido de celos y le grite a su esposa que si no sintió curiosidad él solo puede pensar que ella no lo ama o que "de mujer ella solo tenía su preciosa forma". Por medio de esta discusión, una

vez más, la escritora hace tambalear la imagen de la mujer burguesa protagonista de las ficciones domésticas y recuerda que el prototipo de la esposa celosa no es más que una demanda de los varones de cierto estrato socioeconómico y no una conducta esencialmente femenina.

Berta, va a colisionar contra esta imagen porque será educada por su padre, se va a casar con el hombre indicado, va a preferir criar a sus hijos que divertirse y va a posponer, por no decir desaparecer, sus ansias de conocimiento para dedicarse a la familia; no obstante, ninguna de estas circunstancias la va a convertir en lo que la moral burguesa espera de ella y, lo que resulta más interesante, en ningún momento, sus emociones se plegarán al mandato social. La señora Santelmo, además, solo hablará de la mujer cuya fotografía se encontraba en la cartera de Estaban para indicar que era hermosa, no se va a convertir en su enemiga ni va a emitir juicios morales sobre su conducta; así pues, Zulima desarticulará la rivalidad entre subjetividades femeninas que servía de soporte a la dicotomía mujer pública/ mujer doméstica.

Esta escena, adicionalmente, refuerza que la sobreemocionalidad que mantenía a las mujeres fuera de los lugares de decisión política, podía combatirse si las niñas recibían una formación equivalente a la de los varones, postura que avalaba muchas de las propuestas del feminismo internacional. Por ejemplo, como menciona Dolores Sánchez, el Congreso Nacional Pedagógico de Madrid, celebrado en 1882, "contó con una quinta parte de mujeres entre los delegados [y] Diez años después, veintiuna mujeres participaron en el comité organizador del Congreso pedagógico hispano-portugués-americano"[60], en este marco, Emilia Pardo Bazán afirmó que la educación de la mujer tenía que iniciar un período revolucionario porque para ese entonces solo era "preventiva y represiva hasta la ignominia" pues partía "del supuesto mal, nac[ía] de la sospecha, [nutríase] en los celos, [inspirábase] en la desconfianza, y [tendía] a impedir o a creer buena y cándidamente que impide las transgresiones de la moral sexual por el mismo procedimiento mecánico de los grillos puestos al delincuente"[61]. En palabras más concretas, Pardo Bazán denunciaba que la finalidad de las escuelas para niñas no era educar sino condicionar las emociones de las alumnas para que reprimieran sus deseos y actuaran a partir de las decisiones masculinas.

En su intervención dentro del mismo Congreso, Concepción Arenal añadiría que no era lo mismo educar que instruir y que si la mujer tenía derechos y deberes equivalentes no debían recibir una educación distinta a la de los varones. Agregaba que la sobreemocionalidad y la frivolidad femeninas eran construcciones de los hombres quienes "con sus costumbres, sus leyes, sus tiranías, sus debilidades, sus contradicciones, sus infamias y sus idolatrías" habían hecho imposible saber realmente qué era una mujer[62]. En otras palabras, Arenal también confiaba en que los celos o cualquier otra muestra de debilidad emocional no se debía a la naturaleza femenina, sino a las fallas en la educación de las mujeres a quienes se les instruía únicamente para servir a su marido y a sus hijos.

A la postura de Pardo Bazán, Arenales y otras se respondió frecuente, en las últimas décadas del siglo XIX, con la patologización de la mujer a partir de su ciclo menstrual. En el discurso médico de esos años "a diferencia de los antiguos modelos galénico y aristotélico, los genitales femeninos pasaron a gobernar el cuerpo entero y la mente de las mujeres. Se daba por sentado que la matriz estaba conectada al sistema nervioso central y que regía todos los cambios físicos y emocionales de las mujeres"[63], de ahí que, desde este paradigma, resultara imposible concebir a una mujer saludable como alguien capaz de no sentir e, incluso, de controlar los celos, la envidia y todas las emociones que la obligaban a permanecer en casa.

No deja de resultar muy elocuente la manera como Zulima transita por las diferentes aristas del debate pues, por una parte, hace que la voz narrativa reitere una y otra vez que la maternidad es una bendición para Berta y que ella era una persona virtuosa porque se había decidido a cuidar personalmente de sus hijos; no obstante, también introduce, por medio de un juego retórico, una reflexión que relativiza las bondades del matrimonio. En segundo lugar, la escritora demuestra que, incluso, siendo sometida a los vicios de la institución matrimonial, la educación que ha recibido esta mujer le permite conservar la serenidad y hacer un manejo racional de las circunstancias, lo que la alinea con algunas de las afirmaciones de los sectores feministas que solicitaban la misma educación para niños y niñas, aunque, al menos a simple vista, no rechace la dedicación absoluta de la mujer a la vida doméstica, hecho que le permite asumir un semblante de

conservadurismo y palia su decisión de dedicarse a escribir novelas, como no lo había hecho ninguna otra venezolana hasta entonces.

Esta ambigüedad podría ser un síntoma de que la escritora estaba negociando con el campo intelectual para evitar la censura, idea que bien podría verse reforzada por el distanciamiento histórico. El hecho de que la mujer que se casa y tiene hijos que constituyen una bendición viva en la década de los cincuenta, mientras que la voz autoral que recomienda pensar bien antes de contraer matrimonio viva a finales de los ochenta resulta sintomático. Cabe recordar que una parte importante de este debate radicaba en si, además de para la enfermería o el magisterio, las jóvenes podían ser preparadas para ser juezas, médicas o escritoras[64]. Al respecto, Zulima responde de manera solapada pues, por una parte, Berta Santelmo no parece interesada en vender su fuerza de trabajo, pero en la novela queda claro que la dificultad para manejar las emociones no le hubiera impedido hacerlo, al contrario, en medio de la discusión, el personaje femenino le pregunta explícitamente a su marido si quiere que ella llore y se desespere, añade entonces que ella no es tan loca, como otras mujeres, como para "hacerse amar por medio de arrebatos, ultrajes y rabiosas lágrimas". Por contraste, el esposo seguirá actuando como alguien incapaz de controlar su apetito sexual, tomar decisiones responsables y manejar adecuadamente su dinero.

Ello no impide que los Santelmo continúen su convivencia, aparentemente armoniosa, por años, que su descendencia aumente ni que, una década después de aquella discusión, aparezca en el hogar el general Pablo Querales, un pretendiente de Alicia, la hija mayor. La llegada de este militar hará que la atención se desvíe hacia el relato de la Guerra federal. Al respecto, no solo es llamativo que la voz narrativa refiera este enfrentamiento bélico en un tono analítico, cercano al de los manuales de historia, sino que además Zulima, desde su lugar como escritora, asuma la voz y construya, directamente, una novela histórica que dialogue con los hechos oficialmente registrados. Cuando señala: "Pedro empezó a referir la historia, pero yo como novelista, la contaré tal como sucedió", no solo está reclamando para sí misma un lugar dentro del campo intelectual venezolano, sino que, además, se está reafirmando como poseedora de una verdad.

Procede entonces a asegurar que, para 1859 "Venezuela estaba conmovida por las pasiones: el ardor bélico invadía hasta el corazón de las

mujeres. El grito de *Viva la Federación*, extendía su eco en toda la República, la guerra civil la aniquilaba; nada podía detener sus estragos", luego añade que "el pueblo venezolano estaba resuelto a sacudir el yugo del centralismo, porque comprendía que era la parodia del colonialismo de antaño. Hombres desconocidos se alzaban llamándose generales, y esos generales de un día se convertían en héroes. El grito de *Viva la Federación* los unía solidificando sus creencias, lo cual hacía que día por día fuera más potente la revolución. Es decir, desde el comienzo del capítulo, Zulima hace tres aclaratorias: que el "ardor bélico" no solo era un asunto masculino, pues las mujeres también eran parte de esa República que gritaba; que ella tenía la capacidad de interpretar la voz del pueblo; y que el centralismo era un yugo, inadmisible como proyecto nacional, al que la potente revolución –y cualquier otro movimiento derivado de la misma– debía enfrentarse.

No es necesario un examen acucioso para notar que, justo después de autodenominarse novelista, la escritora comienza a hablar como una intelectual orgánica y, aunque en principio pudiera parecer que tiene una postura condescendiente con el poder, pues afirma su afinidad hacia los Federales, de inmediato transgrede un límite que se había establecido durante la celebración del centenario del nacimiento de Bolívar, cuando se inscribió a la mujer en el lugar de alegoría. La respuesta y los recursos utilizados por López de Aramburu bien pudieran inscribirla en una tradición que se gestaba desde comienzos del siglo XIX, en España, y que abarcó en América latina nombres como los de Lindaura Anzoátegui de Campero, Soledad Acosta de Samper o Juana Manuela Gorriti, quienes novelaban el pasado como estrategia para dar cuenta de su ser político en el presente[65].

Este pronunciamiento adquiere mayor potencia si se considera que uno de los primeros registros de novelas históricas escritas por mujeres en español lleva por título *Zulima*. Si bien este libro, publicado en 1818, por la madrileña Micaela Nesbitt y Calleja, dice ser una traducción del francés, ni en la portada ni en ninguna de las páginas interiores se hace referencia alguna al nombre de su autor original[66]. De igual forma, el texto es presentado por Nesbitt como una de "aquellas novelas, que fundadas en acontecimientos históricos ilustran la imaginación al paso que la recrean, sembrando en los corazones de los que las leen las máximas morales que contienen"[67]. Se trata de un discurso al que ella dice estar afiliada emocional

e ideológicamente, con lo cual –más allá de que no existan los indicios suficientes que confirmen la relación del pseudónimo de la venezolana con el título de esta novela– se patentiza la necesidad de intervenir el pasado, desde la posición excéntrica de las mujeres escritoras, para justificar la existencia de otras éticas en el presente. En el caso particular de la narradora caraqueña, la escritura se complejiza porque establece relaciones explícitas entre la moral y las tendencias ideológicas de quienes protagonizaron el pasado.

López de Aramburu perfila entonces a un federal responsable, comprometido con sus convicciones ideológicas y preocupado por su familia y lo contrasta con un coronel centralista que quiere casarse solo para sentirse propietario de una mujer. Los personajes femeninos se ven atrapados dentro de esta dicotomía; por una parte, Delia, la pretendida de este militar, se resistirá a contraer matrimonio con él mientras que Justina, una anciana que funge como su figura materna, tratará de convencerla de que la boda es la única vía sensata para conseguir alimentos. El mapa de las emociones en el que se inscribe a la protagonista de la subtrama la convierte en una subjetividad imposible de concebir dentro de la literatura canonizada. Cuenta la voz narrativa que, más allá de la admiración por el uniforme militar, "la cándida niña" no amaba al coronel, "solo lo estimaba, y sin embargo, él con la potente y constante pintura de su delirante amor, había llegado a dominarla por completo […] le ofrecía darse la muerte si ella no lo amaba y consentía en ser su esposa; y ella aterrada le creía, estremeciéndose de horror, con la idea que pudiera matarse, siendo ella involuntariamente la causa de su muerte. Este pensamiento no se apartaba de su imaginación y era esa la causa de que ella, al verlo entrar, se sobresaltase asustada involuntariamente". Con esta representación, la autora responde de forma muy evidente al estremecimiento amoroso propio de la Novela sentimental. La alteración de la mujer, que se explicaba en otras obras como su deseo de ser cobijada por la fortaleza masculina, realmente es una señal de temor frente a la posibilidad de convertirse en el objeto de amor de un hombre. Una vez más, el miedo va a ser la sensación que genere el enamoramiento masculino en los personajes de López de Aramburu.

Adicionalmente, en este marco, se introduce otro de los debates que estaba desarrollando el feminismo internacional: el trabajo de la mujer[68].

Desde el comienzo del capítulo se señala que las razones por las cuales Delia debía casarse eran principalmente económicas, a lo que ella responde que desearía comenzar a trabajar en lugar de vivir junto a un hombre más temido que amado. Responde, entonces, Justina: "¡Pobre Delia! El trabajo de la mujer es mísero, para poco alcanza, con lo que traigo hoy se han concluido las costuras y por cierto que traigo bien poco –y la buena anciana dio rienda al llanto que la ahogaba […] ¿Dónde consigo costura? En las tiendas que me daban, dicen que no cortan más, porque no venden; que una vez que se acabe la guerra, empezarán de nuevo. Y por cierto que será larga la espera, porque la guerra durará mucho y los pobres morimos de hambre".

Aunque los comentarios de este personaje estén, al menos en apariencia, enmarcados en un conflicto bélico puntual acontecido en Venezuela, ni el vaivén entre el Romanticismo y el Naturalismo ni la pregunta por las alternativas de subsistencia que les quedaban a las mujeres en el fin de siglo se plantean solo en esta novela. Tanto la superposición de una historia amorosa con la descomposición social, como el conflicto que enfrentaban las mujeres cuando intentaban vender su fuerza de trabajo sin dejar de ser virtuosas son elementos que emparientan *Un crimen misterioso* con obras como *Margarita*, de Josefina Pelliza de Sagasta (1875); *Blanca sol*, de Mercedes Cabello de Carbonera (1889) o *Herencia*, de Clorinda Matto de Turner (1895). Al igual que lo plantea la escritora caraqueña, en las otras tres novelas, se presenta a la mujer que cose como un modelo de virtud, por contraste con la prostituta que encarna la degeneración social.

En principio, Pelliza deja claro que el oficio de coser sí puede servir de sustento a una madre que, pese a estar soltera, sigue siendo virtuosa. En esta novela, la costura salva a la protagonista de aceptar las propuestas sexuales de su captor quien es, además, su padre de crianza; sin embargo, una vez que se ha demostrado que Andrea tiene la posibilidad de trabajar y dar de comer su hijo, el personaje femenino se ve sometido a una serie de sufrimientos como consecuencia de su indefensión en el espacio público, lo que deja claro que no es su capacidad productiva el elemento que la hace peligrar sino la ambición masculina y la tendencia de convertir a las mujeres en objetos adquiribles por medio del amor romántico. Para Cabello, en cambio, aunque "la costurera es un emblema de la virtud sentimental desinteresada, no está ajena a la corrupción del dinero dejándose deslumbrar por la riqueza de Alcides", lo que la lleva a convertirse en un ser en riesgo que puede

llegar a ocupar el lugar de la esposa prostituida[69]; Matto, por su parte, hace que tanto Adelina, la costurera, como Espíritu, la prostituta, vivan historias "llenas de infortunios y de mala suerte [pues] a pesar de sus esfuerzos, no consiguen salidas positivas", lo que refuerza la tesis de que para esta escritora, la virtud no siempre resulta premiada[70]. Como una suerte de glosa a las posturas anteriores, López de Aramburu plantea secuencialmente la imposibilidad de coser, la obligatoriedad del matrimonio y la muerte del personaje femenino.

En otras palabras, dentro de las cuatro novelas se les presenta a las mujeres la posibilidad de dedicarse a la costura o bien de producir dinero sosteniendo relaciones sexuales con hombres a quienes no aman[71] y, más allá de los matices, todas las escritoras terminan denunciando que ambas opciones ponían en peligro la integridad física de las ciudadanas. Así pues, Zulima, por medio de este relato enmarcado, al igual que lo fueron Pelliza, Cabello y Matto, se reafirma como una mujer intelectual que feminiza el naturalismo positivista y "reemplaza el sentimiento de fraternidad varonil […] con una propuesta de sororidad"[72]. Justina y Delia pueden protegerse la una a la otra sin negarse autonomía, mientras que el ingreso del general centralista a la familia rompe con la armonía y desencadena el caos.

Nuevamente, dentro de la novelística de Zulima, un personaje masculino intenta hacer dudar de la honorabilidad de una mujer, cuando la voz narrativa ya ha dejado clara su inocencia. En este caso particular, el militar señala que su esposa "era una infame" y, pese a que sabe a ciencia cierta que su agresión no tenía más fundamento que sus fantasías y las habladurías de otro personaje masculino, declara que es "una vil y desvergonzada adúltera" cuya conducta debe ser mostrada a los hombres jóvenes para que no crean "jamás en ninguna mujer, porque todas son villanas". La escritora, reproduce así una escena común dentro de la Novela sentimental, pero se niega a copiar los perfiles femeninos que se encontraban dentro de esta estética y, nuevamente, circunscribe estas tipologías al delirio, sin asidero alguno en la realidad, de un varón sobreemocionalizado.

Una vez que ha intentado explicar sus actos, el militar decide ocultarse y, para ello, cambia de bando en la guerra. Se trata del fragmento de la novela que quizás recoja mejor la postura política de Zulima. Se cuenta entonces que quien, algunos años después, va a ser presentado como un general

federalista que regresa triunfante realmente era un militar centralista cuya masculinidad se basaba en el egoísmo y el control de los cuerpos de las mujeres. Un hombre que, además, se muestra como cobarde e incapaz de enfrentar la ley. En ese sentido, si bien la escritora dedica la obra al presidente de la República y se dice simpatizante de la causa Federal, alerta sobre los posibles impostores que pudieran estar haciendo política en las últimas décadas del siglo XIX.

Con esa escena, cierra esta historia y regresa al relato principal de la novela, entonces la voz narrativa reafirmará una y otra vez, la existencia de nuevas subjetividades femeninas necesarias para el progreso del país. Por un lado, Esteban terminará de reconocer que Berta es, gracias a su prudencia y a su tino o, lo que es lo mismo, gracias a la posibilidad de leer y ser educada que le brindó su padre, "el tipo perfecto de la matrona venezolana", una mujer que –a diferencia de lo que se solía proponer en el Romanticismo–, está más preocupada por proteger la salud de su hija que de asegurar que se case. Por otro lado, las hijas de los Santelmo estarán felices de viajar y ninguna de las dos opondrá resistencia a conocer el mundo antes que formar una familia. Es cierto que la escena de la boda se va a reiterar como la garantía de un final feliz, pero esto ocurrirá únicamente cuando la voz narrativa ya haya redefinido las emociones a partir de las cuales se construirán las familias y, por extensión, el Estado.

Pudiera pensarse entonces que, hacia el final de la trama, la novela se acerca al melodrama pues, aunque hay vidas irrecuperables y situaciones injustas que no se modifican se produce un restablecimiento del orden social; no obstante, signos fundamentales como la maternidad y la relación de la mujer con el espacio público han sido desplazados. Asimismo, y en este sentido, *Un crimen misterioso* se acerca nuevamente al naturalismo, no hay ninguna redención posible para el hombre que ha abusado de su poder. Los débiles que han sobrevivido al personaje que encarna el mal, solo podrán seguir viviendo bajo el amparo de esta gran madre que no busca convertir al villano, sino acusar su existencia y enseñar a sus hijas a protegerse del mismo.

BLANCA O CONSECUENCIAS DE LA VANIDAD

Blanca, la última novela de López de Aramburu, va a funcionar como una suerte de síntesis de las propuestas en torno a la mujer esbozadas en las dos primeras obras, aunque en este libro, será posible detectar que un tono desesperanzador acompaña la búsqueda de ciertas reivindicaciones. Al igual que ocurre en *El medallón* y en *Un crimen misterioso*, el último texto se construirá a partir de un gran enigma que entra en diálogo con la historia principal, solo que ahora se van a incluir muchos otros perfiles femeninos que, en conjunto, conseguirán ampliar las posibles identidades de la mujer dentro de la Venezuela de fines de siglo XIX.

Nathalie Bouzaglo indica que *Blanca* fue la novela de Zulima más invisibilizada por la crítica venezolana, pues algunos de los investigadores que se dedicaron a su estudio en el siglo XX (Iberman 1974; Pereda 1980; Larrazábal 1980) la calificaron como "mala" y "desprolija", lo que impidió su revisión más allá de las formas. Raquel Iberman, concretamente, señalaba que esta novela era "la peor escrita y realmente significa[ba] un retroceso dentro de la narrativa de la autora […] acostumbrada a tramas enrevesadas", añadía que "Zulima en esta novela, abusa de las complicaciones"[73], dice además que la escritora maneja "el espacio y el tiempo […] primitivamente"[74], mientras que Larrazábal y Pereda se limitaron a resaltar el carácter romántico de la escritura.

Por su parte, Rodríguez Arenas propuso una aproximación diferente y asumió la novela como una denuncia de "la actitud de esos sectores cuya ideología constriñe el desarrollo intelectual y moral de la mujer al enseñarle caminos, impulsarla en esa dirección y después castigarla por no conformar las ideas preestablecidas", igualmente indica que, en esta obra, se evidencia que "el problema no es la mujer, [sino] los medios que la sociedad –en cualquiera de sus manifestaciones– le promete para su desarrollo"[75], lo que insta a revisar el texto desde una mirada ética y política. En esta misma línea, dos décadas más tarde, Nathalie Bouzaglo destaca que se trata de un discurso con pretensiones aleccionadoras pues fue "específicamente pensada para un público de lectoras"[76] y, desde esta particularidad, "aunque igualmente fascinada por el disciplinamiento de la adúltera, [Zulima intervendrá] la fábula al abrir problemas adicionales en torno al género, el rol de la mujer y su carácter de figura indispensable para la familia

burguesa”[77]. En otras palabras, así como en *El medallón* y *Un crimen misterioso* se habló del lugar que debía ocupar la mujer en el espacio público, de su educación y de su trabajo, según Rodríguez Arenas y Bouzaglo, en *Blanca o Consecuencias de la vanidad* habrá una intervención directa en torno al debate de la moral femenina.

Este posicionamiento se puede apreciar desde las páginas preliminares del libro. Con la dedicatoria de esta última novela, a diferencia de lo que había hecho hasta ahora, la narradora no busca establecer alianzas con una mujer cercana al poder ni aspira a la venia del presidente de la República, sino que asume una posición mucho más central, pues se dirige a su hijo Eduardo, a quien le presenta no ya una “una obrita” sino la “última producción de [su] intelecto” y le solicita que la muestre a sus nietos “para que recojan en parte la simiente que he procurado cultivar en el corazón de los míos, puesto que ya entonces solo existirá el recuerdo de tu madre”. Basta con leer estas líneas para confirmar que, en 1896, López de Aramburu se sabía conocedora y/o productora de un saber que podía compartir con las generaciones siguientes y, sobre todo, ya tenía más claramente delimitada su posición autoral.

Usar la máscara de la maternidad para incursionar en el espacio público no era, de ningún modo, una estrategia nueva. Cien años antes de la publicación de *Blanca,* ya algunas intelectuales europeas se habían valido de este recurso. Por ejemplo, Inés Joyes y Blake, en 1798, había disfrazado su *Apología a las mugeres* de carta íntima al afirmar que el texto ofrecido lector era una misiva dirigida a sus hijas y que, solo después de haber concluido su redacción, había decidido hacerla pública[78]; asimismo, Josefa Amar, en 1790, aunque dirigía su *Discurso sobre la educación física y moral de las mugeres* principalmente a los hombres que tenían el poder de decidir el futuro de la educación femenina, alegaba que el estudio de las letras permitiría la formación de mejores madres[79]. Considerando entonces que la novela venezolana se publica un siglo después de estos pronunciamientos, se podría afirmar que el aporte de Zulima no estaba en dirigirse a su hijo sino en hacerlo desde la posición de una mujer ilustrada.

En la dedicatoria de *Blanca*, la voz autoral establece una relación jerárquica con un varón sobreemocionalizado –“sol vivificante de [su] vida, apoyo de [su] gastada existencia, que la endulza con […] afecto y ternura”–

y, posteriormente, intenta asegurar la trascendencia de sus ideas más que la de su imagen de abuela. Es decir, con este libro, la narradora dice que no quiere indicarles a otras mujeres por qué deben pelear ni espera convencer a quienes están en el poder de que permitan o promuevan la formación femenina. Al contrario, la narradora le está indicando al futuro hombre liberal cómo debe gobernar, le está advirtiendo que al interior de los hogares venezolanos ocurren irregularidades que repercutirán en el espacio público y, sobre todo, está delimitando cuál era el territorio que debían ocupar las venezolanas dentro de ese proyecto de nación.

Adicionalmente, en los primeros párrafos se va a reafirmar esta solidez esbozada en las páginas preliminares. Tras describir la ciudad moderna en la que se había convertido Caracas, la voz narrativa pasa a presentar a una mujer que deambula por Altagracia después de las once de la noche, para encontrarse con un hombre con quien no estaba casada. Contrariamente a lo que hubiera podido decirse en cualquier otra novela de la época, Zulima impide que se dude de la virtud de este personaje y reafirma, a medida que avanza el apartado, que se trata de una víctima: Gerina es "una niña indefensa" a quien las circunstancias han hecho desgraciada y, por tanto, merece la protección de la sociedad. Al respecto, vale la pena recordar que, en estos años, el concepto de mujer pública resultaba "altamente sospechoso (sea esta costurera, prostituta, o literata) y es justamente esta cercanía semántica entre distintas formas de identidades femeninas *peligrosas*, lo que genera en el sujeto literario el paradójico deseo de establecer fronteras y distancias"[80]; por eso, entre las contemporáneas a Zulima era importante deslindar qué hacían unas mujeres u otras en las calles de la ciudad, por ello, resulta particularmente osado que esta joven sí esté huyendo del hogar que habita, sí esté en busca de un hombre que ama y sí le ofrezca a un desconocido irse a su casa si él lo tiene a bien y no por ello sea un personaje vicioso. El hecho de que Gerina no esté en las calles por error sino por una decisión racional y, pese a ello, siga siendo una persona de bien, le imprime un tono rupturista a este discurso desde sus planteamientos iniciales.

Resulta muy sintomático, además, que Eugenio, el hombre encargado de rescatar a esta mujer, deba enfrentar un dilema pues ello también implica un posicionamiento de la autora frente al esencialismo moral. Con la lucha interna de este personaje se ilumina entonces una de las rutas de lectura que

ofrecerá esta novela: la comprensión de las emociones como tecnologías productoras de visibilidad y aceptación social. Desde el primer capítulo y hasta el desenlace de la historia, la dignidad humana va a ser rescatada por el amor y la compasión de las máquinas jurídicas, políticas y estéticas que pretenden normatizarla, de ese modo, la narradora conseguirá reafirmar el carácter ficcional de las tipologías femeninas presentes en las obras venezolanas de finales del siglo XIX y, al mismo tiempo, hará que sus heroínas materialicen identidades inconcebibles dentro de la lógica liberal aunque en un comienzo todas parezcan reproducir las identidades que la familia burguesa parecía proponer como opciones.

Por ejemplo, una vez que el "ángel tutelar" (Eugenio Villamizar) conoce a Gerina y decide cuidarla, la lleva a las afueras de la ciudad, a la casa donde él vivió de niño y donde todavía reside parte de su familia. Se describe entonces a los Villamizar quienes, además de ser padres de Eugenio, doctor en Derecho, tienen un hijo llamado Olivier, estudiante de los últimos años de ingeniería, y una hija llamada Blanca, quien no tiene oficio conocido. Se trata de una mujer infantilizada y mimada al extremo de corromper su carácter y convertirse en una persona terca y voluntariosa. La formación que le atribuye Zulima a cada uno de los personajes resulta muy elocuente, sobre todo si se considera que, en los años de gestación y publicación de la novela, en Venezuela, se estaba generando "el marco conceptual global sobre el que Guzmán Blanco" pretendió unir evolución y revolución[81]. Ante ello, no parece ser casual que la mujer frívola y vanidosa contraste con dos personas educadas por los mismos padres, pero desde otra perspectiva y con otros recursos. La distancia intelectual y moral que separa a Blanca de sus hermanos evidencia que, si bien esta novela no es del todo una loa al positivismo, López de Aramburu avalaba la idoneidad de ciertos sujetos modélicos derivados de este paradigma de pensamiento.

Cabe recordar que en Venezuela, "a partir de 1894 se decreta como una instancia de integración de los estudios humanísticos para todas las profesiones" las cátedras de Historia Universal y Filosofía de la Historia dictadas por Rafael Villavicencio[82], lo que implicaba la institucionalización de una ideología según la cual la civilización era entendida como "un estadio moral en el que grandes principios liberales encuentran final desarrollo"[83], de ahí que, al inscribir como el orgullo de la familia de

Blanca al abogado y al ingeniero –tanto más después de haber indicado que Caracas era "sin disputa la reina de las ciudades hispanoamericanas" porque "sus calles, sus plazas, sus boulevares, sus paseos y elegantes edificios, todo a imitación de las ciudades europeas, la hacen bella y simpática"–, de algún modo se esté refrendando el proyecto nacional de Guzmán Blanco y, al mismo tiempo, se esté reclamando un lugar para la mujer dentro de esta utopía.

En otras palabras, Zulima certificaba el proceso de modernización que se estaba llevando a cabo en el país, ratificaba como modelo de virtud a las figuras de los intelectuales cercanos al perfil positivista pero, al mismo tiempo, señalaba que el crecimiento urbano no involucraba a todas las subjetividades por igual, de ahí que las mujeres estuvieran en franca desventaja respecto a los hombres. De hecho, la decisión de no brindarle educación formal a Blanca, como sí ocurrió con sus hermanos, la lleva a rivalizar con Julia, su amiga de infancia. Cuando la protagonista se entera de que su compañera de juegos se va a casar antes que ella, desea que su futuro esposo sea un artesano, alguien que no trabaje con el pensamiento sino con las manos. Siente, además, una terrible envidia al saber que se trata de Roberto Montijo, "excelente partido, rico capitalista, intachable caballero y buena figura". Se trata pues de otro burgués que, en tanto modelo de virtud, puede amar a una mujer proveniente de una familia que ha perdido su fortuna.

La representación de Montijo como un elemento deseable dentro del mercado matrimonial indica una de las tensiones que atraviesan el discurso de Zulima. No se debe dejar de lado que, en las primeras décadas del siglo, la propuesta del Partido Liberal, que pretendía "abrir las compuertas para que todos, fundamentalmente los más pobres" pudieran triunfar, se enfrentaba a la mirada conservadora que se basaba en el "avance de la sociedad hacia un capitalismo de prósperos y felices emprendedores"[84]. Así pues, el hecho de que Blanca pensara en el artesano como un sujeto menos apetecible, demostraba su falta de información y su incapacidad para comprender el proceso de modernización que vivía el país.

Por eso mismo, Blanca, al enterarse de la boda de su amiga, no se preocupa por desarrollarse intelectualmente ni por aprender ningún oficio, sino que decide casarse lo antes posible y acepta a un pretendiente de quien

se termina enamorando con desesperación. Este sujeto, “natural de Caracas, y tan rico, que contaba la bicoca de cuatro millones flojos, de fortuna”, es la caricatura de cualquier conservador: “alto, delgado y algo giboso, porque desde joven su padre lo inclinó sobre un escritorio”. Desentona a tal extremo con el entorno que, cuando se le declara a la protagonista, confiesa: “soy feo, Blanca, muy feo, pero se han visto fenómenos de mujeres muy bellas amar a hombres horribles”. Este individuo, tan anacrónico como la formación que recibe Blanca, será pues su objeto de idolatría

A pesar de ello, en la novela sí se muestra un proceso evolutivo en las mujeres de una y otra generación, de hecho, cuando doña Luisa Villamizar se entera del interés de su hija por Jacinto Salinas, le pregunta si es capaz de amarlo, a lo que la joven contesta: “Lo encuentras largo, flaco, algo giboso, color amarillo, boca grande, carrillos hundidos […] haré contraste con él, que es noble, bueno, generoso y queredor hasta el frenesí” y, aunque luego añade que “él posee la bicoca de más de cuatro millones de pesos […] un millón le quita los defectos de la cara, otro millón destruye los del cuerpo y me lo hace aparecer bello, elegante, nunca duda de las bondades de tener como pareja a un hombre conservador.

La persistencia de Blanca abre la posibilidad de que encarne a la mujer nueva: aun cuando este personaje va a ser un producto de la mala educación, en todo momento va a mostrar control sobre sus emociones y, sobre todo, su capacidad de amar a un hombre más allá de su aspecto físico, mientras que la madre será incapaz de comprender y, por tanto, de reformular los patrones afectivos sobre los que se basa el estereotipo de la frivolidad femenina. Esta posición, aunque se presente brevemente, constituye una intervención clara en torno al tema de la educación doméstica. Si se tiene en cuenta que, a lo largo de todo el siglo XIX, la formación de las hijas en el hogar se convirtió en la labor más importante de la mujer, hecho que implicaba tanto su preparación en temas asociados a higiene, cocina y mantenimiento del hogar, como su transformación en una figura modélica[85]. Resulta muy elocuente que, en diferentes momentos de la novela, la protagonista contravenga los patrones de belleza que su madre pretendía inculcarle y decida, autónomamente, valorar las apariencias de un modo distinto a como lo hacía la sociedad.

A esto se suma que la autora va a desmarcar la frivolidad del género de los personajes pues también los hombres formados bajo la lógica positivista llamada a sostener la nación valorarán a Salinas por su aspecto físico. Cuando el ingeniero Olivier Villamizar comenta que el esposo de Blanca, a quien había conocido en Europa, le había parecido muy feo, su hermano, el abogado, responde que ya no lo era tanto, porque "con el viaje ha engordado mucho, parece más pequeño y se le ha ocultado la giba. Se ha dejado toda la barba que es negra y buena, y como sus ojos, su nariz y su frente no son feos, está pasable", agrega entonces que "No se le ven los carrillos ni la boca y sí su blanca y buena dentadura" y que Blanca se sentía orgullosa de todos los cambios. Con esta intervención del personaje masculino, se reinicia el debate naturaleza/cultura en torno a las identidades de género, pues, sin disculpar los caprichos que pudiera presentar la protagonista como producto de su deficiente formación, en la novela queda claro que el paso por la universidad no eliminó del todo las prácticas banales, posiblemente heredadas de la formación doméstica, en los varones de la familia.

Así pues, más allá de la inscripción dentro de la estética romántica que se quisiera hacer de esta obra, ningún miembro de la familia Villamizar será un personaje plano. Blanca, por ejemplo, pese a amar a un hombre poco atractivo físicamente e, incluso, alcanzar el rango de buena esposa, está incapacitada para leer la idea de progreso y democratización defendida por el proyecto liberal. Aún más, este personaje reniega de su origen, asegura que quiere marcharse del país y maltrata a las personas que trabajaban para ella, acciones que son despreciadas por la voz narrativa y que bien podrían engrosar la lista de imágenes ejemplarizantes dirigidas a las potenciales lectoras de esta novela.

Por ejemplo, en una inusual visita a la casa de sus padres, mientras conversa con Olivier, la protagonista se percata de que la mujer encargada de cuidar a su hija se ha separado de la pequeña y le dirige un reclamo delante de varias personas, cuando Sofía le responde que la niña estaba con su abuela, Blanca sentencia: "Silencio […] las sirvientes no tienen voz para sus señores, no se extralimite". Esta conducta luce mucho más censurable si se tiene en cuenta que la historia se desarrolla poco después de que se aprobara el texto constitucional de 1864. O, lo que es lo mismo, en el momento en que, desde el Estado, se estaba intentado establecer la igualdad entre ciudadanos como derecho constitucional. Tan solo tres décadas antes

de la publicación de la novela, se había establecido que "no se conceder[ían] títulos de nobleza, honores o distinciones hereditarias, ni empleos u oficios, cuyos sueldos ó emolumentos duren más tiempo que el servicio [ni] se dar[ía] otro tratamiento oficial á los empleados y corporaciones que el de *Ciudadano* y *Usted*"[86], con lo cual, la autora no solo está representando un marcaje de clases sociales que muchas veces será cuestionado en su discurso, sino que, además, estará denunciando que los derechos de Sofía y, como se verá en otro momento de la novela, los de la misma Gerina, habían sido vulnerados desde que ellas eran muy jóvenes sin que nadie, ni la autoridad ni la ley, hiciera nada por defenderlas.

Ninguna de estas mujeres recibía un trato equitativo por parte de sus empleadores y, lo que quizás resulta aún más curioso, en sus casos particulares, los abusos de poder eran más notorios porque una serie de eventos inesperados las habían trasladado a una realidad socioeconómica diferente. La voz narrativa deja claro que Sofía "por sus maneras cultas, por su figura y todo su conjunto, revelaba que pertenecía a una familia decente, no nacida para el puesto que ocupaba", mientras que Gerina había quedado huérfana a los catorce años y, de inmediato, empezó "una vida de amarguras, y se [le] impuso que con [su] débil trabajo debía obtener todo lo necesario [para su] existencia, teniendo hasta que abonar el rincón que ocupaba", así pues, en *Blanca o Consecuencias de la vanidad*, por única vez dentro de la obra de Zulima, el trabajo femenino será visto como un castigo y no como una elección, porque será ejercido por dos mujeres en una inesperada situación de vulnerabilidad.

Aunque inesperada, si se considera la referencia a las costureras hechas en las otras obras de la escritora, esta matización no tendría por qué resultar extraña. Según el censo nacional de 1891, para ese momento, había 13.103 mujeres empleadas en el Distrito Federal. De estas, 3.204 eran sirvientas; 2.287, costureras; 2.634, cocineras; 2.317 laboraban en la producción y el comercio; 883 eran empleadas de mediana influencia –docentes, escritoras, artistas, modistas, etc.–, mientras que el resto eran planchadoras, lavanderas, bordadoras, dulceras, nodrizas o jardineras[87]. Esto indica que menos del 7% de la capitalinas que vendían su fuerza de trabajo se dedicaba a alguna profesión liberal, así pues, Zulima, como parte de esta selecta minoría, se vio en la necesidad de dar voz a las situaciones experimentadas por la

mayoría de las trabajadoras venezolanas y, para conseguir su propósito, desplazó a dos personajes femeninos hacia otras capas sociales.

Ahora bien, ni siquiera porque estas mujeres hayan sido sus pares, Blanca consigue comprender sus necesidades. Los privilegios de los que gozó durante su infancia le impiden identificarse con las otras mujeres y, quizás por eso mismo, en otro gesto aleccionador propio de las ficciones domésticas, la autora la terminará convirtiendo en la víctima más vapuleada por las jerarquías de género. El responsable de esta situación va a ser Julián Rovira, un "hábil financista" que "vivió siempre empleado en almacenes" y que enloquece de amor por Blanca cuando ella ya está casada con Salinas. Por lealtad con su amigo, Rovira decide evitar la presencia de esa mujer y sufre un cambio radical en su carácter hasta entonces altanero; sin embargo, en algún momento, Blanca lo descubre enamorado y le pregunta quién es la persona que lo hace sufrir de ese modo. Él tarda algunos días en contestar, pero, en un momento determinado, toma valor y le dice que se trata de ella. En ese instante, la protagonista "quiso dar algunos pasos para retirarse, pero su cabeza ya desvanecida fue atacada por uno de los vértigos que padecía […] Julián, al ver en sus brazos a la única mujer que había amado, lo olvidó todo, y ebrio, loco, delirante, la estrechó contra su corazón y posó sus labios en la entreabierta boca de Blanca". En el momento en que se lleva a cabo esta escena, Salinas entra a la habitación y presencia el beso. Entonces, sin oír explicación alguna, decide marcharse del país con sus hijos y dejar a su esposa en la calle, sin informarle nada a su familia.

No es la primera vez que Zulima exhibe en toda su vulnerabilidad y hace desbocar por sus pasiones a un personaje que debería encarnar el modelo de masculinidad nacional. Blanca, al igual que les ocurrió a Melania en *El medallón* y a Delia en *Un crimen misterioso*, tendrá que pagar el hecho de que un hombre sobreeemocionalizado haya decidido convertirla en un objeto de culto; no obstante, en este caso, se añade un componente adicional y es que la desgracia no solo se desencadena porque un pretendiente haya fantaseado acerca de su perfección como mujer sino porque, además, otro sujeto masculino y aparentemente racional, inscribe a esta mujer, sin prueba alguna, en el lugar de la adúltera. La desgracia de Blanca Villamizar será más aguda que la de otros personajes de López de Aramburu porque sobre ella recaerán varias miradas rectoras simultáneamente, al punto que su subjetividad va a ser prácticamente borrada.

Así pues, si se entienden las emociones como elementos relacionales originados en determinadas prácticas que, a su vez, producen modelos culturales[88], el hecho de que al personaje femenino se le silencie adquiere una significación mayor. Por medio de esta escena, Zulima denuncia cómo, al contacto con las emociones masculinas, las mujeres resultan objetivadas pues la significación afectiva atribuida a sus actos y a sus identidades va a ser completamente monológica. Blanca será malcriada por un hombre que la quería más que a nadie en el mundo, besada sin su consentimiento por otro que la deseaba fervorosamente y, por último, juzgada por el que le había jurado amor. No es de extrañar entonces que el personaje termine enloquecido, vagando por las calles de Tacagua, sin recordar siquiera su propio nombre. Al reflexionar sobre esta escena, Bouzaglo asegura que *Blanca* es "una de las pocas novelas de adulterio en las que el marido traicionado (aunque en este caso es solo supuestamente traicionado) no trama ningún tipo de castigo directo para los *delincuentes*"[89] y, aunque, ciertamente, esto pudiera deberse a que "la fabulación de un castigo perverso no podía venir de una mujer escritora perteneciente a la más alta sociedad caraqueña de fines de siglo"[90], también pudiera ser una estrategia para la intervención en el debate político.

Es importante recalcar que como Blanca no es educada formalmente ni consultada acerca de si quiere o no recibir el beso ni interrogada acerca de los hechos, la familia burguesa se disuelve. La venganza de Jacinto Salinas –al estilo de las que se proponen en obras como *Mimí* (Cabrera Malo, 1898) o *Débora* (Michelena, 1884)[91]– le hubiera negado a la escritora la posibilidad de esbozar una vía de refundación que pasaba, claro está, por el hecho de darle voz a la mujer. Nuevamente, Zulima se vale de la treta del excurso para dar cuenta de esta propuesta y justo antes de relatar la entrada de Salinas a la habitación y la acusación injustificada a Blanca –afirma, desde su posición de autoridad–, que ante el adulterio femenino, su alma: "se oprime de dolor, al ver la ceguedad de esas desgraciadas por su ignorancia y poca esmerada educación, que se precipitan en el abismo sumergiéndose en cieno, para no alzarse más, muriendo en él cubiertas de lodo y vilipendio". Inmediatamente, aclara que: "esas desventuradas mujeres, que ciegas por su coquetería manchan su tálamo con tan afrentoso hecho, no tuvieron una madre que les hiciera ver lo despreciable que es la mujer que comete tal

falta, inculcándole en su alma ideas severas contra tan nefasto crimen, haciéndole ver que no existe disculpa para la mujer criminal ni aun siendo su marido malo y tirano". Es decir, López de Aramburu vuelve a señalar que las conductas reprobables de las mujeres se deben a la insuficiencia de la educación y, aunque se cuida de establecer que jamás avalará el adulterio, reitera que muchas veces los atentados contra la moral que se le atribuyen a la naturaleza femenina no son más que fantasías que los hombres han construido sobre sus nombres y sus cuerpos.

A esto se suma la referencia de la escritora a una leyenda popular que refuerza su propósito de reescribir las imágenes en torno a la mujer. Cuando Julián parte y deja a Blanca sola, sin dinero y sin posibilidad de dar explicación alguna, ella intenta caminar hasta La Guaira para ver a sus hijos, entonces, "bajó por la pica y llegó al plano, su agitación, su debilidad, porque no había tomado alimento desde el día antes, y sobre todo, su acerbo dolor, trastornaron sus ideas y en vez de tomar a la derecha tomó a la izquierda y empezó a andar sin descanso", así terminó en Tacagua, divagando sin nombre propio y al servicio de quienes la habían amansado a golpes. Aunque no es posible determinar si esta es la primera mención a "la loca de Tacagua"[92] como personaje dentro de la literatura venezolana, es cierto que dentro del imaginario popular venezolano se trata de una figura reconocible. Asimismo, hay un parentesco claro entre esta historia y la leyenda caribeña de Apirí, "una hermosa mestiza muy coqueta […] quien se casa con un buen hombre que pasaba el día trabajando"[93]. De ese matrimonio nacen seis hijos, que sufrirán por tener una mala madre. Nunca reciben la atención que merecen, por eso, lloran todos los días y logran inquietar a Mabuya, el genio del mal, quien "cansado de oírlos y temiendo que, cuando crecieran, fueran tan desalmados y crueles como él, en su arrebato de ira los transformó en arbustos venenosos conocidos hoy como guao: árbol seco y estéril"[94]. De inmediato, el espíritu del bien "transformó a Aipirí en Tatagua, mariposa nocturna de cuerpo grueso y alas cortas conocida también como bruja. Su significación mitológica es disímil, pues ella advierte a la progenitora lo sagrado de sus obligaciones y que jamás, por asistir a fiestas, bailes ni diversiones, debe abandonar sus obligaciones y deberes con los hijos"[95].

Además de la cercanía fonética entre Tacagua y Tatagua, se propone un juego de espejos muy ilustrativo entre las dos historias. Mientras que en la leyenda se habla de una mujer que descuida a su familia, López de Aramburu construye a Blanca, quien "solo vivía para sus hijos que los quería con idolatría y para Salinas a quien amaba de todo corazón". Curiosamente, esta inversión no va a cambiar el destino de las mujeres: ambas van a acabar animalizadas y silenciadas por quienes debían ser los benefactores de la sociedad, las dos perderán sus nombres y empezarán a ser llamadas Tacagua/Tatagua y, finalmente, las dos servirán como figuras disciplinadoras para las generaciones por venir. Según la leyenda de Apirí, la presencia de la mariposa les indicará a las jóvenes que deben ser responsables; cabría preguntarse entonces qué va a simbolizar la imagen de Blanca para las lectoras del intersiglo, ¿cómo podría evitarse la situación que atraviesa la protagonista?, ¿por medio de la educación de la mujer?, ¿permitiendo la intervención de las voces femeninas en el espacio público?, ¿abriendo los espacios para el pronunciamiento femenino más allá de las fantasías que escritores y artistas hayan inscrito sobre el cuerpo de las mujeres?

Resulta muy sintomático que la persona encargada de rescatar a Blanca sea Julia, su amiga de infancia o, lo que es lo mismo, que quien le regrese la identidad a la mujer anulada por la razón patriarcal sea otra subjetividad femenina de difícil lectura dentro de la Venezuela de fines del XIX. Una vez más, López de Aramburu va a tejer una red de personajes femeninos para mostrar las diferentes formas de exclusión que sufrían las venezolanas en los márgenes del proyecto liberal que se estaba desarrollando. Ciertamente, no va a haber un enfrentamiento directo al poder, sino más bien una suerte de negociación o de advertencia acerca de las injusticias que se estaban cometiendo en la sociedad. De ahí que Salinas y Rovira, los únicos responsables de la tragedia de Blanca, según indica la voz narrativa, puedan pasar el resto de sus vidas sin ser juzgados por la sociedad ni pagar las consecuencias de sus decisiones. Aún más, tal y como propone Rodríguez Arenas, a simple vista pareciera que la voz narrativa está "completamente a favor de lo que le ocurre a la protagonista [a quien sí] se le impone el cambio de conducta por medio del condicionamiento de su subconsciencia, lo que se hace a través de la violencia"[96]; no obstante, el hecho de que se diga la verdad, aunque solo sea a los lectores, implicará una disculpa para

Blanca y una demanda de educación para otras tantas subjetividades femeninas emergentes en ese momento histórico.

Habrá una puesta en duda frente a la posibilidad de vivir en un mundo igualitario, en tanto que las injusticias cometidas contra Blanca, Sofía y Gerina se mantendrán al interior de la familia o, incluso, serán olvidadas por todos; no obstante, hay también un proceso persuasivo dirigido a los hombres que parece muy bien argumentado: si no quieren que se denuncien los actos de violencia cometidos hacia la mujer, entonces, no las "condenéis a esa mediocridad que las ata cortándole el vuelo a su intelecto y a su espíritu".

Mariana Libertad Suárez

CRITERIO DE ESTA EDICIÓN

La presente edición recoje tres novelas de la escritora venezolana conocida bajo el seudónimo Zulima, nos hemos basado en las primeras ediciones de *El Medallón*, Caracas, Imprenta Nacional (1885); *Blanca o Consecuencias de la vanidad*, Caracas, Imprenta Bolívar (1896) y la reciente edición de *Un crimen misterioso*, Caracas, Fundación Editorial El Perro y la Rana (2007).

Se realizaron actualizaciones ortotipográficas para facilitar la lectura, conservado estilos gráficos y giros idiomáticos respetando la intención de la autora. Los regionalismos se han conservado. De igual manera, las erratas y omisiones advertidas han sido corregidas y se ha ajustado la edición a las actuales normas editoriales de Biblioteca Ayacucho.

En el Prólogo, Mariana Libertad Suárez utiliza corchetes para indicar sus intervenciones o enfásis en los textos citados.

B.A.

NOVELAS

El MEDALLÓN (1885)

DEDICATORIA

Como una prueba de cariño, y rindiendo culto a la amistad que me honro en conservar, dedico esta obra, fruto de mi consagración a las letras, a la muy estimable señora Jacinta P. de Crespo, digna esposa del Benemérito general Joaquín Crespo, Presidente de la República de Venezuela.

Diciembre de 1884
Zulima

CAPÍTULO I

LA FAMILIA DEUSDEDIT

ERA UNA TARDE DE VERANO. El sol se ocultaba en el ocaso, y el cielo embellecido por nubes de mil colores, daba a la tarde una luz encantadora.

Las golondrinas piaban alegremente alrededor de sus nidos y parecía que con su inquieta alegría, festejaban con gozo el bello disco de la tarde en el poniente.

Las empinadas colinas del Ávila se iban revistiendo de lóbrega oscuridad. A medida que las nubes perdían sus colores, el aura se embalsamaba con el aroma de las flores que la exhalaban, libres ya de los rayos del sol.

En una hermosa casa de Caracas, situada en una calle central, estaba una mujer de cuarenta y cinco años hojeando un álbum de retratos. A su lado, sentado, un joven veía las fotografías y hacía reminiscencias. La mujer era Elena Deusdedit, esposa de Octavio Deusdedit, comerciante acomodado y de conducta intachable. El joven era su hijo Alberto, el cual acababa de recibir, días antes, la borla de Doctor en Derecho. Elena tenía, además, una hija de dieciocho años llamada Oliva. La señora Deusdedit era hermosísima y unía a su belleza un carácter suave y dulce, de rectas ideas y sólida moral: su casa era el santuario de la virtud donde imperaban los nobles sentimientos.

Elena era idolatrada por su esposo y adorada de sus hijos, porque ella era el ángel perfecto de su hogar.

Alberto colocó su mano sobre la fotografía que apareció al volver su madre una hoja del álbum, la cual representaba una mujer bellísima, pero lánguida y triste. Sus hermosos ojos azules, adornados por largas pestañas, revelaban la melancolía más profunda; y sus rubios y abundosos cabellos, que caían extendidos hasta las rodillas, la envolvían en un manto de oro, haciéndola aparecer como la Diosa del dolor.

—Mamá –dijo Alberto–, ¿cuándo me dejas leer aquel manuscrito que en un cofre de sándalo te dejó tu amiga Melania?

—Tú sabes que fue en depósito que me lo dejó, y que ni yo ni nadie debe imponerse de secretos que no nos pertenecen.

—¿Y qué piensas hacer con él, si ella no vuelve?

—Tenerlo hasta que pueda darlo a la persona para quien me fue confiado.

—¿Conoces tú esa persona? ¿Sabes dónde se halla?

—No, pero la Providencia me la presentará.

—Sin solicitarla no la encontrarás. Dime cómo se llama. Yo te ayudaré en tus pesquisas.

—Se llama...

—Sí, tal vez conozca yo a ese mortal afortunado –dijo Alberto sonriendo con malicia.

—Pues bien –contestó Elena, sonriendo a su vez–, tiene tu nombre, se llama curioso.

—No, mamá, no es curiosidad, es que me llama mucho la atención esta mujer, tan interesante, tan bella, tan triste.

—¡Pobre Melania! Si yo hubiera pasado por las pruebas que ha sufrido, creo que habría muerto.

—En verdad que su mirada revela un dolor profundo.

—¡Desgraciada amiga mía!

—No te aflijas, mamá, la historia de tu amiga será como la de otras, que en premio de su amor alcanzan ingratitud, y en su romántico dolor dejan esos manuscritos, con la esperanza de que algún día los vean sus infieles pretendientes, ¿no es esto?

—Eres incorregible, y no te detienes en tu modo de hablar y de juzgar a los demás...

—Mamá –dijo Alberto, rodeando a su madre con el brazo–, no te disgustes; las ligerezas de mi carácter debes perdonarlas.

—Yo no me disgusto, pero como sé lo que ha sufrido Melania, y aún sufre, me desagrada tu modo de juzgarla.

—Bien, pues, no me guardes rencor por mis chanzas, para irme tranquilo a dar mi paseo de costumbre.

—Basta, Alberto –dijo Elena con dulzura, presentándole la mejilla.

Este depositó en ella un beso y añadió:

—Adiós, madre mía, tú eres demasiado buena.

—Que Él te guíe.

Momentos después entró en la sala Oliva Deusdedit. Difícil sería delinear las perfecciones de aquella niña. Era blanca como la azucena, un ligero sonrosado teñía sus mejillas, y la finura de su cutis dejaba ver, trasparentes, sus venas azules; sus labios eran rojos, y sus dientes, blancos como el nardo, hacían contraste con ellos; sus ojos grandes, dormidos y garzos, estaban adornados de rizadas pestañas negras; sus cejas del mismo color y casi unidas, eran finas y bien delineadas; sus abundosos cabellos caían en preciosos rizos sobre su cuello y hombros, haciendo contraste con su nítida frente. Alta, esbelta y de elegantes formas, se podía decir que era una mujer perfecta.

Elena contemplaba a su hija con ese arrobamiento, con esa mirada satisfecha y entusiasta que solo poseen las madres. ¡Las madres!, ¡que todo para ellas es divino y embriagador en sus hijos! ¡Las madres!, ¡seres designados por Dios para sentir emociones, desconocidas a las que no lo son! ¡Benditas sean las madres! Mártires desde el instante en que sienten el renuevo en sus entrañas, y dichosas porque disfrutan del inefable gozo de la maternidad, en sus horas de calma. ¡Benditas sean las madres!

Oliva se acercó a su madre y correspondió su tierna mirada con un beso en la boca.

—¿Sabes –dijo Elena– que ahora vienen el Coronel y Rosina?

—¿De veras? Cuánto me alegro: hace días que no venían.

—¡Es verdad!, los achaques del Coronel nos han privado de ese placer; pero hoy me mandan a anunciar su venida.

—Tú sabes lo mucho que quiero a Rosina, mamá, es tan buena...

—Tienes razón, esa niña es encantadora.

Al terminar Elena estas palabras, llegaron el Coronel y Rosina. Oliva la recibió en sus brazos y las dos amigas se cambiaron un dulce beso.

El padre de Rosina era un coronel retirado, prócer de la Independencia; había recibido en los combates infinidad de heridas, que debilitando su naturaleza, le trajeron una vejez prematura. Poseía como todos los que quedaron de esa sangrienta cruzada, una mísera pensión de inválido, pero sí un rico caudal de honra. Aquel militar pundonoroso y valiente, después de regar cien veces con su sangre los campos de batalla, dejó el servicio de las armas, cubierto de heridas y cargado de desengaños. Luis Villareal era noble

por su cuna, por su valor y por la elevación de sus ideas. Nada podía enturbiar lo límpido de su conciencia, porque no cometió jamás una acción que pudiera agitarla. Se enamoró de una excelente mujer y se casó con ella: no tuvo más hijos que Rosina, a la cual adoraban ambos; pero cuando la pobre niña contaba diez años, murió su madre, sumiendo aquellas dos almas tiernas en el más profundo dolor. Cuando este se fue debilitando, padre e hija se amaron más; y cuando Rosina fue mujer, ayudaba a su padre con el fruto de sus labores, haciéndole más llevadera la vida.

Rosina era de color trigueño y sonrosado, ojos negros y brillantes, arrebatadores labios de coral, dientes de marfil; y todo esto, unido a la gracia peculiar de las caraqueñas, hacía sus movimientos y ademanes divinos y encantadores. Conoció a Oliva en el colegio y estrecharon la más íntima amistad desde entonces.

Cuando las dos jóvenes quedaron solas, le dijo Rosina a Oliva:

—¿Sabes que sé el nombre del joven rubio que te ve con tanta insistencia cuando nos encuentra?

—¿De veras?

—Sí, se llama Brebante.

—¿Y cómo lo supiste?

—Cuando menos lo esperé: veníamos muy de mañana mi padre y yo dando un paseo, cuando al volver una esquina le vimos venir: al ver a mi padre lo saludó cortésmente; luego que se alejó le pregunté quién era ese joven y me dijo: es el hijo del ricacho Claudio Brebante.

—En verdad que fue muy casual.

—Pero no lo sabes todo: al asomarme esta tarde a la ventana lo vi en la esquina de plantón. Al verme se dirigió hacia casa, me saludó viendo para adentro de una manera imprudente.

—Te felicito por tu conquista.

—Tonta, era a ti a quien buscaba; quizá crea somos hermanas.

—Tal vez –dijo Oliva, dando un suspiro involuntariamente–; pero vamos a tocar un poco al piano.

En efecto, tocaron largo rato con alegre animación hasta que vino Alberto a interrumpirlas, el cual tendió su mano a Rosina diciendo:

—¿Qué dice la linda trigueña?

Rosina se puso encendida como la amapola y contestó bajando los ojos:

—Nada, Alberto.

—Qué hay de nuevo; he extrañado vuestra ausencia y he temido que hubiera habido alguno que cautivase ese corazón de fuego.

—Ya ves que te has equivocado. Los achaques de mi padre son los que me han privado el venir como de costumbre.

—¡Oh!, gracias a Dios que se conserva libre vuestro corazón.

—Yo creo que siempre lo tendré así.

—¿Siempre... Rosina? ¡Imposible!

—¡Imposible! ¿Y por qué?

—Porque sois joven: tenéis una alma sensible, y día llegará en que améis... y mucho.

—Yo no debo amar nunca, Alberto.

—¿Por qué decís así, por Dios?

—¿Por qué? Porque debo cuidar a mi padre, a quien no puedo abandonar.

—Pero ¡qué ocurrencia! ¿Es decir que porque debéis cuidar a vuestro padre, ha muerto vuestro corazón?

—No ha muerto; pero no queriendo yo que ame, no amaré a nadie.

—No amaréis ¡pobre amiga! ¡Estoy convencido que no sabéis todavía lo que es amor, y que no habéis llegado a ver al que deba inspirarlo! ¡Dichoso mortal, desearía estar en su lugar!

Rosina nada contestó; pero lanzó un profundo suspiro, inclinando la frente.

Oliva fijó en su amiga la mirada y pensó:

—¿Amará Rosina a alguno y me lo oculta?

Poco rato después se retiraron el Coronel y su hija y la familia quedó sola.

CAPÍTULO II

LOS BREBANTES

PASARON ALGUNOS DÍAS. Una mañana dijo Alberto a su madre:

—Mamá. Tengo un amigo que estimo mucho: llevo con él la más íntima amistad, ¿me permites que te lo presente? Tú lo estimarás porque es muy digno.

—Hijo mío, tú que llevas con él esa íntima amistad, pruebas que es digno de pisar tu casa. Puedes traerlo.

Por la noche vino Rosina acompañada de su padre a pasar un rato, como de costumbre.

—Sabes –dijo Oliva a su amiga– que esta noche va a traer Alberto un amigo de él.

—¿De veras? ¿Sabes de qué familia es?

—No: él no dijo; pero creo le oí decir, era calaboceño.

—¡Jesús! ¿Qué arte tendrá?

—¿Por qué, amiga mía?

—Porque no me gustan los de por allá: me parecen feos y ya verás el empaque cuando venga.

—Eres incorregible, y si no pones cuidado, serás capaz de reírte y aún decírselo al presentado.

—Calla. Entra gente. Ellos son.

Alberto se presentó en la puerta de entrada, conduciendo a su amigo. Era un joven alto, gallardo, elegante, de pelo y barba rubia, ojos azules, facciones interesantes: un perfecto buen mozo.

Las dos amigas, al verlo, se estrecharon las manos y dijeron a la vez:

—¡Es él!

Alberto tomó el amigo de la mano y dirigiéndose a su madre hizo la presentación, diciendo:

—Madre mía: he aquí el amigo de que te he hablado; del cumplido caballero Julio Brebante.

Se trocaron las fórmulas de costumbre; pero Alberto al designar a Oliva, diciéndole: He aquí a mi hermana, hizo que Julio fijase su límpida mirada en ella y le rindiese una cortesía. Oliva, ruborizada, se la devolvió sin pronunciar una palabra.

La velada fue amena y alegre. Julio tocó el piano y estuvo tan cortés, tan amable, tan insinuante, que al despedirse era estimado por todas. Elena lo invitó a volver, ofreciéndole la más sincera amistad. Al dar su mano a Oliva sus miradas se encontraron y era tanto el rubor de esta que le hizo comprender que no le era indiferente: así fue que salió radiante de felicidad.

Sus visitas se hicieron más frecuentes: aquellos dos corazones agitados por una misma pasión se entendían, sin hablarse, admirablemente. El amor puro es tímido; pero, sin decírselo, aquellos dos amores se refundían en un solo amor y hacían de dos almas una sola.

Brebante abrió al fin su corazón a Oliva. Esta no le ocultó que lo amaba. Julio esperaba ansioso a su padre para que pidiera al señor Deusdedit la mano de Oliva para él. Oliva hizo que este hablase con Elena, a quien ella había confiado todo, pues no sabía guardar secretos para su madre.

Julio habló también con Alberto, y a este que lo amaba, no desagradó el enlace.

La llegada del padre de Julio se esperaba de un momento a otro.

Entre tanto, este y Oliva atizaban la llama de su corazón con mil protestas de eterno amor.

Pero vamos a dar a conocer a nuestros lectores a Claudio y Julio Brebante.

* * *

Claudio Brebante era uno de los hombres más ricos de Venezuela: su padre había quedado pobre a consecuencia de la guerra; así fue que al morir apenas dejó a su hijo algunos cientos de pesos.

Claudio, desde niño, tuvo mucha pasión por el oro, así era que al ver tan corta fortuna se exasperó. Al fin echándose los pesos que tenía en el bolsillo, determinó internarse en Venezuela y no volver a Caracas sino con un caudal. Después de algunos años la suerte le favoreció, o sea, que siendo joven, de buena figura y esmerada educación, se casó en Calabozo con una

anciana canaria, por la sola razón de que esa anciana y ruda mujer tenía millón y medio de pesos en caja y en fincas.

Por algún tiempo fue la burla de las calaboceñas; pero él se reía de todo, tocando las pilas de onzas con ávida codicia. La anciana Catalina, que así se nombraba, había puesto en sus manos toda su fortuna, porque lo amaba con ese amor tenaz de las viejas.

Él la engañaba con piruetas: lo cierto fue que se hizo dueño absoluto de todo. Claudio, no obstante tener tanto dinero, trató de aumentarlo más, y lo logró con su constancia y fortuna.

Era con todos miserable, menos con su hijo Julio a quien amaba con un afecto delirante, loco.

Julio, desde la edad de cinco años, era que tenía recuerdos, aunque algo confusos. Recordaba como se recuerdan los sueños, que un día corrió mucho a caballo sobre las rodillas de su padre, y que al llegar a su casa, su madre Catalina lo recibió con acritud y aspereza.

Ya de más edad, recordaba que Catalina lo hacía sufrir de todas maneras, y no olvidaba que ella y su padre vivían en riña por él, hasta que Claudio determinó mandarlo a un colegio a Caracas, donde estuvo hasta la edad de veinte años.

Ya había cumplido dieciséis, y su padre jamás lo había llevado a Calabozo, por más que él se lo exigía. Siempre lo engañaba, ofreciéndole que para el año entrante.

Había crecido mucho, y era en la forma un hombre completo; en una de las cartas decía a su padre: “Si tú no me llevas en esta vacante, voy yo. Tú me tienes abastecido de dinero y con él consigo todo. Contéstame”.

Su padre vino, y lleno de grata sorpresa al verlo ya formado y hecho un elegante mozo, se sintió tan satisfecho que lo llevó lleno de entusiasmo.

Llegaron a Calabozo: Julio, ansioso de hallarse en el hogar paterno, deseaba vivamente ver a su madre. Al entrar ellos, Catalina saludó a su marido y le tendió la mano alegre por su llegada; pero al ver a Julio se sorprendió. Este, creyendo que su madre lo desconocía, estrechó entre sus brazos a la anciana, lleno de amor, diciendo:

—¡Madre, madre mía! ¡Cuánto deseaba verte, madre de mi alma!

Catalina alzó los brazos, y el pobre adolescente creyó que lo iba a estrechar contra su corazón, y loco de alegría cubrió de besos el rostro de la

anciana. Ella rechazó y desprendió con rudeza, de su seno, al tierno y amoroso Julio que la vio con dolorosa extrañeza, y dijo conmovido:

—¡Madre!, ¿por qué me rechazas, por qué esquivas mis caricias? Yo te amo mucho ¡madre mía!

—Yo no soy tu madre, niño –contestó secamente Catalina.

—¡Qué! ¿No es usted mi madre? –exclamó Julio–, ¿entonces, dónde está mi madre, padre mío?, ¿por qué me engañabais diciéndome que era ella?

—Catalina –dijo Claudio, lívido, desencajado–: ¡tú no tienes corazón!

—¿Dónde está mi madre? –volvió a decir Julio con ansiedad–, decid, por Dios, para volar a sus brazos.

—Hijo mío –dijo Claudio, trémulo, agitado–: yo no quería hacerte sufrir: tu madre no existe.

—¡Pobre madre mía! –dijo Julio y sus ojos se inundaron de lágrimas.

—Muerta... –repitió Catalina, con sardónica ironía–, ¡muerta…! Tu padre miente: ha sido, y es tal vez todavía su querida.

—Catalina, tú mientes villanamente, y sin piedad destrozas el corazón de este pobre niño.

—¿Y qué quieres? –dijo la anciana llena de cólera–, ¿quieres que baile y mime el hijo de una perdida?

—Señora –dijo Julio con dolor–, ¡esa mujer era mi madre! –y se cubrió la cara con las manos.

—Demasiado sé que lo es, demasiado sé que no tuvo pudor para tenerte.

—¡Padre mío! –dijo Julio, parándose con resolución–. Buscad, donde llevarme; no quiero estar un momento más bajo el techo de la mujer que maltrata así a mi madre, viva o muerta.

—Hijo mío –dijo Claudio–, tu madre no existe: ven, vamos.

Los dos salieron, y Julio fue hospedado en la casa de un amigo de su padre.

Algunos días después, partió para Caracas, triste, sintiendo la primera espina de dolor en su corazón. De carácter sensible e impresionable, Julio había sufrido mucho. La rudeza de Catalina había descorrido el velo que lo engañaba, y veía la verdad desnuda.

—Padre –dijo Julio, antes de partir–, decidme ¿cómo se llamó mi madre?, ¿de qué familia era: qué se ha hecho; y si murió, de qué ha muerto?

—Querido hijo de mi alma –dijo Claudio conmovido y estremeciéndose–: tu madre fue Rosalía Peña, de Calabozo, era huérfana... Y

tú –añadió, bajando la voz– te le pareces mucho.

—Adiós, padre –dijo Julio y partió.

Cuando llegó a Caracas, buscó en uno de sus baúles una cajita forrada de azul: de ella sacó un medallón de oro, sostenido por una cadena del mismo metal: dentro del medallón se veía una efigie del Nazareno. Julio lo contempló largo rato, y después dejó caer la cabeza entre sus manos. Algunos momentos después dijo, alzándola:

—Sí, no fue un sueño, era una realidad: aquella bellísima mujer era mi pobre madre: no podía ser otra: era ella. Recuerdo que me tomó en sus brazos y me cubrió de besos; luego se quitó este medallón, y me lo puso diciendo palabras que no comprendí; me tenía en su regazo y me estrechó contra su corazón; yo me acomodé en aquél y supongo que me dormí, porque solo tengo este recuerdo de aquella mujer. ¡Dios mío!, ¡cuán bella era mi madre, sí, era ella! Más adelante me hizo creer mi padre que mi madre era Catalina: el afecto con que quise esta mujer sin corazón debilitó aquel recuerdo, y muchas veces lo creí un sueño. Pero hoy se revive en mi memoria, ¡pobre madre mía!, tú has muerto, pero tu recuerdo estará siempre aquí –dijo Julio, comprimiéndose la frente.

Cinco años habían pasado y Julio era un arrogante mozo, su educación terminaba y él estaba deseoso de ello para ir a viajar por algún tiempo.

Una tarde recibió una carta de su padre, en que le noticiaba la muerte de Catalina y su pronta venida. El pobre Julio no pudo dejar de sentir a la anciana, porque conocía su estupidez. Algunas semanas después llegó su padre, y él, loco de contento, lo recibió en sus brazos.

—Hijo mío –dijo Claudio–, vengo dispuesto a que hagamos un viaje y recorramos la Europa: eso terminará tu brillante educación.

—Habéis adivinado mi deseo.

—Bien, pues, procedamos a los preparativos: no escaseemos nada, porque tú sabes que somos millonarios.

Algunos días después se embarcaron, y en cinco años que estuvieron viajando recorrieron toda la Europa. Cuando regresaron, Claudio se fue a Calabozo a ver sus fincas, y Julio se quedó en Caracas. Fue entonces que conoció a Oliva, la amó y determinó casarse con ella tan luego como llegara su padre.

CAPÍTULO III

PADRE E HIJO

TRES MESES HABÍAN PASADO. Los amores de Julio y Oliva seguían adelante y esperaban ansiosos al padre de Julio.

Un día le preguntó Elena:

—Brebante: ¿quién era vuestra madre?

—Mi madre, señora, era Rosalía Peña; pero yo no la conocí.

—¿De modo que usted no ha tenido quien lo ame, como sabemos amar nosotras las madres?

—¡Oh!, no, señora, por mi desgracia, y creedme, yo habría dado cuanto poseo por sentir en mi frente sus besos maternales.

—¿Y no tenéis de ella ningún recuerdo?

—Ninguno positivo: recuerdo sí como un sueño que una vez una mujer bellísima, me tenía en sus rodillas, y cubriéndome de besos colocó en mi cuello una imagen religiosa; la mujer no la vi más, pero la efigie la conservo.

—No podía ser otra, ¿no os ha dicho vuestro padre qué edad teníais cuando murió?

—Creo que iba a cumplir cinco años.

—¿Y de qué murió vuestra madre? –dijo Oliva.

—Mi padre me ha dicho que de fiebre.

—Es verdad –dijo Elena–: en esos lugares es muy frecuente morir de ella, y he oído decir que hay pueblo que ha quedado devastado.

—Es verdad; pero ¡cuán dulce será tener una madre que nos ame!

—Pobre Julio –dijo Oliva suspirando.

Cuando se fue Julio, Oliva se arrojó en los brazos de su madre y le dijo con tristeza:

—Mamá: cuando Julio sea mi esposo, ámale, como me amas a mí.

—Hija mía, sin serlo todavía, lo amo como tú deseas.

Al siguiente día recibió Oliva, a la hora de venir Julio, una carta: era de él, y decía así:

“Querida Oliva. Llegó mi padre. No me esperes hoy. Tuyo. Julio”.

* * *

Luego que Claudio hubo descansado y pasado dos días, Julio le abrió su corazón y le reveló el inmenso amor que profesaba a Oliva, y le rogó pidiese la mano de la joven al señor Deusdedit lo más pronto posible.

—¿Y sabes lo que puede portar de su padre? –preguntó Claudio.

—¡Padre mío! Cuando un hombre ama de veras a una mujer, jamás piensa en lo que tendrá que obtener de ella.

—Eso lo harán los jóvenes que como tú no saben aún lo que vale el dinero.

—¿Y no es usted bastante rico?, ¿no me repite mil veces que seré millonario?

—Sí lo serás; pero dice el adagio: “muchas gotas hacen un cirio”, y yo desearía para ti la hija de un Creso.

—¿Y qué haría con tanto dinero?

—Cuanto quieras; desengáñate: la gran cuestión es ser rico para vivir con fausto y gozar. Hoy los goces se compran. Hoy se compra el respeto. El dios del mundo es la onza de oro. La riqueza es la gran disculpa.

Un hombre rico no tiene historia, aunque malvado sea o haya sido. No es más que un hombre rico a quien es preciso adular, servir de rodillas para arrancarle el dinero: poco importa que sea sabio o ignorante. Él marcha lleno de altivez entre la multitud que se le inclina.

—¿Y las tiernas afecciones del alma, las satisface el dinero?

—Sí, porque con él viajamos, buscamos distracciones, nos embriagamos en los placeres, y con esa agitación, con ese movimiento, viene al fin el olvido y con él la calma.

—Padre mío, usted no ha debido amar jamás: si usted hubiera sentido el verdadero amor, no se expresaría así.

—Eso crees tú; pero yo sé que sí he amado y mucho –dijo Claudio inmutado.

—Y si usted ha amado tanto, ¿cómo ha podido arrancar de su alma la imagen de su objeto amado? ¿Cómo pudo usted, padre mío, casarse con Catalina?

—Calla, calla, no traigas a mi memoria recuerdos dolorosos, ¡pobre mujer! –murmuró Claudio.

—Yo creo –añadió Julio– que si me viera en la necesidad de ganar la subsistencia con mi trabajo, unido con Oliva, sería el hombre más feliz en mi pobreza, que poderoso sin ella.

—¡Pobre hijo mío!, estás experimentando las ilusiones de tu primer amor, y es por eso que eres tan soñador, tan espiritual... ¡Qué poco conoces el mundo!, sueñas con un amor que no sabes si es interesado: es preciso que procures abrir los ojos para que conozcas bien la humanidad. Estoy cierto que la familia de tu Oliva ha averiguado bien que eres millonario, y te han puesto un cerco para que cayeras en él. Y es natural: yo haría lo mismo en igual caso.

—Padre mío, calumniáis a una de las familias mejores de Caracas. Jamás ninguno de ellos ha cruzado conmigo una palabra de intereses.

—Puede ser; pero déjame averiguar quién es y qué tiene esa familia Deusdedit.

—Está bien; pero sí os advierto, padre mío, que yo no podré vivir sin Oliva.

Julio se separó de su padre, sumamente disgustado: le aterraba la idea de que él se opusiera a su enlace con Oliva.

* * *

Por la tarde, como de costumbre, fue casa de los Deusdedit. Oliva al verle entrar le tendió la mano dulcemente y le dijo:

—Créemelo: no sé por qué me figuré que hoy vendrías con tu padre: ¿está muy estropeado aún?

—Sí –dijo Julio–: los viejos sufren más que los jóvenes en esos viajes; pero ¿qué tienes? Me pareces algo triste.

—En verdad, hoy he sufrido mucho y ese sufrimiento habrá dejado su huella.

—¿De veras? ¿Y por qué has sufrido? –dijo Julio con interés.

—Tú sabes lo mucho que quiero a mi amiga Rosina, que tiene hoy a su buen padre malísimo, casi de muerte; figúrate lo triste que estará y lo que habrá llorado conmigo: ya ves que he sufrido mucho; pasé el día con ella porque está inconsolable.

—¡Pobre Coronel!, tan bueno, tan caballeroso: ¿de qué sufre?

—De sus heridas, y lo peor es que los médicos dicen que al fin morirá de ellas.

—¿Y entonces Rosina?

—Se vendrá casa de nosotras: yo la quiero como mi hermana.

—Haces bien: en tu alma no se encierra sino todo lo bello.

—¡Gracias, adulador!

—Oliva mía, cada día eres más querida de mí; y quien ama dice lo que siente, pero no sabe adular.

* * *

Pasaron algunos días: Julio estaba triste, agitado, al ver que nada le decía su padre. Lo notó pensativo, cabizbajo; al fin, una tarde cuando tomaban café después de la comida, resolvió Julio afrontar la cuestión, así fue que soltando la taza, le dijo:

—Padre mío: ¿has tomado los informes que me dijiste sobre la familia Deusdedit?, ¿no han llenado tu deseo?

—He sabido que Octavio Deusdedit está bien acomodado. Además sé que él y su familia son intachables.

—Eso quiero decir que no tienes nada qué oponer a mi casamiento con Oliva, y que hablarás con su padre lo más pronto. ¡Oh!, qué feliz me harás –dijo Julio lleno de contento.

Claudio se turbó y tuvo que dejar pasar algunos momentos para contestarle; al fin dijo:

—¿Y qué empeño tienes en querer casarte tan pronto? Eres muy joven; apenas tienes veinticinco años: sería de opinión que no te esclavizaras tan a prisa.

—¡Esclavizarme, padre mío! ¡Esclavizarme porque uno mi suerte para siempre con la de la mujer que adoro!

—¡Qué necio eres, hijo mío: cada vez que nos agrada una mujer, cuando se tiene tu edad, creemos que la adoramos de la manera más profunda! Pero desengáñate, cuando vemos otra que nos gusta, la primera se da al olvido, para entregarnos a soñar que adoramos la segunda.

—Según eso, no se ama nunca de veras, sentimos eso que nos parece amor y que no son más que las emanaciones del alma que se prepara a sentir

esa pasión. ¿Y a qué mujer amó usted de veras, padre mío?

Claudio se sonrió con amargura, y nada contestó.

—¿Fue a tu esposa que amaste? –dijo Julio, con acentuado tono.

—¡Necio! –dijo Claudio...

—¿Y entonces, quién fue esa mujer? ¿Sería por fortuna mi pobre madre?

Claudio se estremeció visiblemente, y dijo con amargo acento:

—¿A qué traerme ese recuerdo doloroso? –y apoyó la frente en la mano.

—¡Padre mío!, la mujer que tú amaste fue mi madre. ¡Oh, gracias!, y por ella te ruego no te opongas a mi enlace: tú eras joven y te consagraste a su amor.

—¡Es verdad, era bien joven!

—¿Y la amabas mucho?

—¡Pobre mujer! –dijo Claudio involuntariamente–, ¡era tan bella!

—Tú la amabas mucho; lo comprendo: estás trémulo, enternecido, convulso.

—Tal vez ella haya sido mi solo amor en la vida... pero no me recuerdes más a tu madre –dijo Claudio inclinando la frente.

—Por ella, pues, dadme la felicidad, ¿me lo ofrecéis?

—Te lo ofrezco; pero déjame esta noche meditar sobre ese enlace... Créeme, Julio, hubiera querido que tú eligieras otra mujer, no a Oliva Deusdedit.

—¿Por qué?, ¿la conoce usted acaso? –dijo Julio, sorprendido.

—No, pero tengo secretos motivos para que no me agrade esa unión con ella.

—¡Padre mío!, no me hagáis sufrir: no desaméis a mi pobre Oliva: vuestras palabras me dejan anonadado y me hacen daño.

—¡Hijo!, cada cual tiene sus secretos, y yo que he amado tanto el dinero, hubiera preferido que fuera tu elegida la hija de un mendigo: no ella, a pesar de su posición, riqueza y virtudes.

—Señor: me desesperáis. Pero tened entendido que sin Oliva puedo morir de dolor.

—¡Niño! –dijo Claudio–: no se muere tan fácilmente: vete a reponer que estás temblando.

Julio salió y se encerró en su cuarto.

—¡Dios mío!, soy capaz de volverme loco (pensaba).

¿Qué motivo tendrá mi padre para no amar a mi dulce Oliva? “Quisiera que fuera la hija de un mendigo, no ella…”. Y ella loca por conocerlo, por amarlo, con el amor de la hija tierna. ¡Oh!, no sé qué pensar.

Entre tanto, Claudio pensaba a su vez:

—No: yo no debo consentir en que se lleve a cabo este enlace. ¡Pobre Julio! Comprendo que ama a esa pobre niña con toda el alma, y que ella tal vez lo ame a él lo mismo; pero yo destruiré ese amor en Julio. No, mil veces no; yo no consentiré jamás en que se realice ese matrimonio. Consentir es exponerme a que ese hijo, que amo tanto, me desquiera y desprecie, porque metido en esa familia descubrirá, sin remedio, mi secreto... ¡Julio, Julio mío: yo al comprender que tú me desamas seré el hombre más desgraciado, porque tú eres y has sido mi afecto dominante!...

Mas… ¿cómo hacer…?, ¿cómo conseguir esto sin violentarlo…?, ¿cómo desprenderlo de aquí para llevarlo lejos… sumamente lejos…? ¡Dios mío!, ilumíname.

Claudio, al decir estas palabras, dejó caer la frente entre sus manos…

Largo rato estuvo en esa posición entregado a sus pensamientos. De repente alzó la cabeza: su semblante habíase despejado; un tinte de alegría brillaba en sus ojos, y dijo, hablando consigo mismo:

—Sí, yo sabré aparentar también que consiento en esto, de tal manera, que todos serán engañados. Yo sabré salvarme de lo que me amenaza hoy… ¡Julio…! ¡Julio…! Voy a probarte una vez más que con dinero se consigue todo: que el mundo es onza de oro, y que con algunos puñados de ellas que gaste, consigo lo que quiero hacer y me salvo del dolor de ver que me desames –Al terminar estas palabras hizo sonar un timbre. Un criado se presentó en el acto.

—¿Habéis llamado?

—Sí, Juan; ve al cuarto de Julio y dile que venga, que quiero hablarle.

Momentos después llegó Julio, triste, cabizbajo. Claudio, al verlo, se sonrió y le dijo con cariño:

—Te veo amostazado, Julio, ¿amas mucho a Oliva?

—Mucho, padre mío, y estoy sufriendo cruelmente por ella.

—He querido conocer si era cierto que la amabas de veras; pero como me he convencido de tu amor, te llamo para exigirte que le anuncies a la familia Deusdedit mi visita para mañana, donde harás mi presentación.

—Padre mío –dijo Julio, con el semblante radiante de alegría–, ¡cuán feliz me hacéis!

—Cese, pues, tu tristeza: vete casa de tu amada y serénate.

Julio, presuroso, salió de su casa.

Al siguiente día hizo la presentación de su padre casa de los Deusdedit, donde fue recibido con el mayor afecto.

Él se sintió conmovido al ver a Oliva, tan bella, tan candorosa y tan enamorada de Julio. Al recibir tan amable y buena acogida de aquella excelente familia, sintió también algo como un remordimiento en el fondo del alma, al pensar en el plan que tenía formado. Con todas fue amable, fino, cortés; pero un observador habría conocido que Claudio se turbaba y aún se estremecía toda vez que Elena le dirigía la palabra.

Al fin se fue serenando poco a poco y volvió a recuperar su aplomo.

El Coronel, que estaba allí, le fue sumamente agradable y gozó mucho con su ameno trato. Sin querer sintió Claudio una atracción involuntaria hacia aquellas personas tan finas y tratables; de manera que al siguiente día, cuando Julio al salir, le dijo:

—¿No vas casa de la familia Deusdedit conmigo?

—Bien, iremos –le contestó.

Diariamente sucedía lo mismo, hasta que al fin él iba sin que Julio lo invitase.

Ya habían pasado dos meses y Claudio evadía siempre la petición de la mano de Oliva, y cuando Julio le decía algo, le contestaba:

—Pronto, muy pronto, es una familia envidiable por todo.

Un acontecimiento trajo nueva animación a la casa de Deusdedit. El Coronel, aunque había mejorado de sus males, estaba sumamente débil y delicado. Octavio y su familia lo habían llegado a querer como miembro agregado de ella y lograron que diera su consentimiento para venir por algunos días a su casa como temperamento.

Aquella amable familia podía así prestar alguna protección a aquel valiente militar, que por lo exiguo de su pensión y los gastos de su enfermedad se encontraba apurado.

El Coronel allí gozaba del rato de tertulia con Claudio, que se había captado la estimación de todos.

Una noche que el Coronel estaba solo, porque la familia había salido, llegó Claudio como de costumbre.

—Amigo mío –le dijo Villareal–, la familia le dice que no se vaya, que la espere.

—Bien –dijo Claudio–, esperaremos; pero decid ¿cómo os sentís?

—Mejor, mucho mejor: ¡me cuidan tanto…!

—Coronel, voy a hacer a Ud. una confidencia íntima –dijo Claudio, de repente.

—Veamos cuál es.

—¿Qué le parece a usted la familia Deusdedit?

—¡Oh! Señor Brebante: yo no puedo ser voto en esto, porque soy parcial. Esta familia es para mí de ángeles.

—Es verdad: cuando se está a su lado se siente un bienestar indefinible: se pasa el tiempo sin sentirse.

—Yo puedo asegurar a usted que la estimo y quiero como si fueran la mía.

—Usted habrá comprendido que Julio ama a Oliva con toda el alma.

—Sí, y en mi interior lo he felicitado por su elección.

—Debo pedir la mano de Oliva para él; pero... Coronel, no me he atrevido.

—¿Teméis ser rechazado?

—No, pero... ¡Oh! Coronel, Coronel, si usted pudiera leer en mi alma...

—¿Pero qué teméis?, ¿qué os pasa?, ¿tenéis algún obstáculo que os impida hacerlo?

—Sí, tengo uno grande, poderoso, que me hace sufrir horriblemente.

—No puedo comprender, porque no estoy al cabo de vuestro secreto.

—Sabed, pues, que amo tanto a Julio, que me estremezco al pensar que él puede, por motivo de este matrimonio, no solo desamarme, sino...

Claudio se detuvo.

—Pero hablad, Brebante: franqueaos conmigo, mi honor responde del secreto de cuanto me confiéis.

—Pues bien, sabed que mi afecto a Julio es el que ha llenado mi alma toda entera, porque yo amaba a su madre de la manera más loca. Acontecimientos inesperados me alejaron de ella y mis dos amores se refundieron en uno solo: en el de Julio.

—De modo que su madre vive –dijo Villareal.

—¡Oh, no! –repuso Claudio, algo turbado–; pero ¿no es un acontecimiento la muerte?

—Es verdad –dijo el Coronel–: pero permitidme. ¿Creéis que porque se case con Oliva y la ame como esposa, puede desquererlo a usted?

—¡Oh!, no, no me crea usted tan torpe y mezquino, no es esa la causa, Coronel. Yo sé que él y Oliva harán dulce mi vejez con sus cuidados: yo sé que cuando vengan los nenes seré más querido de Julio... porque él entonces podrá medir mi afecto y lo sabrá corresponder; sé que difícilmente se encuentra una mujer tan perfecta como Oliva; pero...

—¿Pero qué?, amigo mío: ¿qué pero es este metido en usted, como la bala en el cañón, cuando se va el tiro por el oído?

—Yo amé a la madre de Julio con frenesí, este hijo es el fruto de una locura, porque aquella infeliz mujer me amó con delirio.

—¿Y teme usted que porque no es legítimo pueda ser rechazado? ¡Oh!, no lo crea, a Julio lo quieren aquí todos.

—No, yo lo he reconocido en público ante los tribunales, instituyéndolo heredero de cuanto poseo. No es eso otro es mi temor, quisiera decirlo, pero...

—Pero y más pero... ¿Qué pero será este que no puedo adivinar?

—Ni yo decirlo: ese secreto morirá conmigo, y eso me hace fluctuar... no me atrevo.

—Guardadlo si no os conviene decirlo; enhorabuena; pero decidme ¿no pediréis la mano de Oliva?

Claudio bajó la cabeza pensativo, y nada contestó. El Coronel añadió:

—Si sois caballero, Brebante, debéis desengañar a familia tan estimable.

—¡Maldito sea el oro! ¡Si no lo hubiera amado tanto...! –dijo Claudio.

En ese instante entró en la sala Octavio Deusdedit que tendió su mano a Claudio, diciendo:

—¡Solos! ¿Y la familia?

—Fueron a dar un paseo –dijo el Coronel.

—¿Y qué tal, Brebante?

—Bien, muy bien, Deusdedit, felicitándome porque estamos solos.

—¡Cómo! –dijo Octavio–: ¿no gusta usted de las damas?

—Mucho, pero solos podré haceros, sin rodeos, una petición.

—Estoy a vuestras órdenes, para serviros.

—Bien, pues –repuso Claudio–: mi hijo ama locamente a vuestra hija, y yo pido a usted su mano para mi querido Julio.

—El Coronel tendió la mano a Brebante y dijo por lo bajo:

—¡Gracias, amigo mío!

—Señor Brebante, es tanto lo que se aman esos dos muchachos que yo creo que deben casarse: así pues, es para mí muy satisfactorio el que nos veamos unidos por lazos de familia.

—Para mí la honra –dijo Claudio inclinándose.

Entre los tres se concertó el matrimonio para lo más pronto, pues con dinero, como decía Claudio, todo podría allanarse.

* * *

Julio, cuando llegó y se le anunció que iba a procederse a la realización de su enlace con Oliva, se inundó su corazón de dicha, porque no tenía otro deseo. Se dispuso proceder prontamente a los preparativos para terminar lo más breve posible el matrimonio.

CAPÍTULO IV

LA CARTA

LORENZO ERA UNO de esos hombres nacidos para ser parásito de otro. Conoció a Claudio y le tuvo cariño desde antes de perder a su padre: cuando este murió y Claudio determinó internarse en Venezuela para hacer fortuna, le dijo Lorenzo:

—Don Claudio, me voy con usted hasta el fin del mundo que vaya.

Claudio lo estimaba y se lo llevó consigo.

Desde ese momento, fue Lorenzo su compañero, su amigo y aun su sirviente, cuando no lo había, porque sin ser de la condición de aquellos, hacía todo lo que ellos podían hacerle, en caso de necesidad. Al fin llegó a ser para Claudio tan necesario, que le era imposible estar sin él. Verdad era que sus más íntimos secretos estaban depositados en el pecho de Lorenzo, que era un arca cerrada y que moriría antes que hacer traición a su Providencia, como lo llamaba. Con la riqueza de Claudio, Lorenzo se enriqueció, así fue que cuando volvió a Caracas, vestido a lo caballero, nadie hubiera conocido en tan pulido sujeto a aquel Lorenzo mal trecho que se había llevado Claudio. Pero él a todos saludaba y refrescaba los recuerdos, para gozarse en la sorpresa que cada cual recibía de verlo en tan distinta situación.

Jamás se acostó Lorenzo sin dejar antes a Claudio metido en su cama y echar con él un párrafo.

Las cajas de Claudio estaban a la disposición de Lorenzo; pero él sabía que este no tomaba sino lo necesario, y era Claudio el que le hacía gastar algo superfluo.

Amaba a Julio como si fuera su hijo y tenía especial cuidado en arreglarle todo lo que le pertenecía, haciendo las veces de madre más que de amigo. Este lo quería en extremo y todo se lo consultaba; de modo que Lorenzo era el todo de ambos.

La noche que Claudio llegó a su casa, después de pedir la mano de Oliva, su semblante revelaba la mayor satisfacción. Lorenzo fijó en él la vista con placer y le dijo con la ternura de un buen hermano:

—¿Qué hay, Don Claudio, algo bueno trae?

—Sí, amigo mío: vengo contento y satisfecho; me he quitado un gran peso de encima.

—¿De veras?, ¿y qué era ello que yo no sé?

—¿Sabes que dejo casar a Julio, y que desisto del plan que tenía?

—¡Cuánto me alegro! El pobre muchacho está enamoradísimo y supongo que se casará con la hija de la amiga Elena.

—¿Y con cuál otra? Julio no amará más que a Oliva; en eso sale a mí: tú sabes que solo una vez me enamoré.

—Pero ¿y si él llega a descubrir las locuras de vuestra juventud?

—¿Y cómo?, jamás he oído allí nada que me revele que saben lo pasado.

—¡Don Claudio!, el día menos pensado se encuentra usted descubierto: entre cielo y tierra, dice el refrán...

—Salga el sol por donde quiera. Yo no puedo añadir a un crimen otro crimen por encubrir el primero; porque entiéndelo, Lorenzo, esos dos muchachos se aman de un modo profundo, loco; y yo no debo cometer la infamia de inmolar los tiernos corazones de esos pobres niños por el temor de que se descubra un secreto, que tal vez no llegará a saberse jamás.

—Ojalá que así sea; pero yo lo dudo, y usted se salvaría de un descubierto si la muerte hubiera venido a taparlo, porque solo así se quedará quietecita la persona que usted sabe. Y no le falta razón.

—¡Oh!, ¡calla, calla, por Dios! No me traigas ese recuerdo doloroso.

—Bien: no diré más nada; pero si usted pudiera arreglar esto, sin saberlo Julio ¿qué bueno sería?

—¿Y cómo? Di, Lorenzo, ¿cómo?

—Buscamos esa persona: le ponemos por condición que se le entrega lo que se le robó, si guarda el secreto, y consiente en...

—¡Jamás!, jamás –dijo Claudio, interrumpiéndole–: yo no daré ese paso nunca; mi proposición será rechazada y solo me dejará el vilipendio y la vergüenza de presentarme ante esa persona.

—Pues entonces, esperemos en Dios, que por cierto creo no estará muy dispuesto a oírnos ni menos a ampararnos, porque hemos sido unos malvados.

—Calla, te repito, calla y no destroces más mi alma.

—Siento repetirlo; pero créalo: a veces tengo remordimientos muy grandes.

—¿Y tú crees que yo no los tengo? He tenido momentos, en que he querido descubrirlo todo; pero el entrañable afecto que le tengo a Julio, me ha detenido, ¿sabes por qué?, porque al descubrir mi criminal crueldad, dejaría de amarme, y tal vez allá en el fondo de su alma me despreciaría. Y yo sufriré todo, todo, Lorenzo; pero moriré de dolor al comprender, que él, por mi crimen, me desama y me desprecia.

—Julio es muy bueno, y es incapaz de hacer semejante cosa, aunque todo lo descubra.

—Julio es un caballero de nobles sentimientos, y estos no aceptan jamás las criminales acciones. El amor al dinero, me hizo ser villano hasta cometer una infamia. El amor al dinero, me hizo inmolar ante las arcas de una mujer vieja, torpe, de baja esfera, en fin, despreciable. El amor al dinero, me obligó a vivir largos años separado de Julio, que es mi único afecto. El amor al dinero me hizo cometer ese crimen, que nos trae a los dos remordimientos. ¡Maldito sea el dinero!

—Ya no hay más que seguir adelante, Don Claudio, y obrar según se presenten los acontecimientos.

—Es verdad, pero yo no puedo hacer desgraciado a mi pobre Julio. Es preciso que solicite una de las mejores casas para comprarla y arreglarla lo más pronto: quiero que en su matrimonio todo sea suntuoso; gastaré el oro a manos llenas.

—¡Bendito sea el dinero! –dijo Lorenzo, con socarronería, mil veces bendito.

—Es verdad, sin él, no lo haría así; buenas noches, Lorenzo, hasta mañana.

Este se retiró.

Los preparativos se empezaron. Brebante compró una hermosa casa para los novios: se le hacían reparaciones, para después proceder a amueblarla.

Los padres de Oliva, por su parte, preparaban a la novia una rica canastilla para la boda. Rosina no descansaba con los preparativos de boda de su amiga: en todo quería meter mano, y una tristeza profunda que la dominaba se disipaba algo con aquel movimiento, y se la veía más animada. Cuando su amiga le preguntaba la causa de aquella tristeza, contestaba:

—¿Te parece poco, amiga mía, ver a mi padre tan enfermo? ¿No comprendes que debe entristecerme la amenaza que tengo de perderlo?

—¡Tienes razón, pobre amiga mía! –Pero Rosina engañaba a su amiga, y no le decía la verdad... ella tenía un secreto que a nadie revelaba.

Así pasaron dos meses. Claudio se sentía contento al ver la dicha retratada en el rostro de Julio y Oliva. Estaba terminándose la reparación de la casa para proceder, dentro de dos días, a montarle los muebles.

Todas las noches se gozaba en casa de Deusdedit la tertulia más amena, y no se dejaba un solo día de hablar del matrimonio en aquella reunión familiar. Claudio se sentía feliz y bendecía a Dios por haberle inspirado desistir de su plan.

Una noche, que todos estaban reunidos, se presentó un criado trayendo una carta. Elena la tomó; era para ella. Al fijar la vista en el sobre, su rostro se llenó de alegría y dijo:

—¡Dios mío! ¿Será de ella? Es su letra... no me engaño.

—Leedla, mamá, –dijo Oliva–: estamos en familia, creo que todos te lo permitirán.

—Por supuesto –agregó Claudio–, lea usted su carta, Elena.

Esta la abrió ansiosa: vio la firma y exclamó:

—¡Es de Melania!

Claudio se estremeció y alzó la vista. Elena leyó para sí lo que sigue:

Querida amiga mía: he terminado mis asuntos, y tras esta carta partirá tu infortunada amiga a morir contigo. Tus hijas lo serán mías, y en su cariño buscaré el consuelo a mi dolor. ¡Oh Elena mía!, jamás perdonaré al autor de mis infortunios las lágrimas que vierto y he vertido. Si yo lo encontrara en mi paso, creo que tendría valor para matarlo: tanto así lo odio; pero Dios me vengará.

Estoy ocupada en los preparativos de viaje: dentro de cortos días estará en tus brazos tu amiga,

Melania

* * *

—¡Cuánta dicha me manda Dios, hija mía! Tú sabes lo que quiero a Melania, y ella va a presenciar tu matrimonio. Todos somos de la familia y voy a leerles la carta.

Elena leyó la carta en voz alta. Mientras leía, Claudio con su bastón horadaba el petate de la sala; fija la vista en su obra casi no oyó leerla; pero Julio, al oír el nombre de Melania, dijo:

—¡Qué nombre tan bello tiene vuestra amiga!

—Más bella es ella –dijo Oliva–; mírala, Julio.

Tomó el álbum de la mesa y le enseñó la fotografía de Melania.

—En verdad –dijo Julio, viendo la fotografía–: la belleza de esta mujer es suave, melancólica, interesante –y alargando el álbum a su padre, añadió–. Ved, padre mío, esta mujer conmueve.

Claudio que se entretenía todavía en horadar el petate, alzó la cara; estaba rojo como la amapola, de tenerla inclinada tal vez; tomó el álbum y contempló largo rato el retrato, y cuando alzó la vista estaba pálido y los ojos húmedos, brillantes.

Elena que lo vio en ese momento, dijo:

—¿Verdad, Brebante, que esa mujer entristece el alma, al ver la melancolía tan marcada en su rostro? ¡Pobre amiga mía!, ha sido una mártir, y la persona que la condenó al sufrimiento, un malvado, un infame: creedme, si llego a conocerlo, lo haré odiar y despreciar por todos.

Claudio como que no oía nada: ¡tan embebido estaba contemplando a Melania!

—¿Os gusta mi amiga, Brebante?

—¡Cuán bella está! –dijo–, ese manto de oro que le forman sus cabellos la hace muy bella, bellísima.

—¡Si usted la tratara! ¡Tan suave, tan buena…!

—¡Pobre mujer! –dijo Claudio, poniendo el álbum sobre la mesa–. Os felicito por la venida de vuestra amiga...

—Gracias, Brebante, más adelante diréis de nuestra amiga.

Claudio se sonrió, y pocos momentos después, se retiró.

Cuando llegó a su casa se acostó, y al llegar Lorenzo ya estaba recogido y nada se dijeron.

A la mañana siguiente, dijo a Julio:

—Vamos a escoger muebles muy buenos para terminar esto pronto.

Claudio no encontraba nada que le gustara, a todo le ponía peros. Entró a una joyería y compró dos ricos aderezos: uno de perlas y otro de brillantes. Al fin le dijo a Julio:

—Hijo, vamos a Curazao: yo quiero que todo lo tuyo deslumbre: allí se hallará todo bueno.

Julio quiso resistir; pero él insistió tanto, que al fin cedió. Entró a otra joyería, compró un reloj que figuraba una rosa de piedras finas, y dos riquísimas sortijas. Compró un rico cofre y metió en él las joyas, y dijo a Julio:

—Este va a ser mi regalo para Oliva.

Julio llegó primero que su padre a la casa de Deusdedit.

—¿Saben ustedes, –dijo a Elena y a Oliva– que vamos a Curazao? Hemos andado las mueblerías y nada gusta a mi padre; allá dice él que son riquísimos.

—Aquí los hay muy buenos –dijo Elena.

—Sí, pero a él no le gustan; tanto que está preparando el viaje.

—¿Tan pronto? –dijo Oliva.

—Quiere que nos embarquemos en el vapor que saldrá mañana en la tarde.

—¡Yo no quisiera que te fueras! –dijo Oliva–. ¿A qué ese boato?

En este momento entró Claudio, y presentándole el cofre que trajo un sirviente, le dijo:

—Esto para el día de la boda.

—Gracias –dijo Oliva, ruborizándose.

—Lo ves –dijo Julio–, no piensa en otra cosa; está más embullado que yo: debemos complacerlo.

—Es verdad; ¿pero gastarás muchos días?

—Quince a lo sumo.

—Tendré que resignarme; pero créelo, Julio, se me oprime el corazón.

—No te entristezcas: te ofrezco abreviar todo lo más posible el retorno.

En efecto, al día siguiente salieron para La Guaira Julio y Claudio.

Al partir, dijo este a Lorenzo:

—Lorenzo, te dejo el poder general que te he dado para que me representes en mis negocios: me voy con Julio.

—¿Os vais?, ¿y cuándo es la vuelta?, ¿y el matrimonio…?

—Se hará al llegar: voy a Curazao a comprar muebles.

—¡Don Claudio, Don Claudio! ¡Cuidado con hacerle al muchacho una mala partida! Ese niño puede morirse.

—¡Necio! Nadie muere la víspera sino el día. Además yo debo ir con él: los muebles deben ser a su gusto.

Claudio y Julio partieron.

Lorenzo luego que se alejaron entró en la casa y dijo para sí:

—No me gusta nada este viaje. Este Don Claudio tiene algo que me oculta: está triste, agitado y ha estado esquivando el hablar conmigo. ¿Y qué será?, esto me amostaza. Es la primera vez que me guarda secreto ¿qué será esto? Aquí hay muebles dignos de un Rey: ¿a qué ir a Curazao? ¡Pobre muchacho, pobre Julio!, estoy intranquilo; este Don Claudio es capaz de inmolarlo para que no descubra su secreto.

CAPÍTULO V

EL MEDALLÓN

POR LA MAÑANA llegó el correo y trajo una carta y una cajita con sobre para Oliva.

Ella lanzó un grito de alegría: la carta era de Julio; decía así:

Oliva mía. Cuando recibas esta tendremos de por medio el gran océano. Pero no te entristezcas, amada mía: tuyo es mi corazón: tuya mi alma: tuya mi existencia toda. Te remito como fiador y garantía de mi inmenso amor, la prenda que más amo y que jamás he arrancado de mi cuello, desde el día que me convencí que fue mi pobre madre la que lo colocó en él. Úsalo y consérvalo: es lo mismo que si lo tuviera yo. Mi madre, desde el cielo que ve que a su nombre te hago ese regalo de boda, me bendecirá sonriendo: por ello puedes tal vez, medir el amor que te profesa tu Julio.

Oliva conmovida besó la carta y sacó de la caja un medallón: era de oro, sostenido por una cadena con broche del mismo metal: dentro de él estaba colocada una efigie de Jesús Nazareno. El uso había gastado los labores que tenía y eran estos casi imperceptibles.

Oliva se lo acercó a los labios y fue tanto su dolor que prorrumpió en llanto.

Elena entró en ese momento y dijo a su hija conmovida y sobresaltada:

—¿Qué tienes, hija mía?

—Toma, mamá –dijo Oliva, dándole la carta y el medallón–, mira, ve esto...

Elena leyó la carta y fijó su vista en el medallón; al verlo, un grito se escapó de su pecho y se puso densamente pálida.

—¡Dios mío!, ¿será un sueño? –murmuró sin quitar la vista del medallón.

—¿Qué tienes, mamá? Estás pálida, tiemblas.

Pero Elena no contestó: volvió el medallón y apretó con fuerza un pequeño botón que tenía en un lado: este se abrió y Elena sacó con avidez el papel en que estaba estampada la efigie de Jesús, lo volvió y vio por detrás

en donde estaban escritas algunas palabras; al leerlas lanzó un grito, diciendo:

—¡Madre mía!

—Mamá ¿qué tienes? Siéntate, puedes caerte...

—Sí, él es, el mismo, el mismo.

—Mamá, estás trémula, fría... voy a llamar.

—¡Oh!, no, no, tú y yo solas –Oliva se detuvo.

—¿Será él…? Dios mío, ilumíname.

—¿Quién, mamá? ¿Quién es él…?

—¡Qué sé yo…! Estoy turbada... no sé lo que digo.

—Pero ¡cálmate!, madre mía, y dime ¿qué tienes?

Oliva le quitó el medallón y leyó:

"¡Jesús mío!, custodia a mi querida hija Elena, sé su amparo y su guardián".

—¿Y esto qué quiere decir? Cálmate y explícate.

—Mi madre –dijo Elena– me quería muchísimo, por ser su sola hija: cuando determinó mi padre ponerme de interna en el colegio, se entristeció mucho; pero como estaba aquí y podía verme diariamente, se resignó.

El día que iba para el colegio me estrechó en sus brazos y quitándose este medallón que siempre llevaba con ella, apretó el botón, y sacando la efigie escribió por detrás lo que acabo de leer. Eso está escrito por tu abuela.

—¡Dios mío! –dijo Oliva–, si este medallón tiene tantos méritos debo verlo como un talismán... –y leyó lo escrito por la madre de Elena.

—Algunos meses después de entrada en el colegio –prosiguió Elena– trajeron de Barquisimeto otra niña que quedó sumamente triste cuando se fue su padre y la dejó: yo me compadecí al verla venir tan llorosa y la estreché en mis brazos.

—¿Era Melania?

—Sí, era ella. Cuatro años pasamos en la mayor intimidad, y mi madre la traía conmigo a casa en los días festivos y en las vacantes, llegando a querernos como hermanas. Un día, en que las dos estudiábamos nuestras lecciones, llamaron a Melania. Su padre estaba allí y venía por ella porque su madre estaba enferma. Al despedirnos, busqué con la vista qué darle como un recuerdo, y no hallando nada, me quité este medallón, que debía ser para mí sagrado; lo coloqué en su cuello y le dije: "Cuídalo mucho, Melania

mía, este es un recuerdo de mi madre”. Ella, cubriéndome de besos, me dijo: “Jamás lo arrancaré de mi cuello”; y esto es lo que me agita. ¿Quién le dio a la madre de Julio este medallón? ¿Por qué la Providencia viene a colocarlo en tu cuello?

—En verdad, madre mía, que da en qué pensar esto...

—¿Quién será la madre de Julio? ¿Cómo llegó esta prenda a sus manos? Yo debo averiguarlo... yo no debo descansar hasta saberlo.

—La madre de Julio fue Rosalía Peña ¿no lo recuerdas?

—Sí; ¿pero sería barquisimetana?

—No mamá, calaboceña.

—Si fuera Agricio...

—¿Qué Agricio, mamá?

—Qué sé yo... estoy preocupada, deliro...

—Cálmate, pues, y vive cierta que este medallón, que tiene tantos recuerdos, no me lo quitaré jamás.

—Sí, consérvalo. Al venir Julio, él me dirá cómo lo obtuvo su madre, y si él no lo sabe, que lo inquiera con su padre que deberá tal vez saberlo.

Oliva se retiró creyendo a su madre ya tranquila; pero Elena, desde ese momento, se sintió muy preocupada.

—Escribiré a Melania y le preguntaré qué hizo el medallón que le puse en el cuello: ella es la única que puede darme razón.

Esperaré.

En efecto, por la tarde escribió una larga carta a su amiga sin decirle que el novio de su hija tenía dicho medallón; pero suplicándole que a vuelta de correo le contestara qué había hecho de él; que era una cosa que le interesaba mucho y tal vez a ella misma.

CAPÍTULO VI

ROSINA

ESTA POBRE NIÑA, que por mucho tiempo había disimulado la tristeza que la dominaba, se inclinaba al fin lánguidamente ante el peso de la pena que devoraba su existencia. La alegría había desaparecido para ser reemplazada por mal disimulada melancolía y sus labios que antes sonreían alegremente siempre, solo dejaban ahora asomar de vez en cuando desfallecida sonrisa. Ella no podía ahogar, aunque lo había intentado, el profundo amor que sentía por Alberto.

Niña pura e inocente, cuando llegó a la edad de quince años, no podía juzgar galanterías, las flores y obsequios que a cada paso le dirigía Alberto. Él creía esto necesario para captarse el afecto de todas; y la pobre Rosina las confundía con el amor y el fomentó el que le había inspirado. Alberto, en verdad, quería a Rosina, de una manera para él inexplicable: a su lado sentía calma, bienestar y dulce satisfacción; pero no sentía nada de esa pasión sublime, embriagadora, emanada de los sentidos. Cuando en alguno de esos mil episodios del amor porque pasaban los hombres, sufría algún descalabro y se sentía amostazado, era entonces que buscaba a la pobre Rosina para a su lado recuperar el sosiego que había perdido... Cuando Rosina se instaló en su casa con su padre, sus galanterías se fueron debilitando para dejar en su lugar la más pura confianza, y sin comprender que aniquilaba aquella pobre alma, la insinuaba en todos los secretos de sus conquistas y amores.

La pobre niña oía sus confidencias con la risa en los labios y la muerte en el corazón; al convencerse que ella no había sido amada por él jamás, trataba de ahogar el amor que sentía; pero este había tomado grandes dimensiones y no podía dominarlo, sino languidecía. Además, ponía especial cuidado en que nadie penetrase su secreto, porque sabía que al descubrirlo su padre, la llevaría de allí para borrar aquel amor. Así era que aquella pobre alma sostenía una lucha atroz.

Entre sus revelaciones, la última que le hizo Alberto, la acabó de anonadar y casi le era imposible ocultar su tristeza. Alberto le había

confiado, hacía como seis meses, los amores que tenía con una joven decente, por su familia, de nombre Elvira Rocha, con quien pensaba seriamente en casarse. Su corazón sufría devorado por el dolor.

El Coronel estaba sobresaltado al ver a su hija y temió por su salud: le confió su pena a la familia y Oliva se propuso saber la causa.

Una tarde que estaban las dos solas, dijo Oliva a Rosina:

—Estoy sentida contigo, tienes un secreto y me lo ocultas.

—¿Yo?, dijo Rosina, ¿yo?

—Sí, tú estás enamorada y no me has confiado tu secreto; tú amas y me lo has ocultado; tú no has sido buena amiga conmigo.

—Tú me calumnias, querida Oliva; yo no amo a nadie.

—Sí, tú amas a Al…

Oliva se detuvo porque Rosina le puso prontamente la mano en la boca, diciendo sobresaltada:

—¡Oh!, calla, no lo digas, no quiero que pronuncies su nombre; calla, por Dios.

—¿Lo ves? –dijo Oliva–. Lo he adivinado, eres bien tonta. ¿Por qué no se casa contigo?

—¿Conmigo –repuso Rosina–, conmigo? No lo sueñes, Oliva mía...

—¿Y sabe tu primo que es tan amado por ti?, ¿te ha declarado su amor? Yo creo que sí, pues siempre tiene algo que decirte en voz baja.

—¿Mi primo? –dijo Rosina con extrañeza.

—Sí, Alfonso: yo lo había adivinado.

—¡Alfonso! –repitió Rosina, y dos lágrimas surcaron sus mejillas.

—No seas tonta: tan pronto llegue le voy a decir: Alfonso, no dejes languidecer a tu Rosina…

—No, tú no le dirás nada; él sabe lo que debe hacer. ¿Me ofreces guardar silencio?

—Sí, te lo ofrezco; pero si veo que no te alegras, yo sabré lo que debo hacer. No quiero verte triste, Rosina.

—Escucha, pues –dijo sonriendo–, no digas nada a papá.

—Está bien; yo buscaré cómo ocultarle lo que pasa.

—Ahora –dijo Rosina– te ofrezco que siempre estaré alegre.

Desde ese día, Rosina trató de disimular su tristeza en presencia de la familia, tanto que pudo desvanecer el sobresalto de su padre.

Alfonso Villarreal, su primo, amaba con toda su alma una joven hija de un señor vecino suyo. Se llamaba Julia e iba ya a proceder a su enlace con ella; todo lo confiaba a su prima y tomaba sus consejos.

Las frecuentes conversaciones que tenían hacían que todos creyeran que se amaban. Él estaba establecido en Petare y venía algunas veces a arreglar sus negocios.

Rosina y él pusieron en conocimiento del Coronel el propósito de Alfonso de casarse.

—Solo una cosa les exijo –dijo Rosina–. No digan nada de este matrimonio hasta que no vaya a verificarse.

—Está bien –dijeron el Coronel y Alfonso.

Rosina quería que la familia lo ignorase hasta el último momento para que estuvieran engañados, creyendo que ella amaba a su primo.

* * *

Habían pasado tres meses y los Brebantes no llegaban, ni escribían: esto daba en qué pensar. Oliva se olvidó de Rosina para entregarse a su pena y ansiedad. Elena intranquila no sabía a qué atribuirlo.

El Coronel murmuraba sordas amenazas y decía:

—¿Se habrá arrepentido por su pero...?, ¿y se habrá llevado al hijo…? Yo lo he de encontrar y le voy a arrancar ese pero... con la vida.

Aquella casa, antes tan llena de dicha, era hoy un centro de tristeza: Oliva vivía agitada y melancólica. Elena sufría con ella. Rosina, noble y generosa, ahogaba sus dolores para dar consuelo y esperanza a sus amigas.

* * *

Melania no había venido porque se le habían presentado inconvenientes que no había podido vencer todavía.

Los días se sucedían unos tras otros y nada se sabía: ya iban a cumplirse cuatro meses de la partida de Julio y su padre. Deusdedit había escrito a un amigo a Curazao para averiguar si allá estaban los Brebantes.

Una tarde llegó a su casa frunciendo el ceño y con una carta en la mano. Elena le salió al encuentro y él arrojando la carta en la mesa, le dijo:

—Lee esa carta para que juzgues de la vileza e infamia de esos hombres.

Elena leyó la carta en alta voz: en ella le decían a Octavio que los Brebantes no estaban ni habían estado en Curazao.

—¡Dios mío! –dijo Elena–, no puedo convencerme de semejante cosa; y ¿qué dices tú, hija mía?

—Que todo puede ser verdad; pero yo espero a Julio porque... ¡madre mía…!, vendrá, yo sé que vendrá: yo llevo en mi cuello un fiador que no engaña nunca.

—Es verdad –repuso Elena–, él vendrá...

* * *

Una tarde llegó Alberto y, sentándose al lado de Rosina, le dijo dulcemente:

—¿Cómo estás, Rosina? ¿Te sientes ya mejor?

—Yo no he estado enferma, Alberto.

—Del cuerpo no, amiga mía; del alma sí... y gravemente.

—¿Cómo? Ni del cuerpo ni del alma, yo estoy perfectamente bien.

—¡Mentirosa!, empalideces, siempre estás triste.

—¡Te engañas! Jamás me he sentido mejor.

—¿Que me engaño? –dijo él, tomando la mano de Rosina y estrechándola con cariño–. ¡Oh, no!, tú no puedes engañarme: tú habrás podido desvanecer los sobresaltos de tu padre y los temores de Oliva: tú envolverás con tu continuo disimulo a toda la familia; pero a mí no, Rosina, porque yo leo en el fondo de tu alma.

—¿Por qué me dices eso? –replicó ella, retirando su mano y viéndole casi con miedo–. Yo no disimulo ni engaño a nadie.

—Ábreme tu corazón, Rosina, dime a quién amas: no me ocultes nada, sigue mi ejemplo, que todos mis secretos los guardo en tu pecho... –Y su mirada la fijó tan dulce y tiernamente en ella, que la pobre joven, turbada y temblorosa, bajó sus ojos y nada pudo contestar.

—¿Por qué no me contestas? –añadió Alberto–. ¿Por qué te turbas así?

—Alberto: yo no amo a nadie –dijo reponiéndose.

—Oliva me ha dicho lo contrario.

—¿Oliva? Ella se ha encaprichado en eso.

—Sí, tú amas, pobre amiga mía, como debieran amar todas las mujeres. ¡Si yo hubiera encontrado una mujer, que me amara como tú, yo no sería tan

desgraciado! ¿Por qué no te entregué mi corazón todo entero? ¡Ah! Rosina: si te hubiera amado no habría probado las amarguras que nos ofrecen las coquetas veleidosas.

—¿Qué dices, Alberto…?, ¿y tu Elvira?

—Elvira es una de esas mujeres que no saben sino jugar con el amor de los infelices que caen en sus manos. Hermosa, y con todos los atractivos de la juventud, posee el don de seducir, y cuando el desgraciado que cae en sus redes sueña con una vida de felicidad, lo arroja lejos de sí y toma otro sin darse ningún cuidado del dolor de aquel.

—¡Qué iniquidad! –dijo Rosina– ¡Pobre amigo mío!

—Tienes razón, debes compadecerme: esa mujer me ha hecho para siempre desgraciado.

—¿Para siempre, Alberto?

—Sí, Rosina. Esa mujer ha secado las bellas flores de mis ilusiones. Esa mujer ha agotado la fuente de mi amor. Esa mujer, en fin, ha evaporado por completo la esencia de mi pobre alma.

—¡Desgraciado Alberto…!

—Rosina, amiga mía, sigue siempre amando al ídolo de tu alma con ese profundo amor que se lee en tu mirada; ámalo, ámalo mucho; dichoso Alfonso, ¡cuánto envidio tu suerte!

—¿Alfonso? –dijo Rosina– ¡Pobre muchacho!, jamás me figuré que creyeras eso.

—De modo ¿que no es a él a quien amas?

—No –dijo Rosina–, yo no amo a nadie.

—Y si no es él... ¿quién es? Tu acento es el de la verdad, dímelo, para yo verte feliz...

—¿Feliz yo, Alberto…? Jamás.

—¿Por qué? Dímelo, amiga mía, yo lograré tu felicidad, sea cual sea el obstáculo que haya.

—Figúrate que amo a un imposible, ¿qué harías entonces?

—Buscar el modo de vencerlo: querer es casi poder.

—¡Ojalá! –dijo ella suspirando.

—Espera, amiga mía, espera, que yo soy un desgraciado y no quiero que tú lo seas.

—Y yo a mí vez buscaré tu dicha, Alberto.

CAPÍTULO VII

EL VIAJE Y EL REGRESO

CLAUDIO ENGAÑÓ de una manera completa a su hijo. Tomó billetes de embarque en un vapor que llevaba rumbo a Europa, sin pasar por Curazao.

Julio, incapaz de cometer una traición, no pensó un solo instante en que se la pudieran hacer a él. Además Claudio siempre había demostrado el mayor gusto en su enlace con Oliva, hasta enviarle su regalo de boda. Sin embargo, al día siguiente, cuando despertó, le causó sorpresa el rumbo que llevaban, le pareció que no se dirigían a aquella isla... Cuando uno se ve en alta mar, con el agua por cimiento y el firmamento por cubierta, el alma se dilata, comprendiendo entonces la gran obra del Hacedor. Julio contemplaba a Dios con éxtasis, y su padre vino a sacarlo de su abstracción, diciéndole:

—¡Qué grandioso espectáculo el que contemplas!

—Es verdad, padre mío; pero ¿por qué no hemos llegado? Yo creo que tenemos otro rumbo que no es el que conduce a la isla de Curazao.

—Puede que el vapor esté haciendo rumbo para pasar antes por otra Antilla; voy a preguntar.

Claudio bajó y se encerró en su camarote.

Julio esperándolo trabó conversación con otro pasajero y casi se olvidó que Claudio había ido a tomar informes. Cuando bajaba de cubierta se encontró con el capitán que subía.

—Capitán –le dijo en buen inglés–, ¿qué rumbo lleva usted?

—Voy a Bordeaux –respondió el capitán.

—¿Cómo, no pasáis por Curazao?

—No, joven, ese no es mi itinerario.

Julio se quedó atónito, y luego bajó con precipitación hasta llegar donde estaba su padre. Este había recobrado su aplomo y dijo a Julio con la mayor naturalidad:

—Hijo, ¿qué traes? Vienes desfigurado, ¿te sientes mal? Voy a llamar para que te traigan algo con qué pasar ese trastorno.

—¡Señor! –dijo Julio–, este vapor no va a Curazao, va para Bordeaux y me van a juzgar un villano.

—En verdad que es un buen paseo, hijo, pero no te agites; esto no será sino cuestión de días. Yo no tuve la previsión de preguntar si el vapor iba a aquella isla; creía que todos los vapores pasaban por ella.

—¡Dios mío! Cuánto me contraría esto; soy capaz de volverme loco.

—No te exasperes, esto será mejor, pues en Francia encontrarás todo lo más rico y bello que existe.

—Ya he dicho antes que desprecio las grandezas y vanidades de la vida.

—Esto, te repito, será cuestión de días.

Julio no contestó y se encerró en su camarote.

Luego que Julio se acostó, Claudio se levantó y buscó al capitán.

—¿Cuánto tiempo va usted a estar en Bordeaux?

—Solo horas: las necesarias para desembarcar el cargamento.

—¿Y a dónde se dirige al salir de allí?

—A la Suecia, señor, ¿por qué?

—¡Capitán!, ¿es usted padre?

—Sí, tengo seis hijos que hacen el encanto de mi vida.

—Yo no tengo más que a este que usted conoce.

—Gallardo mozo, por cierto.

—Pues bien, capitán, ha dado en la manía de tomar parte en las contiendas políticas de nuestra patria, y lo he traído con engaño para alejarlo de allí; él quería quedarse en Curazao, por lo que tomé pasaje en este vapor que sabía venía para Europa; ahora bien ¿cómo haré para que no desembarque y siga con usted a Suecia o Turquía o a la China? Lejos, muy lejos. Tengo oro, mucho oro, soy millonario. Ya ve usted, capitán, con el oro se consigue todo; invente un medio y pida usted cuánto quiera.

—¡Bien! –dijo el capitán–. Mañana llegamos al puerto: yo tendré cuidado de darle una copita de vino antes del almuerzo, luego él sentirá el mareo que no ha sentido todavía, y mientras lo pasa, hago el desembarque y partimos.

—¡Oh!, ¡gracias, capitán! He aquí una bolsa llena de onzas de oro.

La copita de vino hizo su efecto, y cuando Julio recobró su salud ya estaba lejos de Bordeaux, pero él no sabía que había estado allí. Al fin, después de algunos días de navegación, llegaron a la Suecia.

Julio no pudo dejar de admirar aquel bello país; pero cuando comprendió lo muy lejos que estaba de Venezuela se apoderó de él la desesperación.

—¡Señor! –dijo a su padre–, en el primer vapor que salga de aquí me embarco para mi patria.

—Hijo, esperemos un poco; me siento estropeado; déjame descansar unos días.

—Usted puede descansar cuanto tiempo quiera. Yo parto si es posible hoy mismo.

—¿Y serías capaz de abandonarme y dejarme solo en este país tan remoto?

—El honor me prescribe partir –dijo Julio con resolución.

—De modo que estás resuelto a dejarme –dijo Claudio, fijando en él sus ojos de una manera indescriptible.

—Sí –dijo Julio con laconismo.

—¿Es decir que la amas más a ella que a tu padre?

—A ella no, señor, a mi honor sí, porque él para mí es antes que todo.

Claudio lo contempló algunos momentos y luego le dijo con tristeza:

—Sí, tienes razón, el honor antes que todo, si yo hubiera amado más el honor que el oro, no sería tan desgraciado.

Julio lo vio sorprendido. Claudio añadió agitado:

—Julio, la pasión más ruin e infame que existe es la del amor al dinero. La avaricia es el cielo del alma y... yo...

Claudio no terminó, se cubrió la cara con las manos y prorrumpió en llanto...

—¡Padre mío!, ¿qué tenéis? –dijo Julio, rodeándolo con sus brazos–, ¿qué tenéis? Padre, no lloréis así.

Claudio lanzó un sollozo y su seno se alzó al impulso del dolor: por algunos instantes estuvo aquel grupo inmóvil y silencioso, hasta que Julio dijo:

—¿Padre mío, qué os agita?

—¡Julio! –dijo su padre, alzando la frente–. Si tú llegaras a oír que me acusaban, ¿me defenderías?

—¡Acusaros! –dijo Julio admirado– ¿y de qué?

—Escucha, hijo mío, y sigue mi consejo: no seas jamás ambicioso, avariento. Los que aman así el oro, pierden los nobles sentimientos del alma

y se materializan, sacrificando ante esa vil pasión la eterna dicha.

—Yo lo creo así; por eso es que pienso que de él nos basta lo necesario.

—Sí, es verdad. Tú eres tan desinteresado como ella, tú como ella también tienes un corazón grande y lleno de elevados sentimientos...

—¡Padre mío!, gracias por mi pobre madre; pero serénate...

—Consérvate siempre así, Julio mío, guarda incólume ese caudal de nobleza y honra, que es tu primer adorno.

—Pero, padre, ¿qué tienes?, jamás te había visto así, ábreme tu corazón; yo podré consolarte tal vez.

—Julio, obra siempre bien para que jamás venga a destrozar tu alma el remordimiento... como a mí...

—¡Remordimiento...!, ¿por qué? Desde que os recuerdo habéis vivido consagrado al trabajo con recta y honrada conducta. En vuestra vida doméstica habéis sido uno de los mejores esposos a pesar de la rudeza y vejez de Catalina. Como padre, para mí eres de los mejores: jamás me has dado un disgusto, ¿por qué, pues, tienes remordimientos?

—Julio, Julio mío, cuando llegues a descubrir la causa de ellos... tenme lástima y perdóname, pero no me desprecies jamás; y cuando alguno te diga que he sido un infame, un perverso, hazle presente que morí arrepentido; que el amor al oro y los acontecimientos que surgieron de esa infame pasión, me hicieron ser malo... dile que guardo y he guardado único y solo el amor que por algunos años fue la embriaguez, la dicha de mi vida, y que ese amor no ha podido extinguirlo ni la avarienta ambición que me cegó.

—¿Pero quién se atrevería a ofenderte?, ¿quién delante de mí que pudiera yo oírlo en calma...? Nadie: hombre, le arrancaría la lengua... ¡Mujer!, le daría la espalda con desprecio. Yo os lo ju...

—¡Calla!, ¡no jures, Julio! Calla, que tú no sabes lo que puede suceder. ¡Qué desgracia, Dios mío…! ¿Por qué conoció Julio a Oliva?

—¡Qué dices! ¿Os pesa mi enlace con ella?

—No, no me pesa. Oliva es digna de ti y he llegado a quererla como mi propia hija, pero...

—¿Pero, qué?, ¿sabes algo de su familia?

—No, nada; pero allí me amenazó un gran dolor, me vi en peligro de perder tu aprecio y aun tu afecto.

—¡Padre mío!, ¿temes que mi afecto a Oliva te arrebate el que te profeso a ti? ¿Puedes pensar que yo llegara a despreciarte? Serénate, cálmate, que

estás tan ofuscado que no sabes lo que dices.

—Es verdad –dijo Claudio, inclinándose abatido.

Pasado un rato, Julio se acercó a su padre, que estaba más sereno, y abrazándolo le dijo:

—Padre, partamos lo más breve posible. En París tomamos los muebles e inmediatamente seguimos a Venezuela a llenar nuestro deber: tú sabes lo satisfactorio que es cumplir lo prometido.

—Bien –dijo Claudio al cabo de algunos segundos–; partiré, haré cuanto tú quieras; pero con una condición, sin la cual me quedo aquí y partes tú solo.

—Cualquiera que sea será para mí aceptada.

—Bien, al llegar a La Guaira me quedo allí, tú irás a Caracas solo: yo no quiero volver allá; no me preguntes por qué.

—Está bien –dijo Julio.

En efecto, al siguiente día partieron; luego que se vieron en París, Claudio desplegó un lujo exagerado en la compra de los muebles y alfombras. Compró otros aderezos riquísimos y se los dio a Julio para Oliva. Luego que terminaron todas sus ocupaciones, partieron para La Guaira.

CAPÍTULO VIII

EL MANUSCRITO

LA CASA DE LOS DEUSDEDIT se había convertido en un centro de dolores: cada cual tenía su espina en el corazón.

Elena y Octavio estaban contrariados al ver la conducta de Julio. El Coronel los acompañaba, profiriendo sordas amenazas. Oliva, triste, pero tranquila, repetía siempre estas palabras:

—Julio vendrá.

Alberto estaba taciturno, y solo se le veía animado cuando tenía alguna conversación con Rosina; el desengaño que sufrió con Elvira parece que lo había herido de veras, pues ni aun salía a la calle. Rosina, luchando con su amor, era el ángel de consuelo de todos, pues todos venían a quejarse a ella. Aquella excelente criatura tenía para todos alguna dulce esperanza que darles; así fue que se había convertido en el ángel tutelar de la familia.

Una noche que se hallaban reunidos en el salón, sintieron pasos en el zaguán, luego en el corredor. Cuando fijaron la vista en la puerta de entrada, un grito se escapó de todas las bocas al ver a Julio aparecerse en ella. Este se arrojó en los brazos de Alberto, que de un salto se encontró a su lado.

—¿Y tu padre? –dijeron todos.

—Quedó en La Guaira arreglando sus negocios.

—¡Qué días tan largos! –dijo Oliva, dándole una dulce mirada.

—Vengo de Francia, del mismo París y he ido hasta Suecia.

—¿De veras? Diste un largo y lindo paseo.

—No. He ido a aquel lugar sin querer. Desde que salí de aquí no sentí mareo de ninguna especie, pero al llegar a Bordeaux me dio tan fuerte que no supe de mí: parece que allí hicieron en cortas horas el desembarque de lo que llevaban. El capitán que vio que seguíamos en nuestro camarote creyó que íbamos más adelante y nos llevó con él hasta Suecia.

—¡Qué chasco! –dijeron todos.

—Tuvimos que volvernos, y entonces dispuso mi padre comprar en París lo que necesitaba, y así lo hizo; pero ya estoy aquí.

Se dispuso hacer el matrimonio lo más pronto.

Lorenzo se entregó al arreglo de la casa con ahínco.

—Julio –le dijo–, ¿por qué se ha quedado Don Claudio?

—No sé; y creo que no vendrá ni al matrimonio; créeme, Lorenzo, temo mucho que se le haya debilitado el cerebro a mi pobre padre.

—No, niño, no, es que el mundo tiene historias...

—Pero qué historias, ni qué nada; de repente forma un viaje a Curazao y me hace acompañarlo. Toma un vapor y no se informa si va a aquella isla, y el tal vapor nos lleva hasta la Suecia. Una vez allí, al ver mi desesperación y que me iba a reembarcar, viniera o no viniera él, se pone como loco y me habla de remordimientos, y por último se viene con la condición de quedarse en La Guaira.

—¡Pobre Don Claudio, es tan porfiado...! Mira, Julio, compadécelo mucho, es más desgraciado que culpable.

—Pero culpable ¿de qué?

—De nada, Julio, de nada: déjalo allí tranquilo que al terminar tu boda me voy donde él a distraerlo.

Algunos días después de la vuelta de Julio, lo llamó Elena: él se sentó a su lado.

—Julio –dijo Elena–, en tu carta le dices a Oliva que el medallón que le enviaste era de tu madre, ¿sabes por casualidad cómo lo obtuvo ella?

—No, Elena; pero sí sé que fue mi madre quien lo puso en mi cuello; yo lo recuerdo como un sueño porque entonces era muy niño; pero mi padre me dijo que ella siempre lo llevaba puesto y que tal vez me lo puso por tener una efigie de Jesús.

—¡Dios mío! –dijo Elena–, ¿cómo averiguar eso?

—¿Quiere usted que le pregunte a mi padre?

—No, para qué; pero ese medallón, Julio, tiene escrito en el reverso una plegaria de mi madre que la escribió el día que lo puso en mi cuello.

—Ya me lo dijo Oliva y el día que me lo refirió le dijo que Dios había querido que volviera a su primitivo dueño, y por eso me inspiró el deseo de enviárselo.

—Así será –dijo Elena–, vuestra madre era Rosalía Peña, de Calabozo.

Elena se quedó pensativa y dijo para sí:

—Esperaré la contestación de Melania; ella me iluminará.

* * *

Grandes preparativos se hacían para el enlace de Julio y Oliva; esta preguntaba a Julio:

—¿Cuándo viene tu padre?

—Vendrá la víspera –decía este.

—Octavio –dijo Elena–, es preciso que hagas las invitaciones para dentro de ocho días, que será el enlace, definitivamente.

—Lo haré mañana; descuida en mí.

Esa tarde todo era alegría y contento en la casa de Deusdedit: acababan de traer el traje de Oliva, que era de lo más suntuoso; había sido traído de París y hecho casa de la mejor modista.

—Dime, Julio –le preguntaba Elena–, ¿fue tu padre el que compró esas telas?

—Oh, sí: él hubiera querido traerle a Oliva cuanto veía de lujoso y bello.

—Me extraña su tardanza y creo que dejará todo para venir, de otra manera habría un gran vacío el día de la boda; escríbele y dile esto que te manifiesto, a mi nombre.

—Así lo haré –dijo Julio.

Pero él sufría porque tenía la seguridad de que Claudio no vendría.

Al día siguiente un criado entró y entregó una carta a Elena, que palideció al verla porque era de Melania. Los dejó a todos entretenidos en su conversación y se encerró en su cuarto a leerla. La carta decía así:

Elena mía. Tu carta me ha conmovido de una manera inexplicable. ¿Tienes algún indicio? Estoy sobreexcitada, siento temor y esperanzas. ¿Por qué me dices, "dime a vuelta de correo, una marca, una seña, que me haga reconocer tu Agricio"? ¿Sería tan feliz que mis labios volvieran a posarse en su blanca y linda frente? ¿Juguetearán otra vez mis dedos con sus rubios rizos? ¿Estrecharé en mis brazos ese pedazo querido de mis entrañas? ¡Oh Elena! ¡Elena! No me hagas caer: no me vuelvas a hundir en la desesperación, después de hacerme concebir una ligera esperanza. Busca a mi hijo; que reciba de ti felicidad, como recibo yo consuelos en mis pesares, toda vez que a ti me dirijo.

¡Cuánto he sufrido, Dios mío! Ten misericordia de mí y vuélveme mi Agricio.

Tú debes recordad el lunar rojo que tanto te gustaba, cuando éramos niñas, que yo tenía en el pecho; igual a ese y en el mismo lugar más o menos tiene él uno. Además, en el brazo derecho tiene un lunar oscuro en forma de almendra. Ese lo tiene su padre en el mismo lugar. Es blanco, rubio y de ojos azules, como yo; era bello, bellísimo.

Búscalo, inquiere y espérame dentro de dos días a más tardar, que será que salgo de aquí, después de esta carta.

Si no lo ha perdido, Agricio debe poseer el medallón que tú pusiste en mi cuello al separarnos en el colegio, con la efigie de Jesús Nazareno.

La víspera del día que lo arrebataron de mis brazos, en mi angustioso dolor, lo senté en mis rodillas, y cubriéndolo de besos me quité el medallón y lo puse en su cuello, rogándole a Jesús que me lo amparase.

Busca, y espera dentro de dos días a tu desgraciada amiga.

Melania Bonaza

Elena dobló la carta casi convencida de que Julio era el hijo de Melania.

—Lo mandaré a llamar para ver si me he engañado.

En ese momento entró Octavio.

—Elena, ya dejé arreglados los encargos de repostería: pedí en abundancia y de lo más exquisito.

—Octavio, yo creo que este enlace debe demorarse algo más: así, pues, no hagas invitaciones y avísale al repostero que suspenda el encargo.

—¿Y esto por qué?, ¿tiene Julio algún inconveniente?

—Julio no, soy yo la que quiero demorarlo. Yo sé que él cederá.

—¿Y por qué ese capricho, Elena? Eso es un disparate.

—No son caprichos, Octavio.

—Pues yo no acepto –dijo Octavio, algo exasperado–, y tú no debes dar ese paso.

—¡Octavio, por Dios!

—No, y no –dijo saliendo y dejando a Elena sola.

Elena corrió a la mesa, sacó papel y escribió a Julio lo siguiente:

"Julio. Me urge hablar contigo a solas. Ven ahora mismo, que te espero en mi habitación, donde entrarás directamente. Tu amiga, Elena."

Mandó la carta y esperó ansiosa.

Julio llegó y tendiéndole la mano dijo a Elena:

—Me habéis llamado, ¿qué queréis, madre mía?

—Ven, siéntate aquí a mi lado y ayúdame en lo que quiero y debo hacer.

—Mandad que seréis obedecida.

—Julio, tú me has dicho que el medallón que diste a Oliva te lo puso tu madre en el cuello.

—Sí, Elena, ella fue. ¡Pobre madre mía!

—Dime –añadió Elena–, ¿tú la recuerdas? Si la vieras, ¿la reconocerías?

—No sé, solo recuerdo que era blanca y de ojos azules la mujer que me sentó en sus rodillas y me puso el medallón, diciendo palabras que no comprendí.

—Julio –dijo Elena con agitación–: tú tienes dos lunares, uno rojo en el pecho y otro oscuro en el brazo en forma de almendra: el primero lo tenía tu madre.

—Sí, mi padre me lo ha dicho.

—El segundo lo tiene tu padre en el mismo lugar.

—Sí –dijo Julio–; pero ¿cómo lo sabe usted? Usted está agitada, conmovida, ¿qué tiene usted?

—Julio, hijo mío, déjame ver tus dos lunares: quiero cerciorarme por mis propios ojos.

Julio se quitó la levita y enseñó a Elena el lunar rojo; esta al verlo dio un grito diciendo:

—Sí, tú eres Agricio. ¡Gracias, Dios mío! Julio, querido Julio.

Este levantó la manga y presentó el otro lunar, todo turbado, al ver a Elena conmovida.

—Una almendra, sí, aquí mismo lo tiene tu padre. ¡Cuánta dicha, Dios mío!

—Pero, Elena, sáqueme de esta angustia y dígame lo que hay, por Dios.

—Ay –dijo Elena estrechándolo en sus brazos–, ¡ay, hijo mío! Has encontrado a tu madre…

—¡Mi madre! –dijo Julio, pálido y temblando–, ¡mi madre!, ¿dónde está?

—Tu madre llegará mañana.

—¡Mañana!, y ¿de dónde viene?, ¿cómo la ha encontrado usted…? Mi padre dice que murió.

—Ese hombre miente, tu madre vive sumida en el dolor a que tu padre la condenó: toma y lee este manuscrito –dijo sacándolo del cofre–, está escrito para ti y él te hará conocer quién es tu madre.

El manuscrito decía en el sobre:

“Para mi adorado hijo Agricio Coenta”.

“Para él solamente”.

—Esto no es para mí, Elena, yo no soy Agricio Coenta.

—Agricio eres tú, Julio, y mañana cuando la veas recordarás la mujer del medallón.

—¿Por qué no me dijo usted, Elena, que conocía a mi madre?, ¿cómo pudo usted encontrarla?, ¿fue aquí o en Calabozo?

—Tu madre, Julio, es barquisimetana, tu madre es Melania Bonaza.

—¡Esa no es mi madre... mi madre fue Rosalía Peña!

—¡Hijo!, te ha engañado ese hombre. Rosalía Peña no ha existido nunca.

—¿Qué no es mi madre? ¡Imposible! ¿Quién lo va a saber mejor que mi padre?

—Tu padre –dijo Elena, con ironía–, ¡tu padre! ¡Pobre Julio!, lee ese manuscrito para que lo conozcas bien; pero antes lee aquí esta carta de tu madre.

Julio leyó la carta que acababa de traerle Elena, y rompió a llorar como un niño y exclamó besándola:

—¡Madre!, ¡madre mía! ¿Con que Melania es mi madre? Sí, ella es blanca, tiene los ojos azules. ¡Dios mío!, me vuelvo loco –y salió llevándose el manuscrito.

—¡Julio! –exclamó Oliva viéndolo salir.

Él no la oyó ni aun la vio.

Cuando llegó a su casa se encerró en su cuarto y leyó lo que sigue.

CAPÍTULO IX. MANUSCRITO DE MELANIA

QUERIDO HIJO DE MI ALMA:

No sé si algún día leerás este manuscrito hecho para ti, pero mi fe en la Providencia me hace esperar que llegará a tus manos aunque yo haya bajado a la tumba.

Lo que vas a leer es puramente una desgracia que podrá más tarde servirte de lección.

Que esta relación tristísima te enseñe a marchar recta y francamente por la senda del deber, no abusando jamás del amor de una mujer, porque es un holocausto demasiado sangriento para esperar el perdón de Dios.

Mi padre era natural de Barquisimeto y se llamaba Andrés Bonaza; era bastante rico y se casó con mi madre por amor, porque su fortuna era menos que mediana.

De esa unión vine yo al mundo para ser el encanto de su vida. Desearon darme una buena educación y determinaron fuera a recibirla en un colegio que dirigían en Caracas unas señoras españolas.

El día de la separación de mis padres lloré mucho y quedé en el colegio sumamente triste. Una niña de mi edad, interna también, le inspiré cariño y compasión y se unió a mí con la más fraternal amistad. Yo le di mi alma toda entera y fuimos inseparables.

En dos vacaciones me llevó mi padre a ver a mi madre y me volvía a traer.

Cuatro años hacía que estaba en el colegio cuando recibí una carta por el mes de marzo, en que mi padre me anunciaba que procurara terminar mis estudios porque en diciembre me llevaba para no volver más.

Elena, mi amiga, y yo lloramos mucho al pensar que nos íbamos a separar para siempre y nos hacíamos mil protestas. Éramos de una edad: teníamos catorce años.

Una mañana del mes de septiembre, estábamos las dos estudiando, cuando vinieron a decirme que mi padre estaba allí; corrí loca de alegría y

me colgué de su cuello, diciendo:

—¡Padre mío!, ¿y mi madre?

—Hija mía –me dijo conmovido–, vengo por ti, tu madre está enferma y debemos partir lo más pronto: ve a arreglar tus cosas.

Mi ansiedad era horrible; me parecía que no encontraba viva a mi madre. Elena lloraba conmigo ayudándome a componer mis baúles.

Al siguiente día me despedí de todas y ya al ir a montar a caballo me arrojé en los brazos de Elena desecha en llanto. Ella me estrechó contra su corazón, cubriéndome de besos y arrancándose un medallón que en una cadena de oro llevaba siempre en su cuello con la efigie de Jesús Nazareno, lo puso en el mío diciéndome: "Este será tu guardián y tu consuelo".

Nos separamos y no la he vuelto a ver más.

Llegamos a Barquisimeto; me es imposible describirte lo que sentí cuando vi a mi pobre madre. Era dolor, sorpresa, desesperación. Aquella mujer, que yo dejé tan bella, tan lozana, tan llena de vida, era solo una sombra, era solo un esqueleto animado; la tisis la devoraba.

Lancé un grito y la estreché en mis brazos, ansiosa, desesperada. ¡Pobre madre mía! Comprendiendo ella mi dolor trató de darme consuelo con ese valor, o más bien estoicismo que trae esa enfermedad cuando pierde la esperanza el que la sufre.

Mi presencia la reanimó un poco algún tiempo; pero el mal seguía su obra de destrucción y al fin murió dejándome sumida en el más acerbo dolor.

Una anciana señora, pariente de mi madre, vino a hacerme compañía; se llamaba Marcela. A su lado pasé tres años, triste por la pérdida de mi madre, pero tranquila y aun feliz. Mi padre se desvivía por mí, quería hacer las veces de padre y madre a la vez.

De repente lo noté triste, meditabundo. Esto me inquietó mucho, y cuando le preguntaba qué le afligía huía de mí. Un día que lo noté más triste que otras veces, rodeé su cuello con mis brazos y le dije con ternura:

—Padre mío, ¿qué tienes? Ábreme tu corazón, puedo ya aconsejarte, voy a cumplir diecisiete años.

Él me vio con ternura, y besando mi frente me dijo enternecido:

—Melania, ¿te ofenderías si te dijera que quiero casarme?

Yo me desprendí de sus brazos palideciendo: sentí una punzada aguda en el corazón y le dije con doloroso acento:

—¡Qué pronto olvidaste a mamá!

—Hija querida –me dijo mi padre–, ¡qué injusto es tu reproche!

—¿Y no es verdad que la arrojas de tu corazón?

—Eso no, jamás –me contestó.

—¿Pues no quieres ya casarte con otra?

—A tu madre no la puedo olvidar, me casé con ella loco de amor.

—No mucho, papá, cuando te vuelves a casar.

—Con esta me caso por conveniencia, tú necesitas una señora que te sirva de madre.

—¿Y no me cuida bien Marcela?

—Sí; pero no es lo mismo.

Yo bajé mis ojos y me separé de mi padre afligida y disgustada.

Pasaron algunos días: yo huía de él para que no volviera a hablarme de su matrimonio. Un día oí que daba órdenes para hacer reparaciones en la casa y lo oí hablar de componer la alcoba donde estaban los muebles que fueron de mi madre.

Aquello me hizo sufrir mucho; pero disimulando el dolor que sentía, le pedí permiso para llevar a una de las piezas que me estaban destinadas, todo lo que había sido de mi madre.

—Hija mía –me contestó–, todo lo que tú hagas en esta casa está bien hecho.

Al siguiente día, todo lo que perteneció a mi madre fue puesto en la pieza que yo designé y cubiertos con un paño negro que hice al efecto.

Poco tiempo después se casó mi padre. Su mujer era una joven pobre, pero muy vanidosa. Desde el momento en que entró en la casa, dispuso de todo con absolutismo. Era joven, algo bonita, coqueta y melindrosa. Mi padre se dejó dominar con sus dengues y coqueterías.

Ella, conociendo que mi padre había llegado a ser su esclavo, se convirtió en el tirano más déspota con todos los que estaban en la casa.

Marcela tuvo a bien irse a Cabudare, porque quería evitar desagrados. Solo a mí me había respetado porque conocía el grande afecto que me tenía mi padre. Un día entró en mi habitación y pasó a mi pieza en que tenía los muebles de mi madre.

—Melania –me dijo–, ¿para qué tienes ahí esos muebles viejos?

—Ellos, señora, son por mí tan venerados, como Dios.

—Pero ¡qué locura, inutilizar una pieza con tantos efectos tapados con esos lienzos negros!

—Esta pieza, señora, guarda lo que fue de mi madre; así es que no está inutilizada... por el contrario, esta pieza es mi santuario.

—¡Qué santuario! –dijo riendo con sardónica burla–. Vamos a verlos –y tirando el paño que los cubría, dio rienda suelta a su irónica hilaridad.

—¡Señora! –le dije cogiendo el paño y cubriéndolos de nuevo–, respetad esto que me pertenece, porque fue de mi madre; una excelente esposa a quien mi padre amó con delirio. Mis palabras hirieron hondamente a aquella mujer orgullosa, porque se puso lívida de cólera.

—¡Qué ocurrencia tan buena!, guardar con tanta veneración las cosas de esa muerta, sin considerar que eso me indispone, me da asco.

—No entréis a mi habitación para que no tengáis ese desagrado.

—¿Que no entre? –dijo, dejando estallar la cólera que la devoraba–. ¿Con que porque tú, muñeca atrevida, lo quieres, he de privarme de entrar y salir donde guste como señora que soy de esta casa? Ahora mismo van a ser llevados estos efectos a las caballerizas.

—¡Señora! –le dije–, no será así, estas piezas me pertenecen y los muebles de mi madre serán respetados en ellas.

—En esta casa soy la señora, te repito, y todo lo que esté en ella está bajo mis órdenes, conformándose todos con lo que yo disponga.

—Cuando usted entró en ella, esta casa era mía, es usted la que se ha metido en ella y la que debe conformarse con lo que tiene. Lo que me pertenece desde la cuna es mío.

—Ya verás –me dijo.

Llamó a unos sirvientes y les mandó sacar los muebles. Yo corrí en busca de mi padre y lo hice venir.

—Cándida –le dijo mi padre–, deja a esa pobre niña, déjale sus cosas como están: es un capricho que en nada te ofende.

Ella quiso insistir; pero mi padre le dijo que en eso no podía ceder.

Aquel episodio trajo mi desgracia: mi madrastra me guardó irreconciliable rencor. Aquella mujer estudiaba todo lo que podía hacerme sufrir. Hizo que mi padre me negase las caricias a que estaba acostumbrada; aquello me abatió mucho: mi solo consuelo era llorar con Marcela cuando la veía.

Una tarde estaba en la ventana, cuando noté un joven que pasó varias veces viéndome de una manera que me hizo estremecer; quise desviar la

vista; pero una fuerza para mí desconocida detuvo mi mirada y pude ver que era bello y elegante.

Desde entonces iba todas las tardes a la ventana, pensando en él, y siempre lo veía; pero al encontrarse nuestras miradas me sentía contenta y asustada. Estos recuerdos minuciosos tienen para mí un encanto doloroso. En una de esas tardes sentí un gran sobresalto al verlo pararse en la ventana.

—Tomad, señorita –me dijo, presentándome una carta.

Yo no me atreví a cogerla y me puse densamente pálida.

—Por piedad –añadió, poniendo la carta en la ventana–, contestadme –y se alejó en seguida.

Yo cogí la carta, la oculté en mi seno y me fui a mi habitación; allí la leí: en ella, después de declararme su amor, añadía:

Caiga el rayo sobre mi cabeza; pero no puedo dejar de deciros cuanto os amo... Sí, adorada Melania, siento que mi cabeza, que mi corazón, que mi sangre, que mi existencia toda arde de amor insensato. Yo pagaría con mi vida una hora de felicidad a tu lado, oyendo de tu boca palabras de amor. Mi cerebro es un volcán: mi corazón late con tal fuerza como si quisiera romper su prisión para volar hacia ti.

Yo sé que tú me amas: lo leo en tu mirada, en tu agitación cuando me ves, en todo.

Ofréceme, adorada Melania, una hora de dicha y te deberé más que la vida; déjame oír tu voz, déjame saborear, ebrio de felicidad, tus protestas de amor: no me niegues esto, amada mía, ten compasión del desgraciado

Agricio Coenta

* * *

No sé lo que pasó por mí: sin darme cuenta de lo que hacía llevé la carta a mis labios y murmuré un beso.

Tomé la pluma y escribí a Coenta: le decía que esa entrevista no podía tenerla sin que me autorizase mi padre: que hablara con él.

Al siguiente día llamaron a la puerta y vi por una de las ventanas de mi habitación que era Coenta. Susto, agitación, miedo, alegría, todas esas emociones luchaban en mi alma; no podía estarme quieta: sentía una cosa horrible.

Media hora después entró mi padre en mi habitación: creo que muchas veces varié de color, me parecía que mi amor era un crimen. Mi padre se

sentó a mi lado sonriendo y me dijo con dulzura:

—Hija, tú debes saberlo; acaba de salir de aquí un joven llamado Agricio Coenta que me pide tu mano. Me presentó una carta tuya, por lo que he conocido que le amas; pero le impones el deber de hablar con tu padre para poder conferenciar con él: has obrado bien, hija mía, y te doy las gracias porque conozco que comprendes tus deberes; pero dime: ¿lo amas mucho?, ¿deseas casarte con él?

Yo me turbé, no supe qué decir, pero murmuré un sí.

Él pasó su mano por mi barba, y me dijo:

—Si ese joven es honrado y trabajador, aunque sea pobre, puede hacerte feliz si te ama. Soy bastante rico.

Yo me arrojé en sus brazos y besé sus mejillas. Él besó mi frente y me estrechó contra su pecho con ternura.

Quedé sumamente contenta; tomé la pluma y escribí a Coenta estas palabras: "Podemos ser felices, espero mucho de mi padre. Melania".

En la tarde lo esperé en la ventana y le di el billetito. Quiso entablar conversación; pero no me pareció prudente y lo cité para la mañana siguiente que lo esperaría en la ventana, cuando mi padre y su mujer estuvieran en misa. Así lo hicimos, y desde ese día yo ponía todos los medios para tener nuestras conferencias.

Pasaron algunos días y yo aprovechaba todas las ocasiones en que podía hablar con él. Mi pasión por Coenta tomaba grandes dimensiones, mi alma tierna y amorosa necesitaba amor y Coenta me lo ofrecía con creces. Mi madrastra llegó a apercibirse del estado de mi corazón, y aquella mujer sin alma quiso hacerme beber el cáliz de la amargura hasta sus heces: a ella le debo todo el acíbar que gota a gota ha pasado y pasa por mis labios. Y sin embargo, murió en mis brazos perdonada por mí.

Buscó quien diera a mi padre malos informes de Coenta y trabajó tanto para hacerme infeliz, que al fin logró que este se opusiera a mi enlace. Sufrí mucho y ese mismo sufrimiento exasperó mi amor. Ponía todos los medios posibles para privarme que lo viera y hablara con él; pero yo a hurtadillas buscaba las ocasiones y siempre nos veíamos: ella comprendió que burlábamos su vigilancia y dio la queja a mi padre de que yo tenía siempre citas con mi amante. Mi padre se irritó y dio plenos poderes a Cándida para que me gobernase y vigilase, y a mí me ordenó obedecerla ciegamente, so pena de su enojo.

Cuando mi madrastra oyó dar estas órdenes terminantes, brilló en su rostro la más satánica alegría, mientras que yo me estremecía temblando, comprendiendo lo que iba a sufrir. Y sin embargo Coenta y yo nos escribíamos y aun nos veíamos. Una tarde que ella estaba en la ventana lo vio pasar y fui el blanco de sus brutales ultrajes, solo por eso, tratándome casi como a su esclava; yo estaba asombrada y llegué a tenerle miedo por amor a Coenta.

Dejé de verlo muchos días y le escribí rogándole que no pasara, y le refería algunos de los muchos sufrimientos que tenía. Me contestó pintándome el amor más desesperado y loco y me proponía saliera furtivamente a casarme con él. Entonces, me decía, ya casados, tu padre tendrá que conformarse y habremos castigado a esa infame mujer, que se desesperaría al ver que no logró su objeto.

Sus pinturas eran lisonjeras, pero me dieron miedo y resistí a sus ruegos.

Mi madrastra había anunciado a mi padre que iba a ser madre. Mi padre se llenó de alegría y desde ese instante fue esclavo de sus caprichos: no le negaba nada y estaba pendiente de sus deseos para satisfacerlos.

Hacía días que no podía escribirle a Coenta, porque aquella mujer era mi sombra. Él me escribió una larga carta proponiéndome de nuevo salir a casarnos furtivamente y hasta me decía que se iba de Barquisimeto a buscar la muerte, y que si no cedía me decía adiós para siempre.

Cándida me sorprendió leyendo la carta y quiso arrebatármela; yo corrí y encerrándome en una pieza la quemé; me fui a mi habitación exasperada de tanto sufrir, pero sin resolverme a dar el paso que me proponía Coenta. Meditaba sobre la tristeza de mi suerte, pensando en mi madre, cuando vi entrar a Cándida seguida de dos hombres.

—¿Qué queréis? –le dije casi asustada.

No me contestó nada y arrancando el paño que cubría los muebles de mi madre, dijo con imperio:

—Llevad, llevad todo eso a un muladar.

Di un grito y quise oponerme; pero ella me rechazó con fuerza.

Loca, desesperada, corrí adonde estaba mi padre y le dije anegada en llanto.

—¡Padre mío!, corred, id, oponeos, Cándida va a arrojar lo que fue de mi madre a un muladar.

—Tú misma lo has querido –me dijo fríamente.

—Padre, recuerda que con ella te casaste, loco de amor.

—Eres incorregible y deben castigarte.

—¡Pobre madre mía! –dije llorando.

—Sigues escribiendo y recibiendo cartas de ese joven y ella te impone eso como castigo a tu desobediencia.

—¡Ella! –dije herida en mi orgullo y secando mi llanto–.

—¡Ella!, ¿quién es ella?

—¡Cándida, tu segunda madre!

—¡Esa mujer, mi segunda madre! Mi madre, señor, era un ángel a quien tenéis la cruel debilidad de dejar ultrajar después de su muerte, por una mujer infame...

Cuando llegué a mi habitación ya aquellos hombres y los criados habían sacado cuanto era de mi pobre madre; ya aquella mujer hiena había saciado sus venganzas en los recuerdos de un cadáver. Lívida, desencajada y enjuta el alma, los dejé concluir en mi presencia su obra de crueldad. Cuando quedé sola tomé la pluma y agitada y convulsa escribí a Coenta estas palabras: "Parto si te casas conmigo esta misma noche; si no lo haces así, yo sé lo que debo hacer, porque estoy resuelta a ser tu esposa hoy o nunca. Melania".

Luego que le envié mi escrito, hice un paquete de las prendas de mi madre y mías, recogí el dinero que tenía y esperé agitada.

Llegó por fin la noche fatal... aquella noche en que Coenta me doblegó para siempre bajo su poder... ¡Oh!, hasta mi último suspiro recordaré cada minuto de aquella hora señalada como un crimen de mi vida... Barquisimeto dormía: las tinieblas envolvían la ciudad; girones de negras nubes se enganchaban unas tras otras y cubrían el azul del cielo... una niebla fría caía menudamente y hacía sentir una atmósfera helada. Salí furtivamente por la puerta de campo. Coenta me esperaba: tomó mi mano y anduvimos algunos pasos. Al volver la esquina me hizo montar a caballo.

—¿Coenta –le dije–, tienes todo dispuesto para el matrimonio?

—Sí –me contestó, trémulo, temblando–, ahora mismo se hará.

Partimos; después de andar como dos horas llegamos a un pueblecito. Coenta se desmontó y llamó en una casa. Un hombre vino a abrir y entramos.

—Juan –dijo Coenta–, arréglalo todo y avisa al sacerdote. Pocos minutos después me hizo entrar en una pieza: en ella estaba levantado un altar iluminado. Yo caí de rodillas y oré con fervor.

Cuando sentí pasos alcé la vista y vi un sacerdote y dos caballeros que entraban.

—Melania –me dijo Coenta tomando mi mano–: ven a ser mi esposa.

Yo me dejé llevar, confusa, temblorosa y contesté instintivamente a las preguntas que me hacía el venerable sacerdote. Luego que terminaron las ceremonias se despidieron de nosotros y quedé sola con Coenta. Mi suerte estaba fijada.

A la mañana siguiente se volvió a Barquisimeto: yo le rogué que le escribiera a mi padre; él me ofreció hacerlo así. A la hora de costumbre estaba entregado a sus ocupaciones, así fue que no pudieron probarle que había sido mi raptor: disimuló tan bien, supe después, que hasta aparentó que hacía pesquisas para encontrarme. Mi padre al verlo siempre allí lo creyó inocente, y solo a mí me creyó culpable.

Y sin embargo, aquel disimulo me trajo un bien: mi padre al ver que todo lo había dejado, temió que hubiese atentado contra mi vida;… pero Coenta le hizo saber por segunda persona que me habían visto ir hacia Carabobo a caballo.

Habían pasado ocho meses de mi enlace con él: en ese tiempo había escrito a mi padre varias cartas rogándole que me perdonara haberme casado así. Yo se las daba a Coenta para que se las enviase.

—Melania –me dijo un día–, no escribas más a tu padre: tus dos últimas cartas las ha devuelto sin abrirlas, ese hombre no tiene corazón.

Yo incliné la frente abatida y lloré mucho.

—Habrá dejado de amarme –dije– para querer a su otro hijo.

—¿Tiene otro hijo? –me dijo sorprendido.

—Sí, de Cándida, y con el amor de él le bastará.

—Eso quiere decir que tu herencia se va a reducir a la mitad.

—¿Y qué hago yo con el dinero? Me basta tu amor –e inclinando mi frente la apoyé en su pecho.

Él rodeó mi cintura con su brazo y dijo:

—Pobre Melania mía, eres muy desgraciada.

—¡Eso no, Agricio mío!, yo hoy soy más feliz que nunca, tú me amas, soy tu esposa y –añadí bajando la voz– soy madre.

Coenta lanzó un grito y me estrechó contra su corazón, con el rostro inundado de alegría.

—¡Melania, Melania mía!, ¡qué felicidad tener un hijo para darle todo nuestro cariño!

Yo lo contemplaba sonriente: de repente, su frente se nubló y dejó caer los brazos con que me acariciaba.

—¿Qué tienes? –le dije, asustada.

—¡Qué doloroso es tener hijos y ser pobres!

—¡Agricio mío!, ¿crees que los pobres no son felices con sus hijos? No, no digas eso, yo estoy contenta porque él me unirá más a ti, aunque pobre.

—Es verdad –me dijo, besándome en la frente–, pero cuídate mucho, cuídate por él y por ti.

Yo había nacido para los sueños y los goces tranquilos; así es que mi vida se deslizaba dulcemente amando a Coenta y cuidando de mi hijo, a quien pusimos Agricio Julio porque nació en ese día y Agricio por su padre. Habían pasado tres años, tranquilos y felices, sin más pena que el recuerdo de mi padre, que me decía Coenta que por nada quería verme.

Los acontecimientos políticos trajeron la desgracia que Coenta perdiera la colocación que tenía. Esa fue mi fatalidad. Cuando se vio sin recursos y con familia, se desesperó; yo le animaba y hacía los más supremos esfuerzos para que no conociera mis ahogos.

Cosía, cortaba y ganaba algo, y así íbamos pasando la vida. Un día llegó y me dijo:

—Melania, yo no puedo consentir que tú te mates trabajando para los tres. Me voy con un amigo en busca de fortuna: no te aflijas que procuraré volver pronto.

Lloré mucho; pero tuve que resignarme y quedé sola con mi Agricio en los brazos. A los tres o cuatro meses volvió y me trajo algún dinero. Su llegada me llenó de felicidad, pero muy pronto la vi amalgamada con la idea de que encontraba el cariño de Coenta, para conmigo, frío, casi forzado; se conocía que algo lo preocupaba, y al fin llegué a convencerme que su sola pasión, su solo pensamiento, su solo amor, era el dinero.

Un día que fue a Barquisimeto llegó de bastante mal humor, y viendo que yo nada le decía, sino que me deleitaba con las gracias de mi hijo, me dijo de repente:

—¿Sabes?, tienes tres hermanos, tu madrastra se ha desgajado en hijos.

—Poco me importa –le contesté.

—A mí sí me importa, porque de eso resulta que apenas recogerás, al morir tu padre, algunos miles de pesos.

—Si esos miles de pesos los he de recoger a costa de la vida de mi padre, no los quiero.

—¿De modo que tú no ambicionas tener dinero?

—No –le dije–, vivo feliz contigo y mi hijo, sin más que lo muy necesario.

Desde ese día comprendí que Dios no quiso fuese yo más feliz. Nada faltó a las pruebas que he sufrido: apuré la hez que el Ser Supremo oculta en el fondo de la dorada copa de la existencia: he sufrido tanto en este mundo que creo debo esperar mucho en el otro.

Estoy bañando con amargas lágrimas cada línea de esta fatal historia, y sin embargo no oso detenerme en mi relación. Es una última mirada dirigida sobre ese pasado muerto para mí, al que mi vida no está unida sino por el dolor. ¡Felices aquellos para quienes el pasado tiene recuerdos gratos que hacen la alegría de sus nuevos días!

Su despego y aun aspereza, desde esa época me hizo sufrir mucho; llorando le di quejas por su proceder; pero cada palabra mía fue contestada con duras frases.

Yo probé todos los medios imaginables para recuperar su cariño, y al fin me convencí que si él había sido conmigo amante fue con la esperanza de tomar la fortuna de mi padre. ¡Cuánto sufrí, Dios mío!

Al fin volvió a partir: me dejó algún dinero pero ese no era bastante para vivir dieciocho meses que estuvo ausente: tuve que trabajar mucho para mantenerme con mi hijo. Nada me escribía y nada sabía de su residencia; era una ansiedad grande en la que vivía.

Una tarde que tenía a mi hijo en las rodillas y bañaba con mi llanto sus rubios cabellos, sentí el paso de un caballo, me paré agitada y pocos instantes después estaba en los brazos de Coenta.

Me dijo que venía a estar cortos días y que tenía que volverse: llena de felicidad vi pasar diez días sin sentirlos. ¡Cuánto amaba yo a Coenta! Ya en vísperas de partir me dijo:

—Melania, dentro de algún tiempo me llevo a Agricio para educarlo.

—Supongo que nos llevarás a los dos –le dije.

—No, imposible, solo me llevo al niño.

—¿Sin mí…? Jamás –le dije con resolución.

—Eso lo veremos –me contestó y salió.

Desde ese momento tuvimos varias disputas los días que permaneció a mi lado. Él quería imponérseme y yo resistía. Era una crueldad arrebatarme a mi hijo.

Al fin llegamos a ser dos enemigos que luchábamos por nuestro hijo. Él se convirtió en un Nerón para conmigo y llegué a convencerme que le era molesta y que solo el amor de Agricio lo hacía venir.

No hay prueba más dura, dolor más punzante para una mujer, que ver al hombre a quien ama, aquel que debiera ser su protector y sostén, convertirse en su enemigo y su verdugo. ¡Oh!, encontrar el odio en los ojos que nos han mirado tantas veces con amor; oír amenazas y ultrajes de la boca que besaba la nuestra y que entonces solo murmuraba palabras de fuego y promesas de felicidad eterna… ¡Sí, esos sufrimientos hacen que el corazón de la mujer se haga insensible, se petrifique…! ¡Ver la cara del hombre que se ama desfigurada por la cólera…! ¡Verlo rencoroso y dañino…! ¡Oh!, eso basta para terminar la vida moral de la mujer…

En cuanto a mi memoria tiene prisa de divorciarse por medio de una despedida solemne con ese horrible drama de que he sido heroína; pero mientras más me acerco a su triste desenlace, tanto más siento helarse mi valor; pero no retrocederé en el desempeño de mi tarea.

Por otra parte, a fuerza de reavivar el fuego de la llaga de mi corazón, espero gastar los recuerdos del pasado; y cuando todo sea cenizas, entonces olvidaré.

Pasó un año, un año que nada supe de Coenta. Mi hijo Agricio tenía ya cinco años; una tarde llegó un hombre y me entregó una carta y un paquete de dinero; era de él, y decía así:

Melania. Dentro de poco pienso ir a buscar a mi querido hijo. ¡Cuánto le amo! ¡No puedo estar sin él! Yo he sufrido mucho por no verle siempre y este sufrimiento debe cesar.

Por amor a mi querido hijo, y para que mi Agricio sea rico, sumamente rico, he hecho el sacrificio más grande que pueda hacer un joven como yo; pero en recompensa lo veré más tarde poseedor de una colosal fortuna. Mi sacrificio está consumado y creo que tú debes consumar el tuyo consintiendo en darme mi hijo.

No creas que no te amo; no. Melania, tú has sido y serás mi solo amor en la tierra; pero no puedo someterme a ser pobre. No puedo. La confesión

que voy a hacerte te hará sufrir mucho, lo comprendo; pero creo que al estar en conocimiento de los hechos harás ese sacrificio por amor a él.

El día en que me mandaste tu carta consintiendo en huir conmigo me decías: "Esta noche o nunca". Comprendí lo que estabas sufriendo y determiné sacarte de allí con la mejor intención de unirme a ti; pero no podía en tan cortas horas hacer las diligencias necesarias para nuestro legítimo enlace, y yo con un joven que se vino conmigo de Caracas, dispusimos hacer, para tranquilizarte, una farsa de matrimonio con la intención de realizarlo más adelante. Lorenzo supo hacer de sacerdote perfectamente bien: dos transeúntes pagados hicieron de testigos.

Sé que vas a tacharme de criminal, de desleal e infame: todo es verdad; pero eso no quita que nuestro pobre hijo sea bastardo.

Sé lo que vas a sufrir, pobre y desgraciada Melania; pero ten valor y resígnate a las consecuencias de tu violencia. La mujer debe pensar mucho para dar un paso en el camino de la debilidad. Si tú no lo hubieras dado no tendrías que pasar por tan dura prueba; pero es preciso que te sometas a ella.

A mí me es imposible unir mi suerte a la tuya por medio del matrimonio, porque, visto los muchos hijos que va teniendo tu padre, he comprendido que mi hijo recogerá de ti una fortuna muy mediana, y para que él llegue a ser rico, por amor a él me he sacrificado casándome con una anciana millonaria. Confórmate.

Demás está suplicarte que te dispongas a entregarme buenamente a mi Agricio, porque de lo contrario me valdré de cuantos medios sean necesarios para obtenerlo, porque estoy resuelto que venga a mi lado.

Te envío un paquete con quinientos pesos: vive bien y cuídate mucho. Yo procuraré enviarte siempre algo para que vivas con desahogo. No temas, que porque tu padre te niega su apoyo por la debilidad que cometiste conmigo, te falte la subsistencia. Yo sabré cuidarme de eso.

Perdona a tu

Agricio Coenta

* * *

Quedé aterrada: la sangre se agolpó a mi corazón y caí al suelo sin sentido.

El portador de la carta me hizo sentar y me tributó caritativos cuidados. Luego que me rehíce, me pidió la contestación. Corrí a la mesa y escribí lo que sigue:

Coenta:

Una madre tan desgraciada como yo ama más que otra a su hijo. Esa madre que no tiene en la tierra otro amor, otro consuelo que ese pedazo querido de su corazón, prefiere que le arranquen la vida, antes que separarse de él. No vengáis, pues, porque tendréis que dejarme cadáver para llevároslo.

Por lo que respecta a la debilidad que decís es causa de mi desgracia, os diré. Tenéis razón: el hombre no arriesga más que una pérdida de tiempo y algunas palabras huecas, mientras que la mujer lo da todo… su honor… el porvenir de toda su vida. La única compañera que le queda es… la vergüenza. ¡Oh justicia humana!, y sin embargo, cuando somos débiles y amamos, nos arrastráis a hacer ese abominable sacrificio de nuestra existencia por vuestra felicidad de un día, y si cedemos cansadas de oíros decir que sois desgraciados por nosotras, nos despreciáis y sin piedad nos enrostráis esa misma condescendencia, envuelta en asquerosos ultrajes. Basta, pues; entre nosotros todo ha terminado.

Os devuelvo vuestro dinero: yo mendigaré si preciso fuere, el pan para mí y mi hijo.

No admito la limosna del que me ofrece la afrenta.

No vengáis, os lo repito, porque no os daré mi hijo.

Melania

* * *

Luego que se fue el mensajero con su carta y su dinero, reflexioné que aquel hombre vendría a robarme mi Agricio: determiné huir para salvarlo: salí a vender una de mis prendas; me dieron por ella algún dinero, y pagué a un hombre para que llevara una carta mía a Marcela, que se hallaba en Barquisimeto. En ella, le rogaba que me diera acogida en su casa, por algunos días, y que ocultase que yo iba. Me contestó que me esperaba ansiosa.

Arreglé cuanto tenía pendiente, en dos días, para partir al siguiente. Por la noche, cuando me iba a acostar, cogí a mi hijo y cubriéndolo de besos,

bañada en lágrimas, me quité el medallón que me puso Elena al separarnos en el colegio, lo besé con ardorosa devoción, y poniéndoselo a mi hijo dije con la voz ahogada: ¡Padre mío!, sé el amparo y el guardián de mi Agricio. El inocente niño se sonrió acomodándose en mis brazos, balbuceando el tierno nombre de mamá y se quedó dormido. Lo coloqué en la cama resuelta a partir al amanecer… me acosté rendida de fatiga, me dormí.

Antes de rayar el día desperté… tendí la mano y busqué a mi hijo… la cama estaba vacía: di un grito e hice luz y lo llamé. Desesperada, lo busqué y solo hallé sobre la almohada del niño un papel: lo tomé y, loca, delirante, vi que era de Coenta; decía así:

"Querida Melania:

Me llevo mi hijo; descuida que será atendido como un rey y será más que millonario, Coenta"

* * *

No sé qué me pasó, ni qué fue de mí; ignoro el tiempo que estaría allí abandonada. Quince días después volví a la vida: la muerte se cernía sobre mi cabeza a impulso del dolor que sufría. Aquellos buenos vecinos me asistieron caritativamente y me suministraron médico, botica, todo.

Cuando estuve en estado de pensar, les rogué me dijeran lo que habían gastado en mi enfermedad. Entonces una anciana señora me entregó el dinero y el papel de Coenta: lo habían hallado bajo de la almohada. Ya más restablecida me fui casa de Marcela y allí hice cuanto pude para saber el paradero de Coenta; todo fue inútil, pues nadie me dio razón.

Tanto sufrí, me desesperé tanto, que al fin volví mis ojos a Dios; esperé en él.

Para los que creen, la religión es el consuelo de los consuelos.

Sobre la injusticia de los hombres, sobre los reveses de la fortuna, está para los que creen, la alta, la sublime, la inmensa idea de un Dios de bondad, de misericordia y de justicia.

En las grandes desventuras, el escepticismo, es la desesperación fría, la desesperación horrible... el vacío… la nada… lo pasado es un sueño espantoso… el porvenir es el acaso.

El hombre se encuentra solo, desesperado, sin amparo, sin consuelo.

¡Dios!, la idea de Dios lo llena todo, la esperanza de un día de reparación, de justicia, de bondad y amor, sostiene inmaculada y fuerte la fe, y eso le da valor. Eso me pasó a mí. Tuve fe y esperé en Dios…

Yo vivía casa de Marcela casi oculta. Por ella fui informada de la muerte de mis dos hermanos mayores; y que solo vivía el último. Mi padre, dominado por completo por su mujer, no me nombraba jamás; pero siempre estaba triste, cabizbajo.

Me dediqué a coser con ahínco, y a cortar: con eso ganaba mi subsistencia. El dinero que me quedó de Coenta lo tenía reservado para si algún día sabía de mi hijo volar a buscarlo, porque yo no cesaba de hacer pesquisas y tomar informes, pero nadie conocía a Coenta…. Marcela me quería cada vez más y ella hablaba y arreglaba las costuras para traerlas. Yo hice que me llamara Rosa y me conocían por Rosa Didiez. Solo salía a misa de mañanita, vestida de negro y cubierta con un espeso velo: todos me creían extranjera porque no hablaba con nadie.

La casa de Marcela estaba situada en una de las calles que salen al cementerio; así es que veía todos los entierros que se dirigían a él.

Una tarde, después de cinco años de estar en casa de Marcela, me puse tras la celosía a ver hacia la calle. De repente vi venir de arriba un cortejo fúnebre.

Las almas tristes ven siempre con avidez todo lo melancólico, porque está en consonancia con el estado de su alma. Eso me pasó a mí.

Era el entierro de un niño el que llevaban a la última morada.

Varias personas de las más decentes de Barquisimeto llevaban el féretro: junto a él iba un hombre sostenido por el brazo de un amigo, que se enjugaba sin cesar los ojos, lo que revelaba que lloraba copiosamente; ya cerca de la ventana fijé la vista en aquel hombre afligido, comprendiendo que sería su padre. Al quitarse el pañuelo de la cara sentí un golpe en el corazón: era mi padre; el niño, mi hermano; di un gemido y caí en el suelo desvanecida.

Cuando llegó Marcela me tributó sus cuidados y volví en mí. Lloré mucho: lloré tanto que Marcela se alarmó.

—¡Marcela!, ¡querida Marcela!, he visto a mi desgraciado padre llorando amargamente la pérdida de su hijo. ¡Pobre padre mío!, iba junto al féretro, inconsolable. ¡Padre desgraciado!, ahí estás solo sin tener quien te consuele.

Marcela logró serenarme y me hizo acostar, porque tenía fiebre. A la mañana siguiente salió como tenía de costumbre; yo estaba mejor y dormía algo tranquila.

Aquella noble anciana se dirigió a la casa de mi padre: este, al verla después de tantos años que vivía retirada de allá, se conmovió y sus lágrimas corrieron, diciéndole:

—Soy muy desgraciado, Marcela: acabo de perder mi último hijo.

—Resignaos, don Andrés. Dios es el que lo hace: tened valor.

—Solo, enteramente solo –dijo mi padre.

—¿Solo?, ¿y vuestra hija Melania?

—¡Ella!, ella, ingrata, tiene diez años que huyó de mi lado. He solicitado su paradero y no he podido encontrarla.

—¡Pobre niña, tan buena y tan desgraciada! –dijo Marcela.

—¿Sabe Ud. dónde está? Marcela…

—No, don Andrés; pero busquémosla, tal vez Dios ahora quiera dirigirnos casa de ella.

—Créame usted, Marcela: para mí esa pobre niña ha muerto también. Ella me quería mucho, muchísimo, usted lo sabe; pero jamás aceptó con gusto mi segundo matrimonio; y yo creo que tal vez ha cometido el crimen de atentar contra su vida.

—Cuando ella huyó de aquí salió loca, desesperada, según he oído.

—¡Oh!, ¡no me recuerde eso! Fui débil, cobarde, hasta infame. Ella me lo enrostró antes de partir; yo por debilidad le dejé arrancar los recuerdos de su buena y santa madre; y aquellas reliquias que debían ser por mí veneradas, consentí que las arrojaran de aquí como inmundicias. ¡Oh!, ¡qué ceguedad!

—¡Bonaza! –dijo Marcela, poniendo su mano en el hombro de su amigo–, le juro a usted que no descansaré hasta encontrarla: haré tanto, que he de saber lo que de ella ha sido. Consolaos y esperad.

—Esperar, no, Marcela; ella, aunque resentida por mi debilidad, me había escrito, me había solicitado. Yo sé que huyó sola: el joven que la pretendía se quedó aquí y no dejó este lugar sino tres años después, su vida era ejemplar, esto me hace creer que ella ha muerto.

—Don Andrés, espere usted, la esperanza en Dios trae el consuelo.

—Y no será esto solo; Cándida está enferma, y creo que también la perderé pronto: si es así, que se cumpla mi expiación.

—Adiós, don Andrés; no volveré aquí sino cuando os traiga la felicidad –dijo Marcela, tendiéndole la mano–. Voy a buscar a Melania, y yo la encontraré.

—¡Id con Dios, buena Marcela!, ¡qué su esperanza no salga fallida como yo creo!

Cuando llegó Marcela yo estaba levantada; al verme, me dijo conmovida:

—Melania, acabo de hablar con tu padre: ¡cuán afligido está!

—¡Mi padre!, ¿y qué os ha dicho?

—Me refirió lo que había pasado –y añadió–: tú debes ir casa de tu padre a consolarlo, él ignora tu desgracia y puedes ir a calmar su dolor sin confiarle su desventura.

—¡Engañar a mi padre!, jamás, Marcela: si lo viera, le confiaría mi afrenta en el acto y la mancilla que he impreso en sus canas.

—Pero, niña, si él cree que huiste sola.

—No, mil veces no, yo te lo ruego, yo no podría ver serena la cara de mi padre.

—Tú lo pensarás, él te recibirá ebrio de gozo.

Incliné la frente y nada contesté.

—Además, tú no eres tan culpable: tú te creías esposa de aquel hombre, que villano te engañó.

—No, yo no debí traspasar el dintel de la casa de mi padre, sino con la dignidad de una buena hija, cubierta con el manto de la honra y la virtud. Yo, como el ladrón, salí furtivamente robándome mi honra y la de mi anciano padre.

—¡Hija mía! –dijo Marcela.

—¡Sí! –añadí–, yo me robé mi honra, manchando las canas de mi padre, para darla a un villano, que la holló con sus pies. ¡No, yo no debo presentarme a él!

—¡Pobre hija mía!, ¿qué haré?

—Nada, quedarnos como estamos: de hoy en adelante, yo voy a sufrir doblemente; pero te lo ruego, si me descubres, huiré de aquí para siempre.

Marcela no insistió y seguí mi vida de tristezas y trabajo.

Una mañana trajo el correo una carta para Marcela: la abrió y dentro encontró otra para mí, la cogió y me la dio. Al verla, lancé un grito

temblando: era de Coenta. En la de Marcela le rogaba, que si sabía mi paradero me enviase la mía.

Yo, trémula, convulsa, la abrí: me figuraba que en ella me decía que había muerto mi hijo, decía así:

Melania:

Tu hijo está recibiendo la más brillante educación. Es tu retrato, bello, suave e interesante.

Te doy razón de él, pobre Melania mía, porque resignada te has conformado a perderlo para que él sea feliz. No lo solicites, porque él cree a otra mujer su madre y la ama como a tal.

Tengo poderosas razones para obrar así. Podría tal vez más tarde llevarlo a tu lado; pero tú puedes referirle la historia de nuestros amores y de su nacimiento, y eso no puedo consentirlo; al verlo hablar contigo me sobresaltaría y viviría asombrado. Conozco la elevación de sus ideas y lo noble de sus sentimientos, y comprendo que al saber lo que he hecho reprochará mi acción y aun me despreciará en el fondo de su alma.

Te hago sufrir mucho, lo comprendo: es verdad que despedazo tu corazón; pero una buena madre se debe conformar con todo, para que su hijo sea rico, poderoso, feliz. ¡Desengáñate, Melania! La felicidad está en tener oro para obrar a nuestro antojo: si yo cuando te conocí hubiera tenido lo que poseo hoy, sería el hombre más feliz del mundo, porque, convéncete Melania, tú has sido, eres y serás siempre mi único y solo amor; pero todo lo he sacrificado por tener oro que darle a mi hijo. Yo no te veré más. Te conozco y sé que me odias de muerte. Sé que preferirías morir a consentir más tarde en ser mi esposa, sometiéndote a las condiciones que te imponga, porque una de ellas será no reconocer tu hijo para que él no conozca mi falta, o mi crimen, como quieras llamarlo, y me desprecie.

Procura reconciliarte con tu padre: tal vez eso te dé algún consuelo. Adiós, imploro tu perdón.

Agricio Coenta

* * *

¡Infame! –murmuré–, tienes razón: el oro es la felicidad del hombre. Si yo lo hubiera tenido habría cruzado el mundo hasta encontrarte y arrancarte

de tus brazos al hijo de mi alma. Pero… soy impotente sin él y me ganas la partida. No solo lo arrebatas de mis brazos sino que me robas su amor para dárselo a otra.

¡Jesús Nazareno! –dije, con el rostro bañado en lágrimas, cayendo de rodillas y pensando en el que puse en su cuello–, ¡Jesús mío!, cuida de mi hijo y haz que un día, reconociéndome, reciba aunque sea un solo beso de mis labios ya moribundos.

¡Cuánto sufrí, querido hijo mío, al pensar que tú, inocente, me robabas tu amor para dárselo a otra! ¡Créelo, esto solo ha sido suficiente para que todo el amor que tenía a Coenta se convirtiera en odio implacable!

* * *

Después de muertos mis tres hermanos sentía un placer inefable en ir a visitar sus tumbas. En los ratos que pasaba allí, tomé como dulce entretenimiento cuidar las flores que plantaba. Parece que aquella tierra agradecida por el esmero que tomaba en cuidar sus plantas, las hizo crecer y florear pronto. El día en que vi la primera flor en una de las tumbas, lancé un grito de alegría e hizo estimular mi fraternal propósito. Mis tres jardincitos estaban cubiertos de blancas y aromadas flores, porque hacía siete meses que las cuidaba con ahínco. Pablo, el sepulturero, era gratificado para que cuidase de ellas, porque yo deseaba hacer a mis pobres y malogrados hermanos una tierna demostración para el día de los difuntos, que ya se acercaba.

Envié a llamar un carpintero y le hice hacer colocar tres barandas alrededor de sus tumbas. Las blancas columnas que mi padre había hecho colocar en ellas se destacaban al principio de cada barandita: en los días próximos a la fiesta las hice pintar de blanco, lo mismo que las columnas, y en el centro se ostentaban mis bellas flores. Preparé seis lindos ángeles y los coloqué uno en cada lado de dichas columnas: puse en sus manos, haciéndolas descender sobre la cruz, blancas guirnaldas de flores y mostacillas, tejidas por mis manos. En el centro de cada guirnalda puse en raso y con mostacillas de color, el nombre de cada niño: Andrés, Arturo, Enrique.

Estaba tan llena de satisfacción la víspera de la conmemoración de finados, que casi me sentía feliz al pensar el placer que sentiría mi padre al

ver las tumbas de sus hijos. Yo como vivía casi oculta, no quise ir ese día; pero sí fui al siguiente. El sepulturero me había cobrado cariño, porque siempre llevaba regalillos a sus hijos. Al verme, me salió al encuentro.

—Buenos días, Pablo –le dije.

—Buenos días, señorita. Deseaba mucho que vinierais porque tengo algo que deciros. ¿Queréis venir a mi choza?

—Vamos, amigo mío –le contesté.

Marta, su mujer, me recibió alegremente y me presentó un banco para que me sentara.

—Y bien, Pablo, ¿qué tenéis que decirme?

—Perdonad, señorita, y decidme ¿cómo os llamáis?

—Rosa, ¿no lo sabéis?

—Creía que usted tenía otro nombre, señorita.

—No, ese solo es el que tengo, ¿por qué?

—Y vuestro apellido ¿cuál es? –me dijo viéndome fijamente.

—Me llamo Rosa Didiez; pero ¿por qué ese interrogatorio? –y añadí sonriendo–, como que servís más para juez que para sepulturero.

—Vea usted, señorita, no soy yo quien quiero saberlo: es que he sido mandado.

—¡Mandado!, ¿por quién? –pregunté.

—Diré a usted, señorita. Ayer cuando la fiesta, un señor anciano y una señora muy pálida, que estaban en las tumbas que usted cuida tanto, me llamaron.

—¿Y quiénes eran? –pregunté conmovida.

El señor anciano era don Andrés Bonaza, y la señora, su esposa. ¿Los conocéis?

—No –respondí tranquilamente.

—Ese señor es el padre de los niños que reposan en las tumbas que cuida usted con tanto esmero.

—Y bien, ¿qué hubo?

El anciano me dijo enternecido:

—Pablo, después de agradecerte mi esposa y yo el interés que has tenido con las tumbas de nuestros malogrados hijos, queremos remunerarte no solo los gastos que has hecho, sino tu noble y buena intención de sorprendernos al verlas tan lindas, tan preciosas… Gracias, buen Pablo, gracias, guarda esta bagatela para que compres algo para tus hijos.

El señor Bonaza sacó cinco onzas y me las puso en las manos. Créame usted, señorita, aquello me dio vergüenza y remordimiento; admitir su gratitud era robársela a usted, y rechazando el dinero que me ofrecían, le dije:

—Señor Bonaza, yo no puedo recibir ni su dinero ni su gratitud; yo no sé robar, señor, eso le pertenece a la señorita que cuida de ellas.

—Y ¿quién las cuida? –dijo la señora.

—Es una señorita la que se toma ese trabajo con sumo gusto e interés.

—Una señorita –dijo Bonaza, con ansiedad–. ¿Cómo se llama esa señorita?

—No puedo asegurarlo, pero creo que se llama…

—¡Cómo!

—Pero, créame, señora, no lo recuerdo…

—¿Cómo es esa señorita? –preguntó Bonaza, agitado–, diga usted, por Dios.

—Es alta, blanca, rubia, sus ojos azules son los ojos de un ángel y sus cabellos son tan largos que le caen a las rodillas.

La señora rompió a llorar y dijo:

—Bonaza, ese ángel es Melania.

—No, mi señora, ella no se llama así.

—Es ella, me lo dice mi corazón.

—Su nombre es Rosa, ya lo recuerdo, así se llama.

El señor entonces me dijo: participe usted a esa señorita que le damos las gracias y que nos haría muy felices si nos diera el placer y la honra de conocerla; y usted, Pablo, guarde el dinero que le doy; aquí está, señorita Rosa, esto es de usted, no mío.

—Mío no, Pablo, tómelo usted.

—¡Oh! Gracias, señorita, ahora sí que lo gasto con satisfacción; pero ¿qué le digo al señor Bonaza?

—Dígale que no puedo tener ese honor, porque mañana parto para Caracas, y que he venido hoy a despedirme de estas tumbas; que he hecho esto, porque ha sido mi gusto siempre cuidar los sepulcros en cualquier parte que se hallen.

—Está bien, señorita, no lo olvidaré.

—Ahora, pues, adiós, vendré a verlo si vuelvo a esta ciudad.

Me despedí de aquel honrado hombre, resuelta a no volver más al cementerio.

Pablo me detuvo, diciéndome:

—Pero no le he dicho quién me mandó a preguntarle su nombre…

—¡Ah!, es verdad, decid ¿quién es?

—Al cabo de un rato vi a la señora, pálida, sola en una de las tumbas; yo me acerqué a ella y le dije al ver que lloraba: No lloréis tanto, señora, eso os hará mal.

—Pablo –respondió ella–, usted me va a hacer un favor: averigue qué otro nombre tiene esa señorita rubia, y cuando la vea dígale que la he reconocido –y añadió bajando la voz–: que su venganza ha sido noble, que cuidando las tumbas de mis hijos ha vengado la de ella que yo vejé.

—Señora –le dije–, la señorita no ha muerto.

—¡No!, yo lo sé, pero dile eso –y poniéndome en la mano una moneda de oro, añadió–. Compra dulces a tus hijos.

—Si la vuelve a ver dígale, Pablo, que yo no comprendo el sentido de sus palabras.

* * *

Me alejé sumamente conmovida de aquel lugar, no podía dejar de sentir que mi madrastra se figurara que una acción que había salido del fondo de mi alma para con mis inocentes hermanos la atribuyera a una baja venganza; ¡jamás en esos momentos en que embellecía las tumbas de sus hijos traje a mi mente el ultraje que ella hizo a mi madre!

Desde ese día viví tan encerrada que no iba ni a misa. Marcela corrió la voz que yo me había ausentado, y solo ganaba muy poca cosa. Todo esto lo hacía para que mi padre no me descubriese.

Pasaron dos años más. Yo casi había perdido la esperanza de saber de Agricio, porque Coenta no me volvió a escribir; me abrumaba la tristeza. Una tarde que estaba en mi habitación pensando en mi desventura, vino la criada a decirme que me solicitaba un sacerdote. Experimenté un susto horrible, y pálida y trémula bajé a la sala a recibirlo.

Aquel venerable sacerdote se detuvo al verme, y sonriendo dulcemente me hizo un afable saludo, que le devolví, diciéndole:

—Sentaos, padre mío.

—Melania –me dijo suavemente–, vengo a buscarte.

—¡Señor!, yo no soy Melania, me llamo…

Él me detuvo y dijo con acento de seguridad: —Te llamas Melania Bonaza y huiste del hogar paterno el día en que una mujer, ciega de vanidad, ultrajó la memoria de tu pobre madre.

—¡Señor!, por Dios, no digáis a nadie eso.

—Esa mujer –dijo él con entereza– ha depositado en mí su última confesión y aquella moribunda me encargó que te buscase para recibir tu perdón… Melania, es preciso que vayas.

—¿Y cómo supisteis que estaba aquí?

—Los moribundos tienen a veces inspiraciones felices, aquella pobre mujer me dijo llorando: Las tumbas de mis hijos han sido cuidadas y embellecidas por ella, lo que prueba que está aquí; buscadla, padre mío, no quiero morir sin verla.

—Bien, hija –le dije levantándome–, voy a buscarla. –Ya en la puerta del cuarto me gritó:

—¡Padre! –yo me detuve y ella me dijo–, id casa de Marcela Sira, preguntad por la señorita Rosa, esa Rosa es ella.

—¿Y cómo lo sabéis? –le dije.

—Porque la veo, padre, es ella, es ella, id a traerla.

—Y aquí estoy, partamos.

Yo caí a los pies de aquel venerable sacerdote y le referí en sustancia toda mi historia. Luego añadí:

—No, no puedo ir, ¿cómo ver a mi padre después de mi falta?

—¡Hija!, tú irás si eres cristiana, tu padre te perdonará.

—Me falta valor, padre mío.

—¿Te faltó para trasponer el dintel de su casa, para herirlo en el alma y en su honra?

—Es verdad, tenéis razón, debo morir de verguenza a sus pies, implorando su perdón.

—Bien, pues, vete a preparar y partamos.

Al salir encontré a Marcela que entraba; me arrojé en sus brazos, llorosa, diciéndole:

—Ven, Marcela, acompáñame casa de mi padre, tú me darás valor.

—¡Alabado sea Dios! –dijo la buena anciana, elevando sus ojos al cielo–, vamos, él ha tocado tu corazón.

Partimos: yo me sostenía de Marcela, casi no podía andar.

* * *

Dieciocho años hacía que había salido del hogar paterno, siendo una niña de diecisiete años y llevando el alma henchida de gratas y bellas esperanzas; y volví a él de treinta y cinco con el alma desgarrada y muertas ya todas mis ilusiones. Mi pobre corazón estaba envuelto en los negros girones que el desengaño y el dolor habían dejado en mi pecho. ¡Qué diferencia!

A pocos pasos de la casa de mi padre, se adelantó el sacerdote y entró. Yo me detuve, temblando, en el dintel.

—Entra, hija –me dijo Marcela.

—Marcela de mi alma… –le dije convulsa–. ¡No puedo!

En ese momento, mi padre, seguido del sacerdote, se presentó en la puerta, tendiéndome sus brazos… di un grito.

—¡Padre! ¡Padre mío! –dije cayendo de rodillas–. ¡Perdóname!

Él me alzó en sus brazos, y ebrio, loco, me cubre de besos y de lágrimas.

—¡Dios mío! –dijo–, no estoy solo en el mundo, tengo mi hija, tengo a mi Melania.

Luego, apartándome un poco de su seno, me contempló con arrobamiento.

—Eres el retrato de tu madre –murmuró–, bella, como era ella.

—¡Padre! –le dije sollozando–, ¿me perdonas?, ¿me perdonas bendiciéndome?

—¡Hija, lo pasado para mí no existe, no quiero recordarlo y hoy naces de nuevo en mis brazos; no me hables más del pasado!

Me condujo dentro, mientras el sacerdote iba a prevenir a Cándida.

—¡Padre! ¿Hábeis traído a Melania? Si está ahí, hacedla entrar.

—Hija, ella espera que quieras recibirla.

El sacerdote salió y poco después entró seguido de mí y más atrás mi padre y Marcela.

Cándida se incorporó un poco y, tendiéndome los brazos, me dijo con sentido acento:

—¡Melania!, imploro tu perdón.

—¡Oh!, calla –le dije estrechándola en mis brazos y bañándola con mis lágrimas–, calla, no hables de perdón.

—Gracias, tú has cuidado las tumbas de mis hijos y...

—¡Vamos! –le dije, pasando mis manos por sus cabellos, con cariño–, tranquilízate y no pienses sino en curarte.

—¡Curarme! –dijo con cansado acento–. ¡Curarme!, ¡ojalá! Créeme, Melania, no quisiera morir para probarte que hoy sabré quererte, como si fuera tu madre.

—¡Cándida!, ¡querida Cándida!, ¿qué tienes, qué sientes? Habla.

—Es la muerte, Melania, yo no he podido resistir la pérdida de mis hijos. ¡Cuánto he sufrido…!

—¡Cándida! –le dije, rodeando su cuello con mis brazos y besando su lívida frente–, ¡Cándida!, tú no morirás y las dos unidas lloraremos nuestras desgracias consolándonos.

—¡Ya es tarde…! ¡Muy tarde…! Mi muerte es inevitable. Bonaza –dijo, volviéndose a mi padre–, cuídala mucho y ámala más: que tus cuidados y afecto borren del alma las amarguras que le causó mi vanidad, ¡harto arrepentida estoy!

—Basta, basta, o me voy.

—No, no te vayas, que te vea aquí a mi lado, hasta mi último instante.

—Bien –le dije, sentándome a su cabecera–, no me quitaré de aquí.

Y así lo hice. Al tercer día murió la pobre Cándida…

* * *

Cinco meses viví, si no dichosa, tranquila al lado de mi padre y de Marcela, y si no hubiera llevado el alma, cuando volví al hogar paterno, cargada de dolores, habría sido completamente feliz.

Mi padre había aumentado su fortuna y vivíamos con toda comodidad. Pero Dios me tenía reservado un nuevo dolor: mi pobre padre se hallaba enfermo, y ni mis cuidados ni los mejores facultativos pudieron detener la muerte, ella triunfó dejándome otra vez sola y sin consuelo.

Cinco meses hacía que había muerto: yo estaba en posesión de mi cuantiosa herencia, cuando una tarde, después de tantos años, me trajo el correo una carta de Coenta. La abrí temblando, decía así:

Querida Melania. Está vivo tu hijo y ha terminado su brillante educación. Si tú quisieras comprometerte a verlo sin hacerte reconocer por él, para que gozaras, al contemplarlo tan bello como está, lo llevaría a tu lado y te lo presentaría como mi hijo; pero tú no aceptas esto.

Pienso llevarlo a Europa para que perfeccione los conocimientos que ha adquirido.

La anciana con quien me casé murió y mi Agricio será cuatro veces millonario, porque yo heredé esa fortuna. ¡Cuánta dicha!

Él hará en este mundo cuanto quiera, y en Europa será un Nabab.

¡Cómo será adulado! Sus cuatro millones le abrirán todas las puertas del viejo mundo, y duques, condes y marqueses se inclinarán ante él. ¡Bendito sea el dinero! Las mujeres más bellas serán sus vasallas y de triunfo en triunfo será el hombre más dichoso, porque une a su caudal una hermosura completa. Consuélate y ten la satisfacción de que tu hijo será adulado y servido como un rey, por su dinero.

Me han asegurado que has vuelto al hogar paterno, ¡ojalá sea así! Tú me odiarás, lo sé, Melania querida; pero yo, por el contrario, todas mis horas de calma las dedico a tu recuerdo. Yo no puedo olvidarte: contigo fui el hombre más feliz, y por último completas mi felicidad dejándome a mi hijo Agricio. Gracias; pero no lo dudes, he tenido momentos en que el remordimiento me ha hecho sufrir mucho. Resuélvete a ver a tu hijo sin reconocerlo, y tal vez más adelante seremos completamente felices.

Adiós, te ama siempre,

Agricio Coenta

—¡Monstruo! –exclamé–. Hoy no soy impotente: mañana mismo salgo de aquí para Caracas, y yo te juro que me vengaré.

En efecto arreglé mi viaje a pocas horas y partí acompañada de un anciano, que vivía en la casa desde el tiempo de mi madre.

Marcela quedó en mi lugar para todo.

Al llegar a Caracas busqué a Elena, y ella me hospedó en su casa. Su cariño para conmigo era el mismo y su esposo y sus hijos me amaron porque ella me amaba.

Le confié mis desgracias y ella me ayudó mucho a solicitarte; pero todo fue en vano. Entonces determiné volver a Barquisimeto a arreglar mis

asuntos para venir a morir al lado de Elena, porque estando en Caracas murió mi buena Marcela, el único ser que me amaba en aquel lugar.

En Caracas tal vez pueda encontrarte; pero antes de realizar mi propósito de fijar mi residencia aquí, resuelvo dejar a Elena este Manuscrito para que, si te encuentra, te haga conocer tu nacimiento y mi triste historia. Además puede sorprenderme la muerte a fuerza de padecer.

Otras madres tienen sus hijos a su lado, y ellos son su único consuelo. Dios me negó a mí esa felicidad; pero siempre he creído y esperado en Él.

Tú, como yo, cree siempre en Dios y sé honrado. Un instante de olvido hace eterno el dolor. Ahoga la voz de tus pasiones, sigue los impulsos de tu corazón, que debe ser bueno; y cuando la más pura de las felicidades te sonría, acuérdate de mí que anduve ciega por el mundo, y que al abrir los ojos a la luz, me hallé sujeta en las cadenas del martirio.

¡Dios mío!, dame fuerzas para acabar de soportar la terrible prueba a que me has condenado. Aparta de la mente de mi Agricio toda idea infame que pueda sorprenderlo. Que ningún fantasma se levante para turbar su tranquila felicidad; y que ya que su infeliz madre sufre, él sea completamente dichoso.

¡Hijo mío!, ¡Agricio adorado de mi corazón!, vive cierto de que no te olvidará jamás tu infortunada madre.

Melania Bonaza

CAPÍTULO X

EL RECONOCIMIENTO

CUANDO JULIO TERMINÓ el Manuscrito, puso sus labios en el nombre de su madre, con los ojos húmedos de llanto, exclamando:

¿Y no muero de felicidad? Pobre madre mía, te amaré tanto que te remuneraré con creces el amor que has dejado de disfrutar de mí…

¡Dios mío!, ¿cómo mi padre que es tan excelente hombre ha podido cometer tales faltas? ¡Ah!, el amor al oro lo ha precipitado a todo, sin recordar que inmolaba a mi infeliz madre.

Todo lo comprendo ahora; mi padre, al saber que venía Melania, huyó conmigo, como un loco, para que no supiese de mí y es por eso que se ha quedado en La Guaira, por eso me encargaba que lo defendiese, por eso tiene remordimientos. El velo que cubría la verdad se ha descorrido y deja de manifiesto el misterio.

¡Pobre padre!, tu ciega ambición nos ha hecho a todos desgraciados. Tú podías ser feliz, si aún pudieras unirte a mi madre. Tú la amas, lo sé y lo he comprendido bien; pero mi madre debe no amarte y ella me lo dice en su Manuscrito.

¿Qué hacer? ¡Pobre padre!, abandonarlo en su dolor no puedo ni debo hacerlo: obrar así sería darle a comprender que lo he despreciado. Sí, yo de rodillas a los pies de mi madre imploraré tu perdón y le rogaré tanto que lo conseguiré: la ambición de tener oro, mucho oro, para darme a mí, te ha hundido hoy en la desgracia, porque el amor al dinero no dejó en tu corazón más afecto, después de ese, que el que me profesas, pero tú estás hoy arrepentido y yo seré tu ángel de redención.

Julio volvió a la casa de Elena; al verla se arrojó llorando en sus brazos.

—Julio, hijo querido: el placer de haber encontrado a tu madre te hace llorar, lo comprendo; esas lágrimas son dulces y corren suavemente.

—Elena, mis lágrimas están amargadas por un dolor, pienso en mi desgraciado padre, porque sé lo que sufre.

Elena bajó los ojos, y nada contestó.

—Si usted viera su corazón, si usted pudiera conocer el remordimiento que lo devora. ¡Oh Elena! Usted tan buena lo perdonaría.

—¡Pobre Melania! Su vida ha sido un martirio: su corazón lo ha tenido desgarrado de dolor, mientras tu padre, su verdugo, gozaba de la felicidad sin restricción; ella lloraba a la vez la pérdida de su hijo, su amor mal empleado y el cinismo del hombre que amó, que la condenaba a no verte más y te hacía creer que ella había muerto para disfrutar él solo de tu amor y tus caricias.

—Es verdad, pero está arrepentido y lleno de remordimientos, porque él no ha dejado de amar a mi madre, y debe tenérsele compasión.

—¿La tuvo él de Melania? ¿No tuvo la barbarie de escribirle haciéndole creer que otra mujer era tu madre y que tú la amabas como a tal? Una madre no perdona jamás que le roben el afecto de su hijo, porque eso es una crueldad.

—Elena, si en el alma de mi madre no cabe el perdón para él, me hará creer que no me ama.

—¿De modo que tú lo amas lo mismo hoy que ayer?

—Sí, porque sé que por amor a mí fue que cometió sus debilidades.

—¡Crímenes!, querrás decir.

—Como usted quiera llamarlo, pero es mi padre, lo veo arrepentido y lleno de remordimiento y de dolor. No puedo, no debo verlo con indiferencia.

—Julio, tu sentimiento es natural, pero yo creí que al saber que tenías una madre tan desgraciada, desde el instante que tu padre la engañó con un falso matrimonio, tú la amarías más que a él. ¡Pobre Melania, naciste para sufrir: hasta tu propio hijo te ama poco!

—¡Madre mía! –dijo Julio, conmovido–, ¡madre de mi alma!, ¡yo te amo con todo mi corazón!

Oliva, que parada en el dintel de la puerta había oído esta conversación, se acercó a Julio, conmovida, diciendo:

—¡Julio!, si tu infeliz padre, porque ha sido ambicioso y desgraciado está solo en el mundo, tú y yo le abriremos nuestros brazos, está arrepentido y será redimido y perdonado por todos más tarde. Aguarda, y todo lo conseguirás.

—Ángel mío –dijo Julio–, siendo perdonado y amado de ti, tiene adelantado mucho. Gracias por él.

Elena guardó silencio.

Julio, dándole a Oliva el Manuscrito, le dijo:

—Léelo y te referiré después las luchas y dolores de mi pobre padre.

Luego que llegó a su casa le escribió a su padre exigiéndole que viniera.

Él le contestó estas solas palabras:

"Julio. Te puse una condición y la aceptaste".

Estos acontecimientos, hicieron que el matrimonio se trasfiriese para después de la venida de Melania.

Oliva y Julio no cesaban de llamar a Claudio diariamente con sus cartas. Él al fin no contestaba nada.

Cinco días habían pasado. Una mañana, cuando ya no la esperaban, llegó Melania; venía a fijar su residencia en Caracas.

Elena, al verla, dio un grito y las dos se unieron en un estrecho abrazo.

—Oliva –dijo Elena a su hija–, escribe a Julio que venga.

Cuando las dos amigas quedaron solas, le dijo Melania, ansiosa:

—Elena querida: en tu carta me exigías una señal para conocer a Agricio, dime, ¿tienes algún indicio de que sea él?

—Sí, Melania, tengo uno.

—Cómo, ¿cuál? Dímelo por Dios.

Oliva llegó en ese momento, y dijo a su madre:

—Ya lo hice, mamá.

—Trae, hija mía, la cajita azul.

Oliva fue y regresó prontamente, presentando la caja y sacando el medallón, dijo conmovida:

—Aquí está.

Melania fijó la vista en la prenda, y lanzó un grito, diciendo:

—¡Dios mío!, ¿quién trajo esto? Amiga mía, este es tu medallón, ¿lo conoces, Elena?, ¿quién lo trajo? Di o me muero.

—Este medallón lo regaló a Oliva el joven que va a casarse con ella.

—¿Quién es?, ¿cómo se llama? Tengan lástima de mí.

En ese momento Julio entró en la sala, aquella señora desconocida lo hizo detenerse y hacer un saludo cortés.

—Julio –dijo Elena–, ven a decirle a Melania Bonaza quién te dio ese medallón.

Julio se detuvo, pálido, y comprimiéndose el corazón, avanzó aceleradamente y cayendo en los brazos de Melania, dijo delirante y

estrechándola contra su seno:

—¡Madre!, ¡madre mía!, madre de mi corazón.

—Agricio, hijo mío, ¿eres tú? Déjame verte… ¡Ah!, son tus ojos, tu boca… tus cabellos. ¡Agricio, Agricio mío!, ¿quién te dijo que yo era tu madre?, ¿dime, fue él?

Por algún tiempo, solo se sentían los besos de aquellos dos seres por tanto tiempo separados.

Melania apartó a Julio de su seno y lo contempló alborozada: le abrió la camisa y le buscó el lunar rojo, entonces lo besó en él con ternura.

—Sí –dijo–, eres tú, tus mismos ojos –y los besaba–, tus mismos cabellos. ¡Oh!, yo muero, Agricio mío, yo muero de felicidad.

—Cálmate, madre mía de mi alma: ya me tienes contigo para siempre.

* * *

La alegría más completa reinaba en la casa, todos estaban contentos; sobre todos, Melania y Elena.

Solo en la frente de Julio se marcaba una nube de tristeza: su madre no le había hablado nada de su padre y él se sentía disgustado. Oliva se acercó a él diciéndole dulcemente:

—Julio, querido amigo mío: tú no eres completamente feliz: yo veo en tu frente que estás triste.

—Sí, es verdad, dulce bien mío: tú debes conocerlo porque sabes leer en mi corazón.

—Piensas en tu padre ¿no es verdad?

—Sí; pienso en él, porque no puedo ser del todo feliz.

—No digas eso, Julio.

—¡Pobre padre mío! Mientras aquí todos somos felices, él, solitario allá, está sumergido en el dolor y la desesperación.

—Ve a escribirle participándole que está aquí tu madre y que le esperamos.

—Líbreme, Dios, de hacerlo, yo debo ir en persona a decírselo.

—¿Cuándo?

—Tan pronto como tenga una conferencia con mi madre.

—¿Volverás pronto?

—Sí; pero tú le escribirás conmigo lo que yo te diga.

—Todo cuanto quieras, tú sabes que quiero mucho a tu padre.

—Gracias por él, Oliva mía.

—Tú estás muy conmovido y sufres mucho: procura arreglar esto pronto para que te tranquilices.

—Así lo haré; pero créeme, cuando considero lo desgraciado que he sido y soy con hacer sufrir a mis padres por mí, me desespero. Mi padre, por enriquecerme, condenó a mi pobre madre al martirio, y hoy mi madre ofendida lo condena a él al sufrimiento: pero haré tanto que lograré al fin unirlos.

—Pues bien, cálmate y procura hablar con Melania lo más pronto; yo te ayudaré después en cuanto pueda.

—Está bien, Oliva mía, seguiré tu consejo.

Cuando Julio condujo a su madre a su habitación, esta le dijo:

—Julio, ahora que estamos solos, cuéntame uno por uno los detalles de tu vida, quiero saberlos todos.

Melania se recostó en un confidente y Julio a su lado le tomó las manos y le refirió su vida desde su más tierna edad hasta aquellos momentos en que su padre era víctima de los más crueles remordimientos. Cuando Julio le refirió con estudio las últimas conversaciones que tuvo con su padre, Melania lo oía con el mayor interés; pero al decirle que él le había manifestado que ella había sido su solo, su único amor, se estremeció y un profundo suspiro se escapó de su pecho; luego dijo tristemente:

—¡Era su amor y me condenó al martirio después de la deshonra!

—¡Madre mía! Mi pobre padre ciego, loco de ambición por tener una fortuna que ofrecerme, cometió todas las malas acciones que lo condenan hoy a morir atormentado por los dolores y remordimientos que sufre.

—Pero en recompensa sus arcas están ya abastecidas de oro: ¿qué le importa a él lo demás satisfecho este deseo? El hombre avariento no tiene ni amor, ni sentimientos, ni corazón: tiempo le falta para pensar en lo que desea con ambiciosa codicia.

—Creo que cuanto dices es verdad, querida madre; pero mi padre no pertenece a esa clase de hombres, no. Él, luego que tuvo dinero bastante para darme lo que deseaba, no ambicionó más; además mi padre ama y siente, mi padre no podía oírme nombrar a mi madre; sufría mucho visiblemente, cuando por casualidad lo hacía.

—La conciencia, Julio, la conciencia que lo hacía estremecer al oírte.

—El hombre avaro no la tiene, madre mía; tú debes perdonar a mi padre, unirte después a él y hacerme completamente feliz.

—¡Perdonarlo!, nunca, nunca, antes prefiero morir que verme unida a él. ¡Agricio, no pienses en eso!

—Pienso y pensaré siempre: tú eres buena, tú no puedes desear vengarte de él, siendo una mala acción que has reprobado siempre; si mi padre fue malo, ¡sé tú un ángel, madre mía!

—Perdonarlo –repitió Melania–, perdonarlo jamás, jamás.

—¿Te vengarías viéndolo padecer? Tú tan noble, ¿harías semejante cosa?

—¿Tanto amas a ese hombre que hizo tan desgraciada a tu madre? ¿Desconoces su infame villanía, su perverso corazón?

—¡Madre mía: ese hombre es mi padre!

—Y lo amas más que a mí –dijo Melania, con dolor.

—¿Más que a ti, madre querida? –contestó Julio cubriéndola de besos–. No, mil veces no; pero dime ¿te agradaría que tu hijo odiase al hombre que le dio el ser, al hombre que lo ha formado y sostenido hasta hoy, al hombre que por hacerlo rico sacrificó amor, juventud, felicidad?

Melania no contestó e inclinó la cabeza.

—Dime, madre, ¿te gustaría?

—No; pero no debes defenderlo con tanto calor, cuando sabes que me ha martirizado tanto.

—Yo no hago sino decirte la verdad: está arrepentido y es hoy muy desgraciado.

—Agricio, ese hombre sin corazón, no tiene más afectos que las riquezas, y es incapaz de sentir esos remordimientos que dices.

—¿Y si te probara con hechos que sí está arrepentido, le perdonarías?

—Hijo mío, no me hables más de tu padre: ámalo tú cuanto quieras; pero a mí no me lo nombres más.

Julio no insistió, y despidiéndose de su madre se retiró.

A la mañana siguiente Julio refirió a Oliva la conversación que tuvo con su madre. Los dos determinaron escribir a Brebante una carta llena de ternura exigiéndole su venida para el matrimonio. Oliva, al terminar, le decía:

“Si usted no viene me hará creer que no me acepta con gusto por hija, pues su resistencia revela un desaire. Venga usted, pues, a borrar de mi alma

ese pesar”.

Julio le decía poco más o menos lo mismo, exigiéndole que viniera y pintándole la pena que sufría, porque todos estaban disgustados por la resistencia de él a concurrir a acto tan solemne.

Dos días después, trajo el correo una voluminosa carta. Venía certificada. Julio la tomó con ansiedad y la abrió: varios paquetes cayeron al romper el sobre; él los puso a un lado y leyó lo que sigue:

Queridos hijos del alma mía:

No aflijáis más mi corazón con vuestra justa exigencia; y tú, mi dulce hija Oliva, no desgarres más mi alma con tu tierna queja; te recibo con tal placer como hija, que me parece demás expresártelo, pues reúnes todas las cualidades, todas las virtudes que yo deseaba en la mujer que llegara a ser la esposa de mi querido hijo Julio. Él sabe que jamás le he negado nada, pues no podía hacerlo, dominado por el inmenso amor que le profeso, afecto que me ha hecho cometer acciones indignas de un caballero. Yo me vanaglorio y gozo aquí solitario y aislado al verte su esposa, y de que yo pueda darte con derecho el título de hija de mi corazón. Un obstáculo insuperable me prohíbe ir a presenciar vuestro enlace; pero bendiciéndoos contemplo satisfecho vuestra felicidad desde lejos. Junto con esta carta os envío otras, unos apuntes y unos documentos a Julio. Son los documentos en que te hago donación de todos mis bienes. Las cartas son las de tu pobre madre: los apuntes, tu fe de bautismo, hechos y fechas de la época en que la conocí y en que me enamoré de ella con delirio. ¡Oh!, bañado el rostro en lágrimas vienen a mi memoria todas las reminiscencias de esa historia en que fui el hombre más feliz y el más criminal. ¡Pobre y desventurada mujer!, las lágrimas que yo le he hecho verter no pueden, no deben tener perdón de ella; y sin embargo, después que la casualidad me presentó su retrato, ese amor que dormía en el fondo de mi alma, cubierto por el manto de mi vil ambición y por tu dulce afecto, se alza ante todo más fuerte, más potente y más desesperado, porque tengo la convicción que ella me odia y que la Providencia hace que hoy desgarre mi alma, para que mi expiación y remordimiento sean más crueles. Sí, Julio mío: Melania Bonaza, la amiga de Elena, aquella mujer que te conmovió al ver su fotografía, esa mujer es tu madre: esa mujer es la única que ha amado mi corazón verdaderamente. Has visto que al hablarme tú de ella, me estremecía. Tú has visto que mostrándome su

fotografía mis ojos se llenaron de lágrimas, y si Elena no hubiera estado allí, te habría dicho: Julio, he aquí a tu madre. ¡Pobre e infeliz mujer! Yo no te habría arrancado de sus brazos jamás si en mi ciega ambición de riquezas no me hubiera sacrificado ante los millones de Catalina. Sí, era tanto el deseo que tenía de ser rico, muy rico, para darles a ti y a ella todo cuanto desearan, que las arcas de dinero de Catalina me cegaron y borraron de su rostro las arrugas y su ruda brutalidad. Yo había pensado pasar un tiempo con ustedes, otro en Calabozo; pero el deseo y la resistencia que ella me puso de quedarse me exasperaron, mucho más cuando le propuse llevarte para darte educación. Yo comprendí que era preciso de cualquier modo arrancarte de sus brazos, y como ya los dos vivíamos en lucha por eso, una noche entré, y tomándote en mis brazos, te llevé a Calabozo. Tú naciste en Cabudare, pueblo cerca de Barquisimeto. Escribí varias cartas a tu madre, y como estaba acostumbrado a comunicarle todo, todo se lo revelé, querido Julio, hasta la infame villanía con que la engañé haciendo un falso matrimonio, porque era imposible efectuarlo sin la licencia de su padre. Luego que te vi hombre y que en ti era que había entregado mi ternura toda entera, me estremecía y temblaba al pensar que tú al saber mi infame proceder dejarías de amarme y aun me despreciarías. ¡Cuánto he sufrido, cuánto he luchado!, luego que vi que Dios empezaba a enviarme su castigo, haciendo que tú amaras y eligieses por esposa a la hija de la amiga íntima de Melania. Por eso Elena me hacía estremecer. Pero estoy resignado a todo, hasta perder tu afecto y estimación. He sido tan feliz con tu cariño… ¡pero he sido muy criminal…! Hazle presente a ella que me llamo Claudio Agricio Brebante y Coenta, y que me puse Agricio Coenta porque había jurado no llevar el otro hasta que no fuera rico. Ámala, pues, mucho, ámala de tal manera que tu afecto borre las huellas que mi crueldad ha dejado en su corazón; y ruégale siempre que por ti me perdone para morir tranquilo. Adiós, Agricio Julio, querido hijo de mi corazón. Creo que el regalo de boda que te hago revelándote quién es tu madre, me hará algún mérito para alcanzar tu perdón. Si aún no ha llegado, cuando venga y la estreches en tus brazos, dile que yo te envío a ella y que me compadezca.

Hoy me siento tan feliz porque he llenado mi deber, que mi alma disfruta de una calma inefable.

Adiós queridos hijos míos; sed dichosos. Os bendice vuestro padre

Claudio Agricio Brebante y Coenta”

Julio corrió a casa de Oliva y le presentó la carta de su padre, diciéndole:

—Oliva, querida Oliva, yo nací en medio del infortunio y no puedo ser feliz. Soy rico; me amas tú, a quien adoro con toda mi alma; vas a ser mi esposa; tengo mi padre que me ama con delirio; me creía huérfano y he encontrado a mi madre, que amo y que me idolatra; y sin embargo tu pobre Julio no puede, no debe ser feliz. El santuario de la dicha está cerrado para mí. ¡Soy muy desgraciado!

—Julio, Julio mío, no te desesperes; puesto que tu madre te idolatra, ella debe hacer desaparecer esas ideas que te atormentan.

—No, yo no le hablaré más de mi desgraciado padre: lo odia con toda el alma y no le falta razón.

—¿Y cómo puede tenerle odio, si lo amó? La mujer que ama de veras, con toda su alma a un hombre, lo ama siempre y en su pecho no puede tener cabida el odio para él. Yo creo que ese amor no se extingue nunca: se entibiará, pero siempre se conservará incólume.

—Pero si el objeto de nuestro amor nos ha martirizado y hecho sufrir, Oliva, ¿se podrá amar después de ese martirio?

—Sí, Julio: si ese hombre arrepentido cae a sus pies implorando el perdón, y amando, como dice tu padre que ama hoy, el amor que estaba sepultado en el fondo de las cenizas de nuestra felicidad renacerá, y como el Fénix se levantará más bello, más hermoso, más potente que antes.

—Tú no has oído a mi madre, y yo no me atrevo ni a pensar en que eso que tú dices sea tan exacto.

—Ven –dijo Oliva, levantándose con resolución–, confiémosle todo al Coronel… él nos aconsejará.

—Vamos –dijo Julio–, él ama a mi padre como un buen amigo.

El Coronel los recibió con su bondad acostumbrada. Julio le dio el Manuscrito de su madre y la carta de su padre para que él le diera sus consejos, después de leerlos.

Luego que Villareal leyó ambas cosas con detención, les dijo:

—Julio, creo que tu padre ha sido muy culpable, a pesar de que en medio de sus faltas, se ven rasgos muy marcados de hidalguía: yo tengo una prueba de ello el día en que pidió para ti la mano de Oliva. Pero creo también que tu madre, si te ama, debe por ti perdonarlo, estando como está arrepentido,

para que unidos en legítimo matrimonio puedan darte un nombre. La mujer es la llamada a inmolarse si es preciso, en aras del honor, y sobre todo, por afecto a sus hijos; si no ama a tu padre, si siente ese odio que tú dices, ocasionado por sus sufrimientos, debe sacrificarse y procurar borrar ese sentimiento de su alma en obsequio a ti, para hacerte completamente feliz.

—Es verdad, Coronel; ¡cuánto he sufrido cada vez que he pensado en eso!, ¡cuánto temí ser rechazado por Oliva y sus padres!

—Julio –dijo Oliva–, te amé por ti, no por tus antecedentes.

—Gracias, Oliva mía –dijo Julio, enternecido.

—Bien pues –repuso el Coronel–, yo me encargo de que unidos todos hagamos que Melania perdone.

—Elena, que es a quien mi madre ama más, después de mí, no quiere perdonar tampoco.

—Elena es muy noble y la reduciremos; eso quiere decir que lucharemos primero con una y después con otra. Déjenme los papeles, yo hablaré ahora mismo con Octavio y Alberto que sé que me ayudarán; entre tanto, esperemos de la Providencia.

Luego que Julio llegó a su casa, escribió a su padre lo que sigue:

Querido padre mío:

No puedo, no debo aceptar la donación que me haces de tus inmensas riquezas viviendo tú; pero eso lo arreglaré yo a mi antojo; quiero antes decirte algo más interesante.

Cuanto me dices de mi querida madre lo sabía: ya había gozado de la felicidad de estrecharla en mis brazos y sentir en mi frente sus besos maternales, ¡pobre madre mía!, ¡creí que podía morir de la alegría que experimentó al encontrarme! ¡Si tú la hubieras visto, padre mío! ¡Cuán bella estaba con su rostro iluminado y radiante por las santas emociones del amor materno! ¡Cómo habrías gozado contemplándola! En medio de aquella ventura que gozaba te eché tan de menos que mi frente se nubló de tristeza. ¿Sabes por qué? Porque no estabas tú compartiendo conmigo el placer de haberla encontrado, porque no podías decirle: Melania, único amor mío, ven a mis brazos: unámonos ante Dios para siempre y démosle un nombre que la sociedad reclama al fruto querido de nuestro amor. ¡Oh!, ¡cuán feliz habría sido yo entonces, qué inmensa mi satisfacción! Ven, pues, padre querido, ven, ansioso te espera tu pobre hijo

Julio

Julio enseñó la carta a Oliva y la envió a su padre.

El Coronel llamó a Julio y le dijo:

—Alberto y su padre son de los nuestros, empecemos con las dos damas el ataque; toma la carta de tu padre y haz que la vea Melania: procura conmoverla y ven con el resultado.

Julio se dirigió a la habitación de su madre.

—¡Hijo de mi corazón! –dijo esta al verlo–, ¡qué feliz soy! Créeme, a veces me parece no es cierto que estás conmigo.

—¡Eso quiere decir que me amas mucho, querida madre!

—¿Y lo dudas?

—¡Oh, no, madre mía!, ¡cómo dudar del amor de una madre, cuando son las que más aman en el mundo! Una madre todo lo sacrifica por sus hijos, y sabe satisfacer sus deseos y hasta sus caprichos.

—Es verdad, Julio mío, yo te amo de una manera inexplicable.

—Y sin embargo, no soy completamente feliz, a pesar de poseer todo tu amor.

—¿De veras? Yo lo comprendo, estás enamorado; pero dime, ¿para cuándo has dejado tu matrimonio?

—¡Quién sabe! –dijo Julio, con tristeza y suspirando involuntariamente.

—¡Cómo! –dijo Melania–, ¿por qué esa demora indefinida?, ¿tienes algún inconveniente?

—¡Oh!, sí: no lo haré hasta no llenar un requisito que deseo.

—¿Y cuál es ese requisito?

—Uno que creo muy difícil.

—¡Difícil! –dijo Melania–, ¿cómo?, ¿por qué?, ¿cuesta dinero? Yo tengo bastante, Julio, gasta cuanto quieras.

—Yo poseo millones, madre mía, y de nada me sirven; tu pobre hijo no es feliz.

—¿Qué dices, niño? ¿Estás disgustado con Oliva? ¡Cálmate! Esa nube desvanecerá.

—¿Disgustado con aquel ángel? No, madre mía: ni ella ni yo seremos completamente felices si se desvanece mi esperanza.

—¿Y qué os falta, Julio? Habla, por Dios, ábreme tu pecho, hijo mío.

—¡Madre mía! –dijo Julio–, me falta mi padre, me falta tu perdón para él.

—Pero, Julio, ¿has olvidado que tu padre fue un infame?

—¡Madre!, ¡él está arrepentido!

—No lo creo, Coenta no tiene corazón.

—Coenta no lo tuvo por su sed de oro; pero Claudio Brebante, confeso, arrepentido y castigado por él mismo, lo tiene muy grande.

—¿Qué dices?

—Lee, madre mía, lee esta carta de mi desgraciado padre, que tiene su alma herida de muerte.

Melania tomó la carta y la leyó con avidez; de sus ojos se desprendieron lágrimas que rodaban por sus pálidas mejillas y caían en su pecho; su mano temblaba sosteniendo el papel.

—Y bien, madre mía –dijo Julio, cuando ella terminó la lectura de la carta–, ¿Claudio Brebante está arrepentido?

—¡Pobre hombre! –murmuró Melania.

—¿Le compadeces, madre mía?

—Admiro que pueda haber en él esta transformación.

—¿No lo perdonarás?

—¿Qué dirán los que saben su crueldad conmigo? Julio, déjame meditar esta carta, después te la devolveré.

Julio se retiró.

Ya habían pasado tres días: Julio escribía a su padre diariamente y este nada le contestaba sobre la carta en que le decía que estaba al lado de su madre, rogándole que viniera: estaba inquieto, temía por su padre. Al fin se determinó a escribir a Lorenzo pidiéndole informes de él.

Melania estaba casi inclinada a perdonar; pero no lo decía; y Elena silenciosa esperaba su resolución.

Julio hacía sus preparativos para ir a saber qué era de su padre, cuando recibió de Lorenzo la carta que sigue:

Querido Julio: Tu carta primera ha sido un balazo a quemarropa para tu pobre padre: al leerla y saber que estabas con tu madre, inclinó la frente y se encerró en su cuarto. Viendo que no abría, a la mañana siguiente llamé y al fin pude entrar. El pobre amigo estaba pálido, con los ojos encarnados como que había llorado mucho. Créelo, Julio, me enternecí al verlo y mis ojos se llenaron de lágrimas; él entonces se arrojó en mis brazos diciendo: "Soy muy desgraciado. Lorenzo, esta es la expiación de mi crimen". "Calmaos –le dije–, todo se arreglará; voy a

disponer nuestra partida; la madre de Julio sabrá perdonarte, cálmate…". "Jamás, jamás me presentaré ante ella. ¡Oh! ¡Melania!, mi amor a ti es mi castigo. ¡Lorenzo!, hoy la amo más que antes". "Vamos, don Claudio: mal de amor tiene remedio: vamos a Caracas". "Nunca, nunca". Pasó el día agitado: por la tarde le dio fiebre, llamé a un médico y cuando llegó ya había perdido el conocimiento; se mantiene en un delirio espantoso. No habla más que de Melania; yo creo que tú debes venirte cuanto antes, me parece tu padre malo. Adiós, hasta luego que vendrás.

Lorenzo

Julio partió inmediatamente, pero al despedirse dejó a su madre la carta de Lorenzo.

Encontró a su padre sumamente grave: no lo conocía, hizo venir todos los médicos y escribió a Deusdedit, pidiéndole tres de los mejores médicos de Caracas, diciéndole el estado alarmante de su padre; junto con los médicos vino una carta de Oliva, que trajo Alberto; en ella le decía:

Tu madre no cesa de llorar y ha enseñado a todos la carta de Lorenzo. Yo creo que tú debes llamarla a tu lado junto con toda la familia; y puedo asegurarte que ella al ver a tu padre no podrá disimular más, y su amor adormecido se despertará apartando todo otro sentimiento. Tú lo pensarás.

Julio corrió a la mesa y escribió lo que sigue:

Querida madre mía: Estoy sumergido en el más acerbo dolor… mi infeliz padre se muere… ¡Cómo estará mi alma al trazar tales palabras…! ¡Me veo solo, abandonado, sin tener quién me consuele en esta hora tremenda…! Si Oliva fuera mi esposa, tendría ese seno cariñoso donde verter mis lágrimas… pero estoy solo… enteramente solo…

No me atrevo a decirte, ven, madre mía... tu orgullo te prohíbe consolar a tu hijo afligido y perdonar al padre de ese hijo desgraciado… Si los viera a todos aquí… si sintiera vuestros acentos, dándome consuelo… pero eso no podrá suceder: debo apurar mi pena, solo y desesperado. Bendice a tu hijo, madre mía.

Julio

Melania leyó esta carta en alta voz, rodeada de todos; al terminarla se arrojó bañada en llanto en los brazos de Elena, diciendo:

—Amiga mía: vamos conmigo a consolar a Julio, a ver y perdonar a su padre.

Melania no se separó más del lecho del enfermo. Su amor había nacido ante tanto padecimiento como el que sufría Claudio. A los tres días, Coenta abrió los ojos débilmente. Melania y Julio recibieron aquella primera mirada. Él los volvió a cerrar y murmuró:

—Siempre ellos, siempre fijos en mi mente. Melania, mi solo amor y mi solo remordimiento… Julio… Oliva…

Melania quiso hablar y Julio la detuvo con un gesto. Claudio añadió:

—Lorenzo, dame de beber, tengo sed.

Julio presentó a su padre una copa donde estaba preparada una bebida refrigerante. Claudio se incorporó, ayudado de Julio, y bebió con avidez, cerró los ojos y se quedó dormido.

Al siguiente día los médicos lo hallaron mejor. Melania se había retirado a la pieza inmediata para que Claudio no sufriera algún retroceso con la emoción que experimentaría al verla.

Al fin volvió en sí y conoció a todos: el placer de verse rodeado por Julio, Oliva y su familia se retrató un instante en su semblante, luego murmuró, por lo bajo, con tristeza: “Todos, todos, menos ella”.

Todos guardaron silencio. Julio le dijo, besándole la frente:

—Cálmate, padre mío, ten fe, la felicidad te sonríe.

—¡Ojalá! –dijo el pobre enfermo débilmente.

—Vamos, Brebante –dijo Elena con afecto–, no penséis en nada, sino en curaros para ser todos felices.

—¿Me perdonáis, Elena? ¿Ofrecéis vuestra amistad todavía al criminal Coenta?

—Callaos –dijo Elena–, callaos y esperad de Dios todo lo bueno.

—¡Oh!, ¡gracias!, hoy me siento feliz.

Pasaron tres días. Claudio iba mejorando; pero no había visto a Melania.

El Coronel pasaba largas horas en su cuarto leyendo algo: cuando Claudio empezaba a hablar, él lo mandaba a callar. Ese día leía el *Diario de Avisos*, cuando Claudio le dijo de repente:

—Villareal, ¿habéis descubierto el pero de aquella noche? Hoy sabéis lo que soy, debe usted haberlo comprendido todo.

—Callaos, hombre –le dijo el Coronel–, no habléis que os hará mal.

—Han debido dejarme morir, Coronel.

—¡Morir! –dijo Villareal, riendo–, ¡morir! No penséis en eso, y callaos.

—¿Qué hago con la vida, siendo tan desgraciado?

—Bien, ya que estáis tan temerario, que no guardáis silencio ni os estáis quieto, yo me voy a hacer el sordo.

—Villareal, ella no quiso venir, eso prueba que me tiene odio… que soy un infame.

El Coronel guardó silencio. Claudio continuó.

—Sí, ¿cómo va a ver con serenidad al hombre que la condenó al martirio? Ella tiene razón en no haber venido, en vengarse de su verdugo.

El Coronel se movió y tosió: se conocía que no podía contenerse ya. Claudio añadió:

—Si un solo instante pudiera verla, Coronel, si pudiera estrecharla en mi seno, pedirle perdón, hacerla mi esposa.

—Tomar por completo la trinchera, no es esto, hablador incorregible, sabed que el enfermo está sometido al médico, como el soldado al jefe, y usted no observa esa ley.

—Me callaré, pues, pero ella tiene razón en castigarme y gozarse en su venganza.

—Unís al delito de insubordinación el de calumniador, Brebante.

—¿Por qué?, decid.

—Porque Melania es un ángel.

—¿Me perdonará?

—Callaos, no habléis más –dijo el Coronel, exasperado.

Julio entró en ese momento, seguido de Oliva, Elena y Octavio, y acercándose a su padre le dijo:

—¿Cómo te sientes, padre mío?

—Sufriendo mucho, Julio.

—¿Qué sientes de nuevo?

—Me duele el alma, hijo mío.

—Deja esos dolores morales para cuando sanes: por ahora solo debes pensar en reponerte.

—¿En reponerme?, eso es porque no conoces cuán hondo es mi pesar, ¡que no piense… sino en reponerme…!

—Sí, Brebante –dijo Elena–, debéis tener juicio y no pensar sino en acabar de curaros, porque nos hacéis falta.

—¡Falta! Elena, un criminal como yo está demás en el mundo.

—Callad, padre mío –dijo Julio, con ternura–, callad.

—Julio, yo no podré curarme hasta no oír de los labios de tu madre que me perdona.

—Esperad, padre, que aún podéis ser feliz.

—No lo seré hasta no verla: yo no le exigiré que me ame ni que sea mi esposa. Yo he sido un monstruo para esperar tal dicha; pero quiero oír de sus labios la palabra de perdón.

Un suspiro se sintió hacia la puerta que cubría una cortina.

Julio se conmovió al sentirlo, y dijo a su padre con precipitación:

—¡Padre!, ¿quieres ver a mi madre? Pues bien, la verás –y dirigiéndose a la puerta, cayó de rodillas, diciendo–: ¡Oh!, venid, venid, por piedad.

—¿Dónde está? –dijo Claudio, incorporándose con debilidad–, ¿dónde está?

La cortina se alzó, y Melania, pálida, enternecida pero sonriente, tomó a Julio de la mano y dirigiéndose al lecho, dijo:

—Coenta, aquí estoy…

Claudio exhaló un gemido: tendió los brazos, como para estrechar en ellos a Melania, y cayó desplomado en el lecho. Un solo grito se escapó de todos los pechos, pero solo era un desmayo. Cuando los cuidados lo hicieron volver en sí, buscando con la vista a Melania y juntando las manos, le dijo débilmente:

—¡Melania!, perdón: soy un infame; ¡pero tú eres un ángel!

—¡Oh!, ¡calla! No hables del pasado: si yo no lo hubiera olvidado perdonándote, ¿estaría aquí?

—¡Dios mío! –dijo Claudio–, no quiero morir: déjame la vida hoy que arrepentido y redimido por su amor, puedo aún ser feliz y hacerla dichosa. ¡Tú sabes que desde que la abandoné yo no he probado la felicidad!

—Serenaos, Brebante –dijo Octavio–, puede haceros mal tanta emoción.

—Sí –dijo Melania–, cálmate, tiende un velo a lo pasado, ve solamente a tu familia que te rodea y te ama hoy.

En efecto, Claudio se repuso rápidamente, y pocos días después, en la modesta Capilla del pueblecito de El Cojo, él y Melania recibían la bendición nupcial que un Reverendo Capuchino les daba, y Julio era reconocido y legitimado por ambos.

Cuando regresaron a Caracas, la señora de Brebante era presentada como esposa de Claudio desde antes de nacer Julio.

Este y Oliva se unieron pocos días después para siempre en matrimonio, sin que la sociedad caraqueña conociese los secretos de aquella historia.

EPÍLOGO

HABÍAN PASADO SEIS meses de los acontecimientos que hemos narrado. Oliva y Julio disfrutaban de una felicidad sin restricción. Melania y Claudio se amaban más que nunca: eran dichosos; solo Elena y Octavio no gozaban de esa dicha, viendo a su hijo Alberto mustio, taciturno, silencioso. Cuando por casualidad le preguntaba Elena: “Alberto, ¿qué tienes?”, él contestaba: “Nada”, y huía de ella.

Elena, que había logrado que el Coronel no se separara de su lado, por ser Rosina su sola compañera, resolvió valerse de ella para descubrir el secreto pesar de Alberto.

Esta pobre niña, siempre triste y buena, llegó a ser idolatrada de toda la familia y ya casi se habían acostumbrado a verla abatida, creyendo que aquella tristeza se había hecho natural en ella, no obstante que era antes tan viva y alegre.

Cuando Elena preguntó a Rosina cómo descubriría la causa del pesar que se veía en Alberto, ella le contestó:

—Elena, ofrezco a usted poner todos los medios posibles para averiguarlo.

—Yo creo que en Alberto hay algo de amor, y esto me hace sufrir, pues a veces me figuro que lucha porque se halla enamorado de un ser indigno de él, y teme darnos ese pesar.

—También puede amar algún ser que no lo ame.

—También, y quizá sea tanto que quiera morir por quien no lo ame.

—Tranquilícese, Elena: pondré todos los medios posibles para que recupere su alegría y felicidad, aunque para ello haga yo el último sacrificio.

—¿Qué dices de sacrificio, Rosina?

—Dije mal, Elena, quise decir esfuerzo.

—Bien, descanso en que cumplirás lo que me ofreces.

—Haré cuanto pueda, Elena.

Desde ese momento, aquella noble criatura formó el propósito de hacer la felicidad de Alberto. Ella sabía que era su amor a Elvira lo que le hacía

sufrir y se propuso a conquistar de nuevo el corazón de aquella niña para él.

Al efecto trató de frecuentar la amistad de unas amigas con quien Elvira la tenía muy íntima. Su objeto fue conseguido, allí la conoció y le fue presentada.

Elvira era franca y expansiva y tuvo a Rosina sincero cariño. Entre las jóvenes pronto se estableció la confianza y Rosina la obtuvo de Elvira toda entera.

Un día que las dos estaban solas le dijo Rosina:

—¿Dime, amiga mía, no has amado todavía?

—¿Amado? –dijo Elvira, haciendo un mohín–, no, querida Rosina: yo así lo creo, aunque he tenido muchos pretendientes.

—Y bien, ¿alguno de tantos no ha conmovido tu corazón?

—No sé, amiga mía, pues solo me he reído de sus falsas promesas.

—¿Y cuál de ellos te ha impresionado más y recuerdas conmovida?

—El último –dijo Elvira, riendo.

—¿El último? –dijo Rosina, estremeciéndose involuntariamente.

—Sí, a ese creo que lo amo, porque lo recuerdo sin cesar.

—¡Oh!, gracias –dijo Rosina con los ojos brillantes por las lágrimas–, gracias, por él. Es bien desgraciado por tu amor.

—¿De veras?, ¿te lo ha dicho, Rosina?, ¿dime, cuándo?

—Desde que tú le hiciste creer que no lo amabas ya.

—Pero si no le he dicho que lo amo, ¿cómo puede ser eso?

—A mí me ha manifestado él que tú le decías que lo amabas.

—¡Yo! Ha mentido, ¿lo creerás? Me ha faltado valor para hacerlo.

—Pero Alberto lo habrá comprendido así.

—¿Alberto? –dijo Elvira soltando una homérica carcajada–, ¡Alberto! ¡Pobre soñador!, harto me he reído de él.

—¿De modo que tú no lo amas, amándote él tanto, Elvira?

—Amándome; dile que no pierda su tiempo en mentir: dile que después de él me he reído de tres, y que ahora tengo entre manos a un interesante inglesito que me gusta por su laconismo.

—¡Pobre Alberto! –dijo Rosina, conmovida.

—No seas niña, Rosina, no compadezcas a ningún hombre. El adagio dice “que no se escarmienta con mal de otro”, pero yo he oído tantas infamias de los hombres que he jurado reírme de ellos para vengar a las mujeres.

—Mal hecho: estos no son aquellos.

—Todos son unos, y deben sufrir.

—Eres injusta y hasta cruel; Alberto te ama con delirio.

—Puede ser… pero no me gustan hombres tan sentimentales. Pero dime ¿lo conoces?

—Lo amo como a mi hermano.

—Lo siento, amiga mía: te amo de todo corazón y deseo que nada enturbie nuestra amistad.

—No temas eso, Elvira; pero sufro por él, porque sé lo que padece por tu amor.

—No creas eso, Rosina; él ya ni me recuerda y me atrevería a asegurarte que otra mujer será la causa de su tristeza.

—¡Otra!, no, Elvira, él te ama mucho y me ha dicho en su desesperación: "esa mujer ha secado las bellas flores de mis ilusiones; esa mujer ha agotado la fuente de mi amor; esa mujer, en fin, ha evaporado la esencia de mi alma, dejándola aridecida".

—Linda poesía –dijo Elvira, riendo con alegres carcajadas–; pero para no disgustarte voy a hacerte una promesa para tu defendido.

—Veamos cuál es.

—No me he comprometido con el inglés todavía: yo te autorizo para que sondees el corazón de Alberto, y si aún siente por mí ese amor que te pintaba ahora meses, te ofrezco por nuestra amistad despedir al míster y entregarme por completo a mi soñador Alberto.

—Gracias –dijo Rosina estremeciéndose–, gracias, Elvira.

La pobre niña quiso ocultar su emoción, pero dos lágrimas rebeldes rodaron por sus pálidas mejillas.

—¿Lloras? –dijo Elvira, conmovida.

—Sí –dijo Rosina–, el placer que me han causado tus palabras me ha enternecido: le debo mucho a la familia Deusdedit.

—Tú eres un ángel, Rosina; y aunque siento algo que me parece amor por el inglés, yo procuraré olvidarlo cuando me traigas la certeza de que aún me ama tu protegido.

—Está bien –dijo Rosina, estrechándola entre sus brazos, y dándose un dulce beso se separaron.

Cuando Rosina llegó a su casa se encerró en su cuarto y allí devoró su dolor; así fue que cuando bajó al comedor, solo se notaba en ella una palidez

muy marcada.

—¿Qué sientes, hija mía? –dijo el Coronel alarmado al verla.

—Me duele un poco la cabeza; pero esto pasará.

Alberto fijó en ella la vista y la contempló largo rato; al sentarse a la mesa se colocó a su lado y le dijo en voz baja:

—Rosina, tú tienes algo más que dolor de cabeza, dime, ¿qué sientes?

—Nada, deseo hablar contigo a solas: iremos a la ventana.

—Está bien, al terminar iremos.

Rosina y Alberto pudieron al fin hablar a solas como ella lo deseaba.

—Y bien –dijo Alberto, fijando sus ojos en Rosina, llenos de amor–, ¿qué quieres decirme, querida amiga mía?

—Sabes –dijo ella bajando sus ojos, para no encontrar la mirada de Alberto, que la turbaba–, ¿sabes que Elvira te ama y llora tu ausencia?

—¿Sufre, llora? –dijo Alberto, riendo con desdén–. Las mujeres coquetas, veleidosas, como ella, Rosina, ni aman ni sufren nunca.

—Eso crees tú; pero yo lo sé por ella misma. Vuelve a ella, Alberto: recobra tu perdida alegría y torna a ser feliz entregándole tu amor.

—Jamás –dijo Alberto–, ¿pero a qué recordar esa mujer?

—De modo que tú no la amas ya, ¿cómo has podido olvidarla tan pronto? ¡Oh!, yo no comprendo eso.

—Mujeres que, como ella, juegan a su antojo con el amor que se les ofrece, puro y espontáneo, cuando el desgraciado que fue tan torpe para amarla, la conoce y reflexiona, el amor que por ella sentía se convierte en desprecio.

—De modo que tú no solo has dejado de amarla, sino que la has olvidado.

—Sí –dijo Alberto.

—Y entonces, ¿por qué estas triste, meditabundo, casi puede decirse sombrío?

—¿Por qué?, ¡Ah! Rosina, porque soy muy desgraciado.

—¿De veras?, ¡pobre amigo mío! Y aunque tú quieras decir que has olvidado a Elvira, es su amor e ingratitud los que traen a tu alma esa tristeza que te abruma.

—¡Oh!, no lo creas; no es esa la causa de mi dolor.

—Y entonces, ¿qué te hace sufrir? Habla, Alberto, ábreme tu corazón, yo te lo ruego para ver si puedo darte la felicidad.

—¡Darme la felicidad! Rosina querida, Rosina, te lo diré todo… todo si me la ofreces –dijo Alberto agitado, conmovido.

—Sí, habla amigo mío, yo haré todo por verte feliz.

—Rosina –dijo Alberto con pasión–, amo a otra mujer con toda mi alma, y no podré dejar de amarla porque esa mujer es un ángel.

Rosina soltó una alegre carcajada, recordando la profecía de Elvira.

Alberto la vio sorprendida y dijo:

—¿Te ríes, Rosina?, te ríes… ¡Ah!, tú te burlas de mi amor y desesperación porque no ves cómo tengo el corazón: te ríes porque no alcanzas a comprender la lucha en que está. Si la conocieras, en vez de reírte me compadecerías.

—¿Pero cómo has podido tan pronto variar de objeto en el amor? Yo no puedo comprender eso.

—Tienes razón: tú no lo comprendes, porque tú eres una de esas mujeres excepcionales que aman una vez sola.

—Es verdad: el amor verdadero se arraiga del alma de una manera profunda y nada puede destruirlo. La imagen del ser amado no puede olvidarse nunca –dijo Rosina, con tristeza.

—¡Feliz!, mil veces feliz tu primo Alfonso que posee de ti ese amor divino.

—¿Y quién es esa mujer que amas hoy? –dijo Rosina, con interés.

—Esa mujer, amiga mía, es para mí un imposible porque no es libre su corazón.

—¿Y para qué alimentas ese amor, Alberto? Tú debes olvidarla.

—¡Olvidarla!, ¡nunca!, no puedo. Cuando enamoré a Elvira embriagado por sus coqueterías, ya esa mujer había conmovido mi corazón, y cuando abrí los ojos, cuando volví de la fascinación a que me había sometido Elvira, pensé en ella, la busqué, pero amaba a otro con el cual deberá unirse para siempre. Así pues, te ruego que cortemos esta conversación que me hace sufrir mucho. –Al terminar estas palabras se separó de la ventana y se alejó rápidamente.

Pasaron muchos días: Alberto no estaba nunca en la reunión de la familia; podía decirse que la esquivaba.

Alfonso, el primo de Rosina, debía casarse dentro de pocos días; por este motivo los preparativos de su matrimonio lo hacían venir con frecuencia a Caracas. Una tarde que estaba en la habitación de su tío, suplicó a este que

mandara a llamar a Alberto para hablar con él. El Coronel en persona fue a llamarlo a su habitación.

Alberto y el Coronel llegaron en el momento en que Alfonso mostraba a Rosina un rico anillo y hablaba con ella en voz baja. Alberto se detuvo, y fijando en ellos la vista, palideció de una manera notable.

Alfonso, al verlo, le salió al encuentro y le tendió la mano con afecto.

—Me habéis llamado, ¿qué queréis?

—Alberto –le dijo–, estoy agradecido a todos ustedes por lo bien que han tratado a mi tío y mi querida prima, y no encontrando como significaros mi gratitud, os he elegido como padrino para demostraros de algún modo mi afecto y estimación.

—¡A mí! –repuso Alberto admirado y dando un paso atrás.

—A vos –dijo Alfonso–, ¿os ha disgustado la elección?

—No, no, por el contrario, seré vuestro padrino, y cuando yo te deje feliz con ella, me iré lejos, sumamente lejos, ¿pero cuando os casáis?

—Dentro de ocho días –contestó Alfonso.

—¡Tan pronto! –dijo sobresaltado.

—Harto se ha demorado, debía haberlo hecho antes –dijo Alfonso.

—Es verdad: yo sé que la novia te ama mucho y te felicito.

—¡Oh!, sí, me ama con toda el alma.

—Todos se irán casando –dijo Alberto–, yo me quedaré viéndolos a todos felices.

—Tu turno te llegará –dijo el Coronel–, y tal vez pronto.

—¿Yo, Coronel? Yo no me casaré nunca –dijo saliendo de la habitación sin despedirse de Alfonso.

—Este joven está como atolondrado –dijo el Coronel, pensativo.

—Es que está enamorado –contestó Rosina.

—Pues que se case –dijo Alfonso–, es el único remedio que cura ese mal.

Alberto casi no salía de su habitación y con nadie hablaba del matrimonio de Alfonso. Elena y Octavio estaban seriamente alarmados al verlo tan sombrío y hablaron con Oliva y Julio de la pena que tenían. Estos resolvieron pasar unos días en la casa de sus padres a ver si lograban distraerlo.

—Alberto –le dijo Oliva, entrando en su cuarto–, hemos venido a pasar unos días con ustedes y te encierras en tu cuarto como para evitar vernos;

esto me entristece, hermano mío.

—¡Oh!, querida hermana: no me aflijas creyendo eso; es que estoy arreglando mis asuntos para irme a dar un paseo por las Antillas.

—¿De veras? Lo celebro; con ese paseo tal vez recuperes tu perdida alegría, porque te noto triste.

—¡Triste!, no, Oliva, ¿por qué? Si por el contrario debo estar contento viéndolos a todos felices.

—Vamos –dijo Julio–, tú no has adivinado lo que tiene nuestro querido Alberto; yo sí.

—¿De veras?, ¿y qué es, Julio?

—Que está enamorado.

—¿Enamorado? –dijo Alberto, exhalando un suspiro–, ¿y de quién?

—Eso puede ser; tú padeces de amor, Alberto, dime, soy tu hermano, ¿quién es ella?

Alberto inclinó la cabeza y guardó silencio.

—Hermano mío –continuó Oliva, rodeándole el cuello con sus brazos y acariciándole con la mano sus negros cabellos–, ¿por qué me cierras tu corazón?, ¿por qué retiras la confianza a que me tenías acostumbrada? Dime, mi Alberto, mi querido hermano, ¿quién es el objeto de tu amor?

Alberto lanzó un hondo suspiro, inclinando la frente en el seno de su hermana.

—¡Alberto! –dijo Julio–, ¿has dejado de ser hombre que así te abates? Si amas a una mujer, manifiéstaselo y a todo trance trata de conquistarla, pero no te aflijas de esa manera.

—¡Julio!, la mujer que amo va a casarse dentro de tres días y yo voy a ser el padrino de su boda.

—¿Y cómo haces eso? ¡Cuánto vas a sufrir, hermano mío! –dijo Oliva.

—Esa mujer la conocí siendo casi un niño y, sin comprenderlo, la amaba con ese primer amor del alma que no se olvida jamás; amor que por su propia pureza es tímido y no da valor para hacerlo conocer. Yo sentía a su lado un bienestar indefinible y procuraba aprovechar los momentos en que pudiera estar junto a ella; cuando me atrevía a lanzarle una galantería se turbaba, pero me sonreía con dulzura: así pasamos algún tiempo; mi desgracia me hizo conocer otra mujer bella, excitante, coqueta; mujer que me enloqueció, y en la embriaguez de su amor volcánico que me inspiraba, lo olvidé todo, hasta el ángel de mi amor, del cual me desvié casi sin pensar.

—Y bien –dijo Julio–, ¿hoy encuentras que ama a otro? Eso quiere decir que no te amaba y que no debes entristecerte por ella.

—Ella tiene razón; pues yo, haciéndome la ilusión de que solo la estimaba como amigo, no le oculté el amor que sentía por aquella, y le hablaba de él a cada paso; pero Elvira jugó bien con mi pasión y se rió a su antojo de mí, abandonándome después para entretenerse con otro. Ese amor que creía extinguido en mi alma, cuando me hallaba fascinado por Elvira, renació después potente… era ya tarde: iba a casarse con Alfonso Villareal, el cual quiere lo apadrine, lo que he aceptado para castigarme el desvío que hizo que él me la robase.

—¿Conque la mujer que amas es Julia, la novia de Alfonso? Dime, ¿dónde la conociste?

—¡Julia! –dijo Alberto sorprendido–, ¡Julia!, ¿quién es Julia, Oliva?

—¡Alberto!, querido hermano: tu cabeza flaquea, tranquilízate, no hables más de esto –dijo Oliva, asustada.

—¿Qué me calle, cuando dices que no se casa con Rosina? Repítelo que no es con ella, hermana mía.

—¿Luego la que amas es a Rosina?

—Sí, hermana querida, con toda mi alma; ¿pero cómo puede ser esto?

—Julio, quédate con Alberto, mientras yo voy en busca de Rosina –dijo Oliva saliendo precipitadamente, y no se detuvo hasta no estar en el cuarto de su amiga, que le salió al encuentro, diciéndole:

—Oliva, ¿qué traes que vienes tan agitada?

—Hermana mía –dijo Oliva, arrojándose en sus brazos–, vengo a arrancarte un secreto que a todos nos hace sufrir; por piedad, compadécete de nosotros.

—Oliva mía, ¿qué deseas? Habla.

—Mi pobre hermano Alberto está desesperado, loco, porque te cree a ti la novia de Alfonso: mi hermano te ama con toda el alma, Rosina.

—¡Cielos! –dijo Rosina trémula, estremecida–, ¿será cierto?

—Sí, amiga mía: tú no debes ocultar por más tiempo ese amor que sientes por él y que ocultas en el fondo de tu alma, yo te lo ruego, porque de lo contrario haces sufrir a mis padres, a Julio, a mí, a él, a todos, Rosina mía. Voy a traer a Alberto.

Pero al salir se presentó Julio con Alberto, Rosina dio un débil grito y se cubrió la cara; él corrió y tomando su mano le dijo con pasión:

—Rosina, querida Rosina, ¿aceptas mi mano y mi corazón que vengo a ofrecerte?

—Alberto –dijo ella, pálida, ruborizada, pero iluminado el rostro de amor y felicidad–, el objeto secreto de mi amor te dirá Oliva quién es.

—Tú, hermano mío, tú.

—¡Dios!, jamás soñé tanta dicha.

Algún tiempo después, con gusto de todos se unieron Alberto y Rosina, completando con su unión la dicha de aquella familia.

UN CRIMEN MISTERIOSO (1889)

Como muestra de gratitud, tengo el honor de dedicar al muy digno Presidente de la República, señor Dr. Juan P. Rojas Paúl y a su respetada y estimable esposa, señora Josefa B. de Rojas Paúl, mi pobre obrita, abrigando la esperanza de que será aceptada por ellos, con la benévola condescendencia que les es característica.

Zulima
(Caracas, 1889)

PRÓLOGO

UNA MAÑANA del mes de enero del año de 1861, los vecinos de los alrededores de la Matanza Real, fueron sorprendidos por un acontecimiento bastante raro en la ciudad de Caracas.

La Matanza Real, como se llamaba entonces, era un edificio derruido donde no se beneficiaba y solo servía de refugio a familias paupérrimas.

Este antiguo edificio, convertido hoy por nuestro Regenerador en elegante matadero, estaba circuido por incultas vegas que servían de camino a aquellos pobres vecinos para ir a surtirse de agua en el río Guaire.

En esa mañana que era fría y neblinosa, y en la vega limítrofe a dicho río, se veían agrupados los vecinos, llenos de sorpresa.

Era la causa, que había amanecido en dicho lugar la ropa blanca y algo del mobiliario de una casa que revelaba ser de una familia acomodada; allí había trajes de señora, de ricas telas, desde la pieza interior hasta las joyas de oro.

La sorpresa era general, pero tras el asombro se alzó la codicia y aquellas gentes empezaron a cargar con todo para sus hogares y en poco tiempo todo fue llevado de allí; pero cuando ya iban a terminar, una anciana se inclinó para tomar un colchón que estaba arrollado, pero al cogerlo, este se desenvolvió y un grito unánime se escapó de todos los presentes.

Al abrirse el colchón, salió de él y cayó al suelo una cortina de damasco desgarrada y toda ensangrentada.

En el colchón había una charca de sangre congelada y en dos partes estaba atravesado por dos puñaladas[97].

El pánico y admiración dejó suspensas a aquellas pobres gentes; pero al fin, una mujer rompió el silencio diciendo:

—Esto ha sido un crimen, un asesinato tal vez.

—Ya lo creo –añadió otra–, pero bien lejos estará el asesino.

—Dios mío, esto es horrible –dijo la primera–, ¿cómo averiguarlo?

—¿Cómo averiguarlo? Con irse a la revolución se salva el que lo hizo, bien lejos estará.

—¡Cielos santos! –dijo una tercera–, ¿cómo dejar esto así?

—Dejándolo –añadió otra–, ¿quién va a descubrir lo que ha pasado?

—¿Quién?, la justicia, el gobierno –dijo la primera.

—Vaya con tu justicia y tu gobierno –añadió otra.

—¿Y quién lo va a hacer si no lo hace él?

—Tiempo le falta al tal Gobierno para pensar en la guerra que lo azota.

—Bueno sería dar parte a la policía.

—¡A la policía! Ve que serás muy atendida.

—Pues yo daré parte, esto no debe quedar impune.

—Apresúrate, tonta, da tu parte, que lo más que conseguirán será que te lleven a la cárcel para que allí pruebes que fue un crimen y en ella crearás mojo.

—Pero eso sería injusto, y hasta criminal.

—Ve pues a decirlo, pero te suplico que no me nombres.

—Ni a mí, ni a mí –repitieron varias voces.

La pobre mujer no se determinó a dar tal parte y fue lo cierto que se llevaron el colchón y la cortina, y a las ocho de la mañana todo había desaparecido, borrando aquellas pobres gentes involuntariamente las huellas de un horrible crimen.

Aquel hecho fue muy presto olvidado, pero doce años después una persona me lo refirió, lo cual me ha dado base para la presente novela.

CAPÍTULO I

BERTA DE SANTELMO

DON PEDRO OSORIO, rico español de los pocos que quedaron en Venezuela, después de la guerra de la Independencia, era el padre de Berta; esta fue la última de sus hijos, por cuya razón siendo ya algo viejo, cuando la preciosa niña vino al mundo, la quiso con el más entrañable cariño; sus gracias inocentes eran su encanto.

Cuando llegó a la edad de empezar su instrucción, don Pedro dedicaba sus horas desocupadas en transmitir a su adorada pequeñuela sus vastos conocimientos, fecundando con sus claras y amorosas explicaciones, el precoz talento de la niña.

Él le hacía comprender las bellezas de la naturaleza e insensiblemente imprimía en su alma y en su inteligencia elevados conocimientos y nobles ideas. Unido esto a la exquisita poesía con que había sido dotada por el Hacedor.

A la edad de diez años, Berta contemplaba con verdadero éxtasis el azul del cielo y los brillantes astros, oía entusiasmada las explicaciones que su padre le hacía de los signos, astros y planetas que cubren el firmamento y los retenía en su memoria de un modo sorprendente.

Estas contemplaciones desarrollaron su inspiración, fortificaron sus facultades intelectuales, aumentaron su sensibilidad, haciéndole concebir sueños indescriptibles.

A los doce años, leía con verdadera pasión los libros de Religión e Historia que su padre le daba, inquiría, preguntaba, y hacía que su padre le hiciera claras explicaciones, que oía con avidez, reteniéndolas en su vasta memoria.

A los quince años era una mujer formada, y poseía completo conocimiento de la historia antigua y moderna, como un complemento a su esmerada educación. Berta era de carácter festivo y tenía en su modo de ser algo de trivial naturalidad, lo cual hacía que muy pocos conocieran lo que encerraba en su cerebro aquella bella cabeza, adornada por una abundante

cabellera rubia, que en preciosos y naturales rizos cubría su cuello y espalda. Su belleza era sorprendente: era blanca, sonrosada, sus ojos pardos adornados por cejas y pestañas negras, hacían contraste con su rubia cabellera; sus labios rojos, bellos y suaves, dejaban ver al sonreír dos hileras de blancas perlas, marcando al mismo tiempo, dos hoyuelos en sus ovales mejillas. Su talle era esbelto, su pecho y brazos esculturales, Fidias no hubiera podido delinearlos mejor; era una de esas mujeres que arrebatan por su irresistible belleza. Dios se recreó en su perfeccionamiento porque le concedió en abundancia hermosura, talento, memoria y poético sentimiento. Era sencilla en su vestir y nunca se adornaba con cintas ni flores. Su belleza se admiraba tal cual era, porque ella no ponía nada que la hiciera sobresalir.

Berta era una excepción de la mujer, porque para ella la coquetería era un misterio.

Su solo placer era el estudio, su solo deseo el saber; pero un acontecimiento vino al fin a despertar aquella alma llena de sentimiento.

Una tarde en que se encontraba la familia reunida en el salón, llegó de visita Esteban de Santelmo, pertenecía este a una de las mejores y más ricas familias de Caracas –era de arrogante figura, bello porte y cultas maneras. La decencia de su familia, su posición y su belleza, lo hacían notable y era recibido con gusto en todas partes. Santelmo era amigo de la familia Osorio desde su más tierna edad, y se había divertido de niño con las gracias de la pequeña Berta, a quien él quería de todo corazón; como se quiere un precioso juguete. Siendo ya adolescente, su familia se ausentó de Caracas, y no volvieron sino ocho años después, su primera visita fue para la familia Osorio. Su llegada causó en ella una sincera alegría, y don Pedro estrechándolo en sus brazos le dijo cariñosamente:

—¡Cuán grato me es veros amigo mío!

—Gracias –dijo el arrogante mancebo.

Luego saludó a todos particularmente, pero a Berta se inclinó cortésmente sin tenderle la mano. Esta le devolvió su cortesía algo turbada.

Esteban tendió la vista por todo el salón y volviéndose a la señora de Osorio preguntó:

—¿Dónde está mi querida Berta? ¿Me habrá olvidado? Llamadla que deseo verla.

—¿Cómo, tan variada la encontráis que no la conocéis? Vedla –dijo, designando a Berta.

—¡Ella! –dijo Santelmo, fijando con sorpresa en Berta su mirada–. ¡Ella! –y luego añadió tendiéndole la mano–: Perdonad, señorita, estáis tan formada, que os desconocí, estáis hermosísima, no podía conoceros.

Berta, sonreída y ruborosa, dejó caer su mano en la que Santelmo le tendía diciendo:

—Gracias, caballero –y añadió más bajo–: sois bien halagador.

La mirada de Santelmo, impregnada de amor y sorpresa, no se apartó de Berta, y esta bajó la suya ruborizada.

Desde ese día, Santelmo frecuentó la casa de Osorio ciego de amor por Berta.

Esta no podía ocultar la viva impresión que él le había hecho sentir, fue lo cierto, que después de mil peripecias para ponerse ambos al corriente del amor que agitaba sus corazones, Santelmo tuvo la certeza de ser amado por Berta con el amor más verdadero, porque ella le dio todo su amor, dejándole ver su alma sencilla y pura y sus más secretos pensamientos, por lo cual aquellos amores fueron un idilio divino. Berta poética y soñadora, Berta que era toda idealidad y sentimiento, enloqueció a Santelmo, el cual, amigo de su libertad y poco constante en el amor, sin saber cómo se decidió a sacrificarlo todo y pidió la mano de Berta, la cual le fue concedida con placer, porque era un excelente partido unido al gran amor que se profesaban ambos. Santelmo era bastante rico y con la mayor brevedad hizo a Berta su esposa.

¡Cuántas horas de inefable dicha le ofreció su encantadora compañera! ¡Cuántos placeres para él desconocidos le hacía saborear aquella mujer poética e ideal! Santelmo los disfrutaba con ávida delicia y fue muy raro que en dos años no pensase sino en el amor de su adorada esposa.

Con otra mujer no habría sido tan larga su consagración. Santelmo era enamorado y veleidoso.

Su felicidad había consistido en sus conquistas y triunfos. Berta pudo adormecerlo dos años, con la embriaguez del amor espiritual que le profesaba. Él, que solo conocía el amor venal de los sentidos, no podía comprender por qué sufría tal variación. A los bailes, a los teatros, a los paseos no le agradaba ir sin su dulce y espiritual esposa, pero pronto un acontecimiento lo privó de tan grata compañía, el cual llenó el alma de Berta de la más inefable dicha de la cual participaba él a su vez.

Berta pronto sería madre, y aquella mujer que era casi una niña, conocía sus deberes y abandonando toda diversión, dejó a su hijo completa libertad para su desarrollo.

Santelmo lleno de alegría, esperaba ansioso el momento de llamarse padre.

La venida del primer hijo al tálamo nupcial es la bendición que Dios envía a los esposos, la cual remacha la cadena que los unió convirtiendo los eslabones en bellas y aromadas flores que exhalan su dulce y suave aroma por la respiración del hijo amado.

—Berta mía –le decía Santelmo–, soy tan dichoso que no extraño mi vida de distracciones y llevo con gusto la sedentaria vida del matrimonio.

—Querido Esteban –le decía Berta–, la verdadera felicidad se encuentra en el hogar doméstico, las alegrías fuera de él, siempre ofrecen al fin penas y desagrados porque el verdadero afecto lo dan la esposa, la madre y los hijos.

—Tienes razón querida mía, yo soy muy feliz, sumamente feliz –decía él.

Berta al fin lo hizo padre: una hermosa niña vino a embellecer su hogar. Santelmo loco de alegría trató de traer nodriza a la niña, pero Berta estrechándole contra su corazón se opuso y dijo:

—Jamás esposo mío, jamás, mi primer y solo placer hoy consiste en llenar mis sagrados deberes de madre.

—Puede, querida Berta, sufrir tu naturaleza, eres demasiado joven.

—Si Dios me hizo madre siendo tan joven, prueba que puedo sin perjuicio alimentar a mi hija.

Santelmo no insistió y Berta consagrada a la crianza y cuido de la niña, lo dejaba solo.

Él ni iba al teatro, ni a las tertulias, con el alejamiento de su esposa sintió aburrimiento, la lectura lo cansaba y al fin terminó por irse solo a las diversiones y paseos, hasta que al fin volvieron a ser para él, el centro de todos sus goces.

Berta lo dejaba en completa libertad, sin comprender que siendo como era por naturaleza veleidoso, se labraba su desgracia ¡pobre Berta!

Ella amaba a su esposo con toda la fuerza de su grande alma, con la acendrada ternura de su rico sentimiento, con la potente fuerza de su claro intelecto y ardoroso corazón, y lo amó tanto que lo amó sin restricción. Apenas de quince años, y siendo su legítima esposa, y aquel su primer y

único amor, no le puso valla a las tiernas y amorosas emanaciones de su alma, y se entregó con embriaguez a disfrutar la felicidad de amar y ser amada.

¡Pobre Berta! Jamás soñó en sus horas de inefable dicha, el cruel desengaño que pronto vendría a desgarrar en sangrientos pedazos, su tierno y sensible corazón; ¡jamás pensó que las bellas ilusiones de su alma se convertirían en negros festones, y dolorosos recuerdos!

¡Pobre Berta! ¡Cuánto tuvo que sufrir su exquisito sentimiento con su desencanto!

Niñas, rechazad con miedo a esos jóvenes imberbes que creen amar y se entregan al matrimonio, porque pasada la primera ilusión dan rienda a sus pasiones y la pobre esposa, la madre de sus hijos, el ser que más los ama en el mundo, viene a recibir en recompensa de tanto amor y abnegación el tristísimo título de "La mártir del hogar", viendo con el alma desgarrada a su esposo de desliz en desliz, sonriendo al principio si os quejáis, y rabiando exasperado al fin al oír vuestros reproches y ver vuestros sufrimientos y vuestras lágrimas.

Santelmo era de naturaleza ardiente, apasionada, de carácter veleidoso, y gozaba en saborear esas emociones nuevas, continuas variaciones de objeto en el amor, que constituyen la felicidad de esos seres fugaces y volubles.

Sin dejar de cumplir los sagrados deberes de esposo y padre, al verse en libertad, dio rienda suelta a sus pasiones que por algún tiempo tuvo contenidas.

Sin dejar de amar a Berta con toda el alma, pronto se le vio una o dos queridas. Él era bastante rico y derrochaba en sus calaveradas el porvenir de sus hijos.

Berta comprendió su desgracia y resignada sufría en silencio sin lanzar ni una queja. Sus caricias para él se fueron debilitando insensiblemente, y llenaba sus deberes de esposa, sonriendo débilmente.

Santelmo, entregado a satisfacer sus pasiones, y gozar de sus placeres, o no notaba su frialdad o hacía que no la comprendía, porque como le era demasiado duro someterse a la vida sedentaria del matrimonio, se aprovechaba en demasía de la libertad, que la frialdad de su esposa le daba.

Berta lo comprendía todo, y silenciosa, devoraba su dolor, esperando que aunque tarde, algún día reconocería su error.

CAPÍTULO II

LA CARTERA

BERTA ACABABA DE LACTAR a su última hija que contaba dos años. En medio de sus penas y desencantos, sus dos hijas eran su solo placer, su sola dicha en el mundo. Cuando su espíritu se rendía abatido, las gracias de aquellas inocentes criaturas le reanimaban, y dulce sonrisa se asomaba a sus labios… Empero, aunque de ánimo fuerte y enérgico corazón, su joven naturaleza se resintió a causa de sus morales sufrimientos y por la debilidad que ocasiona la lactancia de dos niñas seguidas.

Santelmo entregado a sus placeres no observaba el delicado estado de su esposa, que sufría del pecho, amenazándola con morir por la tisis. Su familia temió esta consecuencia y le aconsejó se curase, ella habría dejado seguir el curso de tan terrible mal pero el amor de sus hijos la hizo someterse al diagnóstico de su médico.

—Amiga mía –le dijo el doctor que era un excelente anciano–, vuestro mal reside más en vuestra alma que en vuestro cuerpo.

—¡Oh doctor! –dijo Berta sorprendida.

—Curaréis de él, entre tanto: ejercicio, paseo, leche, distracción y valor, mucho valor.

Desde ese día, Berta salía de mañana con una de sus hermanas, daba un corto paseo después de tomar la leche, y presto volvía al lado de sus hijas.

Santelmo, que se retiraba sumamente tarde, dormía a la hora en que Berta daba su paseo matinal.

Herido el orgullo y el amor de Berta, por la indiferencia con que su esposo había visto su enfermedad, no le habló de los remedios que practicaba para recobrar su perdida salud.

Una mañana, entró Santelmo en la habitación de su esposa. Acababa de llegar de la calle donde había pasado la noche.

Sus dos hijas al verlo entrar, corrieron hacia él tendiéndole sus bracitos.

Santelmo, a pesar de sus deslices, amaba a sus hijas en extremo, y tomándolas en sus brazos las sentó en sus rodillas cubriéndolas de besos y

caricias.

—¿Dónde está Berta? Es extraño que no esté con ustedes.

—¿Mamá? –dijo Alicia (que era la mayor de ellas) – ella fue a pasear.

—¿A pasear? –dijo él admirado.

—Sí, ¿y sabes?, va a traernos dulces y muñecas.

—¿Dónde ha ido tan temprano? ¿Salió sola?

—No, papá, fue con Luisa para que ella traiga todos los dulces y todas las muñecas.

—¿Te gustan los juguetes hija mía?

—Mucho, pero tú nunca me los traes, ella sí.

—Tienes razón, ¡pobrecitas! Desde mañana te ofrezco traerte siempre muchos, muy bonitos, y muy buenos para las dos.

—¡Qué alegría! –dijo la niña batiendo sus manecitas–, ¡qué alegría! Mañana te quiero más, papá.

—¿Me quieres por los juguetes?

—No, por eso no, toma un beso –la chiquitina Teonila le tendió sus bracitos y le ofreció otro beso también.

Santelmo se sintió tan satisfecho con las inocentes caricias de sus hijas, que sonriendo se recostó en el confidente de Berta y se quedó dormido.

La niñera trató de sacar las niñas de allí para dejarlo dormir, pero despertó, y murmuró: “Por cierto que no atino a dónde ha ido Berta”.

Momentos después, se levantó para irse a su habitación murmurando siempre.

—¿Dónde habrá ido Berta? Luisa no es compañía, esto es raro y me sorprende.

Berta llegó poco después. A la hora de almorzar, como su esposo se había recogido tan tarde, no quiso llamarlo y comió sola con sus hijos y una de sus hermanas.

Por la tarde, se sintió fatigada y retirándose a su habitación se reclinó en el confidente en que se había acostado su esposo en la mañana. Su mano tropezó con un objeto, y lo tomó para ver lo que era, en él reconoció una cartera de su marido; casi sin curiosidad la abrió, y vio lo que contenía: eran unas cartas y la fotografía de una mujer bellísima.

El corazón de Berta se oprimió de dolor.

—¡Ah! –dijo la infortunada esposa–, yo no leeré estas cartas, no quiero leerlas.

Y poniéndolas dentro de la cartera, las guardó en el bolsillo y llamó.

—¿Habéis llamado? –dijo un sirviente que vino en el acto.

—Sí, quiero saber si Santelmo está ya levantado.

—Acabo de dejarlo en el jardín ¿queréis que lo llame?

—No, iré yo donde él está.

Berta se dirigió al jardín; su fisonomía se cubrió con la máscara de fría indiferencia con que ocultaba la honda herida que sangraba su corazón.

Otra mujer habría leído aquellas cartas, y promovido una escena tempestuosa, pero ella era demasiado orgullosa y digna para leerlas.

Cuando divisó a su esposo se dirigió hacia él; este al verla ir donde él estaba, se adelantó sonriendo cariñosamente a recibirla, sorprendido de que lo buscase, porque hacía mucho tiempo que ella esperaba que él la llamara, pero jamás iba espontáneamente donde él estaba, y cuando él le decía:

—¿Por qué estás tan alejada?

Ella sonriendo contestaba:

—Porque estoy entretenida con las niñas.

—Eso quiere decir que ya ellas no me dejan jugar.

—No –decía ella dulcemente–. Es que espero a que quieras estar a mi lado.

—Antes no pensabas así Berta, y no te apartabas de mí.

—Antes era diferente.

—¿Diferente?, ¿y por qué?

—Porque con los años varían los gustos.

—Es decir que los tuyos han variado Berta.

—¿Y quién responde que no sean los tuyos?

Por eso al ver que se dirigía a él, salió a su encuentro diciéndole cariñosamente:

—¡Querida Berta!

Ella sacó la cartera de su bolsillo y alargando la mano, se la dio a Santelmo diciendo:

—Tomad, he hallado esto en el confidente de mi alcoba, debe ser vuestro pues sois el único que entra allí; es una cartera, con unas cartas y un retrato.

Santelmo se puso densamente pálido y tomando la cartera –dijo, por decir algo:

—¿Las has leído?

—Santelmo –dijo ella, suave pero con altivez–, jamás cometeré ninguna acción que rebaje mi dignidad de esposa.

—¿Me permites que lo dude querida mía?

—Y por qué dudarlo, ¿no me conocéis?

—Es increíble que teniéndolas en tus manos no las hayas leído, más siendo mujer.

Picada Berta con aquellas palabras, no pudo contenerse y dijo con entereza:

—Caballero, cuando una mujer lee por curiosidad lo que le viene a las manos, la califico necia.

—De modo que tú no las has leído por no merecer ese epíteto –dijo Santelmo en tono burlón.

Berta alzó los ojos y su serena mirada se fijó en su marido –diciendo pausadamente:

—Si su contenido hubiera interesado a mi corazón yo habría tratado de imponerme de ellas.

—¿Cierto? –dijo Santelmo picado a su vez–, ¿o es tu orgullo el que quiere hacerme creer que has visto con indiferencia las cartas y el retrato?

—¿Mi orgullo? –dijo Berta con amarga sonrisa– ¿mi orgullo? Hace mucho tiempo que él no se hiere, por nada que tú hagas.

—Eso como que revela que me ves con indiferencia Berta.

—¡Quién sabe! –dijo ella–, puede que sea esa la causa.

Santelmo no pudo contener un movimiento de impaciencia y dijo en tono de reproche:

—Ya lo creo, quizá tengas algo que te interese más en los paseos matinales que haces casi sola, y que me han sorprendido por cierto.

—Como sola vivo, sola busco mi salud perdida, y esos paseos los hago siempre acompañada de una de mis hermanas –dijo Berta con dignidad.

—¡Tu salud perdida!, ¿estás enferma?, ¿qué tienes? En verdad que te noto bien pálida y bastante delgada.

—Cuán tarde vienes a notarlo, y eso por mi indicación, ¿será eso interés o indiferencia? –dijo Berta, sin poder contener una amarga sonrisa.

Santelmo conoció lo justo de aquel reproche y todo turbado, tomó la mano de su esposa y le dijo con tierno cariño:

—No seas tonta esposa mía, estás amostazada porque has leído esas cartas; no hagas caso de eso vida mía, tú eres sin disputa la reina de mi

corazón.

Berta retiró su mano de la de su esposo, y con sereno continente le contestó:

—Te repito que no las he leído porque nada me interesa en ello, ni tengo como otras mujeres el defecto de la curiosidad.

—Sí, eso es cierto Berta, pensaré dos cosas, la una, que no me amas ya, la otra es que de mujer solo tienes tu preciosa forma.

—Gracias por tu galantería Santelmo, pero puede ser que sean las dos cosas a la vez.

Al terminar estas palabras, Berta se dirigió a la casa, Santelmo se quedó atónito viéndola alejarse; de repente, sintió un golpe en el corazón y la llamó diciéndole con doloroso reproche:

—¡Berta!, pesa las palabras que has dicho.

Ella se volvió y con serena sonrisa le dijo pausadamente:

—Jamás hablo sin pensar mucho lo que digo.

Y sin esperar la respuesta de su esposo, entró a la casa.

Cuando Santelmo vio desaparecer a Berta, su corazón se conmovió de una manera terrible. La fría indiferencia de su esposa lo hizo estremecer, y creyó que había dejado de amarlo; el dolor, algo de celos y el remordimiento de sus faltas, agitaban su corazón. “Si ve con tanto desprecio las cartas y el retrato, es porque en su corazón no hay ya amor para mí”, pensó, su calma, su frialdad, y su sosegado sentimiento todo le revelaba la pérdida de su corazón.

—¡Dios mío –dijo Santelmo–, he perdido mi felicidad! Qué horrible agitación siento. Berta mía, tú eres el amor de mi alma, mi esposa, la madre de mis hijos que idolatro, y a pesar de todo esto, entregado a venales amores te dejo sola, dejo sola tu tierna alma lacerándola con mis faltas. Estaba tan ciego que cuando sonriendo fijabas en mí tu mirada, no veía la melancolía de ella, no veía lo forzada que era tu sonrisa. Debía suceder así, debía ser reemplazado tu amor, por esa fría indiferencia que es el castigo de mis faltas. ¡Pero no! Yo iré a implorar tu perdón y si me lo concedes, juro que no cometeré más errores.

Santelmo se dirigió a la casa y preguntó por Berta, le dijeron que estaba en su habitación y corrió a ella. Berta estaba recostada en el confidente y cubría con su brazo la cara por ocultar las lágrimas que pugnaban por salir.

Al sentir los pasos de Santelmo instantáneamente le vino la reacción y apartando el brazo sonrió dulcemente sentándose. Él se sentó a su lado y le dijo sin preámbulos:

—Berta, tus palabras son dardos envenenados que han herido mi corazón de muerte.

—¡Qué dices Santelmo! ¡En qué te he ofendido! Si he dicho algo que te haya herido como dices, lo he hecho sin intención, decid lo que es y os satisfaré.

—¿Qué, no lo comprendes? ¿Es natural en ti esa fría indiferencia con que me tratas?, ¿ese desdeñoso desprecio con que me ves? ¡Eso no puede sentirlo sino aquel que no ama! Berta mía, dime que has mentido, dime que no has dejado de amarme.

—¿Esteban, te olvidas que eres mi marido?, ¿te olvidas que eres el padre de mis hijos?

—¿Es decir que siempre me amas?, ¿que no me desprecias, que no te soy indiferente?

—No hay mujer que desame y vea con desprecio e indiferencia al hombre que tiene para ella esos títulos.

—¿Es decir que me amas como siempre y me das tu perdón?

—No te empeñes tanto Santelmo en obtener ese perdón, vive tranquilo que desde que me convencí que no basta mi cariño para llenar tu ardiente corazón y que necesitabas otros afectos para ser feliz, te lo concedí por completo por las faltas cometidas, por las que me cometías y por las que pudieras cometerme.

—¡Y dices que me amas! –dijo Santelmo con doloroso reproche.

—Ya antes te he hecho presente los derechos que tienes a mi afecto. Pero te dejo en libertad para que busques en otra parte tu felicidad.

—¡Imposible!, tú no puedes amarme, si realmente me amaras no te expresarías así, porque esa sangre fría para pensar, solo puede tenerla la que tenga el corazón yerto.

—¿Y qué quieres Esteban?, ¿quieres que me cieguen los celos, que llore, me desespere, y rabie? Eso sería una necedad, y conociéndote, no debo tener celos que serían inútiles.

—El que ama de veras Berta, lo siente y lo expresa, el que ama con el alma, no, no raciocina, pierde la razón al tener motivos para sentirlos.

—Yo como otras mujeres, no soy tan loca, que trate de hacerme amar por medio de arrebatos, ultrajes y rabiosas lágrimas.

—Ese modo de filosofar con respecto a tan fuerte pasión como los celos, nace a mi entender de la indiferencia.

—Tu creencia es errónea Santelmo, y para desvanecer las dudas que tengas te diré: yo sé cumplir los deberes que me impone mi estado de esposa, por esa razón, ahogando en el fondo de mi alma la amargura que acibara mi corazón, espero resignada que suene la hora de tu desencanto, y que lleno de hastío entonces por la vida agitada que has llevado, busques mi seno para reclinar tu cansada frente, y en mis brazos olvidar las amargas decepciones que hayas sufrido. Entonces, esposo mío, yo te arrullaré en ellos para hacerte olvidar tu desencanto y espero que aunque tarde encuentres la felicidad, que te guarda tu esposa en ellos.

—¡Calla! Calla por Dios, que me estás matando… esposa mía… pronto, muy pronto buscaré esos brazos y esa felicidad que me ofreces… He sido, y soy un infame –y salió de la habitación como un loco. Si todas las mujeres obraran así, qué de lágrimas se ahorrarían en el hogar doméstico.

Pero por desgracia no sucede esto, y existen muchas, que locas de celos, han llevado su ceguedad, hasta inmolar por el propio placer de vengarse su propia honra, olvidando el respeto que se deben a sí mismas.

¡Desgraciadas criaturas!

CAPÍTULO III

EL ARREPENTIMIENTO

DIEZ AÑOS HAN PASADO después del capítulo que terminamos. Santelmo frisaba en los cuarenta años, Berta tenía treinta y dos. Hacía dieciséis años que eran esposos, pero Santelmo, aunque con más moderación, no dejaba de ser el mismo.

Amaba a Berta, adoraba a sus hijos, pero aquellos afectos no satisfacían por completo a aquel hombre veleidoso, que como el tierno adolescente, vivía sediento de nuevas emociones; los años hacían que ocultara sus errores con el mayor disimulo, pero aunque menos, no dejaba de cometerlos: Berta los conocía todos y resignada sufría en silencio, convencida de que todo reproche era inútil. Cumplía con amorosa solicitud sus deberes de madre, los de esposa, siempre con fría indiferencia.

En cuanto a él, vivía engañado, pues creía que Berta desconocía sus faltas. Su fortuna se había mermado a menos de la mitad, y su esposa, a quien él trataba de ocultárselo, comprendiéndolo, fue poco a poco reduciendo sus gastos, evitó con este o aquel pretexto todo gasto superfluo y se consagró a educar a sus hijos, satisfecha de llenar tan dulce deber.

Santelmo que no quería que ella y sus hijas dejaran de vivir en la abundancia en que habían vivido siempre, contraía deudas, pensó seriamente en abandonar aquellos errores y vivir para ella, porque comprendió que ya estaba arruinado. Tenía una hija de quince años y otra de catorce, y dos hijos varones que educaba en un colegio: la idea de quedar en la miseria lo desesperaba por ellas.

Acababa de llegar una compañía de ópera italiana, esa noche hacía su estreno. Santelmo pensó en Berta y sus hijas, determinó llevarlas al teatro, radiante de contento se dirigió a su casa y buscando a Berta que estaba en su habitación le dijo:

—Vengo para decirte que he tomado una localidad para que vayan al teatro.

—¿Al teatro? –dijo Berta–, ¿para qué?

—Para que goces, para que te diviertas, no sales para nada, vives encerrada y triste.

—¡Divertirme! ¡Un alma que sufre no la divierte nada!

—¡Sufres! ¿Y por qué? Yo procuro tenerte abastecida de dinero para que satisfagas todos tus deseos, ¿por qué sufres?

—¡Dinero! –repitió Berta–, ¡dinero! –e inclinó la cabeza.

—Dinero –dijo Santelmo–, dinero, con él se consigue todo, yo al menos gasto mucho, mucho, pero gozo en extremo.

—¿Es decir que tú compras tus goces?

—Claro está, tú crees que se hallan de balde.

—Creo más, creo que los que no cuestan nada son los que nos brindan la felicidad.

—¡Qué descubrimiento! Dime esposa mía, ¿qué goces son esos que cuestan baratos que yo no los conozco, a pesar de ser uno de los hombres que más ha gozado en el mundo?

—Tienes razón, tú no puedes conocerlos, porque esos goces que no cuestan nada, son los que emanan del sentimiento, los cuales creo que te son por completo desconocidos.

—Según tu forma de expresarte yo no tengo de hombre sino la forma.

—¡Y quién dice tal cosa!

—Tú, esposa mía, si no tengo alma, ni sentimientos ¿qué soy entonces?

—No te amostaces Santelmo; pero el hombre que solo es feliz con los placeres que paga, que desconoce y cree insuficientes los del alma y el sentimiento, tienen sin disputa, de hombre, la forma solamente.

—Vaya, vaya, porque según te expresas soy como la bestia, materialista.

—No he querido darte tan brutal epíteto esposo mío, pero creo que hoy, en el dintel de la vejez, tus sentidos dominan como siempre tu sentimiento, e imperan sobre tu corazón ¡olvidando tus sagrados deberes de esposo y padre!

—¡Qué decís Berta! Según tú, soy mal esposo y mal padre. Mal esposo, y te adoro hasta el grado de no poder vivir sin ti. ¡Mal padre y solo me siento abatido cuando pienso en el porvenir de mis hijos! ¡Ah, Berta! Di que has mentido, dime que erraste al expresarte así, no me mates.

—No, yo no puedo decirte eso, yo por amor a ti y a mis hijos, debo decírtelo hoy todo.

—¿Y por qué hoy y no antes? ¿Por qué si me has creído indigno de ti, has guardado tan largo silencio?

—¿Y qué podría decirle al hombre, que olvidando mi amor y sus sagrados juramentos, se entrega a derrochar su fortuna, para comprar goces y placeres, que yo como esposa no podía ofrecerle? Nada, a la infeliz que tiene la desgracia de tocarle esa suerte no le queda más recurso que devorar en silencio su dolor y arrullar contra su corazón triste y resignado los hijos de su amor, llenándoles sus rostros inocentes y sonreídos, de besos y lágrimas.

—¡Berta…! ¡Querida esposa mía! –exclamó Santelmo agitado y conmovido—: Soy un infame, un hombre sin corazón.

—Santelmo, nunca es tarde para llenar nuestro deber, vuelve en ti, aún es tiempo.

—Pero si lo que dices es verdad, si olvidado de todo, he botado mi fortuna, aunque el arrepentimiento llene mi corazón, yo seré desgraciado aunque desde este momento solo viva para ti y mis hijos, no lo creerás.

Berta tenía fija su ansiosa mirada en aquel hombre que había sido su solo amor en el mundo. Su clara inteligencia le hizo comprender que era sincero su arrepentimiento, su corazón se dilató de placer y poniendo su mano sobre el hombro de Santelmo le dijo dulcemente:

—¡Si fuera cierto eso que dices esposo mío, qué felices seríamos!, aunque algo tarde.

—Berta, ¿lo recuerdas? Tú me dijiste un día estas palabras que no he podido olvidar, óyelas: “Santelmo, el día que suene la hora de tu desencanto y que hastiado busques mis brazos para allí hallar el olvido de tus decepciones, yo te arrullaré en ellos; y entonces reclinada tu cansada frente en mi seno, olvidarás tus dolores, encontrando la dicha verdadera”.

—¿Y ese desencanto, ese hastío, ha invadido tu corazón? Si fuera tan feliz que viera llegar esa hora –dijo Berta.

—Sí, esa hora ha sonado querida esposa mía, yo necesito tu amor, tu ternura, tus caricias y perdón… Soy tan desgraciado que piso el dintel de la ruina… Solo tú con tu juiciosa cordura puedes salvarme, Berta; Berta mía, necesito más que todo en la desgracia que me amenaza, ese amor sublime que guardas en tu gran corazón…

Santelmo no pudo proseguir porque las lágrimas bañaron sus mejillas, sollozando como un niño.

Berta contenía las suyas, que la ahogaban, y abriendo sus brazos –dijo con ternura:

—¡Ven adorado esposo mío, ven…!

Él se precipitó en ellos y sus lágrimas se confundieron, uniendo aquellas dos almas, que no habían dejado de amarse nunca, para no separarse jamás.

CAPÍTULO IV

CUATRO AÑOS DESPUÉS

EL TRATADO DE COCHE acababa de terminar la sangrienta guerra que por cinco años asoló a Venezuela. Guzmán Blanco acababa de ceñir su frente con la página más hermosa de su historia y adornado con tan bello laurel, entregó a Falcón la ciudad y el gobierno conquistados por él.

Los bravos militares de aquella heroica cruzada, después de su triunfo, se retiraban contentos a sus hogares. El Regenerador unido a jóvenes inteligentes, ponía las bases del Gobierno que más tarde engrandecería a Venezuela.

El general Pablo Querales, uno de los militares de esa época, tenía el mando de uno de los batallones que entraron triunfantes a Caracas, el cual, estando todavía en servicio, se quedó en la ciudad, rico y lleno de glorias; era una figura notable. Pronto los salones más decentes le fueron abiertos, donde era recibido con estimación. El de Santelmo fue uno de ellos. Este, ayudado por la herencia de una tía y con su trabajo y economía, había rehecho su fortuna. Su felicidad era completa, y aunque tarde, probaba esas dulzuras del hogar doméstico que le habían sido desconocidas hasta entonces. En cuanto a Berta, era completamente feliz, y se deleitaba en el amor de su esposo e hijos.

Alicia, la mayor, era bellísima, de dulce y suave carácter. Teonila tenía también una belleza admirable pero distinta a la de Alicia, esta era sensitiva, todo la hacía estremecerse a pesar de tener diecinueve años, era siempre dominada por Teonila, que tenía diecisiete, pero viva, resuelta y alegre era la anteposición de su hermana, y con su resolución siempre salía triunfante.

Berta, tenía dos hijos varones que se educaban en un colegio, internos. Cuando el general Querales fue presentado en la casa de Santelmo y vio a la bella y melancólica Alicia, se enamoró de ella perdidamente y frecuentó la casa, pronto se le presentó la ocasión de hacer conocer a Alicia su loco amor y esta al oír las amorosas declaraciones que él le hacía, sintió agitarse

algo extraño en su corazón. La llegada de Querales la sobresaltaba y hacía palidecer, pero al acercarse a saludarla el carmín teñía sus mejillas.

Berta, que observaba a su hija, comprendió que el amor quería anidarse en su corazón, y trató de evitar que siguiera adelante aquella impresión, porque Querales no era de su agrado a pesar de su buena posición.

Cuando se vio sola con Santelmo le dijo:

—Sabes que noto que el general Querales está enamorado de nuestra Alicia.

—Yo también lo he observado.

—Y me parece también que Alicia se impresiona al verlo.

—Ojalá que sea así.

—¡Cómo! ¿Te agradaría que Querales llegara a ser el esposo de Alicia? –dijo Berta sorprendida.

—Ya lo creo, ese sería un brillante partido para nuestra linda Alicia. ¿No lo crees tú así?

—Si he de ser franca, amigo mío, te diré que no.

—¡Que no! ¿Por qué? ¿Sabes algo malo de él?

—No, pero me desagrada ese sujeto.

—Yo creo que nuestra Alicia no piensa como tú, acabas de decirlo tú misma.

—Y esa es la causa que me trae a tu lado, para de acuerdo contigo poner los medios para cortar esto en tiempo.

—¿Con que es cierto que no te agrada Querales o es que como muchas madres no te agrada casar a tus hijas?

—No me desagrada que se casen, por el contrario, pero no me gustaría verla casada con ese hombre.

—Vaya, es puro capricho, piensa en que tu hija será feliz, puesto que ella lo ama, y además esposa mía, convéncete que es buen partido, es rico, de buena familia y tiene una brillante posición; desvía pues de ti ese capricho y propende como yo a que se haga el matrimonio.

Berta no tuvo qué replicar, y se retiró pensativa.

Después de esta conversación, los días se sucedían unos tras otros, sin que Berta y su marido hablaran de aquel asunto; pero el amor de Querales tomaba grandes dimensiones y Alicia lo correspondía.

Al fin, ciego de amor, Querales se decidió a pedir a Santelmo la mano de Alicia, ofreciéndole casarse dentro de dos meses.

Aquella petición como lo comprenderá el lector, fue recibida con placer por Santelmo, que contestó a Querales:

—Yo amo a mi dulce y querida Alicia con toda la fuerza de mi amor paterno. Es la primera hija que he tenido, y si no encuentra en usted todas las cualidades apetecibles para el esposo a quien debo darla, créalo usted no consentiría en vuestro enlace.

—¡Oh!, gracias mi buen amigo; yo juro a usted que haré todo lo posible para después de hacerme digno de tal confianza, remunerar a usted esa estimación que me ofrece, no desmintiendo su creencia.

Santelmo se inclinó y tocó un timbre.

Un criado se presentó y dijo a Santelmo:

—¿Habéis llamado señor?

—Decidle a la señora y a la señorita Alicia que las espero aquí.

El criado se inclinó y salió. Momentos después se presentaron Berta y Alicia. Berta rígida y fría, saludó a Querales y se sentó. Alicia ruborosa y sonreída, lo saludó y se colocó al lado de su madre.

—Berta –dijo Santelmo–, el señor Querales ha pedido la mano de nuestra querida Alicia, yo le he dado gustoso mi consentimiento, pero como tú eres su madre, espero el tuyo para estar del todo satisfecho.

—Santelmo –contestó Berta con fría resignación–, si esa es tu voluntad me someto a ella, tú sabes que jamás te contrarío.

—¿De modo, señora –dijo Querales–, que si consentís, es por no contrariar a vuestro esposo, no porque yo sea de vuestro agrado?

—No he querido decir eso caballero, solo he significado a mi esposo que su voluntad es la mía, y que jamás lo he contrariado –dijo Berta con marcada frialdad.

—Yo habría querido encontrar en usted, Berta, las demostraciones de estimación que encuentro en Santelmo, pero yo le ofrezco que me las sabré granjear; porque desde este momento empiezo a amarla, como amé a mi madre.

Berta sonrió débilmente, y luego dijo:

—Gracias, General, Dios quiera que nos entendamos.

Querales se sonrió y sentándose al lado de Alicia lo olvidó todo para pensar en ella.

Cuando se retiró Querales, Berta se fue a su habitación, y cayendo ante un Cristo que allí estaba, de rodillas, elevó sus manos hasta él exclamando:

—¡Dios mío!, ¡Dios mío!, proporcióname el medio de romper este matrimonio, este hombre no me gusta.

Querales activaba los preparativos para su matrimonio y Santelmo, a su vez, trató de arreglarle a su querida Alicia digna canastilla y se dirigió a Berta una mañana diciéndole:

—Berta, me parece que ya es tiempo de que tratemos de arreglar decentemente a nuestra hija para la boda; Querales está loco y quiere hacer volar al sol.

—Para qué tan presto Esteban, ¿no te parece mejor esperar unos días más…? Tú puedes hacerlo.

—Qué caprichosa eres, querida Berta, ni la fina delicadeza con que el pobre Querales te trata, han podido desvanecerte ese capricho nervioso.

—Tú me tachas amigo mío de caprichosa, pero créelo, no sé qué secreto instinto me hace pensar con horror en el enlace de mi hija con ese hombre.

—¡Ah!, caprichosa, caprichosa –dijo Santelmo, pasando su mano cariñosamente por la cabeza de Berta–, ya verás cómo vas a querer al yerno.

—Dios lo quiera –dijo Berta dejando a su esposo solo.

CAPÍTULO V

ALICIA Y TEONILA

PASARON MUCHOS DÍAS, los preparativos para la boda se hacían en ambas partes con tesón, el rostro de Alicia revelaba su felicidad, pero en medio de él, se veía pasar una nube de tristeza, que el más pequeño incidente desvanecía, como las ligeras nubecillas que se ven por instantes, en el azul firmamento; y era que la sensible niña cuando en medio de sus sueños de felicidad, pensaba en la marcada antipatía que experimentaba su buena y querida madre por su futuro esposo, su seno se oprimía, y por su lindo rostro cruzaba una nube de tristeza.

Una mañana entró Alicia en la habitación de su madre a darle como tenía por costumbre su beso de saludo, su madre se lo devolvió amorosa, y sin querer, sus ojos se llenaron de lágrimas. La pobre niña pasó su lindo brazo por el cuello de su madre y atrayéndola hacia ella, le dijo con dulce y amoroso acento:

—Yo sé por qué lloras madre mía, tú lloras porque no quieres a Querales; y eres injusta madre mía, él te quiere mucho y se queja de tu frialdad.

—Te engañas hija mía, yo estimo a Querales, pero ese es mi modo de ser.

—¡Tu modo de ser…! Tú quieres engañarme; porque tú eres con todos dulce y cariñosa, solo con Pablo eres fría y ceñuda, casi revela tu semblante que lo odias.

—Estás en un error Alicia… ¿por qué he de odiarlo, qué me ha hecho él?

—Es verdad, qué puede hacerte, si me dice que te quiere tanto, es tan bueno y me pongo tan triste cuando pienso en eso, que quisiera llorar.

—Espero que sea tu esposo, entonces tú verás lo distinta que seré con él.

—¿De cierto mamá?

—Sí hija mía, pero ahora me conviene obrar así.

—Porque tú lo crees malo y estás engañada, él me ama bastante.

—Lo comprendo, sí, demasiado lo veo, pero ojalá no fuera así —dijo Berta distraída en sus pensamientos.

—¿Qué dices mamá?, ¿deseas que el amor que me tiene Pablo, sea falso y desleal?

—¿Por qué me dices eso Alicia? –dijo Berta volviendo en sí de su abstracción.

—Porque sería horrible si realmente sintieras semejante cosa.

—¿Y horrible por qué, hija mía?

—Porque probarías que no me quieres cuando deseas eso.

—Y si fuera así, ¿no estoy yo aquí para defenderte?, ¿crees que si yo comprendiera que obraba con felonía, vendría a esta casa? No hija, no vendría.

—¿Pero estás convencida de su buen proceder, mamá?

—Sí, comprendo que te ama con pasión; y que por desgracia está loco por hacerte su esposa.

—¿Por desgracia?, ¿por desgracia? –repitió Alicia con dolor– ¡Ah mamá, tú no me quieres! –y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Pobrecita! –dijo Berta estrechándola en sus brazos y dejando correr las suyas silenciosas–, ¡pobre hija mía!, ¡me sobresalta tanto la idea de tu desgracia…!

—¿Tú calificas mi matrimonio como una desgracia, madre mía?

Berta comprendió que afligía demasiado a la pobre niña y enjugando las lágrimas le dijo secando las que vertió Alicia:

—Vamos tontuela, solo quería ver qué efecto hacía: no llores, deja de estar triste, ¿no ves que me río de tu temor?; te lo repito, solo he querido ver el efecto que te hacían mis palabras.

—¿De cierto? ¡Ah!, estaba atemorizada, me parecía que en verdad podía ser desgraciada en mi matrimonio con Pablo.

—Basta pues –dijo Berta, trayendo a su rostro la más franca alegría–. No te entristezcas; pero aquí llega tu hermana Teonila y ella acabará, con su alegría natural, de borrar esa nube de tristeza que has tenido.

Berta recibió y devolvió a Teonila su dulce beso y dejó a sus dos hijas solas, diciéndole a Teonila:

—Quítale a tu hermana la tristeza que tiene.

—¿Y por qué estás triste hermana mía?

Luego fijando la vista en ella le dijo sorprendida:

—Pero si estás llorosa, ¿dime qué tienes, querida Alicia?

—Nada, una chanza de nuestra madre, que me ha asustado.

—Pero por una chanza de ella no debes asustarte, es tan buena nuestra madre…

—Lo sé, la conozco, y como es tan angelical, creo siempre cuanto dice…

—Tienes razón Alicia, si en la tierra existen ángeles, nuestra madre es uno de ellos.

—Por eso me ha asustado porque ella siempre acierta cuando aconseja a papá, y en todo debe ser lo mismo y me asusto porque ella no quiere a Pablo, y tú sabes cuánto lo amo, ¿no ves cómo lo trata?

—No seas tonta, si ella se pone seria y entonada en el salón, cuando estamos reunidas, es para darse a respetar.

—No, ella con Héctor conversa, se ríe y lo ve con cariño; a Pablo no, apenas le sonríe en la punta de los labios, y casi nunca lo ve de frente.

—Bueno, bueno –dijo Teonila, batiendo las manos con alegría–, ¿cómo que estás celosa? No seas necia, ni Pablo es tu marido, ni Héctor lo es mío, deja andar las cosas; no te eches a morir, mientras tanto ven para que te diviertas que traigo material para ello.

—Tú siempre estás dispuesta a reír y divertirte, Teonila.

—Claro está, ¿voy a ponerme a morir por lo que puede venir? Jamás, eso sería torpeza.

—Es verdad, pero yo me asusto de todo.

—Deja pues, tu cobardía a un lado.

Teonila sacó de su faltriquera una carta y dijo riendo a su hermana:

—He aquí algo que nos va a divertir.

—¿Una carta?, ¿de quién es? –dijo Alicia.

—De aquel elegante trigueño, que ahonda la calle pasando, montado en su caballo rucio.

—¿De Arturo Montel?, ¿es para ti?

—Lo creí así cuando me la dio el negrito; pero después que la abrí vi que era para ti.

—¿Para mí?, has debido devolver esa carta Teonila.

—¿Devolverla, y por qué?

—Puede saberlo Querales –dijo Alicia trémula.

—Vaya Querales donde quiera, ¿por qué lo va a saber?, ni tú ni yo debemos decirlo, pero oye:

Señorita Alicia:

Desde que la conocí, el amor ha invadido mi corazón. Sí señorita, yo la amo a usted con locura y creo que este amor no se extinguirá jamás; dígame si puedo tener esperanzas de ser correspondido para pedir a los padres de usted su mano por la que amo con delirio.

Arturo Montel

—Debe ser comerciante —dijo Teonila riendo con toda gana—; qué lacónica…

—Eres una loquilla –dijo Alicia sonriendo.

—Si fuera poeta, qué de flores, qué de perfumes, qué de belleza diría, pero los comerciantes son prosaicos, se van al grano.

—Ese es un error –dijo Alicia, riendo a su vez–, esos hombres son positivistas, en los poetas todo es humo de paja.

—Así como los soldados, todo se vuelve guera, sangre, amenazas…

—Y como tu Héctor es poeta te idealiza.

—Es verdad –dijo Teonila lanzando un hondo suspiro–, ¡cuántas cosas divinas me dice, y cuánto gozo leyéndolas!

—¿Y cuándo se casa tu soñador amante?, un prosaico ya lo habría hecho.

—Cuando Dios quiera, porque él es pobre, pero muy honrado y trabajador.

—Eso es raro en los poetas porque regularmente dejan de trabajar para entregarse a sus fantasías.

—Pero él no es así, él dedica las horas de descanso que tiene, para soñar con su bello ideal que soy yo.

—Para los poetas todo son ideales.

—Puede ser, pero me retiro porque tengo algo en qué ocuparme.

—Dime querida hermanita ¿no me das esa carta para romperla?

—No puedo darla, esta la voy a guardar para aumentar el número de las tuyas y mías que tengo.

—Mira que no es bueno guardar esos papeles.

—¿Y por qué?, si fueran de nosotras para ellos pase, pero de ellos, eso no tiene nada.

Y sin esperar respuesta, salió de la habitación con paso apresurado. Alicia vio alejarse a Teonila sonriendo y luego murmuró con amorosa ternura:

—¡Dios mío! ¡Cuánto amo a mi buena hermanita!

CAPÍTULO VI

RITA Y SU HIJO

TODO SE ARREGLABA con afán para el enlace de Querales con Alicia; este hubiera querido terminar los preparativos con el pensamiento, tanto era su deseo de casarse.

Una tarde, Berta recibió una carta que con sumo interés le trajo una mujer, la carta era de una excelente negra que había sido criada de su madre y que ella quería mucho, decía así:

Querida niña Berta:

Me encuentro mala en cama, y moriré por falta de recursos porque soy sola y no puedo trabajar. Los caritativos vecinos hacen algo por mí pero eso no basta; además quiero confiar a usted un secreto para, si llega la muerte, morir tranquila. Usted es muy buena y sé que vendrá, y entonces conocerá mi secreto y la desgracia de su pobre negra.

Rita

—¡Pobre infeliz! Dígale usted que pronto iré.

En efecto, una hora después se dirigió con el bolsillo bien provisto para la casa de Rita.

Cuando la pobre enferma la vio entrar, no pudo contener un grito de alegría; estaba pálida, demacrada y nerviosa.

Berta se dirigió al lecho y le dijo con el mayor cariño:

—¿Qué tienes?, ¿qué sufres? Pobrecita, estás muy quebrantada…

—Me siento morir, gracias porque usted ha venido ¡cuánto la necesitaba!

—Tú tienes la culpa de no estar a mi lado, siempre te he dicho que te vayas a mi casa, allí nada te faltará.

—Sí, es verdad, usted recordará que la última vez que la vi le ofrecí irme dentro de tres días.

—Pero no fuiste, si lo hubieras hecho, no te verías en este estado.

—Es cierto, la víspera en la noche de ir para allá, cuando todo lo tenía arreglado, se me presentó un inconveniente que le repito que es mi secreto, niña.

La pobre negra rompió en amargo llanto.

—Pero después pudiste hacerlo, vamos termina el llanto, mejórate y te irás a mi casa.

—Entonces me fue imposible; hoy, lo mismo, porque tengo siempre el inconveniente que le repito que es mi secreto.

—Es verdad, tú me ofreces decírmelo, veamos cuál es, mi pobre Rita, tu secreto.

—Usted recordará, que un día vino un muchacho y me dijo que su general le había dicho que Pedro había muerto de calentura, que si me veía que me diera la noticia.

—Sí, lo recuerdo, porque yo sentí también mucho a Pedro.

—Yo voy a depositar en su seno mi secreto, para rogarle, que en todo y por todo, haga con Pedro lo que yo he hecho ¿me lo ofrece usted, niña Berta?

Berta fijó su cariñosa mirada en la pobre mujer, y temió que la debilidad hubiera extraviado sus ideas, Rita repitió en tono de ruego.

—¿Me lo ofrece usted? Hágalo por sus dos ángeles: Alicia y Teonila.

—Bien, sí –dijo Berta para tranquilizarla, porque ella sabía por ella misma, que su hijo había muerto.

—Pues bien, oíd mi secreto: Pedro no ha muerto.

—¡No ha muerto!, cuánto me alegro, ¿y ese placer, esa gran impresión te ha enfermado?

—No es la alegría, el placer no mata, el dolor sí, la ansiedad, el sobresalto en que vivo me tiene así y me matará.

—¿Y sobresalto por qué?

—Porque lo tengo aquí escondido desde entonces.

—¿Escondido?, ¿por qué?, la guerra ha terminado.

—¡Ay!, para mi pobre hijo no, porque al salir lo matan.

—¿Qué lo matan? –dijo Berta admirada.

—Sí señora, porque existen hombres muy criminales en el mundo, y si ese lo ve, lo hace matar sin remedio ni apelación.

—¿Pero qué motivo tiene ese hombre para odiar de ese modo al pobre muchacho?, pues todavía no tiene veinte años.

—Porque mi Pedro vive, es el motivo. Él lo dejó por muerto con dos tiros que le asestó.

—¿Y por qué ustedes no han hecho conocer ese crimen a la justicia? A menos que Pedro le hubiera hecho algo grave.

—¡Pedro hacerle a él algo! No niña, mi pobre hijo es tan honrado, tan bueno, que ni a las moscas ofende.

—Y entonces, ¿lo hizo por placer?

—No, lo hizo porque Pedro es el único que conoce su maldad y su horrible crimen, y matándolo, quedará este sepultado y no mientras Pedro viva, teme que pueda decir algo.

—¿Y ese hombre está en Caracas?

—Sí, señora, y ocupa un puesto honroso en el Gobierno, todo el mundo lo acata y estima por su posición.

—Pero sea lo que sea, es un criminal que debe ser delatado para que lo castiguen.

—Si tal se hiciera, él triunfaría, y mi Pedro sería el Cristo.

—¿Y no puedes decirme su nombre para guardarme de él?

—No señora, yo y mi hijo juramos al pie del Cristo no decir su nombre para que él no se acuerde de nosotros.

—Bien, respetaré tu juramento, no lo nombraremos, pero dime algo del crimen, para saber si vuestro temor es exagerado.

—Pedro, ven, la señora de Santelmo quiere saber algo de la causa de nuestra desgracia.

Pedro entró y saludó respetuosamente a Berta, representaba a lo sumo veinte años, era de color claro, pelo liso ondeado y negro, como eran sus cejas; su fisonomía era franca y despejada, su mirada expansiva y serena, su conjunto atractivo.

—Pedro –le dijo Berta con dulzura–, ¿es cierto lo que me dice tu madre?, ¿qué tienes un enemigo poderoso que desea matarte?

—Tan cierto, señora, que si llega a descubrirme, mi muerte es tan segura como que el sol debe ocultarse en la tarde y alumbrar en la mañana.

—Pero ¿qué ofensa le has hecho para odiarte así?

—¿Ofensa? –dijo Pedro dejando asomar a sus labios amarga y triste sonrisa–. ¿Ofensa? ¡Ah, señora!, permitidme que os lo diga, ni con el pensamiento, y si lo he hecho no habrá sido por mi voluntad.

—Pero descubre un poco el velo de este misterio para poder darte un consejo y hacer algo, porque a ciegas, nada puedo hacer por ti ni por tu madre, que ves enferma.

—Es verdad, señora –y volviéndose a su madre le dijo–: voy a contarle la historia, callando los nombres, para que conozca bien mi triste situación.

—Sí, cuéntala, pero no nombres a nadie, acuérdate del juramento; el Cristo que está enfrente de ti te ve y te oye. El sacrilegio es un delito muy feo. Conformaos señora, con saberlo, y no tratéis de averiguar el nombre de ese hombre.

—Está bien –dijo–, nada preguntaré.

—Los soldados, señora –dijo Pedro con tristeza–, no son hombres, son máquinas, ¡poder del despotismo de la disciplina militar! Son máquinas, repito, que se mueven según la voluntad de sus jefes. Un pobre soldado puede tener entre sus compañeros un camarada, un amigo del corazón, un hermano de armas; y si a sus jefes, por esta o aquella razón, se les antoja fusilarlo, y él es nombrado o le ha caído en suerte de ser uno de los que deban ejecutar tan bárbara orden, no le queda más recurso que tender el chopo, alzar y dejar caer el gato, y ver caer muerto con su propia arma al amigo, por quien hubiera dado su vida. ¡Triste suerte la del mísero soldado! Yo servía en un batallón de las fuerzas del Gobierno de entonces que era el de Páez. Un día, el Coronel de mi regimiento me llamó y me dijo: "Pedro, te voy a tomar como asistente, desde este momento puedes quedarte". Estuve a su servicio muchos meses, me trataba bien, y yo le servía con mucho interés, para no disgustarlo. Una tarde me llamó y me dijo: "Voy para Caracas, salgo esta noche, arregla todo para irnos". Salté de alegría, iba a ver a mi madre…

"Llegamos, su esposa era una niña de apenas dieciocho años; era suave, dulce, cariñosa y bella, bellísima, me parecía la imagen de María. Un día me llamó y me dijo dulcemente:

"—Pedro, yo sé que tu madre es muy buena, y que es excelente cocinera.

"—Sí, señora, es verdad, mi madre sabe bien ese oficio.

"—Bien, Pedro hazme el servicio de conquistarla para que venga a casa, la necesito mucho, la que tengo no sirve, tú lo sabes.

"Dos días después estaba mi madre en casa del Coronel, y pocos días después, nos volvimos al campamento. La guerra era cada día más fuerte; la vida la pasamos en esos meses, peleando aquí, corriendo allá… aquello era un desastre perpetuo. Nos íbamos debilitando con esa vida. Una tarde, en el mes de enero, me dijo el Coronel: "Pedro, arregla el equipaje, pero de prisa, voy con parte de las fuerzas para Caracas. Yo di un grito de alegría.

"Por la tarde salimos para acá, anduvimos a trote largo, y dos días después, a las cinco de la tarde, entramos a Caracas. Después que salimos de la Comandancia de Armas, nos dirigimos a su casa, anochecía.

Pedro, inclinándose hasta Berta, le refirió en voz baja una historia que ella según su expresión y ademanes oía horrorizada; al terminar Pedro, ella exclamó:

—Es un crimen ocultar el nombre de un hombre tan infame ¿cómo es posible que exista, entre los seres honrados un criminal semejante? Tú debes presentarte al Gobierno, pedirle garantías y después delatar delito tan espantoso.

—Señora, no parece que usted tiene experiencia, ¿sabe usted lo que sucedería si yo diese ese paso? Mi eterna desgracia… Yo aunque joven, casi un niño, en los dos años y medio que llevo oculto unas veces, y sobresaltado cuando suelo salir de noche otras, yo he criado tanta experiencia, que parezco ya un viejo de setenta años.

—¿Y crees tú que no se asombren al saber tal hecho, y que castiguen al criminal? Sí, Pedro, lo condenarán.

—No lo condenarán, señora. Él tiene a su favor dinero, influjo, grados, posición, y siempre saldría airoso; y a mí, cuando no me hagan nada, descubierto por él vivo, y dado que mi pecho es el depositario de sus crímenes, me delata como desertor, me hace coger y muero en la flagelación.

—¡Dios eterno!, eso es horrible, eso no sucederá, Pedro; porque si tal cosa hicieran, sería una injusticia infame.

—Su excelente corazón le hace olvidar, señora, que yo soy un infeliz del pueblo, y que estos desgraciados no tienen más recompensa para el soldado, después de cargar el fusil, exponer su vida, verter su sangre, vivir errante, casi desnudo y muerto de hambre, que el menosprecio, y el último puesto en la sociedad; estos desgraciados no son sino la escalinata que escala el poderoso, sea bueno sea malvado, el cual al llegar a la cúspide que deseaba, le da con el pie para que caiga al suelo, sin acordarse más que fue con la que subió allí, y que sin esa escalinata no habría conquistado el poder.

—Pedro, eso es cruel… No lo digas, eso no es creíble.

—¡No es creíble! ¡No es creíble! ¡Ay, señora! Si yo me presento y delato al Coronel, refiriéndoles el hecho, me pedirán pruebas, yo les daré las marcas de mis heridas; y para probar el otro hecho… en esas idas y venidas, el jefe mío que es poderoso, gasta, se empeña, y prueba al fin que es falso, y los jueces callan y se dejan engañar, aunque la conciencia les diga que yo no miento, porque por medio del otro que es de buena posición, pueden ellos

también subir muy alto, y no ven en mí sino un átomo del pueblo, sin recordar que compongo una parte de la escalinata que han escalado.

—Pobre Pedro, el encierro y la desgracia te han hecho que seas escéptico.

—Sí, lo seré, pero no puedo olvidar el entusiasmo con que yo cogí el fusil la primera vez; usted me ve joven, casi imberbe, pues yo he peleado mucho, señora, halagado por la idea de vestir el uniforme y ser cuando menos Comandante, pero pronto conocí que lo que hace subir no son los sacrificios, es el favoritismo; comprendí que el infeliz del pueblo vale menos que el gato del rico, y me desencanté: por eso he resuelto que al curarse mi madre se vaya a la casa de usted, y si enfermase de dolor me la cuide, y si muriere me la enterrare.

Al pronunciar estas palabras, rompió a llorar como un niño; Rita lloraba con él, Berta lloraba con los dos.

—Pedro, enferma como está tu madre, la llevo a mi casa contigo, tú cuidarás el jardín de Santelmo, él desea tener quien lo haga, y tu madre se repondrá allá. Vamos, arregla todo y mándalo a casa, busca un coche cerrado, metes a tu madre y la llevas en él lo más pronto posible. Aquí hay dinero para todo, con él se abrevian las cosas. Me voy a esperarlos.

Pedro, con la mayor brevedad, hizo su traslado a casa de Berta; esta le tenía preparada a Rita una confortable habitación, llamó a un médico y procedió a la asistencia de ella con la ternura de una madre. Alicia y Teonila la ayudaban con el mayor interés, y pronto la buena mujer se vio en disposición de levantarse, aunque muy débil.

Pedro cultivaba el jardín de Santelmo, no salía a la calle para nada, las noches las pasaba leyendo.

CAPÍTULO VII

RITA HABLA

UNA MAÑANA, QUERALES llegó solicitado por Santelmo, un sirviente lo condujo hasta la habitación de él que lo recibió cariñosamente, y haciéndole sentar le preguntó:

—Vamos, decid, ¿qué ocurre, a qué venís tan temprano?

—Lo mismo querido amigo, que me desespero y deliro por ser el esposo de Alicia.

—No desesperéis que andando al fin llegamos.

—Pero cuando queremos llegar presto corremos –dijo riendo Querales.

—Eso quiere decir que deseáis correr.

—Sin duda, y he venido para de acuerdo con usted realizar mi enlace lo más presto.

—Pero falta poco para llegar al día fijado.

—Es verdad, pero mientras más pronto se hacen las cosas, mejor resultado dan, yo lo creo así.

—Si esa es tu voluntad hijo mío, hazlo cuando a bien lo tengas, ella es tu prometida.

—Bien, esta tarde traeré al sacerdote que ha de ver voluntades, para proceder a los esponsales.

—¿Y por qué no las dispensas?

—Porque dicen que no hace quince días que dieron el decreto de no dispensarlas, y que a las personas notables no deben dispensárselas porque después murmura el pueblo.

—Pues no hay más que someterse a la ley.

—Bien, pues ya de acuerdo podré venir en la tarde a eso –y despidiéndose, salió de la habitación de Santelmo.

Cuando se retiró Querales, Santelmo le hizo presente a la familia la causa de su visita matinal.

Reunidas Berta y sus dos hijas, trataron de ir pensando la manera de arreglarlo todo con la mayor suntuosidad.

—Sí –decía la simpática Teonila–, yo quiero que para ese día todo sea suntuoso, regio, sí; lo quiero, porque ese día se corona la felicidad de mi querida hermana.

—Tienes razón –dijo Berta, tratando de sonreír; pero sus ojos estaban brillantes por las lágrimas detenidas en ellos.

—¡Cuánto siento –dijo Alicia con acento triste– que Héctor no realice su matrimonio junto con el mío…! ¡Cuán grato sería, vernos a las dos vestidas con las galas de desposada!, mi felicidad no tendría igual.

—No te aflijas por eso hermana mía, si no es hoy, será más adelante que las vista, y además ¿cómo dejar las dos, en un solo momento, a nuestra tierna madre sola? Eso no sería justo.

—Es verdad, ¿pero no dice Héctor cuándo se casa?

—Él es pobre, pero sumamente honrado, tiene quince años de dependiente de una casa de comercio, y ya tiene parte en tercera de las utilidades, piensa arreglarlo poco a poco, para hacerlo a fines de año. Cuando entró a esa casa era infeliz, hoy ya tiene capital ganado con su trabajo –dijo Berta.

—¿Y por qué Héctor y su madre son tan pobres? Toda su familia es riquísima, y su padre era hermano de esas ricachas.

—¿Por qué, hija mía?, porque los vicios en el hombre son la gangrena, que primero roe el caudal, después el sentimiento, la moral, la vergüenza, y por último la honra.

—¿Y su padre?

—Era un vicioso incorregible, que después de pasar a saltos todo lo que te enumero, después de exprimir hasta secar su corazón y de corromper el alma hasta extinguir el sentimiento, terminó todos sus vicios, con el vil de la embriaguez.

—¡Qué horror! Es sorprendente que el hijo de semejante hombre sea tan virtuoso, tan honrado, tan noble y bueno como es Héctor.

—Los desgraciados hijos de los hombres viciosos –dijo Berta–, son siempre así, porque sus desgraciadas madres, sufriendo como sufren las consecuencias de los vicios del padre, se empeñan más en sembrar en sus tiernos corazones la simiente de la virtud y honradez, poniéndoles de relieve las consecuencias de los vicios, puesto que sufren aunque inocentes, las amarguras, las miserias y dolores, que es lo que ellos traen al hogar doméstico; y todo esto unido al más vil y bárbaro trato.

—¡Pero cómo pueden educarlos saboreando tantos dolores…! ¡Dios mío, eso es espantoso!

—Esas infelices madres, con el rostro bañado en lágrimas, con las manos yertas por la miseria, y con el corazón despedazado de dolor, arrullan sus míseros hijos en su seno y les pintan con los más negros colores, y con toda la fuerza de la desesperación, lo horrible que es el juego, la disipación, la corrupción y sobre todo la embriaguez. Aquellos inocentes, impresionados ante aquel elocuente dolor y oyendo más allá las maldiciones e improperios, que en su intemperancia prefiere su criminal padre, se cuelgan del cuello de su infortunada madre, e imprimen horrorizados en sus tiernos corazones las sabias doctrinas que con balbuciente labio les enseña su buena madre…

—Qué horroroso cuadro, madre mía, me hacéis temblar.

—Es verdad, hija mía, debes tener temor, porque vas a salir de mis brazos ignorando si más tarde te toca tan triste suerte.

—Yo veo eso imposible, madre mía, porque creo a Querales sin ninguno de esos vicios, ¡me parece tan bueno!

—Asimismo engañada se casó la madre de Héctor, ella lo amaba porque supo conquistar su noble corazón, y llena de ilusiones se casó con él creyendo ser muy feliz, pero presto, muy presto midió su desgracia. No te pongas pálida y asustada; es preciso que te convenzas de que el matrimonio es como la lotería, que se juega a la suerte y a muy pocos les toca el premio; rara, muy rara será la que le toque esa suerte, porque por bueno que sea el matrimonio tiene siempre negras nubes.

—Tú me das miedo con eso, mamá, pero yo espero que Querales será tan bueno como papá que no te ha dado disgustos.

Berta no contestó, pero una triste sonrisa asomó a sus labios. En ese momento entró en el salón un sirviente muy asustado diciendo a Berta:

—Señora, señora, corra usted, Rita ha muerto.

—¡Qué dices! –dijo Berta saliendo seguida de sus hijas a ver si era cierto.

Cuando llegaron a la habitación de Rita la encontraron tendida en el suelo sin movimiento y fría.

En ese instante llegó Pedro y loco de dolor la alzó con sus robustos brazos y dijo desesperado:

—¡Madre mía! –y la puso en el lecho.

Berta colocó su mano en el corazón de Rita.

—Vamos –dijo–, nada temas, es solo un desmayo provenido de su estado de debilidad.

Todos le tributaron los más tiernos y eficaces cuidados hasta que al fin volvió de su desmayo diciendo como loca:

—Delia… Delia… ven, ven con Roberto.

—Madre –dijo Pedro poniéndose densamente pálido–, madre, ¡por piedad!

—Sacrilegio… ingratitud… –dijo la pobre enferma.

—Tranquilizaos –dijo Berta pasando su mano cariñosamente por la rizada cabeza de Rita–, estaos quieta, tranquilizaos…

—Sacrilegio… ingratitud –repitió y se cubrió la cara con las manos.

Todos se vieron temiendo que estuviera loca.

En ese momento, entró una sirvienta trayendo una taza de caldo que le habían pedido. Alicia la tomó y echándole un poco de vino, se la presentó a Rita diciéndole con cariñoso acento:

—Tomad, Rita, bebed, este caldo os repondrá –y la niña le acercó la taza a los labios.

Rita fijó su extraviada mirada en ella, y luego dijo:

—No, es preciso, es preciso… –y rompió en llanto diciendo–: Delia… Delia…

—No llores, bebe para que te pongas buena –dijo entonces Berta.

—Es verdad, debo ponerme buena, necesito curarme –y tomando la taza se bebió el caldo con avidez en dos sorbos.

—Pobrecita –dijo Alicia cubriéndola hasta la garganta–, ahora duerme un poco que yo velaré tu sueño.

—Tan buena, tan angelical como eres, como ella, como ella… –y cubriéndose la cara rompió en amargo llanto.

Paso a paso se fue tranquilizando y al fin se quedó como dormida; todas se retiraron y Alicia se quedó sentada al lado de la cama, de repente Rita se sentó y dijo a Alicia:

—Quiero hablar con el señor Santelmo.

—Él no está en casa, al venir yo le diré que venga a casa de ti.

—Sí, que venga, entre el sacrilegio y la gratitud que se agitan en mi pecho, triunfa la gratitud.

—Deja esa manía y trata de dormir tranquila –dijo dulcemente Alicia–, te lo ruego.

—No, no puedo tener sosiego hasta que no hable, debo hablar y hablaré, llamad a vuestro padre, llamad a vuestra madre.

Alicia se alejó de la habitación a ver si se tranquilizaba.

Pedro entró a casa de su madre; esta al verlo lo llamó y atrayéndolo hacia ella, le dijo con angustioso acento:

—Pedro, hijo mío, la gratitud y el deber de salvar esta buena familia, me mandan a hablar, y suceda lo que sucediere, Rita hablará.

—Madre, recuerda que arrodillados al pie del Cristo, con la cruz hecha con nuestros dedos sobre su peaña, hicimos un juramento.

—Sí, lo recuerdo, pero entre el sacrilegio y mi gratitud, triunfa la gratitud ¿sabes por qué? voy a decírtelo…

Y Rita habló algunos instantes en voz baja con su hijo, este le dijo horrorizado:

—Sí madre, habla, habla, yo también hablaré, es preciso hablar.

—Te lo repito Pedro, Rita hablará cuando llegue el señor Santelmo, haz que vengan todos –y repitió–: hablaré.

En efecto, cuando Santelmo llegó a su casa fue a la habitación de Rita con Berta y sus hijas. Esta, sentada en la cama las esperaba, Pedro al borde de ella estaba silencioso y pálido, Santelmo se dirigió a Rita y le dijo con tono cariñoso:

—Me dicen que tú deseabas que viniéramos todos, para hablar conmigo, aquí nos tienes, a mí y a ellas, ¿qué quieres decirme?

—Sentaos, mi conversación será muy larga y os cansaréis.

Santelmo se sentó sonriendo, Berta y sus hijas lo imitaron.

—Señor Santelmo –dijo Rita con gravedad–, voy a revelarle un secreto, secreto terrible que pesaría sobre mi conciencia, si no se lo revelase a usted; yo me siento muy enferma, puedo morir y no quiero tener remordimientos.

—Vamos –dijo Santelmo con benevolencia–, di cuanto quieras, pero no temas morirte, tú vivirás más que yo.

Rita se quedó pensativa por algunos instantes; después, alzando de pronto la cabeza, fijó su mirada en Santelmo y le dijo con resolución repentina:

—Si yo os dijese: no dejéis casar a vuestra hija Alicia, ¿desistiréis?

—Según y cómo –dijo Santelmo con dulzura, temiendo que Rita siguiese con su ataque en el cerebro.

—¡Cómo! ¿Lo ponéis en duda, no atenderéis a mi ruego?

—Cálmate Rita –dijo Berta viéndola tan excitada, temiendo también la locura de que había sido atacada por la mañana–, cálmate yo te lo ruego.

—¿Lo haréis señor Santelmo, no la dejaréis casarse?

—Sosegaos, ¡pobre mujer!, ya veremos qué se hace.

—¿Qué se hace? Desistid, de rodillas lo ruego, y tú Alicia, despide ese hombre.

—¡Pobrecita! –dijo la niña parándose para retirarse–. La locura de esta pobre mujer me hace daño, me parece un mal presagio –y se dirigió a la puerta.

Pedro se interpuso ante ella, y le dijo:

—Deteneos, señorita Alicia, sentaos y oíd a mi madre, que ni está loca ni os engaña.

—¡Dios mío! –dijo la pobre niña dejándose caer en la silla–. ¿Pedro, qué decís?

—Que escuche hasta el fin a mi madre, y que bendiga a Dios porque hemos venido aquí.

—¡Pedro! ¡Pedro! –dijo Berta, pálida, temblorosa y jadeante–. Todo lo he adivinado por piedad dime, ¿es él?

—Señora –dijo Rita, que había recobrado su entereza–, él es.

Santelmo se paró, y frunciendo el ceño, dijo con autoridad:

—Qué comedia es la que se representa aquí. ¿Acaso estás tú en ella Berta, para destruir ese matrimonio que por capricho te desagrada?

—Lo que pasa aquí Santelmo es que Dios salva a mi hija, apiadado por mis ruegos. Pedro, Rita, contad vuestra historia, no ocultéis ningún nombre, tened compasión de ella… yo os lo ruego.

—Calmaos señora –dijo Pedro–, si hemos llamado aquí al señor Santelmo, y a toda la familia, era para referírosla, era para salvar a vuestra hija; la gratitud y el amor, que nosotros tenemos por ustedes nos lo impone así, era por eso que mi madre repetía, sacrilegio o ingratitud, porque habíamos hecho un juramento, usted lo sabe, pero triunfa la gratitud.

—Oíd, pues la historia, que es para conocer al criminal más grande que existe.

Pedro empezó a referir la historia, pero yo como novelista, la contaré tal como sucedió.

CAPÍTULO VIII

HISTORIA DE DELIA SOLER

CORRÍA EL AÑO DE 1859. Venezuela estaba conmovida por las pasiones: el ardor bélico invadía hasta el corazón de las mujeres. El grito de "Viva la Federación" extendía su eco en toda la República, la guerra civil la aniquilaba; nada podía detener sus estragos.

El pueblo venezolano estaba resuelto a sacudir el yugo del centralismo, porque comprendía que era la parodia del colonialismo de antaño.

Hombres desconocidos se alzaban llamándose generales, y esos generales de un día se convertían en héroes. El grito de "Viva la Federación" los unía solidificando sus creencias, lo cual hacía que día por día fuera más potente la revolución.

Los odios eran indeclinables; no se respetaban los lazos de la familia y de la amistad; no existía en el corazón de los hombres sino el amor a su partido; y si una bala hería en el campo enemigo a uno de los seres que debía serle querido, decían sin remordimiento: "Porque formó en las filas contrarias".

¡Horrible consuelo! ¡Triste consecuencia de la guerra civil!, que no es otra cosa que la imagen de la repugnante lucha de los miembros de la familia en el hogar doméstico. ¡Miseria humana!

Tovar, que tuvo las riendas del gobierno, había fallecido. El bastón de mando que Vallenilla arrancó a Castro para ponerlo en sus manos, le fue arrebatado para entregarlo a Gual. La anarquía trataba de tremolar su bandera tomando puesto de preferencia.

Odios, asesinatos, venganzas, crímenes, eran las escenas que se ofrecían a cada paso en tan luctuosa época… La ley, la justicia, la moralidad, desaparecían como por encanto. La cuna de Bolívar y de la libertad, se convertía en el osario de su grandiosa obra.

Los hombres sensatos huían de su querida patria buscando refugio en tierra extranjera.

Venezuela, la fértil, la poseedora de inmensas riquezas, se empobrecía insensiblemente.

Los agricultores abandonaban sus campos para tomar el fusil.

El pueblo sentía la miseria y abandonando sus familias iba a engrosar las huestes federales, resuelto a no volver a sus hogares sino victoriosos.

En esa época y en una modesta casa, situada en uno de los barrios más retirados de Caracas, estaba una joven que apenas contaba dieciséis años, con una carta en la mano que leía con interés.

Aquella niña era bella hasta la perfección, poseía esa belleza sorprendente e indescriptible que deja extasiado al que la contempla. Vestía un modesto traje de percal, muy gastado, pero sumamente limpio. Una cinta azul angosta que sujetaba sus abundantísimos rizos de color castaño claro. La humildad de los destruidos muebles, ostentaban la miseria, un ramo de frescas flores colocado en un viejo florero alegraba la humilde mesa. Pero Delia, que así se llamaba aquella niña, embellecía la sala por sí sola. Después de terminar la carta se quedó pensativa, y luego dijo:

—Qué sorpresa, Pablo me anuncia en su carta que lo espere de un momento a otro, que llegará a realizar nuestro matrimonio –luego sonriendo, añadió–: no sé por qué, pero ese anuncio me hace sentir susto en vez de alegría.

Al terminar su monólogo, tocaron en la puerta de entrada. Delia guardó la carta y abrió.

Una señora de cincuenta años entró: era pequeña, blanca y de suave fisonomía que revelaba la bondad; traía en la mano dos envoltorios, uno que parecía de costura, otro de comestibles. Delia se los quitó y poniéndolos en la mesa, dijo con cariño:

—Pobre Justina, qué cansada llegas, ¿pesan mucho esos envoltorios?, estás fatigada, agitada.

—Me estoy muriendo; y es de las penas y angustias que tengo –dijo la anciana.

—Pobre amiga mía, ya descansarás: Pablo me escribe, me dice que viene pronto a realizar el matrimonio. Entonces no cargarás, y serás muy feliz, te lo ofrezco.

—¡Ay, hija! No es el bojote lo que me agita, siempre lo cargo.

—¿Y por qué estás disgustada y fatigada?, dime qué tienes, dime qué traes.

—Traigo el alma en ascuas, creo volverme loca.

—¿En ascuas?, ¿por qué? –dijo Delia con interés.

—Porque te traigo noticias de tu hermano Roberto –dijo Justina con amargo acento.

—¿De veras?, ¿dónde está, qué dice? Te noto algo extraña, Justina.

—¡Extraña!, muerta debiera estar –dijo la anciana enternecida.

—Habla, por Dios, estás muy conmovida.

—¿Cómo no estarlo, si sé lo peor que se puede saber? ¡Ay, hija! Tu hermano es un loco.

—Me asustas; di pronto lo que sabes, querida Justina.

—Qué voy a saber, que nos ha engañado sin remordimiento. Créelo, Delia, hoy bendigo a Dios porque se han muerto tus padres, porque a no ser así, serían capaces de volverse locos con las cosas de Roberto.

—Pero di, que me tienes en una horrible ansiedad.

—Pues entérate de una vez, Roberto está con los federales.

—¿Con los federales? ¡Dios mío!

—Sin que te quede duda.

—¿Quién te ha dado esa noticia?

—Pascual, el hijo de Joaquina que vino de por allá, me dice que está contentísimo, y muy lleno de esperanzas, dedúcelo por el recado que trajo.

—¿De Roberto? ¿Qué mandó a decir?

—Cosas de un loco como él, oye: “Dile a Delia y a Justina que cuando yo llegue allá, van a tener todo lo que apetezcan, que eso será muy pronto, que saldrán de ahogos, que tendrán dinero para tirar por la ventana” y otras mil locuras de esa especie.

—Pobre Roberto, quizá por tener que darnos todo eso, se ha ido para la guerra.

—Bien necio sería si ha soñado con villas y castillos, con el producto de la guerra, ya lo verá por sus ojos que ella solo trae disgustos y por complemento la muerte.

—¿Y por qué nos mintió diciendo que iba al Tuy a un negocio con un señor?

—Pretexto para irse sin que lo importunáramos con nuestros consejos y nuestras lágrimas.

—¡Qué locura!, ¡pobre hermano mío!

—¡Locura!, es que no tiene corazón, poder salir por esa puerta, sin decir adiós siquiera.

—Es verdad, ese niño no puede medir lo mal que ha obrado con su ida a los grupos federales, hoy más que nunca me aflige la locura de Roberto.

—¿Y por qué hoy más que antes? Ahora y siempre él será tu hermano.

—Es verdad, pero Pablo forma en las filas del centralismo, mientras él forma en las federales.

—Esa es la consecuencia de la guerra civil, unos pelean aquí, otros allá, sin recordar los lazos de la familia y de la amistad.

—¡Qué horror, Dios mío! ¿Qué haré?

—Esperar, que cuando se acabe la guerra serán otra vez amigos.

—Eso me parece imposible.

—Imposible, deja correr las cosas y el tiempo, y verás que es así.

—Voy a escribir a Pablo que deje el matrimonio para después, que espere.

—¿El matrimonio? Es verdad, como que te oí algo sobre eso cuando entré.

—Sí, aquí tengo una carta que me dice que viene antes de un mes a realizarlo.

—¿De cierto, te dice eso?

—Sí, oye la carta –y Delia se la leyó.

—Lo celebro, porque dejaremos de ser dos mujeres solas y sin recursos.

—A mí no me alegra, y voy a escribirle a Pablo que no venga, que espere a que termine la guerra.

—Buen disparate cometerías si hicieras tal cosa.

—No, yo no me casaré por nada ahora.

—Pues entiende que a los hombres no se les dice “déjalo para después” cuando se quieren casar, porque se corre el peligro de que se arrepientan.

—Yo no creo eso, si realmente aman, al fin se casan.

—Pues yo conozco a muchas que por andar con melindres y monadas, se han quedado para vestir santos.

—Pero yo no debo casarme hasta que no venga mi hermano.

—¿Por qué?, ¿va a ser padrino?

—No, pero siendo los dos de opiniones contrarias, es mi deber evitar lo que pueda suceder.

—No se le dice a Pablo que Roberto está con los federales en la revolución.

—Eso es peor; Pablo no conoce a Roberto porque este estaba en La Guaira, y cuando vino, Pablo estaba en su campamento.

—Tanto mejor si no se conocen.

—¡Mejor!, pueden tener un encuentro donde muera uno de los dos, y siendo Pablo mi esposo ya serían hermanos, y eso sería horrible.

—Eso es eventual, ¿por qué esa casualidad?

—¿Y si Pablo pregunta por Roberto?

—Se le dice lo que él dijo, que está en el Tuy con un señor.

—¡Engañar al hombre que va a ser mi marido! Jamás, prefiero decirle la verdad.

—¿Has olvidado el odio que le tiene Pablo a los federales?

—Pero como Roberto es mi hermano no puede odiarlo, a pesar del encono que guarda a ese partido.

—Le he oído decir, que si a su padre lo encuentra en las filas enemigas, a su padre quita de en medio.

—Eso es charla, él no hace eso.

—Mejor es precaver, dile más bien que no sabes de él.

—Prefiero no casarme y no lo haré.

—¿Lo dices de cierto? –dijo Justina viéndola fijamente.

—Sí, porque no podría estar serena diciéndole una falsedad, la turbación me vendería.

Justina guardó por algunos momentos silencio, luego dijo con tristeza:

—¿Tú no sientes lo precario de nuestra situación hija mía?

—La siento por ti, mi buena Justina, por mí no.

—Creo que no debe detenerte esa bagatela.

—¡Bagatela! ¿Lo crees tú así?

—Sin duda, porque hoy no contamos ni con lo que ganaba tu hermano.

—Coseré día y noche, para que no haga falta.

—¿Coserás, hija mía?

—Sí, lo prefiero a casarme engañando a Pablo.

—La costura escasea y sabe Dios lo que me costó conseguir la que traigo hoy.

—Dios es grande y no nos abandonará.

—No lo dudo, pero se pondrá todo tan tirante, que el día vendrá en que no se consiga ni un grano de arroz.

—¡Jesús, Justina!, eso es imposible, tal cosa no sucederá.

—¡Imposible! –dijo la anciana dejando correr las lágrimas harto contenidas—, ¿imposible?, ay hija mía.

—¿Y lloras, Justina, por eso?

—Sí, lloro, busca tus zarcillos de coral, busca las peochas que me regaló tu madre, para que te convenzas que todo es posible.

—¿Y qué se han hecho, mi querida Justina?

—Con el producto de su venta hemos llenado nuestras necesidades algunos días, porque no alcanza la costura.

—¿Y por qué no me lo habías dicho?, yo creía que bastaba con lo que ganaba.

—¡Pobre Delia! El trabajo de la mujer es mísero, para poco alcanza, con lo que traigo hoy se han concluido las costuras y por cierto que traigo bien poco –y la buena anciana dio rienda al llanto que la ahogaba.

—¿Y lloras por eso? –dijo Delia riendo forzadamente–, vamos, enjuga el llanto, coseré mucho para ganar bastante.

—¿Y qué coses? ¿Dónde consigo costura? En las tiendas que me daban, dicen que no cortan más, porque no venden; que una vez que se acabe la guerra, empezarán de nuevo. Y por cierto que será larga la espera, porque la guerra durará mucho y los pobres morimos de hambre.

Delia inclinó la cabeza y se quedó pensativa.

—¿Callas? –dijo Justina–, eso me revela que conoces lo justo de mis razones.

—¡Morir tú de hambre o engañar a Pablo…! ¡Qué lucha! –dijo Delia a media voz.

—Hija mía –dijo la anciana–, cesen tus dudas, deja que él realice el matrimonio, que te ofrezco ser yo la que diga lo de Roberto, y siendo así no tienes por qué tener escrúpulos.

—¡Sufro mucho para resolverme a mentirle! Cuántas veces me has dicho cuando me das consejos: “La lealtad es el primer ornato de la mujer; ay de aquellas que desechen ese camino!”, y hoy ¿me aconsejas la mentira?

—Pero esta es una mentira inocente, que a nadie daña y nos será provechosa.

—¡Inocente!, ¿lo crees tú así?, pues yo no, y siento el rubor en mis mejillas con solo pensarlo.

—Pues no te cases, pero prevente para sufrir con paciencia las escaseces que nos esperan; que por cierto serán horribles como está la guerra, pero yo tengo la esperanza de descansar pronto con la muerte.

Delia bajó la cabeza y se quedó pensativa; al fin dijo:

—En fin, Justina, haré lo que quieras, me es doloroso verte pasar más miserias por mi delicadeza, harto has sufrido y sufres por nosotros.

—¡Calla!, no vengas a hablar de eso… Ni tampoco te conturbes como estás… oye hija mía, no te arrepientas más adelante.

—He dicho que haré lo que tú quieras.

—¡Gracias Dios mío! –dijo la anciana alzando las manos y los ojos al cielo.

—Al fin te veré como yo deseo. Deja venir las cosas como lleguen, que todo es obra de la Providencia.

—Sí, es de la Providencia, pero yo no comprendo cómo ella me casa con Pablo: ¡Dios mío tengo miedo!, mucho miedo.

—¿Miedo?, ese lo sienten todas cuando llega ese momento y tienen razón, el matrimonio es cosa seria.

—¡Cuánto voy a sentir dejar esta vida dulce y tranquila que disfruto en este mísero hogar…! ¡Cuánto mi tranquila soledad!

—No hables así, hija mía, ¿cómo te va a agradar más esta vida miserable que llevamos, que la vida que te dará Pablo? Eso lo dices porque no has conocido los placeres que ofrecen las riquezas…

—Las riquezas… las riquezas… –dijo Delia.

—Sí, tú no has podido comprender lo que me aflige, verte tan linda y tan pobre y escasamente vestida; y no debes dudarlo porque los quiero a los dos, como si fueran mis hijos.

—Es cierto, mi buena Justina –dijo Delia enternecida–, con nosotros has tenido siempre la ternura de una buena madre.

—Debo hacerlo así, porque os he arrullado en mis brazos a la par de vuestra madre; y porque ella al morir me dijo estas palabras que no olvidaré jamás: “Justina, muero tranquila porque sé que contigo mis hijos no quedan huérfanos, no me los abandones nunca”.

Y la noble anciana lloraba a torrentes, al recordar aquellas palabras.

—Gracias, gracias –dijo Delia, estrechándola en sus brazos–. Tú has cumplido tu encargo en demasía y yo te ofrezco hacerte dulces y tranquilos tus últimos días.

—Jesús, muchacha –dijo la excelente mujer tratando de contener su llanto–, déjate de promesas, harto recompensada estoy. Ustedes para mí son dos ángeles y si Roberto no se hubiera ido sin decírmelo, nada tendría que sufrir. ¡Dios mío! –exclamó alzando sus llorosos ojos al cielo–, ¡ten misericordia de él!

Delia, enternecida, le enjugó las lágrimas cubriéndola de besos con la mayor ternura.

La buena anciana al influjo de sus caricias recobró poco a poco su tranquilidad y Delia le ofreció esperar los acontecimientos sin oponerse a nada.

Pero digamos algo sobre los padres de Roberto y Delia.

Pedro Soler, el padre de ellos, era dependiente de una casa de comercio de las más fuertes de Caracas. El producto de su trabajo le daba lo suficiente para sostener a su esposa e hijos.

Malvina Miller, que así se llamaba su esposa, no ambicionó sino el dulce sosiego de su hogar y por su dulzura era querida por todos.

Soler era muy feliz, pero tenía el tormento de no poder hacer economías para dejarles si moría, primero, una vida desahogada; pero no debía suceder así, porque cuando Roberto contaba diez años y Delia siete, murió Malvina.

Después de recibir tan duro golpe, se dedicó al cuido y educación de sus hijos secundado por Justina, parienta de su esposa y que les acompañaba desde su matrimonio y amaba a los niños como una madre. Siete años después de muerta Malvina, murió Soler, quedando Roberto de diecisiete años y Delia de catorce, Justina vendió los ricos muebles que tenían y unido el valor, con una corta cantidad que dejó Soler, les compró a sus queridos huérfanos una casita en uno de los barrios más retirados; instalados en ella, empezaron la tristísima tarea de vivir con el exiguo producto de su trabajo.

Hacía tres años que llevaban aquella mísera vida cuando encontramos a Delia con la carta en la mano, y próxima a ser esposa de Pablo, como ella lo llamaba.

La casualidad hizo que Delia lo conociese y este al ver a Delia sintió por ella el amor más vehemente. De fuertes pasiones y carácter impetuoso, sus deseos eran ardientes.

La inocente niña le tributaba sincera estimación, admirando al mismo tiempo su gallarda y apuesta figura militar, sin experimentar ese afecto tierno que se arraiga en el alma, desde el instante en que vemos al ser destinado a poseer nuestro verdadero amor.

Pablo le pintaba el suyo con ardientes palabras; el fuego de su mirada al hablarle le hacía bajar la suya casi asustada, porque era la vez primera que llegaban a sus oídos palabras de amor; y las fogosas de Pablo la hacían temblar. La cándida niña no lo amaba, solo lo estimaba, y sin embargo, él con la potente y constante pintura de su delirante amor, había llegado a dominarla por completo, a fuerza del temor que él le inspiraba.

Pablo, en las protestas de su amor, le ofrecía darse la muerte si ella no lo amaba y consentía en ser su esposa; y ella aterrada le creía, estremeciéndose de horror, con la idea que pudiera matarse, siendo ella involuntariamente la causa de su muerte. Este pensamiento no se apartaba de su imaginación y era esa la causa de que ella, al verlo entrar, se sobresaltase asustada involuntariamente.

Él, entonces, tendiéndole la mano le decía dulcemente:

—¿Os asustáis al verme, Delia mía?

—No, ¿por qué? –decía ella esforzándose por parecer tranquila.

A veces excitado por la fuerza de su vehemente pasión, viendo que Delia no se decidía a ser su esposa, le decía:

—Delia, si tú no me concedes tu amor, moriremos juntos, porque si tú no llegas a ser mía no serás de nadie.

Y sus verdes ojos se clavaban en ella con la fijeza del gato montés.

Ella bajaba sus párpados para esquivar aquella terrífica mirada, y le decía toda temblorosa:

—¡Oh, por Dios!, no habléis así que me asustáis.

—Ofréceme que serás mi esposa, dime que me amas, que aceptas mi acendrado cariño. No me hagas convertir en un criminal.

—¿Criminal?, ¿por qué habéis de ser criminal, Pablo?

—Porque si no soy amado por ti, cometeré cuantos crímenes sea preciso para obtenerlo.

—Esperad, Pablo, esperad, tal vez más adelante puede suceder –decía la tímida niña, turbada y temblorosa–, esperad.

—¿Tiemblas? ¿Te inmutas? ¡Oh, Delia mía!, tú esquivas mi visita, te estremeces, ¿por qué esa agitación? ¿Es amor, bien mío? Habla, por Dios.

—¿Lo sé yo acaso?, pero dejadme, no habléis de eso, dejadme os lo ruego.

—¿Que te deje cuando veo que lo que tú experimentas a mi lado es amor? ¿Que te deje cuando veo el cielo abierto ante mi cándida Delia mía? ¿Por qué resistes, caro bien de mi vida? Habla, estás jadeante, pálida, sudorosa. En tu tímida mirada se ve que el amor se anida en tu corazón; y en tu pureza e inocencia no sabes comprenderlo. Pablo tomó la mano de Delia y la cubrió de besos.

—Pablo, soltadme, tengo miedo, idos, dejadme por Dios, dejadme.

—¿Dejarte, cuando veo que me amas…? ¿Dejarte, cuando la felicidad me ahoga…? Nunca jamás. ¿Dejarte, Delia, cuando la dicha no cabe en mi pecho? ¡Ah!, necesito un desahogo, ¿ves…? estoy llorando –y por sus mejillas se deslizaban dos lágrimas.

—¿Lloráis, de cierto? –dijo Delia admirada–, ¿y por qué lloráis?

—Si no llegaras a ser mi esposa, creo que moriría de amor. ¿Me preguntas por qué lloro? Lloro porque te amo tanto, que al ver tu emoción, al hablarte de mi amor, he comprendido que estoy correspondido, y todo mi ser se exalta y necesito llorar, reír, expandirme Delia mía, y hacerte conocer mis angustias, mis desvelos y dolores derivados de mi ardiente amor; he sufrido y aún sufro mucho, dueña mía.

—Yo no quiero que sufráis, y mucho menos por mi causa; tranquilizaos, yo os lo ruego.

—Dame la seguridad de que serás mía –dijo apoderándose de nuevo de la mano de la niña–. Consiente en ser mi esposa. Sé por fin, amada mía, mi dulce compañera y me harás el hombre más feliz; de lo contrario, o soy desgraciado para siempre o tendré que morir de dolor.

—¿De modo que solo siendo mi esposo es que seréis feliz? –preguntó.

—Sí, dulce amor mío, solo así lo seré, de lo contrario, mi muerte es inevitable.

—Pero si yo no sé si os amo, no comprendo si lo que siento al veros es amor, ni tengo quien me lo explique –dijo Delia.

—Dime lo que sientes al verme, no me ocultes nada, explícate, habla por compasión siquiera.

—Cuando os veo entrar, tiemblo asustada, mi corazón palpita, y es tal mi temor y agitación, que me dan deseos de correr para huir de donde estáis.

¿Es esto amor?, y si lo es ¿cómo ser vuestra esposa sintiendo este terror? Por piedad Pablo, explicadme si es que os amo.

—Sí, tú me amas, me amas mi bien, lo veo en tu mirada que se fija en la mía temerosa y turbada, lo veo en los destellos de compasión, que brillan en tus ojos por momentos, en tu agitación, en tu temor, en tus dudas, en fin.

—Yo entendía el amor de otra manera, yo lo creía el idilio del alma.

—¿Cómo entiendes tú el amor? –dijo Pablo fijando en ella su mirada llena de ternura–, ábreme tu corazón que ya es mío, y no me ocultes nada.

—Yo creía –dijo ella–, que a los seres que se aman les sería muy grato el estar juntos; creía que no se debía sentir el sobresalto que siento al veros, sino por el contrario, debía sentirse dulce alegría, creía en fin, que al ver al ser amado no debía uno emocionarse de miedo.

—El amor, mi dulce bien, nos hace experimentar toda clase de emociones; pero tú en tu cándida inocencia no puedes descifrarlas; y esa emoción que sientes al verme la crees susto.

—Puede ser, Pablo, pero…

—Pero no me queda duda: tú me amas, consiente pues en que te llame mi esposa lo más pronto.

—Esperad un poco más, dejadme consultar a Justina que es la madre que tengo.

—No, soy yo el que voy a decírselo todo, y verás vida mía, cómo gano la partida con ella.

En efecto, en el acto habló con Justina a quien ofreció casarse tres meses después.

Pablo era rico, era bien nacido y de buen nombre como valiente, su porvenir sería brillante.

Justina interpretó también el temor de Delia como regla de amor, y enorgullecida con el partido que se le presentaba a su hija adoptiva, fue la aliada de Pablo, desvaneciendo con sus consejos los temores de la niña, que al fin sucumbió dando su consentimiento, pero ocultando en el fondo de su alma, cierto temor que no podía vencer con sus esfuerzos.

Pablo se fue a su campamento y cumplió su oferta, viniendo tres meses después a coronar su dicha uniéndose en el altar con su adorada Delia.

Esta recibía las ardientes demostraciones de amor, tierna y agradecida, pero no podía retribuirlas con el mismo ardor, porque ella no lo amaba.

De carácter suave y dulce, su sonrisa y docilidad engañaban a Pablo, haciéndole creer que era dichosa, pero a pesar de eso, sentía en sus horas de amor un vacío que él no se explicaba. Delia era, como dije, dulce, obediente y cariñosa, pero sus caricias carecían del aliciente del amor, eran frías, siendo las de él ardientes y apasionadas, lo cual hizo que invadiese su corazón el malestar y los celos, pensando que ella no lo amaba, y que pudiera por esa causa no serle fiel: era un error, Delia era honrada y su alma estaba nutrida de virtuosas ideas, habría muerto antes que traicionar el honor de su marido, pero este, arrastrado por su temor y por lo fuerte de su impetuoso carácter, le decía:

—Si tú soñaras serme infiel, en medio de tu sueño, te daría muerte.

Ella fijaba su tranquila mirada en él y sonreía dulcemente diciéndole:

—Eso no puede suceder jamás, ¿por qué esos celos Pablo? ¿Te he dado motivos para ellos?

—Si me los hubieras dado no vivirías ya, tanto te amo, que la sola idea de tu perjurio me espanta.

—No te espantes, Pablo, por solo un pensamiento, vive cierto que en mi alma no se anidan ruines ideas.

Él, entonces, la llenaba de amorosas caricias, reiterándole sus juramentos.

Pero a pesar de tanto amor y de tantas riquezas, la pobre Delia, cuando se encontraba sola, sentía que involuntariamente las lágrimas se deslizaban por sus mejillas, sin poder darse cuenta de la causa que se las hacía verter. Otras veces pensaba en su hermano, su corazón se oprimía dolorosamente y lanzaba hondos suspiros.

Y sin embargo, cuando se encontraba sola, respiraba con más libertad y experimentaba cierto bienestar y calma para ella indefinible.

Y era que Pablo la dominaba de tal manera que la infeliz joven se estremecía y temblaba imperceptiblemente, cada vez que le dirigía la palabra.

Lo impetuoso del carácter de Pablo, sus arrebatos, sus celos y amenazas, tenían a la tímida niña aterrada; todo le parecía que lo disgustaba y era esa la causa porque respiraba con libertad al verse sola.

Hacía un año que era esposa de Pablo, un año que echaba de menos su vida de soltera y su humilde hogar, y sobre todo, un año en que echaba de menos su dulce tranquilidad de entonces.

Pablo, vehemente como he dicho en sus pasiones, sentía los celos de una manera volcánica, y en los momentos que hablaba de ellos amedrentaba a la pobre niña con sus amenazas de horribles venganzas, de lenta y mártir muerte, saboreando de antemano el placer que sentiría, lanzando su mirada destellos de ferocidad inaudita. Delia no podía ser feliz, a pesar de tener la abundancia del rico.

En cuanto a Justina, era completamente dichosa, veía a Delia disfrutando de todas las comodidades de la vida y le parecía que con eso bastaba. Solo tenía el tormento de no saber nada de Roberto.

Pablo fue llamado de nuevo al servicio, su deber le imponía ir porque el gobierno desfallecía, y necesitaba sus jefes; partió para el ejército dejando a Delia con Justina y haciéndole mil amenazas impulsado por su celoso carácter: recomendándole su honra y su amor.

Delia lo vio partir con dolor pensando en que podía llegar el momento de encontrarse con Roberto, a quien Pablo había escrito una larga carta participándole su enlace con Delia.

La correspondencia para con su esposa era muy continuada y ella correspondía siempre con exactitud.

Cuatro meses hacía que Pablo había partido. Delia estaba tranquila porque nunca en sus cartas le hablaba de Roberto, se componían todas de amor, celos, y amenazas en caso de infidelidad. Delia estaba satisfecha de sí misma, vivía tranquila. Un día recibió una carta concebida en estos términos:

Señora Delia S. de Querales

Caracas.

—¡Querales! –dijo Alicia abriendo espantada sus lindos ojos–. ¿El apellido del Pablo de tu historia es Querales?

—Sí, señorita Alicia –dijo Pedro, con rudeza–, aquel Pablo Querales y el que se quiere casar con usted, son la misma persona.

—¿De modo que es casado?

—No señorita, es viudo, pero déjeme terminar.

—Sea lo que sea hija mía, ese hombre no ha obrado con lealtad. No nos ha dicho que ha sido casado; continuad Pedro –dijo Santelmo:

Pedro continuó:

Querida esposa mía:

La casualidad ha hecho que caigan en nuestras manos, unos documentos y un boletín de los revolucionarios; en ellos he tenido el desagrado de

ver grandes elogios tributados al valiente capitán Roberto Soler, que no puede ser otro que tu hermano, por su heroico valor en una acción dada en el Tuy.

Tú puedes juzgar cuánto habré sufrido al verlo formar en las filas federales, estando yo en las centrales; eso me explica que la noticia de nuestro enlace no fue de su agrado; y fue a afiliarse allí para arrojarme el guante a la cara.

Tú me conoces ya lo bastante para comprender, que no soy hombre que esquive lances de honor y he jurado por mi espada que si tropiezo con él, será el primero con quien habré de habérmelas, a fin de castigar su infamia y deslealtad.

Cuídate mucho, y sobre todo, Delia mía, no me des motivo nunca a que los celos invadan mi corazón, porque a mí mismo me da miedo.

Te abraza con el alma tu esposo,

Pablo Querales

Delia se aterró con la lectura de aquella carta y se atribuyó la culpa por haberse casado con Pablo ocultándole la verdad, rompió en llanto. La anciana Justina sufrió mucho también. Desde ese momento, aquellas excelentes mujeres vivieron tristes y sobresaltadas.

Justina, débil por su edad, no pudo resistir aquella agitación y se enfermó: ni la asistencia esmerada de Delia y los facultativos pudieron salvarla, y murió legando a su querida Delia sus angustias y dolores, unidas a la tristeza de su pérdida.

Esta, encerrada en su hogar después de su desgracia, languidecía, entregada a Dios, único que podía mitigar sus penas.

Los días se sucedían uno en pos de otro y Delia, triste y solitaria, abría sobresaltada las cartas que recibía de su esposo, temiendo que en ellas le diera la noticia de que había dado muerte a Roberto. Conocía sus arrebatos y no dudaba que en uno de ellos al verlo en las filas contrarias fuera capaz de hacerlo, porque ¡cuántas veces se estremeció oyéndolo expresarse contra los federales! Había comprendido que cuando le tocaban eso y los celos, como que perdía la razón: en esos momentos sus ideas eran sanguinarias, sus ojos se inyectaban, su pecho se alzaba en agitado movimiento y sus labios proferían horribles amenazas, con los dientes y los puños apretados.

Esto hizo que su tímida esposa le tuviera un miedo cerval y era por eso que en su terror viera como cierta la muerte de su hermano.

Pablo, sin tocarle celos y federales, era suave, amoroso y complaciente; amaba a Delia con un amor que rayaba en el delirio, ella para él era solo su bien, su sueño, su tesoro, y en la vehemencia de su pasión, le decía, estrechándola en sus brazos:

—Esposa mía, mi Delia, si tú llegaras a serme infiel, no me conformaría con matarte, te haría picadillos con mis dientes. ¡Tanto te amo!

—¡Calla!, calla por Dios, me das miedo. ¿Ves? Tiemblo…

—No me digas que tiemblas, porque me parece que sientes el instinto de cometerme esa falta y de solo pensarlo me dan deseos de matarte.

Y esa era la causa de estar en continuo sobresalto, porque comprendía que no respetaría a su hermano.

Después de la muerte de Justina, Delia no tenía más compañía que Rita, la madre de Pedro, esta la quería en extremo y la buena Rita trataba de llenar el vacío de Justina, tributándole tiernos cuidados; Delia la llegó a querer tanto que no se apartaba de ella casi nunca.

Una tarde tocaron a la puerta, Rita fue a abrir, y momentos después llegó precedida de una mujer del pueblo que deseaba hablar con Delia.

—Decid lo que queréis, buena mujer –dijo Delia con dulzura–, me dice Rita que deseáis hablarme.

—Señora –contestó–, tome esta carta que es para usted, la trajo uno de por allá y me exigió se la trajera, y sin esperar contestación se retiró con paso apresurado por donde había venido.

Delia tomó la carta y al ver la letra lanzó un grito, abriéndola con presteza se puso a leerla, decía así:

Querida hermana mía:

Dos años sin vernos y sin saber uno de otro, esto me entristece mucho… Me aseguran que te has casado y que vives con comodidad, eso me consuela algo. Me han dicho también que tu esposo es jefe de los centralistas, eso me hace sufrir también: la sola idea de tener que enfrentarme con él en el campo enemigo, me arredra, porque siendo tu esposo, es mi hermano. ¡Qué horrible es la guerra, hermana mía! Contéstame y dime el nombre de tu marido, pues no lo sé. Yo lo supongo un caballero, puesto que lo amaste y te uniste a él.

Pienso, si no mejoro de la calentura, ir a Caracas a curarme: la paludosa me tiene agobiado. Tengo por esta razón esperanzas de verlos a los dos pronto, porque, aunque la suerte nos haya colocado en dos bandos

diferentes, no por eso deja de ser mi cuñado. A la voz con él buscaremos el medio de zanjar la desgracia de vernos separados.

Yo llegaré de incógnito, para que no digan que tengo trato con los federales. Tú misma, hermana mía, no me conocerás. Aquel joven imberbe de mejillas rosadas y redondas, con un escaso bigote y algo bajo de cuerpo, es hoy, un hombre alto, delgado y amarillo por la fiebre, con una espesa y larga barba, que lo pone desconocido. De lo que era, apenas me quedan algunos rasgos de mi fisonomía, tú y Justina podrán reconocerme, otro no.

Espérame, casi bendigo las calenturas porque ellas me dan la disculpa para volar al lado de ustedes, hermanos míos. Adiós, hasta ese día, un abrazo para ti, otro para él y otro para la buena Justina; con esta os envía su alma vuestro hermano,

Roberto Soler

—¡Dios grande! –exclamó Delia–; al leer Pablo esta carta, verá lo bueno que es mi pobre hermano, y lo que lo quiere –sin poder contener sus lágrimas rompió en llanto.

—¿Qué tenéis señora? –dijo Rita con interés.

—Rita –dijo Delia arrojándose en sus brazos–, oye la carta de mi hermano –y se la leyó.

—Pero esa carta debe alegraros; con ella verá el Coronel lo bueno que es vuestro hermano.

—Sí, tú tienes razón, pero no conoces toda mi desgracia.

—Vamos –dijo la buena Rita–, no lloréis; cuando se tiene vuestra edad, las lágrimas están en los ojos, y tan pronto corren, como se secan, serenaos, tened calma y no os aflijáis tanto.

—¿Qué no me aflija?, y si viene Pablo y encuentra a Roberto, es capaz…

—De nada, yo conozco al Coronel; no es más que un bullanguero, pero él no me parece tan malo para que os asustéis así.

—¡Ay!, tú no lo has oído, por eso crees eso.

—¿Qué no? Lo escucho, todo lo oigo, los que estamos acá fuera oímos más que los de adentro, porque todo nuestro ser se dispone a escuchar, al sentir una conversación.

—Por lo mismo, tú comprenderás que es justo mi temor.

—No, enseñadle la carta y veréis que todo se pasa.

—Dios lo quiera.

Rita logró serenarla del todo, y ella esperaba se presentase una ocasión para enviar a Pablo la carta de su hermano.

Pasaron muchos días, hacía ya como un mes que Delia había recibido la carta de Roberto, la cual no se la mandaba a Pablo como deseaba, porque no sabía el punto donde se encontraba.

Delia languidecía, sus nervios alterados por su continua agitación la hacían sufrir, y se debilitaba a la posta con su desgana.

Rita se sobresaltó al ver su estado y la instaba a llamar a un médico, pero ella no lo hacía.

Una tarde tocaron con fuerza en la puerta. Rita corrió a abrir, Delia la siguió hasta la puerta de salida, comprimiéndose el corazón; aquel toque la había asustado.

Rita abrió; un hombre la apartó a un lado, entró en el corredor y dijo:

—Al fin, al fin…

Delia, excitada por su estado nervioso, dio un débil grito diciendo:

—¿Qué queréis?, ¿qué buscáis?

—¡Hermana mía! –dijo el recién llegado tomándola en sus brazos y estrechándola contra su corazón con transporte–. ¡Querida Delia mía!

—¡Roberto! ¡Roberto! ¡Hermano mío!

Y su cabeza cayó desfallecida en el hombro de su hermano, mientras su cuerpo se estremecía en convulsión nerviosa.

—Aquí me tienes por muchos días, tal vez para no separarnos más. Pero tiemblas, estás nerviosa, cálmate, ¿mi venida te asusta?

—¡Oh no!, por el contrario, es que estoy débil, nerviosa, ¡sufro tanto!

—¡Sufres!, ¿dónde está tu marido?; acaso él te haga padecer… Aquí estoy yo…

—Sí, sufro porque está hace meses en el ejército y ni aún sé cuándo vendrá.

—Ya lo verás pronto de vuelta, cálmate y no te aflijas tanto.

Delia procuró sonreír para ocultar a su hermano la honda pena que la agitaba.

Al siguiente día fue llamado un facultativo para que curase a Roberto de la fiebre que traía. Delia y Rita lo asistieron con el más tierno interés; y después de quince días de la asistencia de ellas y del facultativo, se sintió mejor y presto entró en convalecencia.

En cuanto a Delia, vivía triste, abatida y llena de sobresalto.

—Querida hermana –decía Roberto–, deseo que venga tu esposo para que se desvanezca tu tristeza: ¿lo amas mucho?

—¿Por qué me dices eso? –contestaba ella con dulce acento–. Yo no estoy triste.

—¿No estás triste y languideces? No eres la Delia que dejé, dulce, alegre, sonriente; por el contrario, vives triste, sobresaltada, nerviosa.

Delia sonrió dulcemente y dejando caer su linda cabeza sobre el pecho, lanzó un hondo suspiro.

—Vamos, hermana mía, disipa esa tristeza; dime, ¿cuándo vas a escribir a tu Pablo?

—¿Y para qué?, ¿para divertirte?

—No, para ponerle una posdata.

—¿Tú?, ¿y qué le vas a escribir?

—Voy a felicitarlo por tu amor para él, que no tiene igual. Pero dime: ¿te ama él tanto como lo amas tú?

—Sí, su amor raya en delirio, me ama más que yo a él.

—¿De veras? Pues entonces loca, ¿a qué esa tristeza y esos nervios?

Delia nada contestó, pero sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Lloras! No temas que lo alcance una bala, el hombre no muere sino el día que le está destinado; alégrate, ríe y espéralo pronto, un secreto instinto me dice que viene.

Delia se estremeció, disimulando con una sonrisa su terror, se separó de su hermano y se encerró en su cuarto, donde después de meditarlo mucho, determinó escribir a su marido, mandarle la carta de Roberto y decirle que había venido. Su carta decía así:

Adorado esposo mío:

¡Cuánto te echo de menos! ¡Qué falta me haces! Seis meses triste, sola y sufriendo en exceso. Hoy tengo que hacerte una petición, la única que te he hecho desde que te conocí; tú lo sabes: jamás he sido exigente, por esa razón, esposo mío, espero que seré por ti atendida. Si estuvieras conmigo, no tendría sino que rogártelo, y sé que tú por el amor que me has probado que me profesas, no me negarías nada, porque no podrías resistir a mis ruegos.

¡Pablo mío!, sin preámbulos te lo diré todo. Roberto está aquí en casa, lo recibí sin pedirte tu consentimiento; primero, porque es mi hermano, llegó de pronto y no podía decirle: "mi esposo no te quiere aquí". Yo no

podía ni debía hacer eso, conociéndote, sabiendo que eres bueno y me quieres mucho.

Te remito (OJO) esa carta de él; por ella verás qué distinto es a lo que tú pensabas. Él me ofrece no volver al campo federal, por la sola razón de no estar en un bando enemigo del tuyo. Si he hecho mal, tú me perdonarás, pero espero que pronto Dios me ofrecerá la dicha de confundirlos a los dos en un solo abrazo.

Adiós, te espera para ser muy feliz, tu esposa que te es fiel y te ama,

Delia Soler de Querales

Roberto escribió a Pablo la carta siguiente:

Querido hermano mío:

No he podido tratarte, a pesar de ser hace dos años mi cuñado, pero debes estar convencido que te quiero porque sé eres muy buen esposo y que amas con locura a mi hermana, único ser que tengo en el mundo a quien amar.

Créelo, Pablo, mi afecto para ti está mezclado con mi gratitud, porque tú has sido el protector de Delia y de la pobre anciana Justina, a quienes no debí abandonar. Fue una locura de muchacho.

Procura venirte pronto o de lo contrario, Delia es capaz de enfermar; vive triste, nerviosa y llorosa, pensando en su adorado Pablo…

Ella te ama de una manera que me da lástima verla ausente de ti; y me asegura que tú la amas más a ella que ella a ti, lo que me revela que sois muy felices.

Aquí me tienes en tu casa y te espero con ansia, para que arregles la manera de quedarme aquí trabajando. No quiero estar en un bando contrario al tuyo, ya eres mi hermano y me horroriza eso.

Roberto Soler

Después que Delia leyó la carta de Roberto, las metió en un sobre y las remitió a la Comandancia para que se las enviaran a su esposo al campamento.

Después de mandar las cartas pasó todo el día pensando qué resultado tendría y en medio de su ansiosa cavilación, tenía momentos en que se figuraba ver a Pablo y a Roberto unidos en un estrecho y fraternal abrazo; otras, los veía espada en mano, luchando con encono, esa inquietud hizo que al caer el día se sintiera quebrantada; no quiso comer y se levantó para dirigirse a su habitación, pero cayó desfallecida en la silla con un desmayo.

Su linda cabeza se inclinó como el blanco lirio azotado por el vendaval, que al inclinarse no ostenta más su belleza. Así la pobre niña; su cabeza se doblegó para no alzarse más.

Roberto sobresaltado la tomó en sus brazos, para llevarla a su lecho diciendo con angustia:

—Es preciso que venga su marido: la mata su ausencia.

Entre él y Rita la colocaron en su lecho y le prodigaron los más tiernos cuidados; poco a poco fue recobrando el conocimiento y abrió los ojos; su dulce mirada se fijó en su hermano y en Rita, y dijo con su armonioso acento débilmente:

—Perdonad, os he asustado mucho; esto no será nada, yo lo creo así.

—Pobre hermana mía –dijo Roberto estrechándole sus blancas y diminutas manos en las suyas, para darles calor–: estás yerta; cúbrete bien –y la arropó hasta la garganta.

—Qué bueno eres, hermano mío; perdóname, esto no está en mí, estoy tan débil…

—Tonta, bien lo sé –dijo él pasando su mano amorosamente por su cabeza y tratando de recoger sus blondos cabellos que se le habían esparcido–; vamos, descansa y duerme, que aquí, a tu lado, velaré tu sueño.

—Rita, mi buena compañera, trae valeriana, éter, todo para tomarlo y evitar darles otro susto, tú sabes que con eso me repongo mucho.

—Voy ya –dijo Rita tomando dos frascos–. Señor Roberto, cuídela mucho que pronto estaré de vuelta con lo que ella pide.

Anochecía. Rita, después de entornar la puerta de la galería que estaba junto a la alcoba de Delia, se dirigió con paso acelerado a la de salida a la calle; una vez en ella, volvió hacia abajo, y vio a un barbero que vivía en la esquina, conversando en voz alta con dos jinetes, y sin poder contenerse, dijo en voz baja, al ir para arriba a buscar lo que le había exigido Delia:

—Vaya un barbero charlatán, vive charla que charla con todo el que pasa, no sé cómo puede ganar la comida con tanto meterse en todo y querer averiguar la vida ajena –y diligente siguió su camino. Pero digamos algo del barbero y los jinetes.

Pablo había recibido la orden en su campamento de venir con parte de la fuerza para Caracas; inmediatamente se puso en camino, y al llegar, se dirigió a la Comandancia de Armas, antes de ir a su casa.

Allí, después de arreglar sus asuntos militares, se despidió de su jefe y se dirigió a la puerta.

—Coronel Querales –dijo el General.

—Mande usted, mi jefe –dijo Pablo volviendo hasta él.

—Ved qué olvido, esta mañana me enviaron de vuestra casa esta carta para vos, tomad.

—Gracias señor, voy para casa a darle una grata sorpresa a mi esposa.

—Sed muy dichoso Coronel, por cierto que sois digno de serlo; porque si como sois buen militar, sois buen esposo, no me queda duda que no tenéis igual.

—Me abrumáis, señor.

—Os hago justicia, id pronto a ver a vuestra familia.

—Gracias, adiós General.

—Hasta mañana, coronel Querales.

Querales guardó la carta en su cartera y se dirigió sin leerla a su casa, ansioso de abrazar a su adorada Delia.

Oscurecía; en la esquina más cerca de su casa, hacía mucho tiempo que un barbero tenía en ella un tenducho. En esa época nos eran desconocidas las elegantes barberías de hoy. El ajuar de una barbería de entonces, se componía de tres o cuatro sillas, un aguamanil de tres patas, donde descansaba una ponchera de loza ordinaria con grandes flores pintadas, una jarra, una mesa ordinaria y sin pintar, y en ella un frasco de sanguijuelas, uno o dos potes de pomada, unas navajas y un peine completaban aquel triste ajuar.

Los barberos de entonces, de hoy, de siempre, saben las historias de cabo a rabo de todas las personas, del lugar donde están; aquel les cuenta una, este otra, y ellos para divertir a sus parroquianos, les gusta tener rico repertorio, preguntan al mandadero, inquieren con la lavandera, se informan con el panadero, escudriñan la cocinera, es lo cierto que todo lo saben y lo descubren bien. Por lo regular, cuando alguno quiere saber alguna cosa que le interesa, se dice: preguntaré a un barbero. Pero Francisco, que así se llamaba el que estamos descifrando, tenía el defecto de ser más charlatán que otros, por eso siempre tenía tres o cuatro personas en la tienda, para tener con quien charlar; pero al verse solo, se paraba en la esquina para hacerlo con el primero que pasaba. Esa tardecita, estaba esperando alguno

con quien empezar su conversación, cuando vio venir dos hombres a caballo, era Pablo que llegaba a la esquina, seguido de su asistente.

Francisco, al verlo, le hizo un militar saludo.

—¿Qué tal, Francisco? –dijo Pablo con cariño.

—Bien, mi Coronel, pero ¿de dónde viene ahora?

—Del campamento; tengo seis meses por allá, por el Occidente.

—¡Seis meses! Pues me aseguró la mujer que aplancha la ropa de su casa, que usted tenía un mes que había venido.

—Es falso, no vengo desde entonces.

—Ella me aseguró que lo había visto.

—Se equivocaría.

—¡Equivocarse!, no mi Coronel, a menos que sea otro de la familia.

—¡Otro! –dijo Pablo estremeciéndose–. En mi casa no hay más hombre que yo.

—Dispense, mi Coronel, la señora estaba comiendo con él muy contenta, esa tarde que ella lo vio.

—No puede ser, Francisco, esa mujer se engañó.

—No, señor, mi chico que le llevaba la cesta me dijo lo mismo.

—Puede ser –dijo Pablo con voz ronca y picando el caballo se dirigió a su casa.

Al llegar se apeó y dando el caballo al asistente, le dijo con agitación:

—Espérame aquí un poco, quiero dar a la señora una sorpresa.

Pedro tomó las riendas del caballo, y Querales entró en la casa, andando con la punta de los pies. Temblaba sin saber por qué; las palabras del barbero repercutían en sus oídos y en el corazón de aquel hombre celoso mugía un volcán.

El corredor estaba oscuro; Querales se paró, no quería que lo sintieran, se recostó a la pared y se quitó los botines, que dejó en el suelo. En su propia casa entraba con el mismo temor que debe sentir el vil ratero cuando entra oculto a los latrocinios.

Su mirada se fijó en la vidriera de la puerta de la alcoba de su esposa, que dejaba ver un rayo de luz, su corazón se oprimió y latió con tal fuerza, que tuvo que oprimirse el pecho con las manos; por aquella rendija por donde trató de ver para dentro le pareció distinguir la sombra de un hombre… Su agitación fue espantosa y rechinó los dientes: dirigiéndose a la

puerta de la galería que Rita dejó entornada, entró en ella. También estaba oscura.

La puerta del cuarto de Delia estaba entrejunta y dejaba ver un rayo de luz. Pablo se dirigió a ella, iba a entrar, pero se quedó petrificado con lo que estaba viendo.

Delia estaba acostada en su lecho y parecía dormida. Al borde de él estaba parado un hombre de elegante porte y larga barba, contemplándola con tierno cariño; puso suavemente su mano en la frente de Delia y dijo:

—Me parece que está mejor.

Delia hizo un débil movimiento y él quitó su mano con presteza.

Con aquel movimiento quedaron descubiertos los brazos y el cuello de Delia. Roberto la cubrió, y dijo con amor y ternura:

—Duerme, querido ángel mío, duerme, te lo repito, yo velaré tu sueño.

Delia abrió los ojos débilmente y envió a su hermano una dulce sonrisa.

Pablo no vio más, sus labios murmuraron una blasfemia, sus arterias latieron y por sus ojos pasó una nube de sangre.

Pablo se precipitó con la espada desnuda en el cuarto y se la metió hasta el pomo a Roberto, que no tuvo tiempo de lanzar sino un gemido, diciendo: “Me han matado”, y cayó.

Pablo le arrancó el acero a Roberto y se lo hundió en el pecho a Delia que le dijo con moribunda voz:

—Pablo, es mi hermano, es Roberto…

Pero Pablo ya había hundido por segunda vez el acero en el pecho de su víctima…

Al cabo de unos segundos, tendió la vista a su alrededor, y vio los cadáveres de sus dos víctimas a su lado y se horrorizó de su obra… Las palabras de su infortunada esposa, zumbaban en sus oídos, como le habían zumbado las del barbero, y repitió como loco:

—Pablo, es mi hermano, es Roberto…

—He sido un asesino –dijo y saliendo para el patio, repitió–: es mi hermano, es Roberto…

En ese momento entraba Pedro con las bestias en el corredor. Pablo, al verlo, despertó como de un sueño, y dijo a Pedro:

—Llévalas fuera y desensilla.

Pedro entró y Pablo dijo:

—Ya no me queda más recurso que ocultar esto o morir como asesino en un patíbulo.

Se dirigió a la puerta de la calle y la cerró con llave, luego fue para el fondo de la casa donde se encontraba Pedro; estaba muy agitado.

—¡Pedro! –dijo.

—Señor, mi Coronel.

—Pedro –repitió–, necesito que me ayudes.

—Mi Coronel, el soldado no tiene más voluntad que la de sus jefes, podéis mandar.

—Necesito una pala y una barra.

—Ambas cosas las hay por aquí, voy por ellas.

En efecto, momentos después, traía Pedro de la cocina lo que su jefe le había pedido. Querales lo llevó al fondo y bajo un frondoso árbol que había allí, se puso a cavar una larga zanja, con la mayor fuerza. Pedro lo ayudaba, ya hoyando, ya sacando tierra, hasta que quedó hecha una honda sepultura. Luego que terminaron aquel afanoso trabajo, se volvió hacia Pedro y le dijo jadeante de cansancio:

—Siéntate y descansa.

Pedro obedeció sentándose al borde de la zanja; veía en Pablo algo sobrenatural; por primera vez en su vida sintió miedo, casi adivinaba lo que había pasado, pensó en su madre que la había dejado allí y le extrañó no verla.

Pablo entró en la casa. Recios golpes daban en la puerta de la calle, tocaban a ánimas; los golpes y el tañido de las campanas lo hizo estremecer y temblar de terror…

—¿Quién puede ser a estas horas?, ¿la justicia? Ella no puede saber nada, voy a ver quién llama con tal persistencia.

Pablo entró en la sala y abrió un postigo: temía que se alborotase el vecindario con tantos toques.

—¿Quién es? –dijo con mal talante.

—Soy yo, señor Roberto, hace dos horas que toco, me figuré que estaba dormido.

—No es Roberto, ¿qué queréis?

—¡Gua!, el Coronel, ¿cuándo vino? –dijo Rita acercándose a la ventana.

—Hace rato, a la oración…

—¿Y no me abrís? Todo está desarreglado y sobre todo aquí traigo las medicinas que fui a buscar para la señora. ¿No la encontráis muy enferma?

—Mi vista la ha curado. No necesita esos remedios.

—Bien decía el señor Roberto, que ella tenía mal de amor por usted, que al venir curaría, pero ¿vino mi Pedro?

—No, se quedó en el ejército.

—¿Está bueno?, ¿no lo tenéis ya de asistente, Coronel?

—No, tengo otro, él está bueno, pero idos, ya es tarde y voy a descansar –y sin esperar respuesta cerró el postigo.

Rita temblorosa y asustada fue a pedir hospedaje a una amiga, se acostó, pero no pudo dormir pensando en Delia, y murmurando instintivamente: "¡Pobre señora!".

A las seis de la mañana se fue a llamar a la casa de Querales, pero nadie contestó, Rita sintió miedo y se fue a la esquina, allí se paró. El barbero estaba en la puerta de su tenducho, al verla la llamó.

—¿Me habéis llamado? –dijo ella.

—Sí, toma este paquete y esto que te dejó aquí el Coronel.

—Mi ropa –dijo en voz baja–, me despide.

—Sí, y también dinero –dijo Francisco–, una buena pelota.

—Gracias –dijo la pobre mujer–, ¿pero por qué no abren?

—Porque fueron para La Guaira todos, donde está nombrado para no sé qué destino; se llevó a toda la familia, su señora y el hermano en coche, él y el asistente a caballo, y a ti te va a mandar a buscar, porque se lo exigió su esposa.

La pobre mujer respiró. Se fue casa de la amiga, y allí abrió el paquete de dinero, eran veinte pesos, de dentro de ellos cayó un papel que decía así:

Rita:

Toma esos reales que son tuyos, te los manda tu hijo Pedro, prepárate, pues dentro de tres o cuatro días, mandaremos por ti.

Querales

Al fin, la afligida Rita perdió la esperanza esperando.

Cuando Pablo se quitó de la ventana, fue para el fondo de la casa, donde estaba sentado Pedro, este al verle alzó la cabeza que tenía apoyada en sus manos. La luna derramaba pálidos resplandores, formando fantásticas figuras con la sombra de las ramas del árbol.

—¡Pedro! –dijo Querales–. ¡Pedro!

—Mi Coronel –dijo éste parándose–, aquí me tenéis.

—Deseo morir porque soy muy desgraciado –dijo Querales.

—Todos los hombres lo son, mi Coronel, no hay ninguno completamente feliz, unos sufren de un modo, otros de otro.

—¿Oíste lo que me decía el barbero cuando veníamos?

—Sí, oí que charlaba lo que no debía, ya se ve, esa es su costumbre.

—Pero todo lo que me dijo era cierto, mi mujer era una infame.

—Permitidme que lo dude, mi jefe, vuestra esposa no era mujer, era un ángel en la tierra.

—Pedro, me engañaba, era una vil y desvergonzada adúltera.

—Sería preciso verlo para creerlo, Coronel, era tan buena, tan dulce tan santa que…

—Pues bien, voy a probarte que no lo era, voy a presentar a tus ojos la verdad, para que no creas jamás en ninguna mujer, porque todas son villanas.

—Menos mi madre, Coronel, esa es una santa.

Querales se quedó pensativo, luego dijo:

—Pedro, júrame que tú me ayudarás a salvarme.

—Lo juro mi Coronel, usted es el jefe, yo soy el soldado; es decir, una máquina.

—Ven pues, el tiempo vuela.

Pedro siguió a Querales que resueltamente entró en la alcoba de su esposa; estaba excitado, parecía loco… Pedro lo siguió y no pudo contener un grito, más de admiración que de espanto.

—Quién iba a creer que ella hiciera esto –dijo Pedro juntando las manos.

—Silencio –dijo Querales con dureza.

El pobre muchacho se recostó en la pared, y después de ver a Roberto tendido en el suelo sobre una charca de sangre se quedó atónito contemplando a Delia, sin pestañear.

Esta, parecía dormida, sus bellas facciones no habían perdido aquel no sé qué de dulce y triste que la embellecía, haciéndola tan simpática. En su blanco seno se veían dos grandes heridas, que aún filtraban sangre, su linda boca entreabierta dejaba admirar su bella y blanca dentadura, uno de sus brazos salía un poco fuera de la cama.

Pedro, al fijar sus ojos en ella, se le humedecieron involuntariamente y murmuró con dolor:

—¡Pobrecita!, jamás lo hubiera creído y no lo creo, sabe Dios lo que hay en esto.

Mientras Pedro tenía su monólogo, Pablo se dirigió a Roberto, y tomando el cadáver por la cabeza, dijo a Pedro, con la imperiosa voz de mando del jefe a un soldado:

—Ayuda, Pedro.

Este se estremeció al oír la voz de mando de su jefe, como el que despierta de un sueño, se dirigió a Roberto, se inclinó y lo tomó por los pies.

Aquellos dos hombres silenciosos, se dirigieron al lugar donde estaba hecha la fosa. Aquella escena alumbrada por la luna entoldada, daba terror; no perecían sino fantasmas. Cuando llegaron a la fosa, arrojaron dentro el cadáver, y siempre en silencio, volvieron a la alcoba. Pablo se acercó a la cama; un estremecimiento general agitó su cuerpo, después envolvió el cadáver de su inocente esposa en las sábanas, y lo tomó por los hombros, Pedro por los pies.

El movimiento hizo rodar la parte de la sábana que cubría la linda cabeza de Delia, su abundante cabellera se desprendió, y cayó hasta el suelo, como queriendo lucir por última vez en la tierra; las blondas guedejas azotaban de vez en cuando los pies y piernas de Querales. Llegaron a la fosa y arrojaron a la pobre niña sobre su hermano.

Pedro no pudo contenerse, y las lágrimas bañaron sus mejillas; fueron aquellas las únicas que humedecieron la tumba ignorada de aquellos dos mártires.

Después de cubierta y pisada la fosa, Pablo cortó ramas del árbol y las arrojó sobre ella, para disimular su existencia.

—Ven, Pedro –dijo con voz débil. Este lo siguió.

Llegó a la alcoba y contempló en silencio cuanto había allí. Después en un acto de desesperación arrancó la cortina, sus manos ensangrentadas dejaban la marca en ella, la arrolló y la metió en el colchón y lo envolvió, y tomándolo con fuerzas lo puso en la pieza inmediata. Después se puso a arrancar la esterilla, Pedro silencioso lo ayudaba en todo; una vez quitada, la llevó afuera y le dio fuego.

—Trae escoba y agua –dijo jadeante.

Pedro obedeció, el infeliz muchacho se había convertido en un autómata, tanto era el terror que tenía. Querales lavó como loco la sangre que había filtrado. Por algunos minutos estaba pensativo, después que hubo quitado los

vestigios de la sangre y del crimen, abrió con resolución los escaparates de su esposa, y sacando desordenadamente cuanto allí había, hizo grandes envoltorios donde metía platos, vasos, poncheras, jarras, todo. Los muebles los dejó vacíos.

Pablo se quitó la levita y dijo a Pedro, que en silencio lo veía hacer:

—Pedro, toma uno de esos envoltorios y sígueme. Pedro hizo lo que le mandó.

Querales salió a la calle, eran las dos de la mañana, la luna se había ocultado y había una densa oscuridad. Parecía que Dios protegía aquel criminal. Ni serenos, ni patrullas, nada encontraron, todos aquellos envoltorios fueron por ellos botados tras la Matanza Real, en la vega limítrofe al río Guaire, que estaba inculta y servía de camino a los vecinos para surtirse de agua en el río.

Cuando terminaron eran las cuatro de la mañana.

Pedro se sentó en el patio y ocultó la cara en sus manos, lloraba y tiritaba de frío. Querales se lo quedó viendo y abriendo un ceibó tomó una botella de vino y dijo a Pedro:

—Bebe y te repondrás, si quieres comer, allí también hay.

—Beberé Coronel, comer no puedo.

Dieron las cinco, Querales se paró y dijo a Pedro “ensilla”, y tomando su levita se la fue a poner.

—Coronel, esa levita está muy manchada de sangre.

Querales se estremeció y dándosela a Pedro, le dijo:

—Saca lo que tenga en el bolsillo y guárdalo, y arroja la levita en la ceniza humeante de la esterilla para que se consuma.

Pedro obedeció y sacó de ella algunos papeles y una cartera que guardó en su seno, echó en el fuego la levita y volvió a casa de su Coronel y le dijo:

—Yo deseo decir a usted una cosa, mi jefe.

—Habla, ¿qué quieres?

—Usted me tiene algunos ahorros, mi pobre madre queda sin destino, quisiera dejarle esos centavos.

—Bien, déjame escribir, entretanto ensilla.

En efecto, Querales escribió a su encargado que pagase al dueño de la casa tres meses adelantados, que si al vencerse ese tiempo no venía con la familia, la desocupara y los muebles los vendiera y esperara su venida del Oriente para donde iba.

Después escribió cuatro palabras a Rita, envolvió el papel y veinte pesos y dijo a Pedro:

—A caballo, pues.

Pedro tomó un gran envoltorio que traía en la mano y salió a la calle llevando su caballo al diestro.

—¿Qué envoltorio es ese, Pedro? –dijo Querales con extrañeza.

—Esta es la ropa de mi madre que se la voy a llevar con el barbero –contestó.

—Es verdad, lo había olvidado.

Los dos se dirigieron a la tienda de Francisco, este parado en la puerta se entretenía en lavar la ponchera.

—¿Qué tal Francisco? –dijo Querales.

—Aquí, mi Coronel, preparándome para ganar el pan.

—¿Conoces a Rita la cocinera de la casa? –preguntó Pablo–. Dale todo esto y dile que se aliste, que dentro de dos o tres días, la mandamos a buscar.

—¿Se marcha mi Coronel?

—Sí, voy para La Guaira y me llevo a toda la familia; mi esposa va en el coche adelante con su hermano que encontré en casa que había venido.

—Eso quiere decir que la planchadora creyó que el hermano era usted.

—Cabal, pero yo ni recordé a Roberto.

—Así sucede siempre.

—Voy a hacerte otro encargo Francisco, pero me lo haces hoy en la mañana.

—Lo que usted guste mi Coronel, Francisco está aquí para servir a sus amigos.

—¿Conoces a don Dimas Chacón?

—Bah, que si lo conozco, como a estas manos.

—Solicítalo, ¿sabes su casa de habitación?

—Sí la sé y si no lo supiera, preguntaría.

—Entrégale esta carta y esta lleva a mi nombre.

—Será usted servido, mi jefe, y con gusto.

—Gracias, toma… –y metiendo la mano en el bolsillo sacó unas monedas y dándoselas a Francisco le dijo–: para el rancho de hoy.

—Gracias, Coronel, buen viaje.

Querales partió seguido de Pedro, tomando para donde se decía estaban los federales.

—Sí –pensaba–, duro, muy duro me es hacer a sangre fría lo que medito; pero debo hacerlo, mi tranquilidad y mi honra me lo imponen: me pasaré a los federales después, y ellos ignorarán que fui casado y lo de esta noche quedará sepultado en mi corazón envuelto en las sombras del misterio. Valor Pablo, valor y avanza, adelante.

Embebidos en estos pensamientos anduvieron dos horas solos, en silencio y a trote largo. Llegaron a un lugar solitario y sombrío por lo espeso de los árboles, Querales tendió una adusta mirada a su alrededor; un estremecimiento general lo agitaba: su vista se fijó en Pedro, dándole una mirada inexplicable. De repente se quitó el sombrero y al volvérselo a poner se le escapó de las manos y cayó al suelo.

Pedro diligente se apeó para cogerlo: Querales paró el caballo y tomando el revólver lo armó. Pedro se inclinó sin ver lo que hacía Querales, pero antes de pararse sintió una detonación, y un golpe al mismo tiempo en una pierna que le hizo caer dando un gemido de dolor: quiso pararse, pero otro golpe en el hombro izquierdo lo hizo sentir un dolor tan intenso que perdió el conocimiento; su rostro se desencajó y presentó las sombras de la muerte.

Pablo tuvo miedo, cogió su sombrero y dijo con voz sorda para reanimarse:

—De hoy en adelante, Dios y yo solamente sabremos el secreto. ¡Pobre muchacho! Tú has sido bueno… pero era preciso; y picando el caballo, partió al galope.

El desgraciado Pedro, herido y sin conocimiento, perdía su sangre y habría muerto si la Providencia no le trajera un auxilio.

Por el camino venían para sus campos dos labradores con sus recuas que habían llevado sus frutos para venderlos en Caracas, era el uno un anciano y el otro joven. Al llegar al lugar donde estaba Pedro, en apariencia sin vida, se pararon asombrados.

—¡Un hombre muerto! –dijo el más joven.

—¡Muerto! ¿Quién será este infeliz? –dijo el anciano e inclinándose puso su mano sobre el corazón del herido, luego añadió–: Este hombre está vivo, Antonio ven, ayúdame, vamos a llevarlo a casa y le prestaremos algún socorro. Aquí no se puede hacer nada y se desangra mucho.

En efecto, aquellos buenos labradores le tributaron los más caritativos cuidados, y lo trasportaron a su casa donde después de hacerle la primera

curación con el bálsamo de yerbas que preparan en el campo, esperaron que Dios hiciera lo demás.

Como los proyectiles habían salido y no habían interesado ninguna arteria, lograron al fin que Pedro curase de sus heridas. Estuvo cinco meses con aquellos excelentes labradores, ayudándolos en todo, hasta que, restablecido, determinó volverse a Caracas al lado de su madre.

Después de despedirse reconocido de sus protectores, tomó la cartera de Querales que llevaba en su seno cuando recibió las heridas y vino a reunirse con su querida madre.

Dos años y medio hacía que había venido y ayudaba a su madre con lo que podía ganar; cuando se hizo el Tratado de Coche y entraron los federales a Caracas, Pedro lleno de contento por la paz se entregó con ardor al trabajo para sostener a su madre y proporcionarle descanso.

—Qué feliz soy, madre mía –decía él–, ahora no estarás con tanto afán, puedo salir y ganar para ti.

—Dios lo quiera, hijo mío: y sobre todo, que él con su poder te libre de que vuelvas a ver al tal coronel Querales.

—Ese hombre debe haberse muerto, es tan malo…

Una tarde que Pedro volvía de su trabajo, vio venir hacia donde él vivía, un hombre con uniforme de General. Los laureles le llamaron la atención, y fijó su vista en él.

Era Querales. Pedro se acercó a la primera puerta que halló a su paso y abriéndola se entró en el corredor dominado por el terror.

Por fortuna, el corredor estaba desierto y no fue notada su presencia en aquella casa. Pasó Querales y Pedro corrió a casa de su madre y le refirió su encuentro.

Desde ese momento, aquella pobre mujer vivía asombrada por el temor de que aquel hombre descubriese a su hijo y se lo matara, por ser Pedro el depositario de sus secretos. En esa ansiedad llamó a su hijo, lo hizo arrodillar con ella al pie del Cristo, y con la mano en cruz y puesta sobre la peña, juraron olvidarlo todo. No decir ni el crimen ni el nombre de Querales, para que él tampoco se acordara de ellos; lo demás lo saben nuestros lectores.

Cuando Rita terminó la historia de Querales cayó desfallecida, diciendo:

—Ya he cumplido con mi deber, ahora puedo morir.

La familia estaba horrorizada. Berta elevaba sus ojos al cielo dándole gracias. Santelmo estaba rígido, ceñudo. Teonila había pasado su brazo por la cintura de su hermana, y esta había reclinado su cabeza sobre su seno estremeciéndose nerviosamente. Pedro al borde de la cama de su madre trataba de reanimarla.

De repente, la voz de Santelmo se dejó oír, potente, en medio de aquel silencio.

—Berta –dijo–, es preciso arrojar a ese hombre de casa, y entregarlo a la justicia.

—Esteban, no hagas tú esa delación, espera que Dios le enviará su castigo tarde o temprano.

—Ese hombre debe venir con el párroco hoy, y si viene ¿quién lo recibirá? Yo no sé disimular y al verlo creo que no podré contenerme.

—Lo recibiré yo y te ofrezco que no volverá más, sin que sea necesario decirle que sabemos sus crímenes –dijo Berta.

—¡Padre mío –dijo Alicia con terror–, yo no quiero ver más a ese hombre!

—Tranquilízate, hija mía –dijo su madre–, tú no lo verás más.

—Pedro –dijo Santelmo–, yo querría ver qué contiene la cartera de ese hombre.

Pedro abrió un cofre, la sacó y se la entregó a Santelmo. Este la abrió, dentro estaba la carta que le dio el comandante de Armas el día de su llegada y otros papeles. Después de revisarlos todos, Santelmo guardó la cartera.

CAPÍTULO IX

CONDICIONES

BERTA ESPERABA en el salón la llegada de Querales. Santelmo, oculto en la pieza inmediata, esperaba también para oír lo que decía Berta.

Al poco rato llegó Querales acompañado de un venerable sacerdote: su rostro revelaba la mayor alegría; se dirigió a Berta saludándola cariñosamente con estas palabras:

—¿Cómo está mi futura madre?

—Estoy bien –dijo Berta fríamente. Luego, levantándose, saludó cortésmente al sacerdote ofreciéndole un asiento.

Querales, acostumbrado a aquella frialdad de Berta, no se turbó por ella y le dijo con cariño:

—Aquí traigo al señor cura para tomar vuestras voluntades, sírvase llamar a la linda novia y al señor Santelmo.

—Señor Querales, antes de ese requisito, es preciso llenar otros de más urgencia –dijo Berta.

—¿Llenar otros? –dijo sorprendido–, todo lo tengo arreglado.

—¿Todo? Recuerde usted y verá que se engaña.

—Aquí tengo mi fe de bautismo, usted tiene la de Alicia, ¿qué más se necesita?

—Se necesita lo principal, piense usted lo que es y verá que se ha olvidado.

—En realidad no atino lo que sea, señora.

—Pues, sin ese requisito, no puede llevarse a cabo el matrimonio.

—Pero, diga usted lo que es y yo le ofrezco que mañana lo arreglo, sin ninguna dificultad.

Berta trajo a sus labios una sonrisa indefinible, y volviéndose hacia el sacerdote dijo:

—Puede ser; pero lo siento por usted señor cura, que se ha molestado en balde.

—No se afecte usted por mí, señora, debe usted saber que todo esto entra en la misión que tengo sobre la tierra –dijo el cura cortésmente.

—¿Qué quiere usted padre?, a nosotras las madres nos agrada que todo lo tocante a nuestras hijas sea hecho en toda regla, ese es el sublime egoísmo de las madres y se le debe disculpar.

—Ese es vuestro deber, señora, y la madre que no lo haga así, se la debe tachar de descuidada y de poco amorosa.

—Pero acabe usted, Berta, de decir lo que es para satisfacer a usted; por fortuna para mí todo es fácil. Yo no he conocido el imposible jamás, diga usted lo que es para darle la prueba de ello.

Berta dijo con sonrisa cortante:

—No hay duda que es una dicha allanar el imposible con tanta facilidad.

—Es la verdad que eso es una dicha muy grande; pero no te alucines hijo, hay a veces dificultades que no se pueden vencer –dijo el sacerdote dulcemente.

—Diga usted señora –exclamó Querales amostazado–, yo noto algo extraño hoy en esta casa, diga usted lo que es, yo se lo ruego. ¿Qué falta, Berta?

—Falta, señor, la partida de defunción de la esposa de usted, para probar su viudedad, y si usted no la presenta, no puede haber matrimonio –contestó ella con entereza.

—Tiene usted razón, señora; sin eso, siendo el señor viudo, no puede hacerse nada –agregó el sacerdote.

Querales, pálido, convulso, dio un paso atrás diciendo asombrado:

—¡Mi partida de viudedad! ¿Qué dice usted Berta? ¡Mi partida de viudedad!

—Ya ve usted que tengo razón de exigirla, señor Querales.

Este, repuesto ya de su primera impresión, contestó con sereno continente, y casi imperceptible sonrisa:

—Yo soy soltero, señora, jamás he sido casado.

—Usted fue soltero, hasta el día que contrajo matrimonio con la señorita Delia Soler.

—¡Delia Soler! –repitió él estremeciéndose–, ¡Delia Soler! –y luego tratando de reponerse añadió–: ¿Quién ha dicho esa falsedad? Usted ha sido engañada, Berta.

—¿Engañada? Me lo dijo quien lo vio casar.

—¿A mí, señora, a mí?

—A usted caballero.

—¡Cuánta perversidad! Jamás he sido casado.

—Puedo presentar a usted la partida de matrimonio, llevada a cabo en la parroquia de Altagracia.

—Ese será otro Querales –dijo este turbado–, hay tantos.

—Si es otro, usted lo probará, de lo contrario no puede tener lugar el matrimonio con mi hija.

—¡Señora! ¡Señora!… Usted me hiere hondamente.

—¿Por qué le pido la partida de su viudedad?

—Bien –dijo él ya repuesto del todo–. Dé usted por cierto que fui casado y que murió mi esposa; y si no encontrara la partida de viudedad ¿qué se haría entonces?

—Una cosa muy sencilla, señor Querales, o traerla o retirarse de nuestra casa para no volver jamás.

—¿Me arroja usted de ella, señora?, ¿satisface usted el odio que siempre me ha tenido?

—No le arrojo ni le odio señor, le pongo condiciones solamente.

—Condiciones –repitió Querales–, condiciones…

—Sí, le pongo condiciones, porque una madre, antes de entregar su hija a un hombre que conoció ayer, debe averiguar su vida pasada muy bien para saber quién es, y a la que no lo haga así, debe dársele el título de mala madre.

—Tiene usted razón, señora –dijo el sacerdote–, y si todas las madres obraran con esa cordura, no se lamentarían tantas desgracias en los matrimonios; pero hay madres que por casar a sus hijas, son capaces de entregarlas al mismo Satanás si le oculta los cuernos.

—Esa es la verdad, padre, y celebro que usted presencie esta escena, para mí harto desagradable, para que con su tacto evangélico le dé la razón al que la tiene, sin que se me tache de exagerada.

—Señora –dijo el sacerdote–, usted cumple con su deber procediendo como una madre sensata.

En medio de esta conversación, Querales estaba agitado, convulso, de repente tomó una resolución y dirigiéndose al cura, le dijo con agitación:

—Padre, voy a decir a usted toda la verdad; usted a su vez me juzgará a mí y me dirá lo que piense, sin rodeos.

—Hijo mío, mi misión me manda oír todo con calma y madurez, para poder juzgar lo que me confíe.

—Señor Querales, si deseáis hablar a solas con el señor, me retiro –dijo Berta levantándose.

—Señora, siéntese usted, quiero que usted presencie mi conversación.

Berta se sentó sin contestar, y Querales dijo:

—Padre, realmente yo era casado, pero estando en la campaña perdí a mi esposa. Cuando vine después de cinco años de ausencia, supe que tenía la infeliz cuatro de muerta; he solicitado en varias iglesias la partida de defunción y no me ha sido posible encontrarla; una anciana, única parienta que tenía, murió también y no he podido averiguar en qué feligresía murió mi esposa, por más diligencias que he hecho.

—Verdaderamente que es una desgracia lo que pasa a usted, pero ¿por qué no habló a esta familia desde el principio con franqueza?

—Porque temí lo que pasa hoy, no quise decir que era viudo, pero soy un caballero y sé que lo soy, jamás creí que llegaría el caso de que se dudara de mí. Para quitar los obstáculos lo oculté, no encontrando la partida de defunción como se ha dicho.

—Hijo, el caso está muy complicado, la señora tiene razón en lo que dice… Busque y al fin encontrará feligresía que registre sus archivos, es cuestión de dinero.

—Lo haré así, señora, y si no la encuentro se verá manera de arreglarlo, porque todo está preparado para el matrimonio y no puede desbaratarse, pudiendo allanarse.

—El único allanamiento que hay, señor, es que usted traiga la partida de defunción en toda regla, de lo contrario, ya sabe usted lo que le he dicho.

—Yo no extraño en usted esa rigidez, señora, porque usted está predispuesta en mi contra, pero espero entenderme mejor con el señor Santelmo.

Berta, fijando en él su límpida y serena mirada, le dijo con acentuado tono:

—Señor Querales, si usted llega a encontrar esa partida, le ofrezco que se hará el matrimonio; pero –añadió con marcado tono–, usted no la traerá, porque sé bien, que no la encontrará.

Las facciones de Querales se desencajaron, y dijo:

—¿Que no la encontraré?… ¿qué quiere usted decir con eso, señora?

—Para terminar, lo mismo que le digo yo, le dirá mi esposo, que sin esa partida no le queda más que hacer que retirarse, partida que, estoy cierta, no vendrá porque no existe, de lo que me felicito.

Berta al terminar estas palabras, se puso de pie, el sacerdote la imitó, ella tendiéndole la mano, le dijo con dulce acento:

—¡Volved, padre mío! –y haciéndole una reverencia se entró para dentro sin ver siquiera a Querales, que estaba lívido, desencajado.

CAPÍTULO X

LA EXPIACIÓN

CUANDO BERTA ENTRÓ en la pieza donde estaba Santelmo, este la recibió diciéndole:

—Has tenido mucha prudencia y tino, y creo que este infame no volverá. Eres, esposa mía, el tipo perfecto de la matrona venezolana.

—¿Que no volverá?, sí vendrá. ¿No viste con qué serenidad refirió su fábula al cura? Ese hombre es capaz hasta de falsificar la partida de defunción, porque en su alma no existe ningún sentimiento noble.

—Imposible, él no puede venir, tus últimas palabras le dan a entender que sabías algo más; y salió tan pálido y trastornado, que temí cayese con algo de cuidado en nuestra casa.

—Pues yo aseguro que vendrá; si pudiera ausentarme hoy mismo de aquí, créeme Esteban, lo haría, porque eso le daría una distracción a Alicia, que se ha afectado mucho con el horror de haber amado a ese criminal. Tú sabes que por su estado de salud, siempre delicado, me aconsejaron los médicos que la hiciera atravesar el mar. Al principio hubo dificultades, después se presentó el matrimonio, y yo creo que ha llegado el momento de hacerlo, la embarcación será un remedio eficaz para su cuerpo, y para su alma…

—Creo que debemos en el acto proceder a llevar a cabo ese viaje, ella tiene todo preparado: ¿quieres que proceda a disponer el equipaje?

—Sí, ahora mismo, para salir de madrugada para La Guaira y tomar el vapor que sale mañana para Curazao.

—Me das un gran placer, amigo mío, con sacar esa niña de aquí.

—Pero haz el equipaje de todos, tú y Teonila no pueden abandonar a nuestra dulce Alicia, se entristecería. Por fortuna estoy bien desahogado y puedo hacer el viaje a mi satisfacción. Ve, pues, pon a todos en movimiento, que voy a buscar coches que nos lleven con el equipaje…

—Teonila se va a contentar mucho.

—Ve, no te detengas, porque me parece que ese hombre criminal puede tratar de vengarse de ti.

—¿Sería capaz de hacerlo?

—Berta, una vez que el hombre pisa la senda del crimen, nada lo detiene y sigue adelante sin estremecerse ni temblar.

—¡Desgraciados lo que llegan hasta ese punto! Pero voy a prepararlo todo para, a la madrugada, poder partir.

—Esteban –dijo Berta volviéndose–, ¿y a Rita y a Pedro los dejamos?

—Rita y Pedro son mi familia, les debo la salvación de Alicia y sería un ingrato si les abandonara.

—Esposo mío –dijo Berta estrechando a su esposo contra su corazón–: ¡Cuán grato luce el buen proceder, mucho más, cuando lo ponemos en parangón con el malo! Yo te doy en nombre de esos desgraciados las gracias, porque comprendo su alegría al verse lejos de ese hombre.

Santelmo posó sus labios en la frente de su esposa y se separó de ella para irse a arreglar todo lo necesario para la partida.

Berta se dirigió a casa de sus hijas y les impuso lo que debían preparar, con los sirvientes, para el viaje.

Llenas de satisfacción empezaron a arreglar el equipaje, el cual en pocas horas quedó dispuesto.

Cuando Berta fue a decir a Rita que debían partir, la encontró sentada, estaba tranquila y serena, Berta se le acercó y le dijo con dulzura:

—¿Cómo te sientes, Rita? ¿Te encuentras débil?

—Señora, desde que he cumplido con el deber de decir a ustedes quién es ese hombre, me siento mejor y fuerte.

—Pues, si te sientes tan bien, procuren arreglar su equipaje porque nos vamos de madrugada para embarcarnos muy lejos de Caracas.

—¡Partimos! –dijo Pedro–, gracias, señora, ya mi infeliz madre no vivirá sobresaltada por mí…

A las siete de la noche todos estaban dispuestos, en la madrugada salieron para La Guaira llevándose el equipaje en coche, y a las tres de la tarde del mismo día se embarcaron para Curazao, donde pensaban estar algunos días.

Cuando Berta se separó de Rita, después de anunciarles la partida, se dirigió a casa de sus hijas que con la mayor actividad preparaban el equipaje.

—Alicia –dijo–, tráeme los presentes, las cartas, todo, hasta la última flor que te haya dado Querales.

—Comprendiendo que debías pedírmelas. Lo tenía todo preparado, no quiero nada que me recuerde hombre tan criminal, madre mía.

Berta los reunió a todos y poniéndolos en una rica salvilla se los envió a Querales, dándole orden al sirviente que si no estaba lo dejara con el asistente de él, que se lo entregaría sin falta. El sirviente cumplió la orden, dejándolo todo en casa de Querales.

Este, abrumado por la fría entereza de Berta, juró que su venganza con ella sería cruel, si lograba conseguir una partida falsificada.

—Con el dinero –decía–, se consigue todo, y por fortuna, soy bastante rico… Berta de Santelmo, te ofrezco que verterás tantas lágrimas que harán surcos en tus mejillas, que aún ostentas hermosas. Tu hija a toda costa será mía… Esa será mi primera venganza… Las otras… ¡Ah!, las otras… serán espantosas.

Abrumado con tan satánicas ideas, se separó del venerable sacerdote al salir de la casa de Santelmo. Resuelto a conseguir una partida de defunción falsificada, no tuvo descanso hasta que encontró un infame que se prestó a hacerla por el oro.

Cuando volvió a su casa era de noche; su semblante estaba radiante de contento, porque esperaba poder llevar a la mañana siguiente a casa de Santelmo dicha partida.

—¡Cómo voy a humillar por primera vez a esa mujer vanidosa!, ¡qué gozo!, ¡qué satisfacción!

De repente sus ojos se fijaron en los presentes que estaban todos acomodados en la mesa y fue tanta su sorpresa, que dijo con ira:

—¡Maldita mujer! ¡Julián! –gritó.

—¿Habéis llamado?

—¿Quién trajo esto aquí?

—El sirviente de la casa del señor Santelmo, yo lo coloqué ahí.

—Está bien, vete.

—¿No come el General? ¿Quiere que lo sirva?

—Haz lo que quieras.

—¿Quiere que lo sirva aquí, o bajará al comedor?

—Iré al comedor.

El criado salió y él se quedó viendo los presentes, uno a uno.

—Nada falta, ni la flor más insignificante, todo, todo está aquí. ¡Berta! ¡Berta! No solo me arrojas de tu casa, sino que obligas a la pobre niña a

enviarme cuanto tiene mío… Sí… la obligas… porque ella de propia voluntad no lo hace, amándome como me ama, porque aquel casto corazón es todo mío… Berta, Berta, tú quieres arrebatarme no solo el placer de verla, sino su amor, llenando de dolor aquel tierno corazón… Berta, espera, que tu turno de angustias te llegará horrible, y entonces: ¡ah! con qué placer las veré impresas en tu rostro… Y cuando los surcos de la amargura que yo te haga saborear marchiten tu potente hermosura, entonces mi felicidad no tendrá igual… Sí –dijo con satánica risa–, yo me vengaré.

Bajó al comedor y comió ligeramente y se dispuso para volver a salir.

—Julián –dijo–, si traen cartas, oficios y periódicos, ponlo todo en la mesa para verlo mañana.

—Así lo haré, General, id tranquilo.

En efecto, todo lo colocó como le había sido ordenado, por último trajeron una carta abultada, que colocó con las otras.

—Vaya –dijo Julián al ponerla en la mesa–, con esta carta tan gruesa, tiene el General para entretenerse.

Cuando Santelmo volvió a su casa serían las seis de la tarde, Berta le salió al encuentro, y le dijo:

—¿Tienes todo dispuesto?

—Sí, todo. Y esperamos que fijes la hora de la marcha.

—Pues bien, yo pedí los coches para salir de aquí en la madrugada.

—Dispondré de modo que esté todo listo a esa hora, porque no tienes idea lo mucho que deseo que nos alejemos de ese hombre, porque te lo confieso, le tengo miedo.

—¿Miedo? ¿Y qué puede hacernos, Berta?

—Con la posición y el influjo que tiene, puede hacernos muchos males, ese hombre es capaz de todo.

—Puede ser, todo puede esperarse de un hombre como él.

—Además, como le mandé a su casa los presentes que había hecho a Alicia, estará más furioso con nosotros.

—Yo le quitaré la furia, voy a escribirle.

—¡A escribirle! –dijo Berta sorprendida–. ¿Tú vas a escribirle?

—¿Y has creído que yo me ausente, sin castigar a ese infame, por haber osado intranquilizar el corazón de mi Alicia?

—¿Cómo vas a castigarlo? Esteban, ten prudencia, ese hombre es perverso; recuerda que tú lo has dicho. Cuando se pisa la senda del crimen,

nada detiene al criminal.

—No te intranquilices, vete a dar las últimas disposiciones para salir a las tres de la mañana, y cuando todo lo tengas arreglado, vuelve.

Berta se retiró y Santelmo se puso a escribir; cuando ya terminaba, leyó a Berta lo que sigue:

Señor Gnral. Pablo Querales

Presente.

Remito a U. esta cartera, que es de su propiedad y que la suerte trajo a mis manos. Dentro van las cartas de su infortunada esposa y la de Roberto, su hermano y cuñado de U.; esas cartas fueron escritas por ellos el último día de sus vidas, creyéndole a U. un hombre de corazón; esas cartas U. no las leyó cuando se las entregó su Comandante, y se abrió la cubierta que tenían con la humedad de la sangre del que la guardaba. ¡Esa cartera fue encontrada en el cadáver del desgraciado Pedro! –vuestro asistente entonces– que le fue confiada por U. para guardarla la noche en que, después de cubrir todo lo pasado en su casa, se disponía a abandonar sus filas para alistarse en las contrarias. Pedro fue asesinado y U. solo se presentó en el campo de sus enemigos…

He hecho una justificación de todos sus crímenes y en ella me sobran pruebas; esa justificación la dejo en manos seguras para que si U. atenta contra mi vida, sea delatado en el acto; mientras tanto, guardaré silencio, primero, porque no quiero ser delator, y segundo, para que no se repita el recuerdo de sus pretensiones a mi hija.

Deseo que la lectura de esas dos cartas traiga el remordimiento a su corazón y que la sangre en que va manchada le traiga el arrepentimiento, y si no sucede así, Dios le mandará lo que U. merece.

Esteban de Santelmo

—Esposo mío –dijo Berta asustada–, ese hombre al leer tu carta puede atentar contra tu vida.

—¿Matarme? Al hacerlo, caerá en manos de la justicia; no soy tan torpe que no haya previsto todo… tranquilamente me voy, sin temer nada.

—Dios lo quiera, querido esposo mío.

—Yo no viviría satisfecho si no diera a ese hombre criminal el castigo que merece, por haber osado pensar en hacer su esposa a mi hija Alicia, siendo como es, merecedor de un presidio.

—Ahora voy a hacer firmar esta delación a Pedro y a Rita. Las señas de la casa están bien especificadas, como también el lugar donde puede encontrar la justicia los cadáveres, ¡y ay de él si trata de hacerme algo ahora o después!

Santelmo metió la cartera y su carta en un sobre y se la remitió a Querales.

Esa era la abultada carta que tanto llamó la atención de Julián, al colocarla en la mesa de su amo.

Santelmo, después de arreglar todo, partió como antes dije, para Curazao con su familia.

Querales llegó a su casa muy tarde, pero se veía que su semblante estaba radiante de satisfacción.

—Vamos, Pablo –dijo sacando un papel del bolsillo que se puso a leer–, vamos, tú triunfas y vas a ser dichoso –sus facciones estaban animadas por el contento; sus ojos brillaban.

—Está en regla, nada falta: ¡qué dicha!, ver a la fría y altanera Berta humillada ante mi poder; esta gloria es la mayor que he tenido en mi vida; el placer más inmenso que he disfrutado.

—Colócate aquí, papel querido –añadió–, que al lucir el nuevo día, nada tendrá que alegar aquella orgullosa mujer.

Al ponerlo en la mesa vio las cartas, los periódicos y un oficio; este lo abrió para ver si era urgente, pero al ver que no, lo dejó en la mesa y se dirigió a su lecho.

—Durmamos, hoy he tenido muchas agitaciones, y me siento cansado. Mañana leeré cuanto hay ahí, ahora solo deseo descansar… –y metiéndose en su cama, durmió con el mismo sosiego con que puede dormir el que tiene la conciencia tranquila.

Al despertarse por la mañana, tocó el timbre. No había salido de su cama. Julián se presentó y dijo:

—¿Habéis llamado?, ¿queréis que os ayude a vestir?

—No, lo que deseo es que me traigas al barbero para que me arregle, y ábreme las persianas para ver el sol.

Julián obedeció y salió, Querales volvió a llamarle y le dijo:

—Julián, estoy muy contento hoy.

—Lo celebro, mi General, ¿será hoy el matrimonio? ¿Es esa la causa de tanta alegría, como la que brilla en vuestra cara?

—No es hoy, pero será dentro de pocos días.

—Entonces, tenéis razón de estar contento, ¡es tan linda la joven!…

—¡Bravo! ¿Te agrada mi novia?

—Mi General, ¿a quién no le gusta lo bello?… Si yo tuviera dinero…

—¿Qué harías si lo tuvieras?

—Todo lo que hacen los otros; el dinero lo da todo, mi General.

—¿Hasta las novias bonitas?

—Esas primero que nada, a la mujer le gusta mucho tener oro, y con él se consiguen fácilmente, pero voy a traer al barbero.

Cuando regresó Julián con el barbero, dijo Querales a este:

—Quiero que hoy te esmeres en mi tocado, deseo estar muy elegante.

—Descuide General, que echaré el resto.

Este se puso en manos del barbero, el cual le cumplió su oferta, arreglándolo elegantemente; se vistió con el mayor esmero, tomó el sombrero, y parándose ante el espejo se lo colocó coquetamente, quedando satisfecho de su figura, pues antes hemos dicho que era de arrogante presencia, y era que nunca había deseado tanto agradar a la dulce Alicia.

Querales se dirigió a la mesa para coger la partida de defunción que había puesto en ella, y sonriendo con gran satisfacción, tomó el papel diciendo con énfasis:

—Ven papel querido, tú eres mi salvador, me has costado oro a puñados, pero te tengo, y me vengaré, sí, me vengaré, haciéndole saborear cicuta a Berta.

Cuando guardó el papel en el bolsillo, vio las cartas y periódicos que estaban en la mesa, y dijo:

—Cuando venga leeré todo esto, en este momento no puedo entregarme a cosas particulares porque no estoy tranquilo.

Salió a la calle y fue a la casa de Santelmo con paso apresurado, estaba ansioso de poner ante Berta la partida de defunción; pero antes quería entenderse con Santelmo, que era un hombre razonable y jamás había aceptado el frío trato que su altiva mujer le daba.

Embebido en estos pensamientos se encontró en la puerta de la casa de su amada, pero ¡oh sorpresa!, la puerta estaba herméticamente cerrada y aunque llamó repetidas veces no contestaron. Se informó con los vecinos y no pudieron darle razón.

Despechado se volvió para su casa y arrojando el sombrero, se dejó caer en un sofá, abatido, exclamando:

—Se han ido, me huyen, se llevan a mi adorada Alicia, tal vez violentamente, para que me olvide. ¡Alicia, dulce amor mío! Yo te encontraré y llevaré el consuelo a tu tierna alma… ¡Berta! Mujer sin alma, ¡cuando no te conmueve el dolor que debe sentir tu hija, no te enternece nada! Sí, porque aquella tierna niña debe sufrir mucho. ¡Me ama tanto!… Pero, yo averiguaré dónde la han llevado. Tengo dinero, buena posición, influjo, y descubriré sin mucho esfuerzo dónde está; yo haré lo que a mí se me antoje, sin oposición de nadie; por voluntad o por fuerza, Alicia será mía, goza entre tanto, madre criminal, en tu triunfo que pronto será amargado por crueles dolores.

Al terminar estas palabras dejó caer su cabeza entre sus manos, cubriéndose el rostro. Aquel hombre criminal estaba abatido, porque amaba a Alicia con un inmenso amor; era una locura lo que aquella dulce niña le había hecho sentir. Cerca de media hora hacía que se conservaba en aquella posición, cuando la voz de su sirviente lo hizo volver en sí, como el que despierta de un sueño.

—General –dijo Julián–, un ordenanza le acaba de traer este oficio.

—Es verdad –dijo Querales–, de todo me había olvidado.

Julián se lo quedó viendo con sorpresa y le dijo al fin con algún temor:

—¿Qué tenéis mi General? Jamás os he visto con la cara tan triste, tan…

—Dime Julián –contestole él–, ¿tú has amado alguna vez? Habla con franqueza.

—Mi General, el amor no distingue posiciones, y se mete en el corazón de todos sin pedirle permiso, yo sé que la india Juana me tiene loquito…

—¿Y por qué no te casas con ella para que te cures de ese amor? –dijo Querales.

—Por falta de dinero, mi General, el pobre soldado como yo, no tiene sino su mísera ración, y eso que cuento con las propinas que me regala mi General; pero ¿qué le digo al ordenanza?

Querales había abierto una gaveta y sacando un rollo de billetes de banco se sentó en la mesa y escribió por algunos instantes, luego tomando lo escrito dijo a Julián con dulzura:

—Toma, sé feliz, esta es tu baja –dijo dándole el papel–, y este dinero es para que te cases con tu india Juana, sé tú feliz Julián, ya que tu General es

tan desgraciado. Dile al ordenanza que pronto iré a la Comandancia.

Julián con los ojos llenos de lágrimas veía la baja y el dinero, y al fin le dijo:

—¿Me despedís, mi General?

—No, quédate conmigo y tu Juana, cuando yo traiga a mi esposa, se quedará con ella.

—Gracias, General, solo usted que conoce lo que es amor, puede medir mi gratitud.

—No hay porqué tenerla tanto, me sirves bien y te recompenso, ahora déjame leer esto que tengo aquí desde anoche.

Julián se retiró radiante de alegría. Pablo se sentó y empezó a leer todas las cartas detenidamente, pero sea casual o intencionalmente, la abultada carta la fue dejando para lo último.

Al fin la tomó y dijo a media voz:

—¿De quién será esta carta? Veamos.

Y uniendo la acción a la palabra rompió el sobre, la cartera y la carta de Santelmo cayeron en la mesa, Querales hizo un movimiento de sorpresa, así fue que, viendo con desprecio el papel, cogió con avidez la cartera y la examinó detenidamente; de pronto se puso densamente pálido y sus facciones se desencajaron; soltó la cartera en la mesa, y dijo con asombroso temblor:

—¿Quién me manda esta cartera?, ¿quién? No sé qué se me hizo entonces –dijo con agitado acento–, esta cartera,… ¡Dios mío!… esta cartera es mía, tiene aquí las iniciales de mi nombre.

Y con temblor febril le daba vueltas en su mano, lleno de ansiedad.

—Valor Pablo, valor –añadió, abriéndola.

La carta de la infortunada Delia fue lo primero que sacó de ella, pues recordará el lector que él no la había leído; un grito de horror se escapó de su pecho al verla, estaba teñida de sangre.

—¡Su letra, Dios mío, su letra!… ya recuerdo… me la dio el Comandante y no la leí. ¡Sangre!, ¡sangre de ellos!, ¡sangre de los tres!… ¿pero por qué está manchada? Yo no quiero tocar esa sangre –dijo horrorizado arrojándola sobre la mesa–. Pero… ¿por qué? ¿Por qué Dios mío me la manda hoy? ¿Dios mío, por qué? ¡Tengo miedo!… ¡horror!, ¡remordimiento..!

Y dejando caer la cabeza entre las manos lloró desesperado. De repente alzó la cabeza y dijo en medio de su desesperación:

—Allí está mi dulce Delia, sonriendo, con su semblante angelical… ¡Delia! ¡Delia mía! perdóname, tú eres inocente, tú no podías ser criminal… pero ya viene, Roberto está a tu lado… Más allá veo a Pedro. Perdón, perdón –dijo cayendo de rodillas–, llevaos vuestra carta, llevaos vuestra sangre, no quiero verla –dijo corriendo lejos de la mesa como un loco–, Pablo, es mi hermano, es Roberto… ¡Oh!, ¡calla, no lo repitas más, Delia mía! Es mi hermano, es Roberto… –volvió a repetir– Calla Delia, calla, calla… –y dejándose caer en la silla junto a la mesa, se cubrió la cara con las manos; por dentro de sus dedos se destilaban gruesas lágrimas, fuertes sollozos alzaban su pecho.

Poco a poco se fue serenando; el llanto había calmado su agitación y pudo coordinar las ideas.

—¡Pobre esposa mía! ¡Cuán feliz fui contigo! Yo no debo vivir; tu sombra me persigue a todas horas y en todas partes, y si he amado a Alicia es porque es la renovación de ti misma, tu dulzura, tu pureza, tu candor y belleza material, todo en ella es semejante a ti, por eso la amo con la misma locura con que te amé a ti… pero junto con la cartera vi caer en la mesa un papel, sí, aquí está, quiero ver quién me envía esta cartera después de tantos años.

Querales abrió la carta de Santelmo y la leyó con la mayor serenidad, luego riendo con risa nerviosa dijo:

—Es de Santelmo, me amenaza con delatarme. Ya conocen mi triple crimen… Perdí a mi Alicia para siempre, estoy solo, enteramente solo… ¡Debo morir! Vale más eso que llevar esta existencia, ¿pero cómo lo saben? ¿Por qué me remite la cartera? ¿Cómo la obtuvo?… Con la muerte de Pedro, mi crimen se enterró en mi corazón, como enterré en la tierra los cadáveres, ¿quién lo dijo?, ¿quién lo sabe? Lo sabe Dios y yo ¿y cómo lo dijo Dios…? Lo hizo saber por su poder, ¡Dios misericordioso!, soy un criminal y me castigas.

De repente, en su agitación se fijaron sus ojos en su revólver que estaba en la mesa de noche; sus ojos brillaron; satánica alegría iluminó su semblante… y dijo:

—Pablo, ¡te has salvado!… tu honra no será el juguete de la justicia; tus crímenes y tú mismo, serán relegados al olvido, muy pronto; tú no debes vivir sabiendo que hay quien conozca tu horrible crimen, ten valor, para vivir sin honra es preferible la muerte… No quiero comprometer a nadie,

voy a escribir —Pablo se sentó, se había serenado como por encanto; con mano segura, escribió estas palabras:

A la autoridad:

Hastiado de la vida, deseo morir, no culpen a nadie, creo que estoy de más en el mundo y me suicido, dejo mis bienes a los pobres y esta casa a mi leal servidor Julián, a quien ruego se case con Juana para que sea feliz.

Pablo Querales

—¡Julián! –llamó momentos después.

—Aquí estoy mi General, ¿qué queréis?

—Escucha: me parece poco lo que te di esta mañana; voy a regalarte un cofre con más dinero.

—Pero, mi General, eran quinientos pesos los que me dio en billetes.

—Lo sé, pero quiero darte más –y sacando un cofre, echó en él sus prendas y todo el dinero que tenía en las gavetas, no dejó un céntimo, lo cerró y entregándoselo a Julián: se sentó a la mesa y escribió lo que sigue:

He regalado a mi leal servidor, Julián Páez, como un recuerdo mío, un cofre con todo el dinero que tenía y las prendas de mi uso; ruego de nuevo, que se ponga en posesión de esta casa con todo lo que tiene dentro.

Pablo Querales

—Ahora vete, y dile al comandante de Armas, que ya voy para allá; si por casualidad te quieren quitar el cofre, entrega esta carta al que te pregunte por qué tienes mis prendas.

—Y usted, mi General, ¿se queda sin ellas?

—Sí, compro otras para mi boda –dijo Querales con amarga sonrisa–. Pero ve pronto a la Comandancia.

Julián se retiró, Pablo encendió una bujía y sacando sus cartas y papeles todos, les dio fuego, lo mismo a la carta de Delia, y la misma cartera la metió al fuego junto con la partida de defunción; se arregló con la mayor calma el pelo y la corbata y tomando el revólver, se tendió en la cama con él en la mano, diciendo con el más amargo acento:

—¡Adiós gratas ilusiones de la vida!, ¡adiós sueños, ambiciones de gloria y de riquezas!, ¡adiós altivas aspiraciones del magnate que desea escalar el poder para tener a sus pies a sus semejantes! ¡Adiós!, yo abandono la vida después de haber alcanzado todo eso, que no deja otra cosa en el corazón que hiel y desengaños; que no deja otra cosa en la conciencia que el

remordimiento y el dolor, que no mitiga ni las lágrimas. ¡Adiós sueños todos; mentirosos y falaces, adiós…!

Su mano se contrajo y sonó una detonación. De Pablo Querales, solo quedaba un cadáver inerte, con un crimen expiaba los otros.

Aquel hombre criminal, pronto fue olvidado por todos.

EPÍLOGO

HAN PASADO TRES AÑOS. En una linda casa de Caracas y en el salón de recibo, se ve una joven con un niño en los brazos, cerca de ella se encuentran dos caballeros, y llevan los tres, familiar conversación.

La joven es Teonila Santelmo, ya esposa de Héctor, hace año y medio. Arturo Montiel es uno de los caballeros, el elegante trigueño que escribió tres años antes su declaración a Alicia, cuando estaba para casarse con Querales. Héctor era el otro.

—Arturo, ¿y definitivamente se realiza el matrimonio dentro de dos semanas? –dijo Teonila.

—Sí, dentro de dos semanas –contestó–, ¡amo tanto a vuestra hermana, que desearía que fuera dentro de dos días!

—Ella también te ama –dijo Teonila.

—Lo que yo te aseguro –dijo Héctor– es que llevas por esposa un ángel, Alicia es tan dulce, tan dócil y suave, que te hará sumamente feliz, Arturo.

—Sí, Héctor, tienes razón, yo lo espero así; y además, amigo mío, hace tres años que Alicia me hizo sentir el amor que le profeso, único que he sentido.

—Lo recuerdo perfectamente –dijo Teonila.

—Cuando Santelmo se ausentó de Venezuela con su familia, sufrí bastante, nada podía hacer que olvidase a Alicia.

—Un año estuvieron paseando, y bien sufrí yo también –dijo Héctor, pensando en Teonila.

—Una tarde pasé por la calle, como tenía de costumbre –continuó Arturo–, juzga mi sorpresa, la casa estaba abierta y Alicia y Teonila en la ventana. Detuve el caballo y me quedé como un tonto viéndolas a las dos… Jamás me había parecido Alicia tan bella, una alegre carcajada de Teonila me hizo volver en mí y ruborizado les di un saludo y me alejé. Te abrí mi corazón, amigo mío, y me presentaste en la casa. Alicia me dio al fin su amor; y dentro de poco seré tan feliz como lo eres tú. Nada tengo que desear.

Berta me quiere como una madre, fue mi aliada en mis pretensiones, y Santelmo me estima bastante.

Berta llegó en ese momento, su frente estaba radiante de contento, traía un papel en la mano y dirigiéndose a Arturo, le dijo:

—Sabía que estabas aquí y he venido para traerte esto que consiguió Santelmo.

Arturo tomó el papel y al verlo, dijo lleno de alegría:

—Las dispensas de las amonestaciones. Entonces madre mía, será el matrimonio dentro de ocho días.

—Cuando quieras, hijo mío, yo sé que contigo mi hija será feliz, el instinto materno no se engaña jamás.

En efecto, ocho días después Alicia fue la esposa de Arturo. Santelmo y Berta fueron más felices en la ancianidad que en la juventud, encantados con las gracias de sus nietos y el buen proceder de sus yernos.

Rita y Pedro eran lo mismo que antes, queridos en extremo y vivieron hasta el fin de sus días con aquella familia.

BLANCA O CONSECUENCIAS DE LA VANIDAD (1896)

A mi hijo Eduardo

A quién sino a ti puedo dedicar esta última producción de mi intelecto; a quién sino a ti, sol vivificante de mi vida, apoyo de mi gastada existencia, que la endulzas con tu afecto y ternura sin igual, pues parece que Dios te dio vida, para con tus rayos; darle calor a todo aquel que contigo lo una algún lazo.

Acéptala, pues, para que más tarde se la hagas leer a tus hijos, para que recojan en parte, la simiente que he procurado cultivar en el corazón de los míos, puesto que ya entonces solo existirá el recuerdo de tu madre

Zulima

CAPÍTULO I

UN HOMBRE HONRADO

CARACAS ES UNA CIUDAD muy bella reclinada a los pies del gigantesco Ávila, circundada por juguetones ríos que retratan en sus linfas la exuberante vegetación de sus campos, con sus aguas ligeras y saludables, con su clima delicioso, con sus perfumadas brisas; Caracas es sin disputa la reina de las ciudades hispanoamericanas.

Su nueva arquitectura la hace aparecer encantadora. Sus calles, sus plazas, sus bulevares, sus paseos y elegantes edificios, todo a imitación de las ciudades europeas, la hacen bella y simpática, y es por eso que los extranjeros se sienten bien en ella y con placer se unen a las arrobadoras caraqueñas y fundan su familia con satisfacción.

Una noche en que el cielo de esta pintoresca ciudad estaba cuajado de estrellas y en que la luna siguiendo su curso natural, no derramaba su plateada luz, dejando a las estrellas lucir sobre la tierra sus tenues resplandores; en esa noche cuando la ciudad dormía, y el silencio solo era interrumpido por el acelerado paso de uno que otro ciudadano que se retiraba a su hogar; en una de las calles más altas de la ciudad, que denominaban entonces de Lindo, se abrió una puerta sigilosamente y una mujer envuelta en un ancho paño negro, salió a la calle y se dirigió resueltamente con dirección al templo de Altagracia, volviendo a cada rato el rostro como quien teme ser seguido; se detuvo y dijo con temor y desaliento:

—Nadie, nadie, ¿me habrá engañado? ¡Yo tengo miedo…!

Se puso a oír con atento oído; el silencio no era interrumpido por nada y entonces murmuró con angustia:

—¿Sería su alma tan ruin que se burle de una niña inexperta…? No, no puede ser, él parecía bueno, noble y caballero, no debo dudar; pero ¿qué hago en la calle a estas horas si comete esa villanía?, pero no puede ser, él debe estar en la iglesia.

Con paso acelerado se dirigió a ella, subió resuelta la plazuela y forzó las puertas del santo edificio; estaban cerradas. Tétrico silencio la rodeaba, y dijo con desesperación:

—Llamaré, ellos deben estar dentro, no pueden engañarme.

Y ansiosa llamó repetidas veces; en las anchas bóvedas del templo resonaron los toquidos de una manera lúgubre, aterradora. La pobre mujer desalentada, volvió a la esquina.

La vibrante campana del reloj de la Catedral la hizo estremecer y empezó a contar la hora hasta que llegó a doce; entonces dijo desesperada:

—¡Dios mío!, ¡ampárame! Ese hombre es un infame que me hace salir de mi casa y me abandona.

Se envolvió con resolución en su manto, y dijo bañada en lágrimas:

—Volveré a casa, yo estaba ciega, yo estaba loca, ¡gracias, Dios mío!, tú me has salvado.

Y desanduvo algunos pasos con dirección a ella; pero retrocediendo para la esquina murmuró:

—¡Jamás!, ¡jamás!, antes la muerte que volver allá, no, mil veces no. De repente cortó su monólogo porque sintió el paso de un hombre que se acercaba y dijo sobresaltada:

—Si fuera él… no quiero que me encuentre, tengo miedo, mucho miedo. Y trató de huir, andando algunos pasos. El transeúnte al verla apresuró el suyo y llegó donde ella estaba, y le dijo entre sonreído y burlón:

—Qué rebujada estás en tu paño, niña, ¿tienes frío?

—¡Oh señor, señor! –dijo y rompió en llanto.

Él sorprendido, la interrogó:

—¿Tenéis algún enfermo?, ¿necesitáis algo?, decid, que os serviré en todo.

Ella contestó con desgarrador acento:

—Ud., señor, va a ser mi ángel tutelar; sálveme, por Dios, sálveme Ud.

—Pero ¿qué os sucede? Hablad, yo os defenderé, a mi lado nada temáis.

—Cuán bueno me parecéis; se comprende que sentís verdadera compasión por las desgraciadas como yo.

—Ese es un deber, y siempre la siento cuando veo sufrir alguno a mi lado.

—Eso revela que tenéis un alma noble.

Y estremecida, temblorosa, se apoyó en la pared.

—Señora, estáis trémula, desfalleciente, apoyaos en mi brazo, podéis caeros.

La mujer se asió del desconocido, agitada, nerviosa.

A lo lejos se sintió el paso de un hombre, ella al sentirlo dijo con terror:

—¿No oís esos pasos? Venid, caballero, huyamos, huyamos.

Y casi arrastrándolo, siguió la calle del comercio con paso acelerado.

La agitación de la mujer era extremada y casi corría sin detenerse, asida del brazo del desconocido.

Cuatro cuadras anduvieron sin pararse y sin pronunciar una palabra, el caballero pensaba en la aventura que tenía entre manos, la mujer solo en huir.

Él se paró de repente en una esquina y le dijo:

—Estáis jadeante, descansad y deponed ese temor, a mi lado nada os sucederá.

La desconocida se detuvo y respiró con fuerza, la infeliz se ahogaba de fatiga.

El caballero le dijo con dulce acento:

—Calmaos y descansad un poco.

—¡Dios mío!, ¡qué desgraciada soy! ¿Por qué has muerto a mi padre, dejándome expuesta a tantas desgracias?

Y elevó sus manos y sus ojos al cielo. El desconocido fijó en ella su curiosa mirada y quedó admirado. El presuroso andar y su último movimiento al hacer su exclamación, habían rodado el manto sobre sus hombros, la luz del farol caía sobre su rostro y dejó ver su encantadora belleza. Apenas representaba dieciséis años, su abundante cabellera negra abrumaba su linda cabeza, todo su conjunto era arrebatador; él le dijo:

—Y bien, señorita, decidme dónde queréis ir para conduciros.

—No tengo dónde dirigirme, llevadme a vuestra casa si queréis.

Él la vio con fijeza, sorprendido, pensando qué diría su esposa al verle llegar a esas horas con ella; y contestó:

—Imposible, señorita, allá no puedo llevaros, imposible.

—Pues entonces, caballero, llevadme a donde queráis.

El desconocido, atónito con tal proposición, dejó asomar a sus labios una sonrisa y se quedó pensativo, inclinando la cabeza.

Aquél luchaba con el espíritu del mal, que quería anidarse en su alma. La lucha fue breve y su cabeza se alzó triunfante. Su mirada reflejaba los

destellos de la nobleza y honradez que encerraba su corazón. El bien había avasallado el genio del mal. Entonces la vio fijamente y le dijo con entereza:

—Joven, lo que Ud. hace está muy mal hecho, soy padre, tengo hijas y me estremezco al pensar en ellas, viendo lo que me pasa. Hablad, dígame con franqueza vuestros acontecimientos y cuente Ud. con mi apoyo.

CAPÍTULO II

HISTORIA DE GERINA

MI HISTORIA es bien sencilla y voy a referirla toda, hasta mi último pensamiento, para que Ud. comprenda que soy más desgraciada que culpable.

Estando de ocho años perdí mi madre, sin comprender en aquella edad la gran pérdida que había sufrido. Mi padre por sus negocios no pudo atenderme debidamente y me entregó a una señora, pagándole una regular pensión para que me atendiese y vigilase mi educación que quería él fuera perfecta. Ínterin entró el dinero a la casa, la señora me trataba bien, si no era feliz por no tener madre, por lo menos se me consideraba.

Mi padre me adoraba y me prometía llevarme pronto a su lado; pero mi fatalidad no lo quiso así.

Acababa de cumplir catorce años cuando mi padre murió repentinamente en un viaje que hizo, sin decir lo que tenía, quedando yo sola y sin recursos.

Como terminó la pensión, empezó para mí una vida de amarguras, y se me impuso que con mi débil trabajo debía obtener todo lo necesario a mi existencia, teniendo hasta que abonar el rincón que ocupaba.

Empecé a recibir toda clase de maltratos porque ya no tenía quien me abonara de afectos y consideraciones. ¡Cuánto sufrí!, es preciso pasar por esos martirios para comprenderlos. Yo tenía que trabajar la mitad de la noche; mi alimento era malo y no abundante, y si el corto producto de mi trabajo no daba lo que ella exigía, era maltratada de palabras y de hechos; no comprendo cómo no he muerto con tanta desventura.

Cuando llegué a la edad de diecisiete años, que son los que tengo, me vio un joven y fue en nuestro seguimiento hasta casa; con cartas, recados y tiernas miradas, nos pusimos de acuerdo; si yo lo amaba no lo sé, pero es lo cierto que vi en él un ángel salvador que siendo mi esposo me libraría de mi tormento.

En una entrevista que tuvimos creyendo en el amor que me pintaba, le confié mis sufrimientos.

—Amor mío –me dijo–, no debo consentir ese maltrato, mañana si tú quieres te vas de aquí; te confío a mi madre y al fin seremos tan felices que el mundo nos envidiará.

—Mañana es muy presto, antes tienes que dar pasos para nuestro matrimonio.

—Es verdad, pero yo te confiaría a mi madre, pura y digna, y lo más presto nos casaríamos.

—No, yo no hago eso, prefiero sufrir mis martirios resignada.

Pasaron muchos días y una tarde que pudo hablar conmigo, me dijo:

—Gerina, ya encontré el medio de arreglarlo todo.

—¿De veras? –exclamé.

—¿Conoces al cura de Altagracia?

—Ya lo creo, es mi confesor.

—Yo le pinté tu situación y añadí que la señora con quien estás se opone a nuestro enlace porque le hacía falta el lucro de tu trabajo.

—Ella por la ley es libre –dijo–, no tiene padres; vamos a zanjar dificultades.

—¿Cómo decís, padre mío?

—Yo le escribiré, soy su director espiritual, le ofreceré esperarla contigo en la calle o en la Iglesia; que venga, y al llegar los caso; tú te llevarás tu esposa y la señora tendrá que conformarse y asunto concluido; disponlo así.

Yo le dije que siempre que me trajera la carta de mi confesor, haría lo que él me dijera. En efecto, tres días después me trajo la carta del párroco y una de él; él me decía cómo debía salirme, que ellos me esperaban en la calle, que saliera después de las diez y media; mi confesor me decía lo mismo, que no dudara que no me abandonaría hasta no dejarme desposada; que confiara en él como en un padre.

Dudar era imposible, y a las once de la noche salí furtivamente de casa sin ser sentida.

Al verme en la calle tendí la vista y no los vi, y resuelta me dirigí a la iglesia de Altagracia, no los vi y subí a la plazuela; empujé las puertas del templo, estaban cerradas. En mi ansiedad llamé repetidas veces, a mis toques respondía tétrico silencio. La soledad me espantó, no me atrevía a volver a mi hogar, tenía miedo, en esta desesperación prorrumpí en llanto,

fue entonces que llegasteis y me habéis traído hasta aquí. He aquí señor, las cartas del cura y de él.

Y uniendo la acción a la palabra sacó de su seno las cartas y las entregó al caballero.

CAPÍTULO III

LA HOSPITALIDAD

—¿Y QUÉ PENSÁIS hacer ahora? Lo mejor sería volver a vuestra casa, yo puedo acompañaros, tal vez no os sientan entrando sigilosamente como salisteis.

—Jamás, jamás, prefiero todo antes que volver allá.

—Pero señorita, volviendo a vuestra casa nadie sabrá la locura que habéis cometido.

—Prefiero todo antes que volver.

—Soy de opinión, señorita, que el honor se sobrepone a todo.

—Lo creo así también, pero ¿no comprendéis que él puede verme y que no quiero ni que me vea ni verlo?

—Reflexionad, tened calma y…

—Pero ¿no conocéis que debo odiar hombre tan infame?

—Es verdad, pero ¿qué hacemos en este caso?

Ella dijo con resolución:

—Nada, señor, déjeme aquí; yo pediré hospitalidad al primero que pase; lo acepto todo antes que ir allá.

—¿Y otro que os encuentre sabrá guardaros las consideraciones y miramientos que merecéis, y que yo os he tenido sin abusar de vuestra situación?

—¡Dios mío! ¡Dios mío! –dijo la pobre joven, y prorrumpió en llanto.

El caballero enternecido viendo aquel dolor tan profundo, le dijo:

—A mi casa no puedo llevaros, soy casado. ¿Qué diría mi esposa al verme llegar a media noche con usted?

—Es verdad; pero ¿qué hacer? ¿Dónde encontraré refugio? ¡Virgen María!

—¡Pobre niña! –murmuró el caballero.

—Adiós, señor, gracias; dejadme, Dios me amparará.

—Imposible, yo no puedo ni debo abandonaros y voy a salvaros en nombre de mis hijas.

—¡Ah!, gracias, caballero, gracias. ¡Cuánto os deberé!

—Tenemos que andar un gran trecho para llegar al único refugio que puedo ofreceros.

—Tengo en Ud. una ciega confianza e iré donde me lleve; marchemos.

—Tenemos que atravesar el río Guaire.

—Lo pasaremos; no conozco el temor amparada por Ud.

Él le ofreció el brazo; ella asida de él guardó silencio. Anduvieron largo rato sin hablar; el caballero dijo al fin:

—Señorita, ¿cómo os llamáis para hacer vuestra presentación?

—Qué descuido, señor; perdonad, me llamo Gerina Fuertes.

—Vamos a pasar un callejón antes de llegar al río; no temáis los reptiles.

—No tenga Ud. cuidado, no soy medrosa.

—Voy a conduciros casa de unos nobles ancianos que son muy buenos.

—Con Ud. voy al fin del mundo.

—Gracias; allí seréis bien recibida, y si no os gusta quedaros con ellos, mañana determinaréis lo que mejor os convenga.

—Desagradarme, ¿y por qué?, ¿no dice Ud. que son buenos y nobles de corazón?

—Porque habitan en el campo y solo con ellos, que son ancianos, puede desagradaros la monotonía de esa vida.

—Os engañáis; soy sola, no tengo quien me ampare y en donde encuentre quien me acoja con amor y caridad, será para mí un paraíso.

—¡Pobre niña! Se conoce que habéis sufrido mucho.

—¡Oh!, ¡sí, señor!, ¡mucho, mucho!

—Yo le ofrezco que voy a llevaros donde encuentre la ternura de unos padres.

—¡Si yo fuera tan afortunada que encontrara quien me amara como decís!...

—Sí, lo encontraréis, porque esos ancianos son mis padres.

—No debo dudar de ellos que os formaron tan noble y bueno, deben ser lo mismo; pero… sin conocerme… con un antecedente tan triste… ¿podré esperar eso que me ofrecéis?

—Sí, porque después de saber vuestra fatalidad, si yo se los exijo ellos os tenderán una mano protectora.

—Gracias, caballero, no sé cómo expresaros mi gratitud.

—Basta, señorita, basta; pero hemos llegado al río, lo pasaremos por este puente formado con un tronco; venid, asíos de mí para ayudaros.

—Perded cuidado, puedo pasarlo sola.

Llegaron a la opuesta orilla y atravesaron un corto callejón de limoneros que remataba en una puerta tranquera; él descorrió las varas e hizo pasar a la joven y entraron en un vasto y bellísimo jardín. Gerina aspiró con delicia aquel aire perfumado por el aroma de las flores que se veían lucir en sus tallos profusamente.

—¡Cuán bello es esto!, ¡qué felices deben ser los que habitan este paraíso! –dijo Gerina.

— ¿Os gusta el campo?

—A quién no le agrada; en él se admira más a Dios. Aquí se le ve en toda su esplendorosa grandeza.

Una blanca casa se destacaba en medio de aquel bellísimo vergel como reina de él. El caballero llegó a ella y llamó.

—¿Quién va? –gritó dentro una voz varonil, mientras que los mastines dejaban oír sus sordos gruñidos.

—Abre, Pedro, soy yo, no temas.

—¿El señorito Eugenio?

—Sí, hombre, abre presto.

—¿Tenéis alguna novedad? Cómo se van a asustar los señores al sentiros.

Y abriendo la puerta, alumbró la entrada, viendo a Eugenio seguido de Gerina como un tonto. Eugenio sin detenerse llamó en la pieza de sus padres; ella lo siguió.

—¿Quién es? ¿Qué quieres, qué tienes, Pedro?

—Soy yo, padre mío, abrid.

—Eugenio, hijo mío, ¿qué novedad traes que vienes a esta hora? –dijo dentro una voz de mujer.

El padre abrió la puerta. Eugenio entró y los estrechó en sus brazos.

—¿Qué hay? –dijo el anciano–, ¿y la familia?

Gerina se quedó parada en la puerta y no se atrevió a entrar; estaba turbada, confusa. Don Antonio Villamizar, que así se llamaba el padre de Eugenio, reparó en ella y frunció el ceño; hizo un ligero movimiento de sorpresa. Su esposa al verlo sorprenderse con disgusto, vio la joven, y su frente se nubló también. Eugenio, que vio sus sorpresas, tomó sin turbarse la

mano de Gerina que temblaba bajo el poder de aquellas dos miradas, y le dijo:

—Entrad, señorita, no temáis ya, que estáis bajo el amparo de dos nobles ancianos y en el santuario donde mora el honor y la virtud.

Los padres guardaron silencio; él prosiguió:

—Padres míos, vengo a rogaros deis apoyo y hospitalidad a esta infeliz joven, es huérfana y muy infortunada. La Providencia ha querido ponerla hoy bajo mi amparo y que yo la salvara de mayores desgracias esta noche. Y si no pudiera levantar mi frente muy alta ante Uds. por tener la satisfacción de haber llenado con ella los deberes de cristiano y caballero, no hubiera osado traspasar, conduciéndola de la mano, el dintel donde mora la virtud y la honradez.

—Perdónanos, hijo mío –dijo el padre–, que por un instante creyéramos que te habías olvidado de las doctrinas que te hemos enseñado.

—Padres míos, es la primera vez esta noche que veo a esta joven, y voy con ella a referiros su historia, y cuando la sepáis no dudaréis otorgarle a esta desgraciada niña vuestro apoyo y afecto, porque creo que es muy digna de ellos y los necesita.

—Venid, señorita –dijo la madre–, sentaos y referirnos sin pena vuestras desgracias.

—¡Ah!, señora –dijo Gerina llorando–, vuestro hijo es lo más noble y bondadoso que he visto; me parece ver en él un santo.

Gerina y Eugenio repitieron todo a los ancianos y les entregaron las cartas que tenía Eugenio. Los ancianos compadecidos ofrecieron a la infeliz huérfana su cariñosa protección; ya no podía llamarse así, porque encontró en los benévolos ancianos, padres amorosos, y estos a su vez hallaron más tarde un dulce consuelo en el dolor que roía su existencia, con el afecto, respeto y ternura que ella les tributaba.

Eugenio se retiró contento y satisfecho.

CAPÍTULO IV

LOS VILLAMIZARES

TRES AÑOS han pasado desde que fue acogida Gerina por los Villamizares; tres años que fue salvada, quizás de la deshonra, por Eugenio. Su vida desde entonces se había deslizado feliz y tranquila al lado de los nobles ancianos; ellos la amaban como su hija y ella los quería y respetaba como a sus padres.

Antonio Villamizar era rico, de buena educación, nobles sentimientos y elevadas ideas. Su esposa era digna de él porque era un ángel; él la amaba con delirio a pesar de la edad, y por esa parte eran muy felices.

De su matrimonio tuvo tres hijos. El primero fue Eugenio, doctor ya en leyes y casado con una mujer que adoraba. El segundo fue Olivier, el cual al recibir el título de Ingeniero se fue a Europa a perfeccionarse en su carrera, donde estaba hacía más de cuatro años. Algunos años después de tener estos hijos le envió Dios una niña a quien dieron el nombre de Blanca. Aquella niña fue el encanto de ellos y fue mimada de todas maneras, con extremo por su padre. Aquel mimo, aquella condescendencia a todos sus caprichos, corrompió su carácter y se hizo terca y voluntariosa. A proporción que se iba formando, estos defectos se hacían mayores; pero ellos no los conocían, porque no le daban tiempo a desear una cosa dos veces. Al fin la vanidad se anidó en su pecho, y a proporción que crecía, cuanto veía lo quería para sí y le era mortificante ver en otra lo que ella no hubiera tenido. A disputa procuraban que nada le faltase de lo que deseaba, sembrando hasta la envidia en un alma que debiera ser hermosa por herencia. La madre trataba de corregir sus defectos; pero era en vano luchar con ellos, sobre todo con su esposo.

Cuando era ya grandecita, dijo la señora de Villamizar a su esposo:

—Antonio, es preciso poner a Blanca en un colegio, interna.

—¿Qué dices, Luisa? ¡Poner a la niña interna! ¡Estás loca!

—No estoy loca, es que lo creo necesario.

—Jamás; allí sufren mucho las niñas y yo no quiero que ella sufra nada.

—Ella debe educarse, y allí le corregirán los defectos que tus mimos le han traído; yo no puedo hacerlo porque tú no me dejas, y esos defectos la harán desgraciada.

—Defectos, no se los veo; di cuáles son p,orque no se los conozco.

— Tiene muy mal carácter.

—A cada cual le da Dios el suyo, y esa no es razón.

—Es caprichosa, voluntariosa, no quiere sino que se haga su voluntad.

—Y está en su derecho; es grato conseguir lo que se desea.

—Esas cosas tuyas, van a traer a Blanca fatales consecuencias; sin nosotros, en el colegio se corregirá.

—Ta, ta, ta, déjate de eso, deja la niña quietecita con nosotros.

—Pero si no quieres interna, ponla semi-interna.

—Deja tal idea, Luisa; bueno sería que hiciéramos sufrir a la pobre niña.

—Déjala que sufra ahora lo que sufrimos todos, Antonio.

—Y ese empeño que tienes, ¿a qué viene?

—Viene porque no quiero que ella, más tarde, sea desgraciada y sufra otras cosas.

—¡Vaya, vaya, sufrir…!

En ese momento entró Blanca en la sala; su padre al verla dijo con placer:

—Vedla, Luisa, qué linda viene. Ven, hija mía, a dar un beso a tu padre.

La niña corrió y se arrojó en sus brazos, y sentándose en sus rodillas le besó varias veces; el padre estaba radiante, la niña dijo:

—Papá, voy a decirte a ti solo un secreto sin que lo escuche mamá.

—Veamos qué secreto es ese tan oculto, hasta de tu mamá.

—Es que después ella me regaña, y no me gusta.

—Tienes razón; el recibir regaños no agrada nunca.

Blanca dio un sonoro beso a su padre, y le dijo en el oído:

—Cuando salgas hoy tráeme una muñeca muy grande, la más grande que halles. La tía de Julia le mandó hoy una grande, y yo quiero tener otra, pero que sea mucho mejor que la de ella.

—Bien; ¿qué más quieres, hija de mi alma?

—Me traes un paquete de dulces.

—¿Y no quieres más nada?

—Tráeme tú cuanto gustes.

—Está bien; no pensaba salir, pero por darte gusto voy a prepararme.

—Pero no te dilates, no me gusta esperar.

—No me dilato, presto vengo.

—Cuidado, Antonio, cuidado; esas debilidades tuyas pueden perderla.

—No te afanes, Luisa, si ella se pierde yo la encuentro. ¿Verdad, hija mía?

—Lo ves, papá, no sabe lo que te dije y nos regaña.

Eso sucedía diariamente; pero por más que luchaba Luisa, su marido no quería atenderle. Blanca con tal educación se hizo terca, vanidosa y desconfiada; su educación era pobre por esa causa, y su madre trataba de obligarla, repetía las palabras de su padre:

—Para qué aprender tanto; leo, escribo, toco piano, lo demás se consigue con dinero, eso dice papá.

Llegó a la edad de dieciséis años sin que su madre obtuviese de su esposo que la entrase en un colegio para morigerarla, viendo con dolor los estragos que hacían en Blanca el consentimiento de su padre.

Se había formado una joven hermosísima, de blonda cabellera rubia como el oro, de ojos garzos, rasgados y enloquecedores, con hermosas pestañas y cejas negras; ese contraste era bellísimo; blanca rosada, con boca y nariz circasiana, dientes finos y blancos que hacían contraste con el rojo de sus labios.

Era alta, de formas esculturales, de elegante y majestuoso continente. Blanca, si no había nacido reina, no se le podía negar que era hecha por Dios para reina de la hermosura femenina. Era arrebatadora, y dominaba al que la veía por su imponente belleza.

Era halagadora con su padre con cálculo, y los extremaba toda vez que deseaba obtener algo de él. Se hizo coqueta por los elogios que le tributaban; en una palabra, Blanca adolecía de muchos defectos. Tenía una vanidad sin límites; era desdeñosa, despreciativa y no encontraba el sujeto que pudiera ser digno de ella.

Luisa sufría de una manera inexplicable y no cesaba de aconsejarla. Blanca le hacía poco caso, y llegó a ver a su madre con despego, porque la contrariaba.

CAPÍTULO V

LA MUJER

¡CUÁN GRANDE es la obra del Supremo Hacedor! ¡Cómo se extasía el alma en su contemplación! ¡Día tras día el que la medite y la admire encuentra algo nuevo portentoso que lo abisma y asombra!

¡Con cuánta simetría están organizados los componentes de la naturaleza!

El poeta se sublima cuando se fija en ellas.

El científico inquiere, busca, medita y trata de profundizarlos, para encontrar el fin de sus investigaciones.

¡Ilusión vana! ¡Errónea idea…! La hechura de Dios Omnipotente no se acaba de conocer jamás.

La tierra, base primordial de todo lo creado, es la savia que da vida a muchas de sus creaciones: minerales, agua, árboles, frutas, vivientes de todo género y especie, nacen y se nutren de ella.

¡La tierra!, solo tiene en el Universo una hermana, una compañera, que como ella posee esa poderosa savia que todo lo hace producir.

Esa hermana gemela a la tierra procuraré probar quién es.

Dios creó la tierra dándole, como dije antes, la fuerza necesaria para hacerla la base de las demás creaciones.

Al terminar su portentosa obra, lleno de satisfacción, se paró a contemplarla; pero no quedó satisfecho y dijo: ¿Qué te falta? ¡Ah, sí! Te falta una hermana, igual a ti en poder y fuerza... Sí –añadió–, me falta hacer algo más perfecto, más bello y delicado, que posea tu misma fuerza y poder, pero lleno de mi divinidad.

Entonces concibió y llevó a cabo la creación del hombre para de él tomar la parte material y formar al fin el complemento de sus creaciones. La mujer, dándole sin restricción, fuerza, belleza, valor, talento, sentimiento, poesía y divinidad; y abandonó la tierra llevando la dulce satisfacción de haber sublimado su obra, creando la mujer amante, la mujer esposa, la mujer madre, la mujer valerosa y resignada, la mujer, en fin, llena de fe, llena de energía y esperanzas. ¡La mujer! Desconocida y condenada al servilismo y a

la humillación por los hombres, que llenos de vanidad no se atreven a sacarla del marasmo a que la tienen sometida por orgullo, porque en todos los actos de su vida, a pesar del yugo a que la han condenado desde la creación, sienten sobre ellos la fuerza de la mujer, y la temen y la despotizan.

Empero, ella, grande, magnánima y generosa, los ve seguir su sistema de dominio, y apoyada en su propia fuerza les ofrece con sonrisa benévola y llena de conmiseración, su savia, su fuerza, su divinidad, nutriéndolos con su propia sangre y dándoles su propia vida.

¡Pobres hombres!, ¿qué sería de vosotros sin la mujer? Os creéis omnipotentes y nada sois sin ellas; os creéis poderosos y nada podéis si ella no os ayuda en vuestro poderío. ¿Por qué, pues, le negáis una educación igual a la vuestra? ¿Por qué las condenáis a esa mediocridad que las ata cortándole el vuelo a su intelecto y a su espíritu? ¿Por qué?, decid ¿por qué?

Un escritor que no quiero nombrar dijo una vez: "Si hacemos mujeres sabias se acabarán las madres de familia".

¡Qué erróneo es ese pensamiento, qué poco ha estudiado ese escritor meditando la obra del Hacedor!, ¡qué poco se ha detenido a contemplar su supina hechura en la creación: la mujer!

La mujer que bajo su débil y delicada forma, tiene en su corazón el santuario donde guarda incólume y virgen siempre, el santo amor materno robustecido por su natural talento. Si Dios dio al hombre fuerza material, a la mujer la dotó de fuerza intelectual unida a su exquisita sensibilidad, para que pudiera llenar debidamente su augusto magisterio.

La mujer verdaderamente instruida, debe por razón natural formar con más facilidad una familia digna, sin que su vasta ilustración coarte en nada los santos y sublimes deberes de la maternidad; por el contrario, eso sería luchar con la ley divina, sería menoscabar ella misma su gran misión en la tierra, sería arrancar de su corazón la simiente que Dios sembró en él.

La mujer instruida está exenta de esos mil defectos de que adolece hoy por causa de su mediocridad; la coquetería, el engaño, la falsía y la ruin felonía no se anidarían en su alma, si esa alma estuviera robustecida por el vasto saber.

La mujer sabia encanta por sí sola, sin recurrir a esos medios arteros y repugnantes que la hacen descender del puesto que le demarca su augusto destino. Sí, augusto porque ella, como la tierra, cría, nutre, alimenta y forma el ser privilegiado por Dios.

Venid al campo, él nos enseña la verdad de este aserto, allí se ve uno lleno de exuberante vegetación; la mano del hombre se ha esmerado en su cultivo, los árboles están cargados de hojas y frutas, las flores abren su corola y embalsaman el aire con embriagador aroma. Los pajarillos de rama en rama cantan alegres buscando su nido y su alimento. Las pintadas mariposas revolotean inquietas libando la miel de las flores. El manso riachuelo murmura dulcemente deslizándose juguetón por su cauce. Todo es animación, todo contento y alegría, la tierra agradecida regala óptimos frutos a su cultivador.

Ved, más allá se ve una vega árida abandonada, bravo pajonal brota de ella, apenas ostenta aquí o allá un pobre arbusto, con descarnadas ramas donde se ven colgar una que otra hoja, haciendo contraste con el frondoso campo, que es la imagen de la mujer instruida; los hijos de esta estarán abastecidos de instrucción y nobles sentimientos, como el abundoso fruto del cultivado campo. El otro campo árido por falta de cultivo, representa la mujer sin instrucción, cuyos hijos apenas podrán tener uno que otro sentimiento noble y esos serán débiles y aislados como las hojas del descarnado arbusto.

¡Cuán triste parangón! ¡Qué horrible verdad nos demuestra la naturaleza!

El alma se oprime de dolor al ver que sería preciso una ruda lucha, para obtener al fin un bien que daría por resultado la formación de hombres sensatos, que harían raras, muy raras, esas peripecias dolorosas que se ven a cada paso oprimiendo el corazón.

Pero basta, creo que he dicho lo suficiente en favor del sexo tiranizado por aquellos que debieran adorarlo. Sigamos nuestra narración.

CAPÍTULO VI

FERMÍN DE URQUIZO

ESTE SUJETO de la mejor sociedad de Caracas, fue rico, pero reveses de fortuna lo redujeron a vivir del producto de su trabajo. Había sido en su juventud íntimo amigo de Villamizar y compañero en sus placeres de jóvenes. Los años y acontecimientos los tuvo alejados, pero se guardaban siempre estima y amistad.

La casualidad quiso que se volvieran a encontrar ya algo viejos, y su antiguo cariño se renovó de nuevo con placer por parte de los dos. Villamizar comprendió su situación, y para prestarle su protección con delicadeza, le propuso se encargara de sus propiedades agrícolas, en lo que era muy experto Urquizo. Este aceptó con placer; su amigo le asignó un buen sueldo, dándole además una buena casa que tenía cerca de la que él habitaba, en su precioso campo a orillas de la ciudad. Lo que dio por resultado que Luisa y René, esposas de ellos, estrecharan la más íntima amistad; viendo crecer a sus pequeñas hijas como hermanas con la esperanza de que ellas se amarían más tarde con sincero afecto; lo que no fue así por el carácter díscolo de Blanca, por su vanidad y fatuo orgullo.

René no consentía que Julia perdiese tiempo, y al fin logró que obtuviese una buena educación en todo ramo.

No así Blanca, que indolente y desaplicada nada estudiaba, a pesar de que su madre se empeñaba en que lo hiciese, pero ella no atendía; Luisa se desesperaba y le decía:

—¿No ves todo lo que aprende Julia? ¿No te da pena? Mañana te pesará.

—¡Y eso qué importa!, ¿qué hago yo con tanto aprender? ¿No tengo quién me sirva en todo?

—Sí, por tu desgracia; ya tienes dieciséis años, y es muy bello, que una joven a esa edad tenga el ornato de saber mil curiosidades.

—Eso de aprender todo está bueno para Julia que debe trabajar, como hija de un sirviente de mi padre, que es lo que es el suyo.

—Julia es una señorita como tú.

—Podrá ser cierto, pero no está en mi rango, y si necesito sus servicios, haré que papá me la consiga de camarera.

—Ellos no pertenecen al rango de sirvientes, guárdate de hacer tal proposición.

—¿Y qué más quieren ellos, y en particular ella?

—Ellos son personas decentes, no tienen más que ser pobres.

—El pobre tiene que buscar la vida, matando su orgullo.

—Tú estás trastornada, ¿de dónde sacas ideas tan despreciables?

—De lo que veo, ese caballero, Urquizo, es una prueba de ello.

—¿Y por qué te fijas en él y no en otro, él que te quiere tanto?

—Me fijo en él, porque siendo un sirviente de mi padre, quiere igualar a su hija conmigo poniéndola en el mismo colegio en que yo estoy, para que trate de humillar con sus pedanterías a la hija de su señor.

—Urquizo es tan caballero como tu padre, y es un hombre digno y delicado.

—Eso no le quita que hoy sea un sirviente de categoría de mi padre, y que su hija no sea como yo.

—Niña, calla, la vanidad te ciega.

Blanca prosiguió sin inmutarse:

—Pues bien, siendo como te digo, nada tendría de extraño que la fatua de su hija, sea mi camarera; por cierto que bien la necesito.

—Blanca, mira que Dios puede castigarte.

—Castigarme, ¿por qué, con qué me va a castigar?

—En elevar a Julia a la cúspide, y sería justo, porque es buena, noble y generosa.

—Generosa ¿y con qué lo es? Generosa será la que tenga dinero para serlo, no ella, que es una miserable.

—Generosa es Julia, que con dulce caridad te dispensa las maneras hostiles con que la tratas, desde que han sido mujeres.

—Puede que le tenga envidia a esa pobretona, que sería una mendiga sino fuera por mi padre.

—¿Qué quieres decirme con eso?

—Quiero decir que siempre seré más que ella, porque soy rica, muy rica.

—Ella puede serlo algún día.

—Además soy bella, muy bella, más bella que ella.

—Y muy necia también, no te encuentro esa belleza.

—Que lo soy, me lo dice mi espejo, me lo dice mi buen padre; me lo dicen todos.

Dijo Blanca haciendo un mohín de coquetería.

—Pero ella también es bellísima, y une a eso el ser buena, hacendosa, sencilla y de noble corazón.

—¿Y por qué para completar su panegírico, no dices que es un ángel en la tierra?

—Y no diría mal, porque muchas veces lo he creído así.

—Tú vas hacer que yo aborrezca más a esa muchacha con tanto elevarla.

—¿Y tiene ella la culpa?

—Sí la tiene, porque todo lo hace con intención para aparecer como santa, no siendo sino una hipócrita consumada.

—Y tú por mi fatalidad una envidiosa.

—Ja, ja, ja, ¿con que envidiosa de esa muchacha que vive a expensas mías?

—Sí, y haces muy mal, porque la envidia es la más ruin de las pasiones.

—Ja, ja, ja, déjame que me ría, mamá; envidiando yo a esa mendiga... verme insultada por ella..., pero no importa, yo he de verla humillada ante mí y envidiándome ella, cuando vea que me elige por esposa el caballero más decente, más rico y mejor mozo de Caracas.

—¿Lo tienes ya asegurado para hablar así?

—No, pero lo tendré al quererlo; porque tengo dinero y soy hermosa como pocas.

—Cuidado, Blanca, cuidado, mira que Dios castiga, y muchas veces trueca los papeles.

Blanca no contestó, se encogió de hombros y salió de la estancia, ciega de ira.

La pobre madre al verla salir, juntó las manos y elevando los ojos al cielo, dijo con dolor:

—¡Dios mío!, ¡no me la castigues, ten compasión de ella!

CAPÍTULO VII

LA ENVIDIA

LA MADRE DE JULIA comprendió que Blanca desquería su hija, y con ese tacto de la madre procuraba tenerla en casa de la madre que vivía en la ciudad con otra hija casada, que como no tenían hijas, ella y su esposo, adoraban a Julia. Además quería evitarle sufrimientos sin que lo comprendiera para no sembrar en su joven alma ni pena, ni rencor por la compañera de su infancia, y la dejaba largas temporadas con ellos. A Julia le gustaba porque disfrutaba con ellos paseos, bailes y teatros.

Sus tías eran ricas y muy estimadas, con ellas frecuentó la mejor sociedad y en ella conoció y trató a Roberto Montijo, este se enamoró locamente de ella y ella le correspondió con el alma.

Entonces Montijo, de acuerdo con las tías y la abuela, fue con ellas a pedir a los padres de Julia su mano, que le fue concedida con placer, pues además de ser un arrogante buen mozo, era riquísimo y de conducta intachable. El matrimonio se fijó para dentro de tres meses.

René y Fermín estaban contentos al ver que se le presentaba a su hija tan excelente partido siendo pobres.

Por la tarde como de costumbre salieron para ir casa de las Villamizares; en el camino dijo don Fermín:

—Creo que debemos participar a Luisa y Antonio el matrimonio de Julia.

—Ya lo creo –dijo René sonriendo–; qué placer voy a tener viendo a Blanca mohína por ello.

—¡Cómo! ¿Qué dices?, ¿le desagradaría la felicidad de su amiga?

—Ya lo creo, y si estuviera en su mano lo desbarataría.

—¡Jesús René!, ¿qué motivos tienes para hablar así?

—Porque esa niña es muy vana, muy mentecata.

—¿Por qué la juzgas así, René?

—Porque la tengo muy sondeada.

—Si te parece, no les diremos nada.

—¿Y por qué no?, ¿es algo malo?

—No, pero debemos evitar disgustos; lo diremos cuando ella no esté presente.

—Al contrario, no se lo diré a Luisa hasta que ella esté allí.

—Ve hija que mejor es evitar.

—Nada Fermín, quiero tener el placer de mortificar a esa tonta, tan llena de vanidad.

—¿Por qué, René, tanto encono con Blanca?

—Porque quiero vengar a mi hija de lo que ella le ha hecho sufrir.

—¡Sufrir! ¿Ha hecho sufrir a nuestra hija?

—Sí, con sus desdenes, con su orgullo y con sus desprecios.

—Si es así haz lo que quieras, pero con prudencia.

—Pierde cuidado, sé lo que debo hacer.

Llegaron y fueron recibidos con alegría. Luisa y Blanca se sentaron cerca de René, esta dijo:

—¿Sabes, Luisa, que se le ha presentado a Julia un porvenir feliz?

—¿De veras? Explícate.

—A eso hemos venido, a participarles su matrimonio.

—¡Qué dices!, ¡se casa Julia! ¿Con quién?

—Con algún artesano –murmuró Blanca–, ¿quién puede preciarse de ella?

René se sonrió, y fijando la vista en Blanca dijo pausadamente:

—Se casa con Roberto Montijo.

—¡Con Montijo!, ¿dónde lo conoció? Excelente partido, rico capitalista, intachable caballero y buena figura; nada le falta.

—Lo trató casa de mi hermana y se aman de corazón.

—Te felicito a ti y a tu esposo, es un buen partido, pero Julia por sus relevantes prendas es digna de esa recompensa.

—Gracias Luisa, tú la distingues y le haces favor, pero Montijo, según he oído decir a Blanca, merece mucho.

—Más merece Julia, no se le puede negar su mérito, ese caballero supo elegir bien.

Blanca, lívida de coraje, despedazaba con los dedos el encaje de su pañuelo. Luisa preguntó:

—¿Para cuándo han fijado el matrimonio?

—Para dentro de tres meses. Él hubiera querido hacerlo antes, tanto ama a Julia.

Blanca se paró para retirarse, pero su madre la detuvo diciéndole:

—Blanca, ¿qué dices del enlace de tu amiga?

—Qué voy a decir, nada.

Y encogiéndose de hombros salió de la sala y se encerró en su cuarto. René hizo como que no notaba el desagrado de Blanca y dijo con dulce acento:

—Así le van llegando su turno a todas, pronto le vendrá el suyo a nuestra querida Blanca.

—Puede ser –dijo Luisa tranquilamente–, eso viene según la suerte de cada cual.

René y su esposo se retiraron. Blanca encerrada en su cuarto sufría cruelmente oyendo la alegría de sus padres por el enlace de Julia.

A la mañana siguiente cuando Blanca fue al comedor, estaba pálida y ojerosa. Su padre que era todo amor para ella, notó su quebranto y le dijo con interés:

—¿Qué tienes, hija mía, te sientes mal?

—Gracias papá, no siento nada.

—¿Cómo no?, te veo pálida y ojerosa.

—No te alarmes, es que me duele la cabeza.

—¿Lo ves cómo sufres? Voy a mandar por el médico.

—No te afanes, papá, esto pasará.

—No, hija mía, recógete otra vez a tu cuarto ¿no te parece, Luisa?

—Que haga lo que le parezca, si quiere recogerse que se recoja; pero creo que el aire del campo le sentará bien porque se distraerá.

—¿Pero no la ves pálida, quebrantada?

—Eso es nada, tendría en la noche desvelos.

—Te noto indiferente con Blanca. ¿Por qué, Luisa?

—Indiferente no, te equivocas.

Blanca se retiró y se encerró en su cuarto. Don Antonio dijo:

—¿Por qué la tratas así, no ves que está enferma?

—Blanca no tiene nada, Antonio, Blanca lo que tiene es despecho, rabia.

—Despecho, rabia ¿y por qué?

—¿Quieres que sea franca contigo?

—Ya lo creo, a todos los maridos nos agrada que lo sean con nosotros nuestras esposas.

—Pues bien, no te preocupes, ella no está enferma.

—¿No está y se ha encerrado en su cuarto?

—Yo sé lo que ella tiene.

—Lo sabes y no pones el remedio, ¿por qué?

—Porque no quiero, déjala que sufra.

—Que la deje sufrir y la pobre muchacha está hasta triste.

—Triste no, amostazada sí.

—¡Y amostazada! ¿Por qué? Por Dios, Luisa, explícate; me haces sufrir.

—Ella lo que tiene es su mal carácter.

—No te comprendo. ¿El carácter pone pálido y enferma el semblante?

—Sí, porque con la rabia que tiene vive exasperada, ni come ni duerme bien, y eso descompone el semblante y lo desmejora.

—Y esa rabia ¿por qué la siente? Yo le doy cuanto quiere, y sería capaz de escalar el cielo, si me pidiera la luna.

—Y esa es la causa de que hoy esté como está, y más que ella tú eres el culpable.

—Culpable, porque quiero a mi hija hasta la adoración.

—Sí, esa condescendencia para satisfacer sus caprichos de tener lo que las otras no tienen, solo ha traído lo que hoy pasa.

—Pero bien, Luisa, ¿qué le pasa a esa pobre niña tan desgraciada por ti?

—Le pasa que no puede tolerar que Julia, a quien tanto ha maltratado con su desprecio, se case antes que ella, con un caballero rico, decente y de lo mejor de la sociedad de Caracas.

—Según tú, lo que tiene es envidia. ¡Qué bien la juzgas!

—Sí, eso es, y ya estamos cogiendo el fruto de tu consentimiento.

—Ya empiezas con lo de siempre.

—Sí, y te lo repito, tú vas a perder a esa niña, y si en tu mano estuviera, serías capaz de los mayores sacrificios porque hoy lograra sus deseos.

—Vamos, mejor será retirarme. Adiós, Luisa.

—Adiós, Antonio; que él te ilumine.

CAPÍTULO VIII

EL SACRIFICIO POR VANIDAD

UN MES HABÍA TRANSCURRIDO después de saber casa de los Villamizares el matrimonio de Julia. Blanca no podía ocultar el sufrimiento que su herida vanidad le traía pensativa; se conocía que luchaba en su interior con una idea fija, constante. Y era el recuerdo de su pretendiente, que ella porque no le agradaba su figura lo había despedido hiriéndolo con la más punzante burla. Aquel pretendiente era cuatro veces millonario; no tenía más defecto que no ser buen mozo; era fino, de buena educación, decente y de maneras dulces y suaves, lo que lo hacía simpático en extremo.

Desde que Blanca supo el matrimonio de Julia, aquel hombre fue su constante pesadilla, buscando el medio de hacerlo volver. La idea de la burla de ella con él, que era delicado, le atormentaba, no viendo el medio de hacerlo volver. A pesar de ser tan caballero, comprendía que no era fácil el medio de atraerlo; pensaba escribirle y llamarlo, ¿pero qué le diría? Ese paso le parecía impropio en una señorita digna; esa era su lucha constante.

Una mañana vino René con Julia casa de los Villamizares, Blanca la recibió displicente.

Luisa, con alegre cariño, dijo al besarla:

—Vienes a quedarte con nosotras, Julia; nos tienes abandonadas.

—No, Luisa, y lo siento; vine a buscar a mamá para que vea los trajes que me ha llevado la modista.

—¿Te han hecho muchos?

—Sí, Luisa, me tienen aturdida; me compra mi tía, me compran mis padres, trae Montijo, que todo le parece poco.

—Te felicito, hija mía, sé que tu canastilla es riquísima, y eso me contenta mucho.

—Gracias, Luisa, yo sé que Ud. me quiere; pero lo creerá, eso me apena, no me gusta el exceso de lujo.

—Porque eres modesta. La casa, me dicen, está montada suntuosamente.

—Todo eso es una locura; pero, quién lucha con él.

—Déjalo hacer; eso es natural en los jóvenes, que como él, se han creado en la decencia.

—Eso me dicen en casa.

Blanca, con la mano en la mejilla, oía la conversación con la frente contraída. De repente brilló en sus ojos la alegría, y tomando de la mano a Julia, le dijo con cariño:

—Ven, Julia, vamos a pasear al jardín.

—Con gusto, mi querida Blanca.

Julia se asió del brazo de su amiga experimentando sumo placer al verse de repente acariciada por su compañera de infancia a quien quería como hermana. Luisa sonrió satisfecha viendo en su hija aquella muestra de cariño por Julia.

Cuando llegaron al jardín, dijo Julia a Blanca con ternura:

—¡Qué de tiempo que no paseábamos juntas!

—Pero tú has tenido la culpa; te has quedado en Caracas y no te acuerdas sino de tu novio.

—Pero, qué quieres; ¡amo tanto a Roberto!

—¿Lo amas mucho? ¿Y él a ti?

—¡Con el alma! No podemos estar sin vernos.

—Y yo, Julia, ¿cómo no veo mi novio, y me conformo?

—¿Tú tienes novio y no me lo habías dicho?

—Yo supe que tú tenías el tuyo cuando René se lo dijo a mamá.

—No seas vengativa. Dime quién es y cómo se llama.

—Eso no; mi futuro está incógnito, pero pronto lo conocerás.

—Pero, ¿dónde lo conociste y te enamoraste? ¿Dónde hablas con él?

—Ese es mi secreto.

—Pero tú no debes tenerlo para mí, que soy tu amiga, casi tu hermana.

—Por eso te lo estoy diciendo antes que a nadie.

—Gracias, Blanca; pero, ¿cuándo te casas?

—Dentro de mes y medio a más tardar.

—Tan pronto, me alegro; te casas antes que yo.

—Así lo creo; pero no vayas a decir nada en casa.

—¿Por qué?

—Porque mis padres no saben nada todavía.

—¡No lo saben! ¿Tú tienes para ellos secretos?

—Es que no quiero que lo sepa nadie, sino cuando suceda.

—Eso no es bueno, amiga mía.

—Lo sé, pero así me lo ha exigido él; cuando amamos, ellos ponen las condiciones que se les antoja.

—¿Y cuándo piensas decirlo?

—Creo que en estos días, porque ya estoy haciendo mis preparativos.

—Te felicito, querida Blanca, y te ruego que se lo digas tú a Luisa antes que él. No le des ese pesar a tu madre, que es tan buena.

—Te ofrezco que se lo diré antes.

Volvieron a la casa, el semblante de Blanca revelaba la satisfacción. Su madre la veía sorprendida pensando qué le había dicho a Julia; pero esta no demostraba disgusto, y al despedirse se abrazaron y besaron ambas con efusión. Luego que se retiraron, Blanca se encerró en su cuarto, abrió su escritorio y se puso resueltamente a escribir; leamos, lector, nosotros:

Señor Jacinto Salinas.

Presente.

Muy señor mío:

Hace hoy dos meses y medio que he dejado de verlo; usted entonces me agobiaba con sus protestas de amor, exigiéndome el mío. Yo por carácter, desconfiada, dudo mucho, y busco pruebas para poder creer.

La última vez que lo vi me exigió una contestación precisa, categórica; sí o no, me dijo. Yo me sentí trémula, sintiendo no sé qué nuevo para mí, y para ocultarle mi emoción, me reí de una manera loca diciéndole: "Deme usted un plazo para pensarlo", y seguí riendo. Usted no comprendió mi verdadera situación y se amostazó creyendo que me burlaba.

Su error me desagradó, porque mi exigencia era verdadera, lo vi mustio, y sin embargo le repetí: "Dentro de dos meses le contestaré"; usted no contestó, y haciéndome una cortesía se retiró.

Hoy hace ya de eso dos meses y medio, y usted no viene, pero para probarle que no me burlaba entonces, le ruego que venga si le es posible hoy mismo a las cinco de la tarde a casa, donde conferenciará con usted su atta. s.

Blanca Villamizar

Cerró la carta y dijo al mensajero:

—No vengas sin contestación, exígela y espérala hasta que te la den.

Se quedó sola y dijo con amargo despecho:

—Sí, Blanca, sacrifícate antes que verte humillada, entrégate a un hombre que estimas pero que no amas, de quien te burlaste a tus anchas, pero es preferible todo a ver casarse la fatua de Julia antes que tú. Tienes rica canastilla, casa suntuosa... no, mil veces no. Si tu novio es rico y buen mozo, el mío es cuatro veces millonario... Sí, porque yo haré que se case conmigo antes que tú; y te deslumbraré y te humillaré y me vengaré...

Blanca, sacrifícate, no es bello mi novio, pero me casaré antes que ella y la asombraré con mi boato.

CAPÍTULO IX

JACINTO SALINAS

DARÉ A CONOCER este sujeto que desempeñará un papel importante en nuestra novelita. Era natural de Caracas, y tan rico, que contaba la bicoca de cuatro millones flojos, de fortuna. Cuando murió su padre, le legó mucho más de la mitad de aquel colosal capital. Acostumbrado al trabajo comercial a que lo dedicó su padre a pesar de su dinero, sostuvo sus casas comerciales con tino y aumentó casi otro tanto su pingüe herencia. No era muy joven, tenía treinta y cuatro años. La naturaleza no lo había favorecido mucho: alto, delgado y algo giboso, porque desde joven su padre lo inclinó sobre un escritorio. Su boca era regular, su color pálido, su nariz era bien modelada. Sus ojos eran grandes y bellos, de dulce y benévola mirada, adornados con cejas y pestañas negras como su barba, su frente era alta y despejada.

Su carácter era excelente, era noble, generoso y bueno. Pero en materia de honor, era delicado hasta la exageración.

Vestía con esmerada pulcritud, era un verdadero presumido.

En una reunión conoció a Blanca y se enamoró de ella locamente, y la asedió con su amor. Ella no veía en él sus cualidades y su dinero, sino su triste figura, por su tamaño y su giba; pero él, ciego con su amor, no comprendía que se burlaba de él. Viendo que ya le daba esperanzas, ya se las desvanecía, le habló serio y le pidió una respuesta decisiva; ella le pidió un plazo, y fue tan punzante y burlona su risa al pedirlo, que Salinas lo comprendió todo, y parándose encendido, hizo una cortesía y se retiró. Ella le dijo algunas palabras que él no entendió.

Blanca se reía de todo corazón cuando lo recordaba; pero desde que supo el matrimonio de Julia, la imagen de Salinas la tenía fija, como el único que podía hacerla triunfar; pero recordaba su burla, el enojo de él y no hallaba el medio de hacerlo volver, y esa idea fija la tenía contrariada. El día que oía la descripción de los preparativos que hacía Montijo para Julia, vino de repente a iluminar su semblante la idea de la carta que hemos visto,

y tomando a Julia de la mano la lleva al jardín, y tuvo la conversación que conocen los lectores.

Pero volvamos a Salinas.

El día que Blanca escribió la carta, estaba negligentemente recostado en un confidente; vestía una rica bata llena de alamares. Su mirada se fijaba pensativo en las espirales caprichosas del humo de su cigarro, dejando ver en ella una idea fija; en efecto, él pensaba:

—Yo no me casaré sino cuando encuentre una mujer que me ame y tenga las condiciones que deseo. No quiero entrar en el dintel de la vejez sin haberme casado. Quiero una mujer que sea joven y bella, que sea dulce, cariñosa y amante... Yo sueño hoy con las dulzuras del amor... Es una fatalidad tener tanto dinero, porque bulle la idea de ser amado por él. Yo llegué a amar con un verdadero amor a esa joven de sobresaliente hermosura hija de Villamizar, pero al fin creo que se quiso burlar de mí... Desde entonces he buscado con anhelo otra que me agrade para darle en cara y no la encuentro; la imagen de esa niña burlona, pero de belleza sin igual, la tengo gravada en mi corazón; la amé con el alma y...

En ese momento entró un sirviente trayendo en un latón una carta.

—¿Qué traes, Benito, qué quieres?

—Traigo esta carta.

—Ponla en la mesa y vete.

—La persona que la trajo espera la contestación.

—Dile que vuelva, estoy de mal humor para pensar en nada.

—El sirviente se quedó parado.

—¿No te vas, o te interesa a ti eso?

—Señor, la persona que la trajo dice que no se va sin llevar la contestación a su señorita.

—Vaya que eres tenaz, pero ¿qué señorita es esa?

—Si Ud. me lo permite iré a preguntárselo.

—Yo la veré, debe tener firma, dámela.

El sirviente le dio la carta y se retiró.

Salinas abrió la carta y buscó la firma, al verla se estremeció, varió de colores, y dijo a media voz:

—¡Dios mío…! ¿Qué querrá esta mujer?

Luego sin detenerse leyó la carta hasta el fin, se quedó pensativo y al fin dijo:

—¡Oh!, las mujeres, las mujeres... es cierto que estoy bien enamorado, pero... vacilo... no sé qué hacer; en fin, es una dama; vamos, contestemos.

Fue a su escritorio, tomó una tarjeta y trazó en ella estas cortas líneas:

"Señorita:

Esta tarde a las cinco como me exige iré a ponerme a sus pies".

Le puso sobre y la mandó entregar, repitiendo:

—Las mujeres... las mujeres... ¿quién las comprende?, pero voy a arreglarme para ir a ver qué es lo que quiere esa niña caprichosa.

Tocó un timbre y vino el criado y dijo:

—¿Me habéis llamado?

—Que enganchen el *landeau* con pareja americana, que sea pronto, son las cuatro y debo salir a los tres cuartos para las cinco.

Salinas se quedó vistiendo con esmerada pulcritud y al dar las cinco entraba en el callejón de Villamizar. Se apeó y entró en el vasto jardín que estaba antes de la casa; al andar un trecho divisó a Blanca reclinada en un rústico banco en la apariencia leyendo. Le pareció encantadora; su blonda cabellera rubia como el oro la tenía extendida en la espalda y ataba su cabeza una cinta azul claro, terminando con un lazo de largas puntas que caía sobre la cabellera que cubría los hombros y espalda, descendiendo como un regio manto hasta más abajo de la mitad de la falda. Vestía un traje azul y ceñía su fina y flexible cintura una cinta azul claro como la cinta del pelo, haciendo contraste aquel azul vivo con el color de oro del manto natural que cubría como un velo sus esculturales formas. Había visto venir a Salinas, y haciendo que estaba ocupada en su lectura, no volvió el rostro.

Él, al verla tendida en confiado abandono, creyéndose sola, se sintió arrebatado por el puro amor, que por ella le dominaba; y agitado y tembloroso se le fue acercando con cauteloso paso; ella al sentirlo cerca, volvió el rostro, expresando en él una sorpresa tan natural como si fuera verdadera, y lanzando un débil grito se sentó ruborizada, y tendió su mano a Salinas. Él tomó aquella mano ofrecida con tan dulce manera y la estrechó diciendo con fina galantería:

—Perdonad, al llegar fue que os vi; ¿cómo estáis?

—Bien.

Y sonriendo, le abrió puesto en el banco a su lado y le indicó que se sentara, dándole una dulce mirada. Salinas se estremeció, era la primera vez que amaba con el alma, y aquella demostración de Blanca lo cambió de una

manera inexplicable; y olvidando la burla ofensiva de ella se sentó a su lado y le dijo con cariño:

—Me habéis llamado y aquí me tenéis, disponed de mí.

—¡Qué locura el haberos llamado!

Y bajó los ojos turbada.

—Locura ¿por qué?

—Porque eso está mal hecho en una señorita de estima.

—Pero Blanca, eso que decís...

—Es justo, Salinas, yo no debí hacerlo; yo me volví loca...

La voz de Blanca temblaba de emoción, y fijó sus ojos dulces y apasionados en Salinas, toda ruborosa. Él, trémulo, agitado, le dijo:

—¿Y os pesa haberme llamado?

—¿Pesarme? ¡Oh, no!, pero qué sé yo... Ud. no venía y yo... quería verlo.

—¿Que deseaba Ud. verme? Blanca, hábleme con franqueza, ¿por qué lo deseaba Ud.?

Blanca alzó la vista, y la fijó tan impresionada de amor en Salinas, que este se enloqueció, y fijando su ardiente mirada en ella, le dijo conmovido, anhelante:

—¿Deseaba de cierto verme? Contésteme sin engaño, ¿lo deseaba?

—Sí –murmuró ella.

Él la contempló un momento, después dijo con triste acento:

—¿Queréis burlaros de mí como lo hicisteis la última vez que nos vimos?

—¡Salinas!

Dijo Blanca verdaderamente sorprendida.

—Eso, señorita, sería una crueldad, y una mujer tan bella como Ud. no debe ser cruel jamás.

Blanca expresó en su semblante un dolor tan verdadero, que no era posible la duda y dijo con acento sincero:

—¡Burlarme de Ud.!, ¡y desde entonces no tengo sosiego, no vivo ni estoy tranquila, porque su recuerdo me persigue a toda hora! ¡Burlarme de Ud.!, no, Salinas, nunca, jamás.

Blanca al pronunciar estas palabras bajó la cabeza para ocultar la emoción que en aquel momento sentía, pues ella misma no podía explicárselo; no sabía si era remordimiento, vergüenza o verdadera pena por haber ofendido a aquel hombre tan digno.

—¡Blanca, adorada mía!, si lo que me demuestras es verdad, no comprendo cómo resistir mi felicidad; pero si es una mofa, es muy mal hecho porque tú sabes que te amo con delirio.

—Pero Salinas ¿por qué dudáis?, ¿no es una prueba el atreverme a llamaros?

Él prosiguió con fuego:

—Mi amor hacia ti, es exclusivo, potente, sin igual. No soy muy joven, no soy bello, por el contrario, pero jamás había amado a nadie, hasta el día en que te conocí. Tú eres bellísima, eres la reina de la hermosura, yo soy tu anteposición, comprendo que por esa causa no podrás amarme; pero no trates de engañarme por compasión, amada mía, no te burles de este desgraciado, que si no es un Adonis, tiene en compensación un gran corazón donde guarda como su felicidad tu imagen, junto con el amor que te ha consagrado.

Blanca sentía una emoción verdadera, en vista de tanto amor expresado con tanta fuerza y pureza; compasión y afecto brotó de su alma y fijando en él su mirada llena de amoroso sentimiento, dijo:

—Salinas, yo no sé mentir, yo no puedo burlarme de Ud. jamás.

Él, casi rendido, creyendo lo que ella le decía, dijo:

—Si no te has burlado ni te burlas, creo en la felicidad; mi alma, Blanca, es muy grande, creo que es más grande que la de los demás, yo te amo, vida mía, con ese amor inmenso que alma tan grande puede sentir, pero dudo, y...

Blanca se cubrió la cara con las manos para ocultar las lágrimas que brotaban de sus ojos y dijo:

—Este es el castigo merecido por haber dado un paso tan atolondrado e impropio en una señorita.

—¡Blanca! ¡Blanca mía!, ¿tú lloras?, y yo bárbaro te hago sufrir; cálmate, bien mío, yo te adoro, te idolatro, creo cuanto tú me dices, creo que me amas, que no te burlas; cálmate.

Y ciego, loco de amor, tomó una mano de Blanca y la llenó de besos; ella no la retiró y fijó sus húmedos ojos en él llenos del amor que sentía en aquel instante, dominada por la potencia del que lo expresaba.

Él acariciaba la blanca mano que ella le abandonó y dijo delirante:

—Habla, ángel mío, habla. ¿Por qué me llamasteis? ¿Qué sentías antes de escribirme? Dímelo todo, no me ocultes nada, ábreme tu corazón todo entero. Soy feo, Blanca, muy feo, pero se han visto fenómenos de mujeres

muy bellas amar a hombres horribles; dime, amor mío, ¿qué sentías cuando te resolviste a escribirme?

—Qué sé yo, desde la noche que le pedí el plazo, y me reía para poder ocultar mi agitación y turbación, y algo así como susto que sentía al Ud. hablarme de su amor, desde que lo vi irse tan disgustado sin comprenderme, desde esa noche, Salinas, dormida, despierta, de día, de noche, a todas horas lo veía ante mí, tierno, amoroso, insinuante, y sentía en mis oídos sus dulces palabras de amor, y me estremecía y temblaba y lloraba al ver que no volvía, a pesar de esperarlo diariamente. Mi alma se llenó de tristeza y sufrimiento, que loca, desesperada y arrastrada por no sé qué poder, le escribí.

—¡Blanca, adorada mía!, ¡ángel de mi amor! Si matara la felicidad, moriría. Creí que encontraría quien se casara conmigo, pero jamás soñé probar las delicias del amor del alma por mi falta de belleza y porque tú lo poseías todo entero.

Blanca enternecida, al oír cómo se expresaba Salinas, por no creerse bello, se sintió llena de emoción sintiendo en su alma un puro amor por aquel hombre, que en ese momento le parecía buen mozo. Las semillas de caridad y compasión que su buena madre sembró en su corazón, brotaron en aquel instante y ya no vio en su amante sino un ser que se creía desgraciado por no ser bello, que no soñó con las dichas del amor; pero que en aquel instante estaba ebrio de felicidad, porque ella lo amaba, y se halagaba su vanidad por ser ella, solo ella, la que pudiera darle a hombre tan poderoso por sus millones, la divina ventura del amor con sus sublimes ilusiones.

Julia y su matrimonio estaban lejos de su pensamiento, solo pensaba en Salinas, a quien dijo con amoroso acento:

—No digas eso, ¿qué tienes tú para no ser amado?, ¿acaso se ama por la belleza física? Tu alma es tan grande que en este momento que la he comprendido te amo más; te amo con delirio.

Blanca dijo estas palabras porque en aquel momento las sentía sinceramente; pero avergonzada por haberlas pronunciado inclinó su cabeza que cayó, sin ella comprenderlo, en el hombro de Salinas, que al sentirla, ebrio, loco, delirante, puso su brazo por la delicada cintura de su amada y murmuró un beso en su espléndida cabellera que había cubierto su pecho.

Blanca se apartó ruborizada diciendo:

—Apartaos, dejadme, hoy he cometido dos faltas por Ud.; si estoy como loca.

—Y amándome como me amas ¿llamas esto falta, vida mía? Voy ahora mismo a pedir tu mano para que seas mi esposa, y cesen tus temores por tan pequeña cosa con el que va a ser presto tu esposo.

Blanca despertó como de un sueño y recordó la causa que la había traído a aquel terreno, y fijando su dulce mirada en él, le dijo con dulce voz:

—Tengo un capricho, ¿querrás satisfacerlo?

—Cómo no, tus deseos desde hoy serán órdenes para mí, ¿qué capricho es ese?

—Deseo que al pedir mi mano le des solo dos meses a papá de plazo, y te cases al cumplirse.

—¿Y eso es todo, vida mía?

—Sí, quiero sorprender a mis amigas, para que no estén preguntando.

—Lo haré así, si puedo antes, mejor.

—Gracias, Salinas.

—Al pedir tu mano procedo a los preparativos, con dinero se allana todo; vamos a ser muy felices ¿verdad, vida mía, que nos envidiarán?

—¿Quién amándose como nos amamos nosotros no lo es? ¡Ah!, me parece que sueño, Salinas.

—Ángel mío, nunca pensé obtener tanta ventura.

—Era porque no querías conocer que yo te amaba mucho.

—Que seas dentro de un mes mía, para siempre mía.

—Sí, tuya, eternamente tuya, y tú mío y no de otra.

—Dime ¿me amas mucho?

—No creí amarte tanto como te amo.

Salinas, arrobado, la contemplaba besando su mano.

—Escucha –dijo ella de repente–, se me ocurre otro capricho.

—Uno, veinte, mil, cuantos tengas serán satisfechos.

—Cuando pidas mi mano, le dices a papá que hace cuatro meses que nos amamos.

—Se lo diré si lo deseas así.

—En eso no mentimos, porque si tú me amabas en tu casa, yo en la mía deliraba por ti.

—Haré cuanto quieras.

—Ven, vamos a ver a mis padres –y en dulce conversación subieron a la casa. Blanca le decía:

—No digas hoy nada a papá, quiero antes decirlo yo a mi madre; ven a eso mañana.

Luisa y su esposo recibieron a Salinas con afectuosa amistad. Su visita fue muy amena por su culto trato, antes de retirarse se acercó a Villamizar y le dijo:

—Deseo tener con usted mañana una conferencia, ¿puede?

—A la hora que guste, amigo mío, estoy a su orden.

Se despidió de él y de Luisa y a Blanca le dijo a media voz:

—Adiós, Blanca mía, no me olvides.

Ella, envolviéndolo en una amante mirada, contestó:

—Adiós, hasta mañana.

Cuando se retiró a su cuarto, estaba radiante de alegría y dejándose caer en una silla, exclamó:

—Dentro de dos meses me casaré y Julia lo hará dentro de tres; ya no será ella la que se goce deslumbrándome con su lujo y su marido, seré yo la que la asombre con mi fastuoso boato y mi marido, cuatro veces millonario. No será buen mozo y elegante como el de ella, pero con los millones se puede hacer todo; iremos a Europa y allí me lo pondrán elegante. En todas partes seré considerada y adulada por mi dinero. Julia, tú estás orgullosa con tu Montijo y el lujo de tus galas, pero cuando vayas a ostentarlas, yo estaré en Europa cubierta de gala, oro y pedrería, apoyada en el brazo de mi marido, cuatro veces millonario y recibiendo triunfos y ovaciones.

Bajo ideas tan vanidosas, se quedó dulcemente dormida.

Cuando Salinas salió y subió en el *landeau*, le parecía que estaba soñando. La seguridad de ser amado de Blanca y que pronto sería su esposa lo hacía tan feliz, que al llegar a su casa no podía ocultar su alegría. Benito, al despojarlo viéndolo tan satisfecho, le dijo con cariño:

—Qué contento lo noto, hace tiempo que no lo veía así.

—Es porque hoy soy sumamente feliz.

—Usted sabe que hace años que estoy con usted, y que lo quiero bastante y debo alegrarme de verlo feliz.

—Lo sé, Benito, tú eres mi fiel servidor, que sabes algunos de mis secretos; por lo tanto debo decirte que me caso dentro de dos meses.

—¡Os casáis!, mucho deseaba que lo hiciera.

—De veras, lo deseabas, ¿y por qué?

—Porque hacía falta una esposa que le diera vida a la casa.

—¿Te gusta la animación, la alegría?

—No, señor, lo que me gusta es no verlo triste; le hace falta una esposa que lo contente.

—Pues, pronto estará aquí y me verás alegre, porque la amo con delirio.

—¿Y se puede saber quién es ella?

—Por qué no, es la hija de los Villamizares.

—¡Canario, señor, qué suerte tiene!

—¿Por qué?

—Si es aquella de gran cabellera rubia, que le cae hasta abajo, de arrogante cuerpo y majestuoso andar, a quien usted hacía el amor ahora meses: entienda que se saca una lotería.

—¿Te gustan, según veo, las buenas mozas?

—¡Ay, sí, señor!, son como bocado sabroso, ¿a quién no le gusta lo bueno?

—Pues con ella me caso.

—Lo felicito. Procuremos hacer el matrimonio pronto, no se caiga el bocado de la boca sin saber cómo.

—Descuida, mañana buscas los obreros necesarios para arreglar esta casa, a fin de que dentro de un mes y medio, muebles y todo estén dentro, y proceder al matrimonio.

—Desde el amanecer pondré todo en movimiento, descuide usted.

—Quiero levantarme temprano para hacer encargos a las modistas.

—En casa va a salir el oro a canastas.

—No importa, con tal de arreglar todo para dentro de mes y medio.

—Así se hará como usted desea.

—Además, como me iré en los primeros días de casado a Europa con la señora, encárgate de arreglar lo necesario para eso también.

Y se acostó satisfecho del amor de Blanca, esperando para su porvenir una ventura sin igual.

CAPÍTULO X

LA SORPRESA

CUANDO VILLAMIZAR y su esposa quedaron solos, dijo este:

—Sabes, Salinas me ha pedido una conferencia para mañana a mediodía y me ha puesto pensativo, porque estaba muy turbado al pedírmela, y era después de tanto tiempo que no nos visitaba.

—¿Turbado?, ¿y qué puede tener que decirte? Él solo trata de negocios; dicen que es millonario y que ambiciona más dinero.

—Millonario no, cuatro veces millonario. ¿Qué hacer con tanto dinero después de tener lo necesario?

—Qué sé yo, Antonio; tal vez gocen viendo sus pilas de oro.

—Yo lo creo, Luisa, cuando aman el Becerro de Oro, no quieren más nada. Este hombre mismo es joven, y no se le han conocido ni amores ni queridas.

—A tales hombres les tengo lástima.

—Yo no, porque ellos satisfacen todos sus caprichos; tienen tanto que pueden escalar el cielo; porque el dinero todo lo puede en esta humanidad de hoy.

—¿De cierto? Puede que se le antoje le vendas nuestro bello y querido campo.

—Pues eso no lo consigue con todo su oro. Es herencia de mis padres y no lo vendo a ningún precio.

—Y harás bien; aquí me trajiste cuando nos casamos y aquí han nacido nuestros hijos; no debe venderse.

Lejos estaban aquellos ancianos de adivinar lo que les esperaba.

A la mañana siguiente Blanca entró en la habitación de su madre, y después de recibir el beso de costumbre, se sentó. La madre le dijo con amor:

—¿Cómo pasaste la noche? ¿Dormiste bien?

—No, pasé la noche en vela con los insomnios.

—Eso no está bien; es preciso llamar el médico para que regularice tus nervios.

—Para qué, mamá, eso se me irá pasando poco a poco.

—Los insomnios son una mala enfermedad.

—No te alarmes; ellos se me quitarán sin necesidad de médico.

—Esas cosas no se descuidan, hija mía.

—Mamá, no debo ni quiero ocultarte por qué los sufro.

—Así es; sabiendo la causa se pone el remedio.

—Pues lo sufro porque mi alma padece.

Luisa se inmutó; el matrimonio de Julia vino a su mente y temió que su hija sufriera por él; pero disimulando, dijo con interés:

—Padeces del alma. ¿Y por qué?

Ella, turbada, a pesar de la resolución de su carácter, dijo:

—Madre mía, ¿sabes que estoy enamorada?

—Nada tiene de extraño, hija mía, todas las mujeres nos enamoramos.

—¿Lo crees así, madre mía?

—Sí; pero el tino está en elegir un hombre digno, decente y caballero.

—Todo eso lo posee el que me ha robado el corazón.

—Pero si tiene todo eso, ¿por qué sufres? ¿Por qué no lo evita pidiendo tu mano a tu padre? A menos que seas tú sola que lo ames.

—Eso no; él me ama a mí más que yo a él.

—¿Y entonces?

—Él piensa pedir mi mano.

—¿Pero quieres decirme su nombre?

—A decírtelo he venido, para que no digas que te lo oculté.

—Has hecho bien, porque de lo contrario sufriría; pero, ¿quién es él?

Blanca vaciló un instante, después dijo:

—Mamá, el hombre que amo con adoración, con delirio, es Jacinto Salinas.

Luisa la vio sorprendida, y dijo:

—¡A Salinas! Y esos amores, ¿dónde han sido?

—Aquí, desde que lo vi lo amé; ¿pero qué tiene eso de extraño? ¡Estás sorprendida!

Luisa se rió, y dijo resueltamente:

—¿Hija, lo has visto bien?

—Ya lo creo. Los enamorados no nos cansamos de vernos, y por eso a proporción que lo veo y lo trato, lo amo más.

—Tú me engañas; tú no puedes amar a ese señor Salinas así.

Blanca, sonriendo, contestó:

—¿Por qué? ¿Lo encuentras feo?

—Algo, hija mía. Es fino, decente, riquísimo, pero...

—Lo encuentras largo, flaco, algo giboso, color amarillo, boca grande, carrillos hundidos...

—Es verdad; a qué negarlo. ¡Eres tan hermosa…!

—Que haré contraste con él, que es noble, bueno, generoso y queredor hasta el frenesí. Ya ves, él pierde en la partida.

—¿Que pierde en la partida?

—Ya lo creo, mamá. Pero calculemos: él posee la bicoca de más de cuatro millones de pesos.

—¡Te casas por su dinero! ¿Te vendes?

—¡Venderme! No lo creas. La verdad es lo siguiente, medítalo: un millón le quita los defectos de la cara, otro millón destruye los del cuerpo y me lo hace aparecer bello, elegante.

—Hija, no calcules así; eso es horrible en una mujer joven y bella, que nació rica, que no ha necesitado nada que no lo haya tenido, que sus caprichos soñados los ha satisfecho. ¿Qué te falta, hija? ¿Qué apeteces?

—Nada, mamá, absolutamente nada; pero...

—Pero dime: ¿eres ambiciosa?

Blanca prosiguió con serenidad:

—Déjame concluir: de los cuatro millones, ya te invertí dos; los otros dos y pico que restan, bien valen la satisfacción de pisotear a esa fatua de Julia.

Blanca pronunció estas palabras con orgullosa entonación. Su madre la miró espantada, y dijo:

—¡Qué dices, Blanca! ¿Sabes lo que vas a hacer?

—Sí, mamá. Sé que voy a tener esposo, y esposo cuatro veces millonario.

—Eso no puede ser; tú te inmolas a su dinero; tú no puedes amar a Salinas porque es horrible.

—Bien visto lo tengo, pero no me importa; tendré para gastar como reina y humillaré a Julia con mi boato. ¡Ah!, qué horas tan gratas voy a tener

cuando veas que siempre seré más que ella.

—¡Desgraciada! Depón esas ideas y despide ese hombre.

—¡Despedirlo, jamás! Y seré franca contigo en esta vez. Al principio me burlé de su amor; pero hay aquí, en el fondo de mi alma, siento algo muy dulce, muy grande por él, algo divino para mí inexplicable.

—¡De modo que lo amas de veras!

—Sí, mamá. Por su mucho dinero se hace agradable; pero por sus sentimientos, su bondad y por todas las cualidades que tiene, creo que lo amo, y lo encuentro digno de casarse con la primera señorita, siempre que esta pueda comprenderlo.

—No digo lo contrario, lo creo un caballero.

—Créeme, mamá, desde que me dijo que no esperaba disfrutar las dichas del amor verdadero, porque nadie lo amaría por su fealdad, siendo ese su único deseo, sentí compasión por él, y me conmovió tanto que comprendí nacía en mi corazón verdadero amor por él.

—Es decir, ¿que estás resuelta a casarte?

—Sin que nada me haga retroceder.

—¿Y si tu padre se opone a tal locura?

—Nada lograría con eso.

—¿Por qué, Blanca?

—Porque tengo veinte años y ya nadie puede oponerse a mi libre voluntad.

—¿De modo qué será inútil cuanto te digamos?

—Enteramente inútil; y además, ¿qué defecto pueden ponerle para oponerse? ¿Que es feo? Eso sería irrisorio.

—Pero, tú, que Dios te hizo tan bella, sería un contraste.

—Por eso mismo; eso está dispuesto de lo alto que nos casemos, para que nuestra generación sea perfecta, no tan exagerada, como dices tú, soy yo. –Y sonriendo dijo con seguro y dulce acento:

—Desengáñate, mamá, dentro de dos meses, a lo más, seré la esposa de Salinas.

—Blanca, la vanidad te ha vuelto loca.

—Y yo creo, mamá, que estoy demasiado cuerda.

—El matrimonio es el gran calvario para ambos sexos, y si se hace llevadero es porque lo embalsama el poder del amor mutuo.

—Y qué quieres decirme con eso, todas las mujeres se casan, como me voy a casar yo.

—Pero esas que se casan aman con el amor del alma al hombre que han elegido por esposo, que llega a serlo después de haber saboreado los goces del amor platónico y pasado por esas mil peripecias que lo arraigan más y más, y da valor para llevar el matrimonio con heroica abnegación.

—¿Y sabes tú, mamá, si yo amo a Salinas con ese amor? ¿Sabes tú si él ha sido el único sueño de mi vida, la ilusión de mi alma?

—¡Qué dirán tus amigas!, son capaces de reírse de ti.

—Que se rían, que se burlen, que hagan cuanto quieran; mi lujo, mi boato, la grandeza de mis trenes las deslumbrará más tarde y... ¡qué dulce es pensarlo! Me tendrán envidia... ¡Cuánta dicha…!

—¡Dios mío, esta niña está trastornada!

—Basta, mamá, no me digas más nada; tú conoces la terquedad de mi carácter, tú sabes que no tengo sosiego hasta que logre lo que deseo; así, pues, todo será inútil.

—Jesús, ampáramela –dijo Luisa y rompió a llorar.

—Mamá, deja esas lágrimas para otra ocasión, ahora están de más porque voy a ser muy dichosa saboreando mi triunfo.

—Tienes razón, las detengo para verterlas muy amargas cuando suene la hora de tu desventura, porque la mujer vanidosa como tú recibe al fin, de cualquier manera, el castigo de Dios, a quien pido tenga piedad de ti.

—Jesús, qué de cosas porque me caso.

—No es porque te cases, es porque la mujer que, como tú, se casa por el dinero sin amar al hombre que va a ser su esposo, lleva el peligro de ser más tarde una mujer perjura e infame.

Blanca, irguiéndose, dijo con altivez:

—Eso jamás; Salinas es muy feo como dices tú, pero a nadie amaré sino es a él.

—Dios te ilumine.

—Sí, después que me ofendes, sin recordar que una mujer tan altiva y vanidosa como yo, no cometerá nunca acciones que la hagan descender del puesto que le demarca su honor, su dignidad y orgullo.

Y sin esperar respuesta, salió de la habitación de su madre.

Poco después entró don Antonio y viendo a Luisa con atención, dijo.

—¿Qué tienes, Luisa, como que has llorado?

—Siéntate y oye lo que hay, y que me tiene preocupada.

Y refirió a su esposo lo que había pasado con Blanca, diciendo:

—No te opongas a ese matrimonio, ella lo hará, tú la conoces.

Don Antonio quedó asombrado del relato de su esposa, sin convencerse todavía del triste fruto que le daba su consentimiento, y se dirigió a la habitación de Blanca, esperando poder disuadirla de aquel capricho. Ella al verle corrió, y abrazándole le dijo:

—¡Qué afortunada!, no has esperado que yo como siempre fuera a recibir tu beso.

—No te esperé, hija mía, porque venía a preguntarte ¿es verdad que has amanecido con el capricho de casarte con Salinas?

—Amanecido no, papá, hace tres meses que me comprometí con él.

—De veras ¿y lo hiciste oculto de tus padres?

—Sí, papá, preveía lo que está sucediendo hoy.

—¿Y qué sucede?

—Que no les gusta que me case.

—No es que no nos gusta, es que es risible verlos a los dos juntos: tú, la reina de la hermosura; él, el rey de la fealdad.

—Di lo que quieras, pero amo a Salinas con toda el alma.

Villamizar no pudo contener una homérica carcajada, y dijo con burlón acento:

—¿Con que lo amas mucho, eh?

—Hasta el extremo de sacrificarlo todo por él.

—Esto no puede ser, esto es imposible.

—No te opongas, papá, tú siempre me has dado gusto en todo.

—Y mucho me pesa hoy.

—Sea, pero te repito, no pongas obstáculos a la dicha de toda mi vida, porque lo que siento por él es tan grande que si no me caso, me moriría.

—¿Será posible que tú le ames de veras?

—Con delirio, con toda mi alma.

Blanca en aquel momento decía la verdad: el amor de Salinas tan grande, tan elevado, su tristeza por no ser bello y creerse indigno de ser amado, la tenían conmovida; y luego la oposición de sus padres por su carácter terco, la empeñó más y más en su deseo, y creía amarlo tanto, cuanto sentía más que todo, su voluntariedad.

—Hija, eso no puede ser, y no será.

—Papá, tú sabes que te quiero más que a nadie; pero si te opones, ciega de amor como estoy, nada me detendría y me ampararía la Ley.

—¡Qué dices!, ¿darías ese escándalo, sin pena?

—Haría cuanto fuere preciso para ser su esposa, no me obligues a ello, consiente buenamente en hacerme feliz.

—Basta, haz lo que quieras.

Y salió disgustado, sin despedirse de ella.

Salinas no era bello, pero se hacía simpático por sus buenas maneras y fina educación. Villamizar comprendió al fin que su hija se unía a él por casarse antes que Julia, y veía en esto un peligro. Por lo demás, no tenía tacha que ponerle.

A la una llegó Salinas e hizo la petición de la mano de Blanca, y añadió algo ruborizado:

—Ella me ha hecho mil protestas de amor y apoyado en eso es que aspiro a la honra de ser su esposo.

Villamizar se conmovió viendo la pureza y lealtad de Salinas y dijo:

—Caballero, Blanca le dijo a su madre el compromiso que tenía con usted. Yo he sondeado su corazón y me dice lo ama con toda su alma, y siendo así, no debo sino aceptar su petición con placer.

—Gracias, señor Villamizar, me hacéis muy feliz.

—Además, si usted, como lo es, no fuera de mi agrado, no podría oponerme, ella es mayor de edad y queriendo haría su voluntad.

—Crea usted, don Antonio, que yo seré para usted un hijo amante y cariñoso.

—Lo creo, pues su mirada revela la bondad de su alma.

—Además desearía me permitiese visitar con frecuencia su casa. ¡Estoy tan enamorado!

—¿Y por qué no? Desde hoy puede Ud. visitarla cuando guste, y ¿cuándo piensa Ud. casarse?

—Dentro de dos meses y medio a más tardar.

—Bien. Luisa, ven, que también debes saber lo que pasa.

Salinas fue tan fino, tan insinuante y atento con ellos, que los padres quedaron, si no contentos, tranquilos.

Hechos violentamente los preparativos, se realizó el matrimonio con el lujo más fastuoso. Blanca hizo que Julia y toda su familia lo presenciaran para humillarla; pero esta sin sospecharlo estaba radiante de alegría, viendo

a su querida Blanca feliz casándose con el hombre que amaba, y en su nobleza no le parecía tan feo porque su amiga lo adoraba.

Los novios se embarcaron para Europa a pasar su luna de miel.

Seis meses pasaron y Blanca no había escrito a sus padres una sola carta; Salinas les había escrito dos. Ella satisfecha de sus goces y riquezas a nadie recordaba; sus triunfos como bella y como rica le bastaban, su vanidad estaba halagada.

Julia, casada ya, le ofreció su enlace, pero no recibió contestación tampoco.

Año y medio después regresaron, pero no venían solos, traían una hermosa niña, fruto de su unión. Luisa tomó la niña en sus brazos y la cubrió de besos y se la dio a don Antonio que hizo lo mismo.

Fue entonces que Eugenio trajo a su casa a Gerina, la cual vino a mitigar, con su respeto dulce y atento cuido y puro afecto, la tristeza que los devorara por la indiferencia despreciativa con que los veía Blanca, que llena de necio orgullo no los buscaba para nada; ellos no iban casa de ella tampoco, porque en su necia vanidad era con ellos, más que con otros, desdeñosa y despreciativa. Consecutivamente dos hijos más y ni por ser tres veces madre los solicitaba. Solo vivía para sus hijos que los quería con idolatría y para Salinas a quien amaba de todo corazón; lo demás le era indiferente.

Salinas sí visitaba a los ancianos con frecuencia y les llevaba los niños toda vez que salía con ellos, enseñándoles a querer a sus abuelos. Blanca las pocas veces que fue se mostraba displicente y veía por encima del hombro, con marcado desprecio, los muebles y el hogar donde fue su cuna, y donde se recogen en la vejez los alegres recuerdos.

CAPÍTULO XI

EL REGRESO

LUISA Y SU ESPOSO estaban una tarde sentados en uno de los bancos del jardín cerca de la casa; Gerina alegre y denotando en su semblante risueño la felicidad, se entretenía en limpiar las flores con amoroso esmero, y en su entretenido trabajo se fue alejando de los ancianos; Gerina con la vida tranquila y saludable del campo, estaba bellísima y llena de lozanía; sus blondos cabellos negros, tejidos en dos gruesas trenzas, descendían hasta el fin de la falda color de rosa que tenía puesta; su color era nacarado y tenían sus mejillas vívidos colores; sus rasgados y bellos ojos eran negros, como las cejas y las pestañas; su boca era roja, alegre, sonriente, como para lucir su linda dentadura; sin ser alta, era de elegantes formas y poseía en demasía esa gracia, ese no sé qué, que hace tan arrebatadoras a las caraqueñas. En su semblante estaba retratada la dicha, todo en ella era bello, encantador. Don Antonio la contempló con ternura y dijo:

—¿Por qué nuestra Blanca no es como esta pobre niña, tan dulce, tan complaciente, tan virtuosa?

—¿Para qué traes ese recuerdo, Antonio? ¿No te he dicho, olvídala? Hazte cargo que esa ingrata ha muerto.

—Eso no puede suceder, su recuerdo es nuestro tormento.

—A mí me pasa lo mismo, pero veo a Gerina y trato de olvidarla, al ver que ella es para nosotros una hija humilde, cariñosa y buena.

—Es verdad, Luisa, esa niña criada con las penas que cuenta, es una joya.

—Por esa razón es buena, porque no tuvo mimos.

—Tienes razón, perdimos a Blanca, debemos resignarnos.

—Pero no pienses en eso, consuélate con Gerina.

—Y gracias a Dios que nos la mandó de modo tan raro y que hayamos sabido darle su valor, porque otros tal vez no lo harían.

—Donde quiera que vaya será estimada, porque es una excelente criatura.

—No has notado, Luisa, el humillante desdén con que la trata Blanca cuando viene.

—Sí, y he notado también la dulce resignación con que Gerina la recibe.

—Todo eso me tiene sufriendo, lo mismo que la demora de Olivier; vino ayer el vapor y no ha llegado, habiendo anunciado que venía en él.

—Pero si no llegó en el francés vendrá en el americano.

—Puede ser, pero estoy ansioso.

Dejemos a los ancianos con su conversación y veamos lo que pasa en el jardín:

Gerina, limpiando las flores, vio que entraba un coche en el callejón; ella veía con curiosidad quién venía, cuando vio un hombre que saltó de él y se dirigió a la casa, tratando de ocultarse. Gerina se quedó perpleja sin saber qué hacer, porque no conocía al sujeto que trataba de llegar a la casa a escondidas; de repente lo vio aparecer delante de ella, lo que le probaba que conocía bien el terreno que pisaba, y asustada lanzó un débil grito.

Él la vio y absorto, dijo:

—Perdonad, señorita, si os he asustado, solicito a los señores Villamizar.

—No hay motivo para excusas –dijo ella sonriendo–, los señores Villamizar están en el último banco junto de la casa; si queréis os guiaré.

—Gracias, señorita, sois muy amable, conozco bien el camino.

Y se alejó volviendo el rostro para contemplarla. El joven se dirigió haciendo un rodeo para ocultarse y llegar sin ser visto. Gerina vio su evolución y se encaminó de frente para donde estaban los Villamizar.

El joven llegó por detrás de ellos sin ser sentido antes que ella, y los estrechó en sus brazos. Luisa lanzó un grito y dijo:

—¡Olivier!, ¡hijo mío!

Villamizar solo pudo decir, abrazándolo:

—Muchacho, en este momento te nombraba.

—Ya me tienen aquí, padres míos, para no separarnos más.

Terminada la primera efusión, vio a Gerina parada frente a ellos, que expresaba su alegría al ver a los ancianos contentos con su plácida mirada.

Olivier se fijó en ella y, al encontrarse sus miradas, se puso pálido y dijo a sus padres:

—¿Esta señorita vive con ustedes?

—Esta señorita, Olivier, es una hija que nos ha deparado Dios para nuestro consuelo; es el ángel de nuestro hogar, se llama Gerina Fuertes, ámala como a tu hermana; ella endulza con su bondad y amorosos cuidados la triste vejez de tus padres, porque es un dechado de buenas cualidades y de nobles sentimientos.

Olivier le tendió la mano, y reteniendo la que ella le presentó le dijo enternecido:

—Señorita, el panegírico que hace mi madre de usted me ofrece el placer de estimaros en todo lo que valéis, uniendo a la vez mi gratitud por lo buena que sois con ellos.

—Caballero, lo que hago con los padres de usted no vale nada comparado con lo que ellos hacen por mí; fui huérfana y desgraciada hasta el día en que nobles y bondadosos me abrieron sus brazos y me amaron como hija: con esto os lo digo todo.

Se avisó a Eugenio y a Blanca la venida de Olivier, lo mismo a Julia. Eugenio vino en el acto que lo supo con toda su familia, resuelto a quedarse para estar más días con su hermano.

En aquel hogar reinaba una completa alegría.

Cuando estuvieron solos los dos hermanos, dijo Olivier:

—¿Y Blanca estará enferma que no ha venido?

—No está enferma ni vendrá sino cuando lo hagas regiamente.

—¿Y por qué dices eso?

—Porque esa muchacha es una fatua.

—Y tan feo el marido; me sorprendió en París cuando lo conocí; es fino, atento y cuando se trata, se hace simpático.

—Ahora está muy mejorado, con el viaje ha engordado mucho, parece más pequeño y se le ha ocultado la giba. Se ha dejado toda la barba que es negra y buena, y como sus ojos, su nariz y su frente no son feos, está pasable. No se le ven los carrillos ni la boca y sí su blanca y buena dentadura; todas estas mejoras las trajo de París, ella está orgullosa por eso.

—Ya lo creo, allí está la escuela de simulación, pero dime ¿Blanca lo amaba cuando se casó con él o fue por dinero que lo hizo?

—Qué sé yo, ella decía que sí; pero puedo asegurarte que él vale más que ella.

—¿Tanto ha variado Blanca?

—Los mimos la han perdido; tiene cuatro años de casada y apenas ha venido aquí tres veces.

—¿Y nuestros padres van casa de ella?

—A qué, si ella olvida sus deberes: ¿van ellos a humillarse?

—Es verdad, ¿pero ellos no han tenido desagrado con Salinas?

—No, por el contrario, él siempre viene y trae sus hijos.

—Estoy abismado de tal proceder.

—Pero es peor todavía, cuando viene ve con desdeñoso desprecio todo lo del santuario del hogar paterno.

—Eso es increíble, yo en París no cesaba de pensar en él y recordaba hasta el último rincón, y mi solo deseo era volver a él.

—Porque tú eres noble y bueno y sabes que el hogar donde nacimos, donde nos arrullaron y formaron nuestros padres, debe ser querido y respetado para el que tenga corazón, aunque la fortuna lo coloque en el apogeo de la grandeza.

—Es verdad, desgraciado el que lo ve con desdén.

—Es dulce, muy dulce, Olivier, decir en el hogar que fundamos: allá en mi hogar paterno, porque en él, cuando desencantados nos invada la vejez y agobiados de tristeza hagamos reminiscencias de nuestra larga vida, será allí que encontraremos los más dulces y placenteros recuerdos.

—Lo creo, pero ¿cómo marcha la hija de don Fermín en su matrimonio?

—Muy bien; es la anteposición de Blanca, y si Urquizo no quisiera tanto a nuestros padres, hace tiempo que se los hubiera llevado.

—Son raros los amigos como estos y como René y nuestra madre. ¿Tiene Julia familia?

—Sí, ya verás, porque mañana temprano estará aquí con dos que tiene.

—Dime, y esa Gerina ¿de dónde vino?

—La trajo la casualidad.

—Pero ¿quién es?

—Una excelente criatura, un tesoro para el bien de nuestros padres en la tristeza que los abruma por las cosas de Blanca.

—Bien, lo sé; ¿pero de dónde procede?

—Laura, mi esposa, dice que es su parienta, porque es hija de Ramón Fuertes que era muy cercano de su madre.

—¿Y fue tu esposa quien la trajo?

—No, te repito que fue la casualidad.

—¿Y sabes que es lo mejor en belleza?

—¡Ola! ¡Ola!, ¿conque te gusta?

—¡Qué pelo, qué ojos, qué gracia tan encantadora tiene, Eugenio!

—No, déjala tranquila y no te embulles con ella.

—Pero si es arrebatadora y...

—No, Olivier, no, ámala como tu hermana.

—No temas, yo no me enamoro fácilmente, pero admiro lo bello.

Un sirviente los interrumpió llamándolos a la mesa. Los hermanos fueron al comedor y después de la comida y de la más amena tertulia, se retiraron a descansar felices y satisfechos.

CAPÍTULO XII

LA VISITA

A LA MAÑANA SIGUIENTE vieron llegar un mensajero en coche que preguntó por Olivier y entregó una tarjeta para él, la cual decía así:

"Señor Olivier Villamizar: A la una de la tarde tendrán el gusto de pasar a ver a Ud., Jacinto Salinas, esposa y familia".

Olivier se sonrió y dijo al sirviente:

—Decid a vuestro señor que serán recibidos con placer.

El sirviente se retiró, y Eugenio que por detrás leía la tarjeta no pudo contener una carcajada. Olivier dijo:

—Pobre hermana mía, se ha vuelto loca; debemos compadecerla, no burlarla, Eugenio.

—Ya verás cuando tengas una conversación con ella, si merece compasión.

—Debes estar preparado contra ella para ser tan rigorista.

—Contra ella no, contra sus fatuidades sí. Ya verás cómo te vuelve loco.

La madre se acercó donde estaban sus hijos; Eugenio le dio la tarjeta y dijo:

—Ve la tarjeta de Blanca, mamá.

Luisa la leyó y dando un suspiro, contestó:

—Aunque de etiqueta, resuelve venir; así veré sus hijos, lo deseaba. Yo casi no conozco sus hijos, Olivier.

—De veras, ¿y por qué?

—Y qué te extraña, a mi casa ha venido una sola vez después de casada.

—Eso es mal hecho de Blanca.

—Ya ves que tengo razón, no me visita; no lo hago yo.

La mañana fue alegre para todos. Julia, su esposo e hijos y demás familia vinieron a pasar el día con Olivier. El contento era general.

A la una del día entraron en el callejón tres calesas de lujo. En la primera venían Salinas, Blanca y un gron. En la segunda venía Lilia, la niña mayor de Blanca, su camarera, que era una señorita, y el secretario de

Salinas. En la tercera venían dos niñeras con dos niños, uno de dos años, varón, y una hembra de pocos meses; además venía un sirviente de gran tono para lo que se ofreciera.

Al apearse Blanca, ya el gron la esperaba en la portezuela; era un adolescente de doce años; tomó la cola del vestido de su señora y, colocándola en su brazo, siguió a Blanca que se apoyaba negligentemente en el brazo de Salinas.

Cuando llegaron a la casa, Olivier salió a su encuentro y le tendió los brazos; ella lo abrazó con ceremonioso cariño, Salinas con efusión, y le fue presentando sus hijos que eran preciosos. Blanca saludó a todos con displicente desdén; Olivier se dirigió a ella y le dijo con cariño, pasando su brazo por su flexible cintura:

—Ven, querida hermana, sentémonos en los sillones en que nos hemos criado y conversaremos.

Ella sonriendo se sentó y viendo a su hermano con cariño, dijo:

—¿Sabes que has venido muy robusto y hermoso?

—Sí, me ha ido bien por aquellos lugares; pero creo y espero que aquí me irá mejor.

—¿Por qué, por el clima?

—No hija mía, por el placer de estar otra vez en mi querido hogar y al lado de mis buenos padres, ¿quieres más?

—Ya por eso tienes razón; pero creo firmemente que lo que se hace aquí no es vida.

—¿No es vida?, pues yo la echaba de menos, tanto que creo que si no me hubiera venido, muero de nostalgia; tanta falta me hacía.

—No digas eso; allí abunda el placer, el lujo, la alegría, la abundancia y la civilización.

—Todo eso es verdad, pero quiero mucho a Venezuela, de ella a Caracas, y de esta, al campo encantador de mis padres.

—Jesús, qué disparate; no lo digas delante de gente instruida que conozca a Europa, porque pasarías por un imbécil. El que prueba aquella vida de civilización y adelanto, no puede vivir aquí.

—Yo he estado cinco años probando aquella vida; pero como no soy de allá, ninguna falta me hace, quiero la vida de mi país.

—¡Vea Ud.!, y yo trabajo con Jacinto para que arregle sus negocios y fijemos nuestra residencia allá en la capital del mundo civilizado; los que

como nosotros tenemos más de cuatro millones, debemos vivir en aquel foco luminoso del saber, porque este campo es estrecho para nosotros.

—Tienes razón –dijo Olivier sonriendo–, los millonarios como Uds. deben ir a gastar su dinero allí, donde vuestra regia ostentación sea admirada, porque allá el oro es muy acatado, aquí no tanto.

—Lo que prueba la imbecilidad de este país.

—¿De cierto?, ¿con que es imbécil porque no adora el becerro de oro?

—Sí, porque el oro es el rey del mundo, según un escritor.

—No lo niego, hermana mía, pero aquí el boato que él proporciona se admira el primero y el segundo día; pero al tercero ya lo ven con indiferencia: este es el carácter venezolano.

—Porque están en la concha todavía, no puede ser de otro modo.

—Pero tú participas de esa concha, porque no me negarás tu nacionalidad.

—Ya lo creo –dijo Blanca riendo–; pero los que hemos conocido el gran mundo, el mundo verdadero, como nosotros, nos hemos salido de ella, sacudiendo hasta las harinas.

—¡Bravo, hermanita! Noto que estás vanidosa.

—Vanidosa no, razonable sí.

—Sí, eso es lo que has traído de allá; has escogido lo peor que aquel país encierra en su seno.

—¿Porque no participo de tus ideas de oscurantismo?

—No, hermana mía, es porque no podemos estar de acuerdo.

—Como tú quieras juzgarlo; yo sigo mis instintos, quiero morir allá, quiero que mis hijos se eduquen y nutran su inteligencia en la fuente de aquella civilización, para que el mundo aquel los admire y, sobre todo, para que sepan preferir aquel país, centro de la ilustración, no este lugar tan bárbaro aún.

—El que te oye de seguro que cree has nacido allá, no aquí; tienes unas cosas que abisman.

—Lo que quieras pensar, pero yo no descansaré hasta no sacar a mis hijos de aquí.

—Esa es cosa tuya y de tu marido.

Blanca se sintió mortificada, y para variar la conversación se dirigió a su camarera y le dijo con imperioso acento:

—¿Dónde has dejado a Lilia, que no estás a su lado para lo que necesite la niña?

—La tiene vuestra señora madre, y juzgué que ella la cuidaría mejor que yo.

—Ud. ha hecho muy mal con dejarla sola, vaya Ud. en el acto a atenderle, y procure cumplir siempre las órdenes que le prescribo.

—Dispense Ud., señora, la niña se puso tan contenta con vuestra madre, que la dejé jugando, que nadie la atendería con el tierno esmero de su abuela.

—Silencio –dijo Blanca–, las sirvientes no tienen voz para sus señores, no se extralimite.

Era tan despótica su entonación, que Olivier la vio sorprendido, viendo cómo trataba a aquella infeliz señorita.

Sofía salió de la sala y, al verse fuera, rompió en llanto; Gerina, que enternecida la había seguido, la tomó de la mano y la condujoa su habitación, para que allí ocultase las lágrimas de vergüenza que vertía por escena tan repugnante. La pobre joven en medio de su llanto, alzó los ojos al cielo y exclamó:

—Ay, madre mía, solo por ti sufriría tanto vejamen.

—Ten valor y esperanza, Sofía.

—Valor, señorita, me sobra por amar a mi madre, pero esperanzas... ¿De quién las espero?

—¿No es Ud. cristiana?

—¡Ah!, es verdad.

—Sofía, espere Ud. en Dios, yo sufrí mucho y hoy soy completamente feliz; no desmaye, no pierda la fe.

—Tiene Ud. razón, no existe más que Dios, siempre Dios.

Sofía, por sus maneras cultas, por su figura y todo su conjunto, revelaba que pertenecía a familia decente, no nacida para el puesto que ocupaba; tenía esmerada educación en todo ramo; era blanca sonrosada, de ojos azules llenos de dulzura, como todo su conjunto, era en extremo bella, sumamente simpática.

Era camarera de Blanca por su pobreza, y por tener a su madre postrada en una cama con un reumatismo pertinaz y tomar el sueldo para asistirla con más holgura; pues Blanca le daba un buen sueldo, añadiendo a él regalos de buenos trajes y otras mil cosas con lo que ella arreglaba su vestir para tener

para su madre todo su sueldo, y por eso sufría resignada por el bien que le reportaba aquella.

Gerina le dijo cuando terminó:

—Sí, Sofía, Dios y solo Dios; no pierda la esperanza.

—Tiene Ud. razón, si no la hubiéramos ¿qué sería de los desgraciados?

—¿Y no hay cómo curar a vuestra madre de ese mal?

—Yo creo que sí, ella está fuerte a pesar de lo que ha sufrido desde que murió mi padre.

—Y ¿hace mucho tiempo que lo perdieron?

—Sí, yo quedé de ocho años, mi madre y mi hermano me educaron sin faltarme nada.

—¿Y vuestro hermano dónde está hoy?

—¡Pobre hermano mío!, murió también hace cuatro años, cuando tenía catorce, ¡cuántas penas a la vez! De entonces acá datan los males de mi madre.

—Pobre Sofía, Dios te premiará.

—Yo debo cuidar mucho a mi madre, cuando ella trabajaba nada me faltaba, porque el que tiene madre tiene todo, y la mía es más que buena.

—Dichosos los que la tienen –dijo Gerina suspirando.

—¿Es Ud. huérfana, señorita?

—Sí, desde pequeña por mi fatalidad, de padre y de madre, porque ¡desgraciados aquellos que no han sabido comprender lo grande de ese divino amor!

—Y más desgraciado aquél que no lo recompensa y lo pone en balanza con otros amores.

—Sí, esa es una fatalidad, señorita, hay muchos que dicen: Nada debo a mi madre. ¡Infelices de ellos!

—¡Qué horror!, infelices esos que pisotean tan santo amor –dijo Gerina enjugándose los ojos.

En ese momento se sintió la voz de Blanca que llamaba su servidumbre para retirarse, Sofía dijo:

—Señorita, llama la señora, venid conmigo.

Sofía tomó la niña de los brazos de Luisa para conducirla al coche y salió al corredor; Gerina la siguió y le dijo:

—Sofía, el día que perdáis vuestra colocación y os veáis en algún apuro con los males de vuestra madre, acordaos de nosotros. Los Villamizar son

muy buenos, son unos ángeles sobre la tierra.

—No lo olvidaré, señorita, adiós.

—Adiós –dijo Gerina.

Blanca se despidió de su familia y se fue con toda su opulencia.

CAPÍTULO XIII

HISTORIA DE BEATRIZ MARIZALDE

BEATRIZ, CUANDO TUVO uso de razón, se encontró al lado de una anciana, que por su edad no podía ser su madre. Esta anciana era oriunda de Barcelona y había venido a Caracas a reclamar una pensión del Gobierno, la cual, unido a lo que le redituaba un dinero que tenía afincado en Caracas, le daba una vida tranquila. Conseguida la pensión, no quiso irse de Caracas y se aclimató en ella. Idolatraba a Beatriz y jamás le habló de su madre por lo que la niña se creía su hija.

La anciana sentía los estragos que hacían en ella la vejez, y tembló por aquella pobre niña que se quedaba sola en el mundo, arrancándole ese pensamiento lágrimas a sus cansados ojos, por lo que determinó tener con ella una conferencia.

Un día le dijo con ternura:

—Ven; siéntate a mi lado y conversemos seriamente.

—Conversemos –dijo ella con su sonrisa de ángel.

—Hija mía, tienes dieciocho años, sabes hacer cuanto necesita la mujer, nada te falta que aprender.

—Sí, lo sé, pues habéis sido una excelente madre.

—Yo comprendo que la muerte se acerca, no sé cuándo, pero vendrá.

—Madre mía, no me habléis así. ¿Por qué habéis de morir?

—Cálmate y escucha; debo decir esto: tú eres sola en el mundo, tú no has tenido sino mis cuidados, y ya cercana mi muerte debo decirte tu procedencia.

La pobre Beatriz, trémula y conmovida, dijo tristemente:

—¡Mi procedencia! ¿Pero no es Ud. mi madre?

—No, yo no soy tu madre, porque no te di la vida; pero sí soy tu madre, porque lo fui para ti desde que naciste.

—Pero, ¿vive mi madre; la veré?

La anciana fijó su mirada compasiva, acompañada de triste sonrisa, en aquella víctima de la crueldad, y dijo:

—¡Pobre criatura!, tú no has tenido madre más que yo.

—¿Y la que me dio el ser?

—¡Ah!, la que te dio el ser, era una hiena, hija mía.

—¡Oh, Dios mío!

Dijo la pobre Beatriz y lágrimas silenciosas rodaron por sus mejillas.

—Serénate, hija mía, y escucha con calma la historia dolorosa que voy a referirte, sin omitir nada de ella; después tú juzgarás los hechos.

Barcelona estaba oprimida por el yugo español, aquella ciudad, teatro más tarde de una horrible hecatombe, era mandada para esa época por un hombre sin corazón; uno de tantos bárbaros que se gozaba en ver sufrir a los habitantes del lugar que estaba a su cargo, mancillando el honor del noble pueblo español con sus fechorías. Este mandatario tenía sus secuaces, entre estos descollaba como el más cruel uno llamado Elías Garabito (a) el Rojo, por lo bermejo de su pelo y barba. Todo Barcelona le temía porque nada lo detenía para ejercer sus crueldades y satisfacer sus caprichos. En una modesta casita habitaba una señora viuda, muy virtuosa, y tenía una hija de sobresaliente belleza, que era el fruto de su matrimonio, se llamaba Rosa y era el modelo de las buenas hijas. La madre, postrada, sufría de una aneurisma adelantada. Rosa comprendía la cruel suerte que le esperaba si perdía aquella madre ejemplar, pero valerosa, ahogaba su dolor para dedicarse a darle amorosa asistencia, sin omitir sacrificios.

Un día la vio Garabito y se enamoró de ella; Rosa vio con desdeñoso desprecio aquel hombre tan repelente por su ruin proceder con sus enemigos, pero el Rojo no desmayó en su empeño, y la asedió de todas maneras, pero todo fue en vano, y al fin se convenció que nada podría obtener de Rosa.

Esto lo irritó, y juró vengarse y obtener a cualquier precio el triunfo de su empeño.

La madre seguía agravándose más y más, su hija no la abandonaba; el infame Garabito no la veía, y resolvió apoderarse de ella a cualquier costa; ya en su poder, nada se opondría a su voluntad.

Una noche se dirigió a la casa de aquellas pobres mujeres. Rosa, al borde de la cama de su madre, le prodigaba tiernos cuidados, cuando se abrió la puerta de entrada y el Rojo apareció en ella seguido de algunos soldados que abrieron campo a su Jefe para que entrara y ellos cubrieron la puerta. Garabito avanzó algunos pasos y dijo a la asustada Rosa:

—Daos presa en nombre del Rey.

La pobre madre que débil y postrada yacía en el lecho, al oírlo hizo un esfuerzo, se alzó sobre su almohada y dijo atrayendo a su hija:

—¡Presa!, presa mi hija, ¿por qué?

Rosa convulsa, agitada, se abrazó de aquel moribundo ser buscando aún su poderoso apoyo, y dijo con terror, cuando sintió que su madre la estrechaba contra su corazón:

—¡Sálvame, madre mía!, ¡sálvame!, ese hombre lo que quiere es mi deshonor... Matadme... matadme... por piedad...

Aquel hombre sin corazón trató de arrancarla de los brazos de su madre, que se había incorporado con un poderoso esfuerzo y la estrechaba fuertemente contra su pecho, diciendo:

—No, mil veces no. Antes me arrancarás la vida, miserable, que soltarla.

Aquella fiera, ayudado por sus soldados, sin conmoverse, sin respetar aquel imponente grupo, arrancó a Rosa de los brazos de su infeliz madre, que lanzó un horroroso grito, abrió los ojos inmensamente, un torrente de sangre brotó de su boca y cayó desplomada sobre la cama. Rosa, luchando con sus verdugos, desesperada, loca, llena de angustia, se desprendió de ellos y se arrojó sobre su madre; pero al ver la sangre que le había empapado el pecho y conocer que su madre era un cadáver, lanzó un grito y se desmayó.

Aquellos hombres, sin caridad en su corazón, la sacaron de allí para llevarla donde ordenara Garabito, para penetrar en aquella desgraciada el más nefasto de los crímenes.

Cuando Rosa volvió de su desmayo, que fue de bastante duración, se encontró acostada en una cama y en una pieza para ella desconocida. Volvió el rostro y vio al Rojo sentado en una silla, contemplándola con cínica mirada. Rosa, asustada, quiso huir; él la detuvo diciéndole con acento triunfante:

—¿Para qué es eso, si ya todo lo he obtenido?

Rosa se cubrió la cara con las manos, y dijo llena de amargura:

—Sois un miserable, un infame villano, que habéis abusado de una mujer, mancillándola, porque la tenéis indefensa y desgraciada.

—Tú tienes la culpa, te amé tanto que hasta te ofrecí hacerte mi esposa, y lo hubiera hecho; pero te negaste y me despreciaste a tu antojo; hoy sufre las

consecuencias de tus desdenes, porque sin tu voluntad has sido mía, y por fuerza tienes que ser mi querida, quieras o no.

—Por piedad, dejadme partir, yo os lo ruego.

—No esperes nada de mí, tú no te conmoviste de mis ruegos ni de mi amor, tú me despreciaste hasta ayer y hoy me vengo hallándote a mis pies, haciéndote hacer lo que yo quiera, si no por tu voluntad, por mi poder.

Rosa, loca, desatentada y casi sin poder pararse, se arrojó del lecho y se dirigió a la puerta. Una carcajada burlona dio aquel monstruo, le recordó su desgraciada situación, y ella, cayendo de rodillas a los pies de aquel bárbaro, le dijo anegada en llanto:

—Por compasión, dejadme partir, habéis conseguido cuanto deseabais, dejadme ahora ir a ver a mi madre; yo os lo ruego, señor, quiero verla por última vez.

—¿Y para qué?, tu madre, Rosa, será sepultada, te lo juro. ¿A dónde irías hoy?, a ti no te queda más recurso que es quedarte conmigo ¿a qué irte? Ya me perteneces, eres mi prisionera, estás bajo mis órdenes, tienes que someterte a lo que yo te exija, no te queda más recurso que obedecer mis mandatos. –Rosa rompió en amargo llanto, diciendo:

—¡Madre mía!, ¡madre de mi corazón!, ¡protégeme desde el cielo, no me abandones!

¡Inútil ruego! La desventurada niña fue desde aquel día la víctima de aquel hombre sin entrañas.

Encerrada en el cuarto, no veía abrir la puerta sino cuando su verdugo le traía alimento y agua, o cuando una mujer soez venía a hacer la limpieza, y por último, cuando él, excitado por el vino, venía a maltratarla de todas maneras, hasta conseguir llevar a cabo sus ruines vejámenes.

Rosa languidecía en su prisión, y en fuerza de los abusos de que era víctima, sentía horrible malestar. La infeliz no comprendía su mal, su tristeza y distracción eran extremados. Un día le dijo Garabito, viéndola con fijeza y sonriendo satisfecho:

—Rosa, es necesario que te vea un médico, lo que sufres es porque eres madre.

—¡Madre! ¡Ah!, sí, ahora lo comprendo, es verdad, ¡soy madre! –y rompió en llanto.

Desde ese día fue el Rojo menos tirano; le abrió el cuarto donde permaneció tantos meses prisionera y le prodigó algunos cuidados,

dejándola en libertad de andar toda la casa y procuró su asistencia para su alumbramiento. Rosa, débil y demacrada, obedeció automáticamente a su tirano, sin hablar, sin resistir, como la víctima que marcha al patíbulo, llevando el consuelo de que va a morir para descansar de su largo martirio. Al fin llegó la hora, y vio la luz una niña. Rosa murió una hora después.

El Rojo entregó su hija a una mujer vulgar y le aseguró una pensión con qué vivir. Él siguió la campaña que se empezaba y fue asesinado por sus enemigos. La hija de aquel hombre heredó sus malos instintos. No se casó, pero fue madre. En uno de sus deslices, la inocente que fue fruto de ellos le estorbaba, y para tener su completa libertad, la abandonó como animal inmundo.

—¡Qué horror, madre mía!, ¿y es cierto que existen mujeres que abandonan al hijo de su alma?

La anciana fijó en Beatriz una dolorosa mirada y prosiguió sin darle contestación:

—Yo habitaba una casa que su fondo daba a una quebrada, tenía la costumbre de levantarme al rayar el alba e ir a respirar el aire de la mañana. Un día sentí cerca de mí un débil gemido, busqué sorprendida de dónde partía y divisé entonces en el fondo de la quebrada un envoltorio que se movía; bajé presurosa, me acerqué, halé una de las puntas que lo cubría y vi una linda criatura yerta de frío y expuesta a servir de alimento a los animales carnívoros. No pude contener un grito y cogí en mis brazos a aquella desgraciada que lloraba débilmente. La arrullé contra mi seno para darle calor y subí a la casa donde le prodigué los más tiernos cuidados, le di alimento y al fin se quedó dormida en mis brazos, y entonces desde el fondo de mi alma juré ser madre hasta el fin de mis días.

Lágrimas de compasión bañaban mi rostro al contemplar aquella infeliz criatura, abandonada por una madre más cruel y feroz que las fieras que encierra el Universo. Día por día me convenzo más de que la mujer sin instrucción comete errores censurables y que llega hasta el crimen.

¡Cuán triste es que existan mujeres tan degradadas por su imbecilidad, que dejen podrir hasta destruirse la simiente divina que Dios sembró en su corazón: el santo amor materno! ¡Cuán triste y doloroso es ver que madres sin alma arrojen sin pena de su regazo como cosa molesta, al hijo que por su culpa llevaba en sus entrañas…! ¡Qué horrible barbarie, qué crimen tan nefando…! ¡Madres degeneradas!, ¿cómo pudiste sin rubor cometer la falta,

y no tenéis abnegación para arrastrar las consecuencias? ¿Cómo tenéis valor para condenar al fruto de vuestra debilidad, por orgullo y vanidad, a la más triste desgracia, haciéndolos mendigos al nacer? ¿No se estremece vuestro corazón de compasión y remordimiento al mandar botar como inmundicia aquel débil y desvalido ser que se nutrió de vuestra sabia y tuvo vida y movimiento en vuestro seno? ¿No has experimentado, mujer criminal, esa dulzura e inefable emoción indescriptible que agita a la buena madre cuando siente bullir en su seno al hijo de su amor, aunque este le traiga el deshonor? ¿No se elevó una sola vez al infinito tu alma, saboreando en éxtasis delicioso el placer de la maternidad?

¡Imposible!, vosotras no debéis haber saboreado esa ventura infinita. Vuestra alma árida, seca, embrutecida por la vanidad, no ha podido experimentar tan dulces emociones.

¡Cuánto cinismo! ¡Cuánta crueldad! ¿Os figuráis, madres abyectas, que vuestra falta queda velada porque a ella habéis añadido tan horrible crimen?

¿Os olvidáis que existe Dios, y que Este desgarra el velo con que creéis cubierta vuestra falta, para daros por castigo el vilipendio, la execración y el desprecio de la sociedad que tratas de engañar por medio de un cobarde hecho?

¿Creéis que con él conserváis incólume la consideración y el respeto que merecía vuestra perdida virtud?

¿Esperas que tus semejantes te rindan el homenaje que te ofrecía cuando no estabas mancillada ni por la falta ni por tu atentado?

¡Qué error! ¡Cómo se conoce que tu alma y tu inteligencia no están nutridas por las doctrinas de la sabiduría verdadera!

No sueñes, mujer cruel y criminal, alcanzar la conmiseración que obtiene la desgraciada mujer, que después de cometer su falta y que se siente madre, levanta su avergonzada cabeza, robustecida por el sacro amor materno y sufre resignada el vilipendio de la sociedad, devorando en silencio su bochorno y estrechando tiernamente contra su seno, aquel ser inocente que le da valor y fortaleza para abandonarlo todo y se sumerge en un ignorado rincón, a cumplir los deberes que le impone su maternidad a costa de trabajos y sacrificios: y allí, solitaria, siente en medio de su desgracia, caer sobre ella la mirada compasiva de todo aquel que encierre en su alma sentimientos nobles.

Más tarde cuando redimida su falta en fuerza de sus pesares, de su vergüenza y de sus lágrimas, se siente desfallecer, aquel hijo de su infortunio le ofrecerá su poderoso apoyo en recompensa de su largo martirio.

¡Qué diferencia entre la madre criminal que abandona a su hijo por orgullo, y la madre amorosa que lo arrostra todo con heroico valor en holocausto a él!

Aquella vivirá contrariada por el remordimiento. El gemido dolorido del niño abandonado por ella, se repercutirá sin cesar en sus oídos; su vejez miserable y abandonada, será un tormento continuo, y en la hora de su agonía, el gemido del pobre niño, no se apartará de su oído, sino cuando llegue la muerte.

Instruid la mujer, la instrucción la hará fuerte, porque con su desenvolvimiento intelectual se defenderá de las arterías de los hombres. Entonces lucharán de potencia a potencia, y si el hombre triunfa, su gloria será mayor. Pero me atrevo a asegurarlo: si la mujer se instruye extensamente, habrán menos desgracias y menos crímenes. Pero sigamos nuestra relación; Beatriz dijo:

—Y bien, madre mía, esa niña botada ¿era yo?

La anciana bajó sus párpados y dos lágrimas surcaron sus ajadas mejillas.

—¡Oh!, ¡madre mía, contestadme, estoy convulsa de ansiedad!

La madre alzó la mirada y la fijó con ternura en Beatriz, diciendo:

—¿Te ha hecho falta tu madre? ¿No te he querido y cuidado como si en realidad lo fueras?, para qué necesitas madre si yo te amo como hija.

—Es verdad, madre mía, pero decídmelo por piedad, esa niña, esa infeliz criatura tratada con tanta crueldad ¿era yo?, no me lo neguéis porque si es así, debo quereros más por gratitud.

—Pues, bien, si te empeñas en saberlo: ¡eras tú!

—¡Cuánta desgracia, Dios mío! Pero juro por Él y por ti, madre de mi corazón, ser tan buena, que con mi bondad y buenas acciones borre en parte el borrón que la maldad de mis antecesores ha impreso en mí.

La anciana conmovida extendió sus descarnadas manos sobre la cabeza de Beatriz que había caído de rodillas, y al verla inclinó la cabeza. La venerable mujer con el rostro bañado en lágrimas, dijo:

—¡Bendita seas! ¡Qué Dios te dé valor para llevar a cabo ese solemne juramento! Cúmplelo, pobre hija de mi corazón, cúmplelo perdonando con

toda tu alma a aquellos que te quisieron mal. ¡Bendita seas!

Pasada la primera emoción, Beatriz preguntó a la anciana:

—¿Y cómo supo usted toda esa historia?

—Inquirí, pregunté, y al fin di con la mujer que crió a tu madre, y que fue también el guardián de Rosa, tu abuela, y al fin nada me ocultó.

CAPÍTULO XIV

FIN DE LA HISTORIA DE BEATRIZ

LA REVELACIÓN que la anciana hizo a Beatriz le trajo profunda tristeza; se hizo esquiva y retraída, no visitó sus amigas, y se sumergió en su casa, sin tener la más leve distracción. El pesar roía su existencia, porque para su desgracia había sentido las emociones del amor, y desde que supo su fatal nacimiento, las sepultó en lo más profundo de su corazón. ¡Pobre Beatriz!

Un joven empleado llamado Luis Marizalde, la enamoró sinceramente, y él no le fue a ella indiferente y le dejó traslucir las emociones que su amor le hacía sentir. Este, lisonjeado por sus demostraciones, dio pábulo a su amor, que se arraigó verdaderamente en su alma al ver que era correspondido; pero al saber ella su fatal historia, hizo un esfuerzo, y revistió su semblante de fría reserva. Marizalde no pudo lograr que ella abandonase la máscara de indiferencia que velaba su rostro; temió que los consejos de la anciana fueran la causa de su esquivez, temiendo no fueran leales sus intenciones, y desesperado, habló con la madre de Beatriz y le pidió su mano. La señora que deseaba colocar a Beatriz para morir tranquila, vio que aquel joven apreciado por su honradez y buen proceder la haría feliz, y le ofreció ayudarlo para que fuera aceptado por la niña.

En efecto, al retirarse el joven, la llamó, y después de decirle lo que antecede, añadió:

—Creo que este joven es para ti un buen partido y hará tu felicidad. Él me dijo: “Yo llegué a creer que ella me amaba, pues su dulce turbación y tiernas miradas me lo demostraban así; pero sin conocer la causa ha variado, y solo deja ver en su rostro fría seriedad. Yo espero y le ruego averigüe el motivo con interés y sondeé su corazón”. Ahora dime con franqueza lo que pasa, si lo amas no me lo ocultes. Debes pensar en tu porvenir; ese joven te ama y quiere hacerte su esposa; mi muerte sería tranquila y sin agonía, dejándote en sus brazos ya su esposa. Si lo estimas, puede brotar el amor

con el trato. Dime, hija mía, ¿no podrías amarlo más adelante siendo tan bueno? Aunque con esfuerzos acéptalo, que al fin lo amarás.

—¡Madre mía!, me dices que haga un esfuerzo. ¡Ah!, desde que lo vi lo amé.

—Pues entonces asunto concluido, pronto será tu esposo, yo lo ayudaré no falta con qué, viviréis conmigo, se hará pronto lo más necesario.

—Imposible, madre mía, imposible.

—¿Por qué? ¿No dices que lo amas?

—Con toda mi alma, y no amaré a otro jamás; pero la historia de mis antepasados me impide unirme a un hombre honrado. Ni nombre tengo... ¡soy muy desgraciada!

—¿Y eso es todo?, ¿no tienes otra razón?

—No, las que te doy ¿te parecen pocas?

—¿Que si me parecen? Ya lo creo, tú fuiste bautizada, hija mía, de Marta Rincones, no de más nadie; yo fui la madre desde que naciste; con que alégrate, guarda la historia que te he contado en el fondo de tu corazón y ni a él ni a nadie se la cuentes; si es preciso olvídala.

—Gracias, mi buena madre, por él y por mí.

Al poco tiempo se casó con su querido Luis, siendo muy felices. De su matrimonio tuvieron dos hijos: Edmundo, que fue el primero, y pocos años después Sofía. Cuando Edmundo tenía dieciséis años murió su padre. Beatriz por amor a sus hijos resistió aquel terrible golpe, tras él vinieron los embates de la pobreza; pero Beatriz, fuerte y valerosa, trabajaba sin descanso para levantar sus hijos. Sofía estaba en el colegio y al fin Edmundo, como tipógrafo, ganaba algo con lo que ayudaba a su madre.

Pasaron los años, Edmundo ya un hombre, ganaba un buen sueldo. Sofía ya mujer, ayudaba a su madre en el trabajo, lo cual hizo que aquellos seres que se amaban tanto, tuvieran una vida desahogada con el producto de su trabajo.

Corría el tiempo, y nada interrumpía aquella felicidad, hasta que Beatriz notó que su hijo estaba silencioso y triste. Esto la alarmó y le dijo con cariño:

—Hijo mío, te veo abatido y cabizbajo, ¿no puedes decir a tu madre qué te causa esa mudanza que me tiene inquieta?

—Ocultarte que estoy pensativo no puedo, pero ¿para qué decírtelo si no hay remedio?, eso sería entristecerte.

—¿Eso crees tú?, pues yo creo que todo puede remediarse.

—Imposible, existen penas que no lo tienen.

—¿Y ni el poder de una madre puede encontrarlo, Edmundo?

—Ni el poder materno, querida madre, porque mi pena la debo a la pobreza.

—Pero hoy estás mejor que antes: eres encargado del mejor taller tipográfico, devengas un buen sueldo.

—Es cierto cuanto dices, pero...

—Ábreme tu corazón, hijo mío, nunca has tenido secretos para mí, hoy tienes uno que te aflige ¿y me lo ocultas?

Edmundo se ruborizó sin contestar. Beatriz prosiguió:

—Dime la verdad, hijo mío, ¿estás enamorado?

Él bajó los ojos y un suspiro se escapó de su pecho.

—¿Por qué me lo ocultas? ¿No es digno de ti el objeto de tu amor?

—¡Oh!, no, ella es un modelo de virtud y es casi sola en el mundo, porque es huérfana.

—¿Huérfana?, ¿y por qué no te casas si te ama y tú la amas?

—¡Ah, madre mía, somos tan pobres!, tenemos lo necesario para vivir y yo necesito algo más para hacer el matrimonio; te lo repito, somos pobres.

—No tanto, hijo mío, con lo que ganamos viviremos bien los cuatro. Yo tengo buenos ahorros, con eso se hace el matrimonio. Fuera la tristeza, vamos a proceder al arreglo de tu enlace.

—Madre mía, que feliz me hacéis con esa sola esperanza.

—¿Pues no decías que para ti era imposible la dicha?

—Pero ahora digo: todo es fácil a la buena madre.

Desde ese día, Beatriz y Sofía empezaron a preparar el nido de amor de su querido Edmundo, y aunque modesto, nada faltaba en la linda habitación sino la novia.

Era una joven, según Edmundo, de buena educación, hija de un comerciante que nada dejó al morir, y vivía con una señora parienta.

La política se encrespaba en Venezuela; los periódicos eran incendiarios. El gobierno, acostumbrado a la autocracia, se irritó y empezó sus tropelías con los ciudadanos. Se botaban las imprentas y se aprehendían los impresores sin respetar ni a los niños aprendices.

Edmundo trabajaba sin descanso, soñando con el ídolo de su amor. El día en que estaba más contento con la esperanza de que al siguiente iba a

realizar su matrimonio, fue atacada la imprenta, presos los impresores y trasportados en el acto para La Guaira para de allí embarcarlos en la noche para Maracaibo, sin tener el consuelo de despedirse de su familia. Beatriz al saber su desgracia no pudo hacer nada, porque ya su hijo surcaba los mares. Su dolor fue tan acervo que la postró en la cama, y desde ese día empezaron los sufrimientos de Sofía.

Un mes transcurrió. Beatriz estaba mejor; una mañana trajo el correo una carta, era de Edmundo; dentro venía otra para su amada. La madre se reanimó mucho con la promesa que le hacía de volver pronto; pero pasó un mes, otro y otro, y la pobre madre nada más supo.

Poco a poco fueron llegando los que llevaron con su hijo, preguntaba por él y le decían que habría muerto en la acción de Coro, si no volvía, lo que era la verdad; pero ellos no querían sino dejarla en la duda, comprendiendo su dolor. Sin embargo, ella esperaba siempre que viniera. Pasaron tres años; él no volvió ni supo más nada.

Estos sufrimientos le trajeron al fin un reumatismo pertinaz que la postró en el lecho hacía más de un año.

Sofía fue vendiendo cuanto tenían para asistirla; pero todo fue en vano, y en esta lucha tocó en su casa la miseria; y viéndose sin recursos aceptó la plaza de camarera casa de Blanca, a quien conocía porque su madre le cosía siempre.

CAPÍTULO XV

JULIÁN ROVIRA

ERA LA FIGURA más simpática por su belleza; era alto, de arrogante porte, rostro varonil y de líneas perfectas, tenía cultas y finas maneras, suave y lleno de atractivo, su trato galante y enamorado. Comprendió su mérito, pero vanidoso se creyó un Adonis; creía que todas las mujeres debían amarlo rindiéndole homenaje a su mérito. Vivió siempre empleado en almacenes, porque era un hábil financista.

Salinas necesitó un secretario, le ofreció doble sueldo al que tenía y vino a desempeñar el destino a satisfacción de su comensal. No había amado jamás, y se burlaba impunemente de las que le daban su amor, después de obtenido.

La regia figura de Blanca lo deslumbró, experimentando algo desconocido para él hasta entonces. La respetaba como esposa de Salinas; pero no podía evitar estremecerse y turbarse toda vez que se encontraban sus miradas. Julián, que tanto había desdeñado las mujeres, que tanto se había reído del amor, se vio preso en sus redes.

Entonces se empeñó en su alma una lucha terrible. Quiso evitar un compromiso con Salinas y se propuso huir de Blanca, no verla sino en caso necesario.

Esta lucha fue para él terrible; se sintió desesperado, loco, porque, por primera vez sentía el amor. Al fin, se resistió su vanidad al ver la influencia que ejercía sobre él aquella mujer y determinó otra cosa. Procuró ver a Blanca a todas horas, ser fino y caballero con ella, creyendo que su vanidad triunfaría de aquel amor que lo dominaba; pero fue en vano.

Blanca comprendió el ciego amor de que era objeto; su vanidad se sintió halagada; sabía la fama de Rovira de engreído por su belleza y lo desdeñoso y burlador que era con las mujeres, al verse amado con tan vehemente amor. Por él su orgullo se sintió satisfecho, y mujer, al fin, le hacía algunas coqueterías, para más tarde vengar a las otras mujeres burladas por él, dándole su desprecio después de verlo desesperado por obtener su amor.

¡Desgraciadas las mujeres que impulsadas por su vanidad cometen errores semejantes, que puede traerles más tarde su eterna desventura!

Julián no se atrevió a declararle su amor, tuvo miedo y huyó mucho de ella.

Blanca notó su retirada, y aunque aquello hería su vanidad, despreció aquel necio.

Una mañana bajó ella al jardín a ver sus flores y a respirar el aire aromado de ellas. Benito, el leal y antiguo sirviente de Salinas, estaba en él, pero lo ocultaba un arbusto donde estaba componiendo un pequeño rosal. Blanca no lo vio, cogió algunas flores y se sentó dentro de un kiosco a hacer un ramo para colocarlo en el cuarto de su esposo, como tenía de costumbre, atención que a él agradaba mucho. De repente sintió las pisadas de un hombre por los huecos de las ramas que formaban el kiosco; trató de ver si era Salinas para salir a ofrecerle el ramo, pero sorprendida vio que era Julián. Este ni vio a Blanca ni vio a Benito, y componiendo unas guías de madre selva, dijo:

—Si cuido estas flores que a ella le agradan tanto, pienso en ella, mientras tranquila y feliz duerme en los brazos de su dichoso esposo. ¡Dios mío! ¡Por qué conocí a esta mujer! ¡Por qué la amo tanto!

Blanca, al oírlo, se estremeció y su frente se cubrió de rubor; hubiera querido ocultarse bajo de la tierra para que Rovira no comprendiera que había sorprendido su monólogo.

Este seguía sin ver a Blanca ni a Benito, que se acurrucó más detrás del árbol. No había perdido una sola de las palabras de Rovira y estaba en ascuas.

Blanca resolvió irse a la casa haciendo suaves sus pisadas para no ser sentida; pero las hojas crujieron bajo sus pies. Él sintió y volvió el rostro; al verla palideció, pero se dirigió a ella y dijo cortésmente:

—A los pies de Ud., señora. ¿Qué de días que no la veía? –y le tendió la mano.

Blanca le dio la suya, y dijo sonriendo:

—¿Y cómo está el amigo?

Rovira, trémulo, estremeció la mano que ella le tendía y sin verla dijo:

—Estoy siempre a sus órdenes, Blanca.

—Pues si es así, le ordeno no se oculte tanto de las amigas.

—Es, señora, que mis ocupaciones me lo impiden siempre.

—¿Sus ocupaciones? Cómo trata de engañar quien bien sabe disimular.

—Blanca, yo no puedo engañar a Ud. ¡Imposible!

—¿Imposible? Pues yo lo creo que sí lo hace.

—Créame Ud., son las ocupaciones.

—Pero no son las del escritorio, serán otras más gratas.

—¿Qué otras más gratas que estar con Uds., mis mejores amigos?

—No os creo. Ud. es variable.

—Variable. ¿Por qué?

—Porque antes Ud. era consecuente con nosotros, hoy es distinto, no se le ve.

Benito era todo ojos, todo oído.

Rovira dijo:

—Ud., Blanca, perdonará mi descuido.

—Ya lo creo. Yo sé por qué lo hace Ud.

—¿Lo sabéis?

—Ya lo creo, si eso está a la vista.

Rovira se sobresaltó y dijo:

—Explíquese Ud., señora, no sé a qué aludís.

—Aludo a que está Ud. enamorado y eso os impide cumplir con los amigos.

—Señora, por Dios, perdóneme.

Blanca dijo con armonioso acento:

—¿No queréis decirme cómo se llama el ídolo de vuestro amor?

—Eso nunca, jamás, señora... eso es imposible.

Al pronunciar estas palabras, Rovira dio instintivamente un paso atrás.

—Perdonad, Rovira, parece que os ha asustado mi chanza.

—No, Blanca, ¿por qué?

—Me pareció que queríais huir.

—Huir, no hay motivo.

—Le ruego que me dispense de nuevo, las mujeres somos ligeras por naturaleza. –Blanca al pronunciar estas palabras extendió la mano a Rovira y dijo:

—Adiós, Rovira.

Julián detuvo la mano que le dio Blanca y dijo con ansiedad:

—Blanca, no quedéis disgustada conmigo, no he querido ofenderos, no sé lo que he dicho, no sé lo que pasa por mí.

—Eso es extraño en un hombre tan sereno como Ud.

—Es verdad, pero a veces creo que voy a volverme loco.

—Vuestro amor debe ser muy poderoso, cuando teméis enloqueceros.

—Sí, Blanca, amo tanto al ídolo de mi amor, que a veces creo que pierdo la razón junto con mi vida y mi tranquilidad.

—Pobre amigo mío, yo os compadezco.

—¿Me compadecéis, señora?

—Cómo no, si sufrís; pero ¿ella os ama?

—No sé, no puedo saberlo.

—¿Le habéis pintado vuestro amor?

—No, señora, me falta valor.

—Pues debéis hacerlo para que no sufráis tanto.

—¿Cree Ud. que ella me corresponderá?

—Por qué no, no creo sea indiferente viendo vuestro amor y sufrimiento por ella.

—¡Dios mío! –dijo, y emocionado fijó en ella su ardiente mirada.

—Vamos, serenaos y esperad en Dios, puesto que lo invocáis.

—¡Ah! ¡Blanca, soy muy desgraciado!

Esta comprendió que había ido muy lejos y tuvo miedo; nada le faltó para que Julián le declarara su amor; se serenó y dijo con calma:

—Adiós, Rovira, hasta que nos volvamos a ver.

—Adiós, Blanca, rogad por mí.

—No conozco su ser amado para rogarle; lo haré a Dios.

—¿Queréis saber el nombre del ídolo de mi amor?

—Más después, ahora sería porque yo lo he exigido.

—¿Y entonces cuándo queréis saberlo?

—Cuando sea espontáneo de Ud. decírmelo. Adiós, Julián.

—Adiós, Blanca.

Ella se alejó presurosa, él se quedó pensando:

—Sí, creo que Blanca no me ve con indiferencia; se ha estremecido, se ha puesto ya pálida, ya roja, cuando expresaba la fuerza de mi amor, ¡qué miradas tan fascinadoras!, ¡qué risa tan llena de encantos! –Se pasó la mano por la frente y dio algunos pasos con dirección a la casa. De repente se detuvo y exclamó:

—Necio de mí, que me he convertido en un niño idiota, que tiemblo... que me estremezco al ver a esa mujer... Yo me he reído de todas las que me

daban su amor, y cuando rendidas soñaban con la dicha, las desdeñaba dándoles la espalda, riéndome de ver mi vanidad satisfecha; hoy soy un triste esclavo sometido por el poder de esa regia hermosura; vuelve en ti, Julián, sé para esta mujer lo que fuiste para las otras. Al encontrarte solo con ella como hoy, dile quién es el ídolo de tu amor, fascínala, enloquécela y cuando no pueda resistir tu poder, la verás rendida de amor por ti. Ahora lo comprendo, Blanca me ama, yo he sido un necio, no me sucederá otra vez, no perderé otra feliz ocasión, y bajo ideas tan vanidosas se dirigió al despacho de Salinas.

Blanca, en su loca vanidad, quería triunfar para humillar después a Rovira con su desdeñosa indiferencia, y trató de fascinarlo con su coquetería; pero al empezar su artificio tuvo miedo y se alejó de él; esto la mortificó porque deseaba la venganza y quería obtenerla, sin comprometer su dignidad de esposa honrada y amante de su marido, porque ella lo amaba con toda su alma.

Benito, en su escondite, no perdió ni una mirada, ni una palabra, ni una coquetería de aquella conversación. El fiel servidor se propuso espiarlos, por salvar a su amo del deshonor y la deshonra.

Blanca comprendió lo peligroso de su empresa y resolvió no seguirla, conociendo que era indigno de una mujer honrada. ¡Pobre Blanca!

Pasaron muchos días sin que nada notable pasara en la casa de Salinas. Una tarde Blanca no bajó al comedor porque se sentía indispuesta. Salinas voló a la habitación de su esposa y la encontró con una fiebre voraz y aletargada; vinieron facultativos y al fin se declaró el tifus. Blanca se agravó mucho y por muchos días estuvo luchando con la muerte; pero al fin la ciencia triunfó del mal y la enferma entró en la convalecencia. Entonces fue que ella y todos comprendieron los estragos que había sufrido su organismo en aquella enfermedad. Estaba débil, excitados sus nervios, el sueño huía de sus párpados, sufría mareos, los cuales le traían desfallecimientos y a ellos se inclinaba su cabeza, porque no podía sostenerla y al fin le daban convulsiones. Estos vértigos se hicieron muy frecuentes, y el médico mandó llevarla a Macuto a tomar baños de mar y respirar sus brisas.

Salinas lo dispuso todo para llevarla.

CAPÍTULO XVI

LUCHAS DEL CORAZÓN

HEMOS ABANDONADO el precioso campo de los Villamizar y sus habitantes; pero al volver a él encontraremos en el salón reunidos a don Antonio, Luisa, Fermín, René, Olivier y Gerina que se ocupaba en hacer labor en un bastidor.

—Es preciso –decía Fermín– que nos saquemos el premio gordo de la lotería de Madrid, el gordo que es mi sueño.

—Tú vas a morir con tu tema: gastas y más gastas y no viene.

—Pero vendrá, René, ya lo verás, ese es mi sueño.

—René –dijo Luisa–, ¿la carta que te trajeron es de Julia?

—Sí, de ella es, están en París; pero el veinticuatro del mes entrante estarán aquí.

—Te felicito, debes estar muy contenta.

—Mucho, Julia me dice que desespera por verme.

—¡Dichosa madre! –dijo Luisa suspirando.

—Yo no comprendo cómo puede Blanca no solicitarlos a Uds.

—Porque el dinero, el lujo, el boato, la ha puesto indiferente para con sus padres, con sus hermanos y con todos.

—Eso es muy mal hecho, te compadezco Luisa, porque si Julia fuera así, creo que me moriría.

—Morir, no lo creas; nosotras las madres sabemos resignarnos para disimular las faltas de nuestros hijos. Yo lo siento por Antonio que la quería tanto; y si Gerina no lo considerara con la ternura y respeto de una buena hija, su pena sería mayor.

—Pero ¿qué le ha pasado a esa niña?, quisiera ir a decírselo.

—No hagas semejante cosa, ella no me necesita, ella cree que con dinero se consigue todo, hasta el amor materno.

—¡Pobre Blanca!, ella que es madre ¿no comprende lo que sufren Uds.?

—Quién sabe, pero ya Olivier tiene nueve meses que vino y desde ese día no ha vuelto; Salinas sí, y ha traído los niños.

Luisa, al terminar estas palabras, tenía húmedos los ojos y lanzó un suspiro; pero para dar otro giro a la conversación, dijo:

—René, ¿no has notado que Gerina empalidece y tiene una tristeza que en vano trata de ocultar?

—Sí, lo he notado, y la compadezco de todo corazón.

—¿Tú has podido conocer qué se la origina?

—Creo que sí, Luisa.

—¿Qué dices?, ¿conoces la causa?, ¿se ha franqueado contigo?

—No, pero lo he adivinado.

—¿Lo has adivinado?

—Hace mucho tiempo.

—Pero explícate, ¿qué has comprendido, qué has descubierto?

—He descubierto las luchas del corazón de esa niña, la cual la desmejora.

—¿Podrás decirme cuáles son? ¿Estará disgustada aquí?

—Creo lo contrario, Luisa.

—Dime lo que sea, nada me ocultes porque si ella se va ¿qué será de estos pobres viejos?

—Eso no, ella es demasiado noble y buena para abandonarlos, después de cinco años que está con Uds. que le sirven de padres: ella los quiere como a tales; desecha ese temor.

—Pero ¿esa tristeza que la reviste de lánguida melancolía, qué será?

—Estará enamorada y amará en secreto.

—¡Enamorada!, ¿y de quién?

—Obsérvala y verás que no estoy equivocada.

En ese momento se paró Olivier que veía en la mesa un cuaderno de modas, y tomándolo se acercó a Gerina, diciéndole:

—Ved, estos son los últimos figurines, ¿te parecen bellos?

Gerina alzó sus hermosos ojos y los fijó en Olivier; un vivo carmín tiñó sus mejillas, y bajando su mirada dijo:

—Los he visto, Olivier, son de mucho gusto.

—Mirad –dijo marcando con el dedo uno; y luego a media voz prosiguió:

—¿Hasta cuándo me haces sufrir?, ¿hasta cuándo me martirizas?

—¿Y con qué sufres?, casi no te hablo, ni aun te veo.

—¿Por qué esa esquivez?, ¿no has comprendido lo grande de mi amor?

—Vete, Olivier, no hables de eso, te lo ruego.

—¿Que me vaya, cuando no es amor, es frenesí lo que siento por ti?

—¡Calla, por Dios!

—No me callo. ¿Por qué te niegas a aceptar mi mano, dime, Gerina, por qué?, contéstame.

La pobre niña, con la frente llena de rubor y los ojos húmedos y fijos en Olivier, le dijo con una expresión indefinible:

—Yo no puedo ni debo aceptar tu mano.

—¡Que no puedes!, ¡que no debes!, ¿y por qué, quién te lo impide?

—Nadie, pero no debo hacerlo.

—¿Amas a otro tal vez?

—¡Amar a otro!, no, Olivier.

—¿Tienes algún compromiso?

—Tampoco; pero no hablemos más de eso.

—Te lo ruego, amada mía, no me hagas sufrir más, dime la verdad ¿quién te lo impide?

Gerina fijó su límpida y serena mirada en Olivier, y después de verlo algunos instantes, bajó los ojos y dijo en tono inexplicable:

—No quiero engañarte, Olivier, me lo impide mi desgracia.

—¡Tu desgracia! ¿Y qué desgracia es esa que pone en lucha tu corazón?

—¿Mi corazón?

—Sí, Gerina, porque tú luchas, porque o soy un tonto o he leído en tus ojos que me amas.

—Vete –dijo Gerina temblorosa–, Luisa y René nos observan, vete, por Dios.

—No me iré hasta que no me digas la desgracia que te impide ser mi esposa.

—Eso nunca, jamás.

—¿Por qué?, dime, amor mío, ¿por qué?

—Porque prefiero morir antes que decírtelo.

—Gerina, sé franca conmigo, no me ocultes nada, me haces temblar.

—No, mil veces no.

—Ve, que mi celosa imaginación me puede hacer pensar... ¡Qué horror! Habla –le dijo en tono imperativo.

—No puedo, no es posible, no debo decírtelo yo.

—¿Luego tienes un secreto que te causa rubor decírmelo?

—A qué engañarte, sí lo tengo, y antes moriré de dolor que darte mi mano.

—Con que tienes un secreto que te ruboriza... y entonces ¿por qué finges ese candor y esa pureza con tanta maestría?

—¡Dios mío!, ¿qué es lo que me estás diciendo?

—¿Por qué simulas cualidades que no debes demostrar?

—¿Qué quieres decir? ¿Es que te he ofendido?

—¿Que me has ofendido, preguntas?

—Sí. ¿Por qué me ultrajas?

—Porque te has hecho digna de ello.

—¡Dios piadoso!, ¡qué es lo que me pasa!

—Te pasa lo que debiste evitar. Si tienes secretos que te causan rubor, ¿por qué te amparaste en el santuario de la virtud, simulando tan bien inocencia, candor y pureza?

—¡Cielos!, ¿qué dices? ¿Me crees indigna de estar en el hogar de tus padres?

—Sí lo creo –dijo Olivier con aspereza.

—Me crees entonces... ¡ah!, ¿una mujer perdida?

—Tú lo has dicho –dijo Olivier ciego de celos–, tú...

No pudo proseguir, Gerina lanzó un débil gemido, su cabeza cayó sobre su pecho, quedándose más blanca que un lirio. El bastidor se escapó de sus manos y rodó al suelo, y hubiera caído ella también, si René no hubiera volado a sostenerla.

Luisa vio a Olivier más pálido que Gerina con el ceño de cólera en la frente y le dijo:

—Hijo, ¿qué has dicho a esta pobre niña, que así se ha desmayado?

—Le he dicho lo que debía decirle.

—Pero qué fue, dímelo, hijo mío.

—Le he dicho que la persona que como ella tiene secretos bochornosos no debe cobijarse donde mora la virtud y el honor.

Y sin atender a las palabras que su madre le dirigía salió de la sala y se encerró en su cuarto.

Todos prodigaron a Gerina en su largo desmayo tiernos cuidados; cuando volvió, rompió en amargo llanto; Luisa le dijo con cariño:

—Vamos, calma el llanto, esto ya pasó, no es nada.

—Soy muy desgraciada –dijo la pobre niña.

—¿Desgraciada y tienes a tu lado dos madres que se disputan atenderte? No más lágrimas, tranquilízate.

Y mientras enjugaba las de Gerina las de ella bañaban su rostro.

René trajo una bebida y presentándosela, dijo:

—Toma, hija mía, esto te repondrá, no te abatas tanto.

Ella tomó lo que le ofrecían diciendo:

—Gracias, no merezco tanto.

Luisa se acercó y recogió el pelo de Gerina; esta se arrojó en sus brazos diciéndole con amargura:

—Luisa, ¿me creéis indigna de vivir a vuestro lado? Ud. que sabe mi historia ¿creéis que cometo un abuso recibiendo vuestra benévola protección y vuestro cariño? Contestadme por piedad y con franqueza, porque si es así, me iré de vuestra casa.

—¡Irte de mi casa! –dijo don Antonio que oía–, ¡irte de mi casa!, ¡separarte de nuestro lado! No, jamás; ¿qué si eres digna?, ya lo creo, y nadie será osado a decirme lo contrario.

—¡Oh!, ¡gracias, señor, gracias!

Dijo Gerina juntando las manos.

—¿Y gracias por qué, hija mía? ¿Qué sería de estos pobres viejos sin tu afecto, sin tus cuidados y atenciones? Estás loca, hija de mi alma; irte de aquí, nunca... jamás...

Y se alejó para ir a contar a su amigo lo que pasaba.

—No hagas caso de las cosas de Olivier; él está atolondrado, y voy a hacerlo venir para que se retraiga de lo dicho por la ligereza de su carácter.

—No, Luisa, no lo llaméis, os lo ruego.

Esta no le atendió, y la dejó sola con René que dijo a Gerina:

—Todo lo he comprendido, tú amas y eres amada por Olivier; no me lo ocultes.

—Si lo has comprendido, René, guárdalo en tu corazón y no lo diafanices.

—Pero qué le dijiste que así se irritó contigo; nada me ocultes, yo le aconsejaré.

—Le dije que no podía aceptar su mano que me ha ofrecido en su arrebatado amor.

—Si él te ama ¿por qué te niegas y le ocultas tu amor?

—¿Has olvidado cómo vine aquí?, ¿tú crees delicado que acepte a Olivier sin decirle la verdad de mi triste historia? ¿No comprendes que más tarde, por su carácter mismo, me enrostraría mi fatalidad?

—No lo creo, Olivier es un caballero y te ama con el alma.

—Puede ser, pero prefiero no exponerme.

—¡Pobre niña! –dijo René.

—Sí, compadecedme, amiga mía, porque con la lucha que tengo en mi corazón, creo que voy a morir.

—Ten valor y calma para esa lucha ¡pobre hija mía!

Gerina, excitada, nerviosa, convulsa, presentó sus manos a René que las tomó en las suyas, y dijo:

—Tocadme, René, estoy helada, me siento morir, quisiera retirarme a mi habitación.

En ese momento, Luisa, apoyada en el brazo de Olivier, entró en la sala; esta quiso llevarlo hasta donde estaba Gerina, pero él le soltó el brazo y se sentó junto a don Fermín. Gerina fue conducida a su cuarto por Luisa y René; la infeliz niña no podía sostenerse. Olivier se retiró resuelto a ir casa de Eugenio a abrirle su corazón y pedirle consejo.

CAPÍTULO XVII

LA CARTA

GERINA AMANECIÓ con fiebre y aletargada. Se llamó al facultativo y la encontró grave. Luisa y René no se separaban de ella. Don Antonio y Fermín estaban inquietos. Olivier, al amanecer, salió para casa de Eugenio dejando recado de que no lo esperaran. Por la noche, cuando vino, le sorprendió el movimiento que veía en la casa, y supo por Pedro la gravedad de Gerina. Comprendió que él era el causante y, apenado, se encerró en su cuarto sin hablar con nadie. Quince días estuvo la huérfana luchando con la muerte; pero, al fin, su juventud la venció y entró en convalecencia. Olivier no preguntó a la familia por ella; solo con Pedro se franqueaba; y ocupado en su trabajo, salía en la mañana y venía en la noche, saludaba a sus padres y se acostaba. En la conferencia que tuvo con Eugenio, y a quien le refirió lo que había pasado y las duras palabras que había dicho a Gerina, este le dijo:

—Tú has partido muy de ligero; yo creo que la virtud, el candor y la pureza de Gerina las conoce todo aquel que la trate. Esas son cosas que no se fingen, Olivier; y los que las pierden, Dios como que marca en ellas las huellas de su destrucción, y aunque quieran, no pueden simularlos, porque, cuando menos se piensa, la verdad queda en descubierto.

—Eso quiere decir que Gerina es un ángel puro e inocente, y que yo he sido un villano en ofenderla.

—Lo que sí hay de cierto, querido hermano, es que estás loco enamorado de ella.

—Como un necio, Eugenio, a qué negarlo, si es verdad; esa mujer embarga todo mi ser, de una manera inexplicable.

—Y también es cierto que los años no han corregido tu carácter, impetuoso y violento, y que al ver que se negaba a ser tu esposa, no supiste moderar tus ímpetus y lanzaste palabras que ningún caballero dice ni a la mujer prostituida.

Olivier bajó la cabeza, y dijo:

—¡Es verdad! Pero, dime con franqueza: ¿comprendes lo grande de este amor? Y, háblame con el corazón: ¿será Gerina digna de ser mi esposa?

—Sí la creo; pero creo también que debes esperar...

—¿Pero qué espero? Explícate claramente; ¡estoy loco por esa mujer!

—Te compadezco, querido hermano; pero procura no dar tanta rienda a ese amor.

—¡No, imposible! Este es un amor que hasta hoy me ha sido desconocido. Yo he vivido cinco años en Europa en donde las mujeres son arrebatadoras, donde embriagan con esas mil arterías del fingimiento hasta hacernos enloquecer. Me ausenté de aquí siendo un hombre formado; había tenido ya varios amores, pero jamás amé entonces como amo a esa niña. Es más que locura, es delirio; todo mi ser está conmovido por ese amor. Te pido consejo: ¿la crees digna de ser mi esposa?; me mandas poner freno a mi amor y esperar... ¿Qué espero?

—Debes esperar, porque creo que un secreto de Gerina debe esclarecerse antes de hacerla tu esposa.

—¿Y sabes tú ese secreto, Eugenio?

—Sí, lo sé.

—¿Y no puedes confiármelo?

—No, porque no me pertenece.

—¿Y cómo lo supiste?

—Porque ella me lo confió.

—Eso quiere decir que tiene más confianza contigo que conmigo.

—Puede ser verdad, y puede que las circunstancias la obligaran a confiármelo.

—¿Y se pueden saber esas circunstancias?

—Si ella te las confía, ¿por qué no? Pero yo no puedo ni debo hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque yo nací y soy caballero.

—Eugenio, no me desesperes.

—Silencio, Olivier. Viene mi esposa y no quiero que ella sepa jamás lo que ha pasado entre Gerina y yo.

—¿Eso más?

—Eso más; pero silencio.

—Mira que puedo dudar de ti.

—Lo que quieras –dijo Eugenio, parándose a recibir al hijo pequeño que le presentaba su esposa.

Olivier, mudo, no supo qué pensar, y empezó a pasearse a grandes pasos. Después trató de hablar con Eugenio, este no le dijo nada. Por la noche, cuando se retiró a su casa, su cabeza era un volcán.

Convencido de la existencia de un secreto que no se le quería confiar, procuró ver a Gerina con indiferencia y ahogar el amor que devoraba su alma, y empezaron en él las luchas de su corazón. Nunca venía al salón, y a la hora de comer nunca estaba, y si venía a hacerlo era cuando lo hubieran hecho los demás. Los días se sucedían y Olivier no lograba arrancar de su corazón el amor que lo devoraba.

Gerina, en su convalecencia, bajaba al salón por instancias de Luisa y de René. La pobre niña, desde el día en que Olivier la hirió tan duramente, se había propuesto en silencio evitar su encuentro; no lo había vuelto a ver porque ambos se evitaban.

Una tarde Gerina estaba con la familia en el salón, cuando sintió unos pasos que se dirigían a aquel lugar; la pobre niña se puso pálida, había conocido a Olivier, que no pudiendo luchar más, venía resuelto a tener con ella una explicación. La pobre niña se paró para huir; Luisa y René a un tiempo la detuvieron, diciéndole la primera:

—Hija mía, los criminales son los que huyen, los inocentes no.

—Tiene Ud. razón, ¿por qué huir? –y dejándose caer en una silla, esperó.

Olivier entró, su ansiosa mirada buscó a Gerina que hacía más de un mes que no la veía; las huellas de la grave enfermedad que sufrió y el secreto pesar que roía su corazón, se habían marcado de una manera notable en su semblante. Su lánguida mirada y su triste sonrisa llenaban su rostro de profunda melancolía, variando su fisonomía antes alegre y festiva. Olivier la contempló un instante y no pudo ocultar una dolorosa emoción, viéndola por su causa tan desmejorada, y después de saludar a todos, se dirigió a ella y le dijo con afectuoso acento:

—Señorita, ¿estáis mejor?

—Sí, señor; me encuentro bien.

—Aceptad, Gerina, mis excusas por las ligeras palabras que en el ímpetu de mi mal carácter pronuncié, ofendiéndoos. Perdonadme.

—Olivier, desde que las pronunciasteis las dispensé, porque quizá las tenga merecidas, por el misterio de mi vida.

—No, Gerina, no, aun cuando así fuera, que estoy convencido de lo contrario, no debí haberos herido, mucho más siendo como sois, una mujer digna, pura.

El semblante de Gerina se iluminó de placer, y una inefable alegría entreabrió sus labios, y con las mejillas enrojecidas contestó:

—Olivier, el convencimiento que me demostráis tener de mi inocencia me hace desde hoy menos desgraciada.

—Entonces –dijo él sonriendo–, hagamos las paces; prometedme que seréis siempre mi amiga.

Gerina le tendió la mano diciendo:

—Bien, hagamos las paces.

Olivier estrechó la mano de Gerina con efusión, después se dirigió a su madre y le dijo en voz baja:

—Por complaceros, acabo de darle satisfacción a tu querida Gerina.

—Te doy las gracias, hijo mío, esa criatura es digna de toda consideración, y me siento contenta por lo que has hecho hoy: gracias, hijo mío.

—Celebro te agrade el paso que he dado.

René, terciando en la conversación, dijo:

—Yo también te las doy y añado mis felicitaciones por vuestra reconciliación.

En ese momento un sirviente se acercó a don Antonio diciendo:

—Señor, acaban de traer esta carta para Ud.

Este tomó la carta y leyó en alta voz:

"Señor don Antonio Villamizar, para entregar a la señorita que acompaña a su esposa".

Don Antonio le tendió la carta a Gerina, diciendo:

—Esta carta es para ti, hija mía.

—¡Para mí!, si yo no tengo quien me escriba y muy pocos saben que estoy en vuestra casa.

—Parece letra de hombre por la forma y el estilo.

—Bien puede ser –dijo Olivier con acentuado tono–. ¿No tenéis amigos, Gerina?

—Solo tengo tres –contestó turbada–, que son don Antonio, don Fermín y el señor Eugenio.

Olivier hizo un movimiento de impaciencia y dijo en tono irónico:

—Gracias por la excepción; pero leyéndola saldréis de dudas y tal vez recordaréis otro que tengáis olvidado.

Las palabras de Olivier trajeron a la pobre huérfana el recuerdo del hombre en quien había confiado en otro tiempo y tuvo miedo; y fue tanta su turbación que solo pudo articular esta palabra, porque enmudeció:

—¡Otro…! ¡Otro…!

—Lo veis, señorita, vuestra turbación os vende y prueba que existe ese otro amigo que no queréis recordar en público; podéis retiraros a leer vuestra carta a solas.

Era tan amarga la ironía con que Olivier pronunció estas palabras, que todos las oyeron sorprendidos. Gerina, herida por aquel acento y las palabras que pronunció, se paró resueltamente y tendiendo la carta a don Antonio, que estático contemplaba a su hijo, adivinando lo que pasaba en el alma de él, casi no atendió a Gerina que puso la carta sobre sus rodillas, diciéndole con dulce acento:

—Don Antonio, abrid la carta, leedla en alto, bien sabéis que no tengo nada que ocultaros, conocéis mi historia desde que nací. –Don Antonio abrió la carta y leyó en alta voz:

Señorita:

El día que fui con la señora de Salinas, que fue a visitar a su hermano venido de Europa, me reconvino con dureza porque dejé con su madre a la pequeña Lilia; avergonzada no pude contener mis lágrimas, y Ud. buena y noble me llevó a su habitación para consolarme de la manera más dulce. Al despedirnos me estrechó en sus brazos y me dijo con esa expresión angelical que os hacen tan atractiva; repito sus palabras: "Sofía, si algún día necesita de un consuelo, de un algo para ayudaros a curar a vuestra madre, acordaos de nosotros. Los señores Villamizar son ángeles, por lo bueno y caritativos que son, y al yo hacerles una indicación y referirles vuestra desgracia, créalo, no os abandonarán, mucho más sabiendo que todos sus sacrificios son en aras de su buena madre". Ha llegado el momento, señorita, de tocar a vuestro noble corazón, para rogaros interpongáis vuestro influjo con dichos señores Villamizar para que me le den acogida en cualquier rincón a mi infeliz madre, aunque sea por un mes. Ya está mejor de sus males, pero el médico ordena la saque de la casa que habitamos a reponerse al campo, porque de lo contrario volvería a recaer.

Yo creo que ahí puede irle bien; a mí me es imposible hacer los gastos de un temperamento, porque con los gastos que he tenido en su larga enfermedad estoy adeudada.

Espera su contestación ansiosa su atta. s. s.

Sofía

—Ya ves, hijo mío –dijo don Antonio–, que esta carta no es de ningún amigo, y que por el contrario, habla muy alto en honor de los buenos sentimientos de esta señorita.

Olivier, dejando asomar a sus ojos la alegría que rebosaba en su alma, contestó:

—Sí, ya veo que Gerina es uno de los ángeles de la tierra.

—Puedes decirlo con satisfacción, esta niña no es como otras mujeres.

—Pero no le faltan sus misterios. ¿Verdad, Gerina, que para mí los tienes?

Ella, roja como el carmín, le dijo algo amostazada:

—No sé.

Olivier fijó en ella sus apasionados ojos y dijo con tierno acento y bajando la voz:

—No te amostaces, perdona los arrebatos y las dudas de mis celos.

—¿Y por qué celas?, creo que no tenéis derecho para ello.

—Tienes razón, no tengo derecho porque he sido un bárbaro contigo, a quien idolatro.

—Silencio, por Dios, ved que oyen.

—No callo, debo deciros todo, yo traté de huir de ti, no verte, olvidarte, amar a otra si era posible, he tratado de todas maneras ahogar este amor que me hace tan desgraciado; pero no pude, en mi alma se entabló la lucha y en las vacilaciones triunfaste tú. Aquí me tienes, dueño mío, rendido ante ti, si no me amas yo apuraré mi amargura y desesperación; te veré, estaré a tu lado siempre, me conformaré con una mirada compasiva tuya porque yo te amo, te amo con locura.

—Ved que nos observan.

Y trémula, agitada, fue a sentarse al lado de Luisa que le dijo:

—Hija mía, qué pieza daremos a la madre de Sofía.

—Si os parece bien, le daremos la que está al lado de mi cuarto, allí prestaré a la pobre enferma mis cuidados; voy a disponerlo.

—Deja eso para hacerlo mañana, hay tiempo.

—Señor –dijo el sirviente entrando–, el que trajo la carta espera contestación.

—¿Es uno de los sirvientes de Blanca?

—No, señor, es un mandadero que ha pagado la camarera de la señorita.

—Contesta tu carta, hija mía, dile a esa buena hija que mande a su madre ahora mismo si quiere.

—Disimulad, señor: ¿no sería mejor que la contestara Luisa, ofreciéndosela? Así quedará más satisfecha Sofía.

—Tienes razón; escríbele tú, Luisa: dile a esa pobre joven cuanto te dicte tu noble corazón.

Ínterin escribía Luisa, Gerina sentada a su lado se entregaba a tristes meditaciones. El amor de Olivier halagaba el suyo; pero recordaba su pasado y su alma se llenaba de tristeza. ¿Viviría en Caracas aquel hombre que con tanta vileza la dejó en la calle? ¿Sería capaz de hacer alarde en el círculo de sus amigos de hecho tan infame? ¿Cómo dar su mano a Olivier sin saber la verdad? La infeliz lo amaba, y se creía obligada viéndose adorada por él a luchar con su puro y gran amor para borrarlo de su corazón.

Entre tanto, René decía a Olivier:

—¿Qué te ha hecho Gerina que a cada rato tratas de mortificarla, siendo como es un ángel de bondad?

—¿Qué me hace ese ángel de Uds.?, me ha sumido por siempre en la desgracia; tan llena de misterios, tan tenaz en sus propósitos, tan sin alma.

—¿Por qué ese rencor con ella?

—Porque me tiene condenado a sostener una lucha atroz en mi corazón, porque me hace sufrir mucho, tanto, que a veces creo odiarla.

—¿Estás loco?

—Lo que estoy es desesperado, veo en ella miradas que me llenan de esperanza, y después me rechaza.

—¿Tanto la amas?

—Sí, René, con locura, con delirio, con frenesí.

—Quién te entiende, antes decías que la odiabas.

—Qué sé yo; pero silencio, ella viene, no quiero que se goce en mi sufrimiento.

Gerina al pasar les envió una dulce sonrisa, y fue al corredor a dar ella misma la carta al mensajero de Sofía. Olivier no pudo contenerse y la siguió

hasta pararse a su lado; ella dijo dando la carta al portador:

—Tomad la contestación, y dígale a Sofía que mande mañana mismo a su madre.

Y llena de plácida satisfacción, fijó sus hermosos ojos en Olivier que la contemplaba en un éxtasis de amor, pero él al encontrar su mirada, se estremeció, y tendiéndole la mano le dijo dulcemente:

—Gerina mía, ¿no podrás rasgar el velo que cubre ese misterio de tu vida y hacerme feliz algún día siendo mi esposa?

Ella, sin retirar su mano, ni apartar sus ojos de él, le contestó:

—Olivier, esperemos en Dios.

—Ven –dijo él con pasión–, sentémonos aquí los dos y conversemos.

—Bien. Hablemos con franqueza.

—¿Por qué dijiste hace poco que yo no soy tu amigo y Eugenio sí?

—Porque tú lo has querido así.

—Gerina, dulce amor mío, tú no eres franca conmigo, por piedad no me quites la vida, ten compasión de mi infortunio.

—¡Qué dices!, ¿no comprendes que yo sufro más que tú?

—Más que yo ¡imposible!

—¿No ves que no soy la sombra de lo que era antes?

—Es verdad.

—¿Y por quién me he puesto así, quién es la causa?

—Lo sé yo acaso.

—No lo sabes y eres tú, Olivier, solo tú.

—¡Yo!, ¿y por qué?

—¿Y me lo preguntas?

Dijo ella con triste entonación. Él le dijo con fuego:

—Escucha, adorada mía, yo no te amo, yo te idolatro con toda mi alma, y si no aceptas mi proposición creo que moriré por el amor que devora mi corazón.

—¡Pobre Olivier! Trata de ahogarlo, porque tú no debes dejarte dominar por ese amor que yo veo como una fatalidad.

—¿Como una fatalidad dices?

—Sí, pobre amigo mío, y si fuere necesario yo me separaré de tu hogar, para que olvidándome recuperes tu felicidad.

—Mi felicidad solo consiste en que seas eternamente mía.

—Eso no es posible, solo un milagro de la Providencia romperá el obstáculo que nos separa para siempre.

—Eso no, escucha: te creo la más pura, la más santa de todas las mujeres; no quiero saber tu secreto, guárdalo, dejadme ir ahora mismo a hablar con mis padres para dentro de un mes hacerte mi esposa. Nos quedaremos aquí cuidando los viejos.

—No –dijo ella resueltamente.

—¿No? –repitió él estático.

—No –dijo ella fijando su amorosa mirada en él–. Escucha lo que voy a decirte, Olivier, y no lo olvides: yo te amo con todo el amor que puede sentir mi sensible corazón, con un amor igual al tuyo.

—Y entonces, ángel mío –dijo él ebrio de gozo–, ¿qué te impide ser mía?

—He jurado no dar mi mano a ningún caballero honrado hasta que no se aclare un acontecimiento de mi vida, y mucho menos puedo dársela al hijo de mis bienhechores.

—Pero ¿por qué no me lo dices, y me haces sufrir?

—No puedo decírtelo, querido Olivier; pero vive cierto y satisfecho que te amo y que si no puedo esclarecerlo moriré de amor por ti, por lo que no seré tu esposa sin eso.

—Y si me amas ¿por qué no tienes confianza en mí?

—Tenla tú en Dios, adorado mío, una voz secreta me hace creer que seremos felices. Ven, vamos al salón.

Él la siguió silencioso y se sentó al lado de su madre.

Mientras Gerina hablaba con Olivier, don Antonio le decía a don Fermín:

—No sé lo que le ha entrado a este muchacho mío.

—Lo que tiene es lo que nos da a todos cuando nos enamoramos y estamos celosos.

—Pero puede enamorarse, pero no ser tan satírico. Yo voy a proceder a casarlo para que se tranquilice.

—Eso será bien hecho, pues es el gran remedio para el amor.

—Siendo así, lo arreglaremos lo más pronto.

CAPÍTULO XVIII

EL DESCUBRIMIENTO

DOS MESES HACÍA que Beatriz estaba casa de los Villamizar; sus finas maneras y culta educación, y sobre todo su desgraciada posición, hizo que todos la estimaran en demasía. Gerina le dispensaba sus cuidados con la ternura de una hija; Luisa y René tiernas atenciones. El bienestar, el buen trato y los aires puros del campo hicieron desaparecer la enfermedad y se había restablecido mucho; era mucha su alegría al verse buena para ayudar a su hija en algo.

Una tarde en que se hallaban todos reunidos dijo Beatriz a Luisa:

—Dentro de algunos días me iré para Caracas.

—¿Por qué estás cansada de estar con nosotros?

—Cansarme de estar con ustedes, eso nunca.

—Y entonces ¿por qué irte todavía?

—Porque quisiera ayudar a mi hija.

—Pero debes reponerte más –dijo René.

—No se va –dijo Luisa–, mañana viene Eugenio con la familia a pasar un mes aquí, y yo quiero que no te vayas.

—Si ese es vuestro deseo, nada tengo yo que objetar; me quedo.

En efecto, al día siguiente llegó Eugenio, y empezaron en aquel delicioso lugar las veladas más amenas y familiares. Todos estaban contentos, Olivier estaba taciturno en medio del contento general; Gerina, pensativa y melancólica; aquellas dos almas sufrían las torturas de su amor contrariado. Ella quería probar a Olivier que no era mujer liviana, que si su hermano la encontró de una manera tan denigrante para su honra, ella esperaba en Dios que esclareciese la verdad, dejando ver su pureza y su virtud. Olivier en su despecho llegó a calificarla de cómica consumada.

En una de las noches de amena sociedad dijo Eugenio:

—Mañana cada cual referirá su historia; verán qué de episodios vamos a encontrar en ellas; pero eso sí, la cuenta desde que empezamos a tener uso de razón hasta hoy.

—Acepto –dijo Olivier–, con tal que Gerina refiera la suya.

—Y por qué no; la de ella es tan sencilla que voy a referirla. Sus primeros años los pasó en un colegio, y cuando murieron sus padres fue traída casa de los nuestros, que la quieren como su hija. He aquí toda su historia.

Olivier se mordió los labios y vio a Gerina, que trémula, turbada, tenía la vista baja; él se le acercó y le dijo a media voz:

—No te asustes, ya mi buen hermano te ha sacado del compromiso.

—¡Ah!, qué cruel eres –dijo Gerina con tristeza–. Me dices que me amas y me martirizas sin piedad.

Olivier, con irónico despecho, dijo:

—¿Dices cruel, y tengo calma para ver lo que pasa en ti a cada paso al tocar tu historia pasada? No lo dudo, eres una consumada cómica en la hipocresía.

Gerina no contestó; fijó su triste mirada en él, y por sus mejillas corrieron dos lágrimas silenciosas. Olivier se sintió enternecido, y para ocultar su emoción se alejó de su lado.

Al despedirse, dijo Eugenio:

—Mañana empezaremos con las historias, sin ocultar el más pequeño pensamiento, esa es la condición.

—Así debe ser –dijeron todos.

A la noche siguiente al encontrarse todos reunidos, empezó la disputa de quién contaba primero su historia. Se echó a la suerte, y esta tocó a Beatriz. Ella refirió lo que ya saben nuestros lectores. Cuando llegó a la prisión de su hijo, dijo con dolor:

—Fue tanto mi pesar al saber que lo habían embarcado, que caí gravemente enferma.

Beatriz lloraba al recordar sus pasadas desgracias. Luisa conmovida le preguntó:

—¿Y no has sabido qué fue de vuestro hijo?

Beatriz prosiguió con amargura:

—Hacía cerca de un mes que había partido, cuando el cartero trajo una carta, era de mi hijo. Lancé un grito de alegría y la tomé ansiosa. Pero, esperad, voy a traerla para que la leáis; la cargo siempre conmigo, es mi único consuelo. –Beatriz volvió con la carta, y sacando otra que tenía dentro, la guardó en el bolsillo, y dándosela a Eugenio, le dijo:

—Tomad, lea Ud., amigo mío.

La carta decía así:

Adorada madre mía:

Cuando recibas esta ya habré salido con la fuerza a ponerme al frente del enemigo. No te alarmes; solo Dios sabe lo que puede suceder, y si no ha llegado la hora de morir, saldré ileso; ten mucho valor. Ahora voy a referirte lo doloroso que me fue mi venida por una circunstancia que tú ignorabas. Me prometía que para el día siguiente de la tarde en que me prendieron, que era tu cumpleaños, llevarte un regalo para radicar mi eterna felicidad con él.

Tú sabes que anhelaba realizar mi enlace con la joven que amaba, y tú me lo tenías todo preparado, junto con mi hermana, ¡desgraciado de mí! Viendo los obstáculos y oposición de la señora que tenía a mi amada para nuestro enlace, y siendo libre de acción por no tener padres, para hacerlo sin ese requisito de licencia me puse de acuerdo con el párroco de su barrio y juntos practicamos las diligencias necesarias para realizarlo en la noche del día en que me prendieron, saliéndose ella furtivamente y evitar así disgustos y contratiempos, y después de hecho, ir con ella y el buen sacerdote a tu casa y presentártela diciendo:

Aquí tienes, madre de mi alma, el regalo que te ofrezco en este día: una hija digna de ti, ella te amará más que yo, y desde hoy me he convertido en dos, que nos disputaremos quien te ame y te cuide más. La fatalidad desvaneció mi dulce fantasía, y me hace aparecer ante el ídolo de mi amor como un infame villano, sin corazón ni conciencia.

Madre adorada, esa carta que te adjunto es para ella, es preciso que se la entregues, es preciso que conozca la desgracia que me aflige al faltar a mi palabra.

Yo le dije por una carta mía y otra del párroco que saliera a las once que la esperábamos para ir para Altagracia, y después de casados, casa de ti.

Gerina, pálida como la cera, no apartaba su ansiosa mirada de Eugenio que asombrado leía con interés. Ella murmuró:

—¿Dios mío, qué me pasa?

Beatriz lloraba sin poner atención a la agitación de Gerina.

Eugenio prosiguió:

Ella convino porque no podía dudar de la verdad con la carta de su confesor.

—Señor Eugenio, señor Eugenio...

—Silencio –dijo él y siguió:

El cura también habrá dudado de mi honradez, viendo que no fui a cumplir mi palabra. Yo quiero que tú busques a mi prometida y le lleves la carta que te adjunto. Dile que le juro ir tarde o temprano a cumplir mi promesa. Luego le llevas esta al párroco y le refieres mi fatalidad, para que no me crea un hombre vil.

Lo que más me hace sufrir es pensar que esa pobre niña, tan pura, tan inocente y candorosa, siguiendo mis instrucciones, haya salido a las once de la noche y se haya encontrado a esa hora sola en la calle, expuesta sabe Dios a qué.

Gerina, presa de un temblor nervioso, apoyó su mano en el hombro de Luisa, que estaba a su lado. Esta, atrayéndola hacia ella, hizo que ocultara su rostro en su seno para que no vieran su emoción, diciéndole en voz baja:

—Espera hasta el fin.

Eugenio prosiguió:

Id, madre mía, ella vive casa de Rosa Ulloa, que es la señora donde está y que la trata muy mal. En la mañana ella está sola, porque la Rosa está en la Iglesia. Vuela, madre querida, a salvar la honra y reputación de tu desgraciado hijo; en ti confío, de ti, como siempre, espera todo tu hijo que pide tu bendición.

Edmundo Marizalde

Eugenio entregó la carta a Beatriz y le preguntó:

—¿Entregó Ud. la carta a la prometida de su hijo?

—No, señor. A la mañana siguiente después de hablar con el cura y enseñarle la carta, fui casa de Ulloa, salió una sirviente y le pregunté:

—Podéis decirme, está aquí la señorita que...

La sirviente me interrumpió, y me dijo:

—No, señora, no está, bendita la hora en que se fue.

—¿Y dónde está, no sabéis?

—Nada, señora, hace un mes o más que no amaneció, se encontró la puerta abierta por la mañana; segura estoy de que no se fue sola porque era

medrosa; se iría con alguno cansada de sufrirle a esta harpía.

—¿Y nada habéis sabido de ella?

—Nada, señora, se la tragó la tierra, y eso que la tal Rosa la ha buscado que es un gusto. ¡Ay, si la encuentra!, quiera Dios que no la encuentre. ¡Pobre de ella!

Yo salí desconsolada, pensando en la suerte que le habría cabido a una niña, que según mi hijo, era inocente y pura como un niño.

Gerina no pudo contenerse más y rompió el llanto en el seno de Luisa. Olivier la contemplaba estático.

—Beatriz –dijo Eugenio–, decid el nombre de esa niña, quizá yo pueda daros razón de ella.

—Ese ángel de pureza que tanto he buscado se llama Gerina, tiene el mismo nombre de la niña que Uds. han criado.

—Gerina –dijo Olivier–, se llama Gerina, ¿y el apellido, señora?

—Sí –dijo Eugenio–, dígalo Ud.

—Gerina Fuertes –dijo Beatriz.

Eugenio no dio tiempo de que Olivier dijera más nada, tomó a Gerina de la mano, que se paró, se adelantó hasta Beatriz y dijo con solemnidad:

—Amiga mía, he aquí el ángel puro y casto que tanto buscáis.

—¡Vos!, ¿sois vos Gerina Fuertes?

—Sí, señora, soy la mujer más desgraciada del mundo.

—Aquí está la carta de mi hijo –dijo sacándola del bolsillo–; pero antes de leerla déjame abrazarte, hija de mi corazón.

Gerina se arrojó en los brazos de Beatriz y tendiéndole la carta a Eugenio, dijo:

—Léala Ud. recio, nada me dirá que no pueda saberse. Léala Ud.

Eugenio obedeció; en ella solo le hablaba de su amor, de su desgracia y de la promesa de volver para cumplir su palabra. Eugenio y Gerina a un tiempo preguntaron a Beatriz:

—¿En dónde está vuestro hijo?, como que dijisteis que...

—Murió en Coro poco después de escribir estas cartas.

—Pobre Edmundo –dijo Gerina–, era digno de mejor suerte.

Beatriz quiso saber la historia de Gerina, y Eugenio se la refirió toda, hasta el día presente en que ella se negaba a aceptar la mano de Olivier sin esclarecer antes que si Eugenio la encontró sola, errante, a medianoche en la calle, como una mujer perdida, era pura, casta e inocente y no tenía más

culpa que la de haber aceptado la promesa que le hizo Edmundo de sacarla de la tiranía que sufría, promesa apoyada por su confesor que era un venerable sacerdote.

Olivier comprendió toda la delicadeza de Gerina, que amándolo como lo amaba, no quería ser su esposa sin que la sombra que empañaba su vida fuera despejada; así es que al despedirse le dijo a media voz, lleno de amor y satisfacción:

—Gerina, ¿se habrá despejado ya el cielo de nuestro amor?

—Ya lo creo –dijo ella, dándole una tierna mirada y sonriendo de felicidad.

—¿Nada podrá impedirme que seas mía para siempre?

—Nada, Olivier mío, nada.

Al día siguiente este le dijo a Eugenio:

—Hermano mío, me muero de amor por Gerina.

—¿De cierto? No es nuevo en ti.

—Pero ese mal en mí ya es grave, ¿qué me aconsejas?

—Que te cases pronto.

—¿Me lo aconsejas de veras?

—Ya lo creo, hazlo y verás cómo te curas del amor.

—Me encanta la delicadeza de Gerina.

—Puesto que lo sabes todo, procura casarte ligero.

—Así lo haré, y ahora hablaré con mis padres.

—Al grano, hermano mío, al grano, yo te ofrezco que curarás de tu loco amor sin dilación.

En efecto, Olivier tuvo una conferencia con sus padres y estos dispusieron arreglar aquel matrimonio tan deseado por todos lo más pronto.

Al fin Gerina fue la esposa de Olivier, premiando Dios sus virtudes con aquel enlace.

CAPÍTULO XIX

¡DESGRACIADA BLANCA!

SALINAS, COMO DIJIMOS, estaba alarmado por el estado de Blanca, porque su debilidad era extremada después de su gravísima enfermedad, y ya todo arreglado para el temperamento, se dispuso que partirían para Macuto a la mañana siguiente. Al salir Salinas le dijo a Blanca:

—Procura que todo quede hoy arreglado para partir al amanecer. Adiós, querida mía.

—Se hará como deseas.

Al pronunciar estas palabras dejó caer la frente en los labios de su esposo, sonriendo de amor.

—Cuando te veo tan dulce, tan amante conmigo, créeme, Blanca mía, soy el hombre más dichoso.

—¿De cierto?

—Ya lo creo, ¡porque es tan dulce verse correspondido por la esposa que adoramos!, verla suave, amorosa, tierna.

—Eres muy adulador y hoy tengo una cosa que me desagrada, y es que yo en Macuto, y tú aquí, nos veremos poco, porque no irás con frecuencia.

—Sí iré y estaré algunos días; ayer vino Julián a la oficina, repuesto de sus males, y tú sabes la confianza que tengo en él.

—Pues si me lo prometes me iré contenta, tú lo sabes que me haces falta para todo y no estaría tranquila lejos de ti.

—Gracias, esposa mía.

Y de nuevo besó su frente diciéndole con cariño:

—Hasta luego.

—Adiós, Jacinto, ven temprano.

Al separarse de Blanca, fue a su almacén y dijo a Rovira procurara imponerse de todo, porque iba con la familia a Macuto.

—A pasear –dijo él.

—No, a temperar mi esposa que está delicada.

Julián hizo un movimiento de sorpresa, luego preguntó:

—¿Van por mucho tiempo?

—Por todo el necesario, para que ella se reponga completamente.

—Y ¿está enferma?

—De gravedad estuvo, ahora está bien de las fiebres; pero le queda un malestar para ella desconocido.

—¿Y qué dice el médico?

—Que es debilidad, que se le han atacado los nervios, por lo que le ha venido histerismo; no come bien, está muy pálida, y el médico teme le vengan monomanías. Tiene días que no sale de su habitación, y si trato de obligarla, me dice que teme caerse, por los vértigos que le vienen, le hace no poder sostener la cabeza y tiene que dejarla caer, y por esa razón teme andar. Está muy delgada, de modo que pienso tenerla un año temperando, bien en Macuto u otra parte donde se ponga buena.

—Es verdad, ya hace muchos días que no la veo.

—Esa es una de las manías que tiene, no quiere ver ni que la vea nadie, por eso tememos que sigan esas manías histéricas.

Por la tarde a la hora de cerrar, tomó Salinas su coche y en otro mandó a Julián llevase a Blanca algunas cosas que había comprado para llevarle y dijo:

—Dile que voy a arreglar los coches y algo más, para al irme no tener que salir.

Julián y Salinas se separaron.

Rovira se dirigió a la casa de habitación de aquel a llevar algunos encargos a Blanca. Su agitación era extremada, toda su vanidad se conmovió; la enfermedad de Blanca le hizo creer era originada por la lucha del amor que sentía por él. Su orgullo halagado con tan necia creencia le hizo soñar con un cielo de felicidad, y se prometió no detenerse hasta no alcanzar una victoria completa, esperando todo de su audacia. Al llegar a la casa preguntó por Blanca y le dijeron que estaba en el salón; mandó al sirviente trajera lo que estaba en el coche y se dirigió con él donde aquella estaba. Benito, que vio a Rovira dirigirse donde estaba la señora, no pudo contenerse y se ocultó tras la cortina para observarlos. Rovira, seguido del sirviente que colocó lo que trajo en la mesa y salió, se dirigió a Blanca diciéndole:

—Señora, vuestro esposo me encarga entregar esto a Ud.

—Gracias –dijo Blanca devolviéndole el saludo con seriedad y fijando su mirada fría y serena en él.

Él no se inmutó y dijo:

—Qué de días que no veía a Ud.

—He estado enferma.

—Me lo dijo vuestro esposo y lo he sentido.

Blanca solo hizo una cortesía.

—Yo también estuve enfermo.

—No lo he sabido.

—Señora, ¿en qué os he ofendido para estar tan displicente?

—En nada.

—Ud. antes era amable, cariñosa.

—No creo haber variado en mi modo de ser.

—Blanca, ¿qué tiene Ud.?

Fue tan apasionada la mirada que le dio Rovira al hacerle la pregunta, que ella le dijo con severidad:

—¡Rovira!

—Señora, el último día que vi a Ud. en el jardín no me trató así, por el contrario, Ud. me hizo concebir una esperanza.

—Caballero, ¿olvida Ud. con quién habla?

—No me olvido, Ud. entonces me dejó traslucir un cielo de felicidad y me autorizó para...

—¿Para qué? –dijo Blanca parándose irritada y pálida de coraje; él se paró también y contestó con audacia:

—Para amaros, para deciros todo.

—¿Olvidáis que soy una dama casada, esposa de vuestro Jefe?

—En este instante viendo tu resplandeciente hermosura, todo lo olvido.

La impresión que sintió Blanca fue de vergüenza recordando sus coqueterías; quiso retirarse y no pudo dar un paso, porque en el estado de debilidad en que estaba, la cabeza le daba vueltas, y enseñándole la puerta solo pudo decirle:

—Sois un osado, salid de aquí, miserable.

—No saldré sin decirte antes: Blanca, me suplicaste que te dijera espontáneamente quién era el ídolo de mi amor, amor que me tiene loco, desesperado, por su magnitud; hoy todo lo arrostro, óyelo porque me lo exigiste: Blanca, amor único de mi vida, ese ídolo eres tú.

—¡Ay!, ¡todo es verdad!, pero si os autoricé, haré que os arrojen de aquí para siempre.

Al pronunciar estas palabras su voz era débil por la vergüenza que sentía; quiso dar algunos pasos para retirarse, pero su cabeza ya desvanecida fue atacada por uno de los vértigos que padecía, y hubiera caído al suelo si Rovira, viéndola flaquear, no hubiera volado para recibirla en sus brazos. La cabeza de la infeliz Blanca cayó desfallecida sin poder sostenerla. Julián, al ver en sus brazos a la única mujer que había amado, lo olvidó todo, y ebrio, loco, delirante, la estrechó contra su corazón y posó sus labios en la entreabierta boca de Blanca.

Dos gritos resonaron a un tiempo en la sala: el que lanzó Blanca al sentir que profanaban sus labios, y que haciendo un esfuerzo supremo se separó de los brazos de Julián, rígida, irritada; y el que lanzó Salinas lleno de furor, diciendo:

—¡Infames…!

—¡Dios mío! ¡Dios mío! –dijo la desgraciada Blanca, que sin poder sostenerse se desplomaba sobre sus rodillas.

Rovira, pálido, confuso, tomó su sombrero y dijo a Salinas:

—Espero que vuestra esposa...

Salinas lo tomó por el brazo, y empujándolo hasta el corredor le dijo con imperioso acento.

—Salid, salid, sino queréis que os mate, que no lo hago, porque aquí la única culpable es esta adúltera infame.

CAPÍTULO XX

EL CASTIGO

CUANDO RECUERDO que existen mujeres que después de ofrecerle al hombre que las ama su fe, su amor, su lealtad y fidelidad, y recibe de él en recompensa de su amor y sus promesas un afecto tan acendrado que lo lleva a hacerle el sacrificio de su libertad, de su independencia y de su alegre vida de soltero, y se une a ella para siempre, sometiéndose a llevar a su lado esa vida íntima, doméstica, que hace la felicidad del que la comprende y sabe llevarla; cuando recuerdo que esas mujeres después de tener hijos de ese esposo que las adora, hijos queridos que traen la bendición de Dios al tálamo nupcial remachando la cadena que los unió, convirtiendo sus eslabones en bellas flores que exhalan su perfume por la respiración del hijo amado; cuando recuerdo que esas mujeres, afrenta del bello sexo, pueden sin pudor, sin remordimiento, faltar a todas sus promesas, y cometen la ruin felonía de vender el amor, la dignidad, la honra, en fin, del hombre que lleno de fe, la hizo su esposa, sacrificándolo todo en aras de su amor, y que ella sin conmiseración le ofrezca el baldón, haciéndolo el ludibrio de la sociedad por su vil adulterio.

Con hechos semejantes, mi alma se oprime de dolor al ver la ceguedad de esas desgraciadas por su ignorancia y poca esmerada educación, que se precipitan en el abismo sumergiéndose en cieno, para no alzarse más, muriendo en él cubiertas de lodo y vilipendio.

Yo creo que esas desventuradas mujeres, que ciegas por su coquetería manchan su tálamo con tan afrentoso hecho, no tuvieron una madre que les hiciera ver lo despreciable que es la mujer que comete tal falta, inculcándole en su alma ideas severas contra tan nefasto crimen, haciéndole ver que no existe disculpa para la mujer criminal ni aun siendo su marido malo y tirano.

¿No se estremecerá de vergüenza la mujer adúltera al ver venir a su amoroso esposo a tributarle sus caricias, cuando ella acaba de traicionarlo dándoselas a su amante? ¿No le causará horror trasmitir a su noble y buen esposo el perfume con que la dejó impregnada su corruptor?

¿Cómo tiene valor de profanar a sus inocentes hijos, estampando con sus manchados labios un beso en sus frentes virginales?

¿Os figuráis, desgraciadas criaturas, que es solo el adulterio la falta material?

¿Creéis que el amor, la fe, la ternura que ofrecisteis a tu esposo os pertenece, y que podéis a vuestro antojo disponer de ellas? ¡Cuán engañadas estáis! Una esposa no puede sin ser adúltera, dar a otro que no sea su marido, una sonrisa, una mirada siquiera, porque todo su ser le pertenece a él.

¡Madres!, haced comprender a vuestras hijas que es preferible sufrirlo todo antes que estampar en su frente el inri afrentoso del adulterio.

La desgraciada mujer que comete ese error, hunde sus hijos y hace desgraciado para siempre al hombre que la amó, le dio su nombre y le confió su honra.

Muchos de estos desgraciados mueren a consecuencia de su doloroso desencanto; otros, atentando contra su vida, llevan ante Dios el delito de los suicidas. Y la mayor parte, después de apurar hasta las heces la copa de amargura por su desengaño, su dolor y deshonra, se entregan desesperados a la intemperancia, para aturdirse y ahogar en ella su horrible pena.

Otros, locos por el dolor y la ira, les arrebata sus hijos y se los llevan lejos de aquella madre criminal, y engendran, desmoralizando sus inocentes corazones, odio, desprecio y horror por la madre que les dio el ser.

¡Cuánto no sufrirán aquellas desgraciadas criaturas, errantes y sin regazo materno, acostumbradas a los cuidados y ternuras de su madre!

¡Cuántas lágrimas amargas y silenciosas no verterán, cuando la naturaleza les manda reír, cuando las flores de su infancia debieran exhalar su arrobador perfume! ¡Desgraciados los hijos de la mujer adúltera!

¡Madres!, evitad en vuestras hijas la coquetería y el engaño en sus ilusiones de niña, porque al no hacerlo así, están expuestas a seguir la senda que las conduce a ser mala madre, mala esposa y mala hija; porque su afrentosa falta, cuando llegue a ser esposa, siguiendo ese camino, enlodará vuestras canas y hará a toda su familia desgraciada por su criminal conducta.

Pero sigamos el hilo de nuestra novela.

Salinas, después de arreglar todo, se dirigió diligente a su casa para decirle a su esposa que todo estaba preparado para el amanecer, que era la partida.

Al entrar al corredor, vio a Benito oculto tras la cortina de la puerta de entrada al salón y se dirigió a él para hacerle ver lo mal que hacía; pero este, poniéndose un dedo en los labios y atrayéndolo con violencia al puesto que él ocupaba, le dijo:

—Ved, amo mío, para que no creáis en la amistad y el amor, ved.

Salinas vio en el momento en que Julián profanaba los labios de su esposa, y ciego, loco, entró diciendo:

—¡Infames!

Blanca, sobre sus rodillas como había caído, con el rostro cubierto con las manos, sollozaba. No podía hablar, no podía pararse, tanta era su emoción, tanta su debilidad.

Salinas, lívido, desencajado, contemplaba con desesperación que en aquel instante todas las ilusiones de su vida caían pisoteadas a sus pies.

Aquella mujer que quería hasta la adoración lo traicionaba con el hombre que creía su mejor amigo. Su desencanto era espantoso, su pecho se alzaba agitado y era afanosa su respiración. De repente un destello de triunfo brilló en su adusta mirada, y lleno de coraje tomó a la infortunada Blanca por el brazo y haciéndola parar le dijo con furor:

—Salid, salid pronto de aquí.

Y la empujó hacia la puerta. La desgraciada fijó su mirada medio entontecida en él y le dijo con voz dolorida:

—Jacinto, soy inocente, te lo juro, el infame...

Él no la dejó concluir, y le repitió imperiosamente:

—Salid, salid os digo, ni un minuto más en el hogar que has afrentado.

—Mentira, eso no es cierto, ha sido una desgracia, una infamia, no soy culpable.

Y la desgraciada fijaba en él sus ojos ansiosos, suplicantes.

Él prosiguió ciego de cólera:

—Vete, no quiero verte más, mujer impúdica y mentirosa, vete.

—¡Ah! –dijo ella con desesperación–, ¡no quiere oírme, no quiere creerme!

—No quiero sino que salgáis de aquí, en donde has sido reina, para no volver jamás; me entiendes, jamás.

—¡Dios de misericordia!, amparadme; no soy culpable, Jacinto, soy inocente.

—No puedo creeros después de lo visto, salid, no me obliguéis a que llame los criados para que os arrojen a la calle.

Blanca no se atrevió a replicar, tan enérgica era la entonación de Salinas; se paró vacilante y próxima a caer de nuevo se dirigió a su habitación. Salinas se interpuso y le cortó el paso diciendo:

—¿A dónde vais?, ¿no habéis oído que os mando que salgáis?

—Sí saldré; pero voy buscar a mis hijos –dijo con voz desfallecida la infeliz.

Una carcajada iracunda, a la vez que burlona, resonó en la sala lanzada por Salinas, que dijo con amarga y cruel ironía:

—¡Vuestros hijos!, vuestros hijos, mujer adúltera y desvergonzada: esos no los veréis más, yo os lo juro.

—¡Cielos!, ¿qué dices, Jacinto? Mis hijos, mis hijos, ten compasión... Óyeme, Jacinto, óyeme...

—Tus hijos han muerto para ti. Vete; pero pronto, vete.

—¡Dios de piedad, me roban mis hijos!

Dijo la pobre madre, tratando de ir para donde estaban ellos.

Salinas la detuvo diciéndole:

—Tú no debes sentirlos mucho. Eres mala hija, mala esposa, peor madre.

—¡Mala madre! ¡Hijos de mi alma!

—Sí, porque en sus puras frentes has estampado sin pudor el inri deshonroso del adulterio.

—¡Misericordia, Jesús! ¡Misericordia!

Dijo la pobre mujer comprimiéndose la frente con las manos y llorando a mares.

—Vete; pero presto. Quitarte tus hijos< es la venganza que tomo de ti, salid, salid.

—Soy inocente, Salinas, soy inocente.

Clamó la desventurada Blanca; pero él, implacable, la cogió por los brazos y la arrastró hasta fuera del salón, y de allí a la puerta de la calle.

En ese momento salió Sofía y arrojó sobre los hombros de su señora un rico pañolón. Salinas sin soltarla la arrastró hasta la calle y cerró la puerta. Blanca, al verse en ella, fijó una vaga mirada a su alrededor, quiso andar y no pudo, su debilidad y su pena la paralizaban.

Cuando Salinas la arrojó a la calle, estaba desierta; pero venían ya transeúntes que se la quedaban viendo, porque corrían sus lágrimas y estaba como demente; se acercó a la puerta y tocó, ni le contestaron ni le abrieron; algunos muchachos la rodearon y comprendió la curiosidad con que era vista; empezó a andar a la ventura, sin rumbo fijo, sin saber dónde ir; casa de sus amigas era imposible; casa de sus padres, mucho menos; y exclamó por primera vez:

—¡Madre mía!, ¡si tú hubieras estado a mi lado…! Perdóname, madre de mi alma, mi abandono contigo –y lloraba sin descanso y gemía, sin saber dónde ir. En su angustia recordó a una pobre lavandera, a quien ella le había prestado algunos servicios, y fue donde la buena mujer, que le ofreció cuanto tenía.

Luego que se calmó un poco en aquel mísero refugio, le suplicó le buscara papel, pluma y tinta. Escribió una carta a Rovira y la mandó con ella casa de la madre de aquel. Pasó la noche en vela, ya derramando lágrimas, ya desesperada por su fatalidad. Pensaba en Salinas, y su amor a él la hacía sufrir en demasía, al pensar que él la creía infame y, sobre todo, que dudase del acendrado amor con que ella lo adoraba.

¡Pobre Blanca!, su vanidad la hundió para siempre, su vanidad la condenó a ser la última de las miserables; todas tenían un chiribitil donde albergarse, ella solo tenía la caridad de una pobre mujer.

Al rayar el día, se envolvió en su pañolón y se dirigió a su casa resuelta a entrar en ella a costa de todo, ver a sus hijos, dar a su esposo, más calmado ya, una explicación: confesarle su loca vanidad y necia coquetería, obtener su perdón, ofreciéndole ser en adelante más cuerda y sensata.

¡Pobre esposa, pobre madre!

Cuando divisó su casa, vio dos coches parados frente a ella; aceleró el paso, pero antes de llegar, vio salir a Salinas con Lilia y la metió en el coche, enseguida tomó el varón y entró con él seguido de Benito, que llevaba al chiquito en los brazos; Blanca se lanzó sobre el coche gritando:

—¡Deteneos, deteneos!

Los niños, al oír la voz de su madre, Lilia y el varoncito, asomaron sus lindas cabezas por las portezuelas, diciendo:

—Vente, mamá, ven ligero.

Las pobres criaturas fueron con violencia metidas para dentro, diciendo Salinas con imperioso acento al cochero:

—Arrea a escape, pronto.

El coche partió como una flecha.

Blanca corrió como una loca tras él, diciendo con desgarrador acento: ¡Mis hijos!, ¡hijos míos!, ¡hijos de mi corazón! Y desesperada corría tras el coche y corría, corría sin descansar. El coche se alejó; pero ella corría, corría siempre, hasta que al fin cayó a la orilla del camino, jadeante, desfallecida, llena de angustia y dolor:

—¡Dios Todopoderoso!, ¡me los quitan, me los quitan para siempre!

Cuando se sintió más repuesta, empezó a caminar de nuevo sin descanso; era mediodía y no había cesado de andar, las fuerzas la abandonaron y se sentó otra vez repitiendo:

—¡Hijos míos!, ¡hijos míos!

Lloró mucho y se cubrió la cara en su angustioso dolor. Cuando se la descubrió vio a su lado a un anciano que la contemplaba con mirada compasiva. Blanca al verle le dijo:

—Buen hombre, ¿podéis indicarme un camino corto para llegar a La Guaira?

—¿Y vais a pie, señora?

—Ya lo creo, estoy caminando desde esta mañana.

—Para que lleguéis pronto, bajad por esta pica, venid para indicaros; ved, al llegar al plano, allá abajo, tomad la vereda de la derecha; por ahí encontraréis muchos caminos.

—Gracias, buen anciano, adiós.

—Que Él os guíe con felicidad.

Blanca bajó por la pica y llegó al plano, su agitación, su debilidad, porque no había tomado alimento desde el día antes, y sobre todo, su acerbo dolor, trastornaron sus ideas y en vez de tomar a la derecha tomó a la izquierda y empezó a andar sin descanso. La noche la sorprendió perdida entre aquellos breñales; no había comido, estaba desfallecida, su cerebro flaqueaba y llena de angustia se dejó caer al pie de un árbol; lloró mucho, y en sus gemidos y sollozos se quedó como aletargada. Al fin se durmió. Su sueño fue agitado; fuertes convulsiones nerviosas la hacían estremecer en medio él. Cuando despertó era ya entrado el día, pasó su mano por la frente que la sentía pesada, y la sintió hirviendo.

Se paró y trató de andar y de recordar: por qué se encontraba allí, lo que había pasado; lo recordó como un sueño lejano, sus mejillas estaban rojas,

sus ojos encendidos, su mirada era divagante, su respiración anhelosa, la fiebre la devoraba. Empezó a andar por instinto y después de caminar algún trecho se encontró en el margen de un cristalino río, la sed la asediaba y tendiéndose a su orilla bebió con avidez, quiso levantarse, no pudo, y volvió a caer perdiendo el conocimiento.

CAPÍTULO XXI

SALINAS Y SOFÍA

CUANDO SALINAS dejó a Blanca en la calle, entró en la habitación de ella; allí encontró a Sofía pálida, aterrada. Salinas se dirigió a ella que se estremeció al verlo acercarse, este le dijo con calma glacial:

—No temáis, señorita, no temáis.

Ella algo alentada, dijo:

—Señor, yo ignoraba lo que pasaba en vuestra casa, si lo hubiera sospechado, no estaría en ella.

—Os creo, y voy a haceros una exigencia en nombre de vuestra madre, pues creo que pidiéndolo por ella me concederéis cuanto exija.

—Seréis satisfecho, señor, podéis decir.

—Deseo que ahora mismo recojáis la ropa blanca del uso.

—Eso es fácil, toda está en un armario.

—Además, recogeréis toda la ropa que pertenece a esa mujer hasta la última hilacha junto con todas las baratijas que Uds. en sus tocados usan y necesitan.

—Seréis servido en todo.

Salinas, lleno de una emoción inexplicable, colocó su mano sobre la que Sofía apoyaba en el sillón, y dijo con voz temblorosa:

—Señorita, Ud. sabe comprender lo que por mí pasa; os ruego de nuevo, por la vida de vuestra madre, que ni a ella le contéis lo que ha pasado. ¡Sofía: es mi honra lo que vais a guardar!

—Estad seguro que seré muda y procuraré por mi parte olvidarlo todo. Dormid tranquilo.

—¡Ah! –dijo Salinas y se cubrió la cara con las manos, y por sus trémulos dedos se deslizaron dos lágrimas. Sofía emocionada se paró; él quitó sus manos, alzó la cabeza y fijó su desencajada mirada en ella y con amargo acento dijo:

—A Benito me lo llevo, él y Ud. son los únicos que saben lo que ha pasado y si se divulga...

Sofía no lo dejó continuar y le dijo con solemne acento extendiendo su brazo:

—Señor Salinas, os juro por la vida de mi madre, que es lo que tengo que amar en el mundo, que seré muda y ni ella sabrá nada, que procuraré olvidar lo que sin querer he sabido. Estad seguro que mis labios no dirán una palabra. Si mi silencio guarda vuestra honra, señor Salinas, yo os la guardaré incólume: yo os lo juro.

—Gracias, señorita, creo y guardo vuestro juramento como mi único consuelo en la vida de amargos dolores que voy a cruzar.

—¡Ay!, señor, antes morir que faltar a él.

—Basta, Sofía... Deseo que luego que recojáis lo que os he dicho, lo mandéis a vuestra casa, pero sobre todo, que sea ahora mismo.

—Está bien, lo haré así. Cuando volváis todo lo encontraréis allí, a menos que ordenéis lo entregue a la señora.

—Nada de eso, es para usted y para vuestra madre.

—Pero al menos daré a la pobre señora la ropa de su uso.

—Nada, esa mujer murió, y yo lego a Ud. esa herencia.

Sofía inclinó la cabeza silenciosa.

—Id, no os detengáis, mandad ahora mismo lo dicho. Benito traerá conductores. Quizá sea necesario que me sacrifiquéis el sueño hoy.

—Eso no vale nada.

—Luego que hagáis eso, recogeréis toda la ropa y lo necesario de mis tres hijos y la embaularéis, a fin de que todo esté para partir al amanecer.

—¿Y va Ud. a llevarse los niños? –dijo Sofía asustada.

—Sí, y para siempre. Esa va a ser mi venganza. Lo único que conozco que quiere esa mujer son sus hijos y se los quito. Yo le ofrezco que no los verá jamás. ¡Ah!, de algún modo debo vengar mi afrenta.

Sofía lloraba sin contestar. Quería a aquellas inocentes criaturas y medía su desgracia. Al fin dijo:

—¡Pobrecitos!, ¡yo no los veré tampoco!

Salinas conmovido contestó:

—Señorita, yo soy muy desgraciado, porque esa mujer con su infamia ha secado en un solo instante la fuente de mi amor, las flores de mis ilusiones y destruido para siempre mis dulces esperanzas; debo irme, debo llevármelos, dejarlos, jamás. ¿A quién amo? ¿A quién encuentro a mi lado? ¡Soy muy infortunado, señorita!

—Tenga Ud. valor, señor. Quizá Dios os traiga el remedio; pero permítame que le diga que creo a la señora más desgraciada que culpable.

—No digas tal cosa, esa mujer es todo infamia, mentira y perversidad; esa mujer no ama a nadie, ni a sus padres; es una de esas fieras que solo quieren a sus cachorros.

—No la juzguéis tan mal, ella no es mala, pero...

—No es mala. La habéis oído en la suprema hora de su fatalidad decir una vez siquiera: ¡Madre mía!, y el que no quiere a su madre no quiere a nadie.

—Es verdad –dijo Sofía con tristeza. Él prosiguió:

—Sí, ella no ha querido sino a su vanidad, y ahora comprendo que si se casó conmigo, fue para humillar a los demás con el boato que desplegaba, con el dinero. Jamás esa mujer me ha querido.

—Eso no es cierto, señor, a la señora se le conocía que amaba a Ud. de todo corazón, lo que ella expresaba por Ud. no podía ser fingido; eso es lo que abisma hoy.

—Bien, señorita, comprendo la nobleza de vuestro deseo; pero hablemos de otro servicio que quiero que me prestéis, el último tal vez.

—Mandad cuanto gustéis, yo os sirvo con gusto.

—Voy a exigiros que mintáis para no arrebatarle la tranquilidad a dos nobles ancianos, muy desgraciados por cierto.

—Haré todo lo posible por mentir bien.

—Mañana sacaréis vuestros trastos cuando saquen mi equipaje. Mi segundo tomará la llave de la casa; vendrán varios para eso; además, vendrán dos coches, en uno partiré yo con mis hijos y Benito para La Guaira, para embarcarme al llegar. En el otro subirá usted, va a la casa de los padres de esa mujer y les dice de parte mía y de ella que un negocio urgente me obliga a partir para Europa, y que no queriendo separarme de la familia, me la llevo, que por lo apremiante del tiempo, no vamos a despedirnos. Así, ellos no sabrán mi desgracia ni tendrán de qué abochornarse. A todo el que pregunte, le diréis lo mismo para que no sepan mi afrenta, porque ella por su vanidad, que ella mismo pisoteó, huirá de cuantos la conozcan.

—Todo lo haré como deseáis.

—Gracias –dijo Salinas y se alejó. Ya hemos visto que Salinas y su familia partieron, pero antes de subir al coche dijo él a Sofía:

—Adiós, señorita, doy a Ud. las gracias porque habéis hecho cuanto os exigí y espero haréis lo demás que os falta.

—Adiós, señor, partid tranquilo, que yo sé cumplir lo que ofrezco.

—Tomad, esto se lo dejan los niños como muestra de su cariño.

—Gracias, señor.

Dijo Sofía, sin ver lo que le daba Salinas porque estaba deshecha en llanto estrechando los niños contra su corazón y besándolos con dolor; por eso no vio a Blanca, porque al ver que los entraban en el coche, se metió para dentro desesperada.

Sofía guardó sin ver el paquete que le dio Salinas en el carriel; subió en el coche y fue a cumplir su última misión. Los padres de Blanca no extrañaron se fuera sin despedirse, habituados a esa indiferencia; así fue que solo tuvieron que sufrir ese despego. Sofía agitada y conmovida se retiró a su casa; su madre recibía sus trastos, al verla se arrojó en sus brazos y rompió en llanto; Beatriz sobresaltada la hostigó para que le dijera la causa de su aflicción y aquello extraño que veía.

—Madre mía, uníos a mí, soy una niña inexperta y sola no puedo hacer nada, necesito tu apoyo, tu ayuda para dar la felicidad a muchos; ella es inocente; jura, madre querida, como yo juré por tu vida; jura no revelar lo que voy a confiarte.

—Cálmate, hija mía, tu propósito es bello, noble y grande, y yo como tu madre, te ayudaré en lo que sea necesario, para que lleves a cabo esa misión divina y santa que quieres practicar. Juro por tu vida, hija mía, y por mi Dios, ayudarte y guardar secreto.

Sofía refirió a su madre lo que había pasado, y terminó diciendo: Busquemos a la señora, tal vez ella pueda explanar la verdad, yo no la creo criminal. Desde ese día procedieron sin descanso a solicitar a Blanca, pero todo fue en vano, porque Blanca no apareció. Después que se calmaron, Beatriz abrió el paquete que le dio Salinas a Sofía en nombre de sus hijos, y no pudo contener un grito, diciendo:

—Ve, Sofía, veinte y cinco billetes de a mil bolívares, una fortuna. Con eso compraremos una casa y vendrá la señora a vivir con nosotras.

—Sí, compraremos tres, y con la renta que nos den dos y nuestro trabajo viviremos las tres sin que ella haga nada. Dios traiga la felicidad para tan caritativo señor

CAPÍTULO XXII

EL ARREPENTIMIENTO

DOCE AÑOS han pasado después de los acontecimientos narrados. Los Villamizar y sus amigos se conservan en su querido campo. Sus cabellos han encanecido; pero se conservan juntos. Olivier y Gerina han alegrado aquel lugar con cuatro preciosos hijos, que eran el encanto de todos. En tan largo tiempo, solo habían recibido tres cartas de Salinas fechadas en los Estados Unidos. En la última que acababan de recibir les decía que Blanca estaba enferma, y que en el próximo año vendrían a Venezuela; que su hija Lilia era una mujer formada, que su hijo Héctor era un hombre, por su aventajada estatura, y Celina una preciosa niña de doce años.

Los pobres viejos se alegraron mucho cuando supieron de Blanca y su familia, aunque ella no les había escrito nunca. Sofía y su madre no habían cesado de buscar a Blanca, pero todo fue en vano; pero cuando supieron lo que Salinas decía en su carta entraron en mil cavilaciones, pues ellas sabían muy bien que aquello era falso. Sofía decía a su madre:

—Ella no está con Salinas, la desgraciada señora se quedó aquí.

—Quizá ella supo dónde estaban y habría ido a unirse a ellos.

—Puede ser; pero me inclino a creer que la pobre señora murió.

—Es bien raro, Sofía, lo que ha pasado con Blanca y con Rovira, todo el mundo cree que se fue con Salinas, así como su secretario que nadie lo ve.

—Es cierto, se han sepultado bajo de la tierra los dos.

—Se habrán ausentado juntos y estarán en algún rincón del mundo ocultos, para que no vean su desvergüenza.

—No, eso no; ella quería con adoración a su marido; ella no amaba a Rovira, ella no está con él, lo repito, ella debe haber muerto.

—Si fuera así, sería muy mal hecho, porque con ese descaro no dejaba duda.

—Yo me atrevería a jurar que fue una fascinación de Salinas u otra cosa; aquella señora, lo repito, idolatraba a su esposo y adoraba a sus hijos.

—Puede ser; ¿cuántas siendo inocentes han sido condenadas porque las apariencias las hace aparecer culpables?

—No creo en esa falta, yo siempre estaba a su lado, y todo revelaba en ella un fondo muy puro de honradez.

—Tú me lo aseguras y te lo creo; pero muchas cosas hace Dios para castigar el orgullo y la vanidad desmedida como los de ella.

—Pobre señora, me hizo sufrir mucho, pero daría algo por consolarla en su desgracia y abandono.

—Haces bien, perdona siempre a tu ofensor.

—Tú me lo has enseñado y lo haré siempre así.

—Vas a pisar la senda escabrosa de la mujer; vas a casarte dentro de pocos días. No eres una niña, pero ten mucho tino, hija mía, para que no des nunca motivo a tu esposo que pueda empañar el limpio azul de vuestra felicidad; guarda mis consejos, hija mía, y muere antes que manchar el nombre y la honra del hombre que ciego de amor, te entregó para siempre ese tesoro, para que lo guardes en el arca transparente de las virtudes.

—Sí, madre mía, lo haré así, tus consejos darán ese resultado.

—Yo rogaré a Dios no te aparte de ese camino.

—Gracias, mamá; pero dime, ¿no ves lo mucho que demora Valentín?

—Él fue a participar su enlace a sus padres y debía estar unos días con ellos.

—Es verdad.

Apenas habían pronunciado estas palabras, cuando apareció en la puerta de entrada al salón un hombre de simpática figura, era Valentín. Una exclamación de madre e hija le demostró lo grato que era su presencia. Beatriz le tendió la mano, y le dijo:

—¿Cómo estás, hijo mío? Aquí te están contando los días.

Él estrechó la mano de Beatriz, y reteniendo la de su amada con amor, le dijo con pasión:

—De cierto. ¿Me has echado de menos?

—Es que te has demorado mucho.

—Pues ya me tienes aquí para no separarnos más. ¿Te agrada?

Sofía fijó en él su mirada impregnada por la pureza de aquel único amor que había sentido; le dijo para ocultar su rubor:

—¿Dejaste buenos a tus padres?

—Y muy contentos con mi matrimonio; opinan que debí hacerlo antes, no a los treinta y seis años.

—¿Te has divertido mucho?

—¿Y con qué allí? A menos que sea con la loca de Tacagua, que es lo nuevo que he encontrado en aquel lugar. Ya te he dicho lo triste que es Tacagua.

—¿Y qué tiene de notable la loca? ¿Qué hace?

—En realidad, nada; solo que se admira su imponente hermosura, su paso de reina, su silencio y su majestuoso talante que sobresale a pesar de sus harapos.

—¿Y es hija de alguna familia de aquel lugar?

—Sí, creo que nació por aquellos alrededores; no conozco su familia, pero vive o viene mucho casa de Anselmo y su mujer, que son unos ancianos.

—¿Parientes de ella?

—Creo que sí, según unos; pero dicen otros que la encontró cerca de su rancho, cansada y enferma, y se la llevó en el burro a su casa por lástima.

—¿Y cómo se llama?

—Nadie lo sabe; se cree que es muda porque no habla ni por señas.

—Y para llamarla, ¿cómo le dicen?

—Tacagua, por ser el nombre de aquel lugar.

—¡Qué desgracia es ser loco!

De la conversación que tuvieron se determinó hacer el matrimonio dentro de dos semanas, pues todo estaba preparado.

Coronados al fin sus deseos y siendo Valentín esposo de Sofía, vivían los tres felices.

Cerca de ellos habitaba un venerable sacerdote, el cual desde antes de casarse Sofía, llevaba con ellas la mejor amistad; y la intimó más desde que Valentín se unió a Sofía, porque su honradez, su buena conducta y ameno trato se lo hicieron simpático. El padre Jacobo, que así lo llamaban todos, era muy estimado por sus méritos; era humilde, rígido en la práctica de sus deberes, sin ser gazmoño; su trato era dulce, franco; su caridad evangélica, lo cual hacía que fuera elogiado y querido por todos; así fue que él y Valentín se estimaron mutuamente. El sacerdote tenía una hermana que se desvivía por él; pura, sencilla e inocente a pesar de sus cuarenta años; Marta era el modelo de la más acrisolada virtud. Él la quería en extremo, porque era todo lo que tenía en el mundo.

Se hizo costumbre, que de noche, fueran un rato los dos hermanos casa de Valentín, y después de la más grata tertulia, cenaban juntos y se retiraban. Si no podían ir, eran Valentín, Sofía y Beatriz los que iban casa de ellos para no dejar de estar ese rato juntos. En una de esas noches, cuando se encontraban en lo más animado de la conversación, llamaron; el sirviente fue a ver y Valentín salió al corredor y vio que entraba un sujeto de pobre apariencia que, después de saludar, preguntó:

—¿Vive aquí el señor Valentín Solís?

—Servidor vuestro. ¿Qué queréis?

—Me han informado que puedo encontrar aquí al padre Jacobo; ¿está?

—¿Qué deseáis, buen hombre? –dijo el padre Jacobo, saliendo a su encuentro.

—Vengo de parte de un moribundo que os llama anheloso.

—Esperad, señor mío, ya voy con Ud.

Se despidió y salió con el desconocido.

Pasado un rato, se despidió Marta y se fue. Después de arreglar todo y rezar sus oraciones, mandó a la criada que cerrara la puerta.

—El padre no ha venido, señorita.

—Cierra, que él carga una llave para estos casos.

A la mañana siguiente se levantó temprano y fue a llamar a su hermano para que fuera a decir su misa de costumbre; el sacerdote no había venido y la cama no estaba deshecha. Sintió inquietud y se fue a la Iglesia a ver si estaba allí. En efecto, acababa de empezar a oficiar. Marta se tranquilizó y al acabarse la misa se fue a ver el desayuno de su hermano. Cuando este llegó, se sentó silencioso a tomarlo. Después que terminó, dijo:

—Marta, arregla mi maleta; pon en ella ropa blanca, como para un mes o más.

—¿Qué dices, Jacobo, para dónde vas? ¿Tienes ya curato nuevo?

—No, pero tenlo todo dispuesto, que voy al arzobispado a pedir una licencia; debo irme hoy, mañana sale un vapor y debo aprovecharlo.

—Pero te has vuelto loco, hermano mío. ¿A qué ese viaje tan intempestivo?

—Porque es necesario.

—¿Necesario? ¿Y para dónde vas; puede saberse?

—Porque no; voy a los Estados Unidos.

—¡Dios de misericordia! No es loco, que es rematado; ir para aquel frío, con cerca de setenta años: eso se reflexiona.

—Reflexionado lo tengo, y partiré con el coche de las tres de la tarde.

—Pero no puede ser; eres capaz de morirte, tú tan achacoso; no, no, tú no debes ir, te mueres por allá.

—Cúmplase la voluntad de Dios.

—Pero, Jacobo, tú has perdido la razón.

—No, querida Marta, pero me lo impone el deber.

—Tú no tienes más deber que tú y esta pobre hermana.

—Tú eres la que estás disparatando.

—¿Por qué?

—Porque un sacerdote no se pertenece, y si sabe cumplir sus deberes, debe dar sus consejos, su apoyo y protección al que los necesita; y si el que los implora es desgraciado y está moribundo, mucho más.

—Luego el enfermo de anoche ¿te va a llevar con él?

—Dios me libre de que se antoje de llevarme, y me preste la vida para llenar la misión que me han confiado.

—¿Y él se queda aquí?

—No, él murió anoche a las once.

—Dios lo perdone; pero ¿te encargó algo y por eso haces ese viaje?

—Marta, los secretos de la confesión son sagrados; aprende a ser prudente y no preguntes tanto.

—Pero si me tiene asombrada este viaje tan intempestivo.

—Lo que has de hacer es arreglarme la maleta.

Y el sacerdote salió sin despedirse de su hermana, que amostazada empezó a disponer la maleta, diciendo en voz alta:

—Si hay cosas... la generalidad dice: Qué feliz es fulana, tiene su hijo cura; qué tranquila vivirá zutana con su clérigo, siempre lo tendrá a su lado y no tendrá inquietud; y qué feliz y tranquila voy a estar yo con este hermanito padre, que sin saber por qué se le mete en la cabeza hacer este viaje en el rigor del frío... Si digo que... Emparamado se va a ver.

Entretanto el padre Jacobo sacó una licencia en el arzobispado, y después de arreglar todo para su marcha, se fue a despedir de sus amigos Valentín y familia y les recomendó a su hermana. Valentín, al ver aquel viaje tan intempestivo, le dijo al despedirse:

—Pero Ud. debe tener un motivo poderoso para viaje tan repentino.

—Sin duda, Valentín, voy a cumplir la última voluntad de un moribundo.

—El de anoche quizá.

—El de anoche. Le juré en la hora de su agonía salir al morir él a cumplir su encargo.

—Claro es que no le queda a Ud. más remedio que partir.

—Es la verdad. ¡Pobre hombre! ¡Cómo me conmovió! ¡Qué arrepentimiento tan sincero! ¡Qué explicación tan dolorosa!

—Dios le perdone y haga que Ud., padre Jacobo, llegue con felicidad a cumplir debidamente su última voluntad.

—Que así sea –dijo el sacerdote inclinándose; luego se despidió de todos y de su hermana y partió.

CAPÍTULO XXIII

SORPRESAS Y DUDAS

ROBERTO MONTIJO con el trascurso de los años y su contracción había aumentado su fortuna haciéndola colosal. Sus hijos recibían la más brillante educación. Julia lo hacía completamente feliz, y se sentía más enamorado que antes de casarse; pero tenía el pesar de ver que su hija mayor, que tenía dieciséis años, estaba sumamente delicada de salud, porque su desarrollo era moroso. Los médicos opinaron que el campo, el aire libre y puro, el ejercicio y buena nutrición, le devolverían su perdida salud.

Él poseía una preciosa hacienda en una de las ensenadas del Ávila, muy cerca de Caracas; el clima era magnífico, las aguas saludables.

Allí determinó mandar la familia, la casa de la posesión estaba situada en un caserío que había en aquel lugar, donde vivían los agricultores de aquellos alrededores. Tenían ya capilla y procuraban todos en dar incremento a la fundación de un pueblo. Todas aquellas buenas gentes eran dignas de estimación, porque poseían, a más de sus virtudes, esa pureza de costumbres naturales del campo.

Allí la hija de Montijo disfrutaba de aquel excelente temperamento y aspiraban sus pulmones el aire puro de las montañas.

Julia, siempre dulce y buena, cultivó la amistad de aquellos pacíficos habitantes, y se esmeraban por complacerla. Sus hijos daban largos paseos con los jóvenes de allí.

Una mañana salieron todos a dar un paseo. Julia se quedó sola y se sentó en el corredor viendo ir y venir a las campesinas que iban a su trabajo.

De repente vio venir una mujer alta, de majestuoso talante y de pausado andar, veía para todas partes con mirada entontecida sin que nada la sacase de su abstracción e idiotismo. Julia no la había visto desde que estaba allí; pero al verla se estremeció, le pareció conocerla, haberla visto antes, y viéndola con más fijeza experimentó una fuerte impresión. Aquella mujer, a pesar de su desaliño, era sumamente hermosa. Su rubia cabellera, enmarañada y medio tejida, le caía más abajo de la mitad de la falda, la cual

estaba muy gastada y sucia a pesar de tener el color encarnado; sobre esa falda llevaba otra más corta y de color indefinido, a manera de sobre falda; el saco era de percal, de color indefinido; un pedazo de tela blanca, sucia, también la tenía arrollada en el cuello a manera de abrigo. Calzaba unas alpargatas de hombre, viejas, y sus pies sumamente limpios eran blancos como el alabastro.

De cuando en cuando movía los labios y accionaba y enseguida emprendía una vertiginosa carrera.

A Julia le llamó mucho la atención; pero no pudo fijarse mucho en su fisonomía porque pasó corriendo delante de ella.

Una vecina pasaba en ese momento y se paró a saludar a Julia. Esta le dijo:

—Decidme ¿quién es esa mujer, la conocéis?

—Ya lo creo; quién no conoce aquí a la loca de Tacagua.

—¿Y es loca?

—Sí, señor; pero su locura es pacífica, no tiene más que lo que habéis visto.

—¿Cómo se llama?

—No sabemos, como es muda no ha dicho su nombre.

—¿Y por qué se enloqueció?

—Nadie lo sabe; pero eso que hace, prueba que algo la impulsó a correr sin que nada la detenga en su carrera. Yo supongo que será de algún susto.

—Pobre e infeliz, ¿y oye?

—Sí, señora, y hace cuanto Ud. le mande.

—¿Tiene familia?

—Sí y no. Aquí no se sabe quiénes son sus padres; pero tiene al viejo Anselmo y su esposa que la quieren como hija.

—¿Y hace muchos años que está con ellos?

—Muchos, lo menos trece o catorce.

—Y cuando la llaman ¿viene dócilmente?

—Sí, señora, ¿queréis que la llame para que la veáis de cerca?

—Sí, llámala.

—Tacagua, ven acá –dijo la vecina.

La pobre demente se acercó. Julia lanzó un grito ahogado y juntando las manos dijo sorprendida:

—¡Dios mío, si es ella misma! Entrad, entrad.

La loca obedeció y entró.

Julia absorta, no cesaba de verla y pensaba: Si no supiera que Blanca está en el Norte, juraría que era ella, ¡qué parecido tan perfecto! Tacagua se acercó a Julia y se la quedó viendo fijamente. Luego brilló en su opaca mirada un destello de luz. Después se llevó las manos a la frente y se la comprimió, murmurando algo incomprensible. Julia le tomó la mano y le dijo:

—¡Cuánto se parece a Blanca! Son dos gotas de agua, dime ¿quieres que te llame Blanca?

La loca se estremeció y abrió los ojos con viveza, luego dejó caer sus párpados, asomando a sus labios una sonrisa.

La demente hizo un movimiento y murmuró como el que sueña cerrando sus hermosos ojos:

—Blanca, Blanca.

—Qué cosa –dijo la vecina–, la loca como que habla, ¿no oís, señora?

La demente repitió con voz tartamuda:

—Blanca… Blanca.

Julia se agitó, sus ojos se humedecieron, y casi creyó que era Blanca, y dijo para sí, probemos, y repitió:

—Blanca Villamizar de Salinas.

Una mirada indefinible brilló por un momento en los ojos de la idiota. Después se rió muy contenta y dijo claro:

—Blanca Villa... mizar.

Desde ese día repetía sin cesar su nombre y las gentes del pueblo dejaron de llamarla Tacagua para llamarla Blanca.

Julia la surtió de ropa y la hacía vestir y peinar en su casa, para que le arreglaran lo que se quitaba; a veces se quedaba viendo a Julia fijamente, se cubría la cara y sollozaba sin verter una lágrima. En la mesa donde la sentaban comía con el estilo de la persona acostumbrada a ello, lo que asombraba a Julia y eso le hacía creer que si no era Blanca era símil completo.

Montijo fue a verlos como tenía por costumbre, y llevó la noticia que se había sabido de Blanca, que Salinas decía que si no mejoraba tendría que traerla a su país natal a ver si mejoraba.

Ya no dudó Julia que la loca no era Blanca, pero no por eso dejó de amarla y cuidarla lo mismo; aquella desgraciada le había interesado mucho

por su semejanza con Blanca.

La salud de la hija de Julia era ya perfecta y determinaron volverse a Caracas.

Julia fue a despedirse de todas aquellas buenas gentes y se dirigió a la casa de Anselmo. En el momento que llegó, la pobre idiota ayudaba a la esposa de Anselmo en los quehaceres domésticos; pero al ver a Julia dio un grito y se arrojó en sus brazos. Julia le agradeció aquella demostración tan espontánea, y tomando de un cesto que llevaba un sirviente un gran envoltorio de ropa le dijo con afecto:

—Toma esto para ti, para que estés siempre buena moza.

Al decir estas palabras, cogió la cara de la idiota y la besó en las mejillas como si fuera un niño.

Una gran alegría brilló en el rostro de la infeliz, y tomando las piezas de ropa se las ponía por delante y palmoteaba. La anciana y Julia reían de tan inocente alegría. Un pañuelo marcado con seda cayó al suelo, tenía todo el nombre de Julia; lo tomó y se puso a contemplarlo por todos lados; tantas vueltas le dio que la marca le quedó de frente y fijó su mirada con persistencia en ella, y su frente se contrajo, su mirada brilló y puso un ceño adusto. Julia y la anciana tuvieron miedo y trataron de quitarle el pañuelo; ella lo asió fuertemente y fijando su brillante mirada en Julia dijo enseñando la marca:

—Julia de Montijo… tú… –y la enseñó con el dedo. Tiró el pañuelo, se cubrió la cara con las manos, y dejándose caer en un banco alzó las rodillas y ocultó su cara en ellas sollozando.

Julia experimentó una fuerte emoción, se le acercó y pasando su mano cariñosamente por sus blondos cabellos le dijo con dulzura:

—¿No te gusta el nombre de Julia de Montijo?

La demente alzó la cabeza y fijó su mirada entontecida por todas partes y dijo parándose:

—Blanca, Blanca.

El destello de luz había pasado; Julia le preguntó:

—¿Tú sabes leer, Blanca?

Ella se sonrió con la risa vaga del demente y repitió:

—Blanca, Blanca, Blanca.

Julia la contempló dolorosamente y volviéndose a la anciana le dijo:

—Señora, ¿consentiréis que yo mande a buscar esta desgraciada para que la recete un médico especialista?

—Y por qué no, todo lo que sea en bien de los desgraciados, me es grato hacerlo, mandad por ella cuando a bien lo tengáis, y no dudaré en mandarla.

—Está bien, cuidadla mucho, tomad para que no le falte nada. –Y Julia dio a la anciana un puñado de oro. Julia volvió a Caracas sin poder olvidar un solo instante a la loca Tacagua; ¿por qué, se preguntaba, aquella emoción al ver mi nombre? Yo mandaré por ella, y haré lo posible para volverle la razón... ¡Si fuera Blanca…! Sí, ella viene a curarse; ¡pero es tanto el parecido…! Imposible, ella no puede ser, la demente es más pálida, más delgada y de más edad; pero tiene su misma fisonomía, tal vez por eso me inspira tanto interés. Yo no veo a Blanca desde que nos casamos, ella desdeñaba mi amistad, porque tenía más dinero que yo, puedo estar engañada. ¡Cuánto no varía una fisonomía en dieciocho años!

CAPÍTULO XXIV

EN LOS ESTADOS UNIDOS

EN LA CAPITAL del norte, en una calle principal y en una suntuosa casa, vamos a encontrar a nuestro compatriota Jacinto Salinas, establecido allí hacía ocho años. Educaba su hijo Héctor en el colegio más acreditado de aquel lugar, y sus hijas Lilia y Celina en un convento que regentaban monjas españolas. Sor Margarita era directora de aquel plantel y a ella recomendó sus hijas Salinas, diciéndole:

—Mis hijas son huérfanas de madre. Haga Ud. las veces de tal con ellas y le quedaré reconocido.

Cuando fue a llevar las niñas al colegio, les dijo Salinas:

—Vuestra madre ha muerto; vuestra madre no la verán Uds. más.

—¿Cuándo murió? –se atrevió a preguntar Lilia.

—Cuando le llegó su hora, y basta. Si sé que hablas de ella en el colegio te irá mal.

Lilia bajó la cabeza y sus ojos se humedecieron.

Sor Margarita era de carácter suave y dulce, el amoroso trato que daba a sus discípulas hizo que Lilia y Celina, pobre niñas que se veían sin su madre en aquel lugar extraño, sintiesen por ella mucho afecto, y la monja que lo comprendió se los devolvía con creces.

Lilia no podía olvidar la escena que al salir de Caracas presenció; no podía olvidar a su madre, que no estaba en la casa esa mañana y que la vio que venía corriendo, llena de angustia y desesperación, y les gritó tendiéndole los brazos:

—¡Hijos de mi corazón!

Ni menos podía olvidar la violencia con que, iracundo su padre en el coche, las metió para dentro al ella decirle, tendiéndole sus brazos:

—Ven, mamá, ven.

Ella tenía cerca de ocho años entonces y lo recordaba perfectamente. No podía olvidar tampoco que si alguna vez ella preguntaba por su madre, él se

ponía furioso, y al fin le impuso con severidad que no le hablara de ella, que tratara de olvidar aquella mujer.

—¿Y por qué eso? –dijo la niña–, ¿por qué no quieres que te la nombre?

—Porque ha muerto.

—Y si ha muerto ¿por qué no nos pones luto, siendo ella mamá?

—Silencio –dijo su padre exasperado–, te prohíbo me nombres más esa mujer miserable.

—Entonces, rezaré por ella si ha muerto, y haré que recen mis hermanos –dijo Lilia llorosa.

—Haz lo que quieras; pero no me la nombres más, te costará caro si lo haces –y salió de la sala.

Lilia quedó aterrada. No se la nombró más, pero la recordó con persistencia, y esa idea fija se arraigó en su pensamiento y fue entristeciéndole el corazón.

Pasaban los años. Respetó la prohibición de su padre, no le habló más de su madre; pero su recuerdo fue tan persistente que le traía a su joven y tierna alma tristes meditaciones, cuando debieran bullir en ella los bellos y alegres pensamientos de la adolescencia. Esto fue causa de que se hiciera reflexiva; lo cual le dio a su bellísimo semblante un tinte de melancolía marcado que inspiraba compasión, siendo como era su padre ya, cinco veces millonario. ¡Pobre Lilia! Ella con tanta riqueza nada gozaba, todo le era indiferente, solo pensaba en su madre. Había cumplido dieciséis años y languidecía abrumada por su pesar, lo cual trajo a su rostro densa palidez, en vez de estar llena de vida. Sor Margarita se alarmó, porque había comprendido la profunda tristeza que agobiaba a la pobre niña, y se propuso averiguar la causa.

Una tarde a la hora del recreo divisó a Lilia que en vez de estar disfrutando de la alegre y bulliciosa algazara que tenían las discípulas reunidas, estaba sentada solitaria al pie de un frondoso árbol, que estaba retirado del lugar donde se hallaban las educandas. Sor Margarita se le fue acercando por detrás ahogando sus pisadas. Lilia no la sintió, y creyéndose sola lloraba amargamente, diciendo con angustia:

—¡Madre mía! ¡Pobre madre mía! ¡Cuánto sufrirás!

Sor Margarita quedó asombrada al oír que la niña hablaba de su madre como si estuviera viva. Un millón de conjeturas le asaltaron; pero al

recordar que Salinas le aseguró la muerte de su esposa, temió por la razón de la pobre niña. Lilia prosiguió:

—Me imponen que no te recuerde, que no te ame, tú, que me quieres tanto: eso es imposible. Yo siempre te amaré, madre mía, y donde estés, el bálsamo de mis ruegos caerá sobre ti, madre de mi corazón.

Luego, enjugándose las lágrimas y juntando las manos, dijo con exaltación:

—¡Dios mío!, ¡tú que eres tan bueno, quítame la vida llamándome a tu lado para olvidar mi sufrimiento!

—¡Lilia, hija mía! –dijo Sor Margarita con ternura. La niña asustada contestó:

—¡Jesús mío!

—Hija, no invoques la muerte.

—Perdonad, yo no supe lo que dije, madre, perdonad.

Sor Margarita se sentó a su lado y abrazándola y rodeándola con el brazo, le dijo con amoroso cariño:

—¡Tú sufres mucho, hija mía!, ¿qué tienes, qué pena te agobia?, ábreme tu corazón; te veo sufrir mucho.

—¡Ah, madre mía!

—Sé franca conmigo, dime por qué lloras.

Lilia callaba y solo dejaba oír sus sollozos.

—Tú sabes que te quiero como si fueras mi hija, que eres la preferida de mis discípulas, habla, no me ocultes nada.

—Yo no tengo pesares a vuestro lado; pero siento opresión, me ahogo y lloro, porque llorar me alivia.

—Tú recordabas tu madre. ¿Te va mal a mi lado?

—¡Oh Sor Margarita!, sois tan buena, que si no fuera por eso, ya habría muerto de dolor, de pena.

—Dime, ¿no estás a gusto aquí?, ¿quieres que llame a tu padre para que te lleve a su lado?

—No, señora, por el contrario, como siento una tristeza tan grande, aquí estoy mejor.

—Los paseos, las distracciones y los goces te volverán tu perdida alegría.

—No lo crea Ud., madre.

—En el bullicio todo se olvida. A tu edad, hija mía, hasta tu madre que tanto echas de menos, te hará menos falta.

—Una madre siempre hace falta, y yo no puedo olvidar la mía.

—Tienes razón en amar siempre el recuerdo de tu madre; pero no desesperes. Dios impone la resignación.

—¡Es tan buena mi madre, nos quería tanto!, y tal vez hoy nos quiera aún más.

—Pero debes conformarte. Ella se halla ante Dios y rogará por Uds., porque según creo hace diez años que murió.

—¡Ay!, ¡madre! Si Ud. supiera, si pudiera decirle mi secreto dolor...

—Yo te exijo que no me lo digas, si no debes decirlo; pero olvida un poco y resígnate mucho.

—¡Olvidarla!, nunca, nunca; resignarme, procuraré hacerlo.

—No te desesperes, Lilia; yo creo que tú estás muy enferma.

—Sí, demasiado enferma, a veces creo que me estoy muriendo.

—¡Pobrecita! Vamos, ven a juntarte con tus compañeras, no te dejes abrumar de la tristeza.

Lilia, unida con Sor Margarita, fue a reunirse con las educandas.

A la mañana siguiente Sor Margarita hizo que el facultativo del colegio viera a Lilia. Él le hizo un prolijo examen, y luego que estuvo solo con la directora, le dijo alarmado:

—Llamad al padre de la niña, haced que la saque en el acto de aquí; la amenaza una languidez mortal, tras ella llega la consunción y la muerte es inevitable. ¡Pobre joven!, que se la lleven hoy mismo, que no la dejen descansar. Paseos, teatros, bailes, montar a caballo, en fin, con un movimiento continuo podremos salvarla; dígaselo a su padre así.

Inmediatamente fue llamado Salinas. Sor Margarita dijo a Lilia:

—Hija mía, tu salud está delicada, tu padre viene ahora para llevarte con él; arréglate para que te vayas hoy, que volverás cuando te cures.

Lilia sorprendida, casi asustada, dijo a la monja tomando sus manos y comprimiéndolas contra su corazón:

—Madre, voy a pedir a Ud. un favor que os ruego por Dios no me lo neguéis.

—Habla, hija mía, te lo concedo todo.

—No le digáis a mi padre que me habéis oído invocar el nombre de mi madre, eso me haría sufrir mucho.

—¿Porque te lo ha prohibido?

—Por piedad; ¿me lo prometéis?

—Hija mía, si es cierto que te lo prohíben, oye mi consejo. Ama siempre a tu madre, y si es cierto que ha muerto, ama y venera su memoria con todo tu corazón, sea como sea.

—Sí, madre, la amo más que nada en el mundo... Es tan buena... ¡Pobre madre mía…!

—Sí, hija mía, venérala siempre, porque el que no lo hace así revela un fondo de maldad muy grande.

Lilia lloraba, y aumentaba su llanto oyendo los saludables consejos de la monja que, con su talentosa elocuencia, gravaba la gratitud filial de una manera profunda en el corazón de aquella afligida niña.

La buena directora, después de lograr consolarla, la mandó retirarse para reponerse, a fin de que su padre no viera las huellas de su llanto. Lilia fue a cumplir aquella orden, y Sor Margarita convencida de que la madre de Lilia vivía, vio claramente una historia desgraciada entre aquellos esposos, y que el padre hacía que sus hijos odiasen a la madre que les dio el ser.

La santa mujer se horrorizó y desde ese momento empezó a cavilar el modo de evitar tal crimen.

Cuando Salinas llegó al convento Lilia estaba tranquila, su semblante se había serenado; pero era intensa su palidez, lo cual hacía resaltar su destrucción. Él se alarmó mucho y la llevó a su casa para proceder a su curación. La hizo ver por los mejores facultativos y todos opinaron como el del convento.

Tres meses trascurrieron, tres meses en que Salinas no descansaba para tener a Lilia en una distracción perpetua. Con aquel sistema Lilia recuperó sus colores, se había robustecido mucho; pero su mirada revelaba siempre la melancolía de su alma. Una tarde en que estaba Salinas con ella en el salón, se la quedó contemplando algunos instantes y le dijo con cariñoso acento:

—Lilia, tú debes sentirte muy bien. ¡Cuán bella estás con tus colores y tu reposición!

—Gracias por la flor, papá; pero no puede ser de otro modo; tomas tanto interés por mí, me cuidas tanto y con tal esmero, que debía curarme.

—Yo creo que todos tus males son nerviosos.

—Puede ser; pero dicen que los nerviosos son caprichosos y yo creo que no lo soy.

En ese momento llegó un sirviente, y dijo:

—Sor Margarita pide permiso para entrar.

—Ella –dijo Lilia–, dile que entre. –Y presurosa fue a recibirla y la estrechó en sus brazos.

La buena religiosa la besó en la frente y apartándola la contempló con verdadero placer, diciendo:

—Qué mejorada estás, hija mía. A las órdenes de Ud., señor Salinas.

—A sus pies, Sor Margarita; tomad asiento.

La monja se sentó contemplando a Lilia con verdadero afecto y le dijo dulcemente:

—Hija mía, estoy muy contenta al verte tan bien de salud; se ve claro que te hacía falta libertad, ejercicio y distracción.

—Sí, me siento muy bien; pero es porque papá no me deja descansar, me tiene en movimiento perpetuo, es muy grande su interés por mí.

—Es natural que lo haga así, pues llena a la vez las atenciones de padre y de madre. ¿Verdad, señor Salinas?

Este se agitó en su asiento y contestó secamente:

—Sí, señora.

La monja vio su desagrado y sin inmutarse dijo:

—Ud., señor Salinas, debe por su cariño para cuidarlos haber sembrado en el corazón de sus hijos el amor filial; habrá hecho que veneren la memoria de su madre, porque eso es lo que hace un buen padre como lo es Ud.

—Madre, sí, sí...

Dijo Salinas pálido como la cera.

—Porque a la madre se debe venerar como a Dios y su santa madre, ¿verdad, amigo mío?

—¡Madre…! ¡Madre!

Dijo Salinas en tono suplicante. La monja prosiguió haciéndose la desentendida.

—¿Verdad, señor, que son desventurados aquellos que pisotean tan sublime amor y que desconocen su abnegación, sus sacrificios, sus angustias y sus lágrimas?

—¡Oh!, callad, callad.

Y fijaba su mirada en Lilia, que anhelosa oía trémula, turbada, lo que decía Sor Margarita; esta prosiguió impasible:

—¡Pobres madres!, desde el momento en que lo sois, la corona del martirio orla vuestra frente, punzando hasta ensangrentar vuestro corazón las espinas que la formaron; y esas espinas dolorosas que las despedaza, no las sentirían con solo ver una sonrisa en los puros labios de vuestro hijo en la infancia; una demostración de afecto cariñoso, cuando ya es un bello adolescente, y una prueba de ternura y afecto en el hijo ya formado.

¡Benditas sean las madres, que ya lloran, ya ríen, bajo el influjo de ese santo amor! ¡Benditas sean!

—¡Madre... madre, por piedad!

Dijo Salinas extendiendo las manos para que callara la religiosa, pero ella siguió impasible.

—La madre, en los primeros años que pasa siéndolo, es que goza de la ventura inefable de la maternidad, porque tiene en su regazo al tierno infante que la encanta con sus gracias y la extasía, cuando lo ve dormido. Pero si el hijo enferma, empieza para la pobre madre la agonía y el martirio y llora y se desespera, viendo languidecer al hijo de su amor.

Ella pasa las noches sin dormir, y el sueño la respeta, la deja en libertad. No toma alimento, y no le hace falta, no lo desea. Sus necesidades materiales se paralizan bajo el poder del santo amor materno. ¿Acaso el amor de los amores, la inagotable fuente de todas las virtudes, el divino y sacrosanto amor materno, se fijaría jamás en sus dolores propios cuando ve padecer al hijo de su alma? No, la madre feliz, desgraciada, rica o miserable, olvida todo, para fijar su anhelante mirada en el hijo que padece, y ¿quién podrá pintar hasta la perfección sus sacrificios, su ternura y su abnegación? Nadie, ni la madre misma.

—¡Oh por Dios, Sor Margarita me desgarráis el corazón!

La monja fijó su dulce mirada en Salinas y prosiguió:

—¿Qué hijo al entreabrir sus párpados, en medio de su sueño, no ha visto a su tierna madre, que como hada vaporosa apenas toca el suelo, y le contempla con amorosa sonrisa, posando ligeramente sus labios en su dormida frente?

¡Oh! qué grande y sublime es el amor de la madre en todas ocasiones.

Salinas, conmovido, inclinó su abatida frente y murmuró:

—Es verdad, ¡pobre madre mía!

La monja prosiguió con su dulce elocuencia.

—Cuando nos tiene en su regazo después de haber sufrido esas penas materiales conocidas solo de las madres, y ve nuestra primera sonrisa, su alma se embriaga de placer, y no le hace sentir las molestias de la crianza.

Cuando empezamos a pronunciar palabras incorrectas, nos enseña en medio de sus besos a llamar a nuestro padre; y luego juntando nuestras manecitas, nos hace aprender el nombre de Dios, en medio de mal pronunciada oración.

¡Ah!, ¡la madre! en todo y para todo, siempre la madre, porque su alma es el arca santa, en que guarda para nosotros su amor, como se guarda en el copón bendito la forma sagrada. Ella es el bote salvador, que nos ayuda a cruzar el tempestuoso mar de la vida, cubriendo nuestra cabeza con la égida de su purísimo amor.

¡Felices los que al cruzar la senda de la vida, recibieran su cálido aliento!

Los que vertieron sus primeras lágrimas en el seno maternal.

Los que recibieron su dulce consuelo, cuando el primer dolor empañó el brillo de sus ojos.

Los que sintieron brotar en su corazón la semilla de la virtud en fuerza de sus dulces y santas palabras.

Los que sintieron infiltrar por ella, en nuestra alma, la primera chispa de amor.

La que vertió gota a gota el bálsamo consolador en la herida que abrió en nuestro corazón el primer desengaño.

—¡Dios mío! –dijo Salinas. La monja prosiguió.

—¡Felices, sí, los que pronunciaron el nombre dulcísimo de mamá, al compás de sus amorosos cantares!

Los que hemos sido criados bajo el calor de ese divino amor, lloremos la soledad del huérfano; seres desgraciados, que aunque arrullados por manos compasivas, su corazón tirita de frío, porque no ha sido calentado por el aliento maternal; porque su frente no ha recibido esos besos únicos en la vida; porque en sus oídos no ha resonado el armonioso acento de la madre cuando por medios de sus inspiradas doctrinas forma nuestro corazón.

¡Pobres huérfanos que no habéis probado la sublime divinidad de ese amor!

¡Bendita mil veces, la sagrada misión de la maternidad!

¡Doblemos la rodilla al verla conduciendo en sus brazos al hijo de su amor!

El amor materno es el amor de los amores; no reconoce obstáculos ni límites; él es todo sacrificios y abnegación; porque si en su camino tropieza con abrojos que ensangrienten sus plantas, sonreirá heroicamente, con tal que el hijo de su alma repose en un lecho de flores.

—¡Bendita sea la madre!

—¡Bendita sea!

Repitió Salinas dejando correr sus lágrimas. Lilia cayó de rodillas y elevando sus manos al cielo dijo sollozando:

—¡Bendita seas, madre mía!

Sor Margarita la levantó y estrechándola en sus brazos murmuró en sus oídos:

—Valor y triunfaremos.

Mas viendo que Salinas lloraba en voz alta:

—El señor Salinas sufre, respetemos su dolor, he sido imprudente reviviendo el recuerdo de la orfandad de sus hijos; perdonadme, ¡me entusiasmo tanto al pensar en mi madre…! Adiós, señor Salinas, perdonad de nuevo.

—Adiós, Sor Margarita –dijo él.

La monja abrazó a Lilia y salió.

CAPÍTULO XXV

JULIÁN ROVIRA

¿QUÉ FUE DE ÉL después que salió de casa de Blanca dejándola expuesta, siendo inocente, al furor de su marido ofendido?

Desatentado vagó largo rato a la ventura y sin rumbo fijo, estaba loco, desesperado. Al fin, cansado de vagar, se dirigió casi instintivamente a su casa. Su madre lo llamó a comer y no quiso, y se encerró en su cuarto sin contestarle a la madre que le preguntaba si estaba indispuesto.

Lleno de desesperación se acostó, y al fin determinó ir a la mañana siguiente casa de Salinas, confesarle la verdad, exigirle que lo matase; pero que creyera que su esposa era inocente de la falta audaz que él había cometido, que era digna y casta, que él solo era el culpable. En efecto, en la mañana salió temprano y se dirigió casa de Salinas y supo que había llevado a cabo su partida para La Guaira.

Por la tarde se fue a aquel puerto; pero cuando llegó le informaron que se acababa de embarcar con su familia con rumbo a Europa. Conociendo el carácter de Salinas y lo susceptible que era en materia de honor, comprendió la vida de amarguras que esperaba a aquella desgraciada dama por su causa, y su alma se llenó de remordimientos y se embarcó en seguimiento de Salinas a ver si podía vindicar a Blanca; pero no dio con él ni supo para dónde se había dirigido.

Determinó irse a México, y allí fijar su residencia para hacer lo que ella le exigía en una carta que había recibido, porque alejándose él de Venezuela quizá creería Salinas algo de la verdad. La suerte en aquel lugar le fue propicia, y en diez años adquirió una fortuna regular.

Determinó casarse y lo hizo con una mexicana que le agradó, y con el matrimonio logró lo que en tantos años no había conseguido. Tres años vivió tranquilo gozando las dulzuras del hogar, y aunque no tenía hijos, era feliz. Sus remordimientos se fueron adormeciendo y casi no recordaba a la infeliz Blanca.

Un día que se sentía más satisfecho que nunca de su esposa, la sorprendió infraganti en el delito del adulterio, sin que tuviera el más pequeño velo de disculpa.

Quiso matarla y se arrepintió; se conformó con abandonarla. Entonces redujo su fortuna en monetario, y pensando en su buena madre vino a Venezuela para compartir con ella sus pesares y su fortuna. Desde la infamia de su esposa, el recuerdo de Salinas y Blanca no se apartaban de su mente, reavivando de una manera cruel sus remordimientos, y se convenció de que su desgracia con su esposa era el castigo por su infamia con aquellos.

Se sentía muy enfermo y en la travesía arrojó con exceso la sangre por la boca: era que la tisis lo consumía.

Llegó a Caracas, buscó a su madre y le entregó su fortuna. La pobre anciana conoció al verlo los estragos que en la vida de su hijo hacía aquella enfermedad. La infeliz lloraba amargamente diciendo:

—¿Qué hago yo con tanto dinero si lo pierdo a él?

Pero la tisis hacía sus estragos sin conmiseración.

La hora suprema se acercó y pidió al padre Jacobo. Después de llenar sus deberes de cristiano, encargó a aquel digno sacerdote de una misión que él aceptó con gusto, y ya hemos visto que partió a llenar tan sagrado deber.

CAPÍTULO XXVI

LA MISIÓN CUMPLIDA

SALINAS, DESDE QUE tuvo la conversación con Sor Margarita, estaba más silencioso y sombrío; pasaba las horas enteras entregado a sus meditaciones. Lilia, por el contrario, había recuperado su salud, se había desarrollado admirablemente y era una mujer encantadora. Procuraba con su ternura y cuidados endulzar la profunda tristeza de su taciturno padre. Comprendía una secreta historia entre él y su madre, a quien no podía olvidar. Su despejada imaginación le hacía profundizar, el odio concentrado que expresaba por su madre, amor; pero era azotado por la fatalidad. Desde que lo comprendió le inspiró su padre a la par que su madre compasión, e imploraba la bondad de Dios para que hiciera que fuera ella el ángel de paz entre los dos.

Había vacaciones; Héctor y Celina estaban con él pasándolas. Los tres hermanos salían a dar grandes paseos porque su padre prefería quedarse en la casa. Hacía diez años que estaba ausente de su patria, y la nostalgia lo abrumaba junto con sus dolorosos recuerdos, y siempre estaba abatido y silencioso.

Una tarde, solitario en su habitación, estaba entregado a sus tristes meditaciones: pensaba en la hora fatal en que su felicidad se hundió para siempre, llevándose envuelta en ella su honra hecha jirones. Aquella mujer que había adorado y que aún amaba, a pesar de su ruin felonía, se presentaba ante sus ojos errante y miserable, pues sabía que no estaba con sus padres. Ya la veía en uno de esos lupanares degradantes, donde envilecida por su fatalidad olvidaba su pudor, su dignidad, su vergüenza, pisoteando todo lo grande y divino que tiene la mujer, y se estremecía y se enrostraba haberla arrojado a la calle de una manera tan cruel y miserable. Otras veces la veía muerta de desesperación y de miseria en un suburbio, y su pena era profunda, viendo aquellos cuadros que su imaginación forjaba.

En ese momento en que abatido tenía la cabeza inclinaba sobre el pecho, se abrió la puerta y apareció un sirviente. Salinas preguntó de mal talante:

—¿Qué queréis?

—Señor, un sacerdote pide con insistencia hablaros.

—¡Un sacerdote!, ¿qué querrá?, quizá una petición.

—¿Qué se le dice, señor?

—Hazlo pasar.

El criado salió y a poco volvió conduciendo al sacerdote.

Salinas fijó la vista en la puerta y vio aparecer en ella a un venerable anciano de dulce mirada y humilde porte. Se quitó al entrar el sombrero y dejó descubierta su serena frente extendida por su calva, sus blancos cabellos que se dejaban ver por debajo del solideo. Por sus labios vagaba una sonrisa, y recogiendo su gastado vestido talar, se dirigió a donde estaba Salinas. Este se paró y avanzó algunos pasos para recibirlo, y sus ojos se fijaron con insistencia en el sacerdote, que lo veía sonriendo. De repente se iluminó su rostro de contento y exclamó abriendo los brazos:

—¡Padre Jacobo!

—¡Señor Salinas! –y los dos se abrazaron.

—Sentaos, padre; pero decidme ¿qué os trae a este lugar tan frío para vuestra edad?

—Me trae, amigo mío, una misión muy grande que tengo que cumplir.

—Siempre el mismo, siempre arrostrándolo todo en bien de la humanidad.

—Así debe ser, cumplir el deber; porque cuando llega el momento, el hombre no debe detenerse, salvando los obstáculos que se le presenten para llenarlo.

—Es verdad.

—Y es por esa razón que he venido, porque después de hacer un juramento solemne que tengo que cumplir, tendré la satisfacción de mitigar la acerba pena que devora a uno de mis hermanos; esclarecer la inocencia de una víctima y justificar en parte a un criminal.

—No hay duda, la misión es muy digna y debéis cumplirla, y yo me felicito que tan noble causa me proporcione el placer de ver un compatriota de los méritos de Ud.

—Gracias, sois muy lisonjero; pero decidme, ¿cómo están los niños, muy crecidos?

—Ya lo creo. Lilia tiene dieciocho años, Celina trece y Héctor quince.

El padre Jacobo fijó su tranquila mirada en Salinas, y preguntó de la manera más natural:

—¿Y la señora? ¿Le ha prestado el clima?

Salinas, turbado, bajó la vista, y al fin contestó con inseguro acento:

—Tuve aquí la desgracia de perderla.

—¡Murió! Pues en Caracas no se sabe, sus padres mismos lo ignoran y la creen aquí, y si es cierto su muerte, Ud. no debería ocultarla. Eso es mal hecho, señor Salinas.

Este ya repuesto, contestó con aplomo:

—No he querido darles ese dolor después del que sufrieron con la separación.

—Es filantrópica la idea, pero no es buena.

—Puede ser; pero no he tenido valor para decírselos.

—Ese es asunto vuestro. Pero hablemos de lo que me ha traído a vuestra casa.

—Puede Ud. decir, yo estoy a sus órdenes.

—Entraremos en materia; pero antes voy hacer a Ud. una petición.

—Está concedida, cualquiera que sea.

—Amigo mío, le ruego a Ud. tenga mucha calma y serenidad para oírme y, sobre todo, mucha conciencia, y creo que nos entenderemos.

Salinas, sorprendido por el preámbulo y algo agitado, dijo:

—Bien, todo lo que queráis lo tendré, hable Ud.

El padre Jacobo quedó algunos instantes pensativo, se pasó la mano por la frente, y al fin dijo resueltamente:

—Salinas, ¿recuerda Ud. un secretario que tuvo llamado Julián Rovira?

Salinas hizo un movimiento en la silla; se puso rojo, se puso pálido, todo a la vez, y no pudo contestar.

—Decidme, ¿lo recordáis? Contestadme.

—Demasiado que sí. –Y al pronunciar estas palabras, dejó caer su abatida cabeza sobre el pecho.

—Pues bien, señor Salinas, la misión que dije a Ud. traigo de Venezuela es de él para Ud.

—¡Para mí! ¿Ese hombre está loco?

El padre Jacobo, con dulce y serena entonación, contestó:

—Ese hombre, señor Salinas, no estaba loco, como decís; ese hombre estaba arrepentido.

—Qué dudoso es ese arrepentimiento en hombre tan villano.

—Me llamó en su última hora para depositar en mi seno sus faltas, su arrepentimiento, implorando el perdón de Dios.

—¿Y podrá el Ser Supremo perdonar al criminal que ha hecho mi desgracia, la de esa mujer y la de mis hijos?

El padre Jacobo, viendo la amarga duda con que Salinas pronunció aquellas palabras, contestó con fuego:

—Sí, y Ud. también perdonará.

—¡Yo!, ¡qué error…!

—Salinas, aquel desgraciado penitente me rogó viniera casa de Ud. a implorar su perdón, y a eso he venido.

—¡Jamás, jamás! Prefiero morir antes que perdonarlo. ¡Su perdón, jamás!

El acento de Salinas revelaba un odio concentrado.

—Hijo, recordad que Cristo, grande y poderoso, perdonó a todo el que lo ofendió, repitiendo: perdonad y seréis perdonado.

—Cristo era Dios, padre Jacobo, yo soy hombre...

—Pero que perdonarás a aquel desgraciado contrito y lleno de remordimientos.

—¿Y su arrepentimiento sanará la herida que sangra en mi corazón? ¿Y ese remordimiento recogerá los jirones de mi honra? Perdonar... ¡Nunca... nunca podré!

—Sí, hijo mío, perdonarás cuando pase ese primer arrebato; pero entretanto mi deber me manda entregaros estas cartas.

—¡Dos cartas! ¿De quién? ¿Sería tan osado ese hombre que se atreva a escribirme? Si así fuere, guardad vuestras misivas, padre Jacobo.

—No, Ud. las leerá, porque quizás ellas alivien la pena que os abruma.

—No, no quiero ver nada de ese hombre.

—Por favor, leedlas, hijo mío, y después obrad como os dicte vuestra conciencia.

Diciendo estas palabras puso sobre las piernas de Salinas las dos cartas; este, trémulo, tembloroso, fijó su mirada en ellas y dijo con ira:

—¡Letra de esa mujer! ¿Y se atreve a remitírmelas ese hombre?

El padre Jacobo quedó silencioso y esperó; luego dijo en tono de súplica:

—Leed, hijo mío, yo os lo ruego en nombre de Dios.

Salinas, con las cartas en la mano, vacilaba. El sacerdote le dijo dulcemente:

—Leed en nombre de la felicidad de vuestros hijos, que se la habéis arrebatado, privándoles de su madre.

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío! –Y su abatida cabeza cayó sobre su pecho; el padre puso su mano sobre el hombro de Salinas y le dijo conmovido:

—Leed, hijo mío, leed por vuestra propia dicha.

Salinas dudaba; pero de repente irguió la cabeza y abriendo la carta de Blanca dijo:

—En fin, veamos hasta dónde llega este cinismo.

El padre Jacobo, fija su vista en el rostro de Salinas, veía las emociones que se retrataban en él. En efecto, desde que empezó a leer, en su semblante se retrató una emoción infinita, ya pálido, ya rojo, su agitación era inexplicable. La carta se le escapó de las manos y con ellas se comprimió la frente murmurando:

—¡Si esto fuera cierto…!

El padre la recogió diciéndole:

—Termínela Ud., hijo mío.

Salinas obedeció como un autómata, la carta decía así:

Señor Julián Rovira.

Su audaz atrevimiento ha hundido para siempre en la desgracia a una mujer honrada y pura, que ama a su marido con toda su alma, con ciega idolatría. Si como mujer hice a Ud. algunas coqueterías, no estaba autorizado por eso para cometer conmigo una libertad que no le perdonaré jamás. Cuando Ud. osó posar sus labios en los míos, en el momento en que sufría uno de los vértigos que me hacían inclinar la cabeza desfallecida por mi debilidad, no debe olvidar, que haciendo un esfuerzo supremo, me paré para castigar su atrevimiento. Pero Jacinto entró en ese momento, y pronunció aquellas palabras que jamás olvidaré, y casi sin poder sostenerme, caí a sus pies medio arrodillada.

¡Qué momento! ¡Dios mío!, ¡qué momento! ¡Pobre esposo de mi alma! ¡Cuánto no habrá sufrido la tuya! ¡Tú que me amas tanto! ¡Qué ruindad en el hombre que más estimaba y que creía su mejor amigo! Mi Jacinto se ha mostrado conmigo más que iracundo, cruel, no ha creído en mis palabras; y me arroja a la calle, débil, enferma y anegada en llanto. Me cree una mujer infame, cree que lo he traicionado.

—¡Que no te amo, Jacinto mío!, ¡que no te amo! Te amo como no creí amarte jamás; te amo con ciega adoración, que no me da lugar tu afecto para recordar otros, ni el de mis padres tan buenos: ¡con el tuyo me basta! Eres tan bueno, tan dulce, tan tierno, y me quieres tanto que yo debo quererte así, y si no nos uniera este amor en ambos tan grande, ¡tienes el derecho de ser amado como padre de mis hijos, seres queridos, parte integrante tuya que son el encanto de mi vida!

Pero si él me desquiere, si me cree culpable, si no me oye y me perdona, que fui coqueta por vanidad, ¿qué será de mis hijos sin mí?, ¿qué será de mí sin él? Al amanecer iré allá. La encopetada dama no tiene un jergón donde acostarse; le diré, le pintaré mi inocencia. —Sí Jacinto, te confesaré mi sola falta. Él me perdonará; es tan bueno... ¡y lo hará por la felicidad de nuestros hijos!

Señor, yo creo que si Ud. tiene algo de caballero, no solo no volverá a la casa del hombre que tan villanamente ha ofendido, sino que se ausentará de Caracas para siempre; para que hombre tan digno y bueno como mi esposo viva feliz y tranquilo, sin que la sombra de hombre tan ruin perturbe su dicha, y para que justifique mi inocencia, si aún tiene algo de nobleza en su corazón y de conciencia, pues nadie más que Ud. fue el criminal.

Blanca de Salinas

Salinas inclinó la cabeza, después alzándola, fijó su recelosa mirada en el padre Jacobo, diciendo con irónico y amargo acento:

—¿Y cómo me probáis que estas cartas no sean escritas de acuerdo los dos para engañarme de nuevo?

—¡Qué decís, Salinas!, ¡qué decís!

—Perdonad; pero debo dudar, dudar mucho, padre Jacobo. ¡He sufrido tanto…!

—¿Y eso os autoriza para hacerme la ofensa de creerme cómplice?

—Perdonad, no quise ofenderos, yo os conozco bien, sé que sois un sacerdote modelo... pero...

—¿Es decir que Ud. cree que ellos se han vuelto a ver después de aquel día fatal?

—Padre, creo en ellos todo lo malo, dudo de todo lo bueno, porque he sido y soy muy desgraciado.

—Hijo mío, lo comprendo, pero leed esta otra carta y después podréis creer o no creer.

Salinas cogió la carta de Julián y la abrió; pero al ver su letra, dijo con concentrado acento:

—¡Infame! ¡Villano!

—Hijo mío, ya murió, perdona al pecador arrepentido.

Salinas no contestó y leyó lo que sigue:

Señor Jacinto Salinas.

Acabo de confesarme y voy a recibir la eucaristía. Si sois cristiano, no dudéis del solemne juramento que en la hora de mi muerte voy a haceros. Puesta la mano sobre la forma sagrada que me presta el santo sacerdote Jacobo de la Consolación Piñeres, yo os juro, señor, que vuestra esposa es inocente, yo os juro que jamás profirió palabras de amor para mí; yo os juro también, ya casi en el sepulcro, que yo fui el osado que posé mis labios en los de vuestra esposa al verla caer desfallecida presa de un vértigo, cerrando los ojos. Ciego, loco, creí en mis necios disparates, creí que era la lucha del amor con el deber lo que se lo ocasionaba, y cometí aquella falta en el momento en que Ud. entraba, y que hizo que Ud. creyera criminal a su casta esposa.

Esta carta que le adjunto me la escribió ella al día siguiente de mi osadía, y os juro que no la he vuelto ver desde aquel momento fatal. Supe que ni estaba con Ud. ni con sus padres, y habrá tal vez muerto en la desgracia por mi crimen. Esta idea y los remordimientos que ella me trae han abreviado mi vida.

El padre Jacobo trasmitirá a Ud. mi dolor y arrepentimiento por haber hecho desgraciada a tan virtuosa señora y a Ud., tan bueno como caballero, que fue con este criminal, que mata los torcedores remordimientos de su conciencia.

Perdóneme Ud., Salinas, para morir tranquilo, y sobre todo, señor, rehabilite en su corazón a su virtuosa y amante esposa; recordad que ciego por mi loca vanidad cometí solo esa falta. Vanidad necia que nos impulsa a cometer errores.

No puedo más, me siento morir. En nombre de Dios, amad a vuestra inocente esposa, tenedle compasión, ya que por mi crimen sabe Dios cuánto ha sufrido. Perdón señor, perdón.

—¡Jesús!, ¡Jesús!, iluminadme –dijo Salinas cubriéndose la cara con las manos. El padre Jacobo le dijo con dulce acento:

—¡Hijo mío! ¿Me creéis cristiano, apostólico y romano? ¿Crees que por el espacio de cuarenta años ejerzo el sagrado ministerio del sacerdocio con honradez, con religión, fe evangélica y virtud cristiana?

—¡Oh! ¡Sí creo, padre, sí creo! –dijo Salinas reclinando su cabeza entre sus manos.

El padre Jacobo cayó de rodillas, y alzando su mirada y sus manos al cielo, dijo solemnemente:

—Por Dios Todopoderoso, padre de todo lo creado; por Dios Hijo, que redimió al hombre con su sangre; por Dios Espíritu Santo, que lava nuestras culpas con la forma sagrada, que con veneración tomamos; yo os juro, señor Salinas que aquel pecador dijo la verdad, arrepentido, y que por consecuencia vuestra esposa es inocente del delito de adulterio, aunque sí pecadora por su loca vanidad.

Salinas asombrado, apartó sus manos, y cayendo de rodillas instintivamente, dijo con acento profundamente conmovido:

—¡Dios de misericordia, inspiradme, dadme luz en tan terrible trance!

El padre Jacobo al verlo de rodillas alargó sus manos y las detuvo sobre su cabeza, y con la mirada fija en él, llena de unción religiosa, dijo con sublime acento:

—Hijo, yo te bendigo en el nombre de Dios para que te ilumine la senda que en caso tan triste debes seguir.

—¡Padre mío! ¡Tened compasión!, dadme consejos –dijo Salinas sollozando. Este levantándolo le dijo con entereza:

—Hijo, la hora de la reparación ha sonado.

—¡Ah!, yo he sido muy desgraciado –dijo Salinas.

CAPÍTULO XXVII

LA VUELTA A LA PATRIA

SALINAS SE SENTÓ en una silla y se quedó meditabundo con la cabeza baja. El padre, como él, guardó largo silencio; al fin dijo Salinas más sereno:

—Padre, mi situación es terrible, iluminadme; dadme vuestros consejos, demarcadme el camino que debo seguir porque lo necesito, no sé qué hacer.

—¿Tienes aquí negocios que te impidan partir?

—No, vivo de mis rentas.

—Me pides consejo, me pides que te ilumine, bien; uno es el que creo que debo darte.

—El que Ud. me dé, padre, ese seguiré; tengo en mi alma una lucha atroz. Y si ha muerto de dolor y de miseria. ¡Oh!, ¿ella…?

—Cualquier cosa que haya sucedido será la voluntad de Dios; pero entretanto tú debes buscar a esa señora, y si ha permanecido digna, debes rehabilitarla y darle el puesto que le pertenece.

—Pero esas coqueterías para vengar por vanidad a las otras mujeres, es acción muy criminal en una mujer esposa.

—Sí, pero el castigo ha sido severo. Confiesa que ama a su marido con toda su alma, adora sus hijos, tiene una posición y todo lo pierde en un instante, siendo inocente, y sabe Dios qué será de ella.

—Es verdad; pero yo...

—¿Quieres castigarla más? ¿Tú no mides el dolor de esa buena madre despojada de sus hijos? ¿El de la esposa que ama a su marido y lo pierde para siempre? ¡El dolor, la tristeza de esa alma que de la cúspide de la grandeza desciende en cinco minutos a la más espantosa miseria y se ve errante, sola, miserable, probando sabe Dios cuántas amarguras! ¿Quieres castigarla más?

El sacerdote se paró y tomó el sombrero.

—¿Os vais? No, padre mío, quedaos; mandaremos por vuestro equipaje y entonces partiremos juntos para Venezuela.

—Con esa condición me quedo.

Salinas tocó un timbre, se presentó un sirviente que recibió la orden de hacer traer el equipaje y preparar la habitación para el sacerdote.

Por la noche, cuando Salinas se retiró a su habitación, llamó a Benito y le dijo:

—Prepara todo mi equipaje porque partimos para Venezuela.

—¡Cómo! ¿Murió acaso?

—No sé; pero lee esas cartas. Quiero que tú, que como yo has visto todo, sepas que él fue el criminal, la señora no.

—A la verdad, que lo que yo vi no deja duda.

—Es cierto; pero estas cartas te harán ver que no debí partir tan de ligero; verás que fue una infamia y que ella no era culpable.

Benito, emocionado, leyó las cartas y las devolvió a Salinas, diciendo:

—¡Qué fatalidad! ¡Pobre señora! ¿Sabéis dónde se encuentra?

—No; pero la buscaremos hasta encontrarla.

—¡Y cómo expresa en su carta su amor por Ud.! Pero no tengáis cuidado, yo la hallaré.

—Ahora, dile a Lilia que venga, que quiero hablarle.

Lilia en su habitación y sentada junto a un aparador tenía un libro en la mano que no leía; su imaginación vagaba entristecida por los recuerdos de su madre que no podía olvidar. La vista de su padre siempre triste, siempre sombrío y meditabundo, la sumía en pensamientos que su casta alma no podía alcanzar.

Dos golpecitos en la puerta la sacaron de su abstracción, y dijo sorprendida al ver a Benito en aquella hora:

—Eres tú, Benito. ¿Qué quieres? ¿Tiene alguna novedad mi padre?

—No, señorita; pero me manda suplicaros paséis a su habitación que quiere hablaros.

—Dile que ya voy a atenderle.

El sirviente salió, y ella pensó: ¿Qué me irá a decir? Jamás me llama después de recogida, esto me sorprende; pero vamos...

Salinas, sentado en un sillón, apoyaba su brazo en la mesa y su cabeza en la mano: pensaba. La puerta se abrió suavemente y Lilia apareció en ella sin ser sentida; la niña avanzó algunos pasos y dijo dulcemente:

—¿Me habéis llamado, padre mío?

—Sí, hija de mi corazón; pero siéntate, tenemos mucho que conversar. Y acercando una silla, le tomó de la mano y la sentó en ella.

—Jamás te he visto tan conmovido, papá. ¿Qué deseas? Pero te noto muy pálido. ¿Estás enfermo? –Al pronunciar estas palabras se paró y rodeó el cuello de su padre con sus brazos y lo contemplaba ansioso.

Salinas se sonrió, y dándole un beso en la frente, la hizo sentar, diciéndole:

—No te alarmes, hija mía, estoy bueno, estoy mejor que nunca.

—Vaya, lo celebro; me habías sorprendido.

—¿Quieres saber para qué te he llamado a estas horas?

—Ya lo creo; me has puesto curiosa después que sé que estás bueno.

—Es para decirte que des tus órdenes temprano para que arreglen el equipaje de toda la familia para lo más pronto, pues debemos partir de aquí.

—¿Sin dejar nada? ¿Es para no volver?

—Esa es mi intención. Y si el equipaje está arreglado brevemente, partiremos dentro de ocho días que sale un vapor para donde deseo ir.

—Eso se hace buscando obreros que ayuden los sirvientes; te ofrezco que se hará como deseas.

—Es la verdad. Tú y Benito abreviarán todo lo posible eso.

—Puedes estar tranquilo que serás satisfecho.

—Y yo te estaré más que agradecido.

—Pero sin tacharme de curiosa; ¿quieres decirme para dónde vamos?

—Alégrate mucho: vamos para Venezuela.

—¡Qué dices, papá! ¿Para Venezuela?

—¿Te desagradaría partir para allá?

—No, al contrario, ese ha sido mi eterno deseo.

—¿No te gusta el Norte?

—Sí, pero allá en Venezuela...

—¿Qué? Háblame con franqueza, no te detengas, no me ocultes tus sentimientos, hija mía.

—Qué distinto te noto esta noche.

—De cierto. ¿Qué me notas?

—Te noto animado, cariñoso...

—Pues si me hayas distinto, dime ¿por qué deseas ir a tu país?

—Ya que lo exiges: siempre he deseado ir para…

—¿Para qué? Dímelo, hija de mi alma, no dudes, sé franca con tu pobre padre.

—Para ver si por casualidad veo a mi pobre madre.

—¡Pobre hija de mi corazón! –exclamó Salinas abriéndole los brazos.

Lilia se arrojó en ellos y su padre rompió en llanto; la pobre niña enternecida dijo con angustia:

—Lloras, papá. ¿Ha muerto mi madre?

En medio de sus sollozos, dijo:

—No lo sé; pero vamos a buscarla.

—¡A buscarla, Dios Todopoderoso! ¿Es decir que tú la has vuelto a amar?, ¿ya no la odias?

—No, hija mía; sé que ha sido una mártir.

—¡Pobre madre mía adorada! ¿Cómo lo has sabido, papá?

—Por el padre Jacobo.

—¡Bendita mil veces la hora en que vino a casa! Pero puesto que vamos a buscarla, consuélate, papá. La encontraremos y a fuerza de amor le haremos olvidar sus muchas amarguras; no llores más.

—Eres el ángel de mi hogar; pero arréglalo todo para partir en el primer vapor.

—Duerme tranquilo que partiremos.

En efecto, ocho días después se embarcaban Salinas, su familia y el padre Jacobo con rumbo a Venezuela.

CAPÍTULO XXVIII

EL JURAMENTO

FERMÍN URQUIZO fue atacado de una gran enfermedad, la alarma fue general. Julia se instaló en su casa a asistir a su padre. Montijo quiso llevarlo a su casa en el centro de Caracas, pero el enfermo se opuso diciéndole:

—Hijo mío, déjame morir en este lugar donde encontré la calma y la felicidad, no quiero ofender a mis amigos, y para que no me taches de terco oye mis razones:

—Hace treinta años que yo me encontraba muy mal, tu mujer era una niñita, yo no tenía recursos ni destino ni nada; estaba desesperado. Una mañana en una esquina tropecé con un hombre, que al verme, lanzó un grito diciendo: ¡Fermín!, y me estrechó en sus brazos. Era Antonio. Este amigo noble y generoso adivinó mi situación y me propuso dirigirle sus campos. Me dio esta casa y un buen sueldo y la mitad de todo el producto menor. Desde ese día mi esposa y mi hija tuvieron cuanto necesitaban y deseaban. Yo no quiero abandonar amigo tan generoso, y es por eso que no vivimos con Uds. como lo han deseado.

—Callaos pues, que os hace mal hablar tanto.

—Si muero, lleva mis restos. Quiero morir aquí.

—Ni vendrá la muerte, ni os llevaré.

—Gracias –dijo Fermín y le tendió la mano.

La asistencia triunfó del mal y el enfermo entró en convalecencia.

Beatriz, Sofía y Valentín no abandonaron la familia y estaban allí. La mejoría de Fermín trajo la tranquilidad. Una tarde fueron al jardín Sofía y Julia, esta dijo:

—Yo te creo muy feliz con tu esposo, demuestra quererte mucho.

—Es verdad, Julia, pero lo que más me agrada de él es que quiere mucho a mi madre.

—¿Y él tiene padres?

—Sí, unos excelentes ancianos.

—¿Viven en Caracas?

—No, viven en una posesión que tienen cerca.

—¿Tú irás a verlos?

—No voy desde que me casé, ellos vienen casi siempre.

—¿Y en qué punto está esa posesión?

—En Tacagua, un lugar muy pintoresco, tiene el nombre del río que corre por allí, su caserío y su capilla.

—En Tacagua tenemos nosotros una posesión también, en donde mi hija recuperó la salud.

—Dicen que es muy saludable el clima y el agua.

—Mucho ¿pero cómo se llama la posesión de los padres de Valentín?

—La Esmeralda.

—¿La Esmeralda? Entonces son doña Rosa y don Jorge.

—Los mismos, ¿los conoces?

—Mucho, son muy finos y se conoce que no son de aquel lugar.

—Ellos son de aquí; pero viven en su campo.

—Aquello es triste.

—Eso me dice Valentín.

—Yo estuve cinco meses por mi hija y en todo ese tiempo solo tuve una distracción.

—¿Cuál? Valentín dice que no hay ninguna.

—La mía era cuidar una loca.

—¡Ah!, la loca Tacagua, como la llaman allá.

—La llamaban, ahora tiene nombre.

—De veras. ¿Cuál?

—Voy a contarte. Un día vi pasar a la loca, me llamó mucho la atención, una vecina me la trajo; no pude contener un grito porque la loca es el retrato exacto de Blanca Villamizar.

—¡Cielos! ¿Será posible, Dios mío?

—¿Qué tienes, Sofía?, te has puesto pálida como la muerte.

—Nada. ¿Se parece mucho a Blanca?

—Como dos gotas de agua, y me hizo que sintiera por ella cariño e interés. Al verla la hice entrar, la lavé, la peiné, la perfumé, me daba horror que un ser tan parecido a Blanca, hasta en su blonda cabellera rubia, estuviera tan andrajosa.

—¿Y no puso resistencia al hacerle todo eso?

—No, al contrario, se notaba alegría en ella, tanto que me ayudaba como persona versada. Le di unos botines, y los calzó con la maestría del que está acostumbrado a hacerlo, luego la vestí de un todo y quedó hermosísima. Yo no cesaba de verla. ¡Qué parecido tan completo!, casi creí que era Blanca. La vecina que la trajo me había dicho que era muda, que por más que le hablaran no contestaba.

—Eso me dice Valentín –dijo Sofía ansiosa, agitada y bañada en llanto.

Julia continuó:

—Fascinada con el parecido de aquella pobre loca, como la compañera de mi infancia, le tomé la mano y le dije en un arranque de dulce recuerdo:

—Vente, Blanca.

Ella batió sus manos con la pura alegría del niño y riendo repitió:

—¡Blanca! ¡Blanca!

Sorprendida la vecina, que me decía era muda, al oírla hablar y ponerse tan contenta; le dije poco a poco:

—Blanca, ¿me entiendes? Blanca Villamizar.

Su contento fue tan marcado, que me sorprendió verla palmotear y reír. Yo le repetí su nombre y dijo:

—Blanca Villamizar.

Desde ese día no cesa de repetir el nombre de Blanca, lo que dio por resultado que todos la llamaran así.

—¿Y no demostró conocerte, no dijo tu nombre nunca?

—Ella no me conocía, era la primera vez que me veía; pero un día al venirme fui casa de Anselmo a despedirme de ella, le llevé algunos regalitos, entre ellos un pañuelo con todo mi nombre bordado en colores. La pobre demente llena de contento lo veía todo y se lo ponía por delante probándoselo. Al fin cogió el pañuelo y, después de darle mil vueltas, fijó sus ojos con persistencia en la marca. Su mirada se dilató, y haciendo un poderoso esfuerzo dijo:

—Julia de Montijo... ¡tú…!

Arrojó el pañuelo, se dejó caer en un banco y empezó a sollozar sin que sus ojos vertieran una lágrima.

—¡Oh! Dios misericordioso –dijo Sofía toda emocionada, y se quedó en suspenso.

—¿Crees, Sofía, que puede ser Blanca? Yo también lo creí al verla, tanto es el parecido; pero mamá me había escrito días antes diciéndome que la

iban a traer para Venezuela porque estaba muy enferma.

—¡Cómo!, ¿dicen eso? Es imposible; eso es falso.

—Yo vi la carta, es de Salinas y no hay duda.

—De Salinas; ¿dice eso Salinas?, lo dudo.

—Pues no lo dudes, la loca no es ella, sino su símil completo, porque ¿cómo figurarnos siquiera que Blanca la millonaria, la mujer más vanidosa y llena de orgullo y ostentación sea aquella miserable mendiga, sometida a hacer los más bajos oficios para aquellos proletarios jornaleros, y si resistía, era obligada con la barbaridad con que tratan a las locas?

—¡Misterios de Dios, Julia! Me vuelvo loca; pero dime ¿no te dijeron por qué estaba allí, si era de aquel lugar y tenía familia?

—Sí, parece que ahora muchos años, un anciano muy bueno, llamado Anselmo, se apareció un día con ella amarrada en un burro casi moribunda. Él y su mujer le tributaron los más caritativos cuidados; cuando curó resultó que era muda y demente, y eso fue la causa de que todos los de aquel lugar se sorprendieran de oírla repetir Blanca, y la llamaron así.

—¿Y los ancianos la quieren?

—Ya lo creo, si ella les es muy útil, los ayuda en todo, al principio me dicen que se resistía y se ponía furiosa; pero ellos la reducían con los azotes, creyéndolos por sumo ser necesario. Hoy cuanto le mandan lo hace humildemente; quizás la infeliz ha comprendido que no resistiendo se evita tan brutal trato. Si vieras la humildad y sumisión con que hace todo.

—Jesús, me muero de angustia, no sé qué creer, ¿cómo fuera yo a verla?, pero mi estado no me lo permite, y sin embargo yo debo verla lo más pronto posible.

—Pero, Sofía, estás temblorosa y agitada, lloras, te angustias. ¡Ah!, tú sabes algo que me ocultas…

—¡Ay, Julia! –dijo Sofía llorando.

—Dime, Sofía, ¿tienes alguna razón para creer que es Blanca? Yo me atrevería a jurar que era ella por el parecido; si sabes algo dímelo, habla, Sofía, por piedad.

—No, imposible, no puedo, ¡el juramento!, ¡el juramento!

—Pero ¿qué razón tienes para estar tan agitada, qué juramento es ese?

—¡Si tú supieras…!, ¡si te lo pudiera decir…!

—Lo único que sé es que estás obrando muy mal, tú no debes consentir, si sabes que es ella, que esté en aquel lugar y en aquel estado tan miserable y

desgraciado. ¿Qué juramento puede impedirte que lo digas? ¿Por qué si sabes la verdad guardas ese secreto? Blanca no está sola, tiene sus padres, tiene los míos, y me tiene a mí que soy su hermana.

Sofía se arrojó en los brazos de Julia y rompió en un llanto desesperado diciéndole:

—¡Julia, tú no sabes mi pena, si tú pudieras traerla...!

—Sí la traeré; pero con la condición de que me digas con franqueza ¿crees que es Blanca aquella infeliz loca?

—No sé, lo presumo; pero tráela, tráela, Julia, en nombre de Dios; yo te lo ruego.

—Te ofrezco que vendrá muy pronto, había ofrecido traerla para que la viese un médico alienista, e iré a cumplir mi promesa.

—Gracias, no sabes todo el bien que vas a hacer si logras que ese médico la cure.

—Prométeme tú, Sofía, aclararme este misterio.

—Te lo ofrezco, Julia, solo tú lo sabrás todo, yo procuraré librarme del juramento.

La conversación fue interrumpida por la llegada de Gerina.

Pasaron algunos días, don Fermín estaba restablecido, y todos volvieron a sus hogares.

A la mañana siguiente de haber vuelto Julia a su casa, se dirigió a la habitación de su esposo, este se disponía para salir, al ver a su esposa que se le acercaba, le dijo:

—¿Qué traes tan temprano, querida mía?

Ella puso sus manos en el pecho de su esposo, y fijó su dulce mirada en la amorosa que él le daba, rodeándolo con sus brazos.

—Querido Roberto, vengo a pedirte un favor.

—Qué no podré negarte, esposa mía, toda vez que mis ojos se fijan en tus ojos.

—Siempre adulador conmigo, siempre lisonjero, ¿tú olvidas que somos viejos?

—Siempre dándote lo que mereces; porque el alma, Julia mía, no envejece; pero dime ¿qué deseas?

—¿Me lo concedes? ¿No me pones obstáculo?

—¿Te he dicho que nada podré negarte?

—Pues bien, quiero que me lleves mañana mismo a Tacagua.

—¿Y ese deseo tan intempestivo?

—Me has dado tu palabra, Roberto.

—Bien; pero ¿quieres que te adivine a lo que deseas ir?

—Tú no puedes adivinar mi pensamiento; pero di ¿me llevas?

—¿A ver la loca?

Dijo Montijo en son de broma.

—A verla no, a traerla como le ofrecí, el médico está aquí y yo quiero cumplirle mi palabra.

—¿Ves cómo te conozco? Pero dispón lo que quieras, vamos mañana y venimos pasado mañana.

—Bueno, me agrada porque venimos pronto a casa.

En efecto, hicieron el viaje, y Julia trajo a su casa a la pobre demente, la cual a pesar de su mal dejó traslucir contento. Cuando entró a Caracas dio un grito palmoteando. Prontamente fue sometida al diagnóstico del médico alienista y Julia se consagró a su asistencia. Una tarde mandó llamar a Sofía después de estar Blanca sometida al régimen del médico, y se notaba algo de mejoría; era más viva su mirada y sonreía con algo de comprensión. Cuando llegó Sofía, el médico se ocultó para estudiar aquel encuentro; Sofía entró en la pieza donde estaba Blanca, al verla, no pudo contener un grito y avanzó hasta ella diciéndole enternecida:

—¡Señora! ¡Señora!

Blanca, al oírla, se volvió y la vio algunos instantes con fijeza. Sofía se le acercó, y tomándole la mano le dijo:

—Señora, ¿no me conocéis?, soy Sofía.

Al oír decir Sofía, un destello de razón brilló en sus ojos, y dijo:

—Sofía, Sofía.

Esta la estrechó en sus brazos y dejó caer sus lágrimas. Después sacó un portamonedas de plata y se la dio diciéndole:

—Tomad, señora.

Blanca lo cogió y se lo puso a ver con alegría y empezó a darle vueltas en la mano. De repente lanzó un grito y le mostró a Sofía dos iniciales, diciendo:

—¡Blanca! ¡Blanca Villamizar!

Aquellas iniciales eran las de su nombre y el portamonedas que siempre cargaba en aquella época. Luego el destello se apagó y vino el idiotismo.

—¡Ah!, ¡señora! –dijo el médico–, mi enferma puede curarse; no desconfiemos de las medicinas.

A Julia no le quedó duda de que aquella desgraciada era su querida Blanca, y le tributaba sus fraternales cuidados, sin descorrer ante su esposo los misterios de aquel descubrimiento. Y para evitar a aquella alma noble conjeturas de las otras, la hacía aparecer como la pobre demente de Tacagua. Un secreto instinto le hacía comprender que entre ella y Salinas debió haber pasado un episodio horroroso y guardaba el incógnito a Blanca. Cuando ella esté buena, dijo, me abrirá su corazón y entonces sabré la verdad y la llevaré a sus padres; pero si no cura de esta demencia, la tendré siempre oculta a mi lado antes que decirles la triste situación en que la encontré.

Pasaron los meses; la asidua asistencia de Julia y del doctor le hizo mucho bien a Blanca; su mirada perdía poco a poco la atonía del idiotismo; sus labios sonreían con naturalidad, había empezado de nuevo a hablar. El cuido, el aseo y el verse, aunque demente, en el centro donde fue criada, le había devuelto su elegancia y sus maneras eran casi naturales; pero su memoria no avanzaba y nada hablaba del pasado, y si Julia le hablaba de Salinas y de sus hijos, sonreía sin recordarlos. Julia se desesperaba, pero el doctor, ya anciano de experiencia, le decía:

—Calma, señora; quien anda lo más anda lo menos.

Un día vino el viejo Anselmo y dijo a Julia:

—Señora, mi mujer ha muerto.

—¡Muerto! La última vez que la vi estaba sana y robusta.

—Es verdad; pero vino la fiebre y se la llevó.

—Lo siento, Anselmo. Debe hacerte falta.

—Bastante. Pero yo pienso irme a vivir con mi hijo, que es casado, y Blanca es para mí un estorbo.

—Me quedo con ella; iba a exigírselo a Uds.

Sofía mandaba a saber de Blanca, pero no iba a verla; temía que Julia le hiciera con sus preguntas faltar a su juramento. Esta, se había propuesto a su vez no preguntarle nada de ella.

Pasaban los días. Blanca era relativamente feliz; disfrutaba, aunque demente, de las comodidades a que estaba acostumbrada y, sobre todo, no cesaban de medicinarla. Julia solo pensaba en ella, abrigando la esperanza de verla algún día curada, aunque su curación, avanzaba lentamente.

CAPÍTULO XXIX

TERMINA EL JURAMENTO

UNA MAÑANA llamaron a la puerta de Valentín en el momento en que él se dirigía a la calle. Abrió y se encontró con un sujeto de buen porte. Valentín le devolvió el saludo que le hizo y esperó. El desconocido dijo:

—¿Podrá Ud. informarme, caballero: vive aquí una joven llamada Sofía Marizalde, cuya madre se llama Beatriz?

—Aquí vive, señor; puede Ud. pasar.

Lo condujo al salón, lo hizo sentar y dijo:

—Voy avisar a Sofía.

Valentín fue donde su esposa que se entretenía con su pequeño hijo en los brazos; él le dijo:

—Sofía, te solicita un sujeto para mí desconocido; dice que quiere hablarte.

—¡A mí! ¿Quién puede ser? No tengo quien me busque.

—Es de buen porte y delata en todo el dinero.

—Vamos allá.

Sofía se dirigió al salón seguida de Valentín, que avanzó algunos pasos y designó a su esposa, diciendo:

—Aquí está Sofía.

Esta fijó su mirada en el desconocido, y poniéndose densamente pálida se sintió desfallecer, diciendo con tembloroso acento:

—¡Ud., señor! ¿Ud. aquí?

—Sofía –dijo con voz agitada el desconocido–, ¡Sofía, cuánto he deseado verte! ¡Cuánto te he buscado! Sofía, quiero depositar en tu pecho mis dolores, mis sufrimientos y las amargas horas que me ha brindado mi amor desgraciado.

Valentín no era celoso; pero en aquel momento era todo oídos, porque las palabras de Salinas le hicieron experimentar un desagrado para él desconocido; así fue que, pálido también, veía con disgusto los movimientos

y emociones de amor, haciéndole muy mal efecto las expresiones de aquel hombre.

—Sentaos –dijo Sofía–, estoy dispuesta a oíros: hablad.

Valentín sonrió con amarga ironía. El dardo de los celos lo hería.

—No, tú sabes que solo a ti debo abrir mi corazón –y añadió bajo–. Espera que se retire el señor.

Sofía se paró y fue junto a su esposo y le dijo con afecto:

—Querido Valentín, hazme el favor de retirarte; lo que tengo que hablar con este señor no debe oírlo nadie. Déjame un rato sola con él.

—¿Quién es ese hombre? –dijo Valentín, con amargo y concentrado acento.

—Ese hombre, esposo mío, es un desgraciado.

—Bien, sea lo que sea, no me iré. Mi esposa no debe conversar en secreto con otro hombre. Yo haré todo menos el papel de necio.

Sofía fijó su mirada en él, y le dijo con triste reproche:

—¡Dudas de mí! ¿En qué te he ofendido? Ven para presentarte a él.

—No, porque haré más feo papel.

—Te juro que lo sabrás todo, ya que dudas de mí.

—No dudo; pero lo que veo...

—Te ruego que me dejes sola.

—Bien, me iré –y se retiró sin despedirse.

Salinas, al verse solo con Sofía, le dijo ansioso:

—Sofía, ¿dónde está Blanca?, tú debes saberlo, no me lo ocultes, mi desgraciada esposa es inocente.

—Yo se lo dije a Ud. y no quiso creerme.

—Es cierto; pero quiero reparar mi error, quizá tú puedas averiguar dónde está.

—Desde esa noche no he vuelto a saber de ella, parece que se la tragó la tierra.

—Busquémosla, Sofía, quiero borrar de su corazón con mi amor las amarguras que habrá sufrido. ¡Desgraciada Blanca mía!, ¿dónde te encontraré?

Sofía no quiso decirle la triste situación de Blanca, ni revelarle que estaba casa de Julia; quería consultar con ella a quien había ofrecido no decir a nadie que ella tenía a Blanca demente.

Después le presentó su esposo a Salinas, y este le dijo al despedirse de Valentín:

—Interponed vuestro valer para con Sofía, a fin de que me ayude a encontrar a mi Blanca.

Inmediatamente que salió Salinas, Sofía fue casa de Julia y le refirió la venida de Salinas, lo ansioso que estaba por encontrar su esposa, y libre de su juramento refirió lo pasado.

Oyó horrorizada Julia la historia de su amiga y creyó conveniente decir la verdad al doctor, a fin de que obrase con seguras bases para lograr su curación, y así lo hizo. Este, al despedirse, le estrechó la mano diciéndole:

—Adiós, amiga mía, viva Ud. tranquila, que espero volver la memoria y la salud a vuestra amiga.

La buena Julia rebosaba de satisfacción con tan grata promesa y convino con Sofía en invitar a Salinas a su casa.

Entretanto, este se retiró ese día más tarde que de costumbre, sin tener ninguna esperanza de conseguir el paradero de Blanca.

Al llegar divisó el salón abierto y se dirigió a él. Allí Lilia medio recostada en el sofá estaba triste y pensativa. Él se le acercó y le dijo con interés:

—¿Qué tienes, hija mía?, ¿por qué tan sola?, ¿y tus hermanos?

—Se retiraron a sus habitaciones y yo me quedé pensando en mi madre y esperándote. ¿Nada sabes?

—No te entristezcas que ya la encontraremos.

—¿Tienes indicios dónde se halla?

—No; pero Sofía me dejó entrever una esperanza.

—Sofía. ¿No es la que era camarera de mamá? Era tan buena... ¿Por qué no viene a vernos? ¿Ella sabe dónde está mamá?

—No; pero me ofreció buscarla.

—Dios lo quiera. Deseo tanto recibir sus caricias, ¡pobre mi madre!

—Si pudieras leer mi corazón y lo ansioso que estoy por hallarla...

—¿Y por qué la buscas hoy con tanto afán y antes no querías que la amáramos?

—A qué recordar eso hoy; olvídalo, te lo ruego.

—Olvidarlo, imposible. Es en lo único que no te he obedecido. No puedo olvidar el día en que nos llevaste, ni menos el grito doloroso que dio mamá extendiendo sus brazos hacia el coche. Siempre desde entonces, sus

palabras vibran en mis oídos y repito como ella dijo entonces: ¡Hijos de mi alma!

—Calla, calla, Lilia, me desgarras el corazón –y Salinas rompió en llanto. La niña corrió a él, lo rodeó con sus brazos y le dijo enjugándole las lágrimas:

—Perdóname, papá, no sé lo que he dicho.

—Hija, el día de la reparación lo sabrás todo; y entonces comprenderás que fui más desgraciado que culpable.

—Lo creo papá, porque tú eres muy bueno, te doy las gracias por tu promesa; pero cálmate, te quiero mucho y hoy más que antes.

—Vete a descansar, el corazón me dice que seremos muy felices. Buenas noches.

Lilia presentó la frente a su padre y este depositó en ella un beso.

—Adiós, papá –dijo Lilia y se retiró.

Salinas durmió poco y se levantó temprano. Ya se disponía para salir y seguir sus investigaciones, cuando un sirviente trajo una carta que decía así:

Señor Jacinto Salinas.

Deseo tener con Ud. una conferencia que se relaciona con lo que tanto le interesa. Para tener completa libertad puede Ud. venir a la casa de nuestra amiga Julia de Montijo, que algo podrá esclarecer el asunto.

Soy de Ud. atta. s.

Sofía de Salias

Tan pronto que Salinas estuvo preparado salió para la casa de Montijo. Julia, Sofía y el doctor Wooltt lo esperaban en un comedor que tenía ventanas que caían a un vasto jardín bellamente cultivado.

Cuando Salinas llegó al corredor de entrada, los tres se estremecieron. Julia lo mandó conducir al comedor y le devolvió el saludo algo fría.

—Perdone Ud., Salinas, si lo recibo aquí, no quise hacerlo esperar en el salón, y como aquí estamos solo Sofía, yo y el doctor que me asiste una enferma, lo he hecho conducir aquí.

—Julia, Ud. no debe tener etiquetas conmigo, soy casi su hermano y si no he venido a avisarle mi llegada es porque...

—Basta, lo disculpo a Ud., y Blanca y las niñas estarán cansadas; los disculpo a todos...

Salinas, turbado con lo que le decía Julia, le dijo a Sofía:

—Sofía, recibí su esquela y aquí estoy, ¿qué tenéis que decirme?

—Señor Salinas, os llamé para deciros que en el caserío de Tacagua existía una demente que...

—¡Demente! ¡Ella demente! ¡Dios mío!

Salinas, olvidando que Julia no sabía su secreto, se acercó a ella ansioso, agitado, y le dijo:

—¡Julia, amiga mía!, y esa demente ¿quién era?

—Era una mendiga.

—¡Una mendiga!

—Sí, una desgraciada sometida a ser la baja sirviente de unos campesinos sin educación.

—¡Cielos!, ¿qué me dices, Julia?

Esta prosiguió impasible:

—Condenada por su fatalidad a los oficios más ruines y degradantes.

—¡Me vuelvo loco!, por piedad, terminad, Julia.

—Y cuando por su demencia se resistía a hacerlo, era castigada brutalmente con azotes, como se acostumbra en todas partes con los locos.

—Pero esa demente, esa desgraciada, esa infeliz tan vilmente tratada, ¿quién era?

—Era ella –dijo Julia con aplomo.

—¡Dios mío!, ¡ella demente!, ¡ella en tal situación!

—Sí, señor Salinas, aquella desventurada cubierta de andrajos, era ella, era vuestra esposa, que sacaste del hogar paterno, llena de dicha y de riqueza.

—¿Pero todo esto cierto; realmente está demente?

—Más que demente, señor.

—Más que demente ¿qué más puede sucederle?

—Estar loca, sin memoria y muda.

—¡Cielos!, ¿qué me pasa? Yo te salvaré Blanca mía; indicadme dónde está Tacagua para ir ahora mismo a buscarla.

—Ya la infeliz loca no está allí, una señora la trajo para Caracas.

—¿Y esa señora dónde está?

—Esa señora no podía convencerse que Blanca tan venturosa, en la casa de sus padres; que Blanca tan excelente esposa, en la casa de su marido,

como mejor madre para sus hijos; hubiera sido abandonada en aquel triste estado por un esposo que ella amaba con delirio.

—Pero yo no la abandoné loca, no, mil veces no; fue mi desgracia, mi fatalidad que...

—Que arrastrado por un ímpetu irreflexivo, habéis cometido un crimen que por su magnitud, la hizo enloquecer y perder el habla, porque creo recordaréis que ella estaba débil y enferma.

—Tenéis razón, Julia, soy un infame criminal, soy un miserable.

Y se cubrió la cara con las manos. Julia prosiguió:

—Yo hubiera preferido ver a Blanca, a la compañera de mi infancia, a la hermana de mi corazón, muerta, que haberla encontrado en el estado que la hallé, y verla como la veo.

—Tenéis razón, lo que me pasa es un castigo.

El doctor, viendo la agitación de Salinas y su desesperación, trató de calmarlo.

—Es verdad –dijo–, lo que os pasa es dolorosísimo pero no desesperéis y tened fe en Dios y en mí.

—La tendré, doctor, y tú, Julia, no hagas sufrir más a este desgraciado.

Julia compadecida le dijo:

—El doctor cree que conociendo las causas de su locura, le daría la luz para poner medios seguros de contrarrestar la enfermedad.

—¿Dice eso?

—Así me lo ha asegurado y si queréis...

—Sí, todo lo diré.

Y Salinas descorrió el velo que ocultaba su lamentosa historia, sin ocultarles el más pequeño detalle.

El doctor lo escuchaba con ávida curiosidad; al terminar dijo Salinas:

—Ahora que lo sabéis todo, doctor, ¿podréis volverle la razón?

—Probaremos, amigo mío –contestó.

—Decid, Julia, ¿dónde está Blanca?

—Aquí está.

—¿Casa de Ud.?

—Hace seis meses, ¿no lo habéis comprendido?

—Quiero verla, amiga mía.

Dijo Salinas parándose agitado y convulso.

—No, eso es imposible, porque trastornaría el plan de mi curación, esperad unos días, amigo, y el triunfo será completo.

Salinas se dejó caer abatido en su asiento diciendo tristemente:

—Bien, yo me someto a todo por salvarla; pero déjenmela ver de lejos y oculto, yo os lo ruego.

Julia, conmovida, lo tomó de la mano y lo condujo a una de las ventanas que daban al jardín donde Blanca estaba paseándose; Salinas tembloroso la siguió acercándose a la ventana; Julia enseñó con la mano diciendo al mismo tiempo: —Vedla allí.

Salinas se quedó estático por algunos instantes al ver a su esposa. Era espléndida su hermosura; el cuido la había repuesto mucho y devuelto el brillo a su notable belleza; vestía una bata color lila, sujeta a la cintura con cinta azul subido; su blonda cabellera caía en sus espaldas hasta cerca de las corvas. Se conocía que Julia se había esmerado mucho en su tocado; dulce sonrisa vagaba por sus labios, y de vez en cuando murmuraba palabras ininteligibles, arrancando pétalos a las flores de un ramo que tenía en la mano. Salinas no pudo contenerse más y exclamó con amor:

—¡Blanca! ¡Blanca mía!

El doctor lo separó bruscamente de la ventana y se puso a contemplar la enferma.

La demente, al oírse llamar, alzó la cabeza y se puso a escuchar, parecía que había conocido la voz; después dijo vagamente: “Sueño, sueño, siempre sueño”. Desde ese día Blanca se paraba y de repente se ponía a escuchar y repetía: “Sueño, sueño, siempre sueño”.

No podía dudarse que la voz de Salinas vibraba en sus oídos a cada instante, lo que revelaba que su memoria despertaba en fuerza de la asistencia y las medicinas.

CAPÍTULO XXX

EL SUEÑO Y EL DESPERTAR

PASARON MUCHOS DÍAS y al fin el doctor Wooltt creyó llegado el momento de la terrible prueba decisiva. Trataba de dar a la enferma una gran sorpresa, que la sufriría al despertar de un largo y profundo sueño obtenido a favor de un medicamento. Con otros los resultados fueron felices; pero ella tenía muchos años en aquel estado y el resultado era dudoso.

La casa de Salinas fue arreglada como la tenía cuando se ausentó. Sofía y Lilia no descansaron hasta terminar aquella tarea. Todos estaban ansiosos y agitados la víspera de someter a Blanca a la prueba decisiva. Julia llamó a Salinas y le dijo:

—Creo, amigo mío, llegado el momento de decir a los padres de Blanca la situación en que estamos.

—¡A ellos, que me echarán con razón en cara mi ligereza! ¿Cómo se les dice?

—Que Ud. en el Norte hizo cuanto pudo y no logró curarla; que un médico aquí la va a someter a una prueba a ver si logra su curación, y si fracasa verán que Ud. ha hecho cuanto ha podido.

—¿Y quién se lo dice, quién clava ese dardo en aquellos nobles corazones?

—Yo, amigo mío, procuraré hacerlo con suma prudencia, ocultándoles enteramente cómo la encontré.

—¡Eso jamás, Julia!, en Ud. confío, Ud. es el ángel tutelar en mi desgracia.

En efecto, poco rato después Julia y Montijo partieron a cumplir tan triste misión al campo Villamizar.

Los habitantes de aquel lugar vivían tranquilos y felices. Don Antonio y don Fermín, siempre inseparables. Luisa, René y Gerina lo mismo. Los hijos de la última tenían tres madres. Olivier, cuando venía de sus ocupaciones, era recibido con general contento; él para todos tenía una prueba de cariño, y a sus hijos Ricardo, Olivier, Lucé y Corina los estrechaba en sus brazos

porque ellos eran la alegría de aquel hogar feliz. Solo Luisa tenía una espina dolorosa clavada en su corazón, que le hacía verter a solas lágrimas silenciosas. Era el recuerdo de Blanca, que en diez años no había escrito una sola carta, olvidando por completo a sus padres. Entre las hijas de Olivier, Corina era el retrato de Blanca, y Luisa la quería en extremo. La niña correspondía con creces el afecto de su abuela y la halagaba con sus inocentes caricias. Luisa se sentía feliz toda vez que las recibía, porque aquellos halagos eran puros como venidos de un ángel.

Una tarde, sentada Luisa en uno de los rústicos bancos del jardín, tenía la niña sentada en sus rodillas; esta, con esa locuaz veracidad de su tierna edad, dijo:

—Abuelita mía, cántame una canción bonita.

—¿Vas a dormir?, es cuando yo te canto, picarilla.

—A dormir no; pero tú sabes muchos cuentos y quiero oírte uno.

—Voy a cantarte un solo versito.

—Bueno, me conformo; pero canta.

Luisa arrullándola contra su seno cantó:

La flor de mi esperanza
Muerta ha caído,
Sus pétalos preciosos
Secos han huido.
Tal desencanto
Ha traído al alma mía
Tristeza y llanto.

—Abuelita, dime, ¿qué mata de esperanza es esa que no la conozco ni he visto su flor tampoco? ¿En este jardín no hay?

—Esa mata, hija mía, está sembrada en el corazón del hombre y sus flores se caen y se secan con los desengaños de la vida.

—¡Los desengaños!, ¿y esos desengaños, qué son?, yo no sé qué es eso.

—Los desengaños los traen la ingratitud que recibe nuestro cariño, de todos.

—¿De todos, abuelita?

—Sí, y muchos lo han probado hasta de los hijos.

—¿De los hijos también?

—Sí, y de muchos a quien le damos nuestro cariño –y Luisa lanzó un suspiro.

—Vamos, nada de ponerte triste, sigue cantando; pero no, ahí viene un coche y se apea de él Julia. Voy corriendo a encontrarla.

En efecto, momentos después Julia y Montijo estaban con la familia que los recibieron con alegría. Estos no podían ocultar su turbación que se aumentaba viendo su contento. Al fin Julia dijo:

—Por fortuna todos están aquí, hasta Olivier.

—¿Y esa fortuna por qué? –dijo Luisa.

—Porque venimos a buscarlos a todos, y al efecto llegarán los coches necesarios.

—¿Y ahora es que se te antoja viaje tan intempestivo?, será mañana.

—No, ahora mismo y sin obstáculos.

—Pero todos deben ir –dijo Montijo.

—Ya lo creo, todos sin excepción.

—Pero, Julia, eso puede hacerse mañana si no se presenta algo que lo impida. Son cuatro niños.

—¡Mañana!, imposible. Blanca los necesita a todos en esta hora fatal que la espera.

—¡Blanca!, ¡hija de mis entrañas! –dijo Luisa.

—¡Blanca! –dijeron todos sorprendidos.

—¿Cuándo vino mi hija? ¿Qué hora fatal la espera?

—Hace hoy dos días que está casa de mí.

—¿Está casa de ti?, ¿qué tiene? ¡Pobre hija mía!

—Yo fui a la estación y la traje a casa... ¡Está tan enferma...!

—¡Enferma! –exclamaron don Antonio y Luisa, que añadió:

—Vamos, Antonio, disponlo todo. Pero dime, Julia, ¿está muy mala o ha muerto? –y las lágrimas bañaban su rostro.

—Hoy está mejor, y el médico espera que con un medicamento que le va a aplicar le vuelva la razón.

—¡Loca! ¡Loca! –repitieron todos–. ¡Loca…!

—Sí, hace diez años que el noble Salinas se la llevó a los Estados Unidos a ver si la curaba allí, sin que Uds. pasasen por el dolor de verla como estaba. Salinas me había llamado antes de partir para que yo y Sofía la cuidásemos antes de irse. Después me escribía siempre y al fin determinó

traerla porque le avisé que estaba aquí un alienista de fama, y me la llevé a casa cuando vino para asistirla mejor.

—Siempre grande, siempre noble –dijo don Antonio tendiéndole su mano a Julia que contestó:

—Siempre llenando mis deberes.

Los coches llegaron y la familia toda partió para la casa de Blanca, donde debían esperarla.

Al subir al coche dijo Luisa:

—Es preciso que vayan a avisar a Eugenio.

—Ya Salinas fue a decírselo y a traérselo –dijo Montijo.

—¡Oh! ¡Dios mío!, ahora comprendo por qué no escribía; pero preferiría verla indiferente a verla enferma con ese mal tan malo –dijo Luisa.

—Santo egoísmo materno –contestó Julia.

La casa de Salinas estaba preparada para llevar a Blanca al anochecer, después de estar sumida en el sueño que le proporcionaría la medicina que el doctor llamaba salvadora.

La familia esperaba ansiosa la llegada de Blanca. Lilia y sus hermanos estaban esperándola con ella. Estos, a quien su padre refirió su fatalidad y ligereza con su madre, le ofrecieron guardar el secreto y asegurar que fue y vino con ellos.

Como Salinas, habían visto a su madre de lejos y ansiaban estrecharla en sus brazos.

Llegó al fin el coche donde venía ella con Julia, Salinas y el doctor, y fue trasportada en brazos con el más profundo silencio a su habitación y colocada en su lecho. El doctor quería que al despertar se hallara en su cama y al lado de su esposo que fingiría dormir. Sofía representaría el papel de camarera, que versada en las costumbres de Blanca lo arregló todo como tenía de costumbre.

La familia esperaba con angustia aquel despertar decisivo. El doctor dijo:

—Salinas, al primer movimiento de Blanca, yo haré la seña convenida; sentaos al borde de la cama, vedla y estaos silencioso; al ver la señal, acostaos, fingiendo que dormís, como teníais por costumbre, haciendo todo lo que hacíais antes, y si ella os llama le contestaréis como lo hacíais antes.

—Haré cuanto sea necesario –y tomando un periódico se sentó anheloso al borde de la cama.

—Ahora cada cual a su puesto, yo en el mío con el reloj en la mano. Dentro de un cuarto de hora, a lo más, será el terrible despertar. Salinas, mucho tino.

Todos agrupados y sin pestañear siquiera, veían a través de las cortinas. Salinas conmovido no apartaba la vista de Blanca que dormía, la cual hizo un movimiento.

Su mirada se fijó en la puerta en que estaba el doctor, que al ver el movimiento de la enferma, extendió su brazo a través de la cortina: era la señal convenida. Salinas se acostó y colocó el periódico sobre su pecho, como si se le hubiera escapado de las manos.

Blanca hizo otro movimiento y se volteó hacia Salinas. Al tropezar con él abrió los ojos y fijó su mirada sorprendida en él; luego alzó las manos y se comprimió la frente dejándola rodar hasta cubrirse los ojos. La luz de la lámpara era tenue. Apartó su mano y abrió de nuevo los ojos, vio el periódico sobre el pecho de su esposo, lo tomó y lo puso a un lado diciendo suavemente:

—Jacinto, Jacinto, ¿eres tú?

Él hizo un movimiento. Ella afirmó su mano en la cama pasando el brazo por encima de él, y acercando el rostro al de su marido, se lo quedó viendo fijamente.

Salinas simuló un natural despertar, y tendiendo su brazo la atrajo hacia él, dándole un beso y diciéndole con doliente voz:

—¡Blanca, Blanca mía!

—Jacinto, Jacinto, ¿dónde estabas tú?

—Aquí contigo, hija mía, ¿dónde iba a estar?

—Conmigo, mentira, yo no te veía.

—Vamos, cálmate, vida mía, yo siempre he estado contigo, duerme aquí en mis brazos, único amor mío –y Salinas acariciaba a su esposa como si fuera un niño.

Blanca se sentó y dijo viendo para todas partes:

—Dios, ¿qué es esto? ¿Siempre conmigo? Imposible. ¿Tú no me has dejado, Jacinto? Tú...

—Jamás –dijo él interrumpiéndola–. ¿Cómo abandonarte, si estabas tan enferma?

—No, eso no puede ser, yo no te veía jamás, tú me hiciste correr, correr… –y se pasaba las manos por la cabeza con angustia.

Un ligero golpecito sonó en la puerta del doctor. Salinas se paró diciéndole con cariño:

—Vamos, no te agites, tú has estado muy enferma. Voy a llamar al doctor para que te vea y a Sofía para que esté contigo.

Salinas tocó un timbre; Sofía entró perezosa. Blanca se la quedó viendo fijamente y dijo al fin:

—Sí, tú eres Sofía, esta es mi cama, no puedo negarlo, todo lo que antes ahora mucho tiempo tenía, está aquí; pero creo que te vi allá en mis sueños.

En ese momento entró Salinas conduciendo al doctor. Este se dirigió a Blanca pintando en su rostro la satisfacción. Ella le tendió la mano y le dijo:

—¡Ah!, es Ud., doctor, venga, sáqueme Ud. de dudas, ¿es verdad que estoy enferma?

—Sí, señora, por el espacio de diez años.

—¡De diez años!, me vuelvo loca –y se comprimió la frente con las manos.

—No, no os volveréis, ahora es que habéis vuelto a la razón. ¡Cuánto he luchado para hacerla venir!

—¿De cierto, he estado loca?, pero ¿y Jacinto, dónde ha ido?

—Ya vendrá, ahora en vos está afianzar vuestra razón, no penséis en el pasado, ved solo el presente, tranquilizad vuestras ideas. Sus hijos eran pequeños, hoy son grandes.

Blanca se estremeció al recordarlos y dijo con emoción:

—Doctor, doctor, quiero ver a mis hijos.

Este volvió la cabeza hacia la puerta. Salinas apareció en ella conduciéndolos; ellos se acercaron trémulos, conmovidos, a su madre que al verlos lanzó un grito y se arrojó de la cama. Lilia corrió, la recibió en sus brazos y dijo sin poder contenerse más:

—¡Madre mía!, ¡madre de mi corazón! –y rompió en llanto. Celina y Héctor se abrazaron de su madre repitiendo como Lilia:

—¡Madre mía!

Blanca abrió sus brazos, y en un solo grupo estrechando aquellos tres pedazos de su corazón contra su pecho y elevando sus hermosos ojos al cielo como para darle gracias, los dejó caer después inundados de lágrimas.

El doctor al verla llorar murmuró con alegría:

—¡Se ha salvado, gracias, Dios mío!

La lluvia del corazón que vertía por los ojos de Blanca, caía sobre las cabezas y los rostros de sus hijos, acompañada de sus besos y caricias que ellos le devolvían. Blanca volvió el rostro y vio a su esposo que lloraba contemplando aquel grupo, y tendiendo la mano le dijo con desfallecido acento:

—Perdóname, Jacinto, soñé que eras muy malo.

Al pronunciar estas palabras, cayó desmayada en los brazos de sus hijos.

Todos se alarmaron, pero el doctor los tranquilizó y con sus cuidados volvió en sí; entonces le hizo tomar una taza de leche preparada por él, y al tomarla inclinó la cabeza y se volvió a quedar dormida.

CAPÍTULO XXXI

AMOR DE MADRE

BLANCA DORMÍA, su sueño era tranquilo, su respiración suave y compasada, era el sueño del descanso y la reposición.

El doctor ordenó que todos se retiraran a dormir a fin de que ella no sintiera el más leve ruido y que su sueño durase hasta después de amanecer, y prohibió que nadie se quedara en la pieza. Todos obedecieron, menos Luisa, que furtivamente entró y se sentó en un sillón al lado de la cama de su hija, sin lograr hacerla salir. Todos se retiraron, unos a esperar el día, otros a dormir un rato.

El doctor, viendo la resistencia de Luisa, le recomendó el silencio. Ella alzó la cabeza, dejó asomar una sonrisa y le dijo:

—Id tranquilo, doctor, dormid vos, yo solo os diré: soy su madre.

—Entonces, señora, dormiré como un lirón.

Ella, casi sin variar de postura, pasó el resto de la noche sin dormir, sin sentir sueño, esperando ansiosa el nuevo despertar de su hija.

Blanca al amanecer hizo un movimiento y Luisa se cubrió la cara con un pañuelo para que no la viera de repente, y haciéndose la dormida esperó. Los bellos ojos de Blanca se abrieron, y sentándose en la cama veía todo con curiosidad. Luego dijo:

—No hay duda, esta es mi casa, todo está aquí, yo he visto a Jacinto, he visto a mis hijos. ¡Dios mío!, qué sueño tan horrible he tenido.

Luisa hizo un movimiento para distraer a su hija de sus recuerdos. Blanca reparó entonces en ella y prosiguió:

—Aquí está Sofía, qué buena es, vela mi sueño. Voy a despertarla para que vaya a descansar.

Su mano se posó sobre la cabeza de su madre y le quitó el pañuelo diciéndole:

—Mi buena Sofía, vete a acostar.

Luisa alzó la cabeza y fijó su maternal mirada en Blanca. Esta lanzó un débil grito tendiéndole los brazos y diciendo:

—¡Ay, mamá, mamá! Madre mía, debí adivinarlo, solo una madre puede velar con tanto interés el sueño de su hija enferma.

Luisa, apartando su abundosa cabellera, la besaba en todas partes diciendo:

—¡Pobre hija mía! cuánto has sufrido; pero ya estás buena y serás muy feliz con un esposo que te ama tanto.

—Ven, mamá, siéntate aquí a mi lado, junto de mí; en tu seno voy a depositar mis dudas, ofrecedme decirme la verdad, una madre no engaña nunca a sus hijos.

—Yo te ofrezco, ángel mío, decirte cuanto quieras saber.

—Mamá, quiero saber si es cierto que yo he estado loca diez años, al lado de Jacinto y de mis hijos.

—¿Y por qué me haces esa pregunta? No recuerdes eso, vamos a levantarte.

—Todo esto me parece mentira y que quieren engañarme.

—¿Por qué engañarte? Todo ese tiempo estuviste en ese fatal estado; pero ya estás buena haciéndonos a todos felices.

—Mentira, Salinas fue muy malo, me robó mis hijos y se fue lejos, lejos, lejos... y yo corría, corría para alcanzarlos... después... No me acuerdo, yo veía matas, ríos... ¡Oh! –y se tapó la cara.

—No, hija de mi alma, olvida todo eso, no veas más que a tus hijos, a tus padres, a Salinas tan bueno, tan noble, tan digno. No quería que viéramos tu estado, por la grandeza de su alma. Te llevó a Europa, te puso en una casa de dementes y no logró mejorarte. Julia le avisó la venida de ese gran médico y él te trajo volando.

—Sí; pero estaba casa de Julia.

—Sí, llegaste allá mientras arreglaban tu casa, es la verdad.

—No debo dudarlo, tú me lo dices; pero dime ¿no estuve en el campo nunca?

—No lo sé, a menos que ese asilo estuviera situado en él.

—Yo lo recuerdo así como se recuerda un sueño, yo andaba por el campo sin ti, sin Jacinto, sin mis hijos, hacía mucho oficio, mucho, y me azotaban, yo corría, corría y no los encontraba. ¡Qué sueño, mamá, qué sueño! ¿Era de veras sueño?

—Sí, hija mía, todo era sueño, delirios de la mente enferma. No hables de esos desvaríos, no los recuerdes más, todo era mentira. ¿No te ves en tu

casa con Jacinto, con tus hijos y con toda tu familia, porque toda está aquí?

—¿Mi padre está aquí?, quiero verlo –y se dispuso a levantarse.

—Aquí está, vamos a vestirte para que vayas a verlos a todos –y Luisa vestía a su hija como lo hacía cuando era pequeña, después peinó y arregló su blonda cabellera, y besándola en las mejillas le dijo:

—Estás bellísima. Ven, vamos a sorprenderlos a todos que están reunidos en el comedor para el desayuno y te esperan.

Cuando Luisa apareció en el comedor con Blanca de la mano, todos lanzaron un grito de alegre sorpresa. Don Antonio se le acercó y ella se arrojó en sus brazos besándolo con la misma ternura con que lo hacía cuando era niña. Estrechó en sus brazos a sus hermanos, a René, Gerina, Fermín, a todos. Después atrajo a Julia contra su seno y dejando correr sus lágrimas le dijo con dulce acento:

—Ven, hermana mía, tú no me abandonaste ni en mis sueños, siempre estabas conmigo.

—Basta, basta –dijo el doctor–, no más emociones, vamos a desayunarnos. Salinas y sus hijos condujeron a Blanca a la mesa y empezó el desayuno más feliz que disfrutara aquella familia, condenada por fatales apariencias a los más dolorosos martirios.

Salinas estaba radiante de felicidad, viendo que había recuperado su esposa digna y virtuosa, y curada de su vanidad y orgullo por sus sufrimientos; y además, que comprendía lo que valía el amor de la familia, conociendo que en la unión con ella es que existe la verdadera felicidad y la sincera alegría; porque la persona díscola y desunida, siente siempre un vacío en el alma que lo disgusta e impulsa a la discordia con aquellos que por ley de sangre debiera amar más, y que la aman con verdadero afecto y caridad.

Ay de aquél que apartado de tan dulce y natural cariño la desdeña; y ¡desgraciado del hermano que no ama a su hermano, que lo maltrata y ofende por su necia vanidad!; porque la vanidad es la gangrena del alma, el azote del afecto, el estigma de la sociedad, la destructora por completo de todo lo bello, de todo lo noble, de todo lo grande, de todo lo sublime; la vanidad, por último, es el álgido de todo lo malo que existe; asquerosa podredumbre que contamina y destruye todos los afectos.

Los hijos, al llegar a la cumbre, ven con desdén a los padres que les dio el ser.

Los hermanos encopetados rechazan al hermano menesteroso, porque se avergüenzan de su pobreza, por su vanidad y orgullo; olvidan que aquel infeliz es sangre de su sangre, carne de su carne; ¡miseria humana! Cuando rechazan aquellos que deben amar, acogen con entusiasmo a seres extraños pero potentados, y parten con ellos sus placeres sin recordar que más tarde ellos serán la cuchilla que haga girones su reputación, su dignidad y hasta su honra.

Los días se sucedían unos tras otros; Blanca completamente restablecida y afianzada su curación, gozaba las delicias de verse con su esposo y con sus hijos, casi convencida de que había soñado sus horas de dolor y trabajos en el campo.

Su familia se fue retirando para sus hogares, contentos y satisfechos de la notable variación de Blanca; Olivier sostenía que el trastorno de ella databa desde que fue a Europa, y su vanidad había sido su primera locura, lo que era un error, ignorando como ignoraban, la horrorosa y verdadera historia de ella.

Salinas empezó a notar a Blanca triste y pensativa, esto lo alarmó, temiendo una recaída; para distraerla la llevaba a pasear y a las diversiones que se presentaban; ella sonreía agradecida por las atenciones que le tributaba, pero siempre dejaba traslucir en su mirada, que en su cerebro bullía una idea constante.

Un día en que después de comer paseaban los dos, apoyada ella en el brazo de su esposo por los largos corredores de la casa como dos enamorados, le dijo Salinas:

—Blanca, ¿por qué me guardas secretos?, ¿por qué no me dices cuanto piensas, cuanto deseas?

—Y ¿quién te ha dicho que tengo un deseo, en qué lo conoces?

—En que estás distraída, y veo bullir en tu cerebro algo que no dices, algo que no es amor para mí; y, como te amo tanto.

—¿Me amas mucho?, pues ahora voy aprovecharme de ese amor.

—¡Qué felices somos, Blanca mía!

—Mucho Jacinto, pero podíamos serlo más.

Y sus ojos se inclinaron quedando pensativa.

—Más felices y no me lo dices; te quedas pensativa; habla, dulce amor mío; saciemos nuestro amor, tanto tiempo castigado, hasta satisfacer aquel vacío; di ¿qué deseas?, ¿qué es eso que no me dices?

—Quisiera irme contigo y mis hijos casa de mis padres por algún tiempo; allí a la sombra de los árboles aspirando el ambiente de las flores, oyendo trinar los pajarillos que se arrullan, y sola contigo, borraré el triste recuerdo de que yo vagaba por el campo, pobre, infeliz y maltratada sin ti, sin mis hijos y sin los míos. Hoy, Jacinto, siento por mis padres un afecto que jamás había sentido.

—Ya lo creo, tanto tiempo sin verlos.

—Créeme; en mi sueño, ni me acordaba que los tenía.

—Bien, procede a preparar lo que vas a llevarte que yo voy ahora mismo a ponerlos de acuerdo.

—Sí, ve, Jacinto mío, cuánto te lo agradeceré.

—¡Cuánto vamos a gozar!, haremos que Eugenio vaya, le llevaremos música a esa partida de muchachos que se han levantado en la familia, y nos divertiremos mucho; mañana mismo partiremos, y besando a Blanca en la frente, partió para casa de los Villamizar.

EPÍLOGO

HAN PASADO tres años después de los acontecimientos narrados. Todo era felicidad en el campo de los Villamizar; Blanca casi no residía en Caracas, Eugenio lo mismo. Aquellos nobles ancianos eran felices al ver sus hijos y sus nietos reunidos en su hogar. Blanca había dado a Salinas en esos tres años dos hijos, el primero fue varón, y Salinas le puso Milagro, pues solo por milagro había vuelto a ser feliz. El segundo fue hembra, preciosa niña que puso Pura Felicidad. Blanca creía que el milagro era su curación; pero el lector sabe que era la pureza de su honra conservada después de largos años de abandono, y que fuera salvada de su infortunio por la amiga de su infancia.

Blanca había logrado curarse por completo de su vanidad. El recuerdo de su sueño siempre fijo en su frente, era su torcedor, dudaba a veces que fuera falso. El que desconocía los hechos, creía que aún conservaba parte de sus manías al hablar del campo y sus sufrimientos. Ella recordaba siempre como un sueño lo que había sufrido, y eso endulzaba mucho su carácter y desterró su vanidad. Los que conocían su verdadera historia le hacían creer que todo era falso, pero conocían que su curación era sólida. Ella adoraba a sus padres, era con todos dulce y cariñosa, en particular con Julia que no dejaba de ir a pasar con ella sus temporadas.

Allí todo era dicha y contento, solo faltaba el hijo mayor de Eugenio, que como ingeniero estaba fuera ocupado en unos trabajos hacía algunos años. Blanca y sus hijos no lo recordaban; y la noticia de su próxima llegada fue motivo de alegría general.

Al fin llegó el deseado día; toda la familia en el campo de sus padres preparaba al joven Roger una espléndida recepción. Eugenio, Salinas, Olivier, Montijo y Valentín fueron a la estación, y de allí fue conducido por ellos a la casa donde lo esperaban la madre y la familia ansiosas. Al llegar, después de su madre, fue de brazo en brazo recibiendo las caricias que le tributaban. Aquel apuesto joven tenía para todos una expresión cariñosa.

Lilia, medio oculta entre aquel tumulto de cariños y contento, contemplaba sorprendida la arrogante finura de su primo. Este al fin reparó en ella y fijó su mirada admirado en aquella señorita tan bella, tan seria y silenciosa, y dirigiéndose a ella la saludó cortésmente. Lilia ruborizada le tendió la mano diciendo:

—Dispensad, primo mío, esperaba se calmara el tumulto para saludaros.

—¡Prima!, ¿por qué?

—Es mi hija Lilia –dijo Blanca.

—Por cierto, tía, que no creí encontrarme con primas tan bellas e interesantes.

Lilia retiró su mano haciéndole una cortesía toda turbada.

Pasaban los días. Roger, instalado en la fraternal intimidad de la familia, casi no iba a pasear a la ciudad. Su cielo, su encanto, sus ilusiones las encontraba en aquel campo, y cooperaba para que sus padres se demorasen más y más allí. Ya no le era posible ocultar el amor que sentía por su prima Lilia. Ella, a su vez, sentía también en su alma ese no sé qué incógnito en la mujer, cuando conoce el que ha de despertar en su corazón el amor dormido en él desde que vino al mundo, y dudosa y agitada evitaba encontrarse sola con él, lo cual exacerbaba la pasión de su primo, que entregado a sus estudios y cálculos, no había amado todavía.

Desde que se conocieron empezó en aquellas castas almas las agitaciones que trae ese primer amor en ese sueño virginal del alma, aroma exquisita del corazón que ama por primera vez.

Cuando la casualidad hacía que se encontrasen solos, Lilia huía con cualquier pretexto, porque sentía susto y no podía explicarse lo que experimentaba por su primo Roger. Aún no se habían explicado lo que a sus almas agitaba, y ya lo habían comprendido aceptando tácitamente aquel puro amor de los primos, esperando un pronto enlace que los uniera más y más.

Una tarde estaba Lilia en el salón con Celina confeccionando un ramo para llevarlo a su madre, cuando entró Roger trayendo también algunas flores que ofreció a sus primas.

Celina, con la vivacidad de su carácter, dijo a Lilia:

—Hace falta una cinta para atarlo y ponerle un lazo –y sin esperar respuesta salió de la sala a buscarla.

Lilia, con la falda llena de flores, las iba acomodando. Estaba turbada y silenciosa; instintivamente adivinaba lo que iba a suceder. Roger se le

acercó y tomando de su falda un heliotropo, le dijo violentamente:

—Dime, ¿conoces el lenguaje de las flores?

Ella, encendida como la grana, contestó:

—De algunas.

—¿Sabes el de esta flor?

—Ya lo creo, sí la sé.

—Pues bien, Lilia, amor, mucho amor siento por ti. Si tú, como lo he traslucido, sientes lo mismo por mí, dímelo; pero ahora, ya...

Lilia tomó la flor y fijó una mirada impregnada de amor en su primo, que le dijo:

—Contesta, Lilia adorada, veo en tu mirada un mundo de felicidad. ¿Me amas?

—Anda, Celina –dijo Lilia asustada, temblorosa.

La niña no venía, y Roger aprovechando a todo trance el momento, le dijo:

—Lilia mía, dime con los labios lo que me dices con tu mirada, toda vez que se encuentra con la mía. ¿Me amas?

Ella fijó su mirada en él; aquella mirada era todo amor, y murmuró casi imperceptiblemente:

—No sé; pero creo que sí.

—Voy a decírselo a los abuelitos para ser los seres más felices de la tierra. ¿Verdad, dulce amor mío, que vamos a ser muy dichosos?

Celina entró y vio a Roger inclinado diciéndole sus últimas palabras a Lilia, y dijo:

—Dejémonos de secreticos, primo y señor mío.

—¿Por qué no quieres secretos, primita?

—Porque yo soy adivina y sé lo que le estás diciendo.

—¿Pero qué sabes?

—Lo que tú y ella saben también.

—Hasta ahora, Roger –dijo Lilia dándole una mirada llena de amor– y salió.

—Me parece, querido primo, que debes estar muy contento.

—¿Por qué, Celina?

—Ya tú sabes por qué, por los secreticos, por mi ausencia... Adiós, primo, me voy con Lilia porque después ella sola se gana las gracias de mamá.

—Adiós, loquilla, hasta que te pueda decir: adiós, hermanita, ¿quieres?

—Me será grato, primo; pero que sea pronto.

Roger habló con sus abuelos y estos con sus hijos, y seis meses después se unieron para siempre Roger y Lilia.

El padre Jacobo seguía su vida ejemplar, siento querido y respetado por todos. Marta queriéndolo en extremo; pero no pudo curarse de su curiosidad.

Sofía, su esposo, Beatriz y sus nietos, disfrutaban una vida desahogada gracias a la espléndida generosidad de Salinas, que era bueno para todos.

Benito murió. Todos eran felices, con especialidad aquellos nobles y honrados ancianos fundadores de aquella familia modelo.

NOTAS

1)

1. Aunque no fue posible encontrar algún indicio que justificara la elección de este pseudónimo, dado el perfil de los personajes femeninos de la autora, es altamente probable que haya tomado su nombre de la novela traducida del francés –o quizás escrita– por Micaela Nesbitt, en 1818. También vale la pena destacar, como señala Helena Establier Pérez: "la cantidad de Zulimas y Zulemas del universo literario dieciochesco [francés] es más que considerable. Además de la archiconocida tragedia de Voltaire de 1740 (*Zulime*), que inaugura en el XVIII el tema de la princesa árabe enamorada de un cautivo cristiano, habríamos de citar la obra cómica *Le siège de Grenade* (1745) de la actriz Hélène Virginie Riccoboni, la tragedia *Abdélazis et Zuleïma* (1791), de Pierre Nicolas André-Murville, y la novela de aventuras heroicas de Jean Pierre Claris de Florian *Gonzalve de Cordove ou Grenade Reconquise* (1791), que narra la historia de amor entre la princesa Zulema, hermana de Boabdil, y el Gran Capitán Gonzalo de Córboba, y que ya había sido traducida al español por Juan López de Peñalver trece años antes de que Nesbitt se atreviera con su *Zulima*" (p. 180). Es decir, más allá de cuál fuera su referente concreto, está claro que el pseudónimo la inscribía dentro de la tradición literaria del entre siglo XVIII-XIX. Véase: Helena Establier Pérez, "La novela histórica escrita por las mujeres en los albores del Romanticismo (1814-1833): creación original y adaptación de la literatura francesa en España", *RILCE*, v. 31, Nº 1, (2005).
↵

2)

2. Flor María Rodríguez Arenas, “Lina López de Aramburu: el comienzo de la escritura femenina en Venezuela durante el siglo XIX”, *Revista de Literatura Hispanoamericana*, Nº 35, 1997, p. 30. ↵

3)

3. Nathalie Bouzaglo, *Ficción adulterada: pasiones ilícitas del entresiglo venezolano,* Rosario, Viterbo Editora, 2016, p. 76. ↵

4)

4. Carmen América Affigne en el estudio que dedica a esta pieza teatral destaca también el trabajo de las emociones que se percibirá en las novelas y que, de algún modo, va dirigido a contraargumentar la idea de que las mujeres no pueden ejercer la ciudadanía. Concretamente, señala que en el drama: "el prometido de María y el oficial realista se describen como personajes apasionados y descontrolados. Al patriota lo llaman *Desesperado* y el oficial no puede remediar su irracionalidad emocional. Mientras que a la mujer se le representa como el centro de las emociones, la que controla y ordena su cabeza y su corazón"(p. 240), la recurrencia de esta inversión es un signo claro de que no se trata de un hecho casual ni inocente. Véase: Carmen América Affigne "Flores venezolanas y fiestas patrias en el centenario de Simón Bolívar (1883). Riesgos y ganancias de la participación femenina", *Nación y literatura: itinerarios de la palabra escrita en la cultura venezolana*, Carlos Pacheco, Luis Barrera Linares y Beatriz González Stephan; edits., Caracas, Editorial Equinoccio USB-Fundación Bigott, 2006. ↵

5)

5. Affigne habla concretamente de las *Obras completas. La Exposición Nacional de Venezuela en 1883,* t. III y IV. Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República, de Adolfo Ernst (1986) y de *Centenario del natalicio del Libertador*. Caracas: Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, de Rafael Ramón Castellanos (1983). ↲

6)

6. Carmen América Affigne, *op. cit*, p. 240. ↵

7)

7. *Ibid*., p. 241. ↵

8)

8. Javier Martín Meneses Linares, “Modernidad y escritura en la Venezuela de finales del siglo XIX y comienzos del XX”, *Omnia,* v. 16, Nº 2, 2010, pp. 84 -85. ↲

9)

9. *Ibid*., p. 85.

↵

10)

10. Beatriz González Stephan, "La aguja subversiva: el desborde de la ciudad letrada", *Revista Iberoamericana*, v. LXX, Nº 206, 2004, p. 169. ↵

11)

11. Entre los pocos estudios a la obra de Zulima que se realizaron en el siglo XIX está la tesis de licenciatura de Ana Pereda (1980). En esta investigación se destaca la presencia de "una denuncia social en defensa de la mujer, y, [sic] del sacrificio que tienen madres y esposas"(p. 8), por contraste con el silencio frente a "la situación política que vivía el país"(p. 9). No deja de ser curioso en este enfoque que el pensamiento situado de López de Aramburu, su decisión de fijar posición frente a los acontecimientos históricos desde la mirada de una mujer, sea comprendido como una toma de distancia de la realidad y no, precisamente, como una irrupción de la mirada de una subjetividad desplazada dentro del discurso dominante. ↵

12)

12. Oswaldo Larrazábal, “Un recorrido por el romanticismo sentimental en la novelística venezolana del siglo XIX”, *Revista de literatura hispanoamericana*, Nº 37, 1998, p. 29. ↵

13)

13. *Ibid*., p. 29. ↵

14)

14. Antonio Isea, “Venezuela narrative and the work of Denzil Romero”, *Belated Declaration of Love Séraphine Louis*. Stephen J. Clark; edit. New York, University Press of America. Lanhan: New York, 2000, p. 4. ↵

15)

15. Ana Pereda, *Análisis de la producción novelística de Zulima*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1980, pp. 1-2. ↲

16)

16. Yurimia Albarrán Montilla, *Tomás Michelena: la simbología de lo femenino*, Mérida, Universidad de los Andes, 2006, p. 22. ↵

17)

17. José Rojas, “Una historia desconocida”, *Latin American Theatre Review*, v. 21, Nº 2, 1988, pp. 9-16. ↵

18)

18. Luz Marina Rivas, "¿Qué es lo que traman ellas? Nuestras narradoras", *Nación y literatura: itinerarios de la palabra escrita en la cultura venezolana*, Carlos Pacheco, Luis Barrera Linares y Beatriz González Stephan; edits., Caracas, Editorial Equinoccio USB-Fundación Bigott, 2006, p.713. ↵

19)

19. *Ibid*., p. 714. ↵

20)

20. Beatriz González Stephan, “Narrativas duras en tiempos blandos: sensibilidades amenazadas de los hombres de letras”, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana,* v. 26, Nº 52, 2000, pp. 129. ↵

21)

21. Paulette Silva Bauregard, *Las tramas de los lectores. Estrategias de la modernización cultural en Venezuela (siglo XIX)*, Caracas, Fundación para la Cultura Urbana, 2007, pp. 202-203. ↲

22)

22. Pilar Errázuriz Vidal, *Misoginia romántica, psicoanálisis y subjetividad femenina*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 2012, p. 31. ↲

23)

23. *Idem.*, *Las tramas de…*, p. 203. ↵

24)

24. Francine Masiello, “Las mujeres como agentes dobles en la historia”, *Debate Feminista*, v. 8, Nº 16, 1997, p. 255. ↲

25)

25. Luisa Betina Vincenti, “Entre flores y telones (Una aproximación al texto teatral femenino venezolano del siglo XIX)”, *Anales de la UNIMET*, v. 2, Nº 1, (Nueva Serie), 2002, p. 140.

↵

26)

26. Sandra Gilbert y Susan Gubar, *La loca del desván: la escritora y la imaginación literaria del siglo XIX*, Madrid, Cátedra, 1998, p. 39. ↲

27)

27. Graciela Batticuore, *La mujer romántica. Lectoras, autoras y escritoras en la Argentina 1830-1870,* Buenos Aires, Edhasa, 2005, p. 335.

↵

28)

28. María del Mar Álvarez, *Historia de la lucha de la mujer venezolana*, Caracas, Fundación el Perro y la Rana, 2010, p. 52. ↲

29)

29. *Idem.*, *La mujer romántica…*, p. 14.

↵

30)

30. Aunque no se halló ningún registro de que esta palabra haya sido usada como apellido alguna vez, sí fue el nombre de dos Papas también llamados Adeodato. El primero, fue electo en el 19 de octubre del año 615 y su pontificado se mantuvo hasta el 8 de noviembre del año 618 (Paredes, Javier 1998: 76), mientras que el segundo estuvo desde el 11 de abril del año 672 hasta el 17 de junio del 676 (84), hay pues un guiño abierto a la institución eclesiástica dentro de la selección de este nombre que fue estratégicamente manejado por la autora. ↵

31)

31. Isabel Cristina Bermúdez, “El ángel del hogar: una aplicación de la semántica liberal a las mujeres en el siglo XIX andino”. *Historia y Espacio*, v. 4, Nº 30, p. 12.

↵

32)

32. Aunque sobrarían los ejemplos, podrían mencionarse, dentro de las novelas emblemáticas del movimiento, algunos personajes como María, protagonista de *La Cautiva*, de Esteban Echeverría (1837), Matilde, un personaje secundario en *Martín Rivas*, de Alberto Blest Gana (1861); Manuela o la misma Amalia, en la novela de José Mármol (1855); Isabel, en *Clemencia,* de Ignacio Manuel Altamirano (1869); o Blanca, en *Tabaré*, de José Zorrilla de San Martín (1888). ↵

33)

33. Natalia Cisterna y Lucía Stecher, “Escenas de amistad femenina en Luz y sombra de Ana Roqué y Las memorias de Mamá Blanca de Teresa de la Parra: pensar y definir el yo en la intimidad”, *Anales de Literatura Hispanoamericana*, Nº 45, 2016, p. 101. ↲

34)

34. Paulette Silva Bauregard, “La narrativa venezolana en la época del modernismo”, *Revista Chilena de literatura*, v. 22, Nº 40, 1992, pp. 43. ↲

35)

35. Beatriz González Stephan, “El arte panorámico de las guerras independentistas: el tropo militar y la masificación de la cultura”, *A contracorriente. Revista de Historia Social y literatura en América latina,* v. 6, Nº 1, 2008, p. 173. ↵

36)

36. *Ibid*., p. 167. ↵

37)

37. Pedro Enrique Calzadilla, “El olor de la pólvora. Fiestas patrias, memoria y Nación en la Venezuela guzmancista 1870-1877”, *Caravelle*, v. 36, Nº 73, 1999, p. 113. ↲

38)

38. *Ibid*., p. 113. ↵

39)

39. Beatriz González Stephan, “Narrativas duras en tiempos blandos…”, p. 109. ↲

40)

40. *Ibid*., p. 109. ↵

41)

41. *Ibid*., p. 117. ↵

42)

42. *Ibid*., p. 127. ↵

43)

43. Víctor Macías-González, “Las amistades apasionadas y la homosociabilidad en la primera mitad del siglo XIX”, *Historia y Grafía*, Nº 31, 2008, p. 26. ↵

44)

44. *Ibid*., p. 26. ↵

45)

45. Quizás el ejemplo más emblemático sea la novela *Blanca Sol*, de la peruana Mercedes Cabello de Carbonera (1887), en la que la necesidad de consumir sin producir conduce a una mujer a la prostitución y al sufrimiento; asimismo, en 1908, Clorinda Matto cuestiona que existan mujeres que dedican todas sus actividades al placer y, como señala Vanesa Miseres, contrasta este perfil con el de las madres que "piden leyes al parlamento" porque no son frívolas ni desocupadas ni desengañadas (2010: 245); también es importante recordar a Soledad Acosta de Samper quien defendió el matrimonio por amor y no por interés. ↲

46)

46. Gabriel Cocimano, “La mujer. Una metáfora latinoamericana”, *Escáner cultural*, v. 7, Nº 75, s/p. ↲

47)

47. S. Ahmed, *Política cultural…*, *op. cit.*, p. 166. ↲

48)

48. *Ibid*., p. 118. ↵

49)

49. Al respecto, es pertinente recordar la vieja disputa entre el Romanticismo y el Naturalismo que se presentó en el continente poco antes de la publicación de *El medallón*. Quienes tomaban a Émile Zola como modelo proponían que la Novela romántica falsificaba la naturaleza de los seres humanos y trataba de maquillar el mal, con lo cual, la forma correcta de educar los sentidos era mostrando el lado más sórdido de la humanidad y no dorando la concupiscencia humana.

↵

50)

50. *Ibid*., p. 167. ↵

51)

51. *Ibid*., p. 167. ↵

52)

52. *Ibid*., p. 115. ↵

53)

53. Ángel Gustavo Infante, “En el álbum de Zulima”, *Un crimen misterioso*, Lina López de Aramburu; Caracas, Fundación el Perro y la Rana, 2007, p. 8. ↲

54)

54. *Ibid*., p. 8. ↵

55)

55. Yolanda Pantin y Ana teresa Torres, *El hilo de la voz*, Caracas, Librosenred, 2015, p. 34.

↵

56)

56. Emma Martínez Vásquez, *La educación de las mujeres en Venezuela (1840- 1912)*, Caracas, Fondo Editorial de Humanidades/Universidad Central de Venezuela, 2005, p. 208. ↵

57)

57. *Ibid*., p. 215. ↵

58)

58. *Ibid*., p. 109. ↵

59)

59. Leonardo Romero Tobar, *La novela popular española del siglo XIX*, Madrid, Ariel, 1976, p. 154. ↲

60)

60. Dolores Sánchez, *El discurso médico de finales del siglo XIX en España y la construcción de género,* Granada, Universidad de Granada- Instituto de estudios de la mujer, 2003, p. 158. ↵

61)

61. Giulio de Martino y Marina Bruzzese, *Las Filósofas: las mujeres protagonistas en la historia del pensamiento*, Madrid, Cátedra, 1996, p. 561.

↵

62)

62. Concepción Arenal, “La educación de la mujer”, *La mujer en los discursos de género. Textos y contextos en el siglo XIX*, Catherine Jagoe, Alda Blanco y Cristina Enríquez de Salamanca, comps; Barcelona, Icaria-Antrazyt, p.199. ↵

63)

63. D. Sánchez, *El discurso médico*…, *op. cit.*, p. 73. ↲

64)

64. Por ejemplo, Dolores Sánchez (2003) refiere un artículo de Bertha Wihelmi, titulado *Aptitud de la mujer para todas las profesiones,* incluido en la revista española *El siglo médico,* en el año 1893. Ahí, la feminista argumentaba que no existía ninguna profesión que una mujer no pudiera desarrollar. Añade Sánchez que –aunque no se dijera explícitamente– en respuesta a este trabajo, la misma publicación editó, entre 1894 y 1895, "los textos de varios autores […] bajo el título *¿Puede ejercer la mujer las diversas profesiones del hombre?*" (207). Destaca la investigadora "la neutralización de la expresión *todas las profesiones*, frente a la presuposición de los médicos de que algunas profesiones *son del hombre*" (209). En el caso de la escritora que nos ocupa, no deja de ser curioso que, desde el oficio de novelista hasta entonces ejercido solo por hombres venezolanos, insinúe que la inteligencia y la preparación de una mujer la podían llevar a pensar en términos lógico-racionales y a tomar decisiones consistentes.

↵

65)

65. Aunque la lista de obras escritas por mujeres que utilizan el pasado para fijar una posición política en el presente es muy extensa, se podrían mencionar los casos de *Lucía* (1860), de Eduarda Mansilla; *El tesoro de los incas* (1865), de Juana Manuela Gorriti; *José Antonio Galán. Episodios de la guerra de los comuneros* (1870), de Soledad Acosta de Samper; la trilogía de Juana Azurduy, de Lindaura Anzoátegui de Campero o *La hija del bandido o los subterráneos del Nevado* (1887), de María del Refugio Barragán de Toscano. ↵

66)

66. Asegura Establier Pérez (2015) que el libro publicado en 1818 “no recoge los *extravíos* románticos […] porque versiona una novelita que tenía ya más de un siglo cuando Micaela Nesbitt decide trasladarla a nuestro idioma por vez primera: se trata de *Zulima ou l’amour pur* (1694) de Eustache Le Noble de la Tennelière, […] la traductora se cuida mucho de citar a Le Noble, quien, haciendo gala de un pertinaz libertinaje en lo personal y en lo profesional, tuvo una vida de lo más disipada, siendo condenado, encarcelado y después expulsado de París, hasta fallecer en la más absoluta de las miserias (Hourcade). No era, con toda probabilidad, un autor recomendable para ser esgrimido como autoridad por una joven respetable de la época fernandina, y por ello, siguiendo las pautas habituales de la traducción, Micaela Nesbitt elude el nombre del francés, se apropia de la obra y defiende en su texto preliminar los valores moralizadores y ejemplificadores de la misma” (181- 182). Algo similar ocurre con Lina López de Aramburu, quien –si bien invade el territorio de la novela y de la política con *Un crimen misterioso*– se cuida de indicar en su dedicatoria que ella está al servicio del poder establecido y, además, defiende las instituciones, como la familia o la maternidad, que lo legitiman. ↵

67)

67. Helena Establier Pérez, “La novela histórica escrita por las mujeres en los albores del Romanticismo (1814-1833): creación original y adaptación de la literatura francesa en España”, *RILCE*, v. 31, Nº 1, p.181.

↵

68)

68. Vale la pena puntualizar, como lo hace Joan Scott, que “el surgimiento de la mujer trabajadora en el siglo XIX, entonces, no se debió tanto al aumento de su cantidad ni de un cambio en la localización, cualidad o cantidad de su trabajo, como a la preocupación de sus contemporáneos por la división sexual del trabajo. Esta preocupación no tenía como causa las condiciones objetivas del desarrollo industrial, sino que, más bien al contrario, contribuyó a la plasmación de tales condiciones al dar forma sexuada a las relaciones de producción” (434), lo que refuerza que Cabello, Matto, Pelliza y López no estaban dando cuenta de una situación novedosa, sino que estaban reclamando la modificación de la repartición sexual del trabajo. ↵

69)

69. Ana Peluffo, "Las trampas del naturalismo en *Blanca Sol*: prostitutas y costureras en el paisaje urbano de Mercedes Cabello de Carbonera". *Revista de crítica literaria latinoamericana*, v. 27, Nº 55, 2002, p. 52. ↵

70)

70. Mary Berg, “Prólogo a esta edición”, *Herencia*, Clorinda Matto de Tuner, Buenos Aires, Stockero, 2006, pp. XIV. ↵

71)

71. A propósito de *Blanca Sol*, propone Ana Peluffo (2002): "Lo que resultaba aún más escandaloso era que la degeneración y la sexualidad ilícita, que en el naturalismo canónico se colocaba en el horizonte topográfico de una clase baja envilecida, aparecía aquí transferida a mujeres de clases altas que, a falta de otras opciones, utilizaban el matrimonio para ascender en la pirámide social. Se denuncia en la novela que existen diferentes niveles de prostitución en la comunidad nacional, que el matrimonio sin amor es *una forma de prostitución sancionada por la sociedad* (p. 118) y que en todos los casos la prostitución remite a una comunidad *mal organizada*" (40). En el caso de *Un crimen misterioso*, Delia no busca ascender en la pirámide social, sino sobrevivir, lo que agrava su condición de víctima frente a los hechos. ↵

72)

72. A. Peluffo, “Las trampas del naturalismo…, *op. cit.*, p. 45. ↲

73)

73. Raquel Iberman, *Consideraciones acerca de las tres novelas de Zulima*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1974, p. 27. ↲

74)

74. *Ibid*., p. 27. ↲

75)

75. F. Rodríguez Arenas, “Lina López de Aramburu…”, *op. cit.*, p. 43. ↲

76)

76. N. Bouzaglo, *Ficción adulterada…, op. cit.*, p. 113. ↲

77)

77. *Ibid*., p. 113. ↵

78)

78. Estefanía Villar Sánchez, *Defensa de la educación femenina en el siglo XVIII,* Barcelona, Universitat de Barcelona, 2014, p. 24. ↵

79)

79. Mónica Bolufer Peruga, L*a construcción de la identidad femenina. Reformismo e Ilustración*, València, Universitat de València, 1995, p. 242.

↵

80)

80. A. Peluffo, “Las trampas del naturalismo…”, *op. cit.*, p. 49. ↲

81)

81. Tomás Straka, “La república revolucionaria. La idea de revolución en el pensamiento político venezolano del siglo XIX”. *Revista Politeia*, v. 43, Nº 32, 2009, p. 176.

↵

82)

82. Destaca Rafael Gómez Pardo (2006) que Villavicencio publicó, desde 1866, textos con una gran influencia de Darwin y Comte, en los que refrendaba la idea de que "solo el método científico de las ciencias naturales que se atiene a los hechos y que infiere de ellos leyes de carácter predictivo nos ha llevado al verdadero conocimiento. Por lo tanto, todo conocimiento debe seguir, independientemente de su especificidad (y sin desconocerla), el método seguido por las ciencias naturales. La sociología se debe entender como una física de lo social. De manera análoga a la Física de Newton, que tiene una parte estática y una dinámica, se crea una sociología que tiene una parte estática (estudio de una sociedad en un momento dado) y una dinámica (estudio de la evolución de las sociedades)" (p. 64), ante lo cual, no sería descabellado pensar que, con la construcción del personaje de Blanca, Zulima tuviera pretensiones de intervenir en la discusión y alertar acerca del futuro de las mujeres que se mantuvieran al margen de la educación formal. ↲

83)

83. T. Straka, “La república revolucionaria…”, *op. cit.*, p. 178. ↵

84)

84. *Ibid*., p. 167. ↵

85)

85. M. Bolufer Peruga, *La construcción de la identidad femenina*…", *op. cit.*, p. 341. ↲

86)

86. *Constitución de los Estados Unidos de Venezuela,* Caracas, 1864, p. 256. ↵

87)

87. Alberto Navas Blanco, *El comportamiento electoral a fines del siglo XIX venezolano,* Caracas, Fondo Editorial de Humanidades – Universidad Central de Venezuela, 1998, pp. 36-37.

↵

88)

88. S. Ahmed, *Política cultural…*, *op. cit.*, p. 12. ↲

89)

89. N. Bouzaglo, *Ficción adulterada…, op. cit.*, p. 112. ↲

90)

90. *Ibid*., p. 112. ↵

91)

91. Respecto a esta temática, propone Bouzaglo que "La representación de la transgresión propia del adulterio y, en especial, de la mujer adúltera es una expresión de lo que la narrativa es incapaz de manejar con sus sistemas narrativos […] los subtítulos de las novelas revelan sus intereses iniciales: *Mimí, novela nacional*; *Débora, novela original. El hombre de hierro, novelín; Fidelia, novela de costumbres venezolanas*– y se alejan de las preocupaciones centrales de la nación para fijar su atención en problemas que cancelan el uso del relato adúltero como figura alegórica" (205). Lina López de Aramburu pareciera valerse de esta inestabilidad para llevar a cabo el recorrido inverso e ir desde la intimidad femenina hasta el problema nacional. ↵

92)

92. Entre las alusiones destacables está la que hace Francisco Herrera Luque por medio de su personaje don Juan Manuel Blanco y Palacios –quien viaja en el tiempo desde los años de la Capitanía general hasta la fundación de Caracas– en *Los amos del Valle*, novela publicada por primera vez en 1979. En este texto, "la loca que vive en Tacagua" (Herrera Luque, 2012, p.205) es ubicada varios siglos antes del momento en el que Zulima da vida al personaje y, aunque no se refiere explícitamente, el mantuano bien pudiera estar usando esta expresión para hablar de Yocama, una hechicera vieja y zamba a "la que quemar hubieron en Cartagena por haber tenido un delantal de culebras". Por otra parte, esta bruja residente de Tacagua es mencionada por otros escritores como Luis Britto García (1998) y Eduardo Casanova Sucre (2008), quienes coinciden en que Yocama no era una loca sino, más bien, la responsable de que el Gobernador Nicolás Eugenio de Ponte enloqueciera, pues ella lo había hechizado a pedido de un marido víctima del adulterio. Por su parte, José Antonio Calcaño, en 1958, había afirmado que la solicitud de los "bebedizos" a la "bruja de la vecina quebrada de Tacagua", había sido formulada por "una dama celosa [o] un marido cuidadoso de su honra" (Calcaño 1985:38). Si a esto se suma la leyenda de Apirí, se tendrán tres constantes: la falta de compromiso con el matrimonio, la pérdida de la razón y la maldad intrínseca de la mujer que hace vida en el espacio público. Lina López de Aramburu responde a cada una de estas tres propuestas y da cabida a la existencia de una nueva subjetividad femenina en la Venezuela de fines del siglo XIX. ↵

93)

93. Mercedes Jodar Velázquez, “Mitos y leyendas cubanas en la décima escrita”, *Revista Caribeña de Ciencias Sociales*, 2013, v. 2, Nº 6, p. 5. ↲

94)

94. *Ibid*., p. 5. ↵

95)

95. *Ibid*., p. 6. ↵

96)

96. F. Rodríguez Arenas, “Lina López de Aramburu…”, *op. cit.*, p. 40. ↲

97) Histórico. ↲